GUARDIANES DE LA NOCHE

PRIMERA HISTORIA: DESTINO

Prólogo

La escalera mecánica subía despacio, como renuente. No podía esperarse otra cosa, tratándose de una estación tan antigua. El viento, en cambio, soplaba a su antojo por el túnel de hormigón y le despeinaba el cabello, le tiraba de la capucha, se le enredaba con la bufanda, le empujaba hacia abajo. El viento no quería que Iegor llegase arriba. Le pedía que volviera abajo. Sorprendía ver que nadie alrededor de él parecía reparar en el viento. Apenas había gente. Pronto sería medianoche y la estación se había ido vaciando. Unas pocas personas bajaban al encuentro de Iegor por la escalera paralela, y en la suya solo subía alguien más delante y dos o tres personas detrás. Eso era todo. Y además, claro, el viento. Iegor se metió las manos en los bolsillos y se volvió. Desde que había salido del vagón, hacía ya unos dos minutos, sentía sobre él una mirada extraña. No percibía que se tratara de algo a lo que debiera temer, sino más bien la sensación de un encantamiento, de algo punzante como una inyección. Abajo de la escalera mecánica había un hombre alto que vestía uniforme. No era un policía, sino un militar. Más allá alcanzó a ver a una mujer con un niño soñoliento colgado de la mano. Había además un segundo hombre, joven, conectado a un discman y que llevaba una chaqueta de un naranja fosforescente. También él parecía andar medio dormido. Nada había que despertara sospechas. Ni siquiera para un niño que regresaba demasiado tarde a casa. Iegor volvió a mirar hacia arriba, en dirección a un policía que, acodado

sobre los lustrosos pasamanos, paseaba con desgana la vista por los pasajeros, como buscando alguna presa fácil. No había motivos para tener miedo. El viento empujó a Iegor hacia abajo por última vez y se aplacó, como si hubiese comprendido que toda lucha era inútil y lo aceptara. El niño miró de nuevo hacia atrás y echó a correr por los escalones que ya comenzaban a encajar unos con otros bajo sus pies. Tenía que darse prisa. No sabía exactamente por qué, pero sabía que era necesario. Sintió otra punzada, absurda e intimidatoria, y un escalofrío le recorrió la espalda. Sería el viento. Iegor salió a toda prisa por las puertas entreabiertas y el frío se abatió sobre él con renovadas fuerzas. Sus cabellos, todavía húmedos del agua de la piscina —el secador estaba roto otra vez—, se congelaron al instante. Se echó la capucha hacia delante, dejó atrás la hilera de quioscos y se hundió en el paso subterráneo. En la calle había mucha más gente, pero la sensación de alarma no lo abandonó. Llegó incluso a volverse, sin demorar el paso; nadie lo seguía. La mujer con el niño soñoliento se encaminaba hacia la parada del tranvía, el hombre del discman se detuvo frente a un quiosco y se puso a estudiar las botellas de licor, el militar ni siquiera había salido del metro todavía. El niño se encaminó por el paso subterráneo acelerando cada vez más la marcha. De lejos le llegaba una música muy tenue, apenas audible, pero sorprendentemente agradable. El suave sonido de una flauta, arpegios de guitarra, el tamborileo de un xilófono. La música lo llamaba, lo instigaba a darse prisa. Iegor se deshizo de la muchedumbre apresurada que venía a su encuentro y superó a un

alegre borrachín que iba dando tumbos, a punto de caerse. Sus sentidos se habían abotargado. Casi corría. La música lo llamaba. Ya comenzaba a discernir la presencia de ciertas palabras en la melodía, aunque todavía no era capaz de descifrarlas. Se oían muy bajo... y eran muy seductoras. Iegor emergió del paso subterráneo a toda prisa y se detuvo un instante para llenarse los pulmones de aire frío. En ese momento llegaba a la parada un tranvía. Podía tomarlo, viajar hasta la siguiente y bajar a apenas unos pasos de su casa... Se encaminó hacia el tranvía a duras penas, como si las piernas hubieran dejado de responderle. El vehículo lo esperó unos instantes con las puertas abiertas, hasta que estas se cerraron con un chirrido de goznes y comenzó a alejarse. Iegor se quedó mirando al tranvía como alelado, con los ojos vidriosos, mientras la música era cada vez más audible, iba llenando el mundo, desde la media cúpula del enorme hotel que tenía delante hasta su casa, la «caja sobre patas» que se alzaba a lo lejos. La música le sugería que fuese andando, que siguiese la línea de la avenida brillantemente iluminada, todavía llena de gente. No serían más de cinco minutos hasta el porche. Pero la música se encontraba todavía más cerca... Cuando Iegor avanzó unos cien metros, el hotel dejó de protegerlo del viento. La corriente de aire helado le golpeó el rostro y casi silenció la melodía que lo llamaba. El niño se estremeció y se detuvo. El hechizo se había desvanecido, pero en su lugar volvió la sensación de que alguien lo miraba, y empezó a fundirse con el miedo. Se volvió. Un nuevo tranvía se acercaba a la parada. La luz de las farolas iluminó la brillante chaqueta color

naranja. El hombre que había subido detrás de él por la escalera mecánica le seguía los pasos. Como antes, llevaba los ojos entrecerrados, pero avanzaba con una seguridad y una rapidez sorprendentes, como si pudiera ver a Iegor. El niño echó a correr. La música sonó otra vez con fuerza, abriéndose paso entre la cortina de viento. Ya podía distinguir las palabras... podía, pero no quería hacerlo. Lo mejor sería continuar por la avenida, junto a los escaparates iluminados de los comercios que acababan de cerrar, compartiendo la acera con los transeúntes retrasados y a la vista de los veloces coches. Pero Iegor giró y entró en el patio de un edificio. La música le llamaba hacia allí. En el patio la oscuridad de la noche ya era casi total. Solo se veían dos sombras bailando sobre las paredes. Iegor las percibió como a través de una bruma, que más parecía el reflejo de una mortecina luz azulada. Pertenecían a dos jóvenes vestidos con ropas muy ligeras, como si la temperatura en el patio no fuera de veinte grados bajo cero. La música dejó escuchar un último y atronador acorde, como de marcha triunfal. Y calló. El niño sintió que su cuerpo se debilitaba. Estaba cubierto de sudor, las piernas apenas lo sostenían. Quiso sentarse en la acera cubierta de barro resbaladizo y helado. —Qué sabroso... —susurró la joven. Su rostro era enjuto, con las mejillas hundidas y una palidez extrema. Solo sus ojos, grandes, negros y seductores, denotaban vivacidad. —Déjame... al menos un poco... —le dijo el joven, y sonrió. Ambos se parecían como hermanos, aunque no por el contorno del rostro, sino por algo indefinible, común a los dos, que parecía cubrirlos desde arriba como una gasa

semitransparente de polvo. —¿Dejarte algo a ti? —La joven apartó la vista de Iegor. La sensación de aturdimiento del niño se relajó por un instante, pero, a cambio, le sobrevino un miedo cegador. Abrió los labios, pero la mirada que le clavó el joven le impidió gritar. Era como si le hubieran atado una fría tira de plástico alrededor de la boca. —Anda, ¡empieza! La joven dejó escapar un soplido de burla. Se volvió hacia Iegor y adelantó los labios como dispuesta a lanzarle un beso. Entonces, pronunció en voz muy baja las palabras que el niño ya conocía, las mismas que asomaban entre los acordes de la seductora melodía. —Acércate... acércate a mí... Iegor no se movió. No tenía fuerzas para escapar, a pesar del horror que se había apoderado de él, a pesar del grito que pugnaba por salir pero se le había ahogado en la garganta. Al menos, conseguía permanecer inmóvil. Una mujer pasó junto al patio con dos enormes perros pastores atados a sendas correas. Pasó despacio, moviéndose apenas, como si anduviese bajo el agua o en una pesadilla. Con el rabillo del ojo, Iegor vio que los perros se estremecieron y tiraron de las correas que los ataban en dirección al patio. Por un instante lo alcanzó un rayo de esperanza. Los perros gruñeron inseguros, con una mezcla de odio y miedo. La mujer se detuvo un instante y dirigió una mirada inquisitiva al interior del patio. Iegor percibió que se trataba de una mirada de indiferencia, que abarcaba un espacio vacío. —¡Vamos! —ordenó la mujer a los perros tirando de las cuerdas, y los animales retrocedieron con gusto hasta las piernas de su ama. El joven rió por lo bajo. La mujer apuró el paso y desapareció de la vista. —¡No vendrá! —exclamó la joven,

molesta—. ¿Lo ves? ¡No quiere venir! —¡Llámalo con más fuerza! —se limitó a indicar el joven—. Has de aprender. —¡Ven! ¡Acércate a mí! —repitió la joven con insistencia. Apenas dos metros los separaban, pero al parecer para ella era importante que fuese el propio Iegor quien salvara esa distancia. De pronto Iegor comprendió que no le alcanzarían las fuerzas para resistirse. Sostenía la mirada de la joven, como sujeto por una invisible tira de plástico, oía que lo llamaba y no podía hacer nada consigo mismo. Sabía que no debía acercarse a ella, pero aun así dio un paso. La joven sonrió y sus dientes blancos brillaron. —Quítate la bufanda —le dijo. Iegor ya no era capaz de oponer resistencia. Con las manos temblorosas se apartó la capucha y se despojó de la bufanda sin desanudarla. Se adelantó hacia los ojos negros que lo atraían. Entonces sucedió algo en el rostro de la joven. La mandíbula inferior se descolgó, los dientes cobraron vida, deformándose. Unos colmillos inhumanos brillaron en la oscuridad. Iegor dio otro paso. **1**

Había empezado la noche con mal pie. Desperté cuando apenas comenzaba a oscurecer. Me quedé acostado, observando los últimos reflejos de luz difuminándose en las persianas. Meditaba. Ya era la quinta noche de cacería... y hasta ahora había sido infructuosa. Todo había sido estéril. A ver si había suerte esta noche. Hacía frío en el apartamento. Las estufas apenas calentaban. Lo

único que me gusta del invierno es lo pronto que oscurece y la poca gente que se ve por las calles. Si no fuera por eso, ya haría bastante tiempo que lo habría mandado todo al diablo y me habría ido bien lejos de Moscú, a Sochi o a Yalta. Sin duda al mar Negro y no a una isla remota de un océano cálido, porque me gusta escuchar la lengua materna a mi alrededor... Bien pensado, son unos sueños bastante idiotas. Es pronto para que me tome un descanso en un paraje cálido. Aún no me lo he ganado. El teléfono pareció estar esperando a que despertara y dejó escapar con impertinencia su exigente timbrazo. Atiné a levantar el auricular y acercármelo al oído. Permanecí en silencio, sin pronunciar palabra. —Antón, responde. Seguí callado. La voz de Larisa sonaba eficiente y concentrada, aunque ya se percibía en ella cierto agotamiento. Seguramente no había dormido en todo el día. —Antón, ¿quieres que te pase directamente con el jefe? —Mejor no —masculle. —Parece que ahora sí te has despertado, ¿no? —Pues, sí. —Hoy te toca lo de siempre. ¿Ha habido alguna novedad? —No. Ninguna. —¿Tienes algo para desayunar? —Ya encontraré algo. —Muy bien. Que haya suerte. No había puesto ningún énfasis al desearme suerte. Su voz había sonado desapasionada. Larisa no creía en mí. El jefe, probablemente tampoco. —Gracias —dije oyendo ya los rápidos tonos del teléfono. Salí de la cama e hice una rápida excursión al cuarto de baño. Cuando ya había comenzado a untar la pasta de dientes en el cepillo, me di cuenta de que iba demasiado deprisa, así que lo dejé sobre el borde del lavabo. La cocina estaba a oscuras, pero, por supuesto, no me tomé el trabajo de encender la luz. Abrí la puerta de la nevera. La bombilla desenroscada se helaba junto a los alimentos. Miré la cazuela cubierta con un colador en el que reposaba un trozo de carne ya casi descongelada. Aparté el colador, me llevé la cazuela a los labios y bebí un trago. Si alguien cree que la sangre de cerdo es sabrosa, sin duda se equivoca. Tras devolver a su sitio la cazuela con los restos de sangre, regresé al baño. La débil luz de una bombilla azulada apenas lo iluminaba. Estuve largo rato cepillándome con fuerza los dientes, pero

no aguanté; fui otra vez a la cocina y me bebí un trago de vodka de la botella que guardaba en la nevera. El estómago, en lugar de templarse ligeramente, comenzó a arderme. Experimenté un delicioso abanico de sensaciones: frío en los dientes y ardor en el estómago. —¡Que te...! —exclamé de pronto pensando en mi jefe, pero me contuve a tiempo. La frase quedaría flotando como una maldición incompleta. Avancé por la habitación recogiendo las prendas que había tiradas en completo desorden. Los pantalones aparecieron bajo la cama, los calcetines sobre el alféizar. Por alguna razón, la camisa estaba colgada de una máscara de Joseon. El antiguo rey coreano me miraba con desaprobación. —Presta más atención —me dije, y en ese instante volvió a sonar el teléfono. Fui esquivando a saltos el desorden de la habitación hasta llegar al aparato. —Antón, ¿es que querías decirme algo? —dijo la voz de mi invisible interlocutor. —No, señor —respondí con aspereza. —Bien, bien. Pero además di: «Estoy muy feliz de continuar dando lo mejor de mí, eminencia». —Feliz, no estoy; pero no puedo hacer nada al respecto... eminencia. El jefe permaneció un instante en silencio y después dijo: —Antón, me veo en la obligación de pedirte que te tomes la situación con la mayor seriedad, ¿de acuerdo? Pase lo que pase, te espero a primera hora de la mañana con un informe. Y... suerte. No llegué a avergonzarme, pero sí sentí que disminuía mi irritación. Me guardé el teléfono móvil en un bolsillo de la chaqueta y abrí el armario del recibidor. Me llevó un rato decidir cómo completaría mi atuendo. Tenía unas cuantas novedades en el vestuario, que me habían regalado amigos a lo largo de la última semana. Aun así me decidí por prendas corrientes y abrigadas. Además, eché mano al discman. No tenía la menor necesidad de utilizar el oído, en cambio el aburrimiento podía convertirse en un enemigo invencible. Antes de salir, estuve mirando un rato por la mirilla que daba al rellano. No había nadie. Comenzaba una noche más. Estuve unas seis horas viajando en el metro, sin seguir ningún plan, saltando de una línea a otra, echando una cabezada de vez en cuando, dejando descansar a

mi conciencia y relajarse a los sentidos. No aparecía nada. O sí, sí que pude percibir alguna que otra cosa de interés, pero siempre se trataba de casos ordinarios, para principiantes. Solo hacia las once, cuando el público comenzaba a escasear en el metro, cambió la situación. Estaba sentado con los ojos cerrados, escuchando, por tercera vez esa noche, la quinta sinfonía de Manfredini. Llevaba en el reproductor un minidisc absolutamente genial. Yo mismo había hecho la selección: música italiana del siglo XV y algo de Bach, entremezclados con Alisa, Ritchie Blackmore y Picnic. Siempre ha despertado mi curiosidad reparar en qué melodía coincide con un acontecimiento determinado. Ese día la suerte le tocó a Manfredini. Me sentí totalmente invadido por la sensación. Un escalofrío me recorrió el cuerpo desde los pies hasta la nuca. Incluso farfullé unas palabras, mientras abría los ojos y examinaba el vagón. Detecté a la muchacha enseguida. Muy dulce y joven. Llevaba un elegante abrigo de pieles y un bolso pequeño, y tenía un libro en las manos. Pero, sobre todo, sobre su cabeza se elevaba un enorme vórtice negro. ¡Hacía por lo menos tres años que no veía uno así! Supongo que la mirada que le lancé debió de parecer la de un completo demente. La joven la percibió, me miró y se volvió de inmediato. ¡Antes mira lo que llevas encima! Claro que ella no era capaz de ver el torbellino. Cuando más, podría percibir un ligero desasosiego. Con el rabillo del ojo apenas si vería un muy ligero revoloteo sobre su cabeza... como si se tratara de una miríada de moscas o del aire trémulo sobre el asfalto en un bochornoso día de verano... No vería nada más. Nada de nada. Todavía vivirá un día o dos, hasta que resbale en el hielo y se dé un golpe mortal en la cabeza. O la atropelle un coche. O tropiece, al entrar en el porche de su casa, con el puñal de un asesino... que se preguntará la razón de que esté allí, matando a esa joven. Y todos se lamentarán: «Con lo joven que era, con lo que le quedaba por vivir, con lo que la queríamos...». Sí, claro. Es fácil percatarse de la generosidad y la bondad que hay en su rostro. También se aprecia cansancio, sí, pero ni un ápice de rencor. Al lado de una joven

así, uno se siente distinto de quien es en realidad. Intentas ser mejor, te sientes arrastrado hacia el Bien. Es la clase de muchacha con la que uno prefiere entablar una amistad, acaso flirtear ligeramente, compartir confidencias. Rara vez uno se enamora de alguien así, pero, en cambio, todos la quieren. Todos menos alguien. Alguien que pagó a un Mago de las Tinieblas. En realidad, los vórtices negros son un acontecimiento bastante frecuente. Con solo echar un vistazo alrededor, yo alcanzaba a ver unos cinco o seis más flotando por encima de otros pasajeros. Pero invariablemente se trataba de vórtices borrosos, pálidos, casi inmóviles. Todos ellos provocados por alguna maldición de lo más común, no por un profesional. Como cuando alguien le suelta a otro al pasar un «¡Ojalá te mueras, cabrón!». O, más sencillamente, «¡Ojalá desaparezcas!». Y entonces, desde el lado Tenebroso, aparece un remolino que comienza a aspirar toda la buena suerte, a succionar las fuerzas. Pero una maldición sin más ínfulas, lanzada por un diletante o un aficionado, alcanza para una hora, dos o, como mucho, para un día. Y sus consecuencias, por muy desagradables que lleguen a ser, no son mortales. Aquello era otra cosa. El remolino negro que se elevaba sobre la joven era la obra de un mago desarrollado, pleno y sumamente experimentado. Ella no podía saberlo, pero ya estaba muerta. Me llevé maquinalmente la mano al bolsillo, pero de pronto tomé conciencia del lugar en que me encontraba y fruncí el entrecejo. ¿Cómo es que los teléfonos móviles no funcionan en el metro? ¿Acaso no viajamos bajo tierra quienes los utilizamos? Entonces me encontré debatiéndome entre la misión principal que se me había encomendado, en cuyo éxito no tenía ninguna esperanza, y la joven condenada a muerte. Todavía no sé si habrá alguna posibilidad de ayudarla, pensé, pero estoy obligado a descubrir quién se encargó de crear un vórtice de ese tamaño... En ese mismo instante sentí otro estremecimiento. Era de un tipo distinto. No hubo escalofríos ni dolor. Solo se me secó la garganta, se me entumecieron las encías, la sangre me golpeó con fuerza en las sienes y sentí una punzada

persistente en las yemas de los dedos. ¡Bingo! ¿Por qué aparecía en un momento tan inoportuno? Me puse en pie. El tren ya comenzaba a frenar aproximándose a la estación. Pasé junto a la joven y sentí su mirada sobre mí. Me vigilaba. Me temía. Era evidente que el vórtice negro, por muy imperceptible que fuese, generaba en ella inquietud y la obligaba a cuidarse de los extraños. ¿Será eso lo que la mantiene aún con vida? Intenté no mirar en su dirección y metí la mano en un bolsillo. Acaricié el amuleto: un frío cilindro tallado en ónice. Me tomé un segundo para estudiar mis siguientes pasos. No. No me quedaba otra salida. Cerré con fuerza la mano alrededor del amuleto. De este emanaron punzadas que me golpeaban los dedos y me calentaban la mano, transmitiéndome la energía acumulada. Era una sensación real, aunque resulte imposible medir esa temperatura con un termómetro. Me daba la impresión de que asía un tizón recién sacado de una hoguera... un tizón cubierto de fría ceniza, pero ardiente por dentro. Después de haber apurado el amuleto hasta el final, lancé una mirada a la joven. El vórtice negro vibraba y se inclinaba ligeramente hacia mí. Se trataba de un torbellino tan poderoso que poseía un embrión de inteligencia. Golpeé. Si en el vagón e, incluso, en cualquier rincón del convoy hubiera habido algún Otro, este habría tenido que percibir el centelleo cegador, capaz de atravesar limpiamente el metal o el hormigón... Era la primera vez que yo golpeaba un vórtice negro con una estructura tan compleja. Y era también la primera vez que utilizaba un amuleto con una carga tan potente. El efecto fue totalmente inesperado. Las enclenques maldiciones que flotaban sobre algunos pasajeros fueron barridas de golpe. Una anciana, con la frente surcada de profundas arrugas, se miró sorprendida la palma de la mano con la que se había estado masajeando las sienes: la cruel migraña que la aquejaba acababa de desaparecer. Un joven que durante todo el trayecto no había apartado de la ventanilla su mirada vacía, se estremeció y, acto seguido, la tensión de sus rasgos se desvaneció. Una sorda pena lo abandonó súbitamente. El vórtice negro se alejó unos cinco

metros de la cabeza de la joven. Tanta fue la fuerza ejercida sobre él que salió parcialmente del vagón, aunque no perdió la estructura y se recompuso sobre su víctima, reordenándose a golpes zigzagueantes. ¡Eso sí que era una demostración de fuerza! ¡Y era perseverante! Dicen, aunque yo jamás he presenciado nada parecido, que cuando un vórtice es desplazado dos o tres metros, pierde la orientación y se aferra a cualquier persona que encuentre disponible. No es que sea un favor para nadie, si bien las maldiciones ajenas actúan de forma mucho más débil, por lo que la nueva víctima tiene posibilidades de salvarse. Ese torbellino, sin embargo, volvió a su víctima, como si se tratara de un perro fiel que regresa con su amo que ha sufrido un accidente. El convoy ya se detenía. Miré por última vez en dirección al vórtice. Había vuelto a colocarse sobre la joven e, incluso, giraba a mayor velocidad... No había nada, absolutamente nada, que yo pudiera hacer. A mi lado, en la estación, se encontraba el objetivo que había estado persiguiendo durante una semana de vagabundeo por todo Moscú. No podía dejarlo escapar para dedicarme a la joven. El jefe me comería vivo... y quizá no solo en sentido figurado. Cuando las puertas se abrieron, volví a mirar a la joven, intentando memorizar rápidamente su aura. Las posibilidades de encontrármela de nuevo en una ciudad tan inmensa eran escasas. Pero aun así, tenía que intentarlo. Aunque no en ese momento. Salté del vagón y miré alrededor. No tengo suficiente experiencia en el trabajo de campo, como no se cansa de recordarme, con toda razón, el jefe. Si bien tampoco me gustaba nada el método que él había elegido para adiestrarme. ¿Cómo diablos iba a encontrar ahora el objetivo? Mi sentido natural de la vista me permitía ver a la gente, pero nadie me parecía sospechoso. A esas horas el flujo de pasajeros todavía era ingente. Como quiera que sea, estaba en la estación Kurskaia, de la línea circular, donde confluyen los forasteros que llegan desde la contigua estación de trenes, los comerciantes que regresan a casa y quienes se apresuran a tomar los trenes que los llevarán a las ciudades dormitorio que rodean la capital. Sin embargo,

entornando los ojos podía observar un panorama mucho más entretenido. Un paisaje de auras, sobre las que ya se abatía la palidez que les sobreviene al anochecer. Pero aún resplandecía, aquí o allá, la mancha carmesí de una rabia sorda, el penetrante brillo anaranjado que despedía una pareja ansiosa por meterse en la cama, las marcas borrosas en tonos grises y marrones de las descompuestas auras de los borrachos. Pero ni rastro del objetivo. Conservaba la sequedad en la garganta, la molestia en las encías, las salvajes acometidas del corazón. También un regusto a sangre que se hacía cada vez más presente en los labios. Una excitación creciente. Síntomas circunstanciales todos ellos, aunque demasiado evidentes como para que me permitiera menospreciarlos. ¿De quién se trataba? ¿Cuál de entre todos era mi objetivo? El convoy que tenía a mi espalda se puso lentamente en movimiento. La sensación de que me hallaba cerca de mi objetivo no menguaba, así que continuábamos juntos. De pronto apareció el convoy que entraba en la estación. Y percibí que el objetivo se ponía en marcha y se dirigía hacia él. ¡Adelante! Atravesé el andén, sorteando a los pasajeros que se entretenían en leer las indicaciones, y me encaminé hacia el vagón de cola. La sensación de inmediatez comenzó a desvanecerse. Eché a correr hacia la locomotora... Bien. Me acercaba. Parecía que me había entregado al juego infantil de si frío o caliente... La gente entraba en los vagones. Corrí a lo largo del convoy, mientras era consciente de que la boca se me llenaba de una saliva espesa, de que me dolían los dientes, de que los dedos se me contraían en sucesivos espasmos... La música bombeaba los auriculares.

In the shadow of the moon,

She danced in the starlight

Whispering a haunting tune

To the night...

Bajo la sombra de la luna,

Ella bailaba a la luz de las estrellas

Susurrando una melodía embrujadora

A la noche...

¡Vaya si era apropiada la dichosa canción! Sorprendentemente apropiada... Y no presagiaba nada bueno. Salté entre las puertas que ya se cerraban y me quedé un instante inmóvil, prestando oídos a mi interior. ¿Había adivinado bien? Tampoco ahora conseguía ubicar el objetivo ayudándome solo de la vista... Pero sí había adivinado. El convoy se precipitaba como un bólido por el túnel de la circular, mientras mis instintos me gritaban: «¡Aquí está! ¡Lo tienes a tu lado!». ¿Sería que había adivinado hasta el vagón exacto? Eché una mirada furtiva a los pasajeros del vagón y tuve que renunciar a la esperanza del éxito fácil. No había nadie que me llamara especialmente la atención. Habría que esperar, qué otra cosa podía hacer.

«*Feel no sorrow, feel no pain*,

Feel no hurt, there's nothing gained...

Only love will then remain»,

She would say.

«No sientas pena, no sientas dolor,

No te sientas herida, no ganarás nada...

Así, solo queda el amor»,

Ella solía decir.

Al llegar a la estación Prospekt Mira percibí que el objetivo se alejaba. Salté del vagón y me dirigí hacia el acceso a la línea radial. Sabía que lo tenía cerca, muy cerca... Ya en la estación de la línea radial, la sensación de inmediatez con mi objetivo se tornó dolorosa. Seleccioné a varios candidatos: dos muchachas, un chaval muy joven y un niño. Los cuatro valían como candidatos potenciales, pero ¿cuál de ellos era? Todos subieron al mismo vagón. Al fin un golpe de suerte. Entré detrás de ellos y esperé. Una de las chicas bajó en Rizhskaia. La sensación de presencia que emanaba del objetivo no menguó. El joven se apeó en Alexeievskaia. Perfecto. Ahora se trataba de elegir solo entre dos: la muchacha que permanecía en el vagón y el niño. ¿Cuál de los dos? Me permití abarcarlos con una mirada furtiva. La joven era regordeta, de mejillas sonrosadas, y leía atentamente un ejemplar del Moskovski Komsomoliets. No demostraba ninguna preocupación. El niño, en cambio, debilucho y frágil, estaba de pie contra una puerta y trazaba líneas en el cristal con la yema del dedo. A primera vista, la

joven me resultaba mucho más... apetitosa. Me apostaba dos contra uno a que era ella. Aunque lo cierto es que se trataba de una decisión basada exclusivamente en el sexo. De repente, comencé a oír la Llamada. Una melodía seductora y dulce, aunque aún no verbalizada. El sonido que me llegaba de los auriculares se acalló de pronto. La Llamada lo silenciaba sin dificultad. Ni la joven ni el niño demostraban inquietud. Una de dos: o poseían un alto umbral de resistencia o, por el contrario, ya habían cedido por completo. El convoy irrumpió en la estación VDNJ. El niño separó la mano del cristal, se apeó y se encaminó a toda prisa hacia la salida antigua. La joven no se movió de su sitio. ¡Maldición! ¡Habían permanecido todo el tiempo tan juntos que no había podido establecer a cuál de ellos sentía! En ese instante, volví a percibir la seductora melodía y ahora una voz murmuraba entre los acordes. ¡Una voz de mujer! Me precipité fuera del vagón por entre las puertas a punto de cerrar y eché a andar en pos del niño. Perfecto. La cacería se aproximaba a su fin. Lo que no sabía era qué iba a hacer teniendo el amuleto descargado. No se me ocurría nada... Muy poca gente había salido del tren y solo éramos cinco personas en la escalera mecánica. Delante iban el niño y una mujer acompañada de otro crío más pequeño. Después les seguía yo, y un ajado y envejecido coronel iba detrás de mí. El aura del militar era hermosa, reluciente, toda ella coloreada en tonos que iban del gris metálico a la gama de los azules. Llegué a pensar, desganado y en broma, que podría pedirle ayuda en caso de que la necesitara. Era de los que todavía creen en el «honor militar».

Aunque lo cierto era que el viejo coronel iba a servirme menos que un matamoscas para cazar elefantes. Dejé de pensar tonterías y volví a concentrarme en el niño. Lo miré cerrando con fuerza los ojos, haciéndole un escáner del aura. El resultado me asustó. Lo cubría un reflejo tornasolado y semitransparente. Por momentos se tornaba de un rojo intenso para virar a continuación a un verde espeso que estallaba en brotes de color azul oscuro. Era un caso muy raro. Un destino todavía indefinido, en formación. Un potencial vago. El niño podía crecer y convertirse en un perfecto canalla o, por el contrario, en un hombre noble y justo, o, sencillamente, en nadie, es decir, en un inútil de esos que abundan tanto en el mundo. Se trataba de la clase de aura que suele observarse en niños de dos o tres años, pero que muy rara vez se encuentra pasada esa edad. Resultaba evidente por qué la Llamada se dirigía precisamente a él. Se trataba de un manjar exquisito, para qué negarlo. Sentí que la boca se me llenaba de saliva. La búsqueda había sido muy larga, había durado demasiado... Miré al niño, su esbelto cuello cubierto por la bufanda, y maldije al jefe, la tradición, los rituales. Maldije todo aquello en lo que reposaba la razón de mi trabajo. Las encías me dolían, sentía la garganta seca. La sangre tiene un sabor acre, salado, pero la sed de ella no se puede apagar con nada más. ¡Maldición! El niño abandonó de un salto la escalera mecánica, cruzó a la carrera el vestíbulo de la estación y desapareció tras las puertas de acceso. Por un instante, me sentí aliviado. Aminoré la marcha y salí tras él, observando con disimulo la dirección de sus movimientos. Desapareció en la boca del paso

subterráneo. Echó a correr irremisiblemente al encuentro de la Llamada. ¡Tenía que darme prisa! Me acerqué rápidamente a un quiosco, le lancé dos monedas al vendedor y, tratando de que no se me vieran los dientes, dije: —Una de seis rublos, la del anillo. El joven vendedor, que tenía el rostro cubierto de acné, me tendió el botellín lentamente, como si el trabajo para él fuera poco más que un lugar donde se estuviera calentito. No obstante, fue honesto al avisarme: —No es gran cosa este vodka. No es veneno, este Dorojovskaia, pero la... —... La salud vale más —le interrumpí. Ciertamente, aquel vodka era una mala imitación, pero en ese momento me venía de perlas. Con una mano arranqué la tapa ajustada por un anillo de alambre y con la otra saqué el teléfono móvil y pulsé la tecla para acceder a la última llamada. El joven del quiosco abrió los ojos como platos. Tomé un trago sobre la marcha —el vodka olía a queroseno y sabía aún peor; obviamente era una falsificación que destilaban allí mismo— y corrí hacia el paso subterráneo. —Diga. Esta vez no era Larisa sino Pável, que solía hacer el turno de noche. —Al habla Antón. Hotel Kosmos o muy cerca, en algún patio. Sigo al objetivo. —¿Qué te envío? ¿Una brigada? —preguntó en un tono que delataba interés. —Sí. Ya se me ha descargado el amuleto. —¿Qué ocurrió? Un mendigo que había encontrado refugio en medio del paso subterráneo extendió la mano, como esperando que le dejara la botella ya empezada. Pasé por su lado sin detenerme. —Ha ocurrido de todo. De todo... Date prisa, Pável. —Los chicos ya están en camino. Súbitamente sentí como si se me clavara una aguja incandescente en la mandíbula. Diablos, qué dolor...

—Pasha, no respondo por lo que pueda hacer... —dije rápidamente, y corté la comunicación. Acto seguido me di de bruces con una pareja de policías. ¿Por qué siempre tenía que ser así? ¿Por qué los humanos defensores del orden tenían que aparecer siempre en el momento más inoportuno? —Sargento Kaminski —dijo el joven policía como si se tratara de un trabalenguas—. Su documentación... Curioso, ¿de qué se disponían a acusarme esos dos? ¿Consumo de bebidas alcohólicas en un espacio público? Seguramente. Introduje una mano en el bolsillo y acaricié el amuleto. Estaba casi frío. Aunque para lo que me esperaba, tampoco es que necesitara demasiada energía. —No existo —dije. Los dos pares de ojos, que me miraban convencidos de haber encontrado una buena presa, perdieron expresividad. Toda chispa de inteligencia los abandonó. —Usted no existe —repusieron a coro los policías. No tenía tiempo para programarlos, así que les solté lo primero que me vino a la cabeza: —Cómprense una botella de vodka y tómense la noche libre. ¡Rápido! ¡Marchando! Evidentemente, la orden cayó en suelo abonado. Tomados del brazo, cual si se tratara de dos niños dando un paseo, los policías se alejaron a toda prisa en dirección a los quioscos. Me sentí ligeramente incómodo imaginando las consecuencias que podría acarrear mi orden, pero no tenía tiempo para enmendar la situación. Cuando por fin emergí a la calle tenía la certeza de que llegaba tarde. Sin embargo, por extraño que pudiera parecer, el niño no había ido demasiado lejos. Aún estaba a unos cien metros de la salida del paso subterráneo, como si vacilase. ¡Eso sí era tener resistencia! La Llamada había adquirido tal fuerza que costaba

entender cómo los escasos transeúntes no abandonaban sus prisas y se entregaban, por ejemplo, a los más alocados pasos de baile, o cómo los tranvías no abandonaban la avenida y se metían en los patios y se entregaban allí a un destino más dulce... El niño miró hacia atrás. Me pareció que era a mí a quien miraba. Y salió disparado. Eso significaba el fin: había cedido a la Llamada. Lo seguí, mientras intentaba febrilmente decidir qué iba a hacer. Lo más correcto sería esperar a que llegase la brigada, que no tardaría más de diez minutos. Pero eso suponía dejar que se cebaran en el niño. La piedad es una cosa muy peligrosa. Y era la segunda vez en un día que cedía a ella. Primero, en el metro, cuando agoté la carga del amuleto intentando sin éxito desplazar al vórtice negro. Y ahora de nuevo, mientras seguía al niño. Hacía muchos años había escuchado una frase con la que me negaba a comulgar. Y todavía hoy me cuesta darla por válida, a pesar de las muchas ocasiones que he tenido de comprobar su justeza. «El bien común y el bien particular solo confluyen en muy contadas ocasiones...» Qué duda cabe de que se trata de una verdad. Pero algunas verdades son peores que las mentiras. Eché a correr en dirección a la Llamada. El niño y yo no la percibíamos de la misma forma. A él la convocatoria le llegaba en forma seductora, como una melodía encantadora que lo privaba de toda fuerza y voluntad. Para mí, en cambio, era un toque a rebato que me encendía la sangre. Que me encendía la sangre... Llevaba una semana burlándome de mi cuerpo, y ahora este empezaba a rebelarse. Necesitaba beber. No beber agua —no me hace el menor daño calmar la sed con un buen

puñado de sucia nieve moscovita—; tampoco alcohol —de hecho tenía a mano el botellín con aquella maldita porquería que acababa de comprar y a la que mi organismo era también inmune—. Lo que quería era beber sangre. No sangre de cerdo o de vaca. Lo que me urgía beber era sangre humana. Malditas sean estas cacerías... «Tienes que experimentarlo por ti mismo —me había dicho el jefe—. Ya llevas cinco años trabajando en el departamento de análisis. Ya es bastante, ¿no te parece?» Puede que sea demasiado, sí, pero no me atrevería a afirmarlo, porque es un trabajo que me gusta. A fin de cuentas, ya hace más de cien años que el jefe no realiza tareas operativas. Dejé atrás los escaparates iluminados y repletos de falsa porcelana y comida no menos falsa. Por mi lado, pasaban raudos los coches por la avenida y los escasos viandantes. También ellos —coches y personas— eran una superchería, una ilusión, una más de las muchas facetas del mundo, la única que los humanos llegan a conocer. Es una suerte que yo no sea un humano. Sin aminorar la carrera, entré en el Crepúsculo. Un suspiro sacudió al mundo mientras me abría paso hacia otra dimensión. Era como si las potentes luces de un aeropuerto me golpeasen la espalda y dejaran proyectar la larga y escuálida línea de mi sombra, que fue arremolinándose y ganando en volumen mientras me arrastraba hacia un espacio donde desaparece toda sombra. La sombra se despegaba del sucio asfalto, se erguía y agitaba como si se tratara de una densa columna de humo. La sombra corría delante de mí... Apresuré mi carrera y atravesé la silueta grisácea para adentrarme en el Crepúsculo. El mundo perdió

súbitamente los colores, los coches que circulaban por la avenida parecieron aminorar la velocidad, como si se encontraran con un atasco. Me acercaba a mi objetivo. Cuando irrumpí en el patio esperaba encontrarme el desenlace fatal, topar con el cuerpo del niño, inmóvil, vacío ya de sangre, y con apenas la estela de los vampiros ausentes. Pero llegué a tiempo. El niño estaba de pie ante una joven vampira que se disponía a hundirle los colmillos, y se despojaba lentamente de la bufanda. Era poco probable que tuviese miedo a esas alturas. La Llamada es capaz de privar a su destinatario de todo vestigio de conciencia. Más bien, estaría ansiando el contacto con los brillantes y afilados colmillos. Un joven vampiro observaba de cerca la escena. Advertí de inmediato que era él quien mandaba, quien se había encargado de iniciar a la joven; él la empujaba hacia la sangre. Me asqueó comprobar que tenía la marca del registro moscovita. ¡Vaya cerdo! Pero lo bueno era que eso aumentaba mis posibilidades de éxito... Los vampiros se volvieron hacia mí. En un primer momento, me miraron con sorpresa, sin comprender aún lo que estaba pasando. El niño había entrado en el Crepúsculo que habitan los vampiros, y yo no podía ni debía verlo allí... como, de hecho, tampoco a ellos. El rostro del joven comenzó a relajarse. Me sonrió incluso amistosamente, con calma. —Hola —dijo. Me había tomado por uno de los suyos. Y no era cuestión de culparlo del error, porque en ese momento yo era, en efecto, uno de los suyos. O casi. La semana que llevaba adiestrándome había dejado su huella: sentía la presencia de los vampiros hasta el punto de que prácticamente había traspasado el límite de acceso al

lado Tenebroso. —Guardia Nocturna —dije. Tendí una mano y les mostré el amuleto. Estaba descargado, pero desde la distancia que nos separaba no iban a advertirlo—. ¡Os ordeno que salgáis del Crepúsculo! El joven quizá hubiera obedecido. Lo habría hecho con la esperanza de que yo desconociera la huella sangrienta que había ido dejando tras de sí y que me limitaría a calificar el incidente como un mero «intento frustrado de establecimiento de contacto con un humano». Pero su acompañante había llegado a un estado en el que era incapaz de dominarse e, incluso, de razonar. —¡Aaahhh! —chilló, mientras se arrojaba sobre mí como impulsada por la fuerza del alarido. Fue una suerte que no decidiera comenzar por clavarle los colmillos al niño, porque estaba totalmente fuera de sí, como un drogadicto desesperado por inyectarse una dosis al que le arrancan de la vena la jeringuilla que acaba de clavarse, o una ninfómana de la que se aparta un hombre un instante antes de que alcance el orgasmo. La acometida era demasiado impetuosa como para que un humano hubiese podido detenerla. Ahora, sin embargo, la vampira y yo estábamos en un mismo plano de la realidad. Agité la mano y le rocié el rostro deforme con un chorro de vodka del botellín. ¿Por qué les hará tanto daño el alcohol a los vampiros? El amenazador alarido se transformó en un aullido desesperado. La vampira se revolvió sobre sí misma, arañándose la cara con las manos, arrancándose jirones de piel y trozos de carne macilenta. El vampiro, entretanto, se volvió y emprendió la huida. Lo cierto es que todo estaba resultando demasiado sencillo. Si se hubiera tratado de un vampiro venido de

fuera, habría tenido que enzarzarme en una pelea entre iguales. Tratándose, en cambio, de un vampiro registrado, la cosa era diferente. Arrojé el botellín a la vampira, estiré la mano y agarré el hilo desenrollado de la marca de registro. El vampiro se llevó las manos a la garganta, a punto de ahogarse. —¡Sal del Crepúsculo! —le ordené. Al parecer por fin se había percatado de que el asunto era mucho más serio de lo que había imaginado inicialmente. Se abalanzó sobre mí con la intención de aflojar la presión del hilo, mientras proyectaba sus colmillos y se transformaba. Si hubiera tenido cargado el amuleto, lo habría paralizado fácilmente. Pero, dada la situación, tenía que matarlo. La marca, un sello azul que brillaba en el pecho del vampiro, crujió en respuesta a la inaudible orden que envié. Una energía que procedía de alguien mucho más poderoso que yo se abatió sobre el cuerpo sin vida del vampiro, que aún corría. Las vidas ajenas que habían alimentado su carne muerta aún lo mantenían con fuerza. Pero ni ese vigor podía servirle de escudo ante un golpe tan potente: la piel se le secó en un instante y se apergaminó alrededor de los huesos. De las cuencas de sus ojos comenzó a manar una mucosidad espesa. A continuación, la columna vertebral cedió, fracturándose, y los despojos cayeron a mis pies entre espasmos. Me volví, pensando que la vampira podía haberse recuperado. Pero no había peligro. La joven atravesaba el patio corriendo a grandes zancadas. Aún no había salido del Crepúsculo, de modo que el magnífico espectáculo que ofrecía solo estaba reservado para mis ojos. Y también para los de los perros, claro. Provenientes de uno de

los rincones del patio se oían los ladridos frenéticos de un chucho, asaltado de pronto por esa mezcla de odio y temor que los perros sienten hacia los muertos vivos desde el inicio de los tiempos. Estaba demasiado agotado para emprender la persecución de la vampira. Todo lo que pude hacer fue tomar un molde de su aura seca, gris y nauseabunda. Ya la encontraríamos. No conseguiría esconderse de nosotros. Pero ¿qué se había hecho del niño? En el instante de volver del Crepúsculo convocado por los vampiros, quizá hubiera quedado inconsciente o en trance. Pero ya no estaba en el traspatio. No podía haber pasado por mi lado sin que yo me percatara... Me dirigí de un salto al patio y entonces lo vi. Corría casi más rápido que la vampira. ¡Vaya con el chiquillo! Era una maravilla. Sabía valerse por sí mismo. Lo malo era que recordaría todo lo vivido aquella noche. Aunque bien mirado, ¿quién iba a darle crédito a un niño? Al día siguiente los recuerdos serían borrosos y pasarían por ser los vestigios de una pesadilla irreal. Me pregunté por un instante si no valdría la pena darle alcance. —¡Antón! Igor y Garik, nuestra inseparable pareja de agentes operativos, se acercaban a la carrera por la avenida. —¡La vampira ha escapado! —grité. Sin detenerse, Garik propinó una patada al cadáver del vampiro, levantando una nube de polvo que flotó en el aire helado. —¡Pásame el molde! —dijo. Le envié la imagen de la vampira fugitiva; Garik frunció el entrecejo y aceleró. Mientras se alejaban a darle caza, Igor me gritó: —¡Ocúpate de la basura! Asentí, como si esperara una respuesta, y salí del Crepúsculo. El mundo se iluminó. Las siluetas de mis compañeros se desvanecieron e

incluso la nieve, instalada en la realidad humana, dejó de hundirse bajo el peso de sus pasos invisibles. Me encaminé hacia el Volvo gris en que habían llegado. En el asiento trasero me esperaban unas herramientas de lo más corrientes: una bolsa de plástico, una pala y una escoba. Me bastaron unos cinco minutos para barrer los ligeros restos del vampiro y guardar la bolsa en el maletero. Después, arrastré un poco de nieve sucia, que el descuidado portero había dejado apilada en un rincón, la esparcí por el patio y me paseé sobre ella mezclándola con los putrefactos residuos que quedaban del vampiro. No tendrás una sepultura humana, pensé, porque no eres humano... Al fin había acabado. Regresé al coche, me senté al volante y me abrí la chaqueta. Me sentía estupendamente. El vampiro estaba muerto, a su amiga los chicos la cogerían muy pronto y el niño había salvado la vida. ¡Qué alegrón se iba a llevar el jefe! **2**

—¡Inútil! Intenté decir algo, pero el siguiente grito, sonoro como una bofetada, me cerró la boca. —¡No vales para nada! —Pero... —¿Eres consciente al menos de tus errores? El jefe había disminuido un poco la presión y me atreví a levantar la vista del suelo. —Creo que sí... —repuse débilmente. Me gusta estar en esa oficina. Cuando veo todos los objetos curiosos que se guardan en ella, cuidadosamente colocados en las vitrinas protegidas por cristal blindado que cuelgan de las

paredes, o sencillamente en total desorden, como los disquetes o papeles oficiales esparcidos sobre la mesa de trabajo, me embarga una admiración infantil. Cada uno de esos objetos, desde un antiguo abanico japonés hasta un fragmento de metal de la figura de ciervo que sirve de emblema a una marca de coches, tiene una historia detrás. Y cuando el jefe está inspirado, cuenta anécdotas muy entretenidas acerca de ellos. Lo malo es que en muy raras ocasiones yo había tenido la suerte de encontrarlo lo bastante animado para hacerlo. El jefe dejó de pasearse por la oficina, se sentó en una butaca y encendió un cigarrillo. —Muy bien —dijo—. Adelante con el informe. Su voz había adquirido un tono profesional, acorde con su pose. Visto con ojos humanos, el jefe aparentaba tener unos cuarenta años y pertenecer a ese escaso círculo de hombres de negocios de medio pelo en los que los gobernantes suelen depositar sus esperanzas. —¿De qué quiere que le informe? —pregunté, consciente de que corría el riesgo de ser despachado con otra penosa descalificación. —De tus errores. Háblame de tus errores. Con que era eso... Bien. —Mi primer error, Boris Ignátievich —comencé adoptando la más humilde de las actitudes—, fue no haber comprendido correctamente la naturaleza de mi misión. —¡¿No me digas?! —exclamó simulando interés. —Sí, porque yo había supuesto que mi objetivo era dar con el vampiro que andaba de caza por todo Moscú. Dar con él... y... ejem... neutralizarlo. —Muy bien. Continúa —me alentó el jefe. —Cuando en realidad el principal objetivo de la misión consistía en evaluar mi capacidad para el trabajo operativo, el trabajo de campo. Y fue precisamente mi

incorrecta comprensión de la misión lo que me condujo a aplicar el principio de «separar y proteger»... El jefe dejó escapar un suspiro, mientras asentía. Cualquiera que no lo conociera habría pensado que estaba avergonzado. —¿Y en qué dices que violaste ese principio? —No, lo que sucede es que lo respeté, y esa fue la razón de que hiciera fracasar la misión. —Explícame eso, lo del fracaso... —Lo primero... —De repente, una lechuza polar blanca expuesta en una de las vitrinas atrajo mi atención. ¿Era posible que hubiese movido la cabeza?—. Lo primero fue agotar toda la carga del amuleto en un inútil intento de neutralizar el vórtice negro... Boris Ignátievich frunció el entrecejo y se alisó los cabellos. —De acuerdo, comencemos por eso. He examinado la imagen que tomaste de ese torbellino y como no sea que la hayas adornado... Negué con la cabeza, indignado. —Te creo. Pues bien, que sepas que es imposible eliminar un vórtice de esas dimensiones con la sola ayuda de un amuleto. ¿Es que no recuerdas la clasificación? ¡Diablos! ¡Solo a mí se me podía olvidar echarle de vez en cuando un vistazo a los viejos apuntes de clase! —Estoy seguro de que no la recuerdas —continuó el jefe—. Aunque en este caso da igual, porque se trata de un vórtice que no corresponde a ninguna clasificación. Jamás habrías podido neutralizarlo... —Se acercó a mí irguiéndose por encima de la mesa y añadió en un susurro—: ¿Sabes una cosa, Antón? Concentré toda mi atención en lo que iba a decirme. —Yo tampoco habría podido. Era una confesión totalmente inesperada y no supe qué decirle. La confianza en los poderes absolutamente ilimitados del jefe era una idea compartida por todos

los colaboradores del servicio, aunque a nadie se le ocurriera verbalizarla. —Cuando se trata de un vórtice de esa fuerza, Antón, solo puede revocarlo el mismo que lo generó. —Pues habría que encontrarlo —apunté con voz insegura—. Me da pena esa joven... —El problema no es ella. O, mejor, no es solo ella. —¿Cómo que no? —solté con descaro, aunque me apresuré a corregirme—. ¿No habría que detener al Mago de las Tinieblas? El jefe suspiró. —Es posible que tenga una licencia para actuar así. Tal vez tenía derecho a imponer una maldición de esa envergadura... El problema tampoco es el mago. Cuando se está ante un vórtice de semejante fuerza... ¿Recuerdas el avión que cayó a tierra el invierno pasado? Me estremecí con solo recordarlo. No se había tratado de un fallo nuestro y, en realidad, fue el resultado de un vacío legal. Un piloto a quien le habían dirigido una maldición no consiguió controlar el avión que pilotaba y este se precipitó sobre un barrio de la ciudad. Se perdieron cientos de vidas inocentes... —No es la clase de vórtices que operan selectivamente —prosiguió—. Es cierto que la joven está condenada, pero lo que le espera no es un ladrillo que se desprende de una cornisa. Lo más probable es que se produzca una explosión en un edificio, que se desate una epidemia o que una bomba atómica caiga por casualidad sobre Moscú. He ahí el problema principal, Antón. —Se volvió de pronto y dirigió una mirada demoledora a la lechuza. Esta plegó rápidamente las alas y el brillo que iluminaba sus ojos se apagó. —Ha sido culpa mía, Boris Ignátievich —dije aterrorizado—. Ha sido mi culpa... —Claro que ha sido culpa tuya. Pero hay algo que te salva,

Antón. —El jefe carraspeó ligeramente—. Al haber cedido a la compasión, actuaste de forma muy correcta. El amuleto fue incapaz de destruir por completo el vórtice, pero sí consiguió posponer la venida del infierno. Ahora disponemos de un día, tal vez de dos, incluso. Siempre he considerado que los actos irreflexivos pero dictados por la bondad son mucho más provechosos que los actos viles, aunque largamente preparados. Si no hubieses decidido utilizar el amuleto, media ciudad de Moscú ya estaría convertida en ruinas. —¿Y qué podemos hacer ahora? —pregunté. —Buscar a la joven. Buscarla y protegerla... como mejor podamos. Todavía se puede intentar desestabilizar el vórtice una o dos veces más. Entretanto, tendremos que encontrar al hechicero que arrojó esa maldición y obligarlo a retirar el torbellino. Me limité a asentir. —Todo el personal se encargará de la búsqueda —continuó el jefe sin demasiado énfasis—. He convocado incluso a los que estaban de vacaciones. A primera hora de la mañana, Ilía y Semión llegarán de Sri Lanka. El resto estará aquí a la hora de la comida. Hay mal tiempo en toda Europa, así que, aunque he pedido ayuda a los colegas de la oficina europea, todavía andan ocupados en dispersar las nubes... —¿A primera hora de la mañana, dice? —Eché un vistazo al reloj—. Falta un día entero, entonces. —No, no. Esta mañana estarán aquí —replicó el jefe soslayando el sol de mediodía que ya brillaba tras la ventana—. Tú también participarás en la búsqueda. Quién sabe si no volverá a sonreírte la suerte... Y ahora, ¿qué te parece si continuamos con el examen de tus errores? Intenté escabullirme. —No sé si ahora valdrá

la pena perder el tiempo en eso —dije. —No te preocupes, que no será tiempo perdido. —El jefe se acercó al armario y regresó con la lechuza disecada. La colocó sobre la mesa. Al verla de cerca, no tuve la menor duda de que se trataba de un animal disecado. No había más vida en ella que en un cuello de piel...—. Volvamos a los vampiros y la víctima que se disponían a atacar —continuó. —Dejé escapar a la vampira y los chicos no pudieron darle alcance—confirmé, intentando que percibiera mi arrepentimiento. —No tengo ningún reproche que hacerte respecto a eso. Ya estuvo bien que lucharas con tanta dignidad. Quien me interesa es la víctima... —Le comprendo. El chico conservó la memoria. Pero es que echó a correr con tal energía, que... —¡Antón! ¡Despierta! Aquí se trata de algo mucho más grave. ¡A ese chico la Llamada lo enganchó a una distancia de varios kilómetros! ¡Tuvo que haber entrado en aquel traspatio convertido ya en un muñeco absolutamente indefenso! Y más tarde, cuando el Crepúsculo se desvaneció, ¡debería haber perdido el conocimiento! Sin embargo, nada de eso sucedió. Y te digo más, Antón. Si después de todo lo que tuvo que soportar aún era capaz de moverse... ¡ese niño ha de tener un potencial mágico sencillamente enorme! El jefe se calló. —Soy un idiota. —No lo eres. Pero has pasado demasiado tiempo encerrado en el laboratorio. Ese niño, Antón, es potencialmente más fuerte que yo mismo. —Bueno, eso no... —Dejémonos de lisonjas... El teléfono sonó de pronto. Debía de tratarse de algo extremadamente urgente, porque muy pocos conocían el teléfono directo del jefe. Yo mismo, por ejemplo, no sé el número. —¡Silencio! —le gritó el jefe al inocente aparato, que

calló al instante—. Antón, hay que dar con el paradero de ese muchachito. La vampira es lo de menos, porque sola no representa ningún peligro. Ya le darán alcance los nuestros o alguna de las patrullas se ocupará de detenerla. Pero si hubiera llegado a clavarle los colmillos a ese niño, si lo hubiera iniciado... No tienes ni idea de lo que es un vampiro de verdad. Piensa que los vampiros actuales no son más que mosquitos al lado de un Nosferatu, que ni siquiera era uno de los mejores, por mucho que hiciese para aparentarlo... Por lo tanto, hay que encontrar al niño, someterlo a examen y, si fuera posible, sumarlo a la Guardia. No podemos permitir de ninguna manera que se pase al lado Tenebroso, porque se alteraría radicalmente el equilibrio de poderes en todo Moscú. —¿Es una orden? —Es más que eso: te estoy otorgando una licencia —declaró gravemente—. Como bien sabes, tengo derecho a impartir este tipo de órdenes. —Lo sé —repuse en un murmullo—. ¿Por dónde comienzo? O, mejor, ¿por quién? —Da igual. Aunque será mejor que comiences por la chica. Pero intenta también dar con el niño. —¿Puedo marcharme? —Sí, e intenta dormir un poco. —He dormido excelentemente, Boris Ignátievich... —Pues no me lo parece. Una horita más de sueño te vendría de maravilla. No entendía nada. Ese día me había levantado a las once, había ido corriendo a la oficina, me sentía lleno de ánimo y energía. —Aquí tienes un ayudante —añadió el jefe, y chasqueó los dedos sobre la lechuza disecada. El pájaro abrió las alas y emitió unos chillidos que dejaban traslucir su disgusto. Tragué saliva y me atreví a preguntar: —¿Quién es? O, ¿qué es? —¿Qué importancia tiene eso para ti? —me preguntó el jefe

mientras miraba a la lechuza a los ojos. —Pues para decidir si quiero trabajar con esto. La lechuza me miró y se puso a bufar como un gato acorralado. —Esa no es la pregunta, Antón —dijo el jefe, negando significativamente con la cabeza—. La pregunta es si ella aceptará trabajar contigo. El pájaro volvió a bufar. —Sí —asintió el jefe dirigiéndose a la lechuza—. Tienes mucha razón, pero no soy yo quien presentó una nueva apelación, ¿no? El pájaro no se atrevió ni a moverse. —Te prometo que haré las gestiones —agregó el jefe—, y creo que esta vez hay alguna posibilidad de éxito. —Boris Ignátievich, quiero que sepa que en mi opinión... —Lo siento, Antón, pero ahora no me interesa tu opinión... —El jefe tendió la mano y la lechuza avanzó torpemente con sus patas emplumadas hasta pararse sobre la palma abierta—. No sabes la suerte que tienes... Permanecí en silencio. El jefe caminó hacia la ventana, la abrió y sacó la mano. La lechuza desplegó las alas y salió planeando. ¡No estaba nada mal para un pájaro disecado! —¿Adonde se va... eso? —A tu casa. Trabajaréis en pareja... —El jefe se acarició la nariz—. Eso es lo que haréis. Y otra cosa: no te olvides de llamarla por su nombre. Olga. —¿La lechuza se llama Olga? —Si le das de comer y te ocupas de ella, todo irá bien. Ahora vete, duerme un rato más y, después, a trabajar. No tienes que pasar por la oficina. Esperas a Olga y os ponéis manos a la obra. Puedes comenzar por revisar la línea circular del metro. —¿Cómo que dormir un rato más...? —protesté, pero el mundo ya se oscurecía a mi alrededor y sus formas se difuminaban en trazos borrosos. Una esquina de la almohada se me había clavado dolorosamente en la mejilla. Estaba

acostado en mi cama, soñoliento y con los ojos pesados, como llenos de arena. La garganta, reseca, me dolía. —Ah... —protesté con un ronquido, mientras me daba la vuelta en la cama para quedar boca arriba. Las pesadas cortinas no me permitían descubrir si afuera era de noche o si brillaba el sol del mediodía. A duras penas conseguí mirar el reloj. Los números luminosos marcaban las ocho. Era la primera vez que se me concedía el privilegio de mantener una audiencia con el jefe en pleno sueño. No era un asunto precisamente agradable, sobre todo para el jefe, que había tenido que irrumpir en el fondo de mi conciencia. Evidentemente, el tiempo apremiaba, porque de lo contrario no habría tomado la decisión de someterme a una sesión de instrucciones mientras dormía. Aunque bien pensado, ¡me asombraba lo real que había parecido nuestra charla! No me había esperado semejante perfección. El detallado análisis de mi misión, la estúpida lechuza... De pronto, di un respingo. Alguien golpeaba la ventana desde fuera. Eran unos golpes breves e insistentes, como los de unas finas garras sobre el vidrio. Los acompañó un sonoro chillido. ¿Qué otra sorpresa podía depararme la mañana? Abandoné la cama de un salto y corrí hacia la ventana, poniéndome los calzoncillos sobre la marcha. Toda la basura que me había metido preparándome para la cacería nocturna continuaba surtiendo efecto, lo que me permitía distinguir los objetos con enorme precisión. Descorrí bruscamente las cortinas y levanté la persiana. Había una lechuza posada sobre el alféizar. Entornaba los ojos, porque ya había amanecido y la luz era más de la que podía soportar. Desde la calle, nadie hubiese podido

distinguir qué pájaro era ese que se había posado en una ventana del décimo piso, pero si alguno de los vecinos se asomaba se iba a llevar una sorpresa: ¡una lechuza polar en pleno centro de Moscú! —Pero, qué diablos... —dije con un hilo de voz. Habría preferido soltar algo más contundente, pero ya desde los primeros días deservicio en la Guardia me enseñaron a combatir esa mala costumbre. Aunque, más bien, decidí abandonarla por mí mismo. En cuanto has visto un par de remolinos negros oscilando sobre las cabezas de gente sobre la que has echado pestes, comienzas a morderte la lengua antes de proferir una maldición. La lechuza me miraba fijamente. Esperaba. Alrededor alborotaban las aves. Una bandada de gorriones que se había adueñado de un árbol vecino piaba atemorizada. Los cuervos se mostraban más atrevidos. Habían volado a los balcones y árboles cercanos y graznaban desaforados, saltando de rama en rama y revoloteando cerca de la ventana. El instinto les advertía de los peligros que entrañaba la presencia de un visitante tan inesperado. La lechuza no reaccionaba ante la súbita alharaca. Poco le importaba la incomodidad que había generado en gorriones y cuervos. —¿Quién eres? —pregunté en voz baja mientras intentaba abrir la ventana, cuyas hojas estaban pegadas al marco con cinta adhesiva para evitar que se colara el aire frío. Vaya idea esa que se le había ocurrido al jefe de emparejarme con un compañero... O con una compañera, por lo que parecía. Un solo golpe de alas le bastó a la lechuza para entrar en la habitación e ir a posarse sobre el armario, donde cerró los ojos. Se comportaba como si llevara un siglo viviendo allí. ¿Se habría

congelado por el camino? Era improbable, tratándose de un animal procedente del polo... Cerré la ventana, intentando decidir cómo actuar a continuación. ¿Qué clase de relación iba a mantener con ella? ¿Qué iba a darle de comer? Y, sobre todo, ¿cómo diablos se suponía que me ayudaría aquella criatura emplumada? —Te llamas Olga, ¿verdad? —pregunté cuando hube acabado con la dichosa ventana. El aire frío se colaba por las rendijas, pero tendría que ocuparme de eso más tarde—. Eh, pajarraco, es a ti a quien hablo —añadí. La lechuza abrió un ojo. Me hacía tanto caso como un momento antes a los alborotados gorriones. Con cada instante que pasaba me sentía más incómodo. Primero, porque tenía por compañero a alguien con quien no podía comunicarme. Y segundo, porque era una mujer, aunque tuviese el aspecto de una lechuza. Se me ocurrió que mejor me ponía los pantalones. Porque estaba allí en calzoncillos, sin afeitar y con cara de sueño. Sin poder evitar sentirme el último de los idiotas, recogí la ropa del suelo y abandoné a toda prisa la habitación. La frase que le lancé a la lechuza mientras salía —«Disculpa, vuelvo enseguida»— era el último trazo que faltaba a la caricatura en que me había convertido. Si el pajarraco aquel era lo que me temía, acababa de producirle una impresión muy deficiente. Tenía muchas ganas de darme una ducha, pero no podía permitirme esa pérdida de tiempo. Me limité, pues, a afeitarme y a meter la cabeza bajo el chorro de agua helada que salía del grifo. En el minúsculo armario donde guardaba el champú y el desodorante conseguí dar con un frasco de agua de colonia que rara vez utilizaba. —Olga —llamé, asomándome

al pasillo. La lechuza se había trasladado a la cocina y se había posado sobre la nevera. Parecía muerta, un pájaro disecado que alguien hubiera colocado allí de adorno. Como cuando estaba en la vitrina del despacho del jefe. —¿Estás viva? —le pregunté. Un ojo ambarino me lanzó una mirada poco amistosa. —De acuerdo —dije y abrí los brazos en cruz—. ¿Qué tal si comenzamos de nuevo? Sé que no te he causado muy buena impresión. Honestamente, es un mal crónico que padezco. La lechuza me miraba atentamente. —No sé quién eres. —Acerqué un taburete y me senté frente a la nevera—. Y, por desgracia, tú no puedes explicármelo. Pero sí que puedo presentarme. Mi nombre es Antón. Hace cinco años descubrieron que soy uno de los Otros. En este punto, la lechuza dejó escapar un sonido que se pareció, más que nada, a una leve risilla. —Sí, ya sé —convine—. Solo cinco años. Pero así fueron las cosas. Yo poseía una barrera de resistencia muy alta. No quería asomarme al mundo del Crepúsculo. No lo veía. Y estuve sin verlo hasta que tropecé con el jefe. Aparentemente, la lechuza comenzaba a mostrar interés. —Fue un día en que él estaba dando una clase práctica. Mientras instruía a los agentes operativos sobre cómo detectar Otros ocultos, topó conmigo... —Tuve que sonreír, recordando aquel día—. Por supuesto, consiguió quebrar mi barrera. Y a partir de ese momento todo fluyó como es habitual... Me sometieron a un cursillo de adaptación y comencé a trabajar en el departamento de análisis... Todo ello sin que se produjeran cambios de importancia en mi vida. Me convertí en un Otro sin apenas darme cuenta del cambio. El jefe se molestaba, pero no decía nada. Yo hacía

bien mi trabajo, y él no tenía derecho a inmiscuirse en el resto. Pero hace una semana un vampiro maníaco apareció por la ciudad. Y van y me encargan a mí que me ocupe de neutralizarlo. Supuestamente, porque el resto de los agentes operativos estaban ocupados. Pero lo cierto es que querían hacerme oler la pólvora. No sé... Puede que fuera una decisión acertada. Lo malo es que durante esa semana murieron tres personas más. Un buen profesional habría capturado a esa parejita en un día... Tenía muchas ganas de saber qué opinaba Olga sobre lo que le contaba. Pero la lechuza no dejaba escapar ningún sonido. Aun así le pregunté: —En realidad, ¿qué es más importante para la conservación del equilibrio? ¿La mejora de mis habilidades operativas o la vida de tres inocentes? La lechuza permanecía en silencio. —Era incapaz de percibir a los vampiros siguiendo los métodos tradicionales —continúe—, así que tuve que ponerme a tono con ellos. No bebí sangre humana, eso no, y decidí arreglármelas con sangre de cerdo. Y con todos esos brebajes... seguro que tú los conoces muy bien... Mientras mencionaba los brebajes, me acerqué al armario bajo la encimera de la cocina, lo abrí y extraje un pote de vidrio firmemente cerrado con un tapón. En el fondo quedaba un poso de polvo marrón y terroso, que me disuadía de llevarlo a reciclar. Vertí el polvo en el fregadero y abrí el grifo. Un olor picante y embriagador inundó la cocina. Sacudí el bote y lo arrojé al cubo de la basura. —He estado a punto de perder el control sobre mí mismo —confesé—. De perderlo, sin más. Ayer por la mañana, cuando regresaba de la cacería, tropecé en el vestíbulo con una vecina, una niña. No me

arriesgué ni a saludarla, porque ya sentía cómo despuntaban los colmillos. Y, después, esta noche, cuando me llegó el sonido de la Llamada dirigida al muchachito... estuve a punto de unirme a los vampiros. La lechuza me miraba directamente a los ojos. —¿Crees que habrá sido por eso por lo que el jefe me encargó la misión? —pregunté. Una maldita ave disecada, eso era lo que parecía. Un trozo de piel emplumada relleno de serrín. —¿Querría que yo aprendiera a mirar con los ojos de un vampiro? Sonó el timbre en el recibidor. Suspiré, abriendo los brazos. Qué le iba a hacer si ella misma tenía la culpa: cualquier interlocutor resultaría más interesante que aquel aburrido pájaro disecado. Por el camino encendí las luces, llegué a la puerta y la abrí. Un vampiro esperaba en el umbral. —Pasa, Kostia. Adelante —dije. Sin mostrarse demasiado convencido, entró. Se alisó el cabello con la mano y vi que tenía las palmas cubiertas de sudor. Había una expresión de inquietud en sus ojos. Kostia tiene solo diecisiete años. Es vampiro de nacimiento. Un vampiro urbano como cualquier otro. Un vampiro de lo más común, digamos. Su situación tenía muy poca gracia, la verdad. Hijo de padres vampiros, las posibilidades que tenía de crecer como un humano eran prácticamente nulas. —Te he traído los discos —masculló—. Aquí los tienes. Cogí el montón de discos compactos, sin sorprenderme de que fuesen tantos, aunque lo normal era que tuviese que reclamárselos varias veces, porque era endemoniadamente despistado. —¿Ya los has escuchado todos? ¿Te los has grabado? —Sí —respondió sin demasiada convicción—. Bueno, me voy... —Espera. —Lo cogí por el

hombro y lo empujé dentro de la habitación—. ¿Qué te pasa? No respondió. —¿Ya te has enterado? —pregunté, pasando por alto su desgana. —Somos muy pocos, Antón. —Kostia me miró a los ojos—. Y cuando alguno de nosotros se marcha, lo sentimos de inmediato.

—Muy bien. Entonces, descálzate y ven a la cocina. Hablemos en serio. Kostia no se resistió. Mientras, yo intentaba febrilmente pensar en lo que iba a decirle. Cuando hace cinco años me convertí en uno de los Otros y el mundo me abrió su lado Tenebroso, me esperaban muchos descubrimientos sorprendentes. Uno de los más espectaculares fue enterarme de que mis vecinos de arriba eran una familia de vampiros. Me parece que fue ayer, de tan vivido que es el recuerdo. Regresaba de las clases, por otra parte tan elementales que me obligaban a recordar la universidad en la que me había graduado hacía muy poco. Todavía no me abandonaba el peso de las tres clases seguidas, la voz del profesor, el calor intenso que hacía que las batas blancas se nos pegaran al cuerpo: alquilábamos para las clases un auditorio de la Facultad de Medicina, de ahí la vestimenta que llevábamos. Regresaba, pues, a casa e iba haciendo el tonto por el camino, entrando y saliendo del Crepúsculo, donde aún no podía permanecer mucho rato por falta de habilidad, y sondeando a los transeúntes. Al llegar a la entrada de mi edificio, me di de bruces con los vecinos. Una gente de lo más simpática. En una ocasión, había necesitado que me dejaran un taladro y el padre de Kostia, Guennadi, que trabajaba en la construcción, insistió en bajar a casa y me ayudó como si nada a abrir los huecos en la pared de hormigón, en clara demostración de que la

intelligentsia ***no puede pasarse sin la ayuda del proletariado... Y hete aquí que me percaté, súbitamente, de que no eran humanos. Fue algo horrible ver aquellas auras en tonos grises y marrones, su peso aplastante. Me quedé mudo, mirándolos horrorizado. Polina, la madre de Kostia, no disimuló su incomodidad, y el propio Kostia, entonces todavía un niño, miró en otra dirección. El cabeza de familia, entretanto, avanzó hacia mí, adentrándose a cada paso en el Crepúsculo, con ese andar majestuoso con que han sido agraciados los vampiros, unos seres que están, a la vez, vivos y muertos. El Crepúsculo es su medio natural. —Hola, Antón —me saludó. Alrededor de nosotros el mundo se había tornado gris y muerto. Sin percatarme, me había hundido en el Crepúsculo detrás de él. —Sabía que algún día acabarías por traspasar la barrera —dijo—. Está bien que ya lo hayas hecho. Retrocedí un paso y el rostro de Guennadi se crispó durante un instante. —Todo está en orden —insistió. Se abrió la camisa y observé el sello del registro, una marca azul estampada sobre el gris de la piel—. Todos estamos registrados. ¡Polina! ¡Kostia! ¡Venid aquí! Su mujer entró también en el Crepúsculo y se abrió la blusa. El muchacho no se movía, e hizo falta que el padre le dirigiese una mirada severa para que él también mostrara su sello. —He de hacer la comprobación —susurré. Los pases que realicé con la mano sobre el sello fueron bastante torpes, y tuve que repetirlos una y otra vez. Guennadi esperó pacientemente. Al fin, el sello se activó. En efecto, se trataba de un alta permanente, no se habían producido violaciones del régimen establecido, etcétera. —¿Todo en orden? —preguntó Guennadi—.***

¿Podemos marcharnos? —Quiero... —Déjalo. Sabíamos que algún día te convertirías en un Otro. —Podéis iros —dije. No era la frase que correspondía pronunciar de acuerdo con el reglamento, pero yo no estaba como para respetar las normas. —Por cierto... —Guennadi se detuvo un instante antes de abandonar el Crepúsculo—. He visitado tu casa, Antón, y te devuelvo la invitación: puedes venir a la nuestra cuando lo desees... Así era como debía ser. Se marcharon y tomé asiento en un banco, junto a una anciana que se calentaba al sol. Encendí un cigarrillo e intenté evaluar la situación. La anciana me miró y dijo: —¡Qué buenas personas son! ¿No es cierto, Arkasha? Siempre confundía mi nombre, la abuela. Apenas le quedaban dos o tres meses de vida, según vi claramente. —Yo no diría tanto... —repuse. Me fumé tres cigarrillos y después me metí en casa. Antes, permanecí unos instantes en la entrada del edificio, observando cómo palidecía el color gris del «sendero de los vampiros». Precisamente ese día me habían enseñado a percibirlo. A duras penas conseguí aguantar hasta que se hizo de noche. Repasé afanosamente mis apuntes de clase, lo que me exigió hundirme en el Crepúsculo. En el mundo real, los cuadernos en los que tomaba apuntes parecían virginalmente en blanco. Estuve tentado de llamar al tutor del curso y hasta al propio jefe, bajo cuya responsabilidad personal estaba transcurriendo mi período de aprendizaje. Pero no lo hice. Algo me decía que tenía que asumir toda la responsabilidad sin más ayuda que la de mi intuición. Cuando ya era noche cerrada, no pude aguantar más, subí al piso de arriba y llamé a la puerta. Al abrirla, Kostia se

estremeció. En el mundo real, parecía un chaval de lo más común, como sucedía con toda su familia. —Avisa a tus padres —le pedí. —¿Para qué? —balbuceó. —Quiero invitaros a tomar el té. Guennadi surgió de la nada detrás de su hijo. Sus habilidades superaban con creces las mías, que no era más que un adepto de la Luz novato. —¿Estás seguro, Antón? —me preguntó dudando—. No hace falta que lo hagas. Todo está en orden. —Estoy seguro. Se quedó callado y luego se encogió de hombros. —De acuerdo —dijo—. Iremos mañana. Si vuelves a invitarnos. No te ofendas. Hacia la medianoche, yo no cabía en mí de contento porque hubieran rehusado la invitación. Cuando dieron las tres de la mañana, intenté conciliar el sueño, mucho más tranquilo ya al saber que no vendrían a mi casa ni al día siguiente ni jamás. El alba me sorprendió junto a la ventana, sin haber pegado ojo en toda la noche. Contemplaba la ciudad. No hay muchos vampiros. De hecho, hay muy pocos. En ese momento, ninguno en un radio de dos o tres kilómetros. ¿Cómo se sentirían los rechazados? ¿Qué sentimiento embargaría a aquellos a quienes se castigaba no por haber cometido un delito, sino por la sola posibilidad de que lo cometieran? ¿Y cómo serían sus vidas...? Bueno, sus vidas exactamente no, ¿habría que encontrar alguna otra palabra, codo con codo con sus vigilantes? Ese día, al regresar de las clases, pasé a comprar una tarta para acompañar el té. Y hete aquí que ahora tenía a Kostia, un buen muchacho, además de listo, estudiante de la Facultad de Física de la Universidad estatal de Moscú, que tuvo la desgracia de nacer en el seno de una familia de vampiros, sentado a mi lado hurgando en el

azucarero con una cucharilla, como si no se decidiera a sacar una cucharada. ¿Qué podría haber provocado esa repentina timidez? Al principio, pasaba por mi casa casi todos los días. Éramos diametralmente opuestos, porque yo estaba en el lado de la Luz. Sin embargo, le permitía visitarme, y conmigo no tenía nada que disimular. Podía charlar con toda naturalidad o adentrarse en el Crepúsculo y alardear de las posibilidades que iba descubriendo: «Eh, Antón, ¡he conseguido operar una transformación!», «Mira qué despampanantes colmillos estoy desarrollando: rrrrrr...». Lo raro era que todo aquello nos parecía absolutamente normal. Yo me partía de la risa ante los esfuerzos del vampirito por transformarse en un murciélago. Se trata de una tarca solo apta para los vampiros más grandes, y ojalá que él, la Luz lo quiera, jamás llegue a ser uno de ellos. Solo en muy contadas ocasiones le tiraba de las orejas: «Kostia—le decía—, eso que no se te ocurra intentarlo nunca. ¿Está claro?». Y cosas así. Pero eso también formaba parte de la rutina. —Kostia, lo que he hecho es cumplir con mi trabajo. —No debiste hacerlo. —Ellos habían violado el pacto. ¿Es que no lo comprendes? Y no es un pacto que hayamos impuesto nosotros, como sabes. Los adeptos de la Luz no somos los únicos que lo hemos adoptado. Todos los Otros han acatado el mandato. Ese vampiro... —Yo lo conocía —dijo inesperadamente Kostia—. Era un tipo muy divertido. ¡Vaya desgracia! —¿Sufrió? —No. —Negué con la cabeza—. El sello mata instantáneamente. Kostia se estremeció y se miró el pecho por un segundo. Cuando pasas al Crepúsculo, la marca del sello es visible aun

a través de las ropas, pero si no has traspasado esa frontera, es imposible percibirla. Me dio la impresión de que no la había traspasado, aunque, ¿cómo puedo saber el modo en que perciben sus propios sellos los vampiros? —¿Qué querías que hiciera? —le pregunté—. Estaba matando. Matando a personas inocentes, incapaces de ofrecer la menor resistencia. Personas indefensas... Además, había iniciado a una joven... y lo había hecho por la fuerza, violentamente, porque ella no tenía por qué convertirse en una vampira. Anoche estuvieron a punto de matar a un niño. No porque sintieran hambre, sino porque sí. —¿Acaso tú sabes cómo es nuestra hambre? —me preguntó Kostia, y volvió a su anterior mutismo. Sí que está madurando este chico. Madura ante mis ojos... —Lo sé, porque ayer estuve a un paso de convertirme en un vampiro. Se produjo un breve silencio. —Lo sé... Pude sentirlo y confiaba en que así sería. ¡Maldición! Mientras yo planeaba mi cacería, ellos me cazaban a mí. O, más bien, se mantenían al acecho, en la esperanza de que el cazador se convirtiera en la presa. —Pues no resultó. Tendrás que disculparme. —Acepto que él fuera culpable —dijo convencido Kostia—, pero ¿por qué había que matarlo? Lo que se ha acordado es celebrar un juicio. Un tribunal, un abogado, una acusación formal. En fin, lo establecido... —¡Lo que se ha acordado es que no podemos implicar a los humanos en nuestros asuntos! —estallé. Y, por primera vez, vi que mi tono exaltado no impresionaba a Kostia. —Has sido humano durante demasiado tiempo —dijo. —¡Y no lo lamento en absoluto! —¿Por qué lo mataste? —¡Porque si no lo hubiera hecho, él

me habría matado a mí! —Te habría iniciado. —¡Eso es todavía peor! Kostia guardó silencio. Apartó la taza de té y se puso en pie. Era un joven como cualquier otro, un poco descarado y con un aguzado sentido moral. Pero también era un vampiro. —Me voy… —anunció. —Espera. —Abrí la nevera—. Toma, llévate esto. Me lo dieron pero no me hizo falta. Extraje de entre unas botellas de agua mineral unas bolsas de sangre de donantes, de las de doscientos gramos. —Déjalo. —Venga, Kostia. Soy consciente de que ese es vuestro eterno problema. Yo no la necesito. Llévatela. —¿Qué pretendes? ¿Comprarme? Comenzaba a molestarme. —¿Qué necesidad puedo tener yo de comprarte? ¡Lo que no quiero es tirarla y eso es todo! Es sangre, ¡sangre que ha donado la gente para ayudar a otros! Kostia esbozó una sonrisa burlona, tendió la mano, cogió una de las bolsas y desgarró el sello tirando con pericia del cierre. Se la llevó a los labios. Sonrió una vez más y tomó un sorbo. Nunca los había visto alimentarse. Ni ganas que tenía. —Basta —le dije—. ¡No hagas payasadas! Kostia tenía los labios mojados de sangre y una gota le corría por la mejilla dejando un rastro carmesí. Daba la impresión de que, en lugar de resbalar, iba penetrando lentamente por los poros. —¿Qué, te desagrada la manera en que nos alimentamos? —preguntó. —Sí, me repugna. —¿Significa eso que también te repugno yo, todos nosotros? Negué con la cabeza. Nunca habíamos hablado de ello. Era mejor así. —Kostia… sé que necesitas de la sangre para vivir. Y sé que, de vez en cuando, necesitas que sea sangre humana. —Nosotros no estamos vivos. —Utilizo la palabra en un sentido más amplio. Para

moverte, para pensar, para hablar, para soñar... —¿Qué pueden importarte a ti los sueños de un vampiro? —Escúchame, muchacho. Existe una buena cantidad de personas que necesitan constantes transfusiones de sangre. Es probable que sean más que vosotros. Además, hay situaciones extremas que también lo requieren. Esa es la razón de que se hayan instituido las donaciones de sangre, el motivo de que se las considere honrosas y se las estimule... No te rías. Soy perfectamente consciente de lo mucho que habéis hecho vosotros por el desarrollo de la medicina y la prédica a favor de las donaciones de sangre. A ver, Kostia, si alguien necesita de la sangre para vivir... para existir, nada malo hay en eso. Adonde va esa sangre, si a las venas o al estómago, tampoco es cosa que merezca levantar demasiada bulla. La cuestión principal radica en la manera en que se consigue esa sangre. —Palabras vacías —refunfuñó Kostia. Me pareció que había entrado por un instante en el Crepúsculo. Sí que está madurando el muchacho, ya lo creo que sí. Y está demostrando una fuerza enorme. —Ayer diste claras muestras de qué representamos para ti los vampiros —añadió. —No es verdad... —Da igual... —Dejó la bolsa con la sangre. Después, como si hubiera cambiado de idea, comenzó a verter el contenido en el fregadero—. No necesitamos tus... En ese instante se oyó un sonido a nuestras espaldas. Me volví y me encontré a la lechuza, de la que me había olvidado por completo. Tenía las alas desplegadas y miraba fijamente a Kostia. Kostia contrajo los músculos de la cara en un gesto que nunca le había visto. —Oh... —alcanzó a articular. Y repitió—: Oh... La lechuza plegó las alas y cerró los ojos. —Olga, ¡estamos

charlando! —le grité—. ¿Puedes dejarnos a solas un minuto? El pájaro no reaccionó a mis palabras. Kostia, sí. No dejaba de mirarnos a mí y a la lechuza, alternativamente. Después, se sentó y apoyó los codos en las rodillas. —¿Te pasa algo? —le pregunté. —¿Puedo marcharme? Más que sorprendido o asustado, parecía sobrecogido por algo. —Vete. Pero llévate todo eso, anda... Comenzó a meterse las bolsas con sangre en los bolsillos. —Pero coge algo para llevarlas. ¿Te imaginas si te encuentras con alguien en el rellano? El vampiro obedeció y guardó la sangre en una bolsa de plástico con la inscripción «¡Ayudemos al renacimiento de la cultura rusa!». Sin dejar de mirar de reojo a la lechuza, salió al recibidor y se calzó a toda prisa. —Pásate por aquí cuando quieras —le dije—. Yo no soy tu enemigo. Mientras no traspases el límite, no lo soy. Asintió y salió como un bólido del apartamento. Me encogí de hombros y cerré la puerta. Regresé a la cocina. La lechuza seguía allí. —¿Y bien? —dije—. ¿Qué demonios ha pasado aquí? Era imposible leer la respuesta en aquellos ojos ambarinos. —¿Cómo vamos a trabajar juntos, eh? ¿Cómo vamos a colaborar? ¿Conoces alguna manera de comunicarte? ¡Venga! ¡Bajaré todas mis defensas! ¡Y hablemos claramente! No había penetrado por completo en el Crepúsculo, al que me había asomado con el pensamiento. Es verdad que no se debe confiar tanto en un desconocido, aunque era muy poco probable que el jefe me hubiese adjudicado una compañera que no fuera de toda confianza. Por respuesta solo obtuve silencio. Quizá Olga pudiera comunicarse telepáticamente, pero no parecía dispuesta a hacerlo. Mientras se me

escapaba un suspiro, le lancé a la lechuza un trozo de mi conciencia para probar suerte. Abrió las alas y se posó sobre mi hombro. —¡Vaya! Eso significa que oyes. Ahora falta que condescendamos a responder, ¿no? Bueno, veo que seguimos en las mismas. No sé qué voy a hacer contigo. El juego de los silencios no cesaba. Yo sabía qué debía hacer. Lo malo era que no tenía muchas esperanzas de éxito. —¿Cómo se supone que voy a merodear por la ciudad contigo en el hombro? Me dirigió lo que, sin la menor duda, era una mirada burlona. Eso era. Seguidamente, sin moverse de mi hombro, el pájaro se hundió en el Crepúsculo. ¡Con que se trataba de eso! Un observador invisible. Aunque no fuera un mero observador, porque la reacción de Kostia había sido muy significativa. Al parecer me habían adjudicado como compañera a alguien que las fuerzas de las Tinieblas conocían mucho mejor que los humildes servidores de la Luz. —Bien, de acuerdo —dije alegremente—. Pero, si te parece, tomemos un bocado antes de salir, ¿no? Cogí un yogur de la nevera y me serví un vaso de zumo de naranja. Todo lo que había estado comiendo esa semana —chuletas casi crudas y un caldo frío de carne, que en muy poco se diferenciaba de la sangre— me daba náuseas. —Y tú, ¿qué querrás? —pregunté—. Supongo que un trocito de carne, ¿no? La lechuza giró la cabeza, como para no verme. —Como quieras —dije—. Seguro que cuando te entre hambre, encontrarás la manera de comunicarte conmigo. **3**

Me gusta caminar por la ciudad dentro del Crepúsculo. Eso no significa que te tornes invisible, pues en ese caso la gente tropezaría contigo todo el tiempo. Simplemente la gente ve a través de ti sin notar tu presencia. Pero en esta ocasión, me tocaba hacer mi trabajo de este lado de la línea. El día no es nuestro elemento. Por paradójico que parezca, los partidarios de la Luz trabajamos por la noche, cuando los Tenebrosos son más activos, porque a plena luz del día es muy poco lo que pueden hacer los vampiros, los licántropos y los Magos de las Tinieblas. De día, tienen que contentarse con vivir como el común de los mortales. Al menos, la mayoría de ellos. Me puse a merodear en torno a la estación de metro Tulskaia. Siguiendo el consejo del jefe, había examinado todas las estaciones de la línea circular de las que podría haber salido la joven que cargaba con el negro vórtice infernal. Por fuerza, tenía que haber dejado un rastro, y por muy débil que este fuera a esas alturas, yo sería capaz de percibirlo. Acababa de comenzar las pesquisas por las estaciones radiales. Una basura de estación y una basura de barrio. Dos salidas, separadas por una distancia considerable. El mercado, el pomposo rascacielos de la delegación de Hacienda, un edificio de viviendas descomunal. Las emanaciones tenebrosas eran tantas, que se me hacía muy complicado dar con el rastro del vórtice. Sobre todo si ella no había pasado por aquí. Recorrí la zona, afanándome en olfatear el aura de la joven y asomándome de vez en cuando al Crepúsculo, para echarle un vistazo a la lechuza invisible, que parecía haber anidado

en mi hombro. El ave dormitaba. Evidentemente, tampoco ella percibía nada excepcional, y algo me decía que sus aptitudes para la búsqueda eran superiores a las mías. Unos policías me pidieron la documentación. En dos ocasiones me abordaron unos jóvenes que insistían en que aprovechara los regalos que querían hacerme, por la supuesta ganga de cincuenta dólares: un secador de pelo chino, un juguete infantil y un teléfono coreano con una ranura para introducir las monedas. La gente se había vuelto loca. Cuando el segundo de ellos voceaba las bondades de su mercancía, no pude reprimirme y lo sometí a una remoralización. Una sencilla, sin sobrepasar el límite de lo permitido. Quizá lograra que al chico le diera por buscarse otro empleo. Aunque era probable también que no saliese nada bueno de aquello. En ese mismo instante sentí que me agarraban por detrás. Apenas un momento antes no había nadie junto a mí. De pronto había aparecido una pareja formada por una atractiva pelirroja y un joven fornido de rostro severo. —Quieto —dijo la pelirroja. Percibí de inmediato que, de los dos, era ella quien daba las órdenes—. Guardia Diurna. ¡Por la Luz y las Tinieblas! Me encogí de hombros y los miré. —Identifícate —me exigió la joven. No tenía ningún sentido mentir, porque ya hacía rato que habían detectado mi aura, así que era una mera cuestión de tiempo que estableciesen mi identidad por sí mismos. —Antón Gorodetski. Esperaron. —Soy Otro —reconocí—. Agente de la Guardia Nocturna. Dejaron de sujetarme, e incluso dieron un paso atrás. Pero no parecieron desalentados. —Entremos en el Crepúsculo —ordenó el joven. No parecían vampiros, lo que constituía

una suerte. Podía contar con cierta objetividad. Suspiré y crucé el límite que separa una realidad de otra. La primera sorpresa fue constatar que eran de veras jóvenes. La bruja tendría unos veinticinco años y el brujo unos treinta, como yo. Se me ocurrió que no resultaría difícil recordar sus nombres, de ser necesario, pues casi no había brujos nacidos a fínales de los setenta. La segunda sorpresa fue la ausencia de la lechuza. Más bien, tu reiterada invisibilidad. Podía sentir sus garras apoyadas en el hombro, e incluso entreverla, pero para ello tenía que concentrarme intensamente. Me dio la impresión de que el pajarraco había cambiado de realidad a la par que yo, hundiéndose en un nivel todavía más profundo del Crepúsculo. ¡Aquello se ponía cada vez más interesante! —Guardia Diurna —repitió la joven—. Alisa Donnikova. Una Otra. —Piotr Nesterov, un Otro —farfulló el joven. —¿Tenéis algún problema? —pregunté. Ella me taladró con una de esas miradas que suelen regalar las brujas a sus interlocutores. Marca de la casa, se diría. Su atractivo y dulzura crecían por segundos. Claro que estoy protegido contra los encantamientos, pero aun así me vi a obligado a reconocer que impresionaba. —No somos nosotros los que tienen un problema. Tú, Antón Gorodetski, has establecido un contacto no autorizado con un humano. —Ah, ¿sí? ¿Qué tipo de contacto? —Una intervención de séptimo grado —respondió de mala gana la bruja—. Pero es un hecho. Y, además, intentaste empujarlo hacia la Luz. —¿Vamos a levantar acta? —pregunté. De pronto, la situación me pareció divertida. El séptimo grado considera las intervenciones que se producen en el

límite de la magia y una conversación como cualquier otra. Una bobada, en definitiva. —Levantaremos acta, sí. —¿Qué escribiremos en ella? ¿Que un agente de la Guardia Nocturna se aplicó a desarrollar en un humano la aversión a la mentira? —Con lo que violaste el equilibrio establecido —completó el brujo. —¿No me digas? ¿Qué daño puede infligirle eso a las Tinieblas? Si el joven abandona súbitamente la calle y su dedicación a los timos de poca monta, no hay duda de que su vida empeorará. Su calidad moral mejorará, pero, a la vez, aumentará su nivel de infelicidad. Si lo que en verdad os preocupa es el equilibrio de fuerzas, este acto no puede considerarse violatorio. —Sofismas —declaró la joven—. Eres un agente de la Guardia Nocturna. A un Otro ordinario podría perdonársele. A ti, no. Has violado el pacto. Tenía razón. Era una falta leve, pero aun así era una falta... —Estaba entorpeciendo mi trabajo —argumenté—. Cuando estoy trabajando en la investigación de un caso tengo derecho a intervenciones mágicas. —¿Estás de servicio, Antón? —Sí. —¿Y cómo es que estás de servicio, si es de día? —Estoy trabajando en una misión especial. Podéis solicitar información a la jefatura. O, para ser más preciso, vuestro jefe puede contactar con el mío, si queréis una confirmación. Los brujos intercambiaron una mirada. Por muy opuestos que fueran nuestros objetivos y distinta nuestra moral, las dos oficinas estaban obligadas a colaborar. Aunque lo cierto es que a nadie le gusta estar molestando a los jefes con semejante clase de cosas. —Supongamos que es así—aceptó de mala gana la bruja—. Podemos limitarnos a hacerte una advertencia verbal. Miré alrededor.

En la gris neblina que nos rodeaba la gente se movía lentamente. Eran personas comunes, incapaces de escapar de su estrecho mundo. Nosotros no somos como ellos, por eso somos los Otros, y por mucho que yo esté del lado de la Luz y mis interlocutores del de las Tinieblas, comparto muchas más cosas con ellos que con cualquier humano. —¿Cuáles son las condiciones? Con las Tinieblas está prohibido entrar en componendas. Corno tampoco está permitido hacerle concesiones. Más peligroso aún es aceptar cualquier tipo de dádiva. Pero es para eso para lo que están hechas las reglas: para romperlas. —No hay condiciones. ¡Vaya sorpresa! Miré a Alisa, intentando encontrar la trampa que se escondía tras su ofrecimiento. Era evidente que Piotr se sentía molesto con el comportamiento de su compañera. Habría preferido acusar de un delito a un adepto de la Luz. Por lo tanto, podía olvidarme de él por el momento. ¿En qué consistiría la trampa? —No debo aceptarlo —dije, aliviado por haber descubierto la jugarreta—. Pero te agradezco, Alisa, la oferta de un arreglo pacífico. Y lo suscribo, prometiéndote que te perdonaré una intervención mágica realizada en análogas circunstancias, siempre y cuando sea de séptimo grado. —Muy bien, Otro —aceptó gustosa Alisa. Me extendió una mano, que estreché de mala gana—. Hemos cerrado un acuerdo privado. La lechuza comenzó a aletear. La fuerza con que chilló a punto estuvo de destrozarme el tímpano. Un instante más tarde ya se había materializado en el mundo del Crepúsculo. Alisa retrocedió rápidamente, y sus pupilas se estrecharon adquiriendo una curiosa verticalidad. El joven brujo adoptó una posición defensiva de combate.

—¡El acuerdo ya está cerrado! —insistió malhumorada la bruja. ¿Qué estaba pasando? Me di cuenta tarde de que no debería haber llegado a un acuerdo delante de Olga. Aunque, bien mirado... ¿qué había de extraño en lo que había hecho? ¡Como si yo jamás hubiera sido testigo de alianzas, concesiones y acuerdos de colaboración entre otros agentes de la Guardia, incluido el propio jefe, con los adeptos de las Tinieblas! Es cierto que no era deseable hacerlo. Pero necesario sí que lo era. Nuestro objetivo no es la destrucción de los Tenebrosos, sino la salvaguarda del equilibrio. Los Tenebrosos solo desaparecerán el día en que los humanos consigan matar el Mal que llevan dentro. De lo contrario, si terminan prefiriendo las Tinieblas a la Luz, seremos nosotros quienes mueran. —Hemos llegado a un acuerdo —le dije, furioso, a la lechuza—. ¡Y tendrás que aguantarte! No es más que una tontería. Una colaboración de lo más habitual. Alisa sonrió y se despidió de mí agitando la mano. Tomó del codo al brujo y recularon al mismo tiempo. Un instante después, salían del Crepúsculo y echaban a andar por la acera. Una pareja más dando un paseo.
—¿Qué te pasa? —le pregunté a Olga—. ¿Cuál es tu problema? El trabajo operativo es así. ¡Está lleno de compromisos! —Acabas de cometer un error. La voz de Olga me sonó extraña y, sobre todo, no parecía adecuarse en absoluto a su apariencia. Era una voz suave, aterciopelada, cantarina. Así suelen hablar los transformistas que adoptan la forma de los gatos, pero no las aves. —¡Vaya! De modo que sabes hablar, ¿eh? —Sí. —¿Y por qué has estado callada todo este tiempo? —Porque todo había ido bien hasta ahora. No pude evitar

sonreír al recordar un viejo chiste sobre una situación semejante. —Salgo del Crepúsculo, ¿de acuerdo? Y ya puedes ir explicándome en qué me he equivocado. Los pequeños compromisos a los que uno llega con los Tenebrosos representan un aspecto inevitable de nuestro trabajo. —Tú aún no has alcanzado el rango que te permite llegar a compromisos con los Tenebrosos —replicó. El mundo se llenó de colores a mi alrededor. Se parecía al momento en que cambias de registro en una cámara de vídeo y pasas del sepia al color. La analogía se me antojó bastante exacta: el Crepúsculo es un poco como el cine antiguo. Una antigüedad muy vieja, de la que la humanidad, por suerte, ya se ha olvidado. De ese modo a los humanos la vida les resulta más llevadera. Me encaminé hacia la boca del metro, mientras me peleaba con mi invisible interlocutora: —¿Qué tiene que ver el rango con esto? —Los agentes de alto rango de la Guardia tienen la capacidad de adivinar las consecuencias de los compromisos que alcanzan. Suben establecer si se trata, en cada caso, de una doble concesión, que terminará neutralizándose a sí misma, o, por el contrario, acabará convirtiéndose en una trampa en la que se perderá más de lo que se gane. —¡No pretenderás que crea que una intervención de séptimo grado va a acarrear una desgracia! Un hombre que caminaba a mi lado me miró sorprendido. Me dispuse a decirle algo así como que «soy un pobre loco inofensivo». Es una buena frase para satisfacer la curiosidad ajena. Pero el hombre apuró el paso, seguramente porque no necesitó de mi ayuda para llegar a esa misma conclusión. —Antón, tú no puedes prever las consecuencias

—dijo Olga—. Primero, reaccionaste de forma inadecuada ante una incomodidad minúscula. Tu reacción condujo a la intervención de los Tenebrosos. Y terminaste llegando a un acuerdo con ellos. Lo peor de todo es que no había la menor necesidad de que decidieras utilizar tus poderes mágicos. —Eso es cierto. Lo acepto. ¿Qué hacemos ahora? La voz del ave se iba avivando, como si recuperara olvidadas entonaciones. Seguramente, llevaba mucho tiempo sin hablar. —Ahora, nada. Solo nos queda confiar en lo mejor. —¿Informarás al jefe de lo sucedido? —No. Al menos, no por ahora. Para algo somos compañeros, ¿no? Me sentí reconfortado en lo más íntimo. El error no tenía enmienda, pero había valido la pena si significaba la súbita mejora de las relaciones con mi compañera. —Gracias. ¿Algún consejo? —Estás trabajando bien. Continúa buscando el rastro. La verdad, habría preferido un consejo más ingenioso... —Andando. A las dos de la tarde, además de la línea circular, había cubierto todas las estaciones de la línea gris. Por muy malo que yo fuera en el trabajo operativo, era imposible que no intuyera el rastro dejado el día anterior, del que había hecho una copia. La joven sobre la que se elevaba el torbellino negro infernal no podía haber bajado en ninguna de esas estaciones. Era evidente que lo mejor sería comenzar por el mismo punto en que la había encontrado. Bajé en la estación Kurskaia y, ya en la calle, compré una ración de ensalada y un vaso de café en una máquina. Solo de mirar las salchichas y las hamburguesas me daban náuseas, aun cuando la cantidad de carne que contenían fuera meramente simbólica. —¿Quieres comer algo? —le pregunté a mi

invisible acompañante. —No, gracias. Me quedé parado bajo la leve nevada, hurgando con el minúsculo tenedor en busca de las olivas y tragando sorbos de café caliente. Un mendigo que contaba con que me bebiera una botella de cerveza que después podría llevarse para cambiarla por unas monedas, se apartó refunfuñando y fue a guarecerse en el cálido vestíbulo de la estación. Nadie más mostró interés alguno en mí. A un lado, una vendedora servía a los hambrientos transeúntes. La anónima muchedumbre formaba dos filas. Una partía de la estación, la otra se hundía en ella. En un puesto de libros, el desganado vendedor le ofrecía no sé qué volumen a un potencial comprador, que intentaba escabullirse. —Parece que no estoy de muy buen ánimo... —mascullé. —¿Por qué lo dices? —Lo veo todo cubierto por una luz oscura. La gente me parece vil o sencillamente idiota, la ensalada la encuentro helada, las botas se me han empapado de agua. La lechuza dejó escapar un chillido burlón. —No es eso, Antón. No se trata de tu estado de ánimo. Lo que sucede es que estás percibiendo la inminencia del infierno. —Jamás me he destacado por mi sensibilidad, precisamente. —De eso no hay duda. Miré hacia la estación. Escruté los rostros de los transeúntes. Algunos de ellos también comenzaban a percibirlo. Aquellas personas que vivían junto a la línea que separa a los hombres de los Otros se veían tensas, agobiadas. Eran incapaces de comprender por sí mismas las causas de su estado, así que trataban de aparentar cierta alegría. —Por las Tinieblas y la Luz... ¿Qué podría ocurrir, Olga? —Cualquier cosa. Es cierto que conseguiste posponer la irrupción, pero ahora,

cuando esta ocurra, sus consecuencias serán sencillamente catastróficas. Ese será el efecto del aplazamiento. —El jefe no mencionó eso. —¿Por qué iba a hacerlo? Tú, Antón, actuaste correctamente. Ahora, al menos disponemos de una oportunidad. —¿Cuántos años tienes, Olga? —inquirí. Se trata de una pregunta que puede parecer ofensiva cuando se formula a un humano, pero entre nosotros la edad no marca frontera alguna. —Muchos, Antón. Recuerdo, por ejemplo, el alzamiento. —¿La revolución? —El alzamiento en la plaza del Senado, en 1825. La lechuza dejó escapar una risita. No dije nada. Olga tal vez fuera incluso mayor que el jefe. —¿Cuál es tu rango, compañera? —No tengo rango. Me han privado de todos los derechos. —Perdóname entonces por haberte preguntado. —No te preocupes. Hace mucho que lo tengo asumido. Su voz no sonó para nada afectada. Más bien me pareció percibir un ligero tono burlón. No obstante, algo me decía que Olga no había asumido alegremente ese castigo. —No quiero parecer pesado, pero... ¿cómo fue que te obligaron a meterte en ese cuerpo? —No me quedó opción. Vivir en el cuerpo de un lobo habría sido todavía más complicado. —Espera un momento... —Arrojé el recipiente con los restos de la ensalada a un contenedor de basura. Me miré el hombro, aunque no podía ver a la lechuza sin entrar en el Crepúsculo—. ¿Quién eres? Si eres un teriántropo, ¿qué haces entonces entre nosotros? Y si eres una maga, ¿cómo es que te las has apañado para conseguir un castigo tan leve? —Eso, Antón, no guarda la menor relación con nuestro trabajo. —Su voz había cambiado hasta adquirir la dureza

del acero—. Aunque sí te diré que todo comenzó porque decidí llegar a un acuerdo con los Tenebrosos. Un pequeño acuerdo. Creí haber calibrado bien las consecuencias, pero me equivoqué. Ahora comenzaba a comprender... —¿Fue por eso por lo que hablaste? ¿Querías protegerme, pero ya era tarde? Silencio. Era como si Olga estuviese disgustada por haber sido sincera. —Continuemos trabajando... —dije. Y en ese momento, sonó el teléfono que llevaba en el bolsillo. Era Larisa. ¿Cómo era que estaba haciendo dos turnos seguidos? —Antón, escucha... Han detectado el rastro de esa joven. En la estación Perovo. —Mierda —fue lo único que atiné a decir. Detestaba trabajar en los barrios de la periferia. —Ya lo sé —me apoyó Larisa, una joven muy lista, aunque inútil para el trabajo operativo... Seguramente esa era la razón de que la tuviesen pegada al teléfono—. Antón, vuela para allá. Todo el personal se está reuniendo en Perovo, siguiendo el rastro. Y otra cosa: han detectado a la Guardia Diurna operando en la zona. —Comprendo —repuse y colgué. En realidad, no comprendía nada. ¿Acaso los Tenebrosos ya estaban al corriente de la situación y ansiaban la venida del infierno? Entonces, no había sido casual que me retuvieran... Tonterías. Una catástrofe en Moscú no podía interesar a los Tenebrosos. Aunque tampoco iban a mover un dedo para neutralizar el torbellino. Para ellos, hacerlo sería un acto antinatural. Decidí no enredarme con el metro y detuve un coche. Así lograría ganar un poco de tiempo, aunque no fuera demasiado. Me senté junto al conductor, un hombre moreno, de nariz aguileña y pinta de intelectual, que aparentaba andar por los

cuarenta. El coche olía a nuevo y del propio conductor emanaba cierto aire de prosperidad. Me llamó la atención que alguien así se sacara un sobresueldo llevando pasajeros. Perovo. Un barrio enorme y superpoblado. La Luz y las Tinieblas íntimamente anudadas por doquier. Además, unos cuantos edificios oficiales ostentaban sus manchas, Tenebrosas o luminosas, por todo el barrio. Trabajar en un entorno semejante era como buscar un grano de arena en el suelo de una discoteca llena a reventar y con las luces estroboscópicas en funcionamiento. No cabía esperar que yo resultara demasiado útil. De hecho, no iba a ser nada útil. Pero si me ordenaban que fuera, tenía que ir. Tal vez me requirieran para reconocer a algún sospechoso. —No sé por qué, pero yo pensaba que íbamos a tener suerte —susurré mirando la carretera que se abría ante nosotros. Pasábamos junto a Isla del Alce, otro barrio que dejaba mucho que desear: era un lugar habitual de reunión de los Tenebrosos, que lo usaban para sus aquelarres. Ocasiones en las que no siempre respetan los derechos de la gente ordinaria. Pero al menos cinco noches al año teníamos que tolerar todos sus excesos. O, más bien, casi todos. —A mí también me lo parecía... —susurró Olga. —¿Qué sentido tiene arrastrarme a esa reunión de agentes operativos? —Negué con la cabeza. El conductor me miró de reojo. Yo había aceptado el precio de la carrera sin regatear y, a todas luces, a él no le disgustaba la ruta. Pero alguien que habla consigo mismo no despierta asociaciones muy sanas. —Es que acabo de estropear un asunto... —informé al conductor, y suspiré—. Mejor dicho, cometí un error. Y hoy pensaba que podría

reivindicarme, pero ya se han apañado sin mí. —¿Es por eso por lo que tiene prisa? —me preguntó, mostrando curiosidad. No parecía demasiado locuaz, pero mi charla le había interesado. —Me han ordenado que vaya —asentí. Me daba curiosidad saber por quien me tomaba aquel tipo. —¿A qué se dedica? —preguntó. —Soy programador —respondí. Y, por cierto, le estaba diciendo la verdad. —¡Genial! —exclamó maravillado. ¿Que podía encontrar de genial en eso?—. ¿Gana lo suficiente? Era una pregunta superflua, pero dado que estaba viajando en su coche y no en el metro, respondí: —Sobradamente. —No se lo pregunto por gusto —me informó para mi sorpresa—. El administrador de sistemas de mi empresa se va a otra... «Mi empresa...» ¡Vaya con el conductor que me había tocado! —Es que me parece que es el destino quien le ha hecho subir a mi coche —continuó—. Recojo un pasajero y resulta que es programador. ¡Usted está condenado! —Se echó a reír, como si quisiera suavizar la contundencia de sus palabras—. ¿Ha trabajado con redes locales? —Sí. —Tengo una red de unos cincuenta ordenadores. Se trata de mantenerla funcionando correctamente. Pagamos bien. Ahora me tocó a mí sonreír. Un asunto interesante. Una red local. Un buen salario. Y nadie te iba a pedir que dedicaras la noche a cazar vampiros, beber sangre y seguir rastros por callejuelas heladas... —¿Le dejo mi tarjeta? —Se metió con habilidad la mano en el bolsillo interior de la americana—. Piénselo. —No, gracias. Lamentablemente, de mi trabajo nadie se va por propia voluntad. —¿Trabaja en el KGB? —El conductor frunció el ceño. —Algo más duro —respondí—. Mucho

más duro, aunque se le parece. —Bueno, bueno... —Calló un momento—. Es una lástima. Y yo que creía que era una señal del destino. ¿Crees en la suerte? Pasó al tuteo fácilmente y con total naturalidad. Eso me Alistó. —No. —Y eso, ¿por qué? —se asombró sinceramente, como si toda mi vida hubiera transcurrido entre fatalistas patológicos. —La suerte no existe. Es algo que está demostrado. —¿Quién lo ha demostrado? —Los de mi oficina. Soltó una carcajada. —Eso ha estado muy bien. Pues, nada, digamos entonces que no ha habido suerte. ¿Dónde te dejo? Ya circulábamos por la avenida Zeliony. Atravesé con la mirada la capa de la llana realidad y me sumergí en el Crepúsculo. No conseguía distinguir nada con claridad. Carecía de la aptitud necesaria. Pero sí logré percibir algo. En la gris penumbra brillaba una multitud de lucecitas pálidas. Casi todo el servicio se había congregado allí. —Déjeme por aquí... Mientras avanzaba por la realidad ordinaria, no podía ver a mis colegas. Iba por un pasaje que une la avenida con los edificios de viviendas, hollando con mis pasos la nieve gris de la ciudad y Manqueado por dos montones de nieve aún más sucia. Apenas unos pocos arbustos helados y las pequeñas sendas que habían abierto las huellas sobre la amplia superficie que bordeaba el sendero. Tal vez fuesen huellas dejadas por los niños en sus juegos. O quizá el testimonio de los tropiezos de algún borrachín que había creído tomar un atajo. —Hazles una señal con la mano, que ya han sentido que te aproximas —me sugirió Olga. Tras pensármelo un instante, seguí su consejo. Mejor así: creerían que era capaz de ver desde un

plano a otro de la realidad sin el menor obstáculo. —Están en asamblea —dijo burlona Olga—. Una de esas de cinco minutos... Eché un vistazo alrededor, por seguir las normas, convoqué el Crepúsculo y me interné en él. Era cierto. Toda la oficina se había reunido allí. La división de Moscú en pleno. Formaban un corro en torno a Boris Ignátievich. Ligero de ropa, el jefe vestía un traje, una boina de piel e, inexplicablemente, llevaba una bufanda al cuello. Me lo puedo imaginar bajando allí mismo de su BMW rodeado estrechamente por sus guardaespaldas. A su lado estaban los agentes operativos, Igor y Garik, que parecían dos guerreros con sus jetas de piedra, sus espaldas cuadradas y sus rostros impenetrables y algo mongoloides. Bastaba verlos para imaginar sus biografías: los estudios de primaria y secundaria, la formación profesional y de cabeza a las tropas especiales. En el caso de Igor, el retrato era preciso. Garik, en cambio, tenía dos carreras. De todos modos, la similitud exterior y la igualdad de sus comportamientos reducían las diferencias a cero. Comparado con ellos, Ilia parecía un intelectual exquisito, aunque más valía que a nadie se le ocurriera dejarse engañar por sus gafas con fina montura de metal, su frente alta y su apariencia inocente. Tampoco Semión cedía en extravagancia: era de baja estatura, regordete, tenía una mirada astuta e iba embutido en una chaqueta barata de nailon. Un tipo de provincias, que se había mudado a Moscú capital. Lo bueno es que se había mudado directamente en los años sesenta, cuando trabajaba en la exitosa cooperativa agrícola El Camino de Ilich. Eran radicalmente opuestos. Pero los emparejaba el hermoso tono moreno

de su piel y la expresión de disgusto que mostraban. Acababan de arrancarlos de unas vacaciones en Sri Lanka y no terminaban de encontrarle la gracia al invierno moscovita. Ignat, Danil y Farid no estaban presentes, pero percibí sus huellas frescas. Quienes sí estaban detrás del jefe eran el Oso y Tigrecito. Por alguna razón no se habían enmascarado, aunque esa circunstancia no facilitaba su detección. Cuando los vi, me preocupé de verdad. Esos no se limitaban a ser dos guerreros. Eran muy buenos guerreros, y no se les convocaba por cualquier tontería. También había un buen número de empleados de la oficina. El departamento de análisis se hallaba al completo con sus cinco miembros. Del grupo científico solo faltaba Iulia, aunque con sus trece años era comprensible que no la hubiesen convocado. Los únicos que no estaban eran los de archivos. —¡Hola! —dije. Algunos me saludaron con un movimiento de la cabeza, otros me sonrieron. Pero estaba claro que no tenían tiempo para entretenerse en ceremonias. Boris Ignátievich me indicó con un gesto que me acercara y continuó el discurso que había interrumpido mi llegada. —...A ellos no les conviene, lo que me alegra. No colaborarán en nada con nosotros... y no hay que molestarse por eso... Comprendí que hablaba de la Guardia Diurna. —Tampoco pondrán el menor obstáculo a la búsqueda de la joven —prosiguió—. Danil y Farid ya están a punto de echarle el guante. Calculo que en unos cinco o seis minutos la tendrán... Pero nos han dado un ultimátum. Capté la mirada de Tigrecito. La sonrisa que se dibujó en sus femeninos labios asustaba, ya lo creo... He dicho femeninos, sí. Tigrecito era una mujer, pero a nadie se le ocurrió

jamás llamarla «Tigresita», pues el mote no le iba en absoluto. Estaba claro que a nuestros agentes operativos no les gustaba la palabra «ultimátum». —Al Mago de las Tinieblas no nos lo podremos quedar. —El jefe nos abarcó a todos con una mirada impasible—. ¿Os queda claro? Tenemos que encontrarlo para neutralizar el vórtice, pero después se lo entregaremos a los Tenebrosos. —¿Lo entregaremos? —preguntó con interés Ilia. El jefe reflexionó por un instante. —Aquí corresponde hacer una precisión —dijo al cabo—. Nos abstendremos de eliminarlo, así como de obstaculizar sus contactos con los Tenebrosos. Por lo que tengo entendido, tampoco ellos saben de quién se trata. Los rostros de los agentes dejaban traslucir claramente la preocupación y el enfado que los embargaba. La aparición de un nuevo Mago de las Tinieblas en el territorio que tienes a tu cargo es siempre un dolor de cabeza, aun cuando sea un mago registrado y dispuesto a obedecer. En este caso, no se cumplían esos requisitos y, además, nos las teníamos que ver con un mago de una fuerza extraordinaria. —Yo preferiría que los hechos se desarrollaran de otra forma —dijo suavemente Tigrecito—. Tenga en cuenta, Boris Ignátievich, que durante el cumplimiento de la misión lo más probable es que surjan situaciones imprevistas... —Me temo que no podemos permitir la aparición de situaciones de ese tipo —la interrumpió el jefe. Fue una interrupción súbita, aunque suave. Él siempre había simpatizado con Tigrecito, que no osó replicar. Yo habría hecho lo mismo. —Parece que esto es todo. —El jefe me miró—. Qué bien que ya estés aquí, Antón. Quería que escucharas lo que voy a decir. Me

estremecí. —Ayer hiciste un buen trabajo —continuó—. Sí, es cierto que cuando te encargué que dieses caza a esos vampiros lo que me proponía era evaluar tus aptitudes. Y no solo las que se refieren al trabajo operativo... Ya hace tiempo, Antón, que estás atravesando una situación muy compleja. Para ti ha sido mucho más difícil matar a un vampiro que para cualquiera de nosotros. —Eso no es cierto, jefe —intenté replicar. —Me encantaría estar equivocado. En cualquier caso, quiero darte las gracias en nombre de toda la Guardia Nocturna. Eliminaste al vampiro y supiste captar el rastro de su compañera. Un rastro de mucha calidad, por cierto. Todavía te falta experiencia en el trabajo de campo, pero sabes compilar y grabar información. En una situación francamente extraordinaria, fuiste capaz de elegir una solución muy bondadosa y, al hacerlo, conseguiste que ganáramos tiempo. La calidad de la imagen del aura que obtuviste era sencillamente extraordinaria. Por eso supe desde el principio dónde había que buscarla. Eso último me dejó pasmado. Nadie sonrió, ni percibí mirabas burlonas o risas ahogadas. Pero me sentí burlado. La lechuza blanca, invisible para los demás, se sacudió sobre mi hombro. Aspiré el aire crepuscular, un aire helado, inodoro, un aire que en realidad no era nada, y pregunté: —¿Cuál fue, entonces, la razón de que me enviara a patrullar a la línea circular, Boris Ignátievich? Si sabía desde el principio a qué barrio había que acudir... —Cabía la posibilidad de que estuviera equivocado —me interrumpió el jefe con un inesperado tono de sorpresa en la voz—. Recuerda que cuando se trata de una investigación de esta envergadura no hay que confiar ni

en la más autorizada de las opiniones. A la guerra solo hay que ir cuando se está seguro de ganarla. —Pero es que yo no iba solo —repliqué con voz queda—. Y se trataba de una misión de enorme trascendencia para mi compañera, como usted bien sabe. Al enviarnos a patrullar por zonas donde usted ya sabía que no encontraríamos nada, estaba privándola de la posibilidad de rehabilitarse. Por lo general el rostro del jefe es absolutamente pétreo. Tanto, que resulta imposible adivinar nada en él. Pero esa vez me pareció que dejaba traslucir que había dado en la diana. —Vuestra misión aún no ha terminado, Antón y Olga... Todavía hay que neutralizar a la vampira. Una tarea a la que nadie tiene el derecho de oponerse, porque ella violó el pacto. Y queda pendiente también encontrar al niño que demostró una resistencia tan alta a la intervención mágica. Hay que encontrarlo y sumarlo al lado de la Luz. Poneos manos a la obra. —¿Y qué hay de la joven? —Ya ha sido localizada. Ahora los especialistas comenzarán los trabajos de neutralización del vórtice. Si no lo consiguen, y no creo que lo consigan, entonces tendremos que identificar a quien le soltó la maldición. De eso te encargarás tú, Ignat. Me volví. En efecto, Ignat estaba a mi lado. Era un joven alto, apuesto, rubio, con un cuerpo apolíneo y el rostro de una estrella de cine. Tenía la cualidad de moverse sin hacer el menor ruido, lo que no lo salvaba de atraer invariablemente la atención de las mujeres, cuando se desenvolvía en la realidad ordinaria, claro. Y era una atención absolutamente fuera de lugar. —Eso no encaja con mi perfil —protestó Ignat, incómodo—. ¡No es la clase de orientación que

prefiero! —Fuera del horario de trabajo eres libre de elegir con quién acostarte —le dijo, cortante, el jefe—; pero mientras estás de servicio, soy yo quien decide todo lo que te concierna, incluidas las visitas al lavabo. Ignat se encogió de hombros, me dirigió una mirada, como buscando compasión, y farfulló: —Esto es discriminación... —No vivimos en Estados Unidos —insistió el jefe, con un tono amable que no auguraba nada bueno—. Si quieres, digamos que es un acto de discriminación. Utilizar al empleado más apropiado sin tomar en cuenta sus inclinaciones íntimas. —¿Por qué no deja que me encargue yo de eso? —intervino, tímidamente, Garik. La atmósfera se distendió en un instante. Para nadie era un secreto que la torpeza de Garik en materia de amores sobrepasaba todos los límites de la mala suerte. Alguien se echó a reír. —Igor y Garik, vosotros continuáis a la caza de la vampira. —El jefe pareció tomarse muy en serio el ofrecimiento de Garik—. Debe de estar ávida de sangre. La detuvieron en el último momento, así que ahora estará desquiciada de hambre y excitación. Podemos esperar nuevas víctimas suyas en cualquier momento. Antón, Olga y tú os encargáis de localizar al niño. Todo estaba clarísimo. Una vez más, nos encargaba la misión más tonta e insignificante. En alguna parte de la ciudad se cernía la amenaza del advenimiento del infierno, en alguna parte de la ciudad rondaba una vampira joven, salvaje y hambrienta. Y a mí me encargaban que fuese a buscar a un pobre chaval que había mostrado cierta sensibilidad a la intervención de la magia... —¿Me permite marcharme? —pregunté. —Sí, por supuesto —respondió el jefe—. ¡Andando! Me volví y salí del

Crepúsculo, como para subrayar mi disgusto. El mundo se estremeció, mientras se llenaba de colores v sonidos. Yo deambulaba, como el último de los idiotas, por el medio de un jardín nevado. Cualquiera que me viese en ese instante se quedaría de piedra: estaba sobre un montículo de nieve v a mi alrededor no había huellas que indicaran cómo había llegado hasta allí. Así nacen los mitos urbanos. Siempre proceden de algún desmido en el que incurrimos, de las ocasiones en que perdemos los nervios, de nuestras bromas pesadas o de algún gesto ostentoso que nos permitimos. —No tiene mayor importancia —dije, y seguí andando hacia la avenida. —Gracias... —me susurró al oído la lechuza con ternura. —¿Por qué, Olga? —Por haberte acordado de mí. —¿Acaso no es cierto que para ti es importante cumplir con éxito esta misión? —Muy importante —repuso tras una pausa. —Entonces, nos esforzaremos. Salí a la avenida saltando sobre montones de nieve y unas piedras de hielo. ¿Cómo habrían ido a parar allí esas piedras? ¿Las habría cortado el guardaparques o sería cosa de los niños del barrio? —¿Tienes coñac? —me preguntó Olga. —¿Cómo que... coñac? Sí, tengo. —¿Buen coñac? —No hay coñac malo. Si es coñac, es bueno. La lechuza se permitió un mohín de desprecio. —¿Qué tal si invita a una dama a un poco de café con coñac? —dijo. Estuve a punto de soltar una carcajada, imaginándome una lechuza bebiendo coñac de un plato de postre. —Con mucho gusto —respondí—. ¿Tomamos un taxi? —¿Está de guasa, joven? —replicó de inmediato Olga. ¡Vaya! ¿Conocía esa secuencia de frases? ¿Cuándo la habrían encerrado en ese cuerpo de ave? O acaso su emplumada

condición no le impedía leer. —No te olvides de la existencia de ese aparato llamado televisor —me susurró al oído. ¡Por las Tinieblas y la Luz! ¡Y yo que creía que mis pensamientos estaban guardados bajo siete llaves! —La experiencia vital es capaz de sustituir con creces a la vulgar telepatía. Sobre todo una experiencia vital muy prolongada —añadió maliciosamente Olga—. Antón, tus pensamientos están cerrados para mí. Además, eres mi compañero. —No... a mí no me importa... —dije, pero de inmediato negué con la mano. No tenía sentido disimular lo que era evidente—. Por cierto, ¿qué hacemos con el niño? ¿Qué tal si nos olvidamos de esa misión? Es que no es serio... —¡Sí que lo es! ¡Y mucho! —exclamó Olga, airada—. Antón... debes considerar que el jefe admitió haber actuado inadecuadamente. Tenemos que aprovecharnos de la indulgencia con que nos trató. La vampira irá a buscar al niño a toda costa, ¿lo comprendes? Para ella, el niño es un bocado apetitoso que le sacaron de entre los dientes. En cuanto a él, está bien sujeto al anzuelo que ella le lanzó. Lo que hará ahora la vampira es tirar del hilo para atraerlo hacia su guarida desde cualquier rincón de la ciudad. Es de eso de lo que tenemos que aprovecharnos. ¿Para qué meterse en la jungla en busca del tigre cuando puedes atar un cabrito y esperar a que la fiera aparezca? —Es que cabritos de esos hay en Moscú todos los que quieras... —Ese niño ya ha mordido el anzuelo. Y la vampira es poco experimentada. Le costará mucho más establecer contacto con una nueva víctima que atraer a la antigua, créeme. Me estremecí, intentando alejar una sospecha estúpida. Levanté la mano para detener un coche y dije con

voz sombría: —Te creo. Ahora y siempre, te creo. **4**

La lechuza salió del Crepúsculo en cuanto hube traspasado el umbral de mi apartamento. Echó a volar hacia la nevera, clavándome las garras en el hombro al saltar. —¿Que tal si me preparo un buen guiso de lechuza? —pregunté, y cerré la puerta. Entonces vi hablar a Olga por primera vez. El pico comenzó a hacer movimientos espasmódicos, mientras salían las palabras. Era evidente que le costaba un esfuerzo enorme. Aunque, a decir verdad, todavía no entiendo cómo es que puede hablar un pájaro. Sobre todo con una voz tan... humana. —Ni se te ocurra, porque entonces tendré que dedicarme a poner huevos para evitarlo. Por lo visto, había sido un intento de broma. —Perdóname si te he ofendido —dije, de todos modos—. Hago lo que puedo para librarme de mi torpeza. —Lo comprendo. No tienes que preocuparte. Hurgando en la nevera, encontré alguna que otra cosa para acompañar el coñac. Había queso, embutido, salazones... Me pregunté cómo se llevaría un coñac añejado durante cuarenta años con una salazón muy reciente. Seguramente se sentirían incómodos. Como Olga y yo. Saqué el queso y el embutido. —Tendrás que disculparme, porque no tengo limones. —Era consciente de lo absurdo de aquellos preparativos, pero qué le iba a hacer...—. El coñac sí que es bueno. La lechuza permanecía callada. De un cajón del mueble bar extraje una

botella de Kutuzov. —¿Lo has probado? —pregunté. —¿Qué es? ¿La respuesta rusa al Napoleón? —La lechuza dejó escapar una risita—. No, no lo he probado. La situación era cada vez más absurda. Enjuagué dos copas para el coñac y las coloqué sobre la mesa. Dudando, dirigí otra mirada al montón de plumas blancas, al pico pequeño y curvo. —No conseguirás beber de la copa. ¿Qué tal si te acerco un plato? —Date la vuelta. Obedecí. Detrás de mí se oyó un revuelo de alas. Seguidamente oí un silbido desagradable, como el que emite una serpiente que se dispone a atacar, o como el que produce el aire comprimido saliendo de una bombona. —Olga, perdóname, pero... —Me volví. La lechuza había desaparecido. Admito que ya me esperaba algo así. Había albergado la esperanza de que le permitieran adoptar de vez en cuando apariencia humana. Y había dibujado mentalmente un retrato de Olga, una mujer encerrada en el cuerpo de un ave y que recordaba el alzamiento de los decembristas. No sé por qué acudía a mi mente la princesa Lopujina huyendo del baile, pero algo mayor, más grave, con ojos que denotaran sabiduría, un cuerpo enjuto... Por el contrario, sentada en el taburete había una mujer joven. Muy joven. De unos veinticinco años. Llevaba el cabello muy corto, como un hombre, y tenía las mejillas manchadas, como si acabara de escapar de un incendio. Era hermosa y tenía unos rasgos finos, aristocráticos. Pero, francamente, el corte de cabello aquel la estropeaba bastante. La ropa sí que me impresionó de inmediato. Llevaba unos pantalones militares sucios, como de los años cuarenta, y una blusa entreabierta que dejaba ver una camiseta mugrienta.

Estaba descalza. —¿Qué? ¿Te gusta lo que ves? —me preguntó. —Sí, a pesar de... ¡Por la Luz y las Tinieblas! —exclamé—,¿por qué tienes ese aspecto? —La última vez que tuve apariencia humana fue hace cincuenta años. Asentí. —Ya entiendo. ¿Te utilizaron durante la guerra? —Me utilizan en todas las guerras. —Olga sonrió dulcemente—. Cuando son guerras muy serias. El resto del tiempo, tengo prohibido adoptar apariencia humana. —Ahora no estamos en guerra. —Pues la habrá. Esta vez no sonrió. Me contuve para no soltar una maldición y me limité a hacer la señal que sirve para alejar las desgracias. —¿Quieres tomar una ducha? —Me encantaría. —No tengo ropa de mujer... ¿te irían bien unos téjanos y una camisa? Asintió. Después se levantó con torpeza, agitando cómicamente los brazos, y miró sorprendida sus pies descalzos. Se encaminó directamente al cuarto de baño, como si no fuera la primera vez que tomaba una ducha en mi casa. Corrí hacia el dormitorio. Es difícil que le hayan concedido mucho tiempo. Los téjanos eran viejos, pero al menos de una talla menor que la que llevo ahora. De todos modos, le vendrían grandes... ¿Una camisa? No, mejor le daba un jersey que no fuera muy grueso. Ropa interior... ¡vaya! ¡Eso sí que iba a ser un problema! ¡Un gran problema! —¡Antón! Hice un bulto con la ropa, añadí una toalla limpia y me apresuré a llevárselo. La puerta del cuarto de baño estaba abierta. —¿Qué grifos tan extraños son estos? —Son de importación, monomandos... Entré. Olga estaba de pie y desnuda dentro de la bañera, y movía la palanca del grifo de izquierda a derecha, sin comprender el mecanismo. —Tienes que

levantarla —le dije—. La levantas y la abres y luego tienes agua fría si giras a la izquierda y agua caliente si lo haces a la derecha. —Ah, muy bien. Gracias. No le daba ningún reparo que la viera desnuda. Era comprensible, teniendo en cuenta su edad y su rango... aunque fuera su anterior rango. A mí sí que me dio vergüenza. Y la incomodidad hizo que me comportase con cierto cinismo. —Aquí tienes los trapos. Si te van bien, elige algo. Si es que necesitas ir vestida, claro. —Gracias, Antón... —Olga me miró—. No hagas caso. Llevo ochenta años encerrada en el cuerpo de un ave. La mayor parte del tiempo la he pasado hibernando. Pero, de todos modos, ha sido muy duro. Tenía unos ojos profundos, que atraían como un imán. Unos ojos peligrosos. —Ya no me considero humana, ni Otra, ni mujer. Aunque, por cierto, tampoco me considero una lechuza. No soy más que una idiota cruel, vieja y asexuada, que a veces es capaz de hablar. El agua salió con fuerza de la ducha. Olga levantó los brazos lentamente y se colocó, gozosa, bajo el chorro de agua. —Ahora es mucho más importante para mí sacarme toda esta suciedad que hacer que un muchacho tan atractivo como tú se ruborice —añadió. Me tragué lo de «muchacho atractivo», sabiendo que no era el momento de entablar una disputa, y salí del baño. Asentí con la cabeza, cogí la botella de coñac y la abrí. Una cosa sí estaba clara: Olga no era un teriántropo. De serlo, no habría podido conservar la ropa puesta. Olga era una maga de unos doscientos años de edad, a la que ochenta años atrás habían castigado desposeyéndola de su cuerpo, aunque tenía esperanzas de que la rehabilitasen. Su especialidad era la confrontación de fuerzas, y había

trabajado por última vez hacía medio siglo... Con esos datos me bastaba para realizar una búsqueda en la base de datos. Mi categoría no me permitía acceder a la totalidad de los archivos. Pero, por suerte, la jefatura desconoce toda la información que uno puede obtener haciendo búsquedas cruzadas. Eso, en el caso de que de verdad me diese por descubrir quién era Olga. Serví coñac en las copas y esperé. Olga salió del cuarto de baño cinco minutos más tarde, secándose el cabello con la toalla. Se había puesto mis téjanos y el jersey. No es que la ducha la hubiera cambiado totalmente... pero estaba muchísimo más hermosa. —Gracias, Antón. No te imaginas el placer que siento... —Puedo adivinarlo. —Tal vez. Pero eso no es nada comparado con la sensación. El olor, Antón... ese olor a chamusquina. Casi me he acostumbrado a él en este medio siglo. —Se sentó torpemente en el taburete. Suspiró y continuó—: Sé que no debería decirlo, pero estoy contenta de que hoy se haya desatado esta crisis. Me da igual que no me retiren el castigo, pero al menos he tomado un baño... —Es probable que te dejen conservar este aspecto. Si quieres bajo y te compro algo de ropa. —No vale la pena. Solo tengo media hora al día. —Hizo un bulto con la toalla y la lanzó al alféizar. Suspiró y dijo—: Bien, quizá no viva lo suficiente como para tomar otro baño. O beber otra copa de coñac. ¡Brindemos por ti, Antón! —¡Y por ti! El coñac sabía bien. Lo paladeé con placer, a pesar de que mi mente era un caos. Olga, por su parte, se bebió la copa de un trago y aunque no pudo evitar hacer una mueca, declaró amablemente: —No está mal. —¿Por qué el jefe no te permite adoptar una apariencia normal? —No

está en sus manos otorgarme ese permiso. Entendido. Eso significaba que el castigo no le había sido impuesto por la oficina regional, sino por cargos todavía más altos. —Te deseo éxito, Olga. Sea cual sea el delito que cometiste... estoy seguro de que ya has pagado la culpa. Se encogió de hombros. —Me gustaría creer que es así. Comprendo que despierto fácilmente la compasión, pero el castigo que me impusieron es justo. Pero... hablemos en serio de una vez, ¿quieres? —Adelante. Olga se acercó a mí, se inclinó sobre la mesa y con un inquietante susurro dijo: —Si quieres que te sea sincera: estoy harta. Tengo nervios de acero, pero ya no puedo seguir viviendo así. Lo único que me queda es completar una misión cuya importancia sea tal que nuestros superiores se vean obligados a perdonarme. —¿Y dónde vas a encontrar una misión como esa? —Ya la tengo. Y consta de tres etapas. Primero, el niño: lo protegeremos y conseguiremos encaminarlo hacia el lado de la Luz. Después, la vampira. Hay que eliminarla. Su voz rezumaba seguridad, y creí en ella de inmediato. Proteger y eliminar. Eso era coser y cantar. —Pero eso no es nada, Antón. Ejecutar esas acciones te servirá a ti para ascender de categoría, pero a mí no me salvará. La clave está en la joven del vórtice. —De ella ya se están ocupando, Olga. A mí... a nosotros, nos apartaron de esa misión. —No importa. No conseguirán cumplirla por sí solos. —¿Lo crees así? —pregunté con ironía. —No lo conseguirán —repitió—. Boris Ignátievich es un mago muy potente. Pero su potencia se manifiesta mejor en otros ámbitos. —Una mueca burlona se dibujó en su rostro—. En cuanto a mí, he dedicado toda mi vida a

luchar contra las irrupciones del infierno. —¡Por eso te mandan a todas las guerras! —apunté. —Exacto. Porque en tiempos de paz no se producen estallidos de odio tan brutales. Como cuando el cabrón de Adolf... cierto que contaba con muchos seguidores, pero eso no habría impedido que lo destrozáramos el primer año de la guerra. A él y a Alemania entera. Lo de Stalin era distinto, porque estaba rodeado de una adoración monstruosa... un escudo muy poderoso. Mira, Antón, durante la última guerra mi trabajo fue el de una sencilla mujer rusa... —La sonrisa que, en un abrir y cenar de ojos, cruzó sus labios denotó claramente la sensación que le provocaba la palabra «sencilla» aplicada a sí misma—. Una mujer cuya misión consistía en proteger a los enemigos de su país de las maldiciones que caían sobre ellos. Solo por eso ya merecería el perdón. ¿No lo crees? —Lo creo —respondí, y de pronto tuve la impresión de que el licor se le estaba subiendo a la cabeza. —Un trabajo ruin... Ya sé que todos tenemos a veces que ir en contra de nuestra naturaleza, pero algo así es llegar demasiado lejos... Por lo tanto, Antón, sé que ellos no lo conseguirán. Yo, al menos, puedo intentarlo. Aunque no estoy completamente segura de tener éxito. —Si la situación es tan grave, creo que deberías presentar un informe... Negó con la cabeza y se compuso los cabellos todavía húmedos. —No puedo hacerlo. Tengo prohibido comunicarme con nadie, excepto con Boris Ignátievich y mi compañero de misión. A él ya se lo dije. Ahora solo me queda esperar. Y confiar en que lograré resolver la situación en el último momento. —¿El jefe no lo entiende así? —Creo que sí. Que lo entiende. —Es curioso... —Te diré algo. El

jefe y yo fuimos amantes. Durante mucho tiempo. Y, además, amigos, lo que no suele suceder con demasiada frecuencia... Pero dejémoslo aquí, Antón. Hoy nos ocuparemos del niño y de la vampira psicópata. Y mañana esperaremos la irrupción del infierno. ¿De acuerdo? —Tengo que pensarlo, Olga. —Muy bien. Piénsalo cuanto quieras. Ha llegado la hora. Date la vuelta... No conseguí volverme a tiempo. Probablemente, la propia Olga tuvo la culpa. No calculó bien el tiempo que le quedaba. Fue un espectáculo francamente repugnante. Olga se estremeció y se arqueó. Una onda recorrió su cuerpo, doblando los huesos como si fueran de goma. La piel comenzó a abrírsele en jirones, dejando ver segmentos de músculos sanguinolentos. En un instante dejó de ser una mujer para convertirse en un montón arrugado de carne, una pelota informe. Una pelota que iba estrechándose y perfilándose, mientras le crecía un suave plumón blanco... Finalmente, la lechuza polar echó a volar abandonando el taburete y, lanzando un grito medio animal, medio humano, fue a posarse en su ya habitual rincón sobre la nevera. —¡Diablos! —exclamé, saltándome flagrantemente todas las normas y prohibiciones—. ¡Olga! —Bonito, ¿verdad? —dijo con voz ahogada por los recientes estertores del dolor. —¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser precisamente así? —Eso es parte del castigo, Antón. Tendí la mano y rocé el ala abierta y temblorosa. —Acepto, Olga. —Entonces pongámonos manos a la obra. Asentí y me dirigí al recibidor. Abrí de par en par las puertas del armario donde guardaba mi indumentaria y pasé al Crepúsculo, porque de lo contrario solo se veía ropa y trastos viejos. La lechuza posó su ligero cuerpo sobre mi hombro. —¿Qué

ocurre? —preguntó. —El amuleto de ónice se me ha descargado. ¿Tienes poder para recargarlo? —No. Me han privado de casi todos mis poderes. Solo me han dejado lo necesario para neutralizar el infierno. Y la memoria, Antón... también me han dejado la memoria. ¿Cómo piensas matar a la vampira? —Como no está registrada me las arreglaré con los viejos métodos populares para enfrentarse a los vampiros. La lechuza soltó lo que parecía equivaler a una risotada. —¿Se siguen usando las estacas de álamo? —De esas no tengo —respondí. —Ya veo. ¿Qué pasa? ¿Acaso no quieres ahuyentar a tus Amigos? —Exacto. No quiero que se estremezcan cada vez que cruzan el umbral. —¿Qué hacemos entonces? De un agujero abierto en la pared extraje una pistola. Olga la examinó con la mirada. —Balas de plata, ¿eh? Resultan muy dolorosas para un vampiro, pero no son mortales. —Son balas explosivas. —Extraje el cargador de la Desert Eagle—. Balas explosivas de plata. Calibre cuarenta y cuatro. Con cuatro disparos, los orificios que le haces a un vampiro lo dejan totalmente incapacitado. —Y después, ¿qué? —Métodos tradicionales. —Yo no creo en la tecnología —dijo Olga con un deje de iluda—. ¡He visto a un teriántropo recuperarse después de que una bomba lo hiciera pedazos! —¿Cuánto tiempo tardó en hacerlo? —Tres días. —Pues, eso es precisamente lo que te digo... —De acuerdo, Antón. Si no tienes confianza en tus propios poderes... Advertí que no había quedado satisfecha. Pero yo no soy un agente operativo, sino un empleado de la oficina al que le han encomendado que haga trabajo de campo. —Todo irá bien —dije para tranquilizarla—. Créeme.

Concentrémonos mejor en localizar al anzuelo. —Andando. —Fue aquí donde sucedió todo —informe a Olga. Estábamos en el traspatio. En el Crepúsculo, por supuesto. La gente que pasaba por nuestro lado se apartaba evitándome, lo que resultaba cómico, porque no podían verme. —Aquí mataste al vampiro. —El tono de la voz de Olga había adquirido un tinte inequívocamente profesional—. Veo, amigo mío, que no te preocupaste en retirar la basura... aunque da igual... A mí me parecía que no quedaba el menor rastro del vampiro, pero no quise discutir. —Aquí estaba la vampira... En este punto la golpeaste con algo... no, la rociaste con vodka... —Olga dejó escapar una risita—. Después, huyó... Nuestros agentes operativos la dejaron escapar. ¡El rastro todavía está fresco! —Consiguió transformarse —dije molesto. —¿En un murciélago? —Sí. Según me dijo Garik, lo logró en el último momento. —Eso no me gusta. Significa que es una vampira mucho más fuerte de lo que creíamos. —Es una fiera. Ha probado la sangre humana y ha matado gente. Experiencia no tiene, pero fuerzas le sobran. —La eliminaremos —declaró Olga con rabia. Permanecí en silencio. —Y aquí tenemos el rastro del niño —dijo, y con tono aprobatorio añadió—: Caray... sí que tiene un buen potencial. Busquemos dónde vive. Salimos del traspatio y avanzamos por la acera. Era un patio grande rodeado en su perímetro por edificios de viviendas. También yo podía percibir el aura del niño, aunque de forma muy débil y confusa. Era evidente que solía pasar mucho por ahí. —Avanza —me ordenó Olga—. Ahora gira a la izquierda. Continúa. A la derecha. Espera... Me había detenido ante una calle por

la que traqueteaba lentamente un tranvía. La lentitud se debía a que yo aún no había salido del Crepúsculo. —Es en este edificio —me informó Olga—. Entremos. Está aquí. Era un edificio sencillamente horrible. Estrecho, extremadamente alto y, encima, se encaramaba sobre una suerte de pilotes, a modo de patas. A simple vista daba la impresión de tratarse de un gigantesco monumento a las cajas de cerillas. Más bien, parecía ser la plasmación de una elefantiasis enfermiza. —Es un buen lugar para matar—dije—. O para volverse loco. —Hagamos ambas cosas —apuntó Olga—. Tengo buena experiencia tanto en una como en la otra.

Iegor no quería salir de casa. Cuando sus padres se marcharon a trabajar y la puerta se cerró de golpe tras ellos, el miedo se abatió sobre él. Pero al mismo tiempo era consciente de que si abandonaba el apartamento vacío, ese miedo se convertiría en pavor. No podía escapar a su destino. No había adonde ir ni de quién esperar ayuda. No obstante, permanecer en la casa le producía, al menos, cierta ilusión de seguridad. La noche anterior su mundo se había derrumbado por completo. Iegor siempre había reconocido —al menos para sí— que no era ningún valiente. Pero tampoco era un cobarde. Había cosas a las que uno debía temer, como los delincuentes, los maníacos, los terroristas, las catástrofes, los incendios, las guerras o las enfermedades mortales. Pero para Iegor todas esas amenazas formaban un conjunto abigarrado, que se mantenía perfectamente lejos de él. Existían, sí, pero en un espacio

que jamás interfería en su vida cotidiana. Para ello, bastaba seguir unas normas muy sencillas: no andar merodeando por la calle a altas horas de la noche, no visitar otros barrios, lavarse las manos antes de comer, no saltar sobre las vías del tren. Uno puede temerle a las desgracias y comprender, al mismo tiempo, que las posibilidades de topar con ellas son bastante remotas. Pero de pronto todo había cambiado. De algunos fenómenos era imposible evadirse. Fenómenos que no existían en el mundo, ni podían existir. Los vampiros, en cambio, sí existían. Lo ocurrido había quedado registrado con precisión en su memoria. La confusa esperanza de que el miedo arrastrara los recuerdos de lo que había vivido esa noche —confianza que abrigaba mientras corría a casa, cruzando las calles sin detenerse a mirar el tráfico, en contra de su costumbre— había resultado vana. Tampoco el tímido anhelo de que a la mañana siguiente lo sucedido le parecería una mera pesadilla se había cumplido. Todo aquello había ocurrido en realidad. En una realidad imposible, sí, pero existente. Todo aquello había ocurrido la noche anterior. Y le había ocurrido a él. Es cierto que esa noche regresaba muy tarde a casa, pero no era la primera vez que lo hacía. E incluso a sus padres, quienes, según el firme criterio de Iegor, aún no acababan de entender que él ya tenía trece años cumplidos, no les preocupaba demasiado que volviese a esas horas. Sí, era cierto que cuando él y sus amigos salieron la noche anterior de la piscina ya pasaba de las diez. Seguidamente, se habían metido en un McDonald's, donde estuvieron otros veinte minutos. Aunque eso tampoco era nada raro. A aquellos a quienes la paga se lo

permitía, les gustaba ir a comerse una hamburguesa en cuanto terminaba el entrenamiento. Y después... se habían encaminado juntos al metro. A apenas unas manzanas de allí. Fueron por una calle bien iluminada. Juntos los ocho. Hasta entonces, todo había transcurrido como siempre. Pero ya en el metro, algo lo hizo inquietarse. Iegor no dejaba de mirar el reloj y de observar a los pasajeros, aunque no detectaba nada sospechoso. A excepción de aquella música... A partir de ese momento, aquello que no podía ser real comenzó a desarrollarse. Sin saber por qué, se adentró en aquel traspatio oscuro y apestoso, y se acercó a aquellos jóvenes que estaban aguardándolo. Que lo habían atraído hasta allí. Y ofreció su cuello a los colmillos finos, afilados e inhumanos de la joven. Todavía ahora, ya solo y en su casa, Iegor percibía el hormigueo que le recorría la piel, un escalofrío dulce, tentador. ¡Porque él lo había deseado! Temía, pero también deseaba, el roce de aquellos colmillos resplandecientes, el breve instante de dolor al que seguiría... después... algo... algo nuevo... No había nadie en el mundo que pudiera ayudarlo. Iegor recordaba la mirada de la mujer que pasó junto a ellos paseando unos perros. En su mirada de alarma no había indiferencia, pero tampoco miedo. La mujer, sencillamente, no podía ver lo que estaba ocurriendo ante sus propios ojos. Solo la aparición del tercer vampiro consiguió salvarlo. El mismo joven pálido que escuchaba música y que había comenzado a seguirlo desde el metro. Se lo habían disputado, como si se tratara de lobos salvajes y hambrientos luchando por la carne humeante de un alce recién cazado. A partir de

ese momento, su recuerdo se volvía confuso por la velocidad de vértigo que habían tomado los acontecimientos. Los gritos sobre no sabía qué Guardia, qué Crepúsculo. La explosión azul que hizo que uno de los vampiros se deshiciera ante sus ojos, como si se tratara de una escena de cine. El chillido de la vampira a la que le habían rociado la cara con no sabía qué líquido. Después, su huida desenfrenada y la horrible certeza, aún más horrible que lo sucedido, de que no tendría a nadie a quien confiarle aquello. Porque nadie le creería. No cabía esperar comprensión. ¡Los vampiros no existen! ¡Es imposible mirar a través de una persona sin verla! ¡Nadie puede arder en medio de un torbellino de luz azul y convertirse sucesivamente en una momia, un esqueleto, un montón de ceniza! —No es cierto —se dijo Iegor, impugnando esas tres afirmaciones—. Sí existen. Sí es posible. Sí se puede. Pero hasta a él mismo le costaba creerlo... No había ido a la escuela. En lugar de ello se había quedado encerrado en el apartamento. Tenía ganas de hacer algo. Se ha acercado varias veces a la ventana y había escrutado atenta mente el patio. No había nada sospechoso. Pero ¿sería capaz de verlos si aparecían? Porque vendrían. De eso, Iegor no tenía la menor duda. Sabían que él los recordaba, así que vendrían a eliminar al incómodo testigo. ¡O algo peor! ¡Se beberían su sangre y lo convertirían en un vampiro! El niño se acercó a una estantería para libros, buena parte de la cual estaba ocupada por cintas de vídeo. Quizá lograse encontrar alguna información que le resultara útil. Drácula, un muerto muy contento. Esa no. No era más que una comedia. Mordidos peligrosos. Qué

tontería. Noche de terror. Iegor se estremeció. Recordaba esa película. Y ya no se atrevería a volver a verla, jamás. ¿Cómo era aquello que decía un personaje...? «El crucifijo ayuda, pero hay que tener fe en él.» ¿Cómo podría ayudarlo a él un crucifijo? Ni siquiera estaba bautizado. Ni creía en Dios. Antes no creía. Ahora, tal vez, tendría que creer. Porque si los vampiros existían, entonces también existía el diablo, y si existía el diablo, entonces también existiría Dios, ¿no era cierto? La existencia de los vampiros ¿no implicaba la existencia de Dios? Si existía el Mal, ¿no tenía que existir el Bien? —No hay nada —dijo Iegor. Se metió las manos en los bolsillos de los téjanos y se encaminó lentamente hacia el recibidor. Se miró en el espejo. Vio un niño perfectamente normal. Aunque acaso un poco triste. Por el momento, entonces, todo estaba en orden. No habían conseguido clavarle los colmillos. Quiso asegurarse y giró sobre sí mismo para intentar ver el reflejo de la nuca en el espejo. Todo en orden, sí. No había huellas de mordeduras. Un cuello como cualquier otro, aunque acaso demasiado delgado y no muy limpio... De repente, le asaltó una idea. Corrió hacia la cocina, asustando con su brusquedad al gato, acurrucado plácidamente sobre la lavadora. Buscó entre las bolsas de patatas, cebollas y zanahorias. Hasta que dio con los ajos. Limpió a toda prisa una cabeza y comenzó a masticar los dientes de ajo. Era un ajo muy fuerte y le quemaba la garganta. Iegor se sirvió un vaso de té del que iba tomando pequeños sorbos para ayudarse a tragar los ajos. No resultó de mucha ayuda. Le ardía la lengua y le picaban las encías. ¿Ayudaría eso en algo? El gato se asomó a la cocina. Miró estupefacto

al niño y se alejó con un maullido de desaliento. No entendía cómo alguien podía comerse aquella asquerosidad. Iegor mascó los últimos dos dientes, los escupió sobre la mano y se frotó el cuello. Era consciente de lo cómico de la situación, pero sentía que ya no podía parar. A juzgar por el escozor que le provocó en el cuello, el ajo era bueno de veras. Bastaría que un vampiro lo oliera para que cayera fulminado. El gato emitió un gruñido desde el recibidor. Iegor se alarmó y se asomó al pasillo. No ocurría nada especial. Todo estaba en orden. La puerta estaba bien cerrada con las tres cerraduras y una cadena de seguridad. —¡Cállate, Greisik! —le ordenó con severidad al gato—, o te obligaré a comer ajos. El gato se tomó la amenaza en serio y se dirigió rápidamente al dormitorio de los padres de Iegor. ¿Qué más podría hacer? Buscar algún objeto de plata, tal vez. Decían que también ayudaba. Dándole un nuevo susto al gato, Iegor irrumpió en el dormitorio de sus padres, abrió el armario y extrajo el cofrecito donde su madre guardaba las alhajas, oculto bajo una montaña de sábanas y toallas. Encontró una cadena de plata y se la puso al cuello. Terminaría apestando a ajos, y, además, tendría que quitársela por la noche. ¿Tal vez debía abrir la hucha y comprarse una cadena de plata solo para él? Podría colgar un crucifijo en ella y llevarla siempre al cuello. Decir que había comenzado a creer en Dios. Es algo que suele ocurrir, que alguien se haya pasado media vida en la incredulidad y de pronto abrace la fe, ¿o no? Se dirigió al salón, se encaramó al sofá y examinó la habitación con mirada pensativa. ¿Tendrían madera de álamo en casa? Lo más probable era que no. En realidad, ¿qué aspecto

tendría el álamo? ¿Tendría que ir al jardín botánico, conseguir una rama de álamo y hacer una estaca? Todo aquello estaba muy bien, pero la cuestión era si serviría de algo. ¿Qué pasaría si volvía a sonar aquella música suave, seductora? ¿No se quitaría él mismo la cadena de plata, rompería en dos pedazos la estaca y se lavaría el cuello oloroso a ajos? Una música suave, tenue... Unos enemigos invisibles. Tal vez ya estuvieran allí, y él, sencillamente, fuese incapaz de verlos. No sabía verlos. Y, mientras, el vampiro podía estar sentado a su lado, burlándose de él y sus preparativos para la defensa. ¿Y si la madera de álamo no le inspiraba ningún temor, ni los ajos lo asustaban? ¿Cómo se podía luchar contra un enemigo invisible? —¡Greisik! —llamó Iegor. No era de esos gatos que acudían al menor siseo. Tenía su carácter—. ¡Ven aquí, Greisik! El gato se detuvo en el umbral del dormitorio. Tenía el pelo erizado y sus ojos resplandecían como ascuas. Sin hacer el menor caso de Iegor, miraba fijamente una butaca colocada en un rincón, junto a una mesilla cubierta de revistas. Una butaca vacía... El niño percibió claramente que el ya conocido escalofrío le recorría el cuerpo. Dio un salto con tanta fuerza que cayó al suelo desde el sofá. La butaca estaba vacía. El apartamento estaba vacío y la puerta cerrada con tres cerrojos. De pronto, comenzó a oscurecer, como si el sol que brillaba al otro lado de la ventana se apagara... Había alguien más allí. —¡No! —gritó Iegor, arrastrándose por el suelo—. ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Está aquí! El gato lanzó un chillido y se escondió bajo la cama. —¡Puedo verlo! —exclamó Iegor—. ¡No se me acerque!

La entrada al edificio era, ya de por sí, sombría y sucia. Vista desde el Crepúsculo parecía una verdadera catacumba. Las paredes de hormigón, que en la realidad humana estaban simplemente sucias, en el Crepúsculo se veían cubiertas de un musgo azul oscuro. Una porquería. Estaba claro que no vivía ningún Otro en el edificio para encargarse de limpiarlas. Rocé con la mano una pelota de musgo bastante espesa. El musgo se estremeció intentando huir del calor. —Arde —le ordené. Odio a los parásitos. Da igual que no hagan más daño que alimentarse de las emociones ajenas. La hipótesis de que las colonias muy abundantes de musgo azul son capaces de afectar a la estabilidad psíquica de los humanos, produciendo depresiones o estallidos desaforados de alegría, no ha sido confirmada por ningún especialista. Pero, aun así, siempre he preferido curarme en salud. —Arde —repetí, enviando un chorro de energía hacia la palma de mi mano. Un fuego transparente y brillante cubrió la espesa capa de musgo. En un instante, toda la entrada al edificio empezó a arder. Avancé hacia el ascensor, apreté el botón y entré en la cabina. Allí la higiene mejoraba. —Novena planta —me avisó Olga—. ¿Para qué gastas energía? —No es nada —repliqué. —Tal vez necesites toda la fuerza con la que cuentas. A ver si maduras de una vez. No dije nada. El ascensor subía lentamente. Era un ascensor crepuscular, un doble del ascensor ordinario, que continuaba tranquilamente parado en la planta baja. —Tú sabrás —decidió Olga—. Son cosas de la juventud... la falta de responsabilidad... Se abrieron las puertas. Ya no había

fuego en la novena planta. El musgo arde como la pólvora. La temperatura era agradable, apenas superior a la que suele haber en el Crepúsculo. Olía ligeramente a quemado. —Es esa puerta —me indicó Olga. —Ya lo veo. Era cierto que podía percibir claramente el aura del niño en aquella puerta. Ese día no se había atrevido ni a salir de casa. Excelente. El cabrito estaba bien atado. Bastaba esperar que se presentara el tigre. —Lo mejor será entrar —decidí y empujé la puerta. No se abrió. ¡Era imposible! En el mundo real las puertas pueden estar cerradas con los cerrojos que se quiera, pero en el Crepúsculo rigen otras leyes. Solo los vampiros necesitan una invitación para entrar en una casa ajena. Es el peaje que deben pagar por su exceso de fuerza a la hora de manifestar su interés gastronómico hacia las personas. Para poder cerrar una puerta en el Crepúsculo se requiere que uno sepa, al menos, abrirla. —Ha sido el miedo —apuntó Olga—. Ayer el niño llegó a casa horrorizado. Y acababa de estar en el Crepúsculo. Por lo tanto, al cerrar la puerta... y sin que siquiera se percatara de ello, la cerró simultáneamente en los dos mundos. —¿Qué hacemos ahora? —Intérnate más profundamente en el Crepúsculo. Sígueme. Me miré el hombro. No había nada. Convocar el Crepúsculo cuando uno ya está en él es un asunto harto complicado. Levanté unas cuantas veces mi sombra del suelo, hasta que conseguí que comenzara a proyectarse hacia el otro lado en un continuo balanceo. —Adelante, estás a punto de conseguirlo —me alentó Olga. Me adentré en mi sombra y el Crepúsculo se hizo aún más denso. Una niebla espesa lo inundó todo. Los colores desaparecieron

por completo. También los sonidos: solo oía los latidos de mi corazón, pesados y lentos, retumbando como redobles de tambor desde el fondo de un desfiladero. Además, podía percibir cómo soplaba el viento. En realidad, se trataba del aire que llenaba mis pulmones, expandiendo lentamente los bronquios. La lechuza blanca volvió a aparecer sobre mi hombro. No podre resistir mucho tiempo aquí —susurre mientras abría la puerta. Por supuesto, en ese nivel del Crepúsculo la puerta ya estaba abierta. Un gato de color gris oscuro vino a frotarse contra mis piernas. Para los gatos no existe ninguna diferencia entre el mundo corriente y el Crepúsculo. Son capaces de vivir simultáneamente en todos los mundos. Es una suerte que carezcan de una verdadera capacidad de raciocinio. —Chist, chist, chist —susurré—. No temas, gatito. Cuando hube entrado, cerré la puerta, quizá como una mera demostración de fuerza. Ahora estarás mucho mejor defendido, niño. Aunque quién sabe si servirá de algo esa precaución cuando escuches la Llamada. —Tienes que salir cuanto antes —me advirtió Olga—. Estás perdiendo demasiada energía. Hasta para un mago experimentado este nivel del Crepúsculo es difícil de soportar. Más vale que yo también lo abandone. Aliviado, di un paso hacia fuera. Estaba claro que no era Uno de esos agentes operativos capaces de pascar tranquilamente por los tres niveles del Crepúsculo. Aunque, a decir verdad, tampoco es que lo hubiera necesitado hasta ese momento. El mundo se iluminó ligeramente. Estudié la estancia y comprobé que se trataba de un apartamento cómodo y no demasiado contaminado por secreciones del mundo crepuscular. Alrededor del

marco de la puerta de entrada crecían algunos brotes de musgo azul, pero no había que preocuparse por ellos. La destrucción de la colonia principal terminaría arrastrándolos consigo. Percibí también unos sonidos procedentes de la cocina. Me acerqué a ver de qué se trataba. El niño estaba de pie junto a la mesa, tragando dientes de ajo que acompañaba con sorbos de té caliente. —¡Por la Luz y las Tinieblas…! —mascullé. De pronto el muchachito, con sus téjanos desteñidos y su camiseta azul, me pareció mucho más endeble e indefenso que la noche anterior. Delgado y desmañado, tampoco se podía decir que fuera enclenque. Tenía toda la traza de practicar algún deporte. —Pobre niño —dije. —Es muy mono, sí —convino Olga—. Esto de hacer creer en las propiedades mágicas de los ajos fue una jugada maestra de los vampiros. Dicen que, en realidad, se le ocurrió al propio Bram Stoker… De un escupitajo, el niño escupió un trozo de ajo mascado sobre la palma de la mano y comenzó a frotarse el cuello con él. —Es muy útil, ya lo creo —dije. —Sí. Excelente para prevenir… el virus de la gripe —apuntó Olga—. ¡Con qué facilidad muere la verdad! ¡Y qué extraordinaria vitalidad tiene la mentira! Pero este niño es muy fuerte. A la Guardia Nocturna no le vendrá nada mal un nuevo agente operativo. —¿Ya es nuestro? —Por ahora no es de nadie. Puedes verlo por ti mismo: su destino aún no se ha concretado. —¿Hacia qué lado se inclina? —No está claro, todavía no. Tiene demasiado miedo. Ahora está listo para hacer lo que sea, con tal de escapar de los vampiros. Podría convertirse en Tenebroso o en Luminoso. —No puedo juzgarlo por eso. —Claro que no. Sigamos. La

lechuza echó a volar a lo largo del pasillo. La seguí. Nos movíamos unas tres veces más rápido que los humanos. Es una de las características del Crepúsculo: cambia el curso del tiempo. —Esperaremos aquí—dispuso Olga al llegar al salón—. Hay un calor y una luz más agradables. Tomé asiento en una mullida butaca. Eché un vistazo a los titulares de uno de los periódicos que había sobre la mesilla que estaba a mi lado. No hay nada más divertido que leer la prensa en el Crepúsculo. «Caen los réditos generados por la actividad crediticia», rezaba el titular. En realidad, la frase se podía leer así: «Aumenta la tensión en el Cáucaso». Desde el Crepúsculo uno puede leer la verdad en los diarios. La verdad limpia de toda floritura. Leer lo que verdaderamente pensaba el periodista que redactaba el artículo que le habían encargado escribir. Acceder a los retazos de información que había obtenido de sus fuentes no oficiales. Leer la verdad acerca de la vida y la verdad acerca de la muerte. Pero ¿de qué servía? Hace ya mucho tiempo que aprendí a no hacer caso del inundo de los humanos. Venimos de ese mundo, sí. Él es nuestra cuna. Pero somos los Otros. Somos los que atravesamos las puertas cerradas y nos ocupamos de salvaguardar el equilibrio entre el Bien y el Mal. Somos infinitesimalmente pocos y no podemos reproducirnos: la hija de un mago no tiene por qué convertirse en maga, como no hay ninguna garantía de que el hijo de un licántropo aprenda a transformarse cada noche de luna llena. Nada nos obliga a amar el mundo ordinario. La única razón de que nos entreguemos a su defensa es que somos sus parásitos. ¡Y yo odio a los parásitos! —¿En

qué estás pensando? —preguntó Olga en el mismo instante en que apareció el niño en el salón. Lo cruzó y entró en el dormitorio. Teniendo en cuenta que se desplazaba por el mundo ordinario, me sorprendió la rapidez de sus movimientos. Hurgó dentro del armario. —En nada especial. Solo que estoy algo triste. —A veces sucede. Y a todos les ocurre durante los primeros años. —La voz de Olga sonó extrañamente humana—. Con el tiempo te acostumbras. —Eso es precisamente lo que me entristece: saber que voy a acostumbrarme. —Deberías alegrarte de que aún existamos. A principios de siglo la población de Otros descendió hasta niveles críticos. ¿Sabías que llegó a plantearse la posibilidad de que los Tenebrosos y los Luminosos nos uniéramos? ¿Sabías que se trabajó en el diseño de programas eugenésicos? —Sí, estoy al corriente. —La ciencia estuvo a punto de acabar con nuestra existencia. No creían en nosotros. No querían creer en nosotros. Eso, porque tenían fe en que la ciencia sería capaz de construir un mundo mejor. El niño regresó al salón. Se tendió en el sofá y se ajustó al cuello una cadena de plata que se había colgado. —¿Acaso algo puede mejorar? —pregunté—. Hemos salido de la gente. Hemos aprendido a adentrarnos en el Crepúsculo y a cambiar la naturaleza de las personas y de las cosas. ¿Qué hemos logrado con eso, Olga? —Al menos algo ha cambiado y es que los vampiros no pueden cazar sin licencia. —Dile eso a una persona a la que le chupan la sangre... El gato apareció en el umbral. Nos miró fijamente. Lanzó un maullido furioso a la lechuza. —Está reaccionando a tu presencia —le dije a Olga—. Adéntrate más en el Crepúsculo. —Ya es tarde

—respondió—. Y, perdóname, pero es que mi capacidad de reacción se ha debilitado... El niño abandonó el sofá de un salto. Se movía con la mayor velocidad que puede alcanzar alguien en el mundo ordinario. Con la torpeza que le confería el desconocimiento de la verdadera situación con que había topado, se adentró en su sombra para caer de inmediato al suelo, con los ojos clavados en mí. Me miraba desde el Crepúsculo. —Me alejo... —susurró la lechuza, y desapareció. Sus garras se clavaron con fuerza en mi hombro. —¡No! —gritó el niño—. ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Está aquí! Me puse en pie y abrí los brazos. —¡Puedo verlo! ¡No se me acerque! Había entrado en el Crepúsculo. Había sucedido. Sin necesidad de que nadie le ayudara, sin cursos de entrenamiento ni estímulos, sin el auxilio de un mago que le enseñara a hacerlo, el niño había cruzado la línea que separa el mundo ordinario del mundo crepuscular. De cómo te internas por primera vez en el Crepúsculo, de lo que ves y lo que sientes durante esa primera incursión, dependerá en gran medida en qué terminarás convirtiéndote. Si en Tenebroso o en Luminoso. Recordé la advertencia: «No podemos permitir de ninguna manera que se pase al lado Tenebroso, porque se alteraría radicalmente el equilibrio en todo Moscú». Niño, ahora mismo estás sobre esa línea divisoria. Y eso es algo mucho más grave que una vampira recién iniciada. Ante una situación así, Boris Ignátievich tenía derecho a tomar la decisión de liquidarlo. —No temas —le dije sin moverme un centímetro—. No temas. Soy tu amigo y no te haré ningún daño. El niño se arrastró hasta un rincón y se acurrucó. No me quitaba los ojos de encima y era

evidente que no se había percatado de que había traspasado la línea que lo conducía al Crepúsculo. Debía de parecerle como si de pronto se hubiera oscurecido la habitación, al tiempo que se sumía en el silencio y yo aparecía de la nada... —No temas —repetí—. Me llamo Antón. Tú, ¿cómo te llamas? Permanecía callado y los espasmos en su garganta indicaban que no dejaba de tragar saliva. Luego se llevó la mano al cuello, palpó la cadena y pareció calmarse un poco. —No soy un vampiro —le dije. —¿Quién es entonces? —me gritó con todas sus fuerzas. Era una suerte que nadie pudiera oír aquel grito en el mundo ordinario —Soy Antón. Agente de la Guardia Nocturna. Abrió los ojos, como cuando se siente un dolor repentino. —Y mi trabajo consiste en proteger a la gente de los vampiros y otras alimañas —añadí. —Eso es mentira... —¿Por qué lo crees? Se encogió de hombros. Buena señal. Estaba intentando calibrar sus respuestas, argumentar sus opiniones. Eso significaba que el miedo no lo había privado por completo de la razón. —¿Cómo te llamas? —insistí. Podía actuar sobre él y despojarlo del miedo, pero se habría considerado una intervención, y precisamente de las prohibidas. —Iegor... —Me gusta tu nombre. Pues yo me llamo Antón. ¿Me estás escuchando? Soy Antón Serguéievich Gorodetski, agente de la Guardia Nocturna. Anoche liquidé a un vampiro que se disponía a atacarte. —¿A uno solo? Perfecto. Ya estábamos entablando una conversación. —Sí, porque la vampira consiguió escapar. Ahora están buscándola. No tienes nada que temer, porque estoy aquí para protegerte... y para eliminarla. —¿Por qué está todo tan oscuro? —preguntó de pronto. Qué buen muchacho. Sí,

qué bueno era. —Voy a explicártelo, pero que quede claro que no he venido a hacerte daño. ¿Estamos de acuerdo? —Eso ya lo veremos. Seguía apretando con fuerza la inútil cadena de plata, como si esta pudiera protegerlo de algo. Pobre muchachito. ¡Ojalá todo fuera tan sencillo en este mundo! En realidad, aquí no te salvan ni la plata, ni las estacas, ni los crucifijos. Esto es la vida contra la muerte, el amor contra el odio... y la fuerza contra la fuerza, libres las dos de cualquier categoría moral. Todo es así de simple. A mí me llevó unos dos o tres años comprenderlo. —Iegor. —Me acerqué lentamente a él—. Escúchame bien... —¡Deténgase! La orden sonó con tal fuerza que podía pensarse que me apuntaba con un arma. Suspiré y me detuve. —De acuerdo. Escucha: además del mundo ordinario, ese que vemos a simple vista, existe un mundo de sombras, un mundo crepuscular. Intentaba comprenderme. A pesar de lo aterrorizado que estaba, dominado por un miedo atroz del que me llegaban oleadas sofocantes, el niño se esforzaba por seguir mi explicación. A algunos el pánico los paraliza. Pero también hay otros a quienes Insufla más fuerza. Siempre he querido creer que pertenezco a los últimos. —¿Un mundo paralelo? ¿Eso quiere decir? Vaya. Ya estábamos otra vez con la ciencia ficción. Era mejor dejarlo así. En definitiva, ¿qué hay en las palabras más allá de los meros sonidos? —Sí. Y a ese otro mundo solo pueden acceder quienes tienen poderes sobrenaturales. —Como los vampiros, ¿no? —No solo los vampiros. También los teriántropos, las brujas, los Magos de las Tinieblas... los Magos de la Luz, los curanderos, los profetas. —¿De verdad existen todos esos? Estaba más

mojado que una rata de agua. Los cabellos se le habían adherido a la cabeza, la camiseta se le había pegado al cuerpo, le corrían arroyuelos de sudor por las mejillas. Aun así, no había bajado los ojos ni por un instante y parecía seguir dispuesto a resistirse a cualquier iniciativa mía. Como si fuera capaz de hacerlo. —Existen, Iegor. A veces, entre la gente, aparecen seres capaces de internarse en el mundo crepuscular. Cuando lo hacen, se pueden situar al lado del Bien o al lado del Mal. De la Luz o de las Tinieblas. Esos son los Otros. Así nos llamamos entre nosotros: los Otros. —¿Usted es un Otro? —Lo soy. Y tú también. —¿Por qué? —Ahora mismo estás en el mundo crepuscular, pequeño. Mira a tu alrededor. Aguza el oído. Los colores se han borrado, los sonidos han enmudecido. El segundero de aquel reloj apenas consigue avanzar. Has entrado en el Crepúsculo. Quisiste ver el peligro y ese esfuerzo te llevó a cruzar la línea que separa ambos mundos. Aquí el tiempo transcurre más despacio. La realidad aquí es distinta. Este es el mundo de los Otros. —No le creo. —Iegor se giró un instante y volvió a clavarme los ojos—. Si eso fuera cierto, ¿cómo es que Greisik está aquí? —¿El gato? —Sonreí—. Los animales tienen sus propias leyes, Iegor. Los gatos viven simultáneamente en todos los espacios. Para ellos no hay ninguna diferencia. —No le creo. —Le temblaba la voz—. ¡Sé que todo esto es un sueño! Cuando oscurece, me quedo dormido. Siempre me pasa. —¿Alguna vez has soñado que le das al interruptor de la luz y la bombilla no se enciende? —Yo conocía la respuesta y, además, la leí claramente en sus ojos—. ¿O que se enciende pero emite una luz tan tenue como la de una vela?

¿Has soñado que vas andando entre sombras que se arremolinan alrededor de ti y que extiendes la mano y no puedes distinguir tus propios dedos? No respondió. —Eso nos pasa a todos, Iegor. Los Otros conocemos esos sueños. Es el Crepúsculo, que se nos mete dentro, nos llama, nos recuerda que está ahí. Eres un Otro. Todavía pequeño, pero un Otro. Y solo de ti depende que... Tardé en advertir que tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia un lado. —Idiota —me soltó Olga desde el hombro—. ¡Es la primera vez que entra en el Crepúsculo por sí solo! ¡No tiene la fuerza necesaria! ¡Sácalo! ¡Sácalo o se quedará para siempre! El coma del Crepúsculo es una enfermedad que suele afectar a los novatos. Casi me había olvidado de ella, porque no he tenido muchas ocasiones de trabajar con Otros primerizos. —¡Iegor! —grité, y me abalancé sobre él, lo sacudí y lo agarré con fuerza por las axilas. Era extremadamente ligero, porque el tiempo no es lo único que cambia en el Crepúsculo—. ¡Despierta! No reaccionaba. De hecho, ya había conseguido entrar solo en el Crepúsculo, algo que a otros les lleva meses de adiestramiento. Y al Crepúsculo le encanta agotar las energías de quienes se internan en él. —¡Arrástralo! —ordenó Olga, que asumió rápidamente el papel de jefa—. ¡Tienes que arrastrarlo, porque es incapaz de recuperarse sin ayuda! Eso era precisamente lo más difícil de todo. Yo había asistido a unos cursos de auxilio en casos de emergencia, pero nunca me había visto en una situación real, intentando arrastrar a alguien fuera del Crepúsculo. —¡Iegor, despierta! —Le di unas suaves palmadas en las mejillas y, al ver que no daban resultado, comencé a abofetearlo—. ¡Vamos, muchacho! ¡Te

estás hundiendo en el Crepúsculo! ¡Despierta te digo! Pesaba cada vez menos, como si se me estuviera deshaciendo entre los brazos. El Crepúsculo se adueñaba de sus fuerzas, succionando hasta la última gota. Modificaba su cuerpo para convertirlo en uno de sus inquilinos permanentes. ¡Diablos! ¿Qué había hecho? —¡Enciérrate! —La voz de Olga resonó con la frialdad necesaria para sacarme de la embriaguez en la que me estaba sumiendo—. ¡Enciérrate junto con él, agente de la Guardia Nocturna! Por lo general, crear una esfera me lleva más de un minuto. Esta vez lo conseguí en apenas cinco segundos. El dolor me asaltó con un fogonazo, como si un misil minúsculo me hubiera estallado en el centro de la cabeza. Tuve que echar atrás con fuerza la cabeza, en el instante en que la esfera refractaria salió de mi cuerpo y me envolvió, como una pompa irisada de jabón. La pompa continuó creciendo, inflándose, envolviéndonos, a duras penas, a mí y al niño. —Muy bien. Ahora, aguanta. No puedo ayudarte, Antón. ¡No dejes que estalle la esfera! En eso Olga no tenía razón. Sus consejos siempre representaban una valiosa ayuda. Es probable que a mí solo se me hubiera ocurrido generar la esfera, pero seguramente habría perdido unos cuantos segundos preciosos antes de tomar la decisión. Comenzó a aclarar. El Crepúsculo continuaba succionando nuestras fuerzas. Le costaba extraer las mías, pero de las del niño seguía apoderándose a su antojo. Sin embargo, ahora solo contaba con unos pocos metros cúbicos de espacio. Dentro de la esfera, las leyes físicas ordinarias quedan en suspenso, aunque existen leyes análogas. Dentro de la esfera se estaba produciendo un equilibrio entre nuestros cuerpos

vivos y el Crepúsculo. Solo podían ocurrir dos cosas: que el Crepúsculo cediera y liberase a su presa, o que el niño se convirtiera en un inquilino I eterno del mundo crepuscular. Eso es lo que les espera a los magos que apuran toda su energía, tanto si lo han hecho por descuido como por necesidad. Y ese es también el precio que pagan los novatos que no son lo bastante hábiles para defenderse de la atracción del Crepúsculo y entregan a este más de lo que corresponde. El rostro de Iegor se tornaba gris por momentos. El niño se adentraba cada vez más en los espacios infinitos del mundo de las sombras. Lo cogí con el brazo derecho y saqué con la mano izquierda una navaja suiza que llevaba en el bolsillo. Abrí la cuchilla con los dientes. —Lo que vas a hacer es peligroso —me advirtió Olga. En lugar de responderle, me clavé la punta de la navaja en el antebrazo. Cuando brotó la sangre, el Crepúsculo crepitó como si hubiera caído en una sartén ardiendo. Se me nubló la vista, y no solo porque estuviera perdiendo sangre, sino porque con ella se me iba la vida. Me había atrevido a quebrantar mis propias defensas ante el asedio del Crepúsculo. Pero este se había visto inundado de pronto por una cantidad mayor de energía de la que podía absorber. El mundo se iluminó de pronto, mi sombra saltó al suelo y conseguí dar un paso y atravesarla. La irisada superficie de la esfera terminó por estallar, lanzándonos al mundo cotidiano. **5**

La sangre salpicó la esterilla que cubría el suelo del salón. El niño continuaba en mis brazos, inconsciente, aunque un débil carmín comenzaba a colorearle el rostro. En la habitación contigua, el gato chillaba como si estuvieran descuartizándolo. Tendí a Iegor en el sofá y me senté a su lado. —Olga, tráeme una venda —dije. La lechuza saltó de mi hombro y se dirigió hacia la cocina como un bólido blanco. Evidentemente, durante el vuelo, se internó en el Crepúsculo porque regresó a los pocos segundos con un rollo de venda en el pico. En el instante en que regresó, cuando yo acababa de coger la venda y me disponía a anudármela alrededor de la herida, Iegor abrió los ojos. —¿Quién es ella? —preguntó. —Una lechuza —respondí—. ¿Es que no lo ves? —¿Qué me ha pasado? —quiso saber. La voz ya casi no le temblaba. —Perdiste el conocimiento. —¿Por qué? —Recorrió con mirada asustada las huellas de sangre que habían quedado en la esterilla y en mi ropa. Había conseguido no mancharlo a él. —Es mi sangre —expliqué—. Me he hecho un corte sin querer. Es importante que sepas, Iegor, que hay que andarse con mucho cuidado cuando uno se interna en el Crepúsculo. Es un medio hostil, incluso para los Otros. Cuando entramos en él nos vemos obligados a perder fuerzas constantemente y a alimentarlo con energía vital. Pero hay que hacerlo poco a poco, porque si perdemos el control de ese proceso, el Crepúsculo nos roba la vida. No podemos impedirlo. Es como un peaje que pagamos. —¿Qué me sucedió a mí? ¿Pagué más de lo que debía? —Pagaste más de lo que podías. Y has estado a punto de quedarte para siempre en el mundo crepuscular. No es lo mismo que morirse... pero ¿quién sabe si no será peor? —Déjeme ayudarle... —Se incorporó. Por un instante pareció mareado. Tendí la mano y se puso a vendarme la muñeca, con tanta atención como torpeza. Su aura no se había modificado y mantenía su apariencia abigarrada, neutral. Había estado en el Crepúsculo, pero este aún no había conseguido dejar su sello en él. —¿Me crees ahora cuando digo que soy tu amigo? —pregunté. —No lo sé.

Enemigo, probablemente no lo sea. ¡O tal vez sencillamente sea incapaz de hacerme daño! Alargué el brazo hasta su cuello. Sus músculos se tensaron súbitamente. Abrí el cierre de la cadena y se la quité. —¿Te das cuenta? —Eso significa que usted no es un vampiro. —Su voz sonó algo más relajada. —No lo soy, pero no porque pueda tocar la plata y tu cuello cubierto de ajo. Créeme, Iegor: nada de eso detiene a un vampiro... —Pero en las películas... —También en todas las películas los buenos vencen a los malos. Las supersticiones hacen mucho daño, muchacho, porque generan esperanzas vanas. —¿No existen esperanzas verdaderas? —No. En esencia, no. Me levanté y me palpé el vendaje. No estaba mal. Bien apretado, difícilmente se caería. En una media hora podría curar la herida, pero por el momento me faltaban fuerzas. El niño me miraba desde el sofá. Se había tranquilizado, sin duda. Me hizo gracia que no prestara la menor atención a la lechuza blanca que dormitaba inocentemente sobre el televisor. Olga habría terminado por intervenir en su conciencia, casi con seguridad. Y, francamente, era como para agradecérselo, porque explicarle a Iegor la existencia de una lechuza parlante iba a ser muy complicado. —¿Tienes algo de comer? —pregunté. —¿Qué quiere? —Pues, cualquier cosa. Un poco de té con azúcar. Un trozo de pan. Yo también he perdido muchas fuerzas. —Algo encontraremos. Oiga, ¿cómo es que se hirió? No quise darle demasiadas explicaciones, pero tampoco iba a mentirle. —Aposta. Tuve que hacerlo para sacarte del Crepúsculo. —Gracias. Si es que lo que dice es verdad... Había cierto descaro en él, pero eso me gustaba. —De nada. Si te hubieras hundido para siempre en el Crepúsculo, mis jefes me habrían arrancado la cabeza. Iegor dio un respingo y se levantó. Por si acaso, aún procuraba mantenerse alejado de mí. —¿Qué jefes? —Jefes muy severos. ¿Qué, me sirves un poco de té? —Faltaría más, tratándose de un hombre tan amable. —Era evidente que el miedo no lo había abandonado e intentaba esconderlo tras una fingida naturalidad. —Te lo repito: no soy un hombre. Soy un Otro. Y tú también lo eres. —¿Cuál es la

diferencia entre los hombres y los Otros? —Iegor me evaluó con la mirada para subrayar su argumento—: ¡Yo no encuentro ninguna! —Pues no te diré ni una palabra más hasta que no me sirvas el té. ¿Es que no te han enseñado a ser un buen anfitrión? —Anfitrión de visitantes inesperados. Por cierto, ¿cómo consiguió entrar? —Atravesé la puerta. Ya te mostraré más tarde cómo se hace. —Venga conmigo. Al parecer al fin había decidido invitarme a una taza de té. Lo seguí, sin poder reprimir una mueca de desagrado. Tanto que no me pude aguantar y le pedí: —Iegor, estaría bien que te lavaras el cuello... Sin volverse siquiera, negó con la cabeza. —Has de saber que, en cualquier caso, es bastante tonto protegerse solo el cuello. En el cuerpo humano existen cinco puntos en los que puede hincar sus colmillos un vampiro. —Ah, ¿sí? —Pues, sí. Son cinco puntos, en el entendido de que te hablo de un cuerpo masculino. Vi que se ruborizaba hasta la nuca. Eche cinco cucharadas de azúcar en la taza. Le hice un guiño a Iegor y dije: —Sírvame un vaso de té con dos cucharadas de azúcar... quiero probarlo antes de morir. Evidentemente, no conocía el chiste. —¿Cuántas cucharadas tengo que servirme yo? —preguntó. —¿Cuánto pesas? —No me acuerdo. Hice un cálculo aproximado. —Ponte cuatro. Con eso te librarás de la hipoglucemia. A pesar de su reticencia, se lavó el cuello, aunque no consiguió librarse por completo del olor a ajo. En cuanto hubo bebido el primer sorbo de té, me miró fijamente y exigió: —Ahora, explíquemelo todo. La verdad es que las cosas no se ajustaban a lo que yo había planeado. De hecho, habían tomado un cariz totalmente opuesto a mis expectativas. Mi plan consistía en seguir al muchacho cuando la Llamada lo tentara. Seguidamente, liquidar o capturar a la vampira y llevar al agradecido niño ante el jefe, quien sí sabría explicarle todo lo necesario. —Hace muchos años... —Me atraganté con el té—. Esto comienza pareciéndose al inicio de un cuento, ¿no? Pero no lo es. —Le escucho. —Bien. Comencemos por otro lado. Existe el mundo de los humanos. —Con un movimiento de la cabeza, apunté hacia la ventana, el minúsculo patio que

se veía abajo, los coches que circulaban por la avenida—. Es ese. El mundo que nos rodea. La mayoría de la gente es incapaz de salir de sus límites. Siempre ha sido así. Pero sucede que a veces aparecemos nosotros. Los Otros. —¿Y qué hay de los vampiros? —Los vampiros también son Otros, pero están hechos de otra pasta y sus aptitudes ya han sido preestablecidas. —Eso no lo entiendo. —Iegor negó con la cabeza. No me extrañaba. Es que yo no soy un buen profesor. Ni sé ni me gusta explicar perogrulladas... —Imagínate que hay dos chamanes, hartos de mascar sus hongos venenosos, que están barajando sus cartas —continué—. De esto hace mucho... fue en el inicio de los tiempos. Uno de los chamanes es honesto en lo que predica a los cazadores y al jefe de la tribu. El otro se percata de que su sombra, que se sacude espasmódicamente en el suelo de la cueva al ritmo de las llamas, cobra cuerpo y se yergue hasta alcanzar la estatura de su dueño. El chamán da un paso y se interna en su propia sombra. Ha entrado en el Crepúsculo. Y aquí es donde comienza lo interesante. ¿Me sigues? Iegor permaneció en silencio. —El Crepúsculo transforma a quienes se adentran en él. Se trata de otro mundo, y por eso convierte a las personas en Otros. La cuestión de en quién te convertirás tras saber que eres un Otro depende únicamente de ti. El Crepúsculo es un río revuelto que fluye en todas las direcciones a la vez. Ahora te toca decidir qué quieres ser en el mundo crepuscular. Y es algo que debes decidir pronto, porque no tienes mucho tiempo. Al fin me había comprendido. Sus pupilas se convirtieron en dos puntos, y palideció. Era una buena reacción ante una situación de estrés, y lo avalaba para el trabajo operativo. —¿En quién puedo convertirme? —En lo que quieras. Todavía no estás definido. La elección fundamental es entre el Bien y el Mal. Entre la Luz y las Tinieblas. —Y usted, ¿es de los buenos? —Ante todo, soy Otro. La distinción entre el Bien y el Mal radica en la clase de relación que estableces con la gente ordinaria. Si eliges la Luz, eso significa que no utilizarás tus poderes para tu provecho personal. Si has elegido las Tinieblas, hacerlo te parecerá absolutamente natural.

Aunque también mediante la magia negra es posible curar a los enfermos o encontrar a los desaparecidos. Y alguien que practique la magia blanca puede negar su ayuda a los necesitados. —¿Y dónde está la diferencia? —Ya lo comprenderás cuando hayas elegido uno de los lados. —¡No quiero elegir ningún lado! —Ya es tarde para eso, Iegor. Has estado en el Crepúsculo, así que en ti se está produciendo una transformación. En uno o dos días habrás hecho la elección. —Usted, por ejemplo, que ha elegido la Luz... —Iegor se levantó y se sirvió más té. Me percaté de que era la primera vez que me daba la espalda sin mostrar ningún temor—. ¿Quién es, entonces? ¿Un mago? —Un aprendiz de mago. Trabajo en la oficina de la Guardia Nocturna, que es, por cierto, un trabajo muy necesario. —¿Qué es capaz de hacer? Muéstreme algo. Quiero comprobarlo. Aquello ya empezaba a ser de manual. Iegor había estado en el Crepúsculo, pero no había bastado para convencerlo de su existencia. Un par de trucos de feria lo impresionarían más que el propio Crepúsculo. —Mira esto. Alargué una mano hacia él. Iegor se quedó muy quieto, intentando comprender lo que sucedía. Luego, miró la taza. Ya no salía vapor de ella. El té se había cristalizado, convirtiéndose en un pequeño cilindro de sucio hielo marrón con hojas de té incrustadas. —¡Caray! —exclamó el niño. La termodinámica es la más sencilla de las maneras de controlar la materia. A continuación hice que el movimiento browniano cobrara fuerza y el hielo se fundió. Iegor soltó un grito y dejó caer la taza al suelo. Perdona —dije, y me apresuré a coger un trapo del fregadero. Me agaché y sequé el charco que se había formado sobre linóleo. La magia solo trae problemas —afirmó el niño—. ¡Qué |una de taza! —Ahora lo arreglamos —lo animé. Mi sombra vino a mi encuentro de un salto, la atravesé para entrar en el Crepúsculo y observé los fragmentos de loza. Todavía recordaba su forma anterior. De hecho, no estaba previsto que la taza se rompiera tan pronto. Sin abandonar el Crepúsculo, reuní los trozos en un montón. Los fragmentos más pequeños, que habían volado bajo el fogón, se arrastraron para sumarse a los

demás. Salí del Crepúsculo y coloqué la taza blanca sobre la mesa. —Lo que sí tendrás que hacer es volver a servirte té. —¡Qué maravilla! —Al parecer aquel truco lo había impresionado de veras—. ¿Y eso se puede hacer con cualquier cosa? —Si se trata de objetos... pues, sí, casi con cualquiera. —Y si... y si hay un objeto que lleva roto una semana, ¿también se puede? No pude evitar sonreír. —No. Lo siento. Para objetos rotos hace una semana, ya es tarde. El Crepúsculo te brinda una oportunidad, pero hay que aprovecharla deprisa. Iegor frunció el entrecejo. Me pregunté qué habría roto la semana anterior que le preocupaba tanto. —¿Me crees ahora? —¿Esto es magia? —Sí. La forma más primitiva de la magia. Casi no hay ni que adiestrarse para aprenderla. Tal vez no debería haber dicho aquello. Un brillo de malicia iluminó los ojos del niño. Estaba valorando la perspectiva que se abría ante él. El provecho que podía obtener. Por la Luz y las Tinieblas... —¿Y un mago experimentado puede hacer más cosas? —Hasta yo puedo hacer más cosas. —¿Puede manejar a la gente a su antojo? Por la Luz y las Tinieblas... —Sí—respondí—. Podemos hacerlo. —¿Usted también lo hace? ¿Cómo es, entonces, que los terroristas pueden tomar rehenes? Porque se podría penetrar en el Crepúsculo sin que ellos se dieran cuenta y matarlos. ¡O se los podría obligar a que se dispararan los unos a los otros! Y ¿cómo es que la gente se muere de enfermedades? Se supone que los magos pueden curarlos. ¡Usted lo ha dicho! —Eso sería hacer el Bien. —¡Claro! ¡Pero si son Magos de la Luz! —Sucede que cada vez que realizamos una acción que se puede calificar de buena, los Magos de las Tinieblas tienen derecho a realizar una acción malvada. Iegor me miró estupefacto. Era demasiado lo que le estaba cayendo encima en apenas unas horas. Aunque había que admitir que lo estaba haciendo bastante bien. —Desgraciadamente, el Mal, por su propia naturaleza, es más fuerte que el Bien. El Mal es destructivo. Para él es mucho más fácil destruir que para el Bien construir. —¿Qué hacer, entonces? En la Guardia Nocturna esa de la que me hablaba... ¿se dedican a luchar contra los

Magos de las Tinieblas? Yo no podía responder a esa pregunta. Y era consciente de ello con la misma intensa claridad con que veía que no podía hacerle más revelaciones al niño. Tenía que adormecerlo y llevármelo a u:i nivel todavía más profundo del Crepúsculo. ¡No debía darle ni una explicación más! ¡Porque no iba a poder demostrarle nada! —¿Luchan contra ellos? —No exactamente —contesté. La verdad, en este caso, era aun peor que la mentira, pero no tenía derecho a mentir—. Nos vigilamos mutuamente. —¿Se preparan para un enfrentamiento? Miraba a Iegor y pensaba que se trataba de un niño extraordinariamente listo. Y que, en definitiva, no era más que eso, un niño. Si le explicaba que se acercaba una gran guerra entre el Bien y el Mal y que él podía convertirse en el nuevo Jedi del mundo crepuscular, se pondría de inmediato de nuestro lado. Aunque no por mucho tiempo. —No es eso, Iegor. Somos muy pocos. —¿Los Luminosos son menos que los Tenebrosos? Ahora sí que estaba dispuesto a abandonar de inmediato su casa y a sus padres, ponerse una reluciente armadura y correr a dar la vida por la causa del Bien... —Los Otros, en general. Somos pocos. Escúchame, Iegor... durante miles de años las batallas entre el Bien y el Mal fueron continuas, con éxito similar. A veces, le tocaba vencer a la Luz, pero si supieras cuántas personas que ni siquiera sospechaban la existencia del Crepúsculo tuvieron que morir para conseguirlo... Los Otros, como te decía, son pocos, pero cada uno de ellos es capaz de arrastrar a miles de personas corrientes. Si ahora estallara la guerra entre el Bien y el Mal, la mitad de la humanidad moriría. Es por eso por lo que hace casi medio siglo se firmó un pacto. El Gran Pacto entre el Bien y el Mal, entre la Luz y las Tinieblas. Me miraba alelado. Tomé aire y continué: —El texto de ese pacto es muy breve. Ahora te lo leeré, en la traducción oficial al ruso. A estas alturas, ya tienes derecho a conocerlo. Entorné los ojos y miré a la oscuridad. El Crepúsculo se agitó y comenzó a arremolinarse detrás de mis párpados. Entonces, se desenrolló un lienzo oscuro sobre el que aparecían hileras de brillantes letras rojas. Reproducir el pacto de memoria está

prohibido. Solo se permite leerlo:

Nosotros, los Otros, servimos a diversas fuerzas, pero en el Crepúsculo no hay distinción entre la ausencia de Tinieblas y la ausencia de Luz.

Nuestra lucha puede destruir el mundo. Rubricamos un Gran Pacto de cese de hostilidades. Cada una de las partes vivirá de acuerdo a sus leyes, cada una de las partes tendrá sus derechos. Y así limitaremos nuestros derechos y nuestras leyes.

Nosotros, los Otros, creamos la Guardia Nocturna, para que las fuerzas de la Luz vigilen a las fuerzas de las Tinieblas.

Nosotros, los Otros, creamos la Guardia Diurna, para que las fuerzas de las Tinieblas vigilen a las fuerzas de la Luz.

El tiempo será quien decida por nosotros.

El rostro de Iegor evidenciaba que no daba crédito a lo que había oído. —¿La Luz y las Tinieblas viven en paz? —Sí. —Y... los vampiros... —Volvía una y otra vez al mismo tema—. ¿Son Tenebrosos? —Son personas a las que el Crepúsculo ha transformado por completo. Han adquirido enormes poderes, pero, a cambio, han perdido la vida. La única manera que tienen de seguir existiendo es alimentándose de la energía de los demás. Y la sangre es la fuente de energía más a mano. —¡Y para eso matan a la gente! —También pueden alimentarse con sangre de donantes. Es como si se tratara de un alimento procesado. No es muy sabrosa, pero los nutre igual. Porque si los vampiros se permitieran atacar... —¡Pues a mí me atacaron! Estaba pensando únicamente en sí mismo, lo que no era nada bueno. Algunos vampiros violan las leyes establecidas, y la función de la Guardia Nocturna es, precisamente, vigilar que se ti pete el pacto. —Entonces los vampiros no salen a cazar a la gente así como ni, ¿no? El aire desplazado por las alas invisibles me golpeó el rostro. Las garras se me clavaron en el hombro. —¿Qué vas a

responder a eso, agente? —me susurró Olga desde las profundidades del Crepúsculo—. ¿Te arriesgarás a decirle la verdad? —Salen a cazar, sí—respondí a Iegor antes de añadir algo que me había impresionado más que cualquier otra cosa cuando me lo confiaron cinco años atrás—. Se les otorgan licencias de caza. A veces... a veces necesitan sangre de un ser vivo. Se tomó un instante antes de volver a preguntar. Podía leer en sus ojos todo lo que estaba pasando por su cabeza, todo lo que quería averiguar. Y sabía que yo tendría que responder. —¿Y qué hacen ustedes, entonces? —Evitamos que se dediquen a la caza furtiva. —Los vampiros podrían haberme atacado sin romper ese pacto de ustedes... ¿con una de esas licencias? —Sí —respondí. —Y se habrían bebido mi sangre, mientras usted pasaba de largo sin inmutarse, ¿no? Por la Luz y las Tinieblas... Cerré los ojos. El texto del pacto seguía titilando en la gris penumbra. Milenios de guerras y millones de vidas se escondían detrás de aquellas letras cinceladas. —Así es. —Márchese de aquí... El niño saltó como propulsado por un muelle. Estaba al borde de la histeria, o de la locura. —He venido a defenderte. —¡No lo necesito! —La vampira anda suelta por ahí. Intentará atacarte... —¡Márchese! Olga suspiró. —Parece que se te ha ido el asunto de las manos, agente —susurró. Me puse en pie. Iegor se estremeció y retrocedió arrastrando el taburete. —Terminarás comprendiéndolo —dije—. No tenemos otra salida... Francamente, ni yo mismo creía en lo que estaba diciendo. Y ahora era inútil ponernos a discutir. La noche se cernía sobre la ciudad. Pronto llegaría la hora de salir de cacería... Iegor me siguió como si quisiera asegurarse de que me marchaba en lugar de quedarme escondido en un armario. No le dije nada más. Abrí la puerta, salí del apartamento y oí el portazo detrás de mí. Subí por la escalera hasta el siguiente descansillo y me acuclillé ante la minúscula ventana. Olga callaba. Yo también. No se puede revelar la verdad de forma tan cruda. Si a la gente corriente ya le cuesta comprender el mero hecho de la existencia, ¿qué decir de lo que significa aceptar el pacto...? —No pudimos hacer más —declaró al fin Olga—.

Infravaloramos al niño, sus aptitudes, su miedo. Nos detectó y nos vimos obligados a responder a sus preguntas y a hacerlo con la verdad. —¿Es que ya estás preparando el informe? —pregunté. —Si supieras cuántos informes como este he tenido que redactar... El colector de basura apestaba. El sordo ruido de los coches llegaba desde la avenida, medio envuelta ya entre las brumas del anochecer. Las farolas comenzaban a encenderse, una tras otra. Allí sentado, manoseando el teléfono móvil, me preguntaba si debía llamar al jefe o esperar a que fuera él quien me llamase. Aunque era muy probable que Boris Ignátievich estuviera observándome en ese mismo instante. Altamente probable. —No sobrevalores las aptitudes del jefe —dijo Olga—. Ahora tendrá bastantes problemas con el vórtice negro. El teléfono comenzó a sonar en mi mano. —Adivina quién es —dije, desplegando el aparato. —Woody Woodpcckcr. O, tal vez, Woopy Goldberg. Yo no estaba para bromas. —¿Sí? —Antón, ¿dónde te has metido? La voz del jefe sonaba cansada, agobiada. No era el jefe al que yo estaba acostumbrado. —Me encuentro en un descansillo de la escalera de un horrible edificio de apartamentos. Junto al colector de basura. No hace frío y ya estoy a punto de sentirme cómodo. —¿Has dado con el niño? —Sí... —Bien. Enviaré para allá de inmediato a Tigrecito y al Oso. Aquí ya no tienen nada que hacer, de todos modos. Tú regresa a Perovo. Volando. Me llevé la mano al bolsillo, pero el jefe no tardó en precisar: —Si no llevas dinero encima... o aunque tengas, da igual, lo que harás será parar un coche de la policía y pedirles que te traigan aquí a toda mecha. —¿Tan mal están las cosas? —me atreví a preguntar. —El asunto es muy serio. Venga, andando. Miré por la ventana y vi que la noche se cernía sobre la ciudad. —Boris Ignátievich, no conviene dejar solo al muchacho. Tal como suponíamos, tiene un potencial extraordinario. —Eso lo sé... Y dejémoslo, por ahora. Ya han salido los dos agentes para allá. Con ellos allí, el niño no tiene nada que temer. Esperas a que lleguen y te pones en camino inmediatamente. Cortó la comunicación. Miré hacia mi hombro y le pregunté a Olga: —¿Qué me

dices de todo esto? —Que está muy raro. —¿Por qué? Ya me habías advertido de que no conseguirían resolverlo por sí solos. —Lo que es raro es que te haya convocado a ti y no a mí... —respondió Olga, pensativa—. Tal vez... No, eso no. No lo sé. Me asomé al Crepúsculo y detecté dos manchas minúsculas en el horizonte. Los agentes venían a tal velocidad que calculé que se reunirían con nosotros en un cuarto de hora. —Ni siquiera me preguntó la dirección —observé de mal humor. —No quiso perder tiempo. ¿No percibiste cómo fijaba las coordenadas? —No. —Tienes que adiestrarte más, Antón. —¡Pero si yo no trabajo sobre el terreno! —Ahora sí. Bajemos. Si se produce la Llamada, podremos escucharla desde abajo. Al ponernos de pie, pensé que ya comenzaba a acostumbrarme a aquel estrecho descansillo. Comenzamos a bajar. Me sentía triste, como si una extraña angustia hubiera dejado un poso en mi espíritu. Oí cerrarse una puerta detrás de mí. Me volví. —Tengo mucho miedo —me dijo Iegor sin más preámbulo. —Todo está en orden —lo tranquilicé mientras desandaba unos escalones—. Estamos protegiéndote. Se mordía el labio inferior y su mirada iba de mi rostro a la escalera en penumbra. No tenía ganas de invitarme a entrar en el apartamento, pero tampoco tenía fuerzas para permanecer solo en su interior. —Tengo la impresión de que hay alguien mirándome —dijo por fin—. ¿Es usted? —No. Lo más probable es que sea la vampira. Esta vez no se estremeció. No le estaba diciendo nada nuevo. —¿Cómo me atacará? —No podrá entrar si no le abres la puerta. Es una de las pocas características de los vampiros en que aciertan los cuentos infantiles. Y sentirás deseos de salir. De hecho, veo que es lo que ya quieres. —¡No saldré! —Terminarás saliendo, en cuanto ella recurra a la Llamada. Serás consciente de lo que te sucede, pero saldrás de todos modos. —Y usted... ¿usted puede darme algún consejo? Iegor se había rendido. Ahora quería ayuda y estaba dispuesto a pagar cualquier precio con tal de obtenerla. —¿Un consejo? Que confíes en nosotros. Dudó aún un instante, y por fin, cediéndome el paso, dijo: —Entre. Pero mamá está a punto de llegar del

trabajo. —¿Y qué importa que llegue a casa? —¿Os esconderéis? ¿O tendré que darle alguna explicación? —No te preocupes por eso —respondí—. Lo que sucede es que.... De pronto, la puerta del apartamento contiguo al de Iegor se abrió lentamente y por un resquicio asomó el arrugado rostro de una anciana. Ejercí una mínima intervención en su conciencia, con mucha suavidad, porque no quería añadir más daños a una mente ya bastante depauperada. —Ah, eres tú... —La anciana me dedicó una sonrisa—. Claro, claro, tú... —Antón —la ayudé amablemente. —Pensé que serías un extraño que andaba rondando por aquí —dijo la abuela. Quitó la cadena de seguridad y salió a la escalera—. Con lo mal que están las cosas hoy en día... lo que oye una... un caos total en todas partes... si es que hacen lo que les da la gana... —No se preocupe. Todo se arreglará. Vaya mejor a ver la televisión, que acaba de comenzar la serie nueva. La anciana asintió, me regaló con otra dulce sonrisa y entró en el apartamento. —¿Qué serie es esa? —preguntó Iegor. Me encogí de hombros. —Ni idea —respondí—. Cualquiera. ¡Como si echaran pocos culebrones en la tele! —¿Cómo es que conoce a nuestra vecina? —¿Yo? ¿A la vecina? Jamás la había visto antes. Permaneció callado. —Son cosas que hacemos los Otros —añadí—. Escúchame bien, Iegor no voy a entrar contigo, porque tengo que marcharme. —¿Como que se marcha? —Otros se encargarán de tu protección, Iegor. Y no te preocupes, porque son mucho mejores que yo para estas cosas. Volví a asomarme al Crepúsculo: dos fuegos de un intenso color naranja se aproximaban a la entrada del edificio. —No quiero... no quiero... —El pánico comenzaba a apoderarse del niño—. ¡Quiero que sea usted! —No puedo quedarme, Iegor. Me han encargado otra misión. Desde abajo nos llegó el ruido del portazo y el sonido de pasos subiendo por la escalera. Quienes fueran habían preferido prescindir del ascensor. —¡No quiero! —Iegor agarró con fuerza la puerta, como si se dispusiera a encerrarse—. ¡No confío en ellos!... —O confías en todos los agentes de la Guardia Nocturna, o no confías en ninguno —lo interrumpí

drásticamente—. ¿Es que creías que un agente de la Guardia Nocturna es una especie de Supermán con su capa azul y roja? Pues nada de eso. Somos empleados. Los policías del Crepúsculo. Mis palabras no son mías: por mi boca habla toda la Guardia Nocturna. —¿Quiénes son esos que vienen? —El niño comenzaba a rendirse—. ¿Son magos? —Sí. Pero magos muy especializados. En eso apareció Tigrecito, abajo, doblando un recodo de la escalera. —¡Hola, chicos! —exclamó alegremente la joven salvando de un salto todo un tramo de escalera. El salto no tuvo nada de humano, y Iegor se estremeció y retrocedió, mirando asustado a Tigrecito. No había dudas de que la joven estaba a punto de transformarse. Le gustaba mantenerse en el límite que separaba su apariencia humana de su apariencia animal y, francamente, la situación justificaba esa alerta. —¿Cómo andan las cosas por allá? —pregunté. Tigrecito aspiró con fuerza. Después sonrió y respondió: —¿Qué quieres que te diga? La cosa está que arde. El pánico es generalizado. Vete para allá, Antoshka. Te esperan... Y tú añadió, dirigiéndose ahora al niño— eres mi protegido, ¿no? Iegor no respondió de inmediato, sino que se limitó a observarla. La elección de Tigrecito para hacerse cargo del niño había sido una excelente decisión del jefe. Era alguien capaz de generar simpatía en cualquiera, fuese niño o anciano. Decían que hasta los Tenebrosos cedían en ocasiones a sus encantos. Aunque estos, la verdad, se equivocaban al relajarse ante ella... —No soy protegido de nadie —respondió el niño por fin—. Mi nombre es Iegor. —Pues yo me llamo Tigrecito —respondió la joven, que ya entraba en el apartamento y abrazaba a Iegor—. ¡Venga! Muéstrame la base y nos ponemos a preparar la defensa. Bajé por la escalera sacudiendo la cabeza con perplejidad. Al cabo de unos cinco minutos, Tigrecito ya estaría demostrándole a Iegor por qué le habían puesto ese apodo. —Hola —farfulló el Oso cuando nos cruzamos. —Hola —dije. Intercambiamos un rápido apretón de manos. De todos los agentes de la Guardia Nocturna, el Oso era el que me generaba unas emociones más raras y confusas. Era un tipo de estatura

apenas superior a la media, de complexión recia y dueño de un rostro absolutamente impenetrable. No era muy locuaz que digamos. Quizá con la única excepción de Tigrecito, nadie tenía la menor idea de a qué se dedicaba en su tiempo libre ni dónde vivía. Circulaban rumores de que no era un mago, sino un teriántropo. Se decía que anteriormente había trabajado para la Guardia Diurna y que en el transcurso de cierta misión había terminado pasándose a nuestro lado. Debía de tratarse de un chisme sin fundamento, porque los Luminosos jamás se convierten en Tenebrosos, ni estos en aquellos. Aun así, el Oso ocultaba algo que producía recelo. —El coche te está esperando —me informó sin detenerse—. El conductor es un verdadero as del volante. Llegarás en un instante. El Oso tartamudeaba ligeramente, de ahí su predilección por las frases cortas. No tenía demasiada prisa, porque sabía que Tigrecito ya estaba de guardia. Yo sí que no podía permitirme un retraso. —¿Van muy mal las cosas por allá? —le pregunté, acelerando el paso. Su respuesta me llegó por el hueco de la escalera: —Allá las cosas ya no van. Bajé a la carrera, saltándome los escalones, hasta llegar a la calle. En efecto, había un coche esperándome, y no pude resistirme a la tentación de contemplarlo un instante. Era un lujoso BMW último modelo de color gris oscuro con una sirena colocada descuidadamente sobre el techo. Las dos puertas que daban a la salida del edificio estaban abiertas y el chófer fumaba ávidamente, con medio cuerpo asomado por la ventanilla. Bajo la americana entreabierta, percibí claramente la funda de una pistola. Junto a la puerta trasera había un hombre de mediana edad y una corpulencia monumental, vestido con un abrigo bajo el que se apreciaba un carísimo terno, en cuya solapa brillaba el distintivo de los diputados de la Duma. Estaba hablando por el teléfono móvil: —¿Quién se ha creído que es? ¡Iré cuando pueda y ya está! ¿Cómo? ¿Pero qué mujerzuelas ni qué leches? ¿Te has vuelto loco? ¿Es que no podéis dar un paso sin que yo os diga qué hacer? Al verme, el diputado cortó la comunicación sin despedirse y subió al coche. El chófer dio una larga

calada al cigarrillo y asió el volante. El motor se encendió con un zumbido apenas audible y en cuanto me hube sentado en el asiento delantero, el coche se puso en movimiento. Las ramas heladas crujieron mientras rozaban la puerta aún abierta. —¿Estás ciego o qué? —riñó al chófer el diputado, aunque la culpa era exclusivamente mía. Pero bastó que el dueño del coche se dirigiera a mí para que el tono de su voz se transformara por completo—. ¿Te llevamos a Perovo? Era la primera vez que un representante del poder me llevaba en su coche. Encima, no se trataba de un cargo policial ni del jefe de una banda criminal. Era consciente de que para un agente de la Guardia Nocturna todos ellos eran la misma cosa, pero nunca antes se me había dado por hacer esos experimentos. —Sí. Lléveme al mismo sitio del que vinieron los muchachos. —¿Lo has oído, Volodka? —dijo al chófer—. ¡Pisa a fondo el acelerador! Volodka obedeció con tal ímpetu que temí que no llegásemos a nuestro destino. Eché un vistazo al Crepúsculo para ver qué se avecinaba. Por suerte, vi que llegaríamos. Y no solo gracias al oficio del chófer o a mi coeficiente de suerte, que como el de cualquier otro agente de la Guardia había sido incrementado de forma artificial. Más bien daba la impresión de que alguien se había paseado por el campo de posibilidades y lo había ido limpiando de cualquier probable accidente, atasco y agente de tráfico demasiado celoso en el cumplimiento de sus atribuciones. En nuestro departamento, solo el jefe era capaz de hacer algo así. Pero ¿por qué lo habría hecho? —A mí tampoco me gusta demasiado esto —me susurró desde el hombro la invisible lechuza—. En una ocasión, cuando el conde y yo... No dijo más, como si se hubiera percatado del exceso de confianza en el que estaba a punto de incurrir. El coche se saltó la luz roja en un cruce, trazando una curva imposible para esquivar un par de coches y unas furgonetas. Desde una parada de autobús, alguien señaló con la mano en nuestra dirección. —¿Un traguito? —ofreció el diputado alargándome un botellín de Remy Martin y un vaso desechable de plástico. La situación era tan disparatada, que opté por servirme una

buena dosis. El BMW circulaba con suavidad y el coñac no corría peligro de derramarse, a pesar de la velocidad y el pésimo estado de la carretera. Le devolví la botella y asentí en señal de agradecimiento. A continuación extraje del bolsillo los auriculares del discman, me los coloqué en las orejas y encendí el aparato. Me tocó en suerte un viejo tema de Voskresenie, mi preferido.

Era pequeña la ciudad, como un juguete infantil,

y llevaba años sin conocer epidemias ni asaltos.

En una torre de la muralla se oxidaba un cañón,

y las rutas del comercio la evitaban a ratos.

Y así año tras año, sin fiestas ni ajetreo, dormía la ciudad.

Y en sus sueños se le aparecían ciudades sin gente

y cadáveres volando por el precipicio...

Salimos a la autovía. El coche iba ganando cada vez más velocidad. Jamás había ido tan rápido por Moscú. Pensándolo bien, tampoco en otro lugar... Si no fuera porque tenía la certeza de que el campo de posibilidades había sido sometido a una limpieza, habría exigido que disminuyeran la marcha. No lo hice. Me limité a controlar el miedo. Sonaba la música por los helados peñascos, y la ciudad dormía... ¿Adonde llamaba esa música? ¿Qué oídos buscaba? Nadie lo sabía... Recordé de pronto que Románov era un Otro. Aunque no había sido

iniciado. Tardaron mucho en descubrirlo... Y le ofrecieron una iniciación, a la que terminó negándose. Es una elección entre otras, claro. Me pregunté con qué frecuencia escucharía esa música de la que hablaba en su canción. Los que no cerraron las ventanas al bochorno de la noche, ya no están entre nosotros. Marcharon en busca de un país donde la vida, de vida está llena, marcharon en pos de la canción... —¿Quieres un poco más? El diputado era la amabilidad en persona. ¿Qué pensamientos le habrían insuflado Tigrecito y el Oso? Tal vez que yo era su mejor amigo. O que tenía una deuda eterna que saldar conmigo. O que yo era un hijo bastardo del presidente, aunque su hijo preferido. ¿Quién sabe? ¡Qué tonterías me estaban viniendo a la cabeza! Cómo si no existieran mil maneras de generar confianza, simpatía y generosidad en la gente. La Luz tiene sus métodos. Lástima que también a las Tinieblas no le escaseen los suyos. ¡Qué tontería! Lo que tenía que preguntarme era para qué me necesitaba el jefe, por qué me mandaba a buscar con tantas prisas. Esa era la verdadera pregunta. **6**

Ilia me estaba esperando en plena calle, de pie, bajo la escasa nieve que caía, con las manos en los bolsillos y mirando el cielo con una mueca de repugnancia en el rostro. —Has tardado mucho —fueron sus únicas palabras cuando bajé del coche tras despedirme del

diputado con un apretón de manos—. El jefe está ansioso. —¿Qué es lo que está pasando aquí? —pregunté. Ilia sonrió con sorna, aunque en su sonrisa no había ni una pizca de la alegría que lo caracterizaba. —Ahora lo verás... Vamos. Echamos a andar por el sendero hollado por las pisadas de tantos transeúntes, en su mayoría mujeres que venían del supermercado cargadas de bolsas, a las que íbamos sorteando. Sorprende ver cómo se nos han ido llenando las ciudades de supermercados que nada tienen que envidiar a los verdaderos. Sin embargo, la gente conserva su andar cansino de siempre, como si acabaran de soportar una de aquellas viejas colas de una hora para comprar dos amoratados cadáveres de pollo... —¿Es lejos? —pregunté. —Si fuera lejos, habríamos ido en coche. —¿Qué le ha pasado a nuestro coloso sexual? ¿Le ha fallado el truco? —Ignat hizo lo que pudo —se limitó a responder Ilia. Me asaltó un breve, pero intenso, sentimiento de venganza, como si el fracaso del apuesto Ignat me beneficiara en algo. Por lo general, si la misión que le encomendaban lo requería, no pasaba más de una o dos horas antes de que ya estuviera metido en la cama con su objetivo—. El jefe ha ordenado que nos preparemos para una evacuación —añadió, de pronto, Ilia. —¿Evacuación? —Exacto. Si el vórtice no se estabiliza, los Otros abandonaremos Moscú. No podía ver la expresión de su rostro, porque caminaba linos pasos por delante de mí; pero lo que decía debía de ser cierto. ¿Qué necesidad tenía de mentirme? —¿Y el vórtice continúa...? —comencé a preguntar, pero entonces lo vi y ya no dije más. Delante de mí, sobre un sórdido edificio de nueve plantas, el tornado negro

giraba sobre unos oscuros nubarrones cargados de nieve. Los nombres de vórtice o torbellino ya le quedaban pequeños. Era un verdadero tornado, que no nacía del edificio que tenía ante mí, sino de uno contiguo, que aquel ocultaba. A juzgar por el ángulo de los perfiles del cono, su base debía de estar sobre el propio suelo. —¡Diablos! —murmuré. —¡No convoques al Mal! —me reprendió Ilia—. Ya tenemos bastante, ¿no crees? —Mide cerca de treinta metros... —Treinta y dos. Y no deja de crecer. Dirigí una rápida mirada a mi hombro. Olga salió del Crepúsculo. ¿Habéis visto alguna vez un ave asustada? Pero asustada de verdad, como se asustan las personas. Estaba completamente erizada. ¿Pueden las plumas ponerse de punta como los pelos? En sus ojos ardía un fuego ambarino. Mi pobre chaqueta daba pena: tenía la hombrera deshilachada a causa de las garras que no dejaban de hincarse, como si se hubieran propuesto llegar a la piel. —¡Olga! —me quejé. Ilia se volvió, asintiendo. —Ya te lo decía yo... Según el jefe, el vórtice sobre Hiroshima era más pequeño que este. La lechuza desplegó las alas y echó a volar suavemente. Una mujer soltó un grito. Me volví y vi la expresión de susto y sorpresa con que observaba el vuelo de la lechuza. —Es un cuervo —le informó Ilia, sin apenas volverse y con un hilo de voz. Su reacción había sido mucho más rápida que la mía. Apenas un instante después, la ocasional testigo nos daba alcance y nos adelantaba, mientras farfullaba no sé qué acerca de lo estrechas que eran las aceras y la costumbre que tenían algunos de cerrar el paso a los transeúntes. —¿Está creciendo muy rápido? —pregunté

señalando con la cabeza el tornado. —Va a saltos. Aunque ahora se está estabilizando. El jefe sacó a Ignat a tiempo. Démonos prisa. La lechuza sobrevoló el tornado trazando un amplio círculo y después planeó hacia nosotros. Olga conseguía dominarse, aunque su descuidada salida del Crepúsculo ponía en evidencia su desasosiego. —¿Qué rayos hizo Ignat? —Nada especial... salvo mostrar una suficiencia excesiva. Estableció contacto con ella y comenzó a presionarla... Con eso, lo único que consiguió fue que el torbellino creciera... y que creciera un buen trozo. —No lo entiendo —dije confuso—. Un crecimiento así solo puede alimentarlo la propia energía del mago que convocó al infierno. —He ahí el problema. Parece que a Ignat le siguieron la pista y lo echaron al horno para alimentar el fuego. Por aquí... Entramos en el edificio que nos ocultaba la visión del vórtice. En el último instante, la lechuza se coló con nosotros por la puerta entreabierta. Miré a Ilia sin comprender por qué entrábamos precisamente allí, pero preferí no hacer preguntas. Además, no tardé en comprender la razón. El cuartel general se había instalado en un apartamento del primer piso. La sólida puerta blindada de acero, cerrada a cal y canto en el mundo ordinario, estaba abierta de par en par para los que llegaran desde el mundo crepuscular. Sin aminorar la marcha, Ilia se hundió en el Crepúsculo y entró en el apartamento. A mí me tomó unos instantes levantar mi sombra y sentirlo. Se trataba de un apartamento amplio y cómodo de unas cuatro habitaciones. Hacía calor, había mucho ruido y el humo de los cigarrillos dificultaba la respiración. Había allí más de veinte

Otros, entre agentes operativos y latas de oficina, como yo. Nadie prestó la menor atención a mi llegada, aunque a Olga sí la saludaron con breves movimientos tic la cabeza. Observé que los viejos agentes de la Guardia la conocían bien, aunque a ninguno se le ocurrió dirigirle la palabra o sonreírle. —Ve al dormitorio. El jefe te está esperando —me soltó Ilia, que se dirigía a la cocina, desde donde me llegó el ruido de la loza. Seguramente bebían té, aunque quién sabe si no estaban haciéndole los honores a alguna bebida más fuerte. Una rápida ojeada me bastó para convencerme de que se trataba de lo segundo. Estaban emborrachando a Ignat con ríos de coñac. Nuestro terrorista sexual se veía totalmente desmadejado y hundido. Hacía mucho que no sufría un fracaso como el de ese día. Abrí de un empujón la primera puerta con que topé. Era la habitación de los niños. En una camita dormía una niña de unos cinco años. Junto a ella, sobre la alfombra, también dormían sus padres y una adolescente. Comprendí que habían sumido a toda la familia en un sueño dulce y profundo para evitar que estuvieran molestando. Claro que se habría podido instalar el cuartel general en el mundo crepuscular, pero no valía la pena desviar tanta energía a ese fin. Noté una mano en el hombro y me volví. Era Semión. —El jefe te espera —me informó brevemente—. Rápido... Evidentemente, allí todos estaban al corriente de que el jefe me aguardaba. Cuando entré en la habitación, me quedé atónito. No hay nada más desquiciado que un centro de operaciones de la Guardia Nocturna instalado en un apartamento habitado por una familia común y corriente. Sobre la cómoda cubierta de tarros de cosméticos y

bisutería, flotaba una bola de cristal de tamaño medio, en la que se reflejaba una vista de la cúspide del vórtice. A su lado, sentada sobre un cojín árabe, se encontraba Lena, la mejor de nuestras agentes operativas. A pesar de su evidente concentración —estaba en silencio y con los ojos cerrados—, cuando entré me saludó con la mano. Tampoco era como para sorprenderme. El operador de una bola de cristal es capaz de percibir el espacio como un todo, así que es imposible escapar a su atención. El jefe se había reclinado en la cama, rodeado de almohadas. Vestía una bata, pantuflas y bonete orientales. El humo dulzón de un narguile inundaba la estancia. La lechuza blanca se le había posado enfrente. A todas luces, mantenían una comunicación extraverbal. De nada de eso había que sorprenderse tampoco. El jefe siempre recurría a las costumbres adquiridas en Asia central cuando se enfrentaba a situaciones extremadamente complejas. Había pasado demasiados años trabajando allí, donde adoptó los más diversos disfraces. Primero, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, se hacía pasar por un muftí. Más tarde adoptó la personalidad del jefe de una banda de salteadores, luego la de un comisario del Ejército Rojo y, finalmente, trabajó unos diez años como secretario de un comité regional del Partido. Danil y Farid estaban de pie junto a la ventana. Hasta mis modestas facultades bastaban para percibir los destellos púrpuras que emitían los cetros mágicos que ocultaban bajo la manga. Se trataba de un despliegue verdaderamente digno de una ocasión que no permitía relajarse en la protección del cuartel general. No es que Danil y Farid sean de

nuestros hombres más determinantes en el combate, pero sí son de los más experimentados, lo que en estos casos suele ser más importante que la fuerza bruta. Lo que no supe fue qué pensar de un Otro al que no conocía y que estaba acuclillado en un rincón de la habitación, como si quisiera pasar inadvertido. Era un individuo delgado como un junco, con las mejillas hundidas, el cabello negro y cortado al rape y unos ojos grandes y tristes. De edad indefinida, lo mismo podía tener treinta que trescientos años. Vestía ropa oscura. Un traje sin asomo de elegancia y una camisa gris armonizaban perfectamente con su imagen. Sin duda, un hombre corriente lo habría tomado por miembro de alguna secta minoritaria. Y, por cierto, no le habría faltado algo de razón. Era un Mago de las Tinieblas. Y uno de los de rango más alto. Bastó que me dirigiera una breve mirada de soslayo para que sintiese que la coraza de protección que me cubría —que, todo sea dicho, no había sido yo quien la había instalado— se quebraba. Retrocedí instintivamente. Pero el mago ya había bajado la vista al suelo, como queriendo decirme que la evaluación a que me había sometido había sido casual, impremeditada... —Boris Ignátievich —dije, y advertí claramente que se me quebraba la voz. Con un leve movimiento de la cabeza, el jefe me hizo saber que era consciente de mi presencia, y se volvió hacia el Mago de las Tinieblas, que lo miró fijamente. —Dale un amuleto —ordenó el jefe con brusquedad. La voz del desconocido resultó sorda y triste, como la de alguien sobre quien han recaído al mismo tiempo todas las desgracias del mundo. —No hago nada que esté prohibido por el pacto... —Tampoco yo. Mis colaboradores deben

ser inmunes a la influencia de los observadores. ¡Caray! Eso significaba que había observadores de la Guardia Diurna en nuestro cuartel general, lo que implicaba que aquella había instalado su cuartel general junto al nuestro y que teníamos un observador presenciando sus acciones. El Mago de las Tinieblas metió una mano en el bolsillo de la americana, hurgó y extrajo un camafeo de hueso unido a una cadenilla de cobre. Lo tendió hacia mí. —Lánzalo—le pedí. El mago sonrió, entre melancólico y compasivo, y obedeció. Cogí el camafeo al vuelo. El jefe hizo un gesto de aprobación. —¿Nombre? —pregunté. —Zavulón. Jamás había escuchado ese nombre. Una de dos: o se trataba de alguien poco conocido o estaba ante un mago de la cúpula de la Guardia Diurna. —Zavulón... —repetí mientras examinaba el amuleto—. Ya no tienes poder sobre mí. Sentí en la palma de la mano que la temperatura del camafeo aumentaba. Lo subí a lo largo del brazo, sobre la manga, hice una seña al mago y me acerqué al jefe. —Las cosas están como están, Antón —dijo con voz apenas audible, sin separar los labios de la boquilla del narguile—. Es lo que hay. ¿Lo ves? Miré por la ventana y asentí. El vórtice negro se elevaba desde un edificio de nueve plantas, similar al que nos albergaba. Su delgada base se hundía aproximadamente a la altura de la primera planta, y una rápida inmersión en el Crepúsculo me permitió localizar el apartamento de donde surgía. —¿Cómo ha podido suceder algo así? —pregunté—. Esto, Boris Ignátievich, es bastante más que un ladrillo que cae de una cornisa... o una explosión en la tubería del gas del edificio... —Estamos haciendo todo lo posible.

—Por alguna razón, el jefe decidió rendirme cuentas—. Tenemos controladas las lanzaderas de cohetes. También lo han hecho nuestros colegas de Estados Unidos y Francia, y en China están a punto de tenerlas controladas también. Nos está costando un poco más hacer lo mismo con los misiles nucleares intercontinentales. No conseguimos contactar con todos los satélites que los activan vía láser. Encima, nos hemos encontrado con que la ciudad está llena de basura bacteriológica... Hace una hora por poco no se produjo un escape en el Instituto de Investigaciones Virológicas. —No se puede engañar al destino —dije tímidamente. —Ciertamente. Lo que hacemos no es más que cortar las vías de agua que se abren paso por las grietas abiertas en el casco de un barco. Pero el barco está a punto de partirse en dos. De pronto advertí que todos tenían la mirada fijada en mí. El mago, Olga, Lena, Danil, Farid... Me sentí incómodo. —¿Qué está pasando aquí, Boris Ignátievich? —Lo que pasa es que tienes un vínculo con ella. Eso es lo pasa. —¿Qué quiere decir? El jefe se llenó los pulmones con el humo del narguile, apartó la boquilla y la colocó sobre el suelo, que se cubrió lentamente con el frío humo opiáceo. —Tú, Antón Gorodetski, programador, soltero, con aptitudes de nivel medio, tienes un vínculo con la joven sobre la que se eleva esa negra porquería. El mago suspiró en su rincón. No se me ocurrió otra cosa que preguntar el porqué. —No lo sé. Enviamos a Ignat. Hizo un buen trabajo. Y sabes bien que es capaz de seducir a cualquiera. —Pero con ella no lo consiguió... —Sí que lo consiguió. Pero el vórtice comenzó a crecer. Estuvieron juntos durante media hora y el torbellino pasó del metro y

medio a los veinticinco metros. Tuvimos que ordenarle que abandonara la misión de inmediato. Miré al rincón que ocupaba el mago. Zavulón parecía tener los ojos clavados en el suelo, pero levantó la vista al percatarse de mi atención. Esta vez mi coraza resistió bien. El amuleto me protegía adecuadamente. —No tenemos ningún interés en que esto vaya en aumento. Solo a un salvaje se le ocurriría matar un elefante para desayunarse un trocito de carne. La comparación me chocó. Pero no parecía tratarse de una exageración. —Rara vez requerimos de un alud destructor de semejante magnitud —añadió el mago—. En este momento no tenemos ningún proyecto en marcha que requiera de un derroche de energía tan colosal. —Pues espero que así sea... —dijo el jefe con una voz grave, que no parecía la suya—. Debes comprender, Zavulón, que si la catástrofe termina produciéndose... también nosotros intentaremos aprovecharla al máximo para nuestros fines. La sombra de una sonrisa se dibujó en el rostro de Zavulón. —El número de personas que padecerán el horror que se avecina, que derramarán lágrimas o se compadecerán del dolor ajeno, será enorme. Pero el número de quienes se pegarán ávidamente a las pantallas de los televisores, de quienes gozarán con la desgracia del prójimo, contentos de que esta haya pasado de largo sobre sus ciudades, de quienes harán agudos comentarios sobre el castigo llegado del cielo que cayó sobre la Tercera Roma... será incomparablemente mayor. Sabes bien que no me equivoco, enemigo mío. No había mala intención en sus palabras. Los magos de su rango no se permiten reacciones tan primitivas. Se limitaba a dar una

información. —Aun así estamos preparados —insistió Boris Ignátievich—. Ya lo sabes. —Lo sé. Pero nosotros os llevamos ventaja. A no ser que tú, Boris, te estés guardando un par de ases en la manga. —Sabes que siempre juego limpio. El jefe se volvió hacia mí, como si hubiera perdido súbitamente todo interés por el mago, y dijo: —Antón, la Guardia Diurna no está alimentando el torbellino. La causa del vórtice es solo una: un mago diabólico de una fuerza descomunal. Y es evidente que este consiguió percibir la presión que ejercía Ignat y optó por agravar la situación. Ahora todas las esperanzas están puestas en ti. —¿En mí? —Ya te lo he dicho, Antón: os une un vínculo. El esquema de posibilidades forma un tridente. El jefe hizo un ligero gesto con la mano y la blanca superficie de una pantalla se dibujó en el aire. Zavulón se contrajo, probablemente porque el despliegue de energía lo había alcanzado. —Aquí tienes la primera línea de desarrollo de los acontecimientos —dijo el jefe. Una banda de color negro cruzó la nívea pantalla que colgaba, sin ningún apoyo visible, en el centro de la habitación, y continuó su curso hasta transformarse en un borrón caótico que empañó el marco. —Esta es la que goza de un mayor índice de probabilidad: el vórtice alcanza su máximo nivel de desarrollo y es entonces cuando irrumpe el infierno. Las víctimas se contarían por millones. Ocurriría un cataclismo global, de tipo nuclear, biológico o como el producido por el impacto de un asteroide o un terremoto de doce grados en la escala de Richter. Puede ocurrir cualquier cosa. —¿También la plena instalación del infierno?—pregunté tímidamente y miré de soslayo al mago. Su rostro

permanecía ausente. —No. No creo que eso se produzca —respondió el jefe—. El umbral sigue estando lejos. —Negó con la cabeza—. Si se tratara de eso, supongo que ya habría tenido lugar un enfrentamiento letal entre la Guardia Diurna y la Nocturna. La segunda línea... Una fina línea que partía de la banda negra se dibujó en la pantalla. Aparecía rota. —La destrucción del objetivo. En caso de que el objetivo muriese... por sí mismo, el vórtice se consumiría. Zavulón se estremeció. Con voz servicial, anunció: —Y estoy dispuesto a ayudar a realizar esa pequeña acción. La Guardia Nocturna no puede dedicarse a ello, ¿o me equivoco? El caso es que nos brindamos para hacerlo. Por un instante se hizo el silencio en la habitación. Luego, el jefe se rió. —Como queráis —dijo Zavulón, y se encogió de hombros—. Sin embargo, me permito reiterar que por ahora os ofrecemos nuestros servicios. Una catástrofe que acabará con la vida de millones de personas no nos beneficia en nada. Al menos por el momento. —Y he aquí la tercera vía —continuó el jefe, dirigiéndose a mí—. Presta atención. Una nueva línea atravesó la pantalla. Partía del tronco común y se iba estrechando hasta desaparecer por completo. —Esto es lo que puede suceder si te inmiscuyes en el juego, Antón. —¿Qué tengo que hacer? —pregunté. —No lo sé. Los cálculos de posibilidades jamás dan instrucciones precisas. Lo único que sabemos es que puedes acabar con el maleficio. Una idea estúpida me vino a la cabeza: ¿no estaría todavía en marcha su intención de ponerme a prueba? Primero, había comprobado mi capacidad para el trabajo de campo... y yo había matado al vampiro. Ahora... Pero no podía tratarse de eso.

No podía ser que se la jugara, cuando la apuesta era tan desmesuradamente alta. —Nunca he desmontado maleficios. —Algo hizo que mi voz sonara ajena. El tono no era de miedo, sino más bien de sorpresa. El mago rió por lo bajo con un tono repugnante, como de mujer. El jefe asintió y dijo: —Lo sé, Antón. Se levantó de la cama, se estiró la bata y se acercó a mí. Su aspecto era totalmente absurdo. En medio de un apartamento moscovita y vestido con aquel atuendo oriental, parecía más bien una triste caricatura. —Nadie ha desmontado jamás un maleficio de estas características. Serás el primero que lo intente. Permanecí en silencio. —Y has de saber una cosa, Antón. Si lo estropeas... si cometes un error, aunque sea mínimo... serás el primero en arder. No te dará tiempo a hundirte en el Crepúsculo. ¿Sabes lo que nos sucede a los Luminosos cuando nos sorprende una irrupción del infierno? Sentí que se me secaba la garganta. Con un gesto le di a entender que lo sabía. —Perdóneme un instante, dilecto amigo mío —terció socarronamente Zavulón—. ¿Acaso no concede usted a sus agentes el derecho a elegir? Hasta en la guerra, cuando se trata de situaciones así, se pregunta si hay... dispuestos. —Se pregunta si hay voluntarios, más bien —puntualizó el jefe, sin siquiera volverse—. Nosotros hace mucho que somos voluntarios. Y ni hablar de elección. Aquí nadie elige nada. No tenemos ese derecho. —Pues nosotros sí que lo tenemos. Siempre. —El mago rió otra vez por lo bajo. —Desde el momento en que reconocemos a los hombres el derecho de elección, los Otros nos estamos privando de él. Y, por cierto, Zavulón —ahora el jefe sí se volvió hacia su

interlocutor—, estás actuando ante un auditorio que no es el tuyo. Y no lo haces demasiado bien. ¿Qué tal si dejas de entrometerte de una vez? —Callaré. —Zavulón bajo la cabeza y se hizo un ovillo. —Inténtalo, al menos —concluyó el jefe, antes de mirarme y continuar—: No tengo ningún consejo que darte, Antón. Solo te ruego que lo intentes. Para conseguirlo, tendrás que olvidar todo lo que has aprendido. No creas en nada de lo que te enseñé, no creas en los apuntes que tomaste en las clases, no creas lo que vean tus ojos, no creas nada de lo que te digan. —¿En qué debo creer, entonces? —Si tuviera la respuesta a esa pregunta, Antón, abandonaría ahora mismo este cuartel general... y entraría en ese edificio. Los dos miramos hacia la ventana. El vórtice negro giraba, inclinándose ora a un lado ora a otro. Un transeúnte que caminaba por la acera la abandonó súbitamente al llegar a la base del vórtice y la rodeó trazando un amplio arco sobre la nieve. Me percaté de que ese arco marcaba un sendero que ya comenzaba a afianzarse bajo los pasos de quienes evitaban la base del cono. Los viandantes no podían ver el Mal que estaba a punto de abatirse sobre la tierra, pero sí eran capaces de presentirlo y evitarlo. —Me ocuparé de cubrir a Antón —dijo, de pronto, Olga—. Lo cubriré y le ayudaré a mantener la comunicación. —Sí, pero lo harás desde el exterior —precisó el jefe—. Solo si lo haces desde el exterior... Antón... Adelante. Haremos todo lo posible para que estés a salvo de cualquier interferencia. La lechuza voló desde la cama hasta mi hombro. Abarqué con la mirada a los míos y al mago, que parecía haber entrado en hibernación, y salí de la estancia. Sentí de

inmediato que el ruido en el apartamento disminuía. Me despedían en silencio, sin palabras gratuitas, sin palmadas en la espalda ni consejos inútiles. ¿A qué venía todo eso, si yo no iba a hacer nada extraordinario? Me encaminaba hacia la muerte, sencillamente. Todo estaba en silencio. Un silencio excesivo, aun para un barrio de la periferia a esas horas de la noche. Era como si todos sus habitantes se hubiesen encerrado en sus casas y, tras apagar la luz, guardaran silencio arrebujados bajo las mantas. Esa era la sensación: nadie dormía. Callaban, simplemente. Solo los reflejos azulados o rojizos de los televisores bailaban sobre el cristal de las ventanas. La costumbre de encender el televisor y tragarse lo que echaran, desde la teletienda hasta las noticias, cuando el miedo o la tensión se abaten sobre la gente, se había ido imponiendo inexorablemente. La gente es incapaz de asomarse al Crepúsculo, pero su inminencia les produce un extraño desasosiego. —¿Qué te parece el maleficio, Olga? —pregunté. —Es insuperable. Sus palabras sonaron como un mazazo. Me detuve ante la entrada del edificio y observé con detenimiento la base del vórtice, semejante a la cola de un elefante. Todavía no me animaba a entrar. —¿En qué circunstancias...? Quiero decir... ¿qué torbellino puedes anular? ¿De qué dimensión? Olga meditó un instante y respondió: —Hasta de unos cinco metros de altura. Tal vez podría con tino así. Hasta los tres metros, es muy probable que lo consiguiera. —¿Y conseguirías salvar a la muchacha? —Quizá. Sentía un extraño desasosiego. Aun en medio de aquel silencio irreal, aun cuando hasta los coches evitaban internarse por las calles de un barrio condenado,

haciendo largos rodeos, había unos extraños sonidos que se oían como una siniestra música de fondo... Finalmente, comprendí de que se trataba. Eran los quejidos de los perros, los pobres perros que lloraban en todos los apartamentos y casas en torno al vórtice. Ellos sí veían el infierno que se avecinaba. —Olga, dame toda la información disponible sobre la joven. No omitas ningún detalle. —Svetlana Nazarova. Veinticinco años. Es médico y trabaja en la clínica número diecisiete. Nunca había atraído la atención de la Guardia Nocturna. Tampoco de la Guardia Diurna. No ha demostrado aptitudes para la magia. Sus padres y su hermano menor viven en Bratéievo. Mantiene contactos esporádicos con ellos, fundamentalmente telefónicos. Estamos verificando a sus cuatro amigas. Hasta ahora, están limpias. Mantiene buenas relaciones con la gente de su entorno. No se han detectado animadversiones radicales. —Es médico... —dije, pensativo—. Quizá ahí esté el hilo del que podemos tirar, Olga. Algún anciano, o anciana... disgustados por el modo en que los trató... En los últimos años de vida suele producirse un brote de las aptitudes mágicas latentes... —Se está comprobando —repuso Olga—. Por ahora, no hay datos que apunten en esa dirección. La verdad, era un poco tonto por mi parte ponerme a adelantar deducciones cuando un montón de gente, mucho más preparada que yo, llevaba medio día ocupándose de la joven. —¿Algo más? —Grupo sanguíneo, el A. No padece enfermedades graves, aunque sufre leves cardialgias, de vez en cuando. La primera relación sexual la tuvo a los diecisiete años con un compañero de curso y movida solo por la curiosidad. Estuvo casada

cuatro meses. Lleva dos años divorciada. Mantiene buenas relaciones con su ex marido. No tiene hijos. —¿Aptitudes mágicas del marido? —Cero absoluto. Lo mismo su actual esposa. Fue lo primero que se verificó. —¿Enemigos? —Dos colegas de la clínica a los que no les cae muy bien. También en el trabajo, hay dos pretendientes a los que rechazó. Hace medio año un compañero de colegio intentó que le extendiera una baja médica falsa. —¿Y qué hizo? —Se negó. —¡Caray! ¿Alguno de ellos tiene aptitudes para la magia? —Nada relevante. Su nivel de animadversión es el corriente, y sus aptitudes para la magia muy escasas. Ninguno sería capaz de desatar un vórtice como este. —¿Alguno de sus pacientes ha muerto recientemente? —Ninguno. —Entonces, ¿cuál puede ser el origen de la maldición?— pregunté sin esperar respuesta. Ahora entendía por qué la Guardia se había metido en un callejón sin salida. Svetlana había resultado ser eso que se suele llamar «un alma de Dios». Veinticinco años de vida y solo cinco enemigos. Francamente, era como para estar orgulloso. Olga no contestó. —Hay que entrar —dije. Me volví y miré hacia la ventana, tras la que se movían las siluetas de mis compañeros. Uno de ellos me saludó con la mano—. Olga, ¿cómo enfocó Ignat la misión? —Optó por un enfoque tradicional. Trabaron conocimiento en la calle, él haciéndose pasar por un «intelectual despistado». Tomaron café en un bar. Charlaron. Los niveles de simpatía del objetivo crecían con rapidez, y entonces Ignat decidió forzar la situación. Compró champán y licor y vinieron juntos aquí. —Bien. ¿Qué pasó después? —El vórtice comenzó a crecer. —¿La causa? —No hubo ninguna. Ignat le gustaba.

Más aún, se sentía enormemente atraída por él. Y, de pronto, el crecimiento del vórtice se disparó en proporciones catastróficas. Ignat ensayó tres modelos distintos de comportamiento y consiguió que ella le propusiera abiertamente que se quedara a pasar la noche, lo que provocó que el torbellino entrara en una fase de crecimiento exponencial. Seguidamente, lo retiraron y el torbellino se estabilizó. —¿Cómo lo retiraron? Tenía frío y sentía los pies desagradablemente húmedos dentro de las botas. Además, aún no me consideraba listo para ponerme en acción. —Con el recurso de la madre enferma. Una llamada al teléfono móvil, unas frases, disculpas a la joven, la promesa de volver al día siguiente. Una operación limpia, que no generó dudas en el objetivo. —Y el vórtice, ¿se estabilizó? Olga no respondió de inmediato. Se estaba comunicando con los analistas. —Llegó a disminuir en unos tres centímetros. Aunque tal vez se trate de una mera retracción producida por el cese de la captación de energía. En todo aquello había gato encerrado, pero yo no conseguía expresar de forma precisa las sospechas que me asaltaban. —¿Dónde ejerce como médico? —Aquí mismo, en este barrio, incluido su propio edificio. De hecho, los pacientes acuden de vez en cuando a su apartamento. —Perfecto. Me haré pasar por uno de ellos. —¿Necesitas ayuda para implantarle una memoria falsa? —Sabré arreglármelas. —El jefe lo aprueba —dijo Olga tras una breve pausa—. Ponte manos a la obra. Tu disfraz será el siguiente: Antón Gorodetski, programador informático, soltero, llevas tres años acudiendo a su consulta. El diagnóstico: una úlcera de estómago. Resides en este mismo edificio,

en el apartamento sesenta y cuatro. Ahora está deshabitado, así que, de ser necesario, te montaremos una retaguardia. —Tres años son demasiado para mí. Que sea uno, como máximo. —De acuerdo. Olga y yo nos miramos, ella con su mirada fija de ave, en la que todavía quedaba algo de la aristocrática, aunque desaseada, dama que había estado tomando coñac en mi cocina. —Suerte —me deseó—. Trata de reducirlo unos diez metros, aunque sea... Entonces, me arriesgaré yo. Desplegó las alas y voló hacia el Crepúsculo, seguramente dispuesta a internarse en sus capas más profundas. Tomé aire y me encaminé hacia la entrada del edificio. La base del vórtice se agitó, intentando rozarme. Extendí las palmas de la mano e hice la señal del Samadi, símbolo de la negación. El vórtice se estremeció y se alejó girando sobre sí mismo. No parecía temer nada. Sencillamente, aceptaba las reglas del juego. A esas alturas, y tras alcanzar semejante tamaño, el infierno que se abría paso tendría que haberse dotado de razón. Ya no sería un estúpido misil dirigido a ciegas hacia su objetivo, sino un astuto y experimentado kamikaze. Daba risa. Un «experimentado kamikaze». Aunque tratándose de las Tinieblas, parecía una expresión muy apropiada. Luego de irrumpir en el mundo ordinario, el vórtice infernal estaba condenado a ser destruido, pero la suya sería la muerte de uno solo de los múltiples hilos de una madeja. —Aún no ha llegado tu hora —le dije. Sabía que el infierno no me respondería, pero no quise contener las ganas de avisarle. Pasé junto a la cola del torbellino. El vórtice parecía hecho de un vidrio azulado que hubiera adquirido la maleabilidad del plástico. Con una superficie

prácticamente inmóvil, era en las capas más profundas de sus entrañas, allí donde el azul daba paso a una impenetrable oscuridad, donde se adivinaba una alocada rotación. Tal vez me equivocara. Quién sabe si no habría llegado por fin la hora final. El panel para insertar el código de acceso al edificio estaba roto y despanzurrado. Era de esperar encontrarse con aquel saludo de las Tinieblas. Había perdido la costumbre de reparar en esas pequeñas manchas que ella va dejando. Ya no solía prestar atención a las inscripciones y los desconchados en las paredes, las bombillas rotas o los ascensores oscuros. Pero permanecía alerta. No necesité preguntar la dirección precisa. Era capaz de sentir a la muchacha —ciertamente, aun cuando había estado casada, su edad justificaba el que la llamase así—; sabía adónde debía encaminar mis pasos. De hecho, ya veía su apartamento o, para ser más preciso, lo presentía. Lo único que no sabía era cómo iba a desmontar aquel maldito maleficio... Me detuve frente a la puerta. No era de acero sino de madera, cosa rara tratándose de un apartamento en la primera planta de un edificio cuya puerta de acceso tenía la cerradura rota. Respiré hondo y llamé. Eran las once de la noche. Francamente, un poco tarde. Oí pasos que se acercaban. La puerta, evidentemente, no era insonorizada. [7]

Abrió la puerta, sin entretenerse en hacer preguntas, espiar por la

mirilla o colocar la cadena de seguridad. Eso en Moscú, de noche y tratándose de una mujer sola en su apartamento. Evidentemente, el vórtice estaba alimentándose de los últimos restos de su cautela. La misma cautela que le había permitido aguantar indemne esos últimos días. Ahora comenzaba a incurrir en la clase de errores que arrastran a la muerte a quienes cargan con una maldición. El aspecto exterior de Svetlana no indicaba ningún cambio. Tal vez las ojeras fueran más marcadas de lo habitual, aunque tal vez solo fueran las huellas que había dejado una mala noche. En cuanto a su atuendo —falda, una blusa elegante y zapatos de tacón—, daba la impresión de que esperase a alguien o se dispusiera a salir. —Buenas noches, Svetlana —dije, percibiendo ya en su mirada un amago de reconocimiento. Sin duda, guardaba un vago recuerdo de nuestro encuentro la víspera en el metro. Tenía que utilizar ese breve instante en que era consciente de que me conocía pero no recordaba las circunstancias de nuestra relación. Me interné en el Crepúsculo. Lo hice con cuidado, porque el vórtice se erguía sobre la cabeza de Svetlana, como si estuviera pegado a esta, y cabía esperar que reaccionara en cualquier momento. Tampoco quería engañarla, por mucho que mi único objetivo fuese ayudarla a escapar de la amenaza que se cernía sobre ella. Modificar la memoria de alguien solo te resulta interesante y divertido la primera vez que lo haces. Si continúa provocándole placer, entonces no hay sitio para ti en la Guardia Nocturna. Una cosa es conseguir que se opere un cambio en los imperativos morales, que, por cierto, se orienta siempre hacia el lado del Bien, y otra muy

distinta interferir en la memoria. Es cierto que se trata de algo imprescindible, y también que está previsto en el pacto, como lo es que el solo proceso de entrada y salida del Crepúsculo produce una amnesia instantánea en quienes nos rodean. Pero si alguna vez sientes que jugar con la memoria ajena te produce satisfacción, entonces tienes que abandonar la Guardia. —Buenas noches, Antón. —Su voz sonó insegura, mientras yo la obligaba a recordar cosas que jamás habían tenido lugar—. ¿Se encuentra mal? Me di una palmada en el estómago, sonriendo con desgana. La memoria de Svetlana estaba siendo arrasada por un huracán. Yo carecía del oficio necesario para insertarle una memoria falsa irreprochablemente concebida, pero tenía a mi favor que bastaría con ofrecerle dos o tres sugerencias para que se engañara a sí misma. Empecé a reconstruir mi imagen a partir de alguna que le había resultado familiar largo tiempo atrás, basándome en alguien que compartía conmigo cierta semejanza física. A ello sumé elementos de otra persona, a la que había conocido superficialmente en un pasado todavía más lejano y a quien había encontrado simpática. Sumaría también a una veintena de pacientes de mi edad y algún que otro vecino. Me limité a favorecer el proceso, empujándola a generar una imagen definitiva. Un buen tipo... neurasténico... suele enfermar a menudo... y flirtear de vez en cuando, pero poco, porque lo vence la timidez... Vive en el edificio contiguo. —¿Le duele? —Había logrado controlarse. Sí que era un buen médico. Un médico de vocación. —Un poco. Ayer estuve bebiendo... —Intenté mostrar un arrepentimiento convincente.

—Antón, pero si le había advertido... A ver, pase... Entré y cerré la puerta. La joven no pareció preocupada. Me despojé de la chaqueta, mientras echaba un rápido vistazo alrededor, tanto al mundo ordinario como al crepuscular. Papel barato en las paredes, una alfombra deshilachada, unas sandalias raídas, una lámpara de vidrio barata, un aparato telefónico fijado a la pared. El auricular, de fabricación china, daba pena. Un apartamento humilde. Y limpio. Lo de siempre. No parecía tratarse tanto del exiguo salario de los médicos de cabecera, como de que el ama de casa no sentía necesidad del confort. Aquello no pintaba bien. Nada bien. Visto desde el Crepúsculo, el apartamento producía una impresión bastante mejor. No había brotes de flora pútrida, ni huellas de las Tinieblas. Exceptuando, por supuesto, el maleficio, que imperaba majestuoso. Podía verlo, desde la puntiaguda cola que giraba sobre la cabeza de la joven hasta la corola abierta treinta metros más arriba. Seguí a Svetlana hasta la única habitación del apartamento. Allí sí se apreciaba algo de comodidad. El sofá era una brillante mancha de color naranja, especialmente radiante en el rincón iluminado por una lámpara de pie pasada de moda. Dos paredes estaban cubiertas de libros, dispuestos en siete filas... Eso aclaraba algo las cosas. Empezaba a comprender. A comprenderla. Ya no simplemente como al objetivo de la misión que se me había encargado, ni como a la posible víctima de un anónimo mago o la causa involuntaria de una catástrofe. La comprendía en tanto persona. Una niña criada entre libros, introvertida y llena de complejos, dominada por un montón de

ideales risibles y por la fe infantil en la existencia de un príncipe azul, que la buscaría incansablemente hasta encontrarla. El empleo en el hospital, unas pocas amigas, menos amigos, y el insoportable peso de una gran soledad. Entregada a su trabajo, en términos que emulaban el código impuesto por los constructores del comunismo, haciendo raras salidas a tomar una copa, enamorándose en contadísimas ocasiones. Las noches idénticas repitiéndose día tras día, reclinada en el sofá con un libro entre las manos, con el teléfono cerca y las estúpidas voces de los actores de culebrones llegándole desde el televisor siempre encendido. Todavía sois muchos los jóvenes criados por padres de los años sesenta. Muchos y, además, infelices e incapaces de revertir la situación. Dais lástima y generáis el deseo de consolaros. A veces quisiera tocaros desde el Crepúsculo. Hacerlo suavemente, rozaros apenas. Insuflaros un poco de seguridad en vosotros mismos, un ápice de optimismo, unos gramos de voluntad, una semilla de ironía. Ayudaros, para que seáis capaces de ayudar a los demás. Pero no puedo permitírmelo. Cada acción del Bien corresponde a una licencia concedida al Mal para hacer de las suyas. ¡He ahí el pacto! ¡Las Guardias! ¿Es a esto a lo que llamamos equilibrio? Por lo tanto, o aguantas o te vuelves loco, violas la ley, atraviesas la multitud regalando a la gente lo que nadie te ha solicitado, quebrando los destinos individuales. Una vez perpetradas esas licencias, solo te quedará esperar a ver desde qué esquina te abordarán tus antiguos aliados y eternos enemigos para enviarte definitivamente al Crepúsculo, en el que te hundirás para siempre.

—¿Cómo sigue su madre, Antón? Era una pregunta predecible. Yo, es decir, el paciente Antón Gorodetski, tengo una anciana madre que padece osteoporosis y presenta un cuadro completo de enfermedades asociadas a la tercera edad. También se cuenta entre las pacientes de Svetlana. —Está bastante bien. Yo soy el que no me encuentro muy... —Échese aquí. Me quité el jersey y la camisa y me acosté en el sofá. Svetlana tomó asiento a mi lado. Me recorrió el estómago con sus dedos tibios y se detuvo a palpar el hígado. —¿Le duele? —No. Ahora no. —¿Cuánto bebió? Iba respondiendo a las preguntas, extrayendo las respuestas de su propia memoria. Tampoco convenía que se llevara la impresión de que yo estaba agonizando. Sí... dolores agudos, no demasiado intensos... Después de las comidas... De pronto sentí una punzada... —Por ahora, no es más que una gastritis, Antón... —Svetlana apartó las manos—. Tampoco es que sea motivo de alegría, como comprenderá. Le daré una receta. Se levantó, fue hasta la puerta y descolgó su bolso. Yo no había dejado de vigilar la evolución del maleficio. Nada había cambiado desde mi llegada. La irrupción infernal no se había hecho más evidente, pero tampoco había amainado. —Antón... —Reconocí la voz de Olga, que me llegaba desde el Crepúsculo—. Antón, el vórtice ha disminuido tres centímetros. En algún momento has dado un paso en la buena dirección. Piensa qué pudo haber sido. ¿Un paso en la buena dirección? ¿En qué momento? ¡En realidad, no había hecho más que encontrar un motivo que justificara la visita! —¿Le queda omeprazol, Antón? —Svetlana se había sentado a la mesa y me miraba. Asentí,

mientras me abotonaba la camisa. —Sí, todavía me quedan algunas pastillas. —En cuanto llegue a casa, tómese una. Mañana compre más y las toma durante dos semanas, por la noche antes de acostarse. Estaba claro que Svetlana era de esos médicos que tienen fe en las pastillas. No me molestaba, porque yo también creo en ellas. Los Otros tenemos una relación totalmente irracional con la ciencia y somos capaces de lanzarnos de cabeza a tomar analgésicos y antibióticos, aun en situaciones en las que bastaría una intervención mágica totalmente elemental. —Svetlana... perdone que le pregunte... —comencé, y aparté la mirada con expresión de culpabilidad—. ¿Le ha ocurrido algún percance? —¿De dónde ha sacado eso, Antón? —Svetlana continuó escribiendo y ni siquiera me miró, pero se había puesto tensa. —Me ha parecido. ¿Seguro que nadie ha intentado hacerle daño? Dejó a un lado el bolígrafo y levantó la vista hacia mí. En su rostro había una mezcla de curiosidad y simpatía. —¡Qué va, Antón! ¿Cómo se le ocurre? Debe de ser el invierno, que se ha alargado demasiado. Una sonrisa se dibujó en su rostro y permaneció por unos instantes en sus labios. El infernal torbellino se pegó ávidamente a su cabeza. —Será este ciclo plomizo, que la deja a una agotada. Todo es tan gris. Y una no tiene ganas de nada... como si todo hubiera perdido su razón de ser. Estoy cansada, Antón. Eso es lo que me pasa. Pero en cuanto llegue la primavera se me pasará. —La veo deprimida, Svetlana —dije, y caí en la cuenta de que había sacado el diagnóstico de su propia mente. Ella no pareció advertirlo. —Tal vez. Pero no es nada, de verdad. En cuanto salga el sol... Gracias por su interés, Antón.

Esta vez su sonrisa fue aún más auténtica, por mucho que seguía marcada por el dolor. La voz de Olga me llegó en un susurro desde el Crepúsculo: —¡Antón, se ha reducido diez centímetros! ¡El maleficio se está contrayendo! ¡No pierdas el contacto, que los analistas están trabajando a toda máquina! ¿En qué estaba acertando? Esa pregunta es todavía más grave que la de «en qué me estoy equivocando». Cuando te has equivocado, basta imprimirle un brusco giro al comportamiento. Pero cuando has dado en la diana sin saber cómo, entonces estás perdido. Es jodido ser un mal tirador que ha acertado por casualidad en la manzana y trata de recordar el movimiento de la mano, el ojo apuntando, la fuerza del dedo sobre el gatillo... y que no es capaz de aceptar que quien dirigió la bala fue, en realidad, un caprichoso golpe de viento. De pronto reparé en que estaba allí sentado mirando a Svetlana directamente a los ojos. Ella me observaba en silencio, con expresión grave. —Perdóneme, Svetlana —dije—. Perdóneme, por Dios. Llego aquí a su casa a estas horas de la noche, me meto en lo que no me importa... —No se preocupe, Antón. De hecho, se lo agradezco. ¿Quiere que lo invite a un poco de té? —¡Veinte centímetros menos, Antón!¡Acepta! Incluso esos pocos centímetros hurtados al vórtice infernal constituían un regalo del destino, porque tenían su equivalencia en vidas humanas. Decenas, o acaso cientos, de vidas salvadas de la inminente catástrofe. No conseguía entender qué estaba sucediendo, pero era evidente que ejercía una acción beneficiosa sobre Svetlana y hacía que aumentara su capacidad de resistencia al infierno. El maleficio comenzaba a disiparse. La joven se

dirigió a la cocina. Seguí sus pasos. ¿Qué estaba pasando aquí? —Antón, ya tienen listo el análisis preliminar. Me pareció ver la blanca silueta de Olga agitarse tras las cortinas que cubrían la ventana, para desplazarse un instante después junto a la pared, en paralelo con Svetlana. —Ignat siguió un esquema operativo básico. Se prodigó en cumplidos, le manifestó su interés, su adoración, su amor. A ella le gustó la estrategia, pero esta tuvo un efecto dinamizador sobre la altura del torbellino. Tú has tomado otro camino, el de la compasión. Además, has manifestado una compasión desinteresada. Eso era todo. No me transmitían recomendación alguna, lo que significaba que los analistas aún no habían llegado a ninguna conclusión. Pero al menos sabía cuál debía ser mi comportamiento en adelante. La miraría con ojos tristes, sonreiría compasivamente, bebería el té a sorbos y pronunciaría frases del tipo: «Se te nota el cansancio en los ojos, Sveta...». Porque de un momento a otro comenzaríamos a tutearnos, ¿no? No tenía ninguna duda de que lo haríamos. —¿Te sucede algo, Antón? Llevaba un buen rato con la mirada fija en ella. Svetlana estaba ante el fogón, donde esperaba que hirviera una tetera, desagradablemente teñida de ocre por el uso prolongado. Mi ensimismamiento no la asustaba, porque el maleficio ya la había privado por completo de cualquier cautela. Más bien, se sentía incómoda. —¿Te encuentras bien? —Lo que pasa es que me siento algo turbado, Svetlana. He irrumpido aquí a estas horas con mi malestar y, encima, aquí estoy de gorrón... —Pero ¿qué dices? Te ruego que te quedes un rato. Si supieras qué día más tonto he tenido

hoy y, además, sola... Hagamos una cosa: estos serán los honorarios por la consulta. Quiero decir, el que te quedes un rato a charlar conmigo —precisó rápidamente Svetlana. Hice un gesto de asentimiento. Cualquier palabra de más que pronunciara podía estropear gravemente la situación. —Otros quince centímetros. ¡Has elegido la táctica correcta, Antón! ¡Pero qué elección ni qué diablos! ¡Cómo era posible que aquellos estúpidos analistas no se dieran cuenta de que yo no había elegido nada! No había hecho otra cosa que utilizar las aptitudes al alcance de cualquier Otro para colarme en una casa ajena, y había interferido en la memoria de mi objetivo para conseguir permanecer un rato más allí. Eso era todo. Ahora me dejaba llevar por la corriente. Nada más. Solo me quedaba confiar en que el río me depositara en la orilla correcta. —¿Te apetece un poco de mermelada, Antón? —Sí, por favor... Qué escena más delirante la de Svetlana y yo bebiendo té en la cocina de ella. ¡Ya la habría querido para sí Lewis Carroll! No es en la madriguera de un conejo, compartiendo mesa con el sombrerero, el lirón y la liebre de marzo, donde se producen las más desquiciadas ceremonias del té. Otra es la escena en la que dos desconocidos actores pueden tomar el té más allá de toda razón. Por ejemplo, en la minúscula cocina de un apartamento minúsculo, bebiendo el primer té de la mañana en una taza llena hasta los bordes del agua hirviendo que bulle en la tetera, acompañado de mermelada de frambuesa extraída de un frasco de tres litros. Es aquí, y solo aquí, donde esos actores podrán pronunciar palabras que jamás saldrían de sus labios en otro entorno. Es aquí

donde, con mañas de malabaristas, sacarán a la luz sus secretos más recónditos y penosos, donde abrirán los armarios para sacar a pasear los esqueletos familiares, donde les podrá esperar una invisible dosis de cianuro en alguna cucharada de azúcar. Una interminable ceremonia del té, porque no habrá excusas para abandonarla: en cuanto se te ocurra hacerlo, habrá una mano lista para servirte un poco más de té, una voz melosa que te ofrezca un poco más de mermelada, otra mano dispuesta a acercarte la azucarera... —Ya hace un año que te conozco, Antón... Una breve sombra de incertidumbre cruzó veloz por la mirada de Svetlana. Su memoria se afanaba en salvar las lagunas, explicarse por qué alguien tan atractivo y noble como yo seguía siendo para ella únicamente un paciente. —Y aunque nuestra relación sea meramente la de un médico con su paciente, ahora mismo... Tengo ganas de charlar contigo como... con un vecino. Como con un amigo. ¿No te importa? —Claro que no, Sveta. Sonrió, agradecida. Todavía no se atrevería a reducir mi nombre a su diminutivo. «Antoshka» sonaba demasiado cariñoso, era un paso muy arriesgado. —Gracias, Antón. ¿Sabes...? Tenías razón... hace ya tres días que me siento como perdida. ¡Por supuesto! ¿Cómo no iba a sentirse perdida si la espada de Némesis pendía sobre ella, si la amenazaba con la furia ciega que le insuflaban los dioses muertos de la venganza? —Hoy, por ejemplo... Pero, dejémoslo... Seguramente quería contarme lo que le había sucedido con Ignat. Era incapaz de comprender cómo un encuentro intrascendente había estado a punto de terminar en la cama. Creía que se estaba volviendo loca. Es lo que

suele ocurrirles a quienes caen bajo el influjo de los Otros. —Svetlana, tal vez tú... tal vez te has enfadado con alguien... Había sido un paso muy brusco, me dije. Iba demasiado deprisa, y no comprendía qué me empujaba a hacerlo. El maleficio permanecía estable e incluso presentaba cierta tendencia a disminuir. Pero estaba corriendo demasiado. —¿Qué te hace pensar eso? No pareció sorprendida, ni reaccionó como si la pregunta fuera demasiado personal. Me encogí de hombros e intenté explicarme: —Suelo pensar que esa es la causa de malestares como el tuyo. —No, Antón. No me he peleado con nadie. Ni me he peleado ni tendría por qué hacerlo. Se trata más bien de algo que está dentro de mí... Te equivocas, muchacha, pensé, y no te das cuenta de tu error. El maleficio que se cierne sobre ti es de los que aparecen una vez en cien años. Y eso significa que hay alguien que te profesa un odio con una fuerza que pocas veces se le concede a nadie... ni siquiera a un Otro. —Tal vez debas tomarte un descanso —propuse—. Marcharte bien lejos... a un lugar remoto y despoblado... Se me ocurrió que podía tratarse de una buena solución. Aunque parcial, porque seguía siendo mortífera para la propia Svetlana. Que se marchara bien lejos. A la taiga, a la tundra, al polo norte. Y que fuera por aquellos lugares remotos donde se produjera la erupción de un volcán, la caída de un asteroide o el impacto de un cohete con ojiva nuclear. Irrumpiría el infierno, pero la única afectada sería ella. Era una suerte que tomar una decisión como esa resultara tan imposible para nosotros como para Zavulón asesinar a Svetlana sin más. —¿En qué estás pensando, Antón? —Tienes que decirme qué te ha pasado,

Sveta. —¡Antón, suaviza el tono! ¡Desvía la conversación! ¡Rápido! —¿Acaso se me nota tanto? —Sí. Svetlana bajó los ojos. Yo ya estaba esperando el grito de Olga avisándome de que el vórtice negro crecía desaforada, catastróficamente, y que acababa de estropearlo todo, que en adelante tendría que cargar sobre mi conciencia con la muerte de miles de inocentes... Pero Olga callaba. —He traicionado a alguien... —¿Cómo? —He traicionado a mi madre. Su expresión era grave y carente de ese horrible atisbo de jactancia que a veces aparece en el rostro de quienes han cometido una maldad. —No te comprendo, Sveta... —Mi madre está enferma, Antón, de los riñones. Está sometida a diálisis permanente... pero no sirve de nada. Lo que pasa... es que me sugirieron... un trasplante. —¿Cómo que te lo sugirieron? —Todavía no alcanzaba a comprender de qué se trataba. —Me sugirieron que donara uno de mis riñones para ella, para mi madre. Hay muchas probabilidades de que su organismo no lo rechace, porque me hice los análisis... pero después me eché atrás. Me da... Me da miedo hacerlo. Permanecí en silencio. Todo estaba claro al fin. Algo había terminado funcionando dentro de mí que había predispuesto a Svetlana a hacerme aquella confesión. Se trataba de su madre. ¡Su propia madre! —Buen trabajo, Antón. Los chicos ya se han puesto en marcha. —La voz de Olga no escondía su regocijo. ¡Faltaría más! ¡Acabábamos de dar con una maga!—. Parece mentira... nadie percibió nada cuando contactaron con ella, pensaron que estaba vacía... Muy bien, Antón. Ahora tranquilízala, háblale, consuélala... No hay manera de taparse los oídos cuando te hablan en el Crepúsculo. Tienes que escuchar,

aunque no quieras. —Nadie tiene derecho a exigirte algo así, Svetlana... —Sí. Lo sé. Se lo expliqué a mi madre... y me dijo que ni se me ocurriera aceptar, que si yo tomaba esa decisión, se suicidaría. Que ella... moriría de todos modos, y que no valía la pena que me mutilara así. No debería haberle dicho nada, tendría que haber donado el riñón sin más. Se habría enterado después de la operación. Si es que una puede hasta parir con un solo riñón... Se han dado casos. Los riñones. Qué tontería. Qué asunto más insignificante. Apenas una hora de trabajo para un buen mago. Pero no estamos autorizados a curar. Cada curación que hagamos autoriza a un Mago de las Tinieblas a perpetrar una maldición, a hacer que una desgracia se abata sobre alguien. Y hete aquí que por tamaña tontería, una madre... nada menos que una madre, sin darse cuenta de lo que hacía, consiguió maldecir a su hija con la instantánea eclosión de sus emociones mientras le prohibía que le donara un riñón... Y ello trajo consigo la aparición de un vórtice tan horrible. —No sé qué hacer, Antón. Hago una tontería tras otra. Hoy estuve a punto de meterme en la cama con un desconocido. —Svetlana había encontrado la fuerza necesaria para hacerme esa confidencia. Seguramente le había costado más que contarme la historia de su madre. —Ya se nos ocurrirá algo, Sveta —dije—. No puedes dejar que la situación te supere, no puedes flagelarte de esta manera... —¿Es que no lo entiendes, Antón? ¡Yo sabía por qué se lo decía! ¡Sabía cuál iba a ser su reacción! ¡Quería que me prohibiera donar el riñón! ¡Tendría que maldecirme! ¡Una maldita estúpida, eso es lo que soy! Si supieras

cuánta razón tienes, Svetlana. Nadie sabe exactamente qué mecanismos se ponen en marcha cuando se lanza una maldición, ni en qué se diferencia la maldición proferida por un desconocido de la que nos lanza un ser querido, un hijo, una madre. Lo que sí está claro es que la maldición de una madre es la más horrible de todas. —Antón, conserva, la calma. Por un instante, la voz de Olga me ayudó a recuperar la serenidad. —No es tan sencillo. ¿Has trabajado antes con maldiciones maternas? —No —respondí en voz alta a Svetlana y a Olga a la vez. —Soy culpable. —Svetlana sacudió la cabeza—. Agradezco; tu amabilidad, Antón, pero no tengo ninguna duda acerca de mi culpabilidad. —Yo sí—volvió a llegarme la voz de Olga—. Y, créeme, querido Antón, que las maldiciones maternas tienen una apariencia completamente diferente. La ira de una madre genera una brillante explosión de color negro y un torbellino enorme. Pero se desintegra en un instante. Al menos, casi en todos los casos. Tal vez fuera así. No iba a ponerme a discutir con Olga, que era una especialista en maldiciones y las había visto de todos los colores. Aunque, bien pensado, tenía razón... nadie le desea el mal a su propio hijo... al menos durante mucho tiempo. Pero hay excepciones para todo. —Claro que hay excepciones —convino Olga—. Por eso ahora están empeñados en una verificación a fondo de la madre. No obstante... yo no contaría con una resolución rápida... —¿Es que no hay otra salida, Svetlana? —le pregunté—. ¿No habrá otra forma de ayudar a tu madre? ¿Hacer algo, que no sea el trasplante? —No. Soy médico y conozco muy bien las limitaciones de la medicina. —¿Y si se

ensayara otra cosa, algo ajeno a la medicina? Hizo una pausa, antes de preguntar: —¿A qué te refieres? —A la medicina alternativa —respondí—. Los remedios caseros. —Pero ¿qué dices, Antón? —Ya sé que cuesta creer en esas cosas —me apresuré a responder—. Es un campo lleno de charlatanes, buscavidas y retrasados, pero ¿acaso no habrá algo verdadero en todo eso? —Tú enséñame a una sola persona que haya sido capaz de curar una enfermedad grave —me retó Svetlana con ironía—. No quiero que me cuentes una historia, sino que me pongas delante de esa persona. Del sanador y de sus pacientes. Y, mejor aún, quiero ver a estos últimos antes y después de la curación. —Si lo haces, entonces creeré en lo que quieras. En el espiritismo, la imposición de manos, la magia negra o la magia blanca... No puede evitar sonreír. Quien alardeaba ante mí de su incredulidad era alguien que llevaba encima la más brutal demostración de la existencia de la magia negra. Una demostración de manual. —Puedo demostrártelo —dije, y recordé que en una ocasión trajeron a Danil a la sede de la Guardia Nocturna, recién salido de una pelea que ni siquiera había sido de las más duras. Simplemente, había tenido mala suerte. Participó en la detención de tina familia de teriántropos, que habían incurrido en una pequeña violación del pacto. Estos podían haberse entregado y, de haberlo hecho, tras el juicio ante las Guardias todo habría quedado en una simple amonestación. Pero los teriántropos optaron por ofrecer resistencia. Seguramente habían dejado ya un rastro de sangre sobre cuya existencia la Guardia Nocturna nada sabía y ya no sabrá jamás. Danil entró el primero y lo

destrozaron sin piedad. Le dañaron gravemente el pulmón izquierdo, el corazón, le infligieron una profunda herida en el hígado, le arrancaron de cuajo un riñón. El jefe se ocupó personalmente de reparar a Danil, con la asistencia de todos los agentes de la Guardia que conservaban algo de fuerza en aquel momento. A mí me tocó formar parte del tercer círculo, desde donde nos encargábamos de alimentar de energía al jefe y servir de pantalla de refracción a las influencias externas. Pero eso no me impidió vislumbrar a Danil. Se hundía en el Crepúsculo, solo o acompañado del jefe. Cada vez que volvía al mundo ordinario, la magnitud de sus heridas había disminuido. Era menos complejo que impresionante, ya que se trataba de heridas recientes cuya aparición no estaba escrita en su destino. En definitiva, yo no albergaba la menor duda de que el jefe era capaz de curar a la madre de Svetlana. Aun cuando en un futuro próximo su destino pudiera conducirla a la muerte. Se la podía curar de su dolencia actual. La muerte terminaría llegándole por cualquier otra causa. —Antón, ¿no te da miedo decir esas cosas? Me encogí de hombros. Svetlana suspiró. —Cuando uno da esperanzas, contrae una responsabilidad. No creo en los milagros, Antón. Pero en este momento me siento dispuesta a creer en ellos. ¿No te da miedo? La miré a los ojos. —No. Le temo a muchas cosas, pero no a estas. —Antón, el torbellino ha perdido otros veinte centímetros de altura. El jefe me pide que te transmita sus felicitaciones. Hubo algo que no me gustó en el tono de voz de Olga. Las conversaciones a través del mundo crepuscular difieren bastante de las ordinarias, pero eso no

impide percibir las emociones. —¿Qué ha sucedido? —pregunté a través del velo gris y muerto. —Continúa trabajando, Antón. —¿Qué ha sucedido? —Ojalá yo tuviera esa seguridad en mí misma —dijo Svetlana. Miró hacia la calle, a través de la ventana—. ¿Lo has oído? Ha sido como un estruendo... —Será el viento —aventuré—. O alguien que habrá pasado. ¡Olga, dime algo! —Antón, el torbellino está evolucionando bien. Se reduce lentamente. Tu comportamiento consigue aumentar la capacidad de resistencia de Svetlana. Según los cálculos, a primera hora de la mañana habrá alcanzado un nivel que no represente ningún peligro. Entonces, podré ponerme a trabajar... —¿Dónde radica el problema entonces? ¡Sé que algo está pasando, Olga! ¡Lo siento! No respondió. —¿Es que ya no somos compañeros, Olga? Eso sí funcionó. Desde mi posición, no veía a la lechuza polar pero sabía que mi pregunta había arrancado un brillo a sus ojos y que había mirado brevemente hacia las ventanas del cuartel general, las caras del jefe y el observador de las Tinieblas. —Han surgido problemas con el niño. —¿Con Iegor? —¿En qué piensas, Antón? —preguntó Svetlana. Es complejo mantener dos conversaciones a la vez, una en el Crepúsculo y otra en el mundo ordinario... —Pienso en lo maravilloso que sería poder duplicarse. —La misión que tienes ahora es mucho más importante, Antón. —Olga, explícame qué está sucediendo. —No comprendo qué quieres decir —dijo Svetlana. —¿Sabes lo que ocurre? Que acabo de enterarme de que un conocido mío está en dificultades. En dificultades muy serias. —La miré fijamente a los ojos. —Ha sido la vampira. Se ha llevado al niño. No

experimenté ninguna sensación... Ninguna emoción: ni pena ni ira ni dolor. Solo sentí un gélido vacío que crecía dentro de mí. Probablemente, porque me lo esperaba. No entiendo cómo podía haberlo esperado, pero así era. —¿No estaban el Oso y Tigrecito con él? —Las cosas han salido así, Antón. —¿Qué ha hecho con él? Que le hubiera hecho cualquier cosa, menos iniciarlo. ¡Iniciarlo, no! Que lo hubiera matado. Que fuera eso. Porque la muerte eterna es mil veces más horrible. —Está vivo. Lo ha tomado de rehén. —¿Qué? Aquello era insólito. Jamás había ocurrido algo así. Tomar rehenes es un juego propio de los humanos. —La vampira exige que se negocie con ella. Quiere que se celebre un juicio... confía en salir bien librada. Mentalmente, le puse una nota bien alta a la vampira. Estaba demostrando ser muy lista. No tenía ninguna posibilidad de escapar al cerco. Pero lo que sí podía era endilgarle toda la culpa a su extinto compañero, que la había iniciado... «Yo no sé nada, yo nada tengo que ver —diría—. Él me clavó los colmillos y me convirtió en lo que ahora soy. Desconocía las reglas. No había leído el pacto. En adelante seré una buena vampira, obediente de la ley...» Pensándolo bien, tenía muchas posibilidades de salirse con la suya. Sobre todo, si la Guardia Nocturna entraba a negociar y hacía concesiones. Y lo haríamos... lo haríamos, porque no nos queda otra salida: estamos obligados a defender cualquier vida humana. La noticia me relajó de inmediato. Alguien podría preguntarse qué interés tenía yo en la suerte que corriera aquel mocoso. Si le tocaba ser una víctima legítima de los vampiros y teriántropos, que lo fuera. La vida es así. Y yo me limitaría

a pasar de largo. Aun cuando se tratara de una casualidad. ¿Cuántas veces la Guardia Nocturna había llegado tarde y gente inocente había caído en las garras de los Tenebrosos? Pero esta vez ocurría algo muy curioso: yo ya me había implicado en la lucha por aquel niño, me había internado con él en el Crepúsculo, había derramado mi sangre. Por eso ya no me daba igual la suerte que corriese. No me daba igual en absoluto. En el Crepúsculo las comunicaciones transcurren a un ritmo mucho más veloz que en el mundo ordinario. Pero ahora tenía que acompasar los ritmos de mis charlas con Svetlana y con Olga. —Antón, no te calientes la cabeza con mis problemas. Era como para soltar una carcajada. Sus problemas calentaban la cabeza de cientos de personas, y Svetlana como si nada. Sin embargo, había bastado que me ocupara por un instante de otros problemas, infinitamente menores que los que podía acarrear el vórtice infernal que se cernía sobre ella, para que Svetlana también los hiciera suyos. —Existe una ley de los paralelismos, Svetlana —dije—. Tú tienes problemas, es cierto, pero ahora no me estaba refiriendo a ellos. Hay otra persona que también tiene problemas graves. Se trata de problemas personales, aunque eso no hace que sean menos importantes. Comprendió lo que intentaba decirle, y no se molestó, lo que agradecí. Pero sí creyó necesario hacer una precisión: —Mis problemas también son personales. —No exactamente —repliqué—. Al menos, es lo que me parece. —A esa otra persona, ¿puedes ayudarla? —La ayudarán otros —respondí. —¿Estás seguro? Te agradezco que me hayas escuchado, pero aquí no puedes hacer nada. Es mi destino, que es así

de tonto. —¿Me está echando? —pregunté, dirigiendo mi duda a través del Crepúsculo. En ese momento preferí no interferir en la conciencia de Svetlana. —No —respondió Olga—. No es eso, Antón. Lo que sucede es que está presintiendo la situación. ¿Acaso poseía las facultades de los Otros? ¿O se trataría de un acceso momentáneo favorecido por la inminencia del infierno? —¿Qué es lo que presiente? —Que te necesitan allí. —¿Por qué a mí? —Esa zorra chupasangre y demente... exige que seas tú en persona quien negocie con ella. Dice que solo negociará con quien mató a su compañero. Ahora sí que me sentí totalmente desconcertado. En la Guardia asistí a un curso optativo sobre medidas antiterroristas, pero en realidad estaba orientado más bien a evitarnos recurrir a nuestras aptitudes como Otros si nos veíamos arrastrados a situaciones conflictivas entre gente ordinaria, que a adiestrarnos para trabajos de mayor envergadura. Habíamos estudiado la psicología de los terroristas y, de acuerdo con ella, el comportamiento de la vampira era sumamente lógico. Yo había sido el primer agente de la Guardia que se había cruzado en su camino. Yo había eliminado a quien la inició, que era, además, su pareja. Había concentrado en mi persona la imagen del enemigo. —¿Cuánto hace que planteó esa exigencia? —Diez minutos. Miré a Svetlana a los ojos. Estaban secos, serenos, no había en ellos ni el asomo de una lágrima. Las cosas suelen complicarse cuando el dolor se oculta bajo un rostro impávido. —Ahora debo irme, Sveta. ¿Qué dices a eso? Se encogió de hombros. —Es una situación tan absurda... —añadí—. Tengo la impresión de que me necesitas. De que

necesitas a alguien capaz de escucharte. O al menos que esté dispuesto a permanecer junto a ti, bebiéndose este té frío. Esbozó una sonrisa y asintió casi imperceptiblemente. —Pero tienes razón... hay otra persona que precisa de mi ayuda. —Eres una persona rara, Antón. Negué con la cabeza. —No es que sea raro, es que soy muy raro. —Tengo la sensación de que hoy te veo por primera vez, a pesar de que hace tanto que nos conocemos. Y tengo la impresión de que hablas conmigo y con alguien más al mismo tiempo. —Sí —le dije—. Es exactamente así. —¿Será que me estoy volviendo loca? —No es eso. —Dime la verdad, Antón. No es una casualidad que hayas venido hoy a verme... No respondí de inmediato. Olga comenzó a susurrarme algo, pero se arrepintió. El gigantesco torbellino continuaba girando lentamente sobre Svetlana. —No fue una casualidad, no —le dije—. Vine a ayudarte. Ay de nosotros si nos estaba observando el mago que había impuesto el maleficio... Ay de nosotros si en lugar de tratarse de una «maldición materna», como otra cualquiera, éramos víctimas de un golpe magistral asestado por un profesional... En ese caso, bastaría con dejar que esa nube tenebrosa soltara otra gota de odio. Entonces, la voluntad de vivir de Svetlana se reduciría hasta el más escuálido de los mínimos. Y se produciría la irrupción. Un volcán estallaría en el centro de Moscú, o saltaría una chispa en el circuito de algún satélite militar, o mutaría el virus de la gripe... Nos mirábamos en silencio. De pronto, creí que comenzaba a comprender lo que estaba sucediendo en realidad. Ahí estaba, frente a mí, la clave de todo, y las múltiples versiones que habíamos ido dibujando no eran más que tonterías, el

fruto de seguir viejas tácticas, viejos esquemas, los mismos acerca de cuya inutilidad nos avisó el jefe desde el principio. Pero para llegar a esa conclusión había que pensar creativamente, había que apartarse por un instante de lo que me estaba pasando, fijar la mirada en una pared desnuda o en la estúpida letanía de una pantalla de televisor, resistirme a la disyunción que implicaba el deseo de salvar la vida de un hombrecito que apenas comenzaba a vivir y las de decenas o acaso de cientos de miles de personas. Tenía que encontrar la fuerza que me permitiera apartarme de aquella malsana y horrible elección, y conseguir que la única diferencia que me importara fuese la que mediaba entre si quería morir súbitamente impulsado por la irrupción del infierno a los oscuros confines del mundo crepuscular, o si, por el contrario, prefería una muerte lenta y dolorosa, alimentando en mi propio corazón la pálida llama del desprecio hacia mí mismo... —Tengo que marcharme, Sveta —dije. —¡Antón! —No eran los gritos de Olga. Era la voz del jefe—. Antón... Titubeó. No sabía qué ordenarme, ahora que la situación se había encallado en un callejón sin salida moral. La vampira continuaría en sus trece, exigiendo que yo acudiera a las negociaciones. Si me ordenaba quedarme, el jefe estaría certificando la muerte del niño rehén...y esa era, por lo tanto, una orden que no quería darme. Ni siquiera podía pedirme que lo hiciese. —Vamos a preparar tu retirada... —Avisad a la vampira que me pongo en camino... Svetlana tendió una mano y rozó la mía con suavidad: —¿Volverás? —Volveré al amanecer. —No quiero que te vayas —dijo sin ambages. —Lo sé. —¿Quién eres, en realidad? ¿Sería

ese el momento de iniciarla brevemente en los secretos de la creación, de parar súbitamente la escena y pasar a la siguiente toma? —Te lo explicaré mañana, ¿de acuerdo? —Te has vuelto loco —me llegó la voz del jefe. —¿Seguro que tienes que irte ahora? —¡Dile cualquier cosa menos eso! —chilló Olga, que seguía atentamente mis pensamientos. Pero opté por responder: —Sveta, en aquella ocasión en que te propusieron que te privaras de una parte de ti en aras de prolongar la vida de tu madre, y te negaste... Estarás de acuerdo conmigo en que tu reacción fue correcta... fue racional. ¿No es cierto? Sin embargo, ahora te encuentras mal. Te encuentras tan mal que tal vez no habría valido la pena haber actuado antes irracionalmente. —Si no te marchas ahora, ¿te sentirás mal después? —Sí. —Entonces márchate, Antón. Pero... regresa. Me aparté de la mesa y del té ya frío. El vórtice infernal se balanceaba sobre nosotros. —Por supuesto que volveré —dije—. No todo está perdido. Créeme. No pronunciamos ni una palabra más. Abandoné el apartamento y bajé las escaleras. Oí la puerta cerrarse a mis espaldas. Reinaba un silencio absoluto. Hasta los perros se habían cansado de ladrarle a la noche. Irracional. Mi comportamiento era irracional. Cuando no encuentras una salida acorde a la ética, estás obligado a actuar irracionalmente. ¿Me habían dado alguna vez ese consejo? ¿O estaba recordando una frase escrita en los apuntes que tomaba en clase? ¿No sería, más bien, que estaba buscando una coartada? —Ojo al torbellino... —susurró Olga, cuya voz me sonó desconocida, indistinta. Quise olvidarme de todo aquello por un instante. Abrí la puerta del edificio y salí a la acera helada. La lechuza

polar voló en círculos en torno a mí como si se tratara de un enorme plumón arrastrado por el viento. El vórtice infernal había decrecido. Tal vez no fuera un cambio demasiado significativo si lo evaluábamos en relación con la altura total, pero ya se apreciaba a simple vista que había perdido unos dos metros y medio de alto. —¿Sabías que iba a producirse este descenso? —preguntó el jefe. Negué con la cabeza, mientras admiraba el vórtice. ¿Qué diablos podía haber pasado? ¿Cómo era que ante la aparición de Ignat, un verdadero especialista a la hora de predisponer favorablemente a la gente, el infierno había reaccionado de manera tan tempestuosa y mi ininteligible conversación y mi inesperado abandono habían reducido la altura del torbellino? —Voy a despedir a todo el equipo de análisis —dijo el jefe. Comprendí que se dirigía a toda la Guardia y no únicamente a mí—. ¿Cuándo tendremos una hipótesis de trabajo de lo que ha sucedido? Un coche giró de pronto procedente de la avenida Zelionaia, alumbrándome con los faros. Los neumáticos chirriaban mientras saltaba sobre el asfalto roto, hasta que se detuvo frente a mí. El impresionante descapotable deportivo anaranjado desentonaba brutalmente con los feos edificios prefabricados de una ciudad en la que los jeeps continuaban siendo el medio de transporte más apropiado. Semión se asomó por la ventanilla del lado del conductor y me indicó que subiera. —Me han ordenado que te lleve a toda prisa. Miré a Olga, que percibió claramente mi mirada. —Ve tú solo. Mi misión está aquí. Rodeé el coche y me senté en el asiento delantero. Detrás, estaba tumbado Ilia. Era evidente que el jefe había decidido

reforzar a la pareja que formaban el Oso y Tigrecito. —Antón —me llegó la voz de Olga desde el Crepúsculo—, recuerda que hoy has contraído una deuda. Tenlo presente. No lo olvides ni por un instante. No entendí entonces a qué se refería exactamente. ¿A la brujita de la Guardia Diurna? ¿Qué tendría que ver ella en esto? El coche salió en estampida, golpeándose los bajos del chasis contra el hielo adherido a la vía. Semión soltó un par de maldiciones, dio un volantazo y el coche continuó dando tumbos en dirección a la avenida. —¿A qué idiota le habéis incautado este coche? —pregunté—. Con este tiempo y en un descapotable... Ilia rió por lo bajo. —¡Chitón! Este es el coche de Boris Ignátievich. Es un préstamo que te ha hecho. —¿En serio? —atiné a preguntar mientras me volvía hacia Ilia. El jefe iba a la oficina en el BMW oficial con chófer. Jamás había observado en él ningún apego a lujos tan poco prácticos. —Te lo juro. Por cierto, Antoshka, ¿cómo lo has conseguido dominar...? —Ilia señaló al vórtice, que se elevaba sobre los edificios—. ¡No había notado que tuvieras esas aptitudes! —No lo he tocado. Me limité a hablar con la muchacha. —¿Solo a hablar? También te la habrás tirado, ¿no? Ilia solía comportarse así cuando estaba bajo tensión. Y en ese momento, si algo no nos faltaba, eran precisamente motivos de preocupación. Pero saberlo no impidió que me molestara. Tal vez porque capté cierta intencionalidad en sus palabras... o tal vez me sentí herido en mi orgullo. —No. Y no hables así, Ilia. Te lo ruego. —Perdona —se disculpó—. ¿Qué fue lo que hiciste, entonces? —Conversar. Nada más. El coche llegó por fin a la avenida. —Agarraos bien —nos advirtió Semión. El acelerón me

hundió en el asiento. Detrás, Ilia intentaba encender un cigarrillo. Me bastaron unos veinte segundos para comprender que, comparado con ese, el anterior viaje no había sido más que un tranquilo paseo. —Semión... —grité. El descapotable atravesaba la noche como si quisiera alcanzar las luces de sus propios faros—. ¿Se han ocupado de eliminar la posibilidad de un accidente? —Llevo setenta años conduciendo, Antón —respondió ofendido—. ¡Yo era de los que llevaban camiones de comida a Leningrado cuando el cerco nazi! No tenía por qué dudar de sus palabras, aunque se me ocurrió que aquellos viajes eran menos peligrosos que este. La velocidad era muy distinta y, después de todo, calcular dónde va a caer una bomba es tarea fácil para un Otro. A esas horas nos cruzábamos a cada rato con algún coche. No eran muchos, es cierto, pero aparecían en cualquier momento circulando por aquella avenida desastrosa, por no decir algo más fuerte. Nuestro deportivo no había sido diseñado para saltar sobre tantos baches. —¿Qué fue lo que pasó allá, Ilia? —pregunté por fin, intentando apartar la mirada de un camión que acababa de aparecer frente a nosotros—. ¿Lo sabes? —¿Quieres decir con la vampira y el mocoso? —Sí. —Que la hemos cagado. Eso fue lo que pasó. —Ilia soltó un taco—. Aunque es una cagada relativa, por así decirlo... Se había trabajado bien. Tigrecito y el Oso se presentaron ante los padres del niño como unos parientes lejanos y muy queridos. —La vieja historia de los parientes de los Urales, ¿no? —pregunté, recordando las lecciones del curso en las que nos enseñaban a establecer contacto con los humanos. —Exacto. Todo iba bien. Se

sentaron a la mesa, bebieron, se hartaron de productos típicos de los Urales... comprados en el supermercado del barrio... Recordé la enorme maleta con la que cargaba el Oso. —El caso es que se lo estaban pasando de maravilla. —No había ni un ápice de envidia en la voz de Ilia. Más bien parecía que aprobase la táctica de sus compañeros—. Una buena mesa, calentitos y sin preocupaciones. El chaval estaba con ellos, después se fue a su habitación... ¿Cómo rayos íbamos a saber que era capaz de entrar en el Crepúsculo? Un escalofrío me recorrió la espalda. Cierto, ¿cómo iban a saberlo? ¿Cómo, si yo no se lo había dicho a nadie? Ni a ellos ni al jefe. Me había limitado a sacar al niño del Crepúsculo, derramando unas pocas gotas de sangre. ¡Menudo héroe! Solo en medio del campo de batalla. Ilia continuó su relato sin sospechar nada. —Y en esas estaban cuando la vampira consiguió atraerlo con la Llamada. Fue una Llamada tan precisa y bien dirigida, que los nuestros no la percibieron. Y bien que lo agarró, porque el mocoso no dijo ni pío. Se adentró en el Crepúsculo y subió a la azotea. —¿Cómo pudo subir sin ser visto? —Estaba apenas tres plantas por debajo. Subió trepando por los balcones. Ella lo esperaba arriba. Además, como sabía que vigilaban a su víctima, se escondió en cuanto le echó el guante. La situación ahora es la siguiente: los padres duermen profundamente, la vampira tiene agarrado al niño y no se despega de él. Tigrecito y el Oso están como locos, pero impotentes. Permanecí en silencio. ¿Qué iba a decir? —Nos hemos comportado como unos verdaderos tontos —concluyó Ilia—. Y una fatal secuencia de los acontecimientos ha hecho también lo suyo,

claro. Parece increíble, porque el chico ni siquiera llegó a ser iniciado... Pero ¿quién iba a imaginarse que podía internarse en el Crepúsculo? —Yo lo sabía. No sé si fueron los recuerdos o el miedo ante la alocada carrera del descapotable, pero de pronto me encontré asomándome al Crepúsculo. ¡Qué suerte tienen las personas corrientes, aquellas que jamás verán el mundo crepuscular! ¡Qué pena también, porque no les ha sido concedido verlo! Un insondable cielo gris en el que no brilla ni ha brillado jamás una sola estrella. Un cielo maleable como la gelatina, iluminado por una luz triste y mortecina. Todas las siluetas se suavizaron, difuminándose: las de las casas, por cuyas paredes se extendieron alfombras de musgo azulado, las de los árboles, cuyas ramas, en el mundo crepuscular, se mueven sin atender a la dirección del viento, y las de las farolas, sobre las que volaban las aves del Crepúsculo, moviendo apenas sus pequeñas alas. Súbitamente, los coches que venían a nuestro encuentro aminoraron la velocidad; los transeúntes casi no movían las piernas al andar. Un cedazo gris filtraba los colores y los sonidos parecían atravesar tapones de algodón antes de rebotar en los tímpanos. Era como una película muda en blanco y negro, el capricho exquisito de un director de cine. El mundo del que extraemos nuestra energía. El mundo que se bebe nuestras vidas. El Crepúsculo. Se sale de él tal como se ha entrado. La gris penumbra deshará la piel con la que te haya ido cubriendo la vida y extraerá ese núcleo que los hombres suelen llamar alma, para catarlo hincándole los colmillos, como se prueba la solidez de un diamante. Y solo entonces, cuando sientas que te crujen los

huesos apretados entre las mandíbulas del Crepúsculo y te rodee un aire gélido e hiriente como las babas de una serpiente... solo entonces te habrás convertido en uno de los Otros. Y elegirás de qué lado te colocas. —¿El niño aún está en el Crepúsculo? —pregunté. —Los cuatro están en él... —Ilia también se internó en el mundo crepuscular—. ¿Cómo es que no dijiste nada, si lo sabías, Antón? —No se me ocurrió. No le di importancia. No estoy habituado al trabajo operativo. Ilia hizo un gesto de contrariedad. No era un reproche, porque, en realidad, no sabemos lanzarnos reproches, y menos aún cuando pueden estar justificados. No tiene sentido hacerlo, puesto que ya padecemos un castigo que se extiende alrededor de nosotros. El Crepúsculo nos da fuerzas inasequibles para cualquier humano; nos da una vida prácticamente eterna si la medimos con los parámetros ordinarios. Pero también, cuando nos llega la hora, nos lo quita todo de un golpe. En cierta forma, todos vivimos hipotecados. Y eso es válido no solo para los vampiros y los teriántropos, obligados a matar para conseguir prorrogar su existencia. Los Tenebrosos no pueden permitirse hacer el Bien. Nosotros, por el contrario, somos incapaces de hacer el Mal. —Si fracaso en esto... —No terminé la frase. ¿Para qué seguir, cuando todo estaba claro? **8**

Vista desde el Crepúsculo, la escena tenía una extraña belleza. Sobre la azotea de uno de esos

feos edificios prefabricados que atestan nuestras ciudades, refulgían luces de diversos colores. En el mundo crepuscular solo las emociones tienen color. Y las emociones estaban a flor de piel. De entre todas las luces, la más brillante era una columna de fuego carmesí que subía hasta clavarse en el cielo. Era el miedo de la vampira. Y su rabia. —Es potente esa vampira —dijo Semión, mirando hacia la azotea. Acto seguido cerró la puerta del coche de una patada, respiró hondo y comenzó a quitarse la ropa. —¿Eso a qué viene? —pregunté. —Subiré por el exterior... trepando por los balcones. Te aconsejo que hagas lo mismo, Ilia. A ti, Antón, te resultará más fácil adentrarte en el Crepúsculo. —¿Cómo es que te ha dado por eso? —Así es mejor. Tendrá menos posibilidades de descubrirme. Eh, no os preocupéis... llevo sesenta años dedicándome al alpinismo. Fui el que bajó la bandera nazi del monte Elbrus. Semión se quedó en camisa y depositó el resto de la ropa sobre el capó. A continuación, con un súbito conjuro, ocultó las prendas y hasta el propio coche. —¿Estás seguro de que es mejor así? —insistí. Semión me dedicó un gesto burlón y se encogió de hombros, antes de entregarse a una breve sesión de gimnasia, que incluyó flexiones de piernas y molinetes con los brazos, como si fuera un atleta en pleno calentamiento. Concluidos los ejercicios, se dirigió al trote hacia el edificio. La débil nevada depositaba unos copos sobre sus hombros. —¿Lo conseguirá? —le pregunté a Ilia. Yo sabía cómo trepar por la pared de un edificio en el Crepúsculo. Al menos, tenía un conocimiento teórico de ello. Pero trepar en el mundo corriente, sobre todo cuando se trataba de hacerlo sin herramientas ni arneses, era algo muy distinto. —Tendrá que conseguirlo —respondió Ilia sin mostrar demasiado convencimiento—. En una ocasión nadó durante diez minutos por los meandros subterráneos del río Yauza... y llegué a pensar que no saldría vivo. —Son treinta años dedicados al buceo —confirmé. —Cuarenta... Me pongo en marcha, Antón. ¿Cómo subirás tú? ¿En ascensor? —Sí. —Andando, entonces. No perdamos tiempo... Ilia se internó en el Crepúsculo y echó a correr tras los pasos de Semión. Lo

más probable era que subiesen por paredes distintas, pero no me sentí con ganas de averiguar cuál elegiría cada uno. Tenía mi propia ruta de ascenso, y probablemente no iba a resultar más fácil. —Qué desgracia que toparas conmigo aquel malhadado día, jefe... —farfullé mientras corría hacia la entrada. La nieve crujía bajo mis pasos y la sangre me golpeaba las sienes. Sin aminorar la marcha, saqué la pistola de la funda y revisé el cargador. Llevaba ocho balas explosivas de plata. Debería ser suficiente. Con tal de que acertara los disparos, claro. Con tal de que fuera capaz de aprovechar el instante en el que podría dar en el blanco, adelantándome a la vampira y preservando la integridad del niño. —Te habríamos encontrado tarde o temprano, Antón. Si no lo hubiéramos hecho nosotros, te habrían detectado los de la Guardia Diurna. Y también ellos habrían podido hacerse con tus servicios. No me sorprendió que estuviera siguiendo mis pasos y mis pensamientos. Por una parte, porque la gravedad de la operación era máxima, y por otro, porque, fuera como fuese, él había sido mi iniciador en la Guardia. —Boris Ignátievich, si sucediera algo... —Me abrí la chaqueta y guardé la pistola en la espalda, sujeta con el cinturón—. Respecto a Svetlana... —Ya han verificado concienzudamente a su madre, Antón. No es ella. No tiene la capacidad para proferir una maldición de esa magnitud. De hecho, no está capacitada para nada de esto. —No me refiero a eso. He estado pensando, Boris Ignátievich, que no mostré pena por ella. —¿Y eso qué podría significar? —No lo sé. Pero lo cierto es que no lo hice. No la animé. Tampoco la justifiqué. —Ya entiendo. —Y ahora... déjeme solo, se lo ruego. He de hacer mi trabajo. —De acuerdo. Y perdóname que te haya interrumpido en medio de la misión. Suerte, Antón. En mi memoria no había registrada ni una sola ocasión en que el jefe se disculpara ante alguien o por algo. Pero no tuve tiempo de paladear la sorpresa, porque el ascensor ya había llegado. Pulsé el botón del último piso y, en un gesto automático, cogí los auriculares, sueltos desde hacía rato, y me los encajé en los oídos. Curiosamente, sonaba música en ellos. Me

pregunté en qué momento había puesto en marcha el reproductor.

¿Qué suerte me espera?

No será ahora cuando se decida;

para algunos no soy nadie,

pero me tengo por el amo.

Y aquí permanezco, en las Tinieblas;

para algunos soy una sombra,

para otros, invisible.

Adoro la música de Picnic. ¿Se le habrá ocurrido a alguien verificar si Shkliarski es un Otro? Valdría la pena hacerlo... Aunque tal vez sea mejor dejarlo todo como está. Que siga cantando alegremente. Se me escapan los pasos del baile, como todo se me escapa, sin que se me ocurra lamentarlo.

Hoy me parezco a una lluvia que no llegó a caer,

a una flor que no llegó a abrirse.

Porque soy, soy, soy... soy invisible.

Porque soy, soy, soy... soy invisible.

Nuestros rostros son de humo, nuestros rostros son de humo,

y cuando hayamos vencido, nadie lo sabrá...

¿Acaso no había una voluntad profética en ese último verso? El ascensor se detuvo. Subí al rellano del último piso y observé la trampilla que daba acceso a la azotea. Habían arrancado el candado, cuya armella colgaba rota y retorcida. No podía ser obra de la vampira, porque esta habría volado hasta la azotea. Era más propio de ella subir así. Y el niño había trepado por los balcones. Sin duda, aquel candado roto sería obra de Tigrecito o del Oso. Del Oso, más bien, porque Tigrecito habría descerrajado la trampilla de un golpe. Me quité la chaqueta y la dejé en el suelo junto al discman, del que salía la música en un rítmico susurro. Comprobé que la pistola estuviera bien sujeta a la espalda. Lo estaba. Así que los medios técnicos valen de poco, ¿no, Olga? Eso ya lo veríamos. Ya lo veríamos. Lancé mi sombra hacia arriba, proyectándola en el aire. Después me erguí y me sumergí en ella. Ya en el Crepúsculo, subí por la escala de hierro que conducía a la trampilla. El musgo azulado que recubría los escalones cedía a la presión de mis dedos amenazando con hacerme resbalar. —¡Antón! Salí de un salto a la azotea. El fuerte viento que soplaba me obligó a encogerme. Era un viento desaforado, con ráfagas que golpeaban como puñales de hielo. No supe si se trataba de un eco de la ventisca que soplaba en el mundo ordinario o si era un furioso capricho del mundo crepuscular. En un primer instante, la caja de hormigón del sistema de ascensores, que se levantaba sobre la azotea, me protegió de su ira, pero bastó que diera un paso y saliera a la intemperie para que el frío me penetrara hasta los huesos. —¡Antón! ¡Estamos aquí! Tigrecito se encontraba a unos diez metros de mí. Al verla, sentí una súbita y pasajera envidia, porque era evidente que a ella el frío no le hacía la menor mella. No sé de dónde sacan los teriántropos y los magos la masa que necesitan para operar sus transformaciones. No

parece que sea del Crepúsculo, y es obvio que no la encuentran en el mundo ordinario. La propia Tigrecito pesaba unos cincuenta kilos, acaso unos pocos más, cuando adoptaba una apariencia humana. La joven tigresa en posición de combate que en ese momento veía en la helada azotea debía de pesar ciento cincuenta como mínimo. Su aura desprendía una miríada de partículas de polvo anaranjadas y la excitación generaba oleadas lentas y pausadas que irisaban su pelaje. La cola se movía lentamente de un lado a otro y la misma precisa lentitud marcaba el apenas perceptible movimiento de su garra anterior derecha, que arañaba la superficie asfaltada, en la que ya se adivinaba la placa de hormigón. La primavera siguiente, alguno de los vecinos tendría que soportar las goteras provocadas esta noche. —¡Acércate, Antón! —masculló Tigrecito sin volverse—. ¡Aquí la tienes! La distancia que separaba al Oso de la vampira era todavía más corta que la que tendría que salvar Tigrecito para alcanzarla. Su imagen era, además, aún más temible que la de su compañera. En esta ocasión había decidido transformarse en un oso blanco. Un oso blanco que, a diferencia de los genuinos osos del Ártico, era de un blanco puro como el de la nieve fresca, tal como se los suele representar en los libros infantiles. Sí, seguro que el Oso era un mago y no un teriántropo reeducado, porque los teriántropos están dotados de la posibilidad de encarnar uno o, como mucho, dos cuerpos, mientras que al Oso yo ya lo había visto convertirse en un oso gris, en ocasión de un carnaval que organizamos para la delegación norteamericana de la Guardia, así como en un oso pardo, durante unas clases prácticas de transformación. La vampira estaba parada en el borde de la azotea. Se la veía bastante desmejorada desde nuestro anterior encuentro. Durante esta primera etapa de metamorfosis, el organismo de los vampiros requiere sangre fresca de forma ininterrumpida. Pero tampoco convenía sacar conclusiones demasiado apresuradas basándose en su aspecto, porque su agotamiento era meramente exterior y, aunque le producía enormes sufrimientos, no mermaba sus fuerzas en absoluto. La quemadura de la cara

casi había desaparecido, y apenas se adivinaba por una pálida huella. —¡Aquí estás! —exclamó la vampira en un tono triunfal. Se diría, incluso, que demasiado triunfal, como si en lugar de haberme convocado para unas negociaciones, ya diera estas por concluidas a su favor, y yo me hubiera presentado para ser inmolado. —¡Aquí estoy! Iegor, en primer plano, servía de escudo a la vampira ante un posible ataque de los agentes operativos. Se hallaba en el Crepúsculo que ella misma había creado, y eso impedía que perdiera el conocimiento. Permanecía en silencio, inmóvil, mirándonos alternativamente a Tigrecito y a mí. Era evidente que confiaba más en nosotros. La vampira tenía sujeto al chico con un brazo cruzado sobre el pecho. La mano que le quedaba libre, con las uñas peligrosamente afiladas y prestas, se balanceaba muy cerca de su garganta. No era difícil calibrar la gravedad de la situación. Se trataba de un empate técnico. Si Tigrecito o el Oso hacían un solo ademán de saltar sobre ella, a la vampira le bastaría un golpe para arrancarle la cabeza a Iegor. Y una herida semejante era imposible de curar. Ni siquiera nosotros podíamos hacerlo. Por otra parte, si se atrevía a matar al chico, no habría nada que nos contuviera para atacarla y acabar con ella. Uno nunca debe arrinconar a un enemigo. Y menos aún cuando se dispone a matarlo. —Querías que viniera y aquí estoy. —Alcé las manos para que viera que no escondía nada y empecé a acercarme a ella. Cuando llegué a la altura de Tigrecito y el Oso, la vampira sacó los colmillos y gritó: —¡Alto! —No llevo estacas de álamo, ni amuletos de combate. No soy mago. No puedo hacerte nada. —¡Ese amuleto! ¡El que llevas colgado al cuello! Así que era eso... —No tiene nada que ver contigo. Me sirve para defenderme de alguien que es infinitamente superior a ti. —¡Quítatelo! Eso sí que no me gustaba... no me olía nada bien. Tiré de la cadena hasta romperla y dejé caer el amuleto a mis pies. Ahora Zavulón podía descargar su fuerza sobre mí, si le venía en gana. —Ya me lo he quitado. Ahora, habla. ¿Qué es lo que quieres? La vampira volvió la cabeza. Su cuello le permitió hacer un giro de trescientos sesenta grados. ¡Vaya! Aquello

no lo había oído yo mentar en mi vida... y, por lo visto, tampoco los agentes operativos, pues Tigrecito soltó un feroz gruñido. —¡Aquí se esconde alguien! —La voz de la vampira seguía siendo una voz humana, en concreto la típica voz histérica y sibilante de una muchacha estúpida que acababa de adquirir fuerza y poder—. ¿Quién es? ¿Quién? Con la mano izquierda, de cuyos dedos habían crecido unas uñas descomunales, presionó el cuello de Iegor. Me estremecí al pensar en lo que podía pasar si saltaba aunque solo fuera una gota de sangre. ¡Entonces sí que la vampira perdería cualquier asomo de continencia! Con la mano libre hizo un torpe gesto acusador en dirección al borde de la azotea. Me obligó a recordar aquella vieja imagen de Lenin encaramado sobre un carro de combate. —¡Que salga! Dejé escapar el aire que contenía en los pulmones y llamé: —Ilia, sal... Los dedos de Ilia se dejaron ver en la cornisa. Un instante después, salvaba el escaso muro que rodeaba el tejado y se colocaba junto a Tigrecito. ¿Dónde rayos había estado escondido? ¿En el tejadillo que cubría el último balcón? ¿O acaso colgando de los brotes de musgo azul? —¡Lo sabía! —exclamó la vampira, otra vez en tono triunfal—. ¡Habéis querido tenderme una trampa! No parecía que se hubiera percatado de la presencia de Semión. ¿Acaso nuestro flemático compañero había dedicado otro de sus siglos de vida al aprendizaje del ninjutsu? —Tú no eres quién para hablar de trampas. —¡Puedo mentir cuanto quiera! —Por un instante, un brillo humano iluminó los ojos de la vampira—. ¡Porque, al contrario que vosotros, yo sí sé mentir! Si eso era lo que quería creer, no íbamos nosotros a estropearle la noche con lecciones. Cree en lo que quieras y ten fe, pensé. Si crees, por ejemplo, que el concepto de «mentira piadosa» solo sirve para los sermones... pues, créetelo. Y si crees que aquello de que «solo los puños traen el Bien» no es más que un verso de un poeta de triste memoria... pues ten fe en que así sea. —¿Qué es lo que quieres? —repetí. La pregunta pareció confundirla por un instante, como si no se la hubiera planteado antes. —¡Vivir! —Pues has llegado tarde. Ya estás muerta. —¿Ah, sí? —volvió a

estallar—. ¿Tienes alguna idea de si las muertas pueden arrancar cabezas? —Sí que pueden. De hecho, eso es lo único que saben hacer. Nos mirábamos fijamente; todo era tan raro como si estuviésemos actuando sobre un escenario, manteniendo una conversación absurda, porque era imposible que llegáramos a entendernos. Ella estaba muerta. Su vida equivalía a la muerte de los demás. Yo, en cambio, estaba vivo. Aunque, desde su perspectiva, la situación era justamente la contraria. —No ha sido culpa mía —dijo de pronto, y su voz se serenó y suavizó. Incluso la mano que amenazaba el cuello de Iegor pareció ceder a la relajación general—. Vosotros, vosotros que os llamáis Guardia Nocturna... los que pasáis las noches en vela y os habéis arrogado el derecho de proteger al mundo de la amenaza de las Tinieblas... ¿dónde estabais cuando se bebían mi sangre? El Oso dio un pasito adelante. Un paso verdaderamente minúsculo, como si en lugar de levantar una de sus enormes patas, en realidad hubiera dejado que el viento la deslizara. Pensé que continuaría deslizándose unas cuantas decenas más de minutos, como llevaba haciéndolo durante la hora que había transcurrido desde el comienzo del enfrentamiento. Lo haría hasta que considerara que tenía suficientes posibilidades de éxito. Y entonces saltaría... y, si había suerte, conseguiría arrancar al niño del abrazo de la vampira con apenas un par de costillas rotas. —No podemos estar al corriente de todo lo que ocurre —respondí—. Es sencillamente imposible. Me sorprendí descubriendo que comenzaba a darme pena la vampira. No me daba pena el chico, que se había visto atrapado en aquel juego entre la Luz y las Tinieblas, ni la joven Svetlana, que cargaba con la maldición, ni la inocente ciudad sobre la que estaba a punto de derramarse... Era la vampira quien me daba pena. Porque en algo tenía razón... Sí, ¿dónde estábamos nosotros, los de la Guardia Nocturna, mientras ella sufría el ataque? —De todos modos, pudiste elegir —añadí—. Eso no puedes negarlo. La iniciación solo se produce cuando hay mutuo acuerdo entre las partes. Pudiste haber muerto. Honradamente. Como mueren los humanos. —¿Honradamente? —La

vampira sacudió la cabeza dejando que su cabellera se le derramara sobre los hombros. ¿Dónde estaría Semión? ¿Tanto costaba trepar hasta la azotea de un edificio de veinte plantas?—. Ya me hubiera gustado... honradamente. Pero y aquel... que estampó su firma en las licencias... que me destinó a convertirme en mero alimento... ¿También él actuó honradamente? Por la Luz y las Tinieblas... Ella era algo más que la víctima de un vampiro sediento de sangre. Se la había señalado como pieza de caza. Un golpe de suerte la había elegido. Y no había dispuesto de más destino que el de ofrecer la vida para alimentar una muerte ajena. Pero había ocurrido un imprevisto: el joven que cayó a mis pies convertido en un montón de polvo, incinerado por el sello que llevaba estampado en el cuerpo, se había enamorado de ella... y en lugar de limitarse a succionarle la vida, optó por convertirla en un ser semejante a sí mismo. Además de arrancar cabezas, los muertos saben amar. Lo malo es que su amor también necesita de la sangre. Tras iniciarla, tenía que ocultarla, porque había cometido un acto ilegal. Además, tenía que alimentarla, y para ello solo podía servirse de sangre de un ser vivo y no de las bolsitas de plástico que llenaban ingenuos donantes. Fue entonces cuando se entregaron al bandidaje por las calles de Moscú y llamaron nuestra atención, la de los Luminosos, los defensores de la Luz, los entregados agentes de la Guardia Nocturna, los mismos que arrojamos a la gente a las fauces de los seguidores de las Tinieblas. Lo más difícil en una guerra es comprender al enemigo. Porque comprenderlo equivale a perdonarlo. Y ese es un derecho que no tenemos... estamos privados de él desde la creación del mundo. —Lo que no puedes negar —insistí— es que pudiste elegir. Denunciar la traición ajena no vale para justificar la propia. Se rió por lo bajo. —Sí, claro... ya sé lo que quieres decir, generoso siervo de la Luz... Claro que tienes razón... y que puedes repetirme mil veces que estoy muerta. Que mi alma ardió y se disolvió en el Crepúsculo. Lo que me gustaría que explicaras a esta criatura vil y maligna que te habla es qué diferencia hay entre nosotros. Y espero una explicación

convincente. —La vampira bajó la cabeza, miró a Iegor a los ojos y le dijo en tono confidencial, casi amistoso—: Tú, muchacho, ¿me comprendes? Responde. Dame una respuesta sincera, sin reparar en mis uñas. Digas lo que digas, no me daré por ofendida. El Oso volvió a deslizarse hacia delante. Apenas avanzó unos milímetros. Percibí que sus músculos se tensaban, que se preparaba para dar un salto. Entretanto, Semión apareció en silencio detrás de la vampira, desplazándose lenta y armoniosamente, sin que esa figurada parsimonia restase fluidez a sus movimientos. No pude evitar preguntarme qué mañas le permitían dotarse de aquella precisión para moverse por el mundo ordinario. —¡Eh, chico, despierta! —dijo alegremente la vampira—. ¡Responde! ¡Responde sinceramente! Y si de verdad crees que es él, y no yo, quien tiene razón... si de verdad te tragas todo esto... te soltaré. Capté la intención que se dibujaba en el rostro de Iegor. Y supe cuál sería su respuesta. —Tú también... Tú también tienes razón. Todo era vacío y gelidez. Sin la menor concesión a las emociones. Había que conseguir que estas se manifestaran, que ardiesen en una hoguera invisible para los hombres. —¿Qué quieres? —le pregunté de nuevo a la vampira—. ¿Volverá existir? Pues, entonces, inténtalo al menos... y entrégate. Habrá un juicio, un juicio conjunto ante las dos Guardias... La vampira me miró fijamente y negó con la cabeza. —Eso no... porque no creo en vuestro juicio. Ni creo en las Guardias... Ni en la Nocturna... ni en la Diurna. —¿Para qué me has hecho venir, entonces? —pregunté. Semión seguía acercándose a la vampira. —Para vengarme —respondió ella serenamente—. Tú mataste a mi amigo. Ahora yo mataré al tuyo, y ante tus propios ojos. Después... lo intentaré contigo. Puede que esto último no lo consiga... —Hizo una pausa y sonrió—. Pero no importa. Para ti ya será bastante cargar con la culpa de no haber podido salvar a este niño. ¿Acaso no estoy en lo cierto, agente de la Guardia Nocturna? Otorgáis las licencias sin mirar a la cara de los sacrificados, pero basta que veáis el rostro de las víctimas para que aflore en vosotros la moral... toda vuestra barata, falsa y perversa

moral... Semión saltó. Y, al mismo tiempo, se abalanzó el Oso. Había algo hermoso en aquella proyección, más rápida que la de cualquier proyectil, que la de cualquier maleficio, porque, a fin de cuentas, se trataba únicamente de la fuerza de aquellos cuerpos que asestaban el golpe y de la habilidad que demostraban tras veinte, cuarenta o cien años de adiestramiento. No obstante, la contemplación de la escena no me impidió sacar rápidamente la pistola que llevaba oculta y apretar el gatillo, aun a sabiendas de que la bala se desplazaría perezosamente, como si se tratara de una de esas escenas «a cámara lenta» de alguna barata película de acción, y que antes de llegar a su destino le concedería a la vampira el tiempo necesario para esquivarla y el instante necesario para matar. De pronto, Semión se pegó al aire, se aplastó casi contra él, como si hubiera chocado contra una pared de vidrio, y pareció reptar por un obstáculo invisible mientras se internaba en el Crepúsculo. El Oso, cuyo volumen era mayor, tropezó y se vio proyectado hacia atrás. La bala, que se dirigía lentamente hacia la vampira con el grácil vuelo de una libélula, estalló en una chispa de fuego y desapareció. De no haber sido por la sorpresa que se reflejó en los ojos de la vampira, habría pensado que la coraza protectora era obra de ella... aun cuando sé muy bien que semejante privilegio solo está reservado a los magos de suprema categoría. —Los dos están bajo mi protección... —dijo una voz detrás de nosotros. Me volví y topé con la mirada fija de Zavulón. Me sorprendió que la vampira no cediera al pánico. Como me sorprendió también que no matara a Iegor. El fracasado ataque y la irrupción del Mago de las Tinieblas parecieron sorprenderla mucho más que a nosotros, porque al menos yo me esperaba algo así, desde el instante en que me despojé del amuleto. Y no me sorprendió que se presentara tan pronto. Los Tenebrosos tienen sus propias sendas. Las preguntas que me hacía eran otras: ¿por qué Zavulón había preferido acudir a participar en una escaramuza sin mayor trascendencia, abandonando su puesto de observador en nuestro cuartel general? ¿Acaso había perdido el interés por Svetlana y el vórtice que se cernía

sobre ella? ¿O había comprendido algo que nosotros todavía éramos incapaces de intuir? ¡La maldita costumbre de calcular las posibilidades! Es una cualidad de la que carecen los agentes operativos, porque la naturaleza misma de su trabajo se basa en la reacción inmediata a los peligros, al combate, y solo conoce la victoria o la derrota. Ilia ya empuñaba el bastón mágico. La luminiscencia violeta que emanaba de él resultaba demasiado brillante para que fuese obra de un mago de tercera categoría y demasiado regular para que respondiera a un intempestivo brote de energía. Seguramente, había sido el jefe el encargado de cargarlo. ¿Qué podía significar esa prevención? ¿Que se había olido lo que se nos vendría encima? ¿Significaba aquello que esperaba la aparición en el escenario de alguien dotado de una fuerza comparable a la suya? Tigrecito y el Oso no se molestaron en cambiar de aspecto. Sus habilidades mágicas no dependían de la envoltura física que adoptaran y mucho menos, claro, de que esta fuese humana. El Oso seguía con la mirada fija en la vampira, ignorando abiertamente a Zavulón. Tigrecito se colocó junto a mí. Semión, con los brazos en jarras, en una postura a todas luces provocativa, rodeó lentamente a la vampira. Tampoco él pareció reparar demasiado en el Mago de las Tinieblas, como si hubiera decidido dejar que fuéramos nosotros quienes nos ocupásemos de él. —¿Cómo que los dos? —rugió Tigrecito. No fui capaz de comprender de inmediato qué había despertado su ira. —Ambos están bajo mi protección —repitió Zavulón, que vestía un desaliñado abrigo negro y una ajada gorra de piel oscura. Tenía las manos ocultas en los bolsillos, pero algo me decía que no lo hacía con la intención de ocultar amuletos o pistolas. No llevaba nada en ellas. —¿Quién eres? —exigió la vampiro—. ¿De dónde has salido? —He venido a defenderte. Soy tu protector. —Mientras hablaba, Zavulón miraba en mi dirección, aunque lo hacía como si no reparara en mí, como si su mirada resbalase sobre mí, deslizándose hacia un lado—. Soy tu amo. ¿Cómo diablos se le ocurría a Zavulón salir con aquello? La vampira no tenía ni la menor idea de la correlación de fuerzas y

estaba totalmente fuera de sí. Estaba dispuesta a morir... o, más bien, a echar el cierre a su existencia. Y de pronto se le aparecía una posibilidad de salvarse. Pero ¿con ese tono rimbombante? —¡Yo no tengo amos! —La joven, cuya vida era el fruto de una muerte ajena, prorrumpió en una sonora carcajada—. ¡Seas quien seas, pertenezcas a la Luz o a las Tinieblas, recuérdalo siempre! ¡No tengo amos ni los tendré jamás! Comenzó a retroceder hacia el borde de la azotea, arrastrando a Iegor consigo. No modificó ni un ápice su postura: sujetaba con fuerza al niño con un brazo y con la mano que le quedaba libre amenazaba su garganta. Un rehén... ¿qué mejor jugada podía hacer para enfrentarse a las fuerzas de la Luz? Aunque tal vez también resultase eficaz para enfrentarse a las huestes de las Tinieblas. —Zavulón, aceptamos tu propuesta —dije. Llevé una mano al tenso lomo de Tigrecito—. Es tuya. Llévatela y custódiala hasta que se le celebre el juicio. Respetamos el pacto. —Me los llevo conmigo... —Zavulón miraba al frente. El viento le golpeaba con fuerza el rostro, pero permanecía con los ojos abiertos y sin parpadear, como si los hubieran esculpido en un trozo de cristal—. La mujer y el niño son nuestros. —No. Solo la vampira es vuestra. Ahora sí condescendió a mirarme: —Adepto de la Luz, solo me estoy llevando lo que es mío. También yo respeto el Gran Pacto. La mujer y el niño son nuestros. Ambos lo son. —Eres más poderoso que cualquiera de nosotros, Zavulón —le advertí—, pero estás solo. El Mago de las Tinieblas sacudió la cabeza y sonrió con pena, como apiadándose de mí. —Eso no es cierto, Antón Gorodetski —replicó mientras dos jóvenes salían del ascensor. Yo los conocía. ¡Vaya si los conocía! Eran Alisa y Piotr, los agentes de la Guardia Diurna. —¡Iegor! —lo llamó Zavulón sin alzar demasiado la voz—. ¿Ya has comprendido la diferencia que nos separa? Si es así, dime: ¿cuál de los dos lados prefieres? El niño no abrió la boca para responder. Aunque tal vez fuera porque las uñas de la vampira le rozaban la garganta. —Parece que tenemos un problema, ¿no? —susurró Tigrecito. —Y de los grandes —asentí. —¿Cuál es vuestra decisión final? —preguntó Zavulón,

cuyos agentes permanecían en silencio, como ajenos a lo que ocurría. —Esto no me gusta nada —dijo Tigrecito, que proyectaba ligeramente el cuerpo hacia Zavulón. Con movimientos firmes y regulares, su cola me golpeaba a la altura de la rodilla—. No me gusta el punto de vista de la Guardia Diurna... no me gusta el modo en que se enfoca esta situación... Era evidente que el Oso compartía la opinión. Siempre que trabajaban juntos, uno de ellos hablaba por los dos. Entretanto, Ilia no dejaba de juguetear con el bastón, haciéndolo girar entre los dedos. Sonreía con malicia y cierto aire soñador. Parecía un niño que en lugar de sostener una pistola de plástico hubiera bajado a jugar al patio con una Uzi cargada. Semión, por su parte, no daba mayor importancia a lo que estaba sucediendo. No era de los que se entretienen en reparar en detalles. Llevaba setenta años saltando por las azoteas de medio mundo. —Debo entender, Zavulón, que hablas en nombre de la Guardia Diurna, ¿es así? —pregunté. De pronto, una sombra oscureció por un instante la mirada del Mago de las Tinieblas. ¿Qué podía significar esa súbita sombra? ¿Qué podía haber hecho que Zavulón abandonara el cuartel general, menospreciando la posibilidad de participar en el seguimiento de un mago desconocido y dotado de una enorme fuerza, e incluso la posibilidad de atraerlo hacia la Guardia Diurna? Nadie desperdicia una ocasión semejante así como así, aunque sea para actuar a favor de una vampira y de un jovencito en quien se ha detectado un interesante potencial. ¿Qué movía a Zavulón a generar un enfrentamiento? Y, sobre todo, ¿qué le impedía manifestar claramente que actuaba en nombre de la Guardia Diurna? Porque de eso último, de su reticencia a vindicar su actuación como una misión de la Guardia Diurna, no me quedaba la menor duda. —Estoy hablando a título personal —dijo Zavulón. —Entonces, aquí de lo que se trata es de un pequeño desacuerdo privado —apunté. —Así es. Se resistía a implicar a las Guardias, en cuanto tales. En ese momento no éramos agentes. Solo éramos Otros, aunque perteneciéramos a las Guardias, aunque estuviésemos de servicio. Algo impedía a Zavulón darle a

ese conflicto la categoría de enfrentamiento oficial. ¿Qué razón podía tener para ello? ¿Tan seguro estaba de sus propias fuerzas? ¿O acaso temía que se presentara mi jefe? Ahora sí que no entendía nada. Y lo que menos entendía era cómo había podido abandonar el cuartel general y la cacería que desde allí se organizaba, cómo podía abandonar el asedio al mago que había impuesto la maldición a Svetlana. Primero, insistían en que les fuera entregado a los Tenebrosos. ¿Por qué de pronto les daba igual? ¿Qué sabía Zavulón? ¿Qué se nos escapaba a nosotros? —Vuestras penosas... —comenzó a decir el Mago de las Tinieblas. Pero no tuvo tiempo de terminar la frase. La víctima decidió jugársela. Antes de volverme, tuve tiempo de oír el sorprendido y desesperado rugido del Oso. Iegor, tras media hora de representar el papel de rehén inmovilizado por la vampira, estaba difuminándose, desapareciendo. Había decidido hundirse en las capas profundas del Crepúsculo. La vampira apretó los brazos, acaso con la intención de retenerlo, acaso con la de matarlo. Al no conseguirlo, ensayó un zarpazo perfectamente calculado, salvo por el hecho de que ya no encontró a un ser vivo al final de su recorrido. El golpe se lo propinó a sí misma. Un fuerte zarpazo en el pecho, a la izquierda, sobre el corazón. ¡Sí que era una lástima que aquella bruja ya no fuese un ser vivo! El Oso dio un salto y cruzó como un bólido el espacio que un momento antes había ocupado Iegor. El impacto derribó a la vampira y la mole peluda cubrió casi por completo su cuerpo. Solo una de sus garras consiguió escapar al aplastamiento y se aplicó a golpear espasmódicamente el flanco del agresor. En ese mismo instante, Ilia levantó el bastón. La luz violeta se hizo más tenue por un segundo, antes de que el bastón estallara y se convirtiera en una columna de fuego blanco. Era como si Ilia tuviese en las manos un proyector que acabara de arrancar de un faro; un proyector que lanzaba una luz cegadora y casi corpórea. Con enorme esfuerzo, Ilia cogió impulso con los brazos, mientras el rayo de luz marcaba el cielo gris de Moscú con una intensidad que no se veía desde los tiempos de la guerra, y descargó sobre Zavulón todo

el peso de aquella maza descomunal. Zavulón soltó un grito. El impacto lo arrojó contra el suelo, aplastándolo, y la columna de luz se desprendió de las manos de Ilia y adquirió movilidad e independencia. Había dejado de ser un mero rayo de luz o una columna de fuego para convertirse en una serpiente blanca que se debatía y crecía en el orden creciente de sus anillos de plata. Uno de los extremos de aquel cuerpo descomunal que no paraba de crecer comenzó a abrirse, formando una especie de capucha en cuyo seno apareció un rostro feroz con dos ojos sin párpados, como dos ruedas de camión. Debajo de ellos palpitó una lengua fina, bífida, brillante. Tuve que pegar un salto, porque estuvo a punto de golpearme con la cola. La cobra de fuego se contraía y se lanzaba una y otra vez contra Zavulón, hundiendo de vez en cuando la cabeza en la maraña que formaba su propio cuerpo, para a continuación proyectarse con más fuerza aún. Mientras, por detrás de los brillantes anillos se enfrentaban tres sombras, cada uno de cuyos rápidos movimientos dejaba en el espacio el impreciso trazo de una banda láctea. Tigrecito saltó hacia los brujos de la Guardia Diurna con tal brusquedad que no logré percibir su alargada huella. Ilia se reía por lo bajo, mientras empuñaba un nuevo bastón, más pálido. Evidentemente, lo había cargado con su propia energía. Pensé que eso significaba que había venido armado con una herramienta destinada a la lucha personal contra Zavulón. ¿Sabía entonces el jefe con quién tendríamos que vérnoslas? Abarqué la azotea con una rápida mirada. A simple vista, parecía que teníamos controlada la situación. El Oso, que aplastaba con su cuerpazo a la vampira, no cesaba de propinarle zarpazos que despertaban, una y otra vez, las quejas, apenas audibles, de su víctima. Tigrecito se ocupaba de los agentes de la Guardia Diurna y no parecía requerir la ayuda de nadie. La cobra blanca ahogaba a Zavulón. De pronto, me dio la impresión de que no tenía nada que hacer allí. A mi lado, Ilia empuñaba el bastón y observaba atentamente la pelea, como si intentara decidir en cuál de los enfrentamientos debía intervenir. Semión, que había perdido todo interés

por la vampira, sin que Zavulón ni los agentes de la Guardia Diurna le despertaran ninguno, se pascaba por el borde de la azotea mirando hacia abajo. Tal vez temiera que apareciesen refuerzos de la Guardia enemiga. En cuanto a mí, seguía ahí, como un idiota, empuñando la pistola en medio de la azotea... Convoqué a mi sombra y me adentré en ella. El frío me quemaba. No se trataba del frío que conoce la gente ordinaria o del que experimenta cualquier Otro, sino del que procede de las capas profundas del Crepúsculo, donde el viento desaparece y ya no hay nieve o hielo bajo los pies. Donde tampoco queda rastro del musgo azulado y una niebla espesa, viscosa y pegajosa lo inunda. Una niebla lechosa, cuajada. Tanto los amigos como los enemigos se convertían al mismo tiempo en sombras rutilantes. Solo la cobra de fuego que luchaba con Zavulón conservaba su brillo y destreza, porque el enfrentamiento entre ambos transcurría al mismo tiempo en todas las esferas del Crepúsculo. Solo de imaginar por un instante la cantidad de energía que se había concentrado en el bastón de Ilia me mareé. ¿Qué sentido tiene todo esto? Por las Tinieblas y la Luz, ¿por qué lo hacéis? ¡Ni la joven vampira ni este Otro que apenas levanta unos palmos del suelo son dignos de todo este esfuerzo! —¡Iegor! —grité. El frío comenzaba a helarme. Solo me había internado en el segundo nivel del Crepúsculo en dos ocasiones. La primera, acompañado de un instructor, en la época en que me adiestraba para servir en la Guardia. La segunda había sido el día anterior, al atravesar la puerta cerrada. No disponía de defensas para moverme en ese nivel y perdía fuerzas por momentos. —¡Iegor! —grité nuevamente mientras me adentraba en la niebla. Me llegaban los golpes sordos que producían los repetidos impactos de un cuerpo contra la azotea. Un cuerpo apresado entre las fauces de la serpiente. Sabía quién los estaba sufriendo. Aún existía alguna posibilidad de que el niño estuviera consciente, gracias a que en las capas profundas del Crepúsculo el tiempo transcurre muy lentamente. Mientras avanzaba a tientas hacia el sitio donde Iegor se había hundido en el segundo nivel del mundo crepuscular, fui incapaz de percibir

los cuerpos que se debatían en el suelo bajo mis pies. Tropecé, caí y al levantarme topé con Iegor. —¿Te encuentras bien? —Era una pregunta estúpida, porque Iegor tenía los ojos abiertos y me miraba fijamente. —Sí. Nuestras voces retumbaban en el silencio circundante. Poco más allá se debatían las sombras de la vampira y el Oso, que continuaba destrozándola con sus zarpas. ¡Sí que aguantaba la vampira! También Iegor estaba aguantando lo suyo. —Vamos —le dije, y le rocé el hombro con una mano—. Cuesta estar aquí... Corremos el riesgo de quedarnos para siempre... —Me da igual. —¿Es que no lo entiendes, Iegor? ¡Esto es un suplicio! Diluirse en el Crepúsculo representa una tortura eterna. ¡No puedes imaginarte lo doloroso que es, Iegor! ¡Venga! ¡Salgamos de aquí! —¿Para qué? —Para vivir. —¿Para qué? —volvió a preguntar. Yo ya no podía ni flexionar los dedos. La pistola me pesaba y parecía haberse convertido en un trozo de hielo. Con suerte lograría aguantar un par de minutos más. Busqué los ojos de Iegor. —Se trata de una decisión personal. Yo sí me marcho. Yo sí tengo razones para vivir. —¿Por qué quieres salvarme? —preguntó con cierto tono de curiosidad—. ¿Es porque me necesitáis en vuestra Guardia? —No creo que ingreses en nuestra Guardia... —respondí, y me sorprendí de mi propia respuesta. Sonrió. Una sombra pasó entre nosotros. Era Semión. ¿Qué le habría preocupado? ¿Acaso algo iba mal? Y entretanto, yo allí atascado, agotando mis últimas fuerzas en un intento de impedir el refinado suicidio de un pequeño Otro... que, en definitiva, ya estaba condenado. —Me marcho —dije—. Lo siento por ti. Mi sombra tiraba de mí, el frío la había adherido a los dedos y al rostro. Intentaba despegarme de ella a empujones y el Crepúsculo chirriaba molesto, como enfadado ante mi comportamiento. —Ayúdame —dijo Iegor, cuya voz me llegó en un lejano susurro, cuando ya estaba a punto de escapar. Lo había dicho en el último instante. Tendí el brazo y alcancé a tomarlo de la mano. Pero yo ya estaba casi fuera. La inercia generada por mis esfuerzos ya me empujaba a salir, la niebla se dispersaba en torno a mí. La ayuda que podía prestarle, en esas circunstancias,

no pasaba de ser meramente simbólica. Era él quien tenía que hacer el esfuerzo decisivo. Y lo hizo. Terminamos cayendo juntos en la capa superior del Crepúsculo. Una ráfaga de viento gélido nos golpeó la cara, pero no me molestó. De hecho, hasta me resultó agradable. La pelea dejó de ser un lento intercambio y se aceleró. Los tonos grises propios del primer nivel crepuscular nos parecieron relucientes y vivos. Algo había cambiado durante los breves instantes que duró mi conversación con Iegor. La vampira continuaba desmadejada bajo el cuerpo del Oso. No era ese el cambio. El joven brujo de la Guardia Diurna yacía en el suelo, muerto o inconsciente. Su compañera y Tigrecito continuaban enfrascadas en el combate; luego, tampoco en ese enfrentamiento se habían producido cambios significativos. ¡Era la serpiente! La cobra blanca, cada vez más grande y furiosa, ocupaba ya una cuarta parte de la superficie de la azotea. Se había erguido hasta alcanzar las capas bajas del cielo, como si le hubieran insuflado aire a presión. Semión, que había adoptado una antigua posición de combate, se hallaba en medio de los anillos de fuego y lanzaba unas pequeñas bolas de color naranja hacia la fulgurante madeja de la serpiente. No apuntaba a ella, sino a aquel que a pesar de llevar tanto rato aplastado por el peso de la columna de luz seguía con vida y continuaba luchando. Súbitamente, se produjo una explosión y se levantó un vórtice de Luz en el que giraban jirones de Tinieblas. La onda expansiva me lanzó hacia atrás, arrastrando a Iegor con el impulso, aunque conseguí asirlo de una mano. Tigrecito y la bruja de la Guardia Diurna, estrechamente unidas en un enconado abrazo, rodaron hasta el borde de la azotea, donde las detuvo la barandilla. La fuerza de la explosión separó al Oso de la vampira, que quedó expuesta, aún viva, si bien destrozada y mutilada. Semión vaciló, pero mantuvo su posición, protegido por el escudo. El brujo que Tigrecito había dejado inconsciente fue el único que no resistió el embate de la onda expansiva: con la fuerza del impacto rompió un segmento de la oxidada barandilla y cayó al vacío. Solo Ilia permaneció, incólume, en su sitio. No

detecte la presencia de ningún escudo protector que lo rodeara, aunque continuaba atento a cuanto ocurría y empuñaba firmemente el bastón. Entretanto, los despojos de la cobra de fuego habían ido ganando altura, formando nubecillas luminiscentes, disolviéndose, estallando en miríadas de chispas, proyectando minúsculos rayos de luz. Zavulón se irguió, bajo aquellos improvisados fuegos artificiales, con los brazos en cruz. Durante la pelea había perdido la ropa y estaba completamente desnudo. Su cuerpo había mutado descubriendo los signos clásicos del demonio: tenía la piel cubierta de pálidas escamas, el cráneo deforme, una desaliñada lanilla en lugar del cabello, los ojos estrechos y las pupilas alargadas y verticales. Un miembro viril hipertrofiado le colgaba entre las piernas, mientras que una corta cola bífida asomaba del cóccix.

—¡Apártate! —gritó—. ¡Apártate! ¡Había que ver lo que estaba ocurriendo alrededor de nosotros en el mundo ordinario! Insensatas explosiones de alegría acompañadas de las depresiones más profundas, ataques al corazón, discusiones a muerte entre quienes habían sido hasta hacía un instante los amigos más íntimos, amantes fieles que se entregaban a las traiciones más abyectas... Los humanos estaban incapacitados para ver lo que ocurría en la azotea, pero eso no los libraba de sus efectos. ¿Qué sentido podía tener todo aquello? ¿Por qué la Guardia Diurna lo había provocado? Y en ese mismo instante, mientras me hacía esas preguntas, una suerte de placidez se apoderó de mí, una paz gélida y racional de la que no tenía memoria. Estábamos siguiendo un plan de juego complejo y escalonado. Cabía suponer que había sido elaborado por la Guardia Diurna. Bastaba establecer esa posibilidad como premisa e ir engarzando después las aparentes casualidades que se habían ido sucediendo. Comenzar, por ejemplo, por mi excursión cinegética al metro. O no... mejor sería empezar por el instante en que al joven vampiro, necesitado de sangre fresca, le adjudicaron una hermosa muchacha de la que no podía dejar de enamorarse. Mis pensamientos evolucionaron rápidamente, como si yo hubiese adoptado el papel de inductor de

una tormenta de ideas y me inmiscuyera en la conciencia de la gente, como suelen hacer los analistas de la Guardia. O tal vez solo me limitara a mezclar las piezas de un rompecabezas esparcidas sobre una mesa y las viera cobrar vida y encajar unas con otras hasta formar un dibujo ante mí. La Guardia Diurna no daría un centavo por la vampira... La Guardia Diurna no crearía un conflicto por un chico con poderes meramente potenciales... La Guardia Diurna solo podía tener un motivo para urdir un enfrentamiento de tal magnitud: la aparición de un Mago de las Tinieblas dotado de un poder monstruoso. Un mago capaz de reforzar la posición de las Tinieblas no solo en Moscú, sino en todo el continente. Aunque lo cierto era que ya parecían haberse salido con la suya, porque habíamos aceptado entregarlo. En esta ecuación, la identidad del mago continuaba siendo una incógnita. La única incógnita. Tal vez se tratara de Iegor, que había demostrado tener una resistencia a la magia demasiado alta para un Otro novato. Pero no. En nuestra ecuación, Iegor constituía una magnitud ya conocida, por mucho que ignorásemos la entidad de su coeficiente de elevación. Un coeficiente, por otra parte, que no hacía más que complicar el problema, lo cual parecía ser su único objeto. —¡Zavulón! —grité. Detrás de mí, Iegor resbalaba sobre el hielo en un intento de ponerse en pie. Semión se apartó del mago sin dejar de asir con fuerza su bastón. Ilia observaba la escena sin inmutarse. El Oso avanzaba hacia la vampira, que intentaba incorporarse a duras penas. Tigrecito y Alisa se disponían a reanudar su enfrentamiento—. ¡Zavulón! El demonio me miró. —¡Sé qué es lo que buscáis! —le grité. No era cierto. En realidad, apenas comenzaba a intuirlo después de que el rompecabezas me hubiese mostrado el perfil de un rostro que conocía muy bien... El demonio abrió las fauces. Sus mandíbulas se expandieron a izquierda y derecha semejando la boca de un escarabajo. De hecho, cada vez se parecía más a un insecto gigante: las escamas habían terminado conformando una coraza, los genitales y la cola se habían alargado y una multitud de extremidades comenzó a brotar

de sus flancos. —Si es cierto que lo sabes... ya puedes ir despidiéndote de la vida. Su voz no había sufrido grandes variaciones. Si acaso, había adquirido un tono reflexivo, culto. Zavulón me alargó una mano que fue creciendo a medida que sus articulaciones se multiplicaban incesantemente. —Acércate a mí... —susurró. Todos permanecieron inmóviles, sin atinar a reaccionar. Solo yo me di por enterado y eché a andar hacia él. La resistencia mental que había adquirido tras largos años de adiestramiento desapareció en un instante. Estaba plenamente convencido de que no podía negarme al requerimiento de Zavulón. De ninguna manera podía decepcionarlo. —¡Detente! —chilló de pronto Tigrecito, apartándose por un instante de la bruja que, aunque severamente magullada, todavía se tenía en pie—. ¡Detente! Sentí deseos de atender a su ruego. Pero no pude hacerlo. —Antón... —dijo de pronto una voz detrás de mí—. Vuélvete. Eso ya era otra cosa. Volverme sí que podía, y lo hice, librándome de la mirada de aquellos ojos ambarinos de pupilas verticales. Iegor estaba en cuclillas, sin fuerzas para ponerse en pie. Me costaba creer que continuara consciente, cuando era evidente que el flujo de energía externa que lo había alimentado, manteniéndose constante desde el principio, y había despertado el interés del jefe, había cesado. Era la de nuestra ecuación, introducida en esta para aumentar la complejidad del ejercicio. De la mano de Iegor colgaba un pequeño amuleto de hueso atado a una cadena de cobre. —¡Tuyo! —gritó el niño, y me lo lanzó. —¡No te atrevas a cogerlo! —me ordenó, demasiado tarde, Zavulón cuando yo ya me inclinaba para coger el amuleto que volaba hacia mis piernas. El roce con el cincelado medallón me quemó como si se tratara de un carbón encendido. Me volví, entonces, hacia el demonio y dije: —Ya no puedes ejercer ningún poder sobre mí, Zavulón. Aullando, el demonio se abalanzó sobre mí. Su poder había mermado, pero no le faltaban arrestos. —Aguarda un poco... —intervino Ilia en tono sentencioso. Una pared resplandeciente se levantó entre el demonio y yo. Zavulón aulló al chocar contra el mágico parapeto semejante a un

lienzo de una fulgurante luz blanca, y el golpe lo obligó a retroceder. Había algo cómico en la desesperación con que agitaba las garras. Parecía más bien un orate que delirase, y ya no provocaba miedo sino risa. —Un juego complicado, ¿no es así, Zavulón? Demasiadas jugadas concatenadas... Cierta calma se había adueñado de la azotea. Tigrecito y Alisa permanecían la una junto a la otra, sin atreverse a reanudar la pelea. Semión nos miraba a mí y a Ilia alternativamente y era difícil decir cuál de los dos le producía mayor sorpresa. La vampira lloraba en silencio, mientras intentaba incorporarse. Era la que más se había desgastado, y, tras agotar hasta sus últimas fuerzas en el enfrentamiento con el Oso, intentaba regenerarse. Había tenido que hacer un esfuerzo extraordinario para salir del Crepúsculo y su aspecto, vencido el trámite, era el de una silueta borrosa. Incluso el viento parecía haberse detenido... —¿Cómo inclinar hacia la magia negra a una persona que es originariamente pura? —pregunté—. ¿Cómo atraer hacia las Tinieblas a alguien que es incapaz de odiar? Podría ir introduciendo en su vida toda clase de desgracias... y hacerlo poco a poco, sin prisas, pero con la firme esperanza de que acabe cargándose de ira... Sin embargo, ese método no funciona en este caso. Habéis dado con alguien demasiado puro... pura. Ilia rió calladamente con un deje de aprobación. —Ella solo podría odiarse a sí misma —continué, mirando fijamente a los ojos de Zavulón, en los que ahora solo permanecía la sorda sombra del rencor—. Y eso sí es una jugada curiosa. Rara incluso. Hagamos que su madre enferme. Hagamos que la joven se destroce el alma reprochándose su impotencia, su incapacidad para ayudar a quien le dio la vida. Arrinconémosla de tal manera que solo le quede odiar, aunque dirija ese odio hacia sí misma. Eso: odiar. Pero hete ahí que el curso de las posibilidades admite todavía la aparición de una alternativa. Existe la posibilidad, aunque mínima, de que aparezca un agente de la Guardia Nocturna, uno solo entre todos los agentes que la componen, nada habituado al trabajo operativo... A esas alturas, las piernas no me sostenían. No estaba acostumbrado a permanecer

durante tanto tiempo en el Crepúsculo. Estaba a punto de caer a los pies de Zavulón, y por nada del mundo quería que ocurriera algo así. Semión se desplazó por el Crepúsculo y me sujetó de los hombros. Debía de llevar ciento cincuenta años participando en situaciones como aquella. —Nada habituado al trabajo operativo... —repetí—. Y a este agente le da por actuar de un modo totalmente ilógico. Decide no mostrarle a la joven su pena, ni entretenerse en estériles consuelos que serían mortales para su destinataria. Y es ahí donde se opta por iniciar una maniobra de distracción que aparte al agente de marras de la misión en que se ha comprometido. Generar una situación que lo absorba por completo. Provocar que se lo desvíe hacia una misión de escasa importancia y atarlo a ella por medio de su responsabilidad personal, su implicación afectiva y cualquier otro lazo que se tenga a mano. Con tal de conseguirlo, poco importa sacrificar a un vampiro. Es eso, ¿no? Zavulón emprendió una transformación inversa, recuperando su anterior aspecto de intelectual compungido. Su cambio de estrategia daba risa. Ya lo había visto tal como era en el mundo crepuscular y esa visión no me abandonaría jamás. —Se ha tratado de eso. De jugadas concatenadas —repetí—. Y no tengo la menor duda de que la enfermedad de la madre de Svetlana no la condenaba a morir. Habéis llevado a cabo una pequeña intervención, dentro de lo permitido, para conseguir que llegara a ese estado... Y eso nos concede ciertos derechos. —¡Es nuestra! —gritó Zavulón. —No es vuestra —negué con la cabeza—, y el infierno no irrumpirá. La madre de Svetlana se recuperará. Ahora mismo iré a ver a Svetlana y la pondré al corriente de lo que ha estado sucediendo. Y comenzará a trabajar en la Guardia Nocturna. Habéis perdido el juego, Zavulón. Irremediablemente. Los trozos de la ropa de Zavulón, dispersos por toda la azotea, reptaron con lentitud hacia el mago, se reunieron y saltaron hacia él, cubriendo nuevamente su cuerpo. Su rostro era el de alguien que carga con todas las penas del mundo; un rostro atravesado por la tristeza y dotado, de pronto, de un enorme encanto. —Nadie se marchará de aquí —dijo.

Las Tinieblas comenzaron a espesarse detrás de él, como si se tratara de dos enormes alas negras. Ilia soltó otra carcajada. —Os supero en fuerzas a todos juntos. —Zavulón se volvió hacia Ilia—. La fuerza que has pedido prestada también terminará por agotarse. Permaneceréis para siempre aquí, en esta zona del Crepúsculo, en una dimensión tan profunda que jamás os habéis atrevido a visitarla. Semión suspiró y dijo: —Antón, parece que aún no lo ha comprendido. Me di la vuelta y pregunté a Ilia: —¿Es necesario que continúe oculto tras esa máscara, Boris Ignátievich? El joven agente se encogió de hombros. —Tienes razón, Antoshka. No vale la pena. Pero es que se me ofrecen tan pocas oportunidades de observar al jefe de la Guardia Nocturna en acción... Perdóname, parece que ya me estoy haciendo demasiado viejo. Y quiero confiar en que Ilia también haya disfrutado sirviéndome de fachada. Boris Ignátievich recuperó su aspecto habitual. Lo hizo sin entretenerse en transformaciones teatrales ni efectos luminosos, y reapareció vistiendo la misma bata de arabescos y tocado con el bonete oriental, si bien ahora iba calzado, además, con unas suaves babuchas y, por encima de estas, polainas. Daba gusto ver el rostro de Zavulón. Las alas negras no habían desaparecido, pero habían dejado de crecer y se agitaban lentamente, como inseguras, produciendo la impresión de que el mago se disponía a levantar el vuelo pero no acababa de decidirse a hacerlo. —Suspende la operación, Zavulón —le dijo el jefe—. Si os retiráis inmediatamente de aquí y de la casa de Svetlana, nos abstendremos de cursar una protesta oficial. El Mago de las Tinieblas no lo dudó ni un instante: —Nos retiramos. El jefe asintió, como si no hubiera esperado más respuesta que esa. Faltaría más... Seguidamente, bajó el bastón y la barrera que me separaba de Zavulón desapareció. —No olvidaré el papel que has desempeñado en todo este asunto... —me dijo Zavulón—. Lo recordaré siempre. —Recuérdalo —repliqué—. La memoria es útil. Zavulón juntó las manos y las poderosas alas se agitaron, llevándoselo. Sin embargo, antes había intercambiado una mirada con la bruja, que asintió

obediente. Aquello no me hizo ninguna gracia. Un escupitajo a modo de despedida no es algo que te mate, pero tampoco es agradable. Alisa se acercó a mí con un andar gracioso, como si ejecutara pasos de baile, lo que desentonaba enormemente con su rostro ensangrentado y magullado y más aún con los involuntarios espasmos que sacudían su brazo izquierdo, que colgaba sin fuerzas. —Tú también debes marcharte —le dijo el jefe. —Claro que me marcharé. ¡Y con mucho gusto! —exclamó la bruja—. Pero antes quiero ejercer un derecho. Tú y yo tenemos un asuntillo pendiente, ¿no es cierto, Antón? —Es cierto —admití—. Una intervención de séptimo grado. ¿Contra quién iría dirigido el golpe? ¿Contra el jefe? Ni pensarlo. ¿Contra Tigrecito? ¿Contra el Oso? ¿Contra Semión? Tampoco tendría sentido. ¿Contra Iegor acaso? ¿Qué iba a hacerle al niño, si solo podía actuar desde un nivel de intervención tan débil? —Relaja tus defensas, Antón —me dijo la bruja—. Ábrete a mí. Será una intervención de séptima categoría. El jefe de la Guardia Nocturna será testigo de que no sobrepasaré los límites. Semión dejó escapar un sollozo y hundió los dedos en mi hombro, hasta producirme dolor. —Tiene derecho a hacerlo —dije—. Boris Ignátievich... —Haz lo que te parezca —me interrumpió el jefe—. Estaré al tanto. Dejé escapar un suspiro, mientras me abría ante la bruja. ¡Pero si no iba a poder hacerme nada! ¡Nada de nada! Con una intervención de séptima categoría no conseguiría atraerme hacia las huestes de las Tinieblas. Solo de pensar que ese era su propósito, me daba risa. —Antón —comenzó la bruja en tono amable—, explícale a tu jefe lo que querías decir antes. Di la verdad. Sé honesto. —Eso es una intervención mínima... —confirmó el jefe. Si había algo de dolor en su voz, debía de estar oculto en un registro tan profundo que no alcancé a percibirlo. —La estrategia ha consistido en urdir una serie de jugadas concatenadas —comencé, mirando fijamente a Boris Ignátievich—. Y en ella participan las dos partes al mismo tiempo. La Guardia Diurna sacrifica sus peones, y la Guardia Nocturna hace lo propio con los suyos. Y todo ello con un gran objetivo: atraer hacia su lado a una

maga dotada de una fuerza enorme, inédita. Y para alcanzar ese objetivo bien puede morir un joven vampiro sediento de amor, como también se puede pudrir en el Crepúsculo un niño en el que se han detectado modestas potencialidades. Nada impide tampoco que sufran los agentes de ambas Guardias. Hay un objetivo, y todos los medios son lícitos con tal de conseguirlo. Dos Grandes Magos, que llevan siglos enfrentados, se enzarzan en otro combate. Uno, donde el Mago de la Luz tiene mucho más que perder, porque se lo está jugando todo a una sola carta. Para él, perder este combate representa más que una mera contrariedad, porque equivale a dar un paso decisivo hacia el Crepúsculo. Pero ni siquiera eso lo detiene, y juega una carta que pone en peligro a todos los implicados. Los propios y los ajenos. ¿Me equivoco, Boris Ignátievich? —No. Estás en lo cierto —respondió el jefe. Alisa rió por lo bajo y se dirigió hacia la claraboya. No estaba para echarse a volar, después de la paliza que le había propinado Tigrecito. Aunque, en honor a la verdad, su estado de ánimo parecía excelente. Busqué la mirada de Semión, pero él apartó la vista. Tigrecito, que se hallaba en plena transformación para recuperar su aspecto humano, también rehuyó el contacto visual conmigo. El Oso se despidió con un breve rugido y echó a correr hacia la claraboya, sin demorarse en cambiar de apariencia. A él iba a costarle más que a cualquiera de nosotros aceptar la explicación que acababa de oír. Su rectitud de principios se lo impediría. El Oso es un guerrero excelente, a la vez que un declarado enemigo de cualquier compromiso. —Sois todos unos canallas —dijo Iegor y se levantó a duras penas, aunque no tanto debido al cansancio que padecía (por que ahora lo estaba alimentando el jefe, de lo que daba testimonio el hilo de energía que los unía), cuanto por lo duro que resulta desprenderse de la propia sombra cuando no se está lo bastante entrenado para ello. Salí tras él. No me costó mucho hacerlo, porque en el cuarto de hora que había transcurrido desde que se inició el enfrenamiento el volumen de energía que habíamos derramado al Crepúsculo había hecho que este perdiera su

habitual y hostil viscosidad. Casi de inmediato me llegó el desagradable sonido de un golpe. Era el impacto del cuerpo del brujo, que se había despegado del alero antes de ir a estrellarse contra el asfalto. Los demás fueron apareciendo uno tras otro. Una hermosa joven morena con un hematoma en el ojo izquierdo y una fractura en la clavícula. Un hombretón recio e impasible. Un elegante hombre de negocios vestido con una bata oriental. El Oso ya se había marchado. Sabía lo que haría cuando llegase a su apartamento, su «cubil»: se dedicaría a beber alcohol puro y a leer versos. Seguramente iría recitándolos con los ojos fijos en la pantalla del televisor. La vampira también seguía allí. Su estado era calamitoso. Farfullaba, sacudía la cabeza e intentaba regenerar el brazo destrozado. Había un montón de sangre por todas partes, pero no era de ella, sino de la última de sus víctimas. —Adiós —le dije, y levanté la pesada pistola. La mano me tembló, traicionando mi entereza. La bala salió con un sonido sordo y atravesó la carne muerta, abriéndole una herida en un flanco. La vampira gritó y se cubrió la herida con la mano sana. La otra le colgaba de un manojo de venas secas. —No sigas —me dijo dulcemente Semión—. No sigas, Antón... Sin prestar oídos a su recomendación, apunté a la cabeza de la vampira. Pero en ese instante una enorme sombra bajó en picado desde lo alto. Era un murciélago del tamaño de un cóndor, que abrió las alas protegiendo a la vampira y se estremeció en medio de los espasmos de la transformación. —¡Tiene derecho a un juicio! —exclamó. Era Kostia. Y a él no iba a dispararle. Solo atiné a quedarme allí, inmóvil, mirando al joven vampiro, mi vecino. Kostia no apartó los ojos de mí. Su expresión era firme, tozuda. ¿Desde cuándo me habrás estado siguiendo, Kostia, mi amigo y a la vez mi enemigo? Y, sobre todo, ¿con qué objetivo? ¿Te mueve el deseo de salvar a una de las tuyas o es que quieres impedir que yo dé un paso que nos convierta para siempre en rivales irreconciliables? Me encogí de hombros y guardé la pistola. Llevas razón, Olga. Estos artefactos sirven de bien poco en nuestro trabajo. —Es cierto que tiene ese derecho —confirmó el jefe—.

Semión, Tigrecito, lleváosla. —De acuerdo —aceptó Tigrecito; me dirigió una mirada con más comprensión que lástima y se adelantó con paso firme hacia los vampiros. —En cualquier caso, no va a librarse de la pena capital —me susurró Semión, y echó a andar tras Tigrecito. Juntos abandonaron la azotea: Kostia, que sostenía y arrastraba a la vampira casi inconsciente; Semión y Tigrecito escoltándolos en silencio. Nos quedamos solos el jefe, Iegor y yo. —Escúchame, niño —dijo el jefe con voz suave—. Es evidente que tienes aptitudes. No son extraordinarias, pero la mayoría de la gente carece hasta de ese nivel. Me encantaría que aceptaras ser mi pupilo. —Váyase usted a la... —comenzó Iegor. No hizo falta que concluyera la frase para que comprendiéramos su intención. Se echó a llorar en silencio. Luchaba porque no se le escaparan las lágrimas, pero el dolor lo superaba. Una breve intervención de séptimo grado bastaría para aliviarlo. Le ayudaría a comprender que la Luz no era libre de luchar contra las Tinieblas por cualquier medio. Levanté la cabeza hacia el cielo plomizo y abrí la boca para capturar los copos de nieve que caían. Si pudiera quedarme aquí congelado. Congelado eternamente. Pero no como se congela uno en el Crepúsculo. Convertirme en hielo, no en niebla; convertirme en nieve, no en barro. Convertirme en piedra y no diluirme para siempre en la eternidad. —Vamos, Iegor. Te acompañaré —me ofrecí. —Gracias... vivo aquí al lado... —repuso el niño. Permanecí todavía un rato allí de pie, tragándome la nieve y el viento que la traía. No me percaté del instante en que Iegor se marchó. Apenas pude oír la pregunta que le hizo el jefe —«¿Serás capaz de despertar a tus padres, Iegor?»—, pero no me llegó la respuesta. —Si te sirve de consuelo, Antón... su aura no se ha modificado ni un ápice —me informó Boris Ignátievich—. Es decir, que no tiene ninguna... —Me abrazó por la espalda, pequeño y endeble ahora, lejos del aspecto de un empresario de éxito o un mago de primera categoría. No parecía más que un anciano ligeramente rejuvenecido, alegre por haber vencido en un nuevo combate de una guerra eterna. —Fenomenal —dije. Ya

querría yo ese estado para mí. Carecer de aura. Ser dueño de mi propio destino. —Todavía nos quedan cosas por hacer, Antón. —Lo sé, Boris Ignátievich... —¿Serás capaz de explicarle todo esto a Svetlana? —Creo que sí... Ahora sí. —Te ruego que me perdones, pero he de utilizar lo que tengo a mano... a quienes tengo a nano, quiero decir. Hay algo que os une a ti y a Svetlana. Un lazo místico, de origen inexplicable. Y nadie puede sustituirte en esta misión. —Lo comprendo. La nieve se iba depositando en mi rostro, cuajando en mis pestañas, fundiéndose en las me illas. Por un instante creí que ya era casi capaz de helarme, aunque sabía que no tenía derecho a ese privilegio. —¿Recuerdas que en una ocasión te dije que es más difícil pertenecer a la Luz que entregarse a las Tinieblas? —Sí, lo recuerdo... —Todavía te espera lo peor, Antón. Porque vas a enamorarte de ella. Y viviréis juntos durante un tiempo. Después, Svetlana seguirá su camino. Y tú serás testigo de cómo se aleja de ti, de cómo crece su círculo de relaciones, hasta alcanzar unas alturas que te serán inaccesibles. Sufrirás. Pero no hay manera de evitarlo. Es el papel que te está destinado, el de asistir a sus comienzos. Les sucede a todos los magos y magas que llegan a ser verdaderamente grandes. Su camino está jalonado de los cadáveres de sus amigos y sus amantes. No puede ser de otra manera. —Lo comprendo... lo comprendo todo... —¿Nos vamos? Permanecí callado. —¿Nos vamos, Antón? —¿No estamos retrasados ya? —Todavía no. Sveta tiene sus caminos. Yo te conduciré por un atajo y después tomarás tu propio camino. —Entonces, deje que me quede aquí un instante más —le rogué. Cerré los ojos para disfrutar de los copos de nieve que se posaban sobre mis sienes, del dulce estremecimiento que me producía su roce. —Si supieras cuántas veces he adoptado esa posición —me dijo el jefe—. La cara vuelta al cielo, clamando por algo... No sé muy bien si pidiendo la bendición o la maldición. No respondí. Sabía muy bien que todo ruego era estéril. —Antón, estoy helado —añadió el jefe—. Tengo frío. De ese frío que padecen las personas corrientes. Tengo ganas de beberme un vaso de vodka y meterme bajo una manta. De quedarme

tendido, mientras tú te encargas de ayudar a Svetlana y a Olga de neutralizar el vórtice. Y después me gustaría tomarme unas vacaciones. Dejar a Ilia sustituyéndome, puesto que ya ha probado mi pellejo, y marcharme a Samarcanda. ¿Has estado alguna vez en Samarcanda? —No.

—Sinceramente, no es que haya nada bueno que ver. Y menos ahora. Lo único que sirve allí son los recuerdos... Pero son mis recuerdos, así que solo yo puedo disfrutarlos. ¿Ya estás? —Sí, vamos.

Me limpié la nieve de la cara. Me esperaban. Y eso es lo único que nos impide helarnos: saber que alguien nos espera.

SEGUNDA HISTORIA: SOLO ENTRE LOS SUYOS

Prólogo

Se llamaba Maxim. No se trata de un nombre inusual, aunque tampoco es de los más corrientes, como Serguéi, Andréi o Dima. Además, suena bien. Un buen nombre ruso, por mucho que sus orígenes se remonten a los griegos, los escandinavos o los escitas.

También estaba satisfecho de su rostro. La suya no era la belleza exagerada de un actor de culebrones, pero estaba lejos de tener una cara común e indistinta. Era, en definitiva, un tipo bien parecido, de esos que uno distingue por muy rodeados de gente que estén. En cuanto a su complexión, más de lo mismo: musculoso, aunque sin excesos, sin esas venas infladas ni la cotidiana y fanática asistencia al gimnasio. Auditor de profesión, Maxim trabajaba para una importante compañía extranjera y sus ingresos le permitían pagarse toda clase de gustos. Encima, tenía la suerte de no verse obligado a temer la saña de los extorsionadores, como si su ángel de la guarda hubiese dispuesto que iba a vivir algo mejor que los demás. Solo algo mejor, pero lo suficiente. Lo cual, por cierto, complacía sobradamente a Maxim. ¿Para qué trepar más alto y desperdiciar la vida en aras de un coche más ostentoso, una invitación a alguna velada aristocrática o un apartamento con una habitación de más? La vida ya es lo bastante placentera sin necesidad de luchar por lujos que exigen afanes desmesurados, lo que la convierte en algo diametralmente opuesto al dinero, que, en sí mismo, no vale de nada. Maxim jamás había reflexionado con tanto celo acerca de es tas cuestiones. Precisamente, una de las peculiaridades que distinguen a aquellos que han demostrado ser lo suficientemente hábiles para ocupar en la vida un espacio donde se sienten cómodos, radica en su certeza de que han conseguido lo que merecían. Para ellos, las cosas son como deben ser, y si alguien no ha conseguido lo que se proponía, la culpa es solo suya, bien por pereza, bien por ineptitud o debido a estar aquejados

de unas pretensiones superiores a la media. A Maxim le encantaba decirlo precisamente así: «Aquejados de unas pretensiones superiores a la media». Era una frase capaz de poner a cada uno en su sitio. Servía, por ejemplo, para explicar la razón por la que su brillante y hermosa hermana llevaba una existencia miserable al lado de su marido alcohólico en Tambov. La pobre se había puesto a buscar una vida mejor y prometedora. Y ahí tenía lo que encontró. O el motivo por el que un antiguo condiscípulo suyo estaba ingresado en traumatología desde hacía dos meses. ¿Que le dio por ampliar el ámbito de operaciones de su empresa? Pues lo amplió. Y tuvo suerte de salir vivo, gracias a que la competencia en el mercado de los metales preciosos, repartido desde hacía ya tiempo, resultó estar conformada por gente de bien... Maxim solo se aplicaba a sí mismo la fórmula «pretensiones superiores a la media» cuando se trataba de un aspecto muy específico de su existencia. Un ámbito tan complejo y extraño que ni siquiera le gustaba detenerse a reflexionar en sus pormenores. Le resultaba mucho más sencillo obviarlo, hacer caso omiso del estado en que solía sumirse en primavera, más frecuentemente en otoño y en raras, rarísimas ocasiones en el momento más álgido del verano, cuando el bochorno se hacía insoportable y eliminaba hasta los últimos restos de sosiego mental, arrasaba todas las cautelas e inducía a preguntarse por la estabilidad psíquica... Aunque lo cierto es que Maxim no se consideraba un esquizofrénico, ni mucho menos. Había leído varios libros sobre el tema y consultado a más de un prestigioso especialista, si bien se

había ocupado, ante los últimos, de ocultar cuidadosamente ciertos detalles. Definitivamente, se trataba de un tipo normal. Lo que pasa es que es innegable que existe algo ante lo que la razón se hinca de rodillas y las normas comunes a los hombres pierden toda validez. «Pretensiones superiores a la media.» La verdad es que m i suena demasiado bien, pero ¿eran realmente superiores? Maxim esperaba dentro de su coche, un mimado Toyota que, aunque no era caro ni lujoso, superaba a la mayoría de los coches que circulaban por Moscú. La niebla matutina impedía verlo tras el volante, a una distancia de unos pocos pasos. Había pasado allí toda la noche, entreteniéndose con los murmullos que salían del motor a medida que se enfriaba. Tenía un frío de muerte, pero no se había permitido encender la calefacción. Como suele ocurrir en estos casos, no tenía sueño ni ganas de fumar. De hecho, todo lo que deseaba era permanecer allí sentado, inmóvil: una sombra dentro del coche aparcado junto al bordillo. Una sombra expectante. Lo único que lamentaba era que su mujer volvería a pensar que había pasado la noche con una amante. Claro que, cómo iba a demostrarle que no tenía ninguna amante fija y que sus pecadillos quedaban restringidos a las aventuras en algún que otro balneario, algún ligue en la oficina o las profesionales que le ofrecían sus clientes cuando estaba en viaje de negocios, y que por lo tanto, no pagaba con dinero hurtado al presupuesto familiar. Cortesías estas últimas que no podía rehusar para no ofender a los colegas o correr el riesgo de que lo tomaran por marica y le ofrecieran los favores de algún fornido mocetón cuando los visitara de nuevo. Los

fosforescentes números de su reloj cambiaron todos al mismo tiempo. Eran las cinco de la madrugada. Tratándose de un barrio antiguo y caro, en cualquier momento la calle se llenaría de barrenderos, porque ahí seguramente se tomaban muy en serio la limpieza. Al menos había que alegrarse de que no lloviera ni nevara. El maldito invierno ya se había terminado, cediéndole el sitio a la primavera, que ya irrumpía con sus problemas y sus pretensiones superiores. Una joven salió del edificio dando un portazo. A apenas una decena de metros del coche se detuvo un instante y acomodó el bolso, a punto de caer, que llevaba colgado del hombro. Esos edificios antiguos son una verdadera desgracia, sin patios interiores, que no valen para trabajar ni, probablemente, para vivir De poco sirve su presunta elegancia si tienen podridas las cañerías y las paredes cubiertas de humedad, cuando no están poblados por fantasmas. Maxim salió del coche con una sonrisa en el rostro. El cuerpo lo obedeció con presteza: la larga noche no le había entumecido los músculos. Más bien parecía que la inmovilidad lo había dotado de mayores fuerzas. No era una mala señal. De pronto, lo asaltó una pregunta: ¿existirían realmente los fantasmas? —¡Galina! —gritó. La joven se volvió, lo que le pareció otra buena señal, porque muy bien podría haber echado a correr, como es lógico ante las sospechas que despierta descubrir que alguien te espera a primera hora de la mañana en la puerta de tu casa. —No le conozco —dijo ella, con voz serena y un leve tono de curiosidad.

—Lo sé —admitió Maxim—. Pero yo a usted sí que la conozco.

—¿Quién es usted? —Un juez. Era así como le gustaba llamarse, con

un deje pomposo, solemne y un poco arcaico. ¡Un juez! Aquel que tiene derecho a juzgar. —¿Y a quién ha venido a juzgar? —A usted, Galina. —Maxim hizo gala de aplomo y energía. Comenzó a percibir la oscuridad que se cernía ante sus ojos. Otra buena señal. Una más. —¿No me diga? —La joven lo estudió atentamente y Maxim advirtió un brillo ambarino en sus pupilas—. ¿Cree que lo conseguirá? —Claro que lo conseguiré —respondió Maxim, y con un movimiento brusco le clavó el puñal que llevaba escondido en la mano, una fina cuña de madera cuyo color claro de antaño había sido sustituido, después de tres años de uso, por la oscura pátina de la sangre que lo impregnaba. La delgada cuchilla de madera atravesó el corazón de la joven sin que esta emitiera un sonido. A Maxim lo asaltó, por un instante, el miedo, el horror súbito y ardiente ante la posibilidad de estar cometiendo un error. Siempre le sucedía. ¿Se habría equivocado? ¿Seguro que había elegido la víctima correcta? Se llevó la mano izquierda hacia el crucifijo de madera que colgaba de su cuello. Lo asió con fuerza y esperó a que la joven comenzara a transformarse: en una mano el puñal de madera; en la otra, el crucifijo. No tuvo que esperar mucho. De hecho, las transformaciones siempre ocurrían rápidamente. Primero, la víctima se transformaba en un animal. Después, se producía una transformación inversa y volvía a adquirir apariencia humana. En esta ocasión, Maxim vio, durante unos brevísimos instantes, a una pantera negra yaciendo sobre la acera, con la fría mirada de la muerte en los ojos abiertos, las fauces rígidas en un rictus que descubría los colmillos, con todo el aspecto de la fiera

cazada, aunque curiosamente vestida con un traje elegante, unas medias finas y unos zapatos de tacón... El proceso de transformación inverso no se hizo esperar, como si el péndulo hubiera alcanzado el máximo de su desplazamiento e iniciara el camino de vuelta. La veloz metamorfosis no sorprendió tanto a Maxim, a pesar de que solía ser un proceso más lento, como la circunstancia de que el cuerpo de la joven no presentaba ninguna herida. La breve transformación anterior la había sanado, eliminando de su piel cualquier signo de violencia. Apenas se adivinaban los cortes en la blusa y la chaqueta.
—¡Bendito seas, Dios mío! —balbuceó, absorto ante el cadáver del teriántropo—. ¡Bendito seas! Maxim no tenía nada en contra del papel que se le había asignado en la vida. No obstante, le parecía que estaba muy por encima de las fuerzas de alguien que, como él, carecía de pretensiones superiores a la media. **1**

Cuando desperté aquella mañana supe que la primavera finalmente había llegado. La noche anterior el cielo todavía era distinto. Los nubarrones pesaban sobre la ciudad, el aire olía a humedad y a nieve con ganas de caer. Uno sentía deseos de hundirse en el butacón más recóndito, meter una cinta en el vídeo con alguna película entretenida y estúpida, es decir, norteamericana, beber un trago de coñac y sumirse poco a poco en el sueño. Pero al amanecer todo había

cambiado. Daba la impresión de que, como si se tratara del truco de algún mago experimentado, hubiesen dejado caer un pañuelo azul sobre las calles y plazas de la ciudad y este se hubiera llevado los últimos restos del invierno. Hasta los montones de nieve sucia que todavía asomaban en los patios o las cornisas parecían elementos de un decorado y no reductos que se resistían, a modo de recordatorio, al avance de la primavera. Me encaminé sonriente hacia la estación de metro. A veces, ser humano es una circunstancia de lo más placentera. Hace ya una semana que vivo según esa lógica ordinaria: llego cada mañana al trabajo, me abstengo de subir más allá de la segunda planta, me peleo con nuestra red informática, que de pronto ha adquirido toda una serie de malas costumbres, y les instalo a las chicas de contabilidad un montón de programas que tanto ellas como yo sabemos que no necesitan. Por las noches he estado yendo al teatro, al fútbol y a tomar algo en bares y restaurantes minúsculos. No me entretengo demasiado en elegir qué locales visitar, con tal de que sean ruidosos y estén llenos a rebosar. Ser un humano perdido entre una masa de gente resulta aún más interesante que ser un humano identificable. Por supuesto que si algo no hay en nuestras oficinas de la Guardia Nocturna, instaladas en un edificio de cuatro pisos que alquilamos a una inmobiliaria que, en realidad, es una filial nuestra, son humanos. Hasta las tres viejas que se encargan de la limpieza son Otras. Hasta los jóvenes e insolentes guardias de seguridad, que cuidan la puerta y cuyo trabajo consiste en mantener a raya a delincuentes de poca monta y vendedores ambulantes, están dotados

de cierto potencial para la magia. Hasta el fontanero, el clásico fontanero alcohólico moscovita, es mago y, por cierto, sería un mago muy potente si no fuera por su desmesurado abuso del alcohol. Sin embargo, todo estaba dispuesto de manera que las primeras dos plantas apenas se diferenciaran de cualquier otra oficina. Se permitía acceder a ellas a los inspectores de Hacienda, a nuestros socios comerciales y a los mafiosos que nos ofrecían protección. Aunque, en realidad, quien se ocupaba de esta era el jefe, ¿y para qué informar de ello a las mafias? También las conversaciones, en estas primeras plantas, son de lo más común. Se habla de política y de impuestos, de compras o del tiempo, de romances y aventuras amorosas, propios y ajenos. Las chicas se ocupan de criticarnos, y nosotros, para qué negarlo, no les vamos a la zaga. También hay algún que otro ligue, se orquestan intrigas para conseguir una promoción y se discute el pago de las primas. Tardé una media hora en llegar a la estación Sokol y salir a la calle. La animación era insufrible y el aire estaba cargado con las emanaciones de los tubos de escape de miles de automóviles. Pero había algo mucho más importante: ya estábamos en primavera. El barrio en el que se encuentran nuestras oficinas moscovitas dista de ser de los peores de la ciudad, aunque no admite comparación con la sede de la Guardia Diurna. Sucede, sin embargo, que la zona del Kremlin nos está vedada, porque las huellas que ha dejado el pasado en la Plaza Roja y las murallas de piedra son demasiado intensas. Tal vez, algún día, lleguen a borrarse. Aunque por ahora no se avizora ninguna posibilidad de que eso suceda. Al menos no hay indicios de

ello. ¡Ni uno solo! Desde el metro hasta la oficina la distancia es corta, y suelo cubrirla andando. Los rostros con que topo, agraciados por el calor del sol primaveral, rebosan bienestar. Creo que es por eso por lo que amo la primavera, por el modo en que desarma en la gente la mutación de impotencia y angustia. Y también porque disminuye la tensión que representa estar permanentemente a prueba. Uno de los guardias de seguridad fumaba un pitillo junto a la entrada. Me saludó amistosamente, disponiéndose a dejarme pasar. En cualquier caso, verificar de forma pormenorizada mi identidad no entraba entre sus funciones, mientras que de mí dependía que pudieran tener acceso a internet y un buen par de juegos de moda en el ordenador instalado en el puesto de guardia o, por el contrario, quedar limitados a la información oficial v las fichas personales de los agentes. —Llegas tarde, Antón —me soltó al pasar. Miré la hora, incrédulo. —El jefe ha convocado a todo el personal en la sala de reuniones. Te han estado buscando. Algo raro debía de pasar, porque no suelen invitarme a las juntas matutinas. ¿Habría surgido algún problema con mi red informática? No, no podía tratarse de eso, porque entonces me habrían sacado de la cama en plena noche para que fuese a arreglarla. No sería la primera vez, por cierto. Apuré el paso. Preferí ignorar la antigualla de ascensor que tenemos y subí corriendo por la escalera hacia la cuarta planta. A medio camino, en el rellano del tercer piso, hay instalado otro puesto de control, este más severo. Garik estaba de guardia. Al verme, se concentró, me miró a través del Crepúsculo, examinando mi aura y las demás marcas que los agentes

de la Guardia llevamos inscritas en el cuerpo. Solo tras verificar mi identidad me saludó con una sonrisa y me animó: —Date prisa. La puerta de la sala de reuniones estaba entreabierta. Me asome y vi que había unas treinta personas dentro, en su mayoría agentes o analistas. El jefe se pascaba ante un enorme plano de Moscú, mientras Vitali Markovich, su adjunto para asuntos económicos, que para ser un mago bastante modesto tenía un talento innato para los negocios, explicaba: —Por lo tanto, y dado que tenemos cubiertas todas las líneas de gastos, no precisamos recurrir a, digamos, mecanismos especiales de financiación. Si la asamblea acepta mi propuesta, podemos aumentar ligeramente los salarios de los empleados y en primer lugar, como comprenderéis, los de los agentes operativos. Asimismo, los pagos por incapacidad temporal y las pensiones a las familias de los fallecidos precisan de cierto incrementó en sus cuantías. Y eso es algo que podemos permitirnos en este momento... La verdad es que daba risa ver cómo unos magos capaces de convertir el plomo en oro, el carbón en diamantes o recortes de papel en sólidas tarjetas de crédito, se entretenían en aquellas marañas comerciales. Pero había dos buenas razones para ello. En primer lugar, hacerlo permitía dar una ocupación a los Otros dotados de escasas aptitudes y así garantizar su subsistencia. En segundo lugar, se evitaba incurrir en riesgos que atentaban contra el equilibrio de fuerzas. En el instante en que entré en la sala, Boris Ignátievich asintió y dijo: —Gracias, Vitali. Creo que todos tenemos clara cuál es nuestra situación actual y que nadie reprueba la ejecutoria de tu departamento. ¿Votamos?

Gracias. Y bien, aprovechando que ahora sí estamos todos reunidos... Entretanto, y sin que el jefe apartara la mirada de mí, me acerqué en silencio hacia la única silla vacía y tomé asiento. —... podemos pasar a la cuestión principal. Semión, sentado a mi lado, se inclinó ligeramente y me susurró: —La cuestión principal es el pago de las cuotas del Partido en marzo... No pude evitar sonreír. De vez en cuando, en la jerga de Boris Ignátievich asomaba el funcionario del Partido que había sido. Personalmente, esos tics me molestaban menos que cuando conducía como un inquisidor medieval o un general retirado, aunque, bien pensado, tal vez me equivocara. —Y la cuestión principal reside en la protesta de la Guardia Diurna que he recibido hace dos horas —concluyó. No supe captar de inmediato la importancia de lo que se nos venía encima. Las Guardias se pasan la vida interponiéndose mutuamente en el camino, de manera que no hay semana en que no se crucen protestas. Pero todas ellas terminan resolviéndose nivel regional o, en los casos más serios, se someten a la consideración del tribunal de Berna. Solo me bastaron unos instantes de reflexión para comprender que la convocatoria de un pleno para examinar una protesta significaba que esta se salía de lo habitual. —En esencia, se trata de lo siguiente: esta mañana, cerca del callejón Stoleshnikov, han matado a una mujer. Era una Otra adscrita a los Tenebrosos. Aquí tenéis una breve descripción de los hechos. Dejó caer sobre mis rodillas un par de folios salidos de la impresora. Cada uno de los presentes había recibido un regalo similar. Les dediqué una rápida lectura: «Galina Rogova, veinticuatro años... Nacida en el seno

de una familia corriente, fue iniciada a los siete años. Educada bajo la tutela de los Tenebrosos... la responsable de la tutoría fue Anna Chernogorova, maga de cuarta categoría... A los ocho años de edad, Galina Rogova se definió como teriántropo. Se transformaba en una pantera. Aptitudes de nivel medio...» La lectura del informe me contrarió, aunque, bien visto, no había motivo para ello. Rogova pertenecía a los Tenebrosos, pero no trabajaba para la Guardia Diurna. Cumplía con los acuerdos recogidos en el pacto. Jamás había cazado a ningún humano. Incluso había desaprovechado las dos licencias que le fueron concedidas, una al alcanzar la mayoría de edad, la otra con motivo de su matrimonio. Ayudándose de la magia, había conseguido labrarse una sólida posición en la empresa constructora La Vivienda Acogedora y se había casado con el subdirector de la misma. Tenía un hijo, cuya pertenencia a los Tenebrosos no se había comprobado. Galina había hecho poco liso de sus facultades, y generalmente para defenderse. En una ocasión dio muerte a un agresor, pero no se rebajó a practicar el canibalismo con la víctima. —Ya nos gustaría que todos los teriántropos se comportaran así, ¿no? —comentó Semión antes de pasar a la segunda página y fruncir el entrecejo. Procedía leer los párrafos finales del informe, que contenían el acta de levantamiento del cadáver. Se consignaban cortes en la blusa y la chaqueta... con toda probabilidad la herida había sido causada con un puñal de hoja muy fina. Obviamente, se trataría de un arma adecuada para esos menesteres, porque es imposible dar muerte a un teriántropo con una ordinaria...

¿Qué era, entonces, lo que sorprendía a Semión? De pronto lo advertí. ¡Qué extraño! No se habían detectado lesiones en el cuerpo de la víctima. Absolutamente ninguna. Como causa de la muerte se consignaba la pérdida total de la energía vital. —¡Vaya trabajito! —exclamó Semión—. Allá por los años de la guerra civil me encargaron cargarme a un teriántropo que se transformaba en tigre. El muy cabrón trabajaba para la policía secreta bolchevique, en la que, por cierto, ocupaba un cargo bastante... —¿Habéis terminado todos? —preguntó el jefe. —¿Me permite una pregunta? —En el fondo de la sala se había levantado una fina manita. El gesto fue acompañado de una sonrisa general. —Adelante, Iulia —consintió el jefe. Iulia, la más joven de entre todos los agentes de la Guardia, se dispuso a intervenir, no sin antes arreglarse el cabello con ademán inseguro. Bella, aunque algo infantil, había ingresado en el departamento de análisis gracias a sus contrastados talentos. —Por lo que alcanzo a entender, Boris Ignátievich, estamos en una intervención mágica de segundo grado. O tal vez de primero. —Más bien de segundo... —confirmó el jefe. —Por lo tanto, solo podría tratarse de usted... —Iulia hizo una pausa, turbada—. O de Semión... Ilia... o Garik. ¿No es así? —Garik queda excluido —matizó el jefe—. Ilia y Semión sí cuentan. Semión farfulló algo por lo bajo, evidentemente disgustado por el cumplido. —También cabe la posibilidad de que alguno de los nuestros, de paso por Moscú, hubiera cometido el asesinato —continúo Iulia, como reflexionando en voz alta—. Pero no sabemos de ningún mago de esa potencia que haya

aparecido por aquí. Además, no podría hacerlo sin conocimiento de la Guardia Diurna, que los mantiene a todos bajo control. Por lo tanto, se trata de verificar solo a tres personas, y si se establece que todas tienen coartadas, entonces no se nos podrá reclamar nada. —Iulenka —dijo el jefe—, nadie ha presentado ninguna reclamación. El problema es otro: hay un mago de los nuestros que anda suelto por Moscú. Un Mago de la Luz que no consta en nuestros registros y que desconoce el pacto. ¡Caramba! Eso sí que era grave... —Ah, pues, en ese caso... perdóneme, Boris Ignátievich —se disculpó Iulia. —Esto es lo que hay —continuó el jefe—. Y con ello pasamos a la esencia del asunto. Chicos, nos están colando una. Hemos hecho el tonto, nos han fallado los controles y ahora resulta que en Moscú hay un mago extremadamente potente suelto y que es de los nuestros. No sabe de qué va esto y anda por ahí matando Tenebrosos. —¿Cómo que matando Tenebrosos? —preguntó alguien. —Así es. He estado husmeando en los archivos. Hace tres años se produjeron varios casos similares a este, en primavera y otoño, y hace dos años, también en otoño. En ninguno de ellos se apreciaron lesiones físicas, pero sí cortes en las ropas de las víctimas. La Guardia Diurna los ha investigado sin éxito, y por lo que parece consignaron esas pérdidas como fruto del azar, Por lo tanto, alguno de los Tenebrosos se va a llevar un buen castigo. —¿También alguno de los nuestros? —También. Semión se aclaró la garganta y reflexionó en voz baja: —Es curiosa esa periodicidad, Boris... —Lo más seguro es que desconozcamos de la misa la mitad, chicos. Pero, quien quiera que sea ese mago, sabemos

que se ha dedicado a matar Tenebrosos con potencialidades muy modestas y, evidentemente, se ha aprovechado de errores vulgares que estos han cometido al camuflarse. Es más que probable que buena parte de sus víctimas sean Tenebrosos no iniciados e, incluso, no detectados. Por lo tanto, os propongo... El jefe hizo una pausa y nos abarcó a todos con la mirada. —Bien, el departamento de análisis se encargará de reunir información sobre delitos similares, así como de cualquier incidente que tenga características análogas. Debéis tener en cuenta que la mayor parte de estos casos no estarán registrados como asesinatos, sino como muertes en circunstancias que no pudieron ser esclarecidas. Revisad los resultados de las autopsias, interrogad a los empleados de los depósitos de cadáveres... y pensad en otras fuentes de información. En cuanto a los del departamento científico... enviad a dos o tres agentes a la sede de la Guardia Diurna y examinad el cadáver. Vuestro objetivo será establecer el modus operandi de nuestro mago. Por cierto, habría que buscarle un nombre a este... llamémosle «el Bárbaro». El grupo operativo se encargará de reforzar el patrullaje en las calles. Buscad al Bárbaro, chicos. —En eso nos pasamos la vida, buscando —protestó Igor—. Boris Ignátievich, es imposible que no hayamos detectado a un mago que opere en la ciudad. ¡Es absolutamente imposible! —Tal vez se trate de un mago que no ha sido iniciado —lo interrumpió el jefe—. Quizá sus aptitudes se activen solo en determinadas épocas del año... —En primavera y otoño, como si fuera un psicópata cualquiera... —Exacto, Igor. En primavera y otoño. Y ahora que acaba de cometer un asesinato, es

probable que lleve un sello que revele mi potencial mágico. Ya sé que las posibilidades de éxito son escasas, pero alguna hay... Así que andando, a trabajar. —Boris, ¿cuál es el objetivo, exactamente? —preguntó Semión. Los colaboradores que ya se habían puesto de pie y se disponían a abandonar la sala se detuvieron a escuchar la respuesta. —El objetivo consiste en encontrar al Bárbaro antes de que lo hagan los de la Guardia Diurna. Debemos proporcionarle seguridad e instrucción. Y conseguir que se pase definitivamente a nuestro lado. Lo de siempre, vamos. —Comprendido —dijo Semión, levantándose. —Antón y Olga, os ruego que os quedéis un minuto —comentó como con desgana el jefe, y se acercó a la ventana. Su petición se tradujo en las miradas de curiosidad de quienes abandonaban la sala. En ellas también había cierta envidia: la que suele generar el encargo de una misión especial. Busqué a Olga con la vista y la encontré en el extremo opuesto de la sala. Le sonreí disimuladamente. Me devolvió la sonrisa. De aquella Olga descalza y desaliñada a la que invité a beber coñac en la cocina de mi casa, no quedaba nada. Ahora era muy distinta, con su estilizado corte de pelo, el saludable carmín de sus mejillas, la seguridad de la mirada... Aunque, bien pensado, esa seguridad ya estaba presente entonces. La novedad radicaba en cierta coquetería, en cierto brillo de orgullo. Le habían retirado el castigo, aunque solo en parte. —No me gusta nada lo que está sucediendo, Antón —comenzó el jefe, sin volverse. Olga se encogió de hombros y asintió invitándome a responder. —No entiendo a qué se refiere, Boris Ignátievich. —No me gusta la protesta que ha presentado la Guardia

Diurna. —A mí tampoco, la verdad. —Creo que no comprendes de que se trata exactamente. Y me temo que al resto del personal le sucede otro tanto... Ta vez tú sí adivines algo, ¿no, Olga? —Me parece muy raro que la Guardia Diurna no haya con seguido detectar al asesino, después de tantos años buscan dolo. —Cierto. ¿Recuerdas el caso de Cracovia? —Por desgracia, no he conseguido olvidarlo. ¿Qué crecí que quieren? ¿Tendernos una trampa? —Es posible... —Boris Ignátievich se apartó de la ventana—. ¿Qué opinión te merece esa versión de los acontecimientos, Antón? —No alcanzo a comprender qué quiere decir —balbucee. —A ver: supongamos que es cierto que hay un Bárbaro suelto por la ciudad. Un asesino solitario que aún no ha sido iniciado. En determinados momentos del año sus aptitudes se manifiestan súbitamente... Sale a localizar algún Tenebroso y lo mata. ¿Acaso la Guardia Diurna es incapaz de darle caza? Pues seguro que puede. Y es ahí donde surge la inevitable pregunta: ¿por qué no lo hace? ¡Están dejando que maten a los suyos y no mueven un dedo! —Será porque los que mueren no valen nada. —Correcto. Ya se sabe que eso de sacrificar peones es parte de la mejor tradición de la... —El jefe se interrumpió, cogiendo al vuelo la intención de mi mirada—. De la Guardia. —De ambas Guardias —puntualicé. —De acuerdo, de ambas Guardias —admitió con desgana—. Gracias por recordármelo. Y bien, ahora intentemos seguir el curso de esta jugada. ¿Qué pretenden? ¿Dar pie a una acusación por desidia a la Guardia Nocturna? ¡Pamplinas! Nuestra obligación se reduce al control del comportamiento de los Tenebrosos y a velar por el cumplimiento del

pacto por parte de los Luminosos, cuya identidad ha sido establecida, y no dedicarnos a cazar a misteriosos maníacos. En este caso, la culpa sería más bien de la Guardia Diurna... —Entonces, cabe suponer que la provocación tiene como objetivo a alguien en concreto, ¿no es así? —Exacto, Antón. ¿Recuerdas lo que apuntaba Iulia? ¿Aquella de que solo muy pocos de los nuestros poseen la capacidad de llevar a cabo una acción de esas características? Se trata de algo fácilmente demostrable. Supongamos por un momento que la Guardia Diurna se propone acusar a alguien en concreto de haber violado el pacto. Que pretende señalar a uno de nosotros, a alguien que tiene perfecto conocimiento del pacto y ha decidido convertirse en un justiciero por cuenta propia. —Pero eso podríamos desmontarlo fácilmente. Solo con que encontremos al Bárbaro... —¿Y si ellos lo encuentran antes y se lo callan? —Mostramos nuestras coartadas. —¿Y si los asesinatos se produjeron en un momento para el que no tenemos coartadas válidas? —Pues vamos ante el tribunal y nos sometemos a un interrogatorio con todas sus consecuencias —repuse, ya algo molesto. Desde luego, cuando se trata de someterse a una exposición plena de la conciencia no cabe esperar nada bueno. —Un mago poderoso, y sin la menor duda estos crímenes son obra de uno con mucho poder, sería capaz de blindarse ante el tribunal. No lograría engañarlo, pero sí blindarse. Y te digo más, Antón: ante un tribunal conformado por Tenebrosos, está obligado a hacerlo, o de lo contrario los enemigos podrían acceder a información demasiado valiosa. Lo malo es que ante un blindaje de ese tipo, el mago será automáticamente

considerado culpable con todas las consecuencias, tanto para él como para la Guardia en su conjunto. —No es una perspectiva nada halagüeña, Boris Ignátievich —reconocí—. Me recuerda esa que me describió el invierno pasado, cuando intervino en mis sueños. Un niño Otro de una fuerza descomunal, la irrupción del infierno que iba a dejar Moscú en ruinas... —Lo sé, Antón, pero créeme que no estoy exagerando. —¿Qué es lo que se espera de mí? —pregunté por fin—. Porque es evidente que no se trata de mi perfil. ¿Quiere que ayude a los analistas? De todos modos, por mucho que hagamos terminarán llamándonos a rendir cuentas. —Lo que quiero, Antón, es que calcules quién de nosotros está más expuesto a esta amenaza. Quiénes tienen coartadas para evadir la responsabilidad de todos los asesinatos y quiénes no, Introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un disco compacto. —Aquí tienes los expedientes completos de tres años. Corresponden a los cuatro, incluido yo. Apenas conseguí ocultar mi turbación cuando cogí el disco, —Se han retirado las contraseñas. Pero no se te escapará que nadie debe tener acceso a esta información. No estás autorizado a hacer copias. Codificarás los cálculos y los esquemas... y esmérate bien con la clave. —Necesitaré un ayudante —reclamé débilmente. Miré a Olga. Aunque qué clase de ayudante podía ser alguien como ella, cuyos conocimientos de informática no iban más allá de las funciones de algún que otro juego de combate, como el Heretic o el Hexen. El jefe se tomó un instante antes de responder: —Mis datos los estudias tú solo. Anatoli te echará una mano con el resto de expedientes. ¿De acuerdo? —¿Qué haré yo,

entonces? —preguntó Olga. —Te dedicarás a perseguir el mismo objetivo, pero en tu caso lo harás mediante entrevistas personales. O, para decirlo con más claridad: interrogarás a todos los sospechosos. Comenzarás por mí. Y después irás interrogando, uno por uno, a los otros tres. —Muy bien, Boris. —Andando, Antón —me animó el jefe, ayudándose de un gesto con la cabeza—. Comienza ahora mismo. El resto de tus asuntos delégalos en las chicas. Ya espabilarán. —Si quiere puedo hurgar en los datos hasta el fondo —propuse—, de manera que si alguno carece de coartada pueda... idearla. El jefe negó con la cabeza. —No, Antón. No me has entendido bien. No quiero que prepares falsas coartadas. Lo único que quiero es asegurarme de que ninguno de nosotros cometió esos asesinatos. —¿Es eso lo que quiere? —Sí. Porque en este mundo no hay nada imposible. Lo bueno de nuestro trabajo, Antón, es que yo puedo encargarte esa misión. Y que tú vas a cumplirla. Y también que, cuando te toque informarme de los resultados, no repararás en quién es quién. Preocupado por algo que no alcanzaba a comprender, asentí y me encaminé hacia la puerta, apretando con fuerza el valioso disco. No fue hasta el último instante que la pregunta se formulo claramente, y la pronuncié en voz alta, mientras me volvía: —Una cosa, Boris Ignátievich... El jefe y Olga se apartaron rápidamente el uno del otro. —Me ha dicho que el disco contiene los expediente de cuatro de nosotros... —Exacto. —Es decir, el suyo, el de Ilia, el de Semión... —Y el tuyo, Antón. —¿Por qué yo? —inquirí, consciente de lo estúpida que sonaba la pregunta. —Cuando se produjo el enfrentamiento en la azotea permaneciste durante tres

minutos en la segunda capa del Crepúsculo. Para ello, Antón, se requiere dominar el tercer nivel de la energía. —Es imposible —solo atiné a decir. —Pues así fue. —¡Pero si usted mismo no para de repetir que no paso de ser un mago de nivel medio! —Digamos que he tenido mucha más necesidad de un magnífico programador que de otro buen agente operativo. Si las circunstancias hubieran sido distintas, el comentario habría provocado en mí un acceso de orgullo. Un orgullo ofendido, pero orgullo en definitiva. Siempre había creído que el cuarto nivel era lo máximo a lo que podía aspirar, y que, de hecho, alcanzarlo iba a requerirme un esfuerzo extraordinario. Ahora, sin embargo, la noticia quedaba ensombrecida por un miedo incómodo, viscoso, repugnante. Los cinco años de servicio en la Guardia Nocturna en calidad de modesto oficinista me habían enseñado a alejar cualquier miedo, fuera del que provocaban las autoridades, la mafia o las enfermedades. —Fue una intervención de segundo grado... —En estos casos la línea divisoria es prácticamente imperceptible, Antón. Es muy probable que tus aptitudes sean todavía mayores. —Lo que no alcanzo a entender es porque me cuenta a mí entre los sospechosos, cuando hay una docena de magos de tercera categoría en la Guardia. ¿Por qué precisamente yo? —Porque te has cruzado en el camino de Zavulón. Es algo personal: le has pisado la cola nada menos que al jefe de la Guardia Diurna de Moscú. Por lo tanto, no hay que sorprenderse de que decida preparar una trampa a la medida de Antón Gorodetski. Tal vez, incluso, se trate de que ha decidido poner en marcha una vieja trampa, ya diseñada, que tenía guardada en la recámara. Me despedí

en silencio y salí de la sala de reuniones. No tenía más preguntas que hacer. Nuestro laboratorio también está instalado en la cuarta planta, aunque en el ala opuesta a la sala de reuniones. Me encaminé rápidamente hacia allí, tropezándome con algunos colegas en el pasillo y saludándolos apenas con un gesto. No quería distraerme. Apretaba el disco con más fuerza que un joven enamorado la mano de su amada. ¿Estaba diciéndome la verdad el jefe? ¿Era posible que el golpe estuviese dirigido contra mí? Era improbable que me mintiera. Le había hecho una pregunta directa y me había dado una respuesta directa. Es cierto que con el paso de los años hasta los más puros de los Magos de la Luz pueden desarrollar cierto poso de cinismo y adiestrarse en toda clase de equilibrios verbales. Pero las consecuencias que traía la mentira eran demasiado graves hasta para alguien tan poderoso como Boris Ignátievich. Llegué ante el panel electrónico de identificación. Sabía que los magos suelen burlarse de los medios técnicos, e incluso Semión me demostró en una ocasión lo fácil que era engañar a los analizadores de voz y de la retina. Pero conseguí que se aprobara la adquisición de aquellos juguetes tan caros, que no podían impedir el acceso a los Otros pero sí detendrían a los muchachos del Servicio Federal de Seguridad y a los cachorros de la mafia, cuya visita no podíamos descartar. —Uno, dos, tres, cuatro, cinco... —dije al micrófono mientras yo miraba fijamente el objetivo de la cámara. Los circuitos parecieron dudar un instante, antes de decidirse a encender la luz verde que me permitía el acceso. No había nadie en la primera sala. Los ventiladores del servidor

trabajaban a toda marcha y el ruido de los acondicionadores de aire encastrados en las paredes se sumaba al bullicio. Los últimos ayudaban muy poco, porque apenas conseguían atenuar el calor, a pesar de que la primavera solo comenzaba... No me entretuve en asomarme al laboratorio donde trabajan los técnicos y pasé directamente a mi despacho. Mío a medias, porque también lo ocupa Tolik, mi adjunto, quien lo hace en el sentido literal de la palabra, porque suele quedarse a dormir en el viejo sofá de cuero. Encontré a Tolik examinando detenidamente una vieja placa base. —Hola —dije mientras tomaba asiento en el sofá. El disco me quemaba en la mano. —Se ha muerto —mascculló Tolik, malhumorado. —Pues tírala. —Sí, sí, pero es que tal vez... —Tolik era un hombre marcado por esa pasión por el ahorro que se adquiere tras años de trabajo diseñando presupuestos gubernamentales. En la Guardia no padecíamos apreturas económicas, pero él no dejaba de almacenar cacharros totalmente inútiles—. Es que llevo ya dos horas dándole vueltas a este chisme, y no hay manera... —Porque es más antigua que las pirámides. Tírala ya. Hasta en contabilidad tienen máquinas más modernas... —Puedo dársela a alguien que la aproveche... Podrían sacar algo de pasta... —Tolik, tenemos cosas urgentes que hacer —lo interrumpí. —Ah, ¿sí? —Sí. Mira... —Le mostré el disco—. Contiene los expedientes personales completos de cuatro miembros de la Guardia, incluido el jefe. Tolik abrió un cajón y lanzó la placa base dentro. —Yo me encargaré de tres de los expedientes. Tú del cuarto, del mío. —¿Qué buscamos? —Tenemos que verificar cada uno de estos casos

—respondí, y abrí el sobre con la documentación—. Es posible que alguno de los sospechosos se dedique a asesinar Tenebrosos. Son muertes para las que no se ha concedido permiso. Aquí hay un listado que contiene cada uno de los incidentes. De lo que se trata es de excluir la posibilidad de que haya sido uno de nosotros o por el contrario... —¿Es cierto que te estás dedicando a matarlos? —se interesó Tolik—. Me perdonarás la franqueza, pero es que... —No, no es cierto. Pero tú no me creas y ponte a trabajar. No me entretuve en ojear la información que me concernía. Vacié los ochocientos megabytes de información en el ordenador de Tolik y retiré el disco. —¿Quieres que te vaya comentando mis hallazgos, de haberlos? —preguntó mientras iba abriendo los archivos de texto, pulsando rítmicamente el botón derecho del ratón. —Como quieras. —De acuerdo. Decidí comenzar por la información referente al jefe. En primer lugar, el expediente contenía una presentación con una reseña general. La lectura de cada una de las líneas de texto me hacía sudar copiosamente. Como es de suponer, el expediente no consignaba el verdadero nombre ni los orígenes del jefe, porque esa información sobre los Otros que alcanzaban su rango no se recogía jamás. No obstante, ello no impidió que fuese haciendo un descubrimiento tras otro. Por ejemplo, que el jefe era mucho mayor que lo que yo suponía. Nada menos que ciento cincuenta años mayor. Y esa no era una información baladí, porque significaba que había participado personalmente en la firma del pacto entre la Luz y las Tinieblas. Me sorprendió, porque todos los magos de aquella época que

permanecían en activo ocupaban cargos directivos y no se veían obligados a soportar la penosa y aburrida función de directores de oficinas regionales. Además, me enteré de varios de los nombres con que el jefe aparecía en la historia de la Guardia Nocturna y del lugar donde había nacido. Esta última era una cuestión sobre la que habíamos hecho las más diversas cábalas e, incluso, apuestas. Alguno de nosotros había llegado a presentar pruebas «irrefutables» que avalaban su tesis. Pero, curiosamente, a nadie se le había ocurrido jamás que Boris Ignátievich era oriundo del Tíbet. Tampoco habría acertado, ni en mis fantasías más atrevidas, el nombre de su mentor. El jefe llevaba operando en Europa desde el siglo XV. Algunos indicios que encontré en el informe apuntaban a que la responsable de su drástico cambio de residencia había sido una mujer. Alcancé a adivinar también de quién se trataba. Cerré la ventana con la información general sobre el jefe y miré a Tolik. Estaba viendo un vídeo. Evidentemente, mi biografía no resultaba tan apasionante como la del jefe. Presté atención a la pequeña pantalla donde corrían las imágenes y me ruboricé. —Tienes una coartada perfecta para el primero de los asesinatos —me dijo Tolik, sin mirarme. —Pero ¿qué haces, Tolik? —protesté. —Venga ya... Tampoco es gran cosa. Si quieres multiplico la velocidad de la reproducción, para revisar el contenido de toda la noche... Por un instante me imaginé la apariencia que iba a tener aquella secuencia pasada aceleradamente y aparté la vista. Yo suponía que la jefatura se encargaba de controlar a sus agentes y, especialmente a los más jóvenes, pero aquel nivel de

descaro me pareció excesivo. —La coartada tiene sus fallos —dije—. Ahora verás cómo me visto y salgo a la calle. —Ya lo veo —confirmó Tolik. —Pasaré una hora y media fuera. Estuve buscando una botella de champán... y, de paso, di un paseo para aclararme las ideas. Me preguntaba si tenía sentido volver... —No te agobies antes de tiempo —me interrumpió Tolik—, Mejor entretente en echar un vistazo a las escenas de la vida privada del jefe. Media hora más tarde, ya había comprendido que Tolik estaba en lo cierto. Tal vez tuviera razones para enfadarme con el imperdonable comportamiento de quienes me espiaban. Pero con Boris Ignátievich habían actuado con un celo similar. —Para dos de los casos el jefe tiene una coartada incuestionable y cuatro testigos —dije—. Para otro, tiene casi a la Guardia en pleno como testigo. —Supongo que será el día en que se dio caza al Tenebroso chiflado aquel, ¿no? —Sí. —Pues tú no tienes coartada ni para ese día. Te convocaron a media mañana y el cronometraje de las acciones no ofrece más que resultados aproximados. Lo único que consta es una fotografía del instante en que entras en la oficina. —Lo que viene a significar... —Que, al menos en teoría, pudiste haber sido tú quien mató a los Tenebrosos. Está claro. Y tendrás que perdonarme, Antón, pero lo cierto es que cada una de las muertes coincide con momentos en los que experimentabas una excitación emocional muy elevada. Situaciones en las que da la impresión de que no eras capaz de controlarte. —No he matado a nadie, Tolik. —Te creo. ¿Que hago con el archivo? —Bórralo. Tolik meditó un instante. Tampoco es que guarde nada de valor en este

disco. Lo que haré será reformatearlo. Hace tiempo que necesita una buena limpieza. —Gracias —dije. Cerré el archivo que contenía los datos del jefe—. Y déjalo ya. Yo me ocupo del resto. —De acuerdo. —Tolik consiguió superar la comprensible resistencia del ordenador, obligándolo a someterse al enojoso proceso de cocción interna. —Date una vuelta por el laboratorio y ponles cara seria a las chicas. Estoy seguro de que estarán haciendo solitarios en lugar de trabajar. —Me ocuparé —accedió Tolik sin dificultad—. ¿Cuándo acabarás? —En unas dos horas. —Me pasaré a verte. Tolik se encaminó a ver a «nuestras chicas», dos jóvenes programadoras encargadas, sobre todo, del trabajo oficial de la Guardia. Abrí el siguiente expediente. Era el de Semión. Unas dos horas y media más tarde me aparté del ordenador, me di un leve masaje en la nuca, que siempre me duele cuando estoy mucho rato pegado al monitor, y encendí la cafetera. Ni el jefe, ni Ilia, ni Semión encajaban en el papel del asesino de Tenebrosos suelto por la ciudad. Todos tenían coartadas y, para algunos casos, se trataba de coartadas sólidas como el hormigón. Semión, por ejemplo, había pasado la noche en que se produjo uno de los asesinatos en una interminable negociación con la jefatura de la Guardia Diurna. Esa vez Ilia estaba en la isla de Sajalín por encargo de la Guardia resolviendo un embrollo que requirió la intermediación de la oficina central. Solo yo quedaba bajo sospecha. A pesar de la confianza que tenía en Tolik, decidí revisar de nuevo mi expediente. La cosa estaba clara: no tenía ni una sola coartada. El café sabía amargo. Evidentemente, llevaban semanas sin cambiar el filtro de la cafetera.

Me fui bebiendo a sorbos aquel mejunje caliente sin apartar la vista de la pantalla del ordenador Después, marqué en el teléfono móvil el número del jefe. —Te escucho, Antón. Siempre sabía quién lo llamaba. —Boris Ignátievich, tenemos a un único sospechoso. —¿Quién es? El tono de su voz se había tornado seco y oficial, pero no pude evitar pensar que me hablaba sentado en un sofá, medio desnudo, con una copa de champán en una mano y abrazando a Olga con la otra mientras sujetaba el auricular con el hombro o, simplemente, lo hacía levitar junto a su oreja... —Basta ya de elucubraciones... —añadió sacándome de mis cavilaciones—. Dilo de una vez: ¿quién es el sospechoso? —Yo. —Ya veo. —Pero usted ya lo sabía —dije. —¿Qué quieres decir? —Digo que no había ninguna necesidad de encargarme el análisis de los expedientes cuando podría haberlo hecho usted mismo. Debo entender que su intención fue que yo tomara conciencia del peligro que corro. —Tal vez... —El jefe suspiró—. ¿Qué vas a hacer, Antón? —Pues nada en especial. —Ven a verme al despacho en... diez minutos. —De acuerdo —respondí y corté la comunicación. Entré un momento en el despacho que ocupaban las chicas. Tolik todavía estaba allí y los tres parecían absortos en el trabajo. En realidad, la Guardia no tenía ninguna necesidad de aquellas dos inútiles programadoras, puesto que al estar privadas de un acceso amplio a la información secreta la mayor parte del trabajo recaía de todos modos sobre Tolik y sobre mí. Pero ¿qué se le iba a hacer? Había que encontrarles algún sitio a dos magas con aptitudes muy bajas y esa fue la opción que prevaleció. Lo mejor habría sido que aceptaran

llevar una vida corriente, pero ambas tenían la cabeza llena de ideas románticas sobre la Guardia y se acabó por crearles aquella sinecura. En general, dedicaban la mayor parte del tiempo a navegar por la red y a jugar en los ordenadores, especialmente a los juegos de cartas y, en particular, a los solitarios. Tolik estaba ante uno de los ordenadores libres, que no escaseaban. Iulia, sentada sobre sus rodillas, se afanaba con el ratón. —Supongo que a esto le llamáis curso de iniciación a la informática, ¿no? —pregunté mientras miraba a los monstruos que corrían despavoridos por la pantalla. —Nada desarrolla mejor las habilidades en el manejo del ratón que los juegos de ordenador—se justificó Tolik. —Magnífica excusa —repliqué, por decir algo. Yo hacía muchos años que había dejado de interesarme por esos juegos, como la mayoría de los agentes de la Guardia. Matar monstruos en una pantalla pierde todo su atractivo cuando comienzas a encontrártelos por todas partes. Tal vez Olga, que había acumulado una enorme carga de cinismo en el siglo y medio que llevaba dedicada a nuestros menesteres, constituyera una excepción. —Tolik, me marcho y no creo que vuelva en lo que resta del día —dije. —Muy bien. —No se mostró sorprendido. No tenemos demasiadas capacidades adivinatorias, pero somos muy sensibles a menudencias de este tipo. —Adiós, Galia, Lena —dije a las chicas. Galia murmuró una frase amable que no alcancé a descifrar y continuó ostentosamente enfrascada en lo que hacía. Lena me preguntó: —¿Puedo irme un poco antes de hora? —Claro que puedes —respondí. Jamás nos mentimos. Si Lena, por ejemplo, me pedía autorización para marchar antes de la

oficina, era porque necesitaba hacerlo de veras. Nunca mentimos. Aunque es cierto que a veces disimulamos u ocultamos alguna cosa. El desorden sobre la mesa del jefe era verdaderamente mayúsculo. Bolígrafos, lápices, hojas de papel de todos los tamaños, in formes cuidadosamente impresos, cristales mágicos de tonos oscuros, listos para ser utilizados. En medio de todo aquello, como colofón al caos, había un hornillo de alcohol encendido. Encima de él, en una bandeja, se tostaban unos polvos blancuzcos que el jefe removía meditabundo ayudándose de la punta de una cara pluma Parker, con el aspecto de quien espera alguna clase de efecto súbito. —Aquí tiene —dije colocando el disco sobre la mesa. —¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Boris Ignátievich sin levantar la vista. Se había quitado la americana y tenía la camisa arrugada y el nudo de la corbata corrido hacia un lado. Miré de reojo en dirección al sofá. Olga no estaba en el despacho, pero vi una botella de champán y dos copas colocadas descuidadamente en el suelo. —No lo sé. Yo no maté a los Tenebrosos. Usted lo sabe perfectamente. —Lo sé. —Pero no puedo probar mi inocencia. —Según mis cálculos, tenemos dos o tres días antes de que la Guardia Diurna presente la acusación contra ti —dijo el jefe. —No será difícil urdir una coartada falsa. —¿Estarías dispuesto a hacerlo? —se interesó. —Por supuesto que no. ¿Me permite que le haga una pregunta? —Adelante. —¿De dónde han salido todos esos datos? ¿Quién ha tomado esas fotos, esos vídeos? El jefe reflexionó un instante antes de responder. —Me esperaba esas preguntas. Has visto también mi expediente, Antón. Y habrás constatado que no es menos

intrusivo que el resto. —No lo es. Por eso precisamente lo pregunto. ¿Por qué permite que se reúna esa clase de información? —No puedo impedirlo. Es la Inquisición quien realiza el control. Conseguí no formular la estúpida pregunta que acudió a mi mente: «¿Y de verdad existe la Inquisición?». Aunque es probable que mi rostro fuera tan elocuente como las palabras que me calle. No obstante, el jefe se quedó mirándome un minuto antes de continuar: —A partir de este momento, no podrás estar solo ni un insume. Bueno, al lavabo sí que podrás ir, claro, pero el resto del tiempo tendrás siempre a dos o tres testigos flanqueándote. Hay esperanzas de que se produzca otro asesinato. —Si es a mí a quien le están tendiendo la trampa, se cuidarán de que no haya asesinatos hasta que yo no tenga una coartada. —Y no la tendrás —dijo, y sonrió burlón—. No creas que soy un viejo tonto. Asentí inseguro, todavía sin comprender lo que se avecinaba. —Olga... —llamó. Se abrió una puerta que yo siempre había creído que pertenecía a un armario y apareció Olga, sonriente, componiéndose el peinado. Vestía unos téjanos y una blusa que le ceñían el cuerpo como solo lo hace la ropa cuando uno acaba de tomar una ducha caliente. Alcancé a ver un majestuoso cuarto de baño con un enorme jacuzzi y una ventana panorámica que abarcaba toda la pared. Supuse que solo se transparentaba desde el interior. —¿Podrás hacerlo sin ayuda, querida? —le preguntó el jefe. Era evidente que hablaban de algo que habían estado comentando antes. —Sin ayuda, no podré. —No te hablo de eso, sino de lo otro. —Ah, sí. Entonces, claro que puedo apañármelas sola. —Muy bien. Ahora juntad las espaldas

—indicó el jefe. Aquello me daba muy mala espina, pero no tenía ganas de discutir; además, saltaba a la vista que la cosa iba en serio.
—Abríos, los dos —ordenó el jefe. Cerré los ojos y comencé a relajarme. Percibí claramente a través de la blusa que la espalda de Olga estaba caliente y húmeda. Era una sensación muy incómoda la que producía aquel contacto íntimo con una mujer que acababa de hacer el amor con un hombre que no era yo. No es que yo sintiera nada especial hacia Olga. De ninguna manera. Tal vez mi desapego estuviese motivado por el recuerdo de su apariencia anterior, aunque también era posible que la celeridad con que pasamos a tener relaciones amistosas y de compañerismo ahuyentara todo deseo carnal. Tampoco cabía descartar los siglos que separaban nuestras respectivas fechas de nacimiento. ¿De qué sirve un cuerpo joven cuando puedes ver la patina de los siglos en los ojos de tu amante? En definitiva, éramos amigos y nada más. No obstante, el contacto de mi cuerpo contra el suyo, que todavía recordaba las caricias de otro hombre, generaba en mí una sensación bastante perturbadora.
—Comencemos... —dijo el jefe y me pareció que había algo violento en su tono de voz. Después, articuló unas cuantas palabras cuyo significado no comprendí, palabras antiguas pronunciadas en alguna lengua milenaria. Sentí que volaba. Y era cierto. Volaba. La tierra parecía haberse despegado de mis pies, hundiéndose en la distancia, y mi cuerpo experimentó la ventura de la ingravidez. Un orgasmo ingrávido, una dosis de LSD inyectada en vena, electrodos conectados a los más recónditos centros del placer... Me inundó una ola de alegría

pura e insensata. Una alegría cuyo motivo era la certeza de que el mundo se había extinguido para siempre. De no ser por la fuerza que emanaba de las manos del jefe, habría caído al suelo. Pero unos hilos invisibles partían de ellas y nos entrelazaban a mí y a Olga, hacían que nos retorciéramos, fundidos el uno con el otro. Los hilos terminaron por convertirse en un extraño amasijo. Tendrás que disculparnos, Antón, pero comprenderás que un disponíamos de tiempo para entretenernos con dudas ni explicaciones. Permanecí en silencio. No emití ni el más leve sonido, sentado allí en el suelo, absorto en la contemplación de mis manos, con sus finos dedos adornados con dos anillos de plata, y mis largas piernas, todavía húmedas por el baño que acababa de tomar y enfundadas en aquellos estrechísimos téjanos que terminaban en unas zapatillas de deporte blancas y azules, con unos breves tacones. —No será por mucho tiempo —aclaró el jefe. —Pero, pero… —Quise levantarme de un salto y soltar un par de tacos bien gruesos, pero los primeros sonidos que salieron de mi boca me inhibieron de hacerlo. Una voz profunda, suave. Una voz de mujer. —Tranquilízate, Antón —me dijo un joven que estaba de pie frente a mí, y me tendió una mano para ayudarme a levantarme. Gracias a su ayuda me libré de caer otra vez al suelo. El centro de gravedad había cambiado por completo. Me había hecho más bajo y veía el mundo desde otra perspectiva. —¿Olga? —pregunté mirando el rostro que había sido antes el mío. Mi compañera, que además se había convertido en la inquilina de mi cuerpo, asintió. Mirando perplejo a su… a mí… cara, pensé en lo descuidado que había

sido al afeitarme esa mañana. Y también reparé en un pequeño y enrojecido grano que estaba incubando en la frente y que parecía más propio de un muchacho en plena pubertad. —Tranquilízate, Antón. Tampoco yo había cambiado antes de sexo. Le creí, aunque no sabría decir por qué. A pesar de su edad, bien podía ser que Olga no se hubiera visto arrastrada con anterioridad a una historia tan demencial como aquella. —¿Vas acostumbrándote? —preguntó el jefe. Yo continuaba examinando mi cuerpo recién adquirido, llevándome las manos a la cara e intentando captar mi reflejo en las ventanas. —Nos vamos. —Olga tiró de mi mano y echó a andar. Sin movimientos eran tan inseguros como los míos. Tal vez más, Boris, una cosa... —comenzó a decir, pero se interrumpió y exclamó—: ¡Por la Luz y las Tinieblas! ¿Cómo hacéis para andar vosotros los hombres? ¡Qué lío! Solté una carcajada. De pronto comprendí toda la ironía que encerraba la operación. El objeto de la provocación de los Tenebrosos, es decir, yo, se ocultaría en un cuerpo de mujer. Y no en el de una mujer cualquiera, sino en el de la amante del jefe, una fémina más antigua que la catedral de Notre-Dame de París. Olga me arrastró literalmente hasta el cuarto de baño —experimenté cierto orgullo ante mi propia fuerza— y me obligó a inclinarme sobre el jacuzzi. De la manguera de la ducha que antes había dejado preparada en la superficie de porcelana rosada, liberó un chorro de agua fría que me dio en toda la cara. Me zafé de sus brazos resoplando y contuve a duras penas el deseo de propinarle —o propinarme— una bofetada. Las reacciones instintivas del cuerpo en que me habían encerrado

comenzaban a despertarse. —No creas que tengo un ataque de histeria —le dije furioso—, pero esto comienza a ser ridículo. —¿Estás seguro? —Olga entornó los ojos y me miró fijamente. Me pregunté si esa era la cara que yo ponía cuando intentaba transmitir, al mismo tiempo, amabilidad y un asomo de duda. —Lo estoy. —Mira la pinta que tienes, a ver si cambias de idea. Me acerqué al espejo, enorme y lujoso como todo lo que contenía aquel secreto cuarto de baño, y observé mi aspecto. El resultado me sorprendió, aunque admirar mi nueva apariencia también me tranquilizó. Probablemente si me hubiera reencarnado en el cuerpo de otro hombre el estupor habría sido mayor. Pero, tal como estaban las cosas, sentí que podía asimilarlo. Bastaba imaginar que me había travestido para acudir a un baile de disfraces. —¿No estaréis manejándome tú o el jefe? —le pregunté. —No. —Entonces, será que todavía soy capaz de controlar mis nervios. —Se te ha corrido el pintalabios —dijo Olga sonriendo—. ¿Sabes pintártelos? —¿Eres tonta? Por supuesto que no. —Pues te enseñaré. No requiere de grandes conocimientos científicos. Por cierto, Antón, has tenido mucha suerte. —¿En qué sentido? —Si esto nos hubiera sucedido dentro de una semana, tendría que haberte enseñado a utilizar compresas. —Sé perfectamente cómo se emplean las compresas, ¿o crees que no veo la tele? Se derrama sobre ellas un líquido de un color azul intenso y después se las aprieta firmemente con el puño. **2**

Al salir del despacho, me detuve un instante, tratando de resistir la tentación de regresar. En cualquier momento podía abortar el plan que había puesto en marcha el jefe. Bastaba que volviera a entrar en el despacho, le anunciara que había cambiado de opinión y Olga y yo intercambiáramos nuevamente nuestros cuerpos. Pero en la media hora que habíamos dedicado al análisis de la situación me había convencido de que el cambio de cuerpos era la única respuesta eficaz a la provocación de los Tenebrosos. En definitiva, nadie rechaza un tratamiento que va a salvarle la vida solo porque duelan las inyecciones. Llevaba en el bolso las llaves del apartamento de Olga. Además, dinero y una tarjeta de crédito dentro de una funda, una polvera, un pañuelo, una compresa, que no sabía qué hacía allí si no iba a necesitarla, un paquete, ya abierto, de caramelos Tic-tac, un peine, una buena cantidad de monedas dispersas en el fondo, un espejito, un minúsculo teléfono móvil... Los bolsillos vacíos me producían una enojosa sensación de pérdida. Hurgué en ellos con la esperanza de dar, al menos, con alguna moneda extraviada, pero tuve que aceptar que, como la mayoría de las mujeres, Olga solía llevar todas sus cosas en el bolso. Aunque, bien pensado, mi mayor pérdida aquel día no era precisamente el andar con los bolsillos vacíos. Pero me costaba evitar que fuese precisamente ese detalle el que me provocara una mayor irritación. Saque unos cuantos billetes de banco del bolso y me los guarde en los bolsillos. Allí me infundían seguridad.

Lo que sí era una lástima era que Olga no acostumbrara a llevar un discman... —Hola —me dijo Garik, y se acercó—. ¿El jefe está solo? —Está... está con Antón —respondí. —¿Te pasa algo, Olga? —Garik escrutó mi rostro. No sé qué pudo percibir, si un cambio en la entonación, algún gesto confuso o una nueva aura. Pensé que si hasta un agente operativo como Garik, con quien Olga y yo no manteníamos demasiada relación, notaba la sustitución, mi vida no iba a valer nada. De pronto, y para mi sorpresa, Garik me dedicó su mejor sonrisa. Jamás se me habría ocurrido que Garik, con la mala suerte que tenía en cuestiones amorosas, incluso con las mujeres, digamos, normales, se entretuviera en seducir al personal femenino de la Guardia. —No, nada. Tuvimos una pequeña discusión, eso es todo. Me volví y me encaminé hacia la escalera sin despedirme, lisa era la versión que habíamos acordado difundir entre los agentes de la Guardia, previendo la hipotética posibilidad de que hubiera un agente enemigo infiltrado entre nosotros. Que yo sepa, solo en una o dos ocasiones ha sucedido algo semejante en las Guardias, pero era mejor curarse en salud y dejar que todos pensasen que Boris Ignátievich había tenido una pelea con su antigua amiga. Razones para esa pelea había. Y varias. El encierro de Olga en el despacho del jefe durante todo un siglo, la prohibición que se le impuso de que adquiriese aspecto humano, la reciente rehabilitación que, además de ser solo parcial, implicaba una severa reducción de las capacidades de Olga para ejercer la magia. Sobraban, pues, los motivos de enojo. Y, después de todo, difundir esa versión me libraba de tener que

desempeñar el papel de amiguita del jefe, lo que, francamente, habría sido demasiado. Absorto en esas cavilaciones, bajé a la tercera planta. Tenía que reconocer que Olga me había facilitado bastante la vida al haber elegido para ese día los téjanos y las zapatillas de deporte, en lugar de una falda y unos zapatos de tacón, por ejemplo, Sobria había sido también la elección del perfume, cuyo tenue aroma apenas me molestaba. Saber perfectamente lo que tenía que hacer a continuación y la manera en que debía conducirme no me facilitaba demasiado las cosas. En lugar de dirigirme hacia la salida, me encaminé por un pasillo lateral, escondido y solitario. Sentí que me adentraba en el pasado. Dicen que los hospitales tienen un olor particular e inolvidable. Y es cierto. Difícilmente sorprenda a alguien que la mezcla del desinfectante y los dolores, los esterilizadores y las heridas, la ropa de cama compartida y la mala comida terminen conformando un olor uniforme. Lo que no sé, y ojalá alguien me lo diga, es de dónde sale ese olor, también particular, que tienen las escuelas e institutos. En las dependencias de la Guardia solo se imparten unas pocas asignaturas. Hay otras que resulta más instructivo impartirlas por la noche en los depósitos de cadáveres, para lo que disponemos de personal empleado en ellos. Y algunas más que se imparten sobre el terreno y en ocasiones, incluso, en el extranjero, durante los viajes turísticos organizados por la Guardia. Yo mismo, cuando recibí instrucción, viajé a Haití, Angola, Estados Unidos y España. No obstante, hay algunas lecciones que se avienen muy bien con la sede de la Guardia, un edificio protegido por la magia y los conjuros, desde

los cimientos hasta la azotea. Cuando la Guardia se trasladó a él, hace ya treinta años, se habilitaron tres aulas, cada una con capacidad para quince personas. Jamás he alcanzado a comprender qué motivó ese derroche de espacio, si el optimismo de la dirección de la Guardia o el exceso de metros cuadrados, porque incluso en el año en que yo pasé la instrucción, un año considerado por todos como uno de los más pródigos en hallazgos, nos bastaba con una sola aula, en la que sobraba la mitad de las sillas. En ese momento, la Guardia instruía a cuatro Otros. De ellos, solo Svetlana apuntaba como un posible fichaje. El resto de pupilos probablemente optaría por regresar a su vida normal. Espacio, pues, había de sobra. Y reinaba el más completo silencio. Avancé lentamente por el pasillo, asomándome a las enormes aulas vacías, que ya quisieran para sí las más importantes y solventes universidades. En cada mesa había un ordenador portátil y en cada una de las aulas una enorme pantalla de plasma. A todo lo largo de las paredes, las estanterías estaban llenas de libros... ¡Qué no podría hacer un historiador de verdad, no un mero especulador en materia historiográfica, si tuviese ocasión de acceder a todos esos tesoros! Sin embargo, esa posibilidad está excluida. Hay libros que contienen demasiadas verdades. Y hay otros en los que las falsedades son muy escasas. Su lectura no es recomendable para los humanos, por su propio bien. Es mejor que continúen viviendo convencidos de que la historia que han aprendido es la cierta. El pasillo terminaba en un enorme espejo que cubría toda la pared. Lo miré de reojo y me encontré con la imagen de una hermosa joven que avanzaba

moviendo rítmicamente las caderas. La visión me hizo tropezar, y a punto estuve de caer al suelo. Por mucho que Olga se había esforzado en hacerme las cosas más fáciles, cambiar el centro de gravedad era algo superior a sus fuerzas. Cuando conseguía olvidarme de mi nueva apariencia, el instinto guiaba mis movimientos, pero en cuanto reparaba en mi condición, se desataba la cadena de tropezones. Hasta la respiración me parecía ajena, como si ahora el aire tomara otros caminos para ensanchar mis pulmones. Me acerqué a la última de las puertas y observé a través del vidrio el interior del aula. En ese momento, acababa la lección. La presencia de Polina Vasílievna ante la pizarra me indicó que ese día tocaba clase de magia corriente. Polina Vasílievna es una de las colaboradoras más ancianas de la Guardia. Lo es por su aspecto, claro, no por su verdadera edad. Cuando la detectaron e iniciaron tenía ya sesenta y tres años. ¿A quién se le iba a ocurrir que una anciana, que en los duros años de la posguerra se sacaba unos cuartos adivinando el destino en las cartas, poseía verdaderas aptitudes para la magia? Pero resultó que si las tenía, y de las buenas, por mucho que estuvieran restringidas a ciertas modalidades específicas. —Ahora ya sabéis que si necesitarais una vestimenta particular y a toda prisa, podéis conseguirla en apenas unos minutos —decía Polina Vasílievna en tono profesoral—. No olvidéis verificar antes las fuerzas con que contáis, no sea que terminéis hechos un adefesio. —Y cuando en los relojes den las doce, la carroza se convertirá en una calabaza —replicó un joven que estaba de pie junto a Svetlana. Yo no lo conocía, porque llevaba

apenas dos o tres días asistiendo a clase, pero percibí de inmediato que no me gustaba. —¡Así es! —exclamó alegremente Polina, acostumbrada a la agudeza de sus alumnos—. ¡Los cuentos infantiles contienen tantas verdades como la ciencia estadística! Pero, aun así, a veces hay algo de verdad en ellos. Recogió de la mesa un esmoquin elegante y cuidadosamente planchado, si bien parecía algo pasado de moda. Seguramente, James Bond llevaba uno igual en alguna de sus primeras películas. —¿Cuándo se volverá a convertir en un trapo? —preguntó interesada Svetlana. —Dentro de dos horas —le informó Polina mientras colgaba el esmoquin en una percha y lo colocaba junto a la pizarra—. Ha sido un trabajo de baja intensidad. —¿Y cuál podría ser el tiempo máximo de conservación en estado presentable? —Unas veinticuatro horas. Svetlana asintió y se volvió hacia mí inesperadamente. Había sentido mi presencia. Sonrió y me saludó con la mano. Todos se habían percatado de mi llegada. —Adelante, señora —me invitó Polina, inclinando ceremoniosamente la cabeza—. Es un gran honor para nosotros tenerla aquí. Estaba claro que ella sabía cosas de Olga que yo desconocía. A lodos nos sucedía: sabíamos de Olga solo una parte de la verdad. Con la probable excepción del jefe, claro. Entré en el aula haciendo un gran esfuerzo para que mi andar no resultara provocativo. Pero no lo conseguí, y tanto el joven que estaba junto a Svetlana como el muchacho de unos quince años que llevaba ya medio año atascado en el curso inicial de magia y el enjuto coreano de unos cuarenta años que completaban el alumnado me miraron sin poder ocultar el enorme interés que despertaba en ellos.

La atmósfera de secreto y los múltiples rumores que rodeaban a Olga, así como, evidentemente, la circunstancia de ser la amante del jefe desde tiempos inmemoriales, generaba una data reacción entre la sección masculina de la Guardia. —Hola —los saludé—. ¿He interrumpido algo? El esfuerzo que representaba no revelar mi condición a la hora de conjugar los verbos en pretérito, que en ruso llevan la marca del género, hizo que descuidara la entonación. Debido a ello, lo que no era más que una pregunta banal sonó lánguida y misteriosa como si se tratara de una interpelación personal a cada uno de los presentes. El jovencito con la cara marcada por el acné me clavó los ojos con mayor atención; el súbito movimiento de su nuez reveló que se sentía incómodo. Solo el coreano consiguió mantener cierta sangre fría. —¿Ha venido a comunicar algo a los alumnos, Olga? —preguntó Polina. —Necesito hablar con Svetlana. —La clase ha terminado —informó la anciana—. ¿Qué tal si nos visita alguna mañana, Olga? Mis conferencias no pueden sustituir su experiencia. —Vendré con mucho gusto —prometí con generosidad—. Pueden contar conmigo dentro de tres días. Que Olga se ocupara de cargar con mis promesas, ya que yo tenía que cargar ahora con su atractivo sexual. Svetlana y yo nos encaminamos hacia la salida. El que tres pares de ojos hambrientos estuvieran pendientes de mis movimientos me produjo un hormigueo en la espalda. Bueno, admitamos que no exactamente en la espalda. No desconocía que Olga y Svetlana mantenían una estrecha relación. Desde aquella noche en que le contamos toda la verdad sobre el mundo, los Otros, los Luminosos y

los Tenebrosos, las Guardias, el Crepúsculo; desde aquel momento radiante, cuando, apoyada en nuestros brazos, cruzó el umbral del cuartel general instalado por la Guardia Nocturna, a Svetlana y a mí nos unía cierto hilo mágico: nuestros destinos estaban firmemente entrelazados. Sin embargo, yo sabía muy bien que esa relación no se mantendría durante demasiado tiempo. Svetlana estaba llamada a avanzar aceleradamente hacia cotas que yo no podría alcanzar aunque me convirtiera en un mago de primera categoría. Por el momento nos unía, y con fuerza, el destino. Pero esa situación no duraría mucho. En cambio, y por muy escéptico que yo fuera ante la noción de amistad femenina, tenía que admitir que a Svetlana y a Olga no las unía el destino sino una sana amistad. Sencillamente, habían decidido, con absoluta libertad, ser amigas. —Tengo que esperar a Antón, Olga. —Svetlana me tomó del brazo. No era el tímido gesto de una hermana menor que se sujeta para sentirse más segura. Era un gesto que denotaba igualdad. Y pensé que si Olga permitía que Svetlana se comportara de esa forma, entonces sí que no había dudas del brillante futuro que esperaba a la segunda. —No es necesario que lo esperes —dije. Una vez más algo había fallado, no sé si en la construcción de la frase o en la entonación. Svetlana me miró sorprendida. Su mirada era idéntica a la que me había dedicado antes Garik. —Ya te lo explicaré —le aclaré—. Aunque no puedo hacerlo ni aquí ni ahora. Vayamos a tu casa. La casa de Svetlana disponía de una protección espectacular, lo que constituía un testimonio adicional de la fuerte inversión que la Guardia estaba haciendo en su nueva

colaboradora. Cuando planteé al jefe mi deseo de confiarle a Svetlana la estrategia que habíamos adoptado, no se entretuvo en oponerse. Se limitó a exigir que solo hablara con ella del asunto cuando estuviéramos encerrados en su casa. —Muy bien —accedió, sin que la sorpresa menguara un ápice en la expresión de su rostro—. ¿Estás segura de que no vale la pena esperar a Antón? —Totalmente —respondí sin atisbo de hipocresía—. ¿Cogemos un coche? —¿Qué, hoy te has dejado el tuyo? ¡Vaya idiota! Había olvidado por completo que Olga prefiere el coche deportivo que le regaló el jefe a cualquier otro medio de transporte. —Eso es lo que quería decir, que si cogemos el coche —dije, consciente de que no conseguía atenuar la estupidez anterior. Svetlana asintió. Su estupor ante mi comportamiento crecía por momentos. Al menos, era una suerte que yo supiese conducir. Jamás me había sentido atraído por tener un coche en una megalópolis como la nuestra, con sus calles penosamente asfaltadas, pero nuestros cursos de instrucción también incluían esas habilidades. Algunas cosas las enseñan por medios normales; otras nos las inoculan en la conciencia por medio de la magia. Conducir un coche, por ejemplo, es algo que aprendí por medios, digamos, humanos, pero cuando se trata de tomar los mandos en la cabina de un avión o un helicóptero, se ponen en marcha habilidades cuyo origen desconozco. O al menos deberían ponerse en marcha, porque no he tenido ocasión de comprobarlo. Busqué las llaves del coche en el bolso de Olga. El vehículo estaba aparcado junto al edificio de la Guardia, bajo la atenta mirada del vigilante. Tenía las puertas

cerradas, aunque el techo estaba descorrido, lo que me hizo sonreír. —¿Conduces tú? —preguntó Svetlana. Asentí con la cabeza, sin pronunciar palabra. Me senté al volante y puse en marcha el motor. Sabía que Olga siempre salía disparada, pero mis habilidades como conductor no daban para tanto. —Olga, hoy no eres la misma de siempre —me dijo Svetlana por fin, cuando tomamos la salida a la avenida Leningradski. No la contradije. —Cuando lleguemos a tu casa te lo explicare todo. Tiene que ser allí. No dijo nada. La verdad es que no soy muy buen conductor. El camino se nos hizo mucho más largo de lo debido. No obstante, Svetlana no hizo más comentarios y permaneció recostada en su asiento y con la vista fija en la carretera. No sé si meditaba o si intentaba asomarse al Crepúsculo. Entretanto, cada vez que nos veíamos atrapadas en algún atasco, los conductores de los coches vecinos, siempre de los más lujosos, intentaban darme conversación. Por lo visto, nuestro aspecto y el coche en el que viajábamos marcaban una distancia invisible que no cualquiera se atrevía a salvar. Bajaban los cristales, asomaban la cabeza con el cabello pulcramente cortado, y, en ocasiones, tendían la mano sujetando un teléfono móvil, como si se tratara de un atributo imprescindible para trabar conocimiento. Al principio, aquello me molestaba. Después, me dio risa. Y terminé por no reaccionar a los requiebros, tal como hacía Svetlana. Me pregunté si a Olga le divertía aquel interés que despertaba. Probablemente, sí. Tras pasar varios decenios expuesta en una vitrina y encerrada en el cuerpo de una lechuza... —Olga, ¿por qué me has sacado con tantas prisas de la

Guardia? ¿Por qué no has querido que esperara a Antón? —preguntó Svetlana. Me encogí de hombros. La tentación de responderle con un «porque lo tienes a tu lado» fue grande. En cualquier caso, había pocas probabilidades de que nos vigilaran. El coche también estaba protegido con toda clase de conjuros, de los que podía percibir algunos y adivinar otros cuya detección superaba mis modestas habilidades. Aun así, me contuve. Svetlana aún no había pasado el curso de seguridad en el manejo de información, que comienza tres meses después del inicio del entrenamiento. Creo que convendría adelantarlo, pero sé que cada Otro requiere de un programa propio, lo que exige tiempo para diseñarlo. Solo cuando Svetlana hubiese pasado esa prueba habría aprendido a callar. Y también a hablar a tiempo. Se trata de un curso curioso porque es, a la vez, el más fácil y el más complejo. Se comienza por administrar al aprendiz breves dosis de información en una sucesión perfectamente planificada. Una parte de esa información es verdadera y la otra, falsa. Algunas cosas se le dicen abiertamente y con toda naturalidad, mientras que otras se le confían en el más estricto de los secretos. También se le administra información por vía «casual»: palabras que le llegan por algún supuesto descuido, escenas a las que asiste como a escondidas. Y resulta que todas y cada una de esas informaciones empiezan a deambular dentro de uno, sujetas al dolor y al horror; pugnan por brotar desde lo más hondo, rompiendo en dos el corazón, y exigen reacciones bruscas e irracionales. Mientras, en clase, al aprendiz se le atiborrará el cerebro de tonterías de cuyo conocimiento los Otros no

tienen la menor necesidad, porque la principal prueba afecta al fondo de su espíritu, que es donde se libra la batalla. A decir verdad, son pocos los que no superan estas pruebas. Porque, en definitiva, se trata precisamente de eso, de ponerlos a prueba, no de someterlos a un examen. Y a cada uno se le colocará la vara a la altura precisa que sea capaz de saltar, aunque para hacerlo requiera del máximo esfuerzo y se deje jirones de piel ensangrentada en la tupida malla de alambre de espino. Es curioso cómo, cuando alguien a quien quieres de verdad o por quien sientes alguna atracción, pasa ese entrenamiento, comienzas a experimentar un profundo desasosiego, como si te desollaran vivo. De pronto, percibes que te dedica una mirada extraña y te preguntas, desesperado, qué pudo haber aprendido de ti mientras se sometía al adiestramiento. ¿Qué verdad? ¿Cual mentira? ¿Cuánto aprende sobre sí mismo quien se somete a esas clases? ¿Cuánto sobre quienes lo rodean? ¿Cuánto sobre sus padres, sus amigos? Si se lo propone, aprenderá cosas horribles, insoportables. Si se propone ayudar, quiero decir. Si decide explicar, sugerir, enseñar. Pero lo cierto es que nadie que haya pasado ese curso se atreverá a dar crédito a esos deseos, porque lo que aprenden, dolorosamente, es precisamente qué está permitido decir y cuándo. En definitiva, uno puede, y debe, decirlo todo. Solo hay que aprender a elegir el momento, porque de lo contrario la verdad puede ser peor que la mentira. —¿Me lo dirás, Olga? —Ya lo comprenderás —respondí—. No te impacientes. Me asomé al Crepúsculo y pisé el acelerador con fuerza, metiendo el coche entre un jeep torpón y un enorme camión

del ejército. Un espejo lateral crujió al engancharse con el flanco del camión, pero me dio igual. Atravesé el cruce delante del resto de coches, mientras los neumáticos patinaban ruidosamente, y entramos en la carretera Entuziastov. —¿Crees que me ama? —preguntó Svetlana de pronto—. Dime la verdad: ¿me ama o no? Porque tú lo sabes, ¿verdad? Me estremecí y el coche estuvo a punto de dar un vuelco. Svetlana no pareció reparar en ello. Sentí que no era la primera vez que hacía esa pregunta. Era evidente que ella y Olga ya habían hablado de ello. Como lo era que la conversación no había sido precisamente apacible y que había quedado inconclusa. —¿O será que te ama a ti? Decidí que no podía permanecer en silencio. —Antón tiene un enorme aprecio por Olga —dije, refugiándome en esa tercera persona que, en realidad, me concernía directamente. Lo hice adrede, aunque intentando que sonara a mera convención, como si se tratara de un comentario meramente amable—. Son camaradas de guerra. Nada más. Me iba a resultar más difícil evitar mentir si me preguntaba cuáles eran los sentimientos de Olga hacia Antón. Pero no lo hizo. Un instante después rozó mi mano con la suya, como disculpándose. Ahora fui yo quien no pudo reprimir la pregunta: —¿Por qué quieres saberlo? Su respuesta fue rápida, exenta de dudas: —Es que no consigo entenderlo. Antón se comporta de forma muy extraña. A veces parece que estuviera loco por mí, pero otras es como si yo fuese una más entre las cientos de Otras que conoce. Una compañera de batalla y nada más. —Ataduras del destino —repuse brevemente. —¿Qué significa eso? —Aún no habéis llegado a esa

lección, Sveta. —Pues, entonces, ¡explícamelo tú! —Debes comprender —dije mientras el coche alcanzaba el máximo de su velocidad, como si, de pronto, los reflejos del cuerpo de Olga se hubieran puesto en marcha— que cuando se presentó en tu casa aquella noche... —Sé lo que me vas a decir: que yo estaba bajo el efecto de la sugestión. Él ya me lo ha explicado —protestó Svetlana. —No me refiero a eso. La sugestión se suspendió desde el momento en que te contaron toda la verdad. En cualquier caso, hasta que no te enseñen a ver el destino, y pronto te enseñarán y sabrás verlo mucho mejor que yo, no comprenderás cabalmente de qué se trata. —Nos han explicado que es posible modificar el destino. —El destino es múltiple en sus proyecciones. Aquella noche, cuando Antón acudió a tu casa, sabía que si su misión tenía éxito terminaría enamorándose de ti. Svetlana permaneció en silencio. Me pareció que se ruborizaba, pero tal vez solo fuera la fuerza del viento que nos golpeaba. —¿Y eso qué significa? —¿De veras no sabes lo que significa estar condenado a amar? —Pero ¿acaso no es siempre así? —dijo Svetlana, sacudida por un estremecimiento que ponía en evidencia su incomodidad—. Cuando la gente se enamora es porque ha tenido la suerte de encontrar a alguien entre miles, entre millones. ¡Eso es el destino! Percibí nuevamente a la ingenua muchacha que vivía dentro de ella, capaz de sentir odio solo hacia sí misma. La muchacha que ya empezaba a desaparecer. —No. ¿Conoces la analogía entre el amor y una flor? —Sí. —Uno puede cultivar una flor. Puede comprarla. O se la pueden regalar. —¿Que hizo Antón? ¿La compró? —No —le respondí

con una brusquedad que era, lo comprendí de inmediato, excesiva—. Se la regalaron. El destino se la regaló. —¿Y qué importa eso? ¿Qué importa si de verdad se trata de amor? —Las flores cortadas son hermosas, Sveta. Pero su frescura no dura demasiado. Por mucho que las mimes y las coloques en los más bonitos jarrones de cristal llenos del agua más pura, acaban muriendo. —Lo que pasa es que él tiene miedo de amarme —dijo Svetlana en tono pensativo—. ¿Acaso no es eso lo que le sucede? Yo no he tenido miedo, porque desconocía la realidad. Llegamos finalmente a la casa y busqué un sitio donde aparcar entre las hileras de coches baratos tan abundantes en aquel barrio de mala muerte. —No sé para qué te he contado todo esto. ¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué te he exigido respuestas? Además, ¿cómo podrías tenerlas, a pesar de tus cuatrocientos cuarenta y tres años? La cifra me sorprendió. ¡Vaya si tenía una larga experiencia vital Olga! Y el año siguiente le tocaría celebrar un aniversario de lo más peculiar. La verdad es que ya me gustaría conservar un cuerpo tan en forma cuando me toque llegar siquiera a un tercio de esa edad. —Ya está. Subamos. Dejé el coche sin vigilancia de ningún tipo. De todos modos, a ningún humano se le iba a ocurrir robarlo. Las defensas que accionan los conjuros son mucho más eficaces que las alarmas. En silencio y con expresión seria, subimos por la escalera y entramos en el apartamento de Svetlana. Obviamente, los cambios que se habían producido en el lugar eran enormes. Tras abandonar su anterior empleo, Svetlana había comenzado a percibir el salario de la Guardia más las primas que se pagan durante el período de iniciación, que

sobrepasan con creces el modesto salario de un médico. Había comprado un televisor carísimo, con una pantalla enorme que parecía excesiva para las modestas dimensiones de su sala de estar, aunque no alcancé a imaginar cuándo encontraba tiempo para sentarse delante de él. Me hizo gracia asistir a aquel despertar del deseo de llevar una vida cómoda y regalada. A todos nos sucede al principio, probablemente como una especie de reacción defensiva. Cuando vemos desmoronarse el mundo alrededor de nosotros, cuando los viejos miedos, las viejas prevenciones, son sustituidos por otros que nos parecen todavía vagos e incomprensibles, solemos entregarnos a la realización de sueños que hasta poco antes considerábamos totalmente irrealizables. Hay a quienes les da por ir a restaurantes elegantes. Otros se compran coches espectaculares o llenan el armario con la ropa más cara. Pero eso no dura mucho, y no precisamente porque nadie se hace millonario trabajando para la Guardia. Lo que sucede es que los objetos que hasta el día anterior deseábamos más que nada en el mundo comienzan a palidecer, hundiéndose en el pasado más remoto. Y desaparecen para siempre. —¿Qué sucede, Olga? Svetlana me miraba fijamente a los ojos. Tomé aliento y dije, por fin: —No soy Olga. Silencio. —Te doy mi palabra de caballero: no pude decírtelo antes. Solo me estaba permitido hacerlo cuando llegáramos aquí. Los Tenebrosos no tienen acceso a tu apartamento. —¿De caballero? —Captó la situación al vuelo. —Palabra de caballero —repetí—. Lo que ves no es más que el cuerpo de Olga. —¿Antón? Asentí. Parecíamos dos idiotas. Era una suerte que

Svetlana ya estuviese habituada a esa clase de situaciones absurdas. Por eso me creyó de inmediato. —¡Cabrón! La entonación con que profirió el insulto me recordó la parsimonia de la aristocrática Olga. Y la bofetada que me propinó a continuación pareció salida de la misma ópera. Era de esas que no duelen, pero ofenden. —¿Por qué me pegas? —Por haber estado escuchando una conversación ajena. ¡Por eso! No es que fuera muy clara su explicación, pero comprendí lo que quería decir. Entretanto, levantó la otra mano y yo, saltándome el precepto cristiano, evité la segunda bofetada. —¡Con cuidado, Sveta, que he prometido cuidar de este cuerpo! —¡A mí qué me importan tus promesas! La ira la ahogaba, se mordía los labios, le ardían los ojos. Jamás la había visto tan exaltada, ni imaginé que pudiera llegar a estarlo. ¿Qué diablos podía haberla puesto así? —Conque le temes a las flores cortadas, ¿no? ¡Te voy a enseñar lo que es el miedo! Avanzaba hacia mí lentamente y me fui dando cuenta de lo que pasaba. No de inmediato, pero lo fui asimilando. —¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa! Reculé lentamente, hasta chocar con la puerta. Bastó que llegara a esa barrera para que Svetlana se detuviera, irguiese la cabeza con gesto retador y me escupiera estas palabras: —¡Lo mejor que puedes hacer es quedarte dentro de ese cuerpo! ¡Te va mucho mejor, porque no eres un hombre de verdad! ¡No eres más que un cobarde! No repliqué. No tenía sentido decirle nada, teniendo en cuenta lo que nos esperaba. Las líneas del destino burlón se iban extendiendo ante nosotros mostrando la secuencia de posibilidades por las que nos encaminábamos. Por eso, cuando Svetlana se echó a

llorar y se cubrió el rostro con las manos, perdiendo súbitamente todo el ardor guerrero del que había hecho gala, cuando la abracé y se hundió en mi pecho ahogada en lágrimas, dentro de mí solo había vacío y un frío extraordinario. Un frío que me llegaba hasta lo más profundo, como si todavía permaneciera en aquella azotea, expuesto a la furia de la ventisca invernal. Svetlana seguía siendo humana. En ella todavía había poco de lo que nos define a los Otros, y es por eso por lo que era incapaz de ver cuán lejos conducía el camino que nos estaba destinado. Tampoco era capaz de ver (cómo iba a hacerlo) que se trataba de un camino que se bifurcaba. El amor solo da la felicidad cuando confías en que será eterno. No importa que esa certeza termine siendo falsa, con tal de que creas en ella y te rindas a la fuerza y la alegría que te produce. Svetlana continuó sollozando apoyada sobre mi hombro, mientras yo pensaba en la tristeza que acarrea el conocimiento. Cuanto más conocimiento, más dolor. En ese momento habría dado lo que fuera por desconocer el futuro que nos esperaba. Desconocer lo irremediable y limitarme a amar, sin recelos ni cautelas, con el amor que siente el común de los mortales. Aunque lo que más me contrariaba en aquel instante era no estar dentro de mi propio cuerpo. Si un observador no avisado hubiera echado un vistazo a la escena, habría pensado que dos amigas íntimas se habían reunido para pasar una tranquila velada ante el televisor, acompañadas de té, mermelada y una botella de vino blanco, dispuestas a desarrollar tres temas eternos: lo cerdos que son los hombres, lo imposible que se ha hecho encontrar ropa que valga la pena y, el más importante, las

dietas para adelgazar. —No sabía que te gustaran los bollos —se sorprendió Svetlana. —Me gustan. Con mantequilla y mermelada —respondí secamente. —¿No me habías dicho que prometiste cuidar de ese cuerpo? —¿Acaso le estoy haciendo daño? Te aseguro que el paladar está gritando de alegría. —Yo no estaría tan segura —replicó Svetlana—. Será mejor que le preguntes a Olga si le interesa conservar su silueta. Dudé un instante, pero acabé por partir la mitad de un bollo y untarlo generosamente de mermelada. —¿A quién se le ocurrió la genial idea de esconderte dentro de un cuerpo de mujer? —Supongo que al jefe. —Me lo imaginaba. —Y Olga lo apoyó. —¡Faltaría más! Besa el suelo que Boris Ignátievich pisa. No estaba muy seguro de eso, pero me abstuve de hacer comentarios. Svetlana se levantó y fue hasta el armario. Abrió la puerta y se quedó un instante examinando el interior. —¿Qué tal si te pones una bata? —¿Una qué? —Casi me atraganto con el bollo. —No vas a estar vestido así toda la noche. Esos téjanos te van demasiado ceñidos. No me vas a convencer de que estás cómodo. —¿No tendrás, por casualidad, un chándal? —pregunté en tono lastimoso. Svetlana me dirigió una mirada burlona, pero se apiadó de mí: —Te encontraré algo. La ropa que me dio preferí imaginarla vistiendo a otra persona. A ella misma, por ejemplo. Eran unos pantalones cortos de color blanco y una camiseta. Pensé que podían ser apropiados para jugar al tenis o echar una carrerita por la playa. —Cámbiate. —No creo que vayamos a pasarnos toda la noche aquí, Sveta. —Da igual. Terminarás necesitándola, así que mejor te la pruebas a ver si te sienta bien. Mientras te vistes

calentaré un poco de agua para el té. En cuanto Svetlana abandonó el salón, me quité los tejanos a toda prisa. Me costó más quitarme la blusa, con aquellos bolones tan pequeños que tenía. A continuación me miré en el espejo. Después de todo, el cuerpo que me habían prestado no estaba nada mal. Quedaría muy bien en alguna revista erótica. Tras cambiarme a toda prisa también, volví a tomar asiento en el sofá. En la tele pasaban un culebrón. No entendía cómo Svetlana podía haber puesto aquel canal. Aunque lo más probable era que la programación de los otros canales no fuese demasiado distinta. —¡Caray! ¡Estás hermosa! —Por favor, Sveta. Ya tengo bastante como para cargar, además, con tus ironías —le rogué. —Tienes razón. Discúlpame —aceptó, y se sentó a mi lado—. Bien, ¿qué es lo que nos toca hacer a nosotros? —¿A nosotros? —pregunté. —A nosotros, sí. No habrás venido a mi casa por gusto, ¿no? —Tenía que explicarte el lío en que me he metido. —Cierto. Pero convendrás conmigo en que si el jefe —pronunció la palabra «jefe» con una entonación que reunía el mayor de los respetos con cierta ironía— te autorizó a revelarme todo eso, será porque espera que yo te ayude. Aunque solo sea porque estamos atados por el destino —añadió en tono irónico. Tuve que rendirme. —De lo que se trata, Svetlana, es de que no puedo quedarme solo ni un instante. El plan consiste en que los Tenebrosos sacrifican a sus peones, bien eliminándolos o, sencillamente, dejándolos morir. —¿Como en aquella ocasión? —Exacto. Y si es cierto que toda esta operación va dirigida contra mí, hay que contar con que se producirá otra muerte. Y eso será en un momento en que yo no tenga una

coartada, o al menos, cuando ellos crean que no la tengo. Svetlana me miró rascándose el mentón. Después, negó lentamente con la cabeza. —Y entonces tú saldrás de ese cuerpo como un payaso de una caja de sorpresas. Y así se demostrará que no pudiste cometer los asesinatos, de manera que el enemigo quedará con el culo al aire. —Precisamente. —No sé si es por el poco tiempo que llevo en la Guardia, pero hay algo que no alcanzo a entender. Me puse en guardia. Svetlana dudó un instante antes de continuar: —Cuando me vi envuelta en aquella historia... lo que pretendían los Tenebrosos era iniciarme, ¿recuerdas? Sabían que la Guardia Nocturna iba a descubrir sus intenciones e incluso fueron capaces de establecer que tú podrías interferir en su operación y ayudarme. —Cierto. —Y por eso desarrollaron una compleja combinación que incluía el sacrificio de varias piezas, de manera que se crearan unos cuantos objetivos falsos. Al principio, la Guardia Nocturna les siguió el juego. De no haber sido porque el jefe consiguió urdir una estrategia para desmontar sus planes, de no haber sido porque tú decidiste ir a por todas, sin reparar en... —Ahora serías mi enemiga —le dije—. Y asistirías al curso de instrucción de la Guardia Diurna. —No me refiero a eso, Antón. Claro que te estoy agradecida. Como también a la Guardia Nocturna, aunque sobre todo a ti. Pero no es eso lo que me preocupa ahora. Lo que quiero es que comprendas que esta situación es tan verosímil como la que tuvimos que afrontar entonces. También esa vez la secuencia encajaba perfectamente, ¿recuerdas? Una parejita de vampiros desatados. Un niño Otro en quien se adivinaban

aptitudes extraordinarias. Una joven, yo, que cargaba con una terrible maldición. Una amenaza global que se cernía sobre la ciudad. No supe qué responder. La miraba y sentía que me ruborizaba. Svetlana aún no había terminado ni un tercio del curso de instrucción, era una novata en toda regla, y ya era capaz de exponer con claridad una situación que yo debería haber imaginado. —¿Que tenemos ahora? —continuó Svetlana sin percatarse de mi sufrimiento—. Pues tenemos a un asesino en serie que está eliminando a un Tenebroso tras otro. Y tú apareces en la lista de sospechosos. El jefe realiza una jugada astuta: hace que tú y Olga os intercambiéis los cuerpos. ¿Será lo bastante astuta esa jugada? Porque, por lo que sé, se trata de una práctica muy común. El mismo Boris Ignátievich la utilizó hace poco, ¿verdad? Me pregunto si antes había recurrido a una misma táctica dos veces seguidas para enfrentarse al mismo enemigo. —A eso no puedo responder. Comprenderás que no me han explicado todos los detalles de la operación. —Piénsalo. Y te digo algo más: ¿tú te crees que Zavulón es un histérico de pacotilla cegado por el deseo de venganza? ¡Con los cientos de años que tiene! ¡Con el tiempo que lleva dirigiendo la Guardia Diurna! Si ese maníaco... —Bárbaro. —Si fuera cierto que al tal Bárbaro lo tienen desde hace años suelto por las calles de Moscú para urdir una provocación contra la Guardia Nocturna, ¿de veras crees que el jefe de la Guardia Diurna iba a sacrificarlo por una tontería así? Y te ruego que no te ofendas, Antón, pero estarás de acuerdo conmigo en que no eres un objetivo muy preciado que digamos. —Sé a qué te refieres. Oficialmente, no soy más

que un mago de quinta categoría. Aunque el jefe me ha dicho que tengo posibilidades de ascender hasta la tercera. —Eso no invalida mi argumento. Nos miramos, abrí los brazos y dije: —Pues me rindo, Svetlana. Probablemente, tienes razón. Pero te he contado todo lo que sé y no se me ocurren otras variantes. —Entonces, ¿te limitarás a seguir las instrucciones? ¿Continuarás paseándote en falda y no te quedarás solo ni un instante? —Cuando ingresé en la Guardia sabía que renunciaba a parte de mi libertad. —Eso: a una parte. —Svetlana resopló, burlona—. Bien dicho. En fin, tú sabrás qué te conviene. Entonces, pasaremos la noche juntos, ¿no es así? Asentí. —Pero no nos quedaremos aquí. Lo mejor es que esté rodeado de gente. —¿Y cuándo dormiremos? —No será difícil pasar varias noches sin dormir. El cuerpo de Olga debe de estar mucho mejor entrenado que el mío. De hecho, estos últimos meses no ha dejado de trasnochar, siempre de fiesta en fiesta, entre la jet set. —Pero yo no estoy entrenada para eso, Antón. ¿A qué hora duermo? —Durante el día. En clase. Se enfurruñó. Sabía que terminaría accediendo, porque su carácter le impedía negarle ayuda a cualquiera que se la pidiese. Y yo no era precisamente un «cualquiera» para ella. —¿Qué tal si vamos a cenar al Maharajá? —propuse. —¿Qué es eso? —Es un restaurante indio. Muy bueno, por cierto. —¿Estará abierto hasta el amanecer? —Lamentablemente, no. Pero ya se nos ocurrirá adonde ir después. La mirada que me dedicó, larga e incisiva, me atravesó la piel. ¿Qué habría hecho mal esta vez? —Muchas gracias, Antón —dijo en tono sentimental—. De veras, te estoy muy agradecida por qué me invites a

cenar. Llevaba dos meses esperándolo. Se levantó y fue hasta el armario, donde se detuvo a estudiar la ropa colgada ordenadamente. —No creo que encuentre nada decente de tu talla —observó—. Tendrás que volver a ponerte los téjanos. ¿Te dejarán entrar así en el restaurante? —Supongo que sí—respondí sin demasiada convicción. En cualquier caso, siempre podía ejercer una leve sugestión sobre los guardias de seguridad. —Quizá sea una buena ocasión para practicar mis técnicas de intervención psíquica —comentó Svetlana como si leyera mis pensamientos—. Haré que te dejen entrar. Supongo que eso se considera una buena acción, ¿no? —Claro que sí. Svetlana descolgó un vestido de una percha y se miró en el espejo sosteniéndolo delante de sí. No pareció satisfecha y probó con un traje de color crudo. —¿Sabes una cosa, Antón? No deja de sorprenderme la habilidad que tienen los agentes de las Guardias para justificar todas sus intervenciones sobre el mundo real con la excusa del enfrentamiento entre el Bien y el Mal. —No siempre lo hacemos —protesté. —Sí que lo hacéis. Si os conviene, justificáis un robo, un asesinato, lo que sea. —No es cierto. —Sabes que mientes. ¿Cuántas veces has interferido en la conciencia de las personas? Ahí tienes el ejemplo de nuestro primer encuentro, cuando me obligaste a creer que éramos viejos conocidos. Déjame hacerte una pregunta: ¿sueles utilizar tus habilidades en la vida cotidiana? Tus habilidades como uno de los Otros, quiero decir. —Suelo hacerlo, sí. Pero... —Imagínate que vas andando tranquilamente por la calle y ves a un adulto pegándole a un niño. ¿Qué haces? Me encogí de hombros y admití: —Si dispongo de margen

para intervenir, intervengo y realizo una remoralización. Claro que lo hago. —Y ¿cómo puedes estar seguro de que actúas correctamente sin reflexionar o indagar las razones de que le estén pegando a la criatura? ¿Y si lo están castigando justamente? ¿Y si ese castigo puede salvarlo de convertirse en el futuro en un delincuente, en un asesino? Pero tú no valoras esas posibilidades, porque te lanzas a practicar tu dichosa remoralización. —Estás en un error, Sveta. —A ver, dime en qué me equivoco. —Porque no dejaría que le pegaran a un niño aunque no estuviera autorizado a intervenir parapsicológicamente. Svetlana dio un respingo. —¿Quien te dice que llevas razón? ¿Cuál es la frontera? —Cada uno establece la frontera por sí mismo. Es algo que llevamos dentro. —Supongo que todos los novatos hacemos estas preguntas, ¿no? —Absolutamente todos —respondí con una sonrisa. —Y tú estarás habituado a contestarlas. Debes de tener preparado un compendio de respuestas prefabricadas, sofismas, ejemplos históricos y analogías. —No, Sveta. No se trata de eso. Los Tenebrosos jamás formulan esas preguntas. —¿Cómo lo sabes? —Es muy sencillo. Un Mago de las Tinieblas tiene el poder de curar una enfermedad, de la misma manera que un Mago de la Luz puede matar—dije—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre la Luz y las Tinieblas? —No lo sé. Todavía no han querido explicárnoslo. Probablemente, porque es difícil de formular. —No es nada difícil. Cuando alguien antepone sus propios intereses a cualquier otra consideración, entonces su camino conduce a las Tinieblas. Cuando, por el contrario, piensa en el bien de los demás, entonces le espera la Luz. —Y ese camino hacia la Luz, ¿es muy

largo? —Siempre lo es. —Creo que eso no son más que palabras huecas, Antón. Mejor: juegos de palabras. Los adeptos de las Tinieblas seguramente les dirán palabras igualmente hermosas y justas a los novatos. ¿Me equivoco? —No te equivocas. Les hablan de la libertad. Les dicen que cada uno ocupa el lugar que merece. Que ejercer la piedad nos rebaja, que el verdadero amor es ciego, que la generosidad es inútil, que la verdadera libertad radica en ignorar a los demás. —¿Acaso no es cierto? —No lo es. Porque no son más que medias verdades. La verdad absoluta, Sveta, nos es inasequible, porque siempre tendrá un doble rostro. Lo único que tenemos es el derecho a rechazar aquella mentira que nos repugne más. ¿Sabes qué suelo decirles a los novatos que se adentran por primera vez en el Crepúsculo? Les digo que nos internamos en él en busca de energía y que pagamos un peaje: la renuncia a una parte de la verdad, que no queremos admitir. Los humanos lo tienen más fácil. Mil veces más fácil, a pesar de sus desgracias, sus problemas y cuitas, que los Otros no padeceremos jamás. Los humanos no han tenido que elegir, por lo tanto pueden ser amables o perversos, según la situación, el entorno, el libro que hayan leído la noche anterior, el chuletón que se almorzaron ese día. Por eso es tan fácil manejarlos. Por eso cuesta tan poco esfuerzo volver hacia la Luz al canalla más desgraciado o empujar hacia las Tinieblas al más justo y recto de los hombres. Nosotros, en cambio, hemos elegido de antemano. —Yo también he hecho mi elección, porque ya estuve en el Crepúsculo. —Cierto. —Entonces, ¿por qué continúo sin saber cuál es la frontera y por

dónde pasa la línea que me distingue de, digamos, una bruja que asiste cada noche a las misas negras? ¿Por qué me hago estas preguntas? —Nunca dejarás de hacértelas. Al principio, en voz alta. Después, en tu fuero interno. Pero no te abandonarán jamás. Si querías librarte de preguntas dolorosas, has elegido el bando equivocado. —He elegido lo que he querido. —Lo sé. Y por eso tendrás que sufrir y aguantar. —¿Toda la vida? —Toda la vida. Una vida que será larga, pero a la que no conseguirás acostumbrarte. Siempre te acompañará la duda acerca de si el paso que das es el correcto. **3**

A Maxim no le gustaban los restaurantes. No iban con su carácter. Solía sentirse mucho más a gusto en un bar o un club, aunque fueran de los más caros, porque lo exoneraban de poses excesivas. Claro que por muy lujoso que fuese un restaurante, todavía había buen número de comensales que se comportaban como comisarios soviéticos negociando con burgueses. Cero educación y todavía menos ganas de adquirirla. Pero ¿por qué parecerse a toda esa piara de nuevos rusos convertidos en personajes de chascarrillos baratos? Esa noche, sin embargo, la cena en un restaurante era obligada. Su mujer se había creído, o había simulado creerse, lo de la «impostergable reunión de negocios» que había tenido la víspera y lo había mantenido toda la madrugada fuera de casa. Sin embargo, no lo abandonaba cierto

remordimiento. ¡Si ella supiera, por un instante, de qué se trataba! ¡Si supiera quién era él en realidad y a lo que se dedicaba! Por supuesto, Maxim no podía decírselo. De modo que no le quedaba más remedio que recurrir a las mismas tretas con que cualquier otro hombre que se ha ausentado una noche de casa sin poder ofrecer una excusa solvente intenta enmendar la falta. Regalos, muestras de cariño, una invitación a pasar una velada en sociedad. Llevarse a su mujer, por ejemplo, a un famoso restaurante especializado en cocina exótica, con camareros extranjeros, decorado lujoso y una interminable carta de vinos. Maxim se preguntaba si Elena de verdad creería que la víspera él la había traicionado con otra mujer. Sentía curiosidad por conocer la respuesta, aunque no tanta como para formular la pregunta directamente. Hay cosas que conviene guardar en silencio. Tal vez algún día Elena llegase a conocer la verdad. Y la llenara de orgullo. Aunque lo más probable era que esas esperanzas fuesen vanas. Y él lo sabía. En todo un mundo colmado de criaturas del Mal y las Tinieblas, él era el único Caballero de la Luz, eternamente solitario y condenado a no encontrar con quien compartir la verdad que apenas conseguía atisbar. Hubo un tiempo, al principio, en que Maxim creía que acabaría por encontrar a un semejante, a alguien que, como él, fuera un miope en el país de los ciegos, un perro pastor capaz de detectar al lobo escondido bajo la piel de cordero, en medio del rebaño. El tiempo, sin embargo, demostró que estaba equivocado. No había nadie capaz de ayudarlo en su cruzada. Y aun así Maxim se resistía a rendirse a la evidencia. —¿Valdrá la pena este plato? Maxim miró el menú. No tenía

idea de lo que podía ser el malai kofta, pero eso no le impedía, ni en ese momento ni nunca, tomar una decisión. Además, en este caso, la carta indicaba los ingredientes del plato. —Pídelo. Es carne con salsa y pasas. —¿Será carne de ternera? Maxim tardó un instante en comprender que se trataba de una broma. Cuando lo hizo, respondió con una sonrisa: —Seguramente. —¿Qué pasaría si alguien pidiese que sirvieran carne de ternera? —Lo más probable es que se negaran cortésmente a hacerlo —respondió Maxim. Soportaba bastante bien la obligación de entretener a su mujer. Podía afirmarse, incluso, que le resultaba agradable cargar con ese peso, aunque en ese momento deseaba ardientemente abandonar durante unos minutos tantas atenciones y dedicarse a estudiar a los clientes. Porque sentía que había algo raro en el ambiente, un extraño frío crepuscular que lo obligaba a aguzar la vista y escrutar los rostros, uno a uno. ¿Era posible que se tratara de lo que se temía? Por lo general, entre una misión y otra transcurrían varios meses. A veces, medio año. Sería inaudito que al día siguiente de haber entrado en acción volviera a topar con la necesidad de matar. Sin embargo, los síntomas resultaban harto evidentes. Maxim introdujo una mano en el bolsillo interior de la americana, como buscándose la cartera. En realidad, palpó el pequeño puñal de madera que, aunque tallado con esmero, distaba de ser una pieza hermosa. Él mismo se había encargado de afilarlo, cuando todavía era un niño y desconocía la razón que lo empujaba a dedicar tanto cuidado a un puñal que, sin embargo, sabía que era algo más que un mero juguete. Y allí estaba su arma.

Esperando. Pero ¿quién sería su destinatario? —¿Max? —dijo Elena con un deje de reproche en la voz—. ¿Estás aquí? Entrechocaron las copas en silencio. Que un marido y su mujer brinden solos trae mala suerte, pero Maxim no creía en supersticiones. ¿Quién sería? Al principio, sospechó de una pareja de mujeres jóvenes. Las dos eran agraciadas, podía afirmarse incluso que bellas, aunque muy distintas entre sí. Una de ellas, la más baja, morena, fuerte y con unos gestos acusadamente masculinos, daba la impresión de estar rebosante de energía. Emanaba erotismo por todos los poros. La segunda, de cabello claro, parecía más sosegada y dueña de sí. También su belleza era diferente y transmitía una extraña paz. Maxim se percató de que su esposa lo miraba con atención y apartó la vista de la mesa de las muchachas. —Son lesbianas —dijo despectivamente Elena. —¿Qué? —Míralas. La morena, la que lleva téjanos, parece un hombre. Tenía razón. Maxim asintió y en su rostro se dibujó una mueca de conformidad. Seguramente no era ninguna de esas dos. ¿Quién podría ser, entonces? De pronto, en un rincón de la sala se escuchó la insistente melodía de un teléfono móvil y una docena de comensales se llevó la mano al bolsillo en busca de su aparato. Maxim buscó el origen del sonido y al dar con él se quedó de piedra. El hombre que había respondido a la llamada y hablaba ahora sin pausa y en voz muy baja parecía el Mal en persona. Lo envolvía un aura oscura, invisible para la gente, pero perfectamente visible para Maxim. Una amenaza terrible y real emanaba de él. Maxim sintió una dolorosa punzada en el pecho. —¿Sabes qué me gustaría, Elena? Ir a vivir a una

isla deshabitada —dijo Maxim, y él mismo se sorprendió de sus palabras. —¿Solo? —Contigo y los niños. Y nadie más. Solo nosotros. Se bebió de un trago su copa de vino y el solícito camarero se apresuró a llenársela. —Pues a mí no me haría mucha gracia —dijo su esposa. —Ya lo sé. En el fondo del bolsillo, el puñal se tornó pesado y ardiente. Una excitación casi sexual se apoderó poco a poco de Maxim. Una excitación que era preciso satisfacer. —A Edgar Allan Poe, ¿lo recuerdas? —preguntó Svetlana. Para mi sorpresa, nos habían dejado entrar sin poner impedimentos. No sé si las normas de acceso se habían democratizado o si andaban mal con la caja y eso los obligaba a un exceso de permisividad. —No. Hace mucho que murió. Semión sí me contó que... —No me refiero a él en sí, sino a sus cuentos. —¿El hombre de la multitud? —adiviné. Svetlana sonrió. —Ese —dijo—. Ahora te encuentras en la misma situación que su protagonista. Obligado a pasearte por lugares llenos de gente. —Hasta que terminen por asquearme. Habíamos pedido dos copas de Baileys y algo de comer. Una elección que probablemente había generado en los camareros la errónea impresión de que éramos dos prostitutas sin experiencia en busca de algún cliente. En cualquier caso, me daba lo mismo lo que pudieran pensar. —¿Era de los Otros? —¿Quién? ¿Poe? Probablemente fuese un no iniciado. Svetlana comenzó a recitar en voz baja: **—Hay cualidades, incorpóreos seres que tienen doble vida y son espejo de esa entidad gemela que dimana de materia y de luz, sólido y sombra.** ***La miré sorprendido. —¿Lo conoces? —Creo que sí —respondí y recité ufano: Es el silencio corporal: ¡No temas! Carece***

del poder de hacer el mal. Mas, si el hado veloz (¡suerte imprevista!) te presenta su sombra (elfo su nombre que vaga en soledades, que no ha hollado el pie del hombre), encomiéndate a Dios. Nos miramos por un instante a los ojos y terminamos por echarnos a reír. —Ha sido un pequeño duelo literario —dijo Svetlana con tono burlón—. Y el marcador ha quedado uno a uno. Es una lástima que no tengamos público. ¿Por qué no llegaron a iniciar a Poe? —Los Otros potenciales son verdadera legión entre los poetas. Pero a muchos de los candidatos es preferible no arrancarlos de su vida ordinaria. Poe, por ejemplo, tenía una mente muy inestable. Conceder facultades extraordinarias a alguien como él equivale a darle un bidón lleno de gasolina a un pirómano. No me atrevo siquiera a imaginar de qué lado se habría puesto, aunque lo más probable es que no hubiera tardado en hundirse para siempre en el Crepúsculo. —¿Cómo es la existencia crepuscular? ¿Cómo viven los que se han ido al Crepúsculo? —No lo sé. Probablemente nadie lo sepa. A veces, cuando te has internado en el Crepúsculo, puedes topar con sus habitantes, pero es imposible comunicarse con ellos, al menos en el sentido habitual de la palabra. —Déjame hacerte una pregunta —dijo de pronto Svetlana—. ¿Ya has percibido al Otro que hay en el restaurante? —¿El anciano que está detrás de mí hablando por un teléfono móvil? —¿Anciano? —Sí. Y bien anciano. Piensa que no lo estoy percibiendo con la vista. Svetlana se mordió el labio inferior y se puso seria. Las pequeñas ambiciones comenzaban a despertar en ella. —Todavía no consigo esa clase de penetración —admitió—. De hecho, ni siquiera puedo afirmar si se

trata de un Luminoso o de un Tenebroso. —Tenebroso. Y no trabaja para la Guardia Diurna. Es un mago de categoría media. Por cierto, también él se ha percatado de nuestra presencia. —¿Qué hacemos, entonces? —Pues nada. —¡Pero si es un Tenebroso! —Y nosotros somos Luminosos. No hay nada especial en ello. Salvo que, como agentes de la Guardia Nocturna, tenemos derecho a revisar su documentación. Lo más probable es que la tenga en regla. —¿Qué situación debe producirse para que podamos intervenir? —Digamos que tendríamos que esperar a que se levante, abra los brazos, se transforme en un demonio y comience a devorar cabezas... —¡Por favor, Antón! —Hablo completamente en serio. No tenemos ningún derecho a molestar a un Tenebroso que disfruta tranquilamente de un rato de ocio. El camarero se acercó a la mesa con nuestros platos. Comimos en silencio. Svetlana lo hacía con desgana, hasta que rompió la inercia para preguntar con tono de niño malcriado: —¿Y hasta cuándo estaremos rebajándonos así? —¿Quieres decir ante los Tenebrosos? —Sí. —Hasta que consigamos una clara superioridad sobre ellos. Hasta el día en que todos los que se reconocen como Otros no tengan la menor duda sobre qué lado es el suyo, si el de la Luz o el de las Tinieblas. Hasta que todos los Tenebrosos terminen muriéndose de viejos. Hasta que llegue el momento en que no consigan arrastrar a los humanos hacia el Mal con la extraordinaria facilidad con que lo hacen ahora. —¡Eso significa capitular, Antón! —No. Eso se llama neutralidad. Mantener el statu quo. Ambas partes estamos en un empate, digan lo que digan. —Te diré una cosa: ese Bárbaro que está

sembrando el terror entre los Tenebrosos me resulta bastante más atractivo que todos nosotros. Por mucho que esté violando el pacto y por mucho que, sin quererlo, nos haya colocado en una situación muy difícil. ¡Por lo menos él sí se enfrenta a las Tinieblas! ¡Se enfrenta de verdad! ¡Es él solo contra todos! —¿No te has detenido a pensar en por qué se dedica a matar Tenebrosos y no ha buscado ningún contacto con nosotros? —No. —Pues porque no nos ve, Svetlana. Es incapaz de vernos, aunque nos tenga delante. —Será porque es autodidacta. —Quizá. Es un autodidacta con mucho talento, un Otro en quien se han manifestado unas extraordinarias, aunque caóticas, aptitudes. Es capaz de ver el Mal, pero incapaz de ver el Bien. ¿No te asusta un poco esa peculiar combinación? —No —respondió Svetlana—. Y tendrás que perdonarme, Ol... quiero decir, Antón, pero no alcanzo a entender adonde quieres llegar. Lo siento. Es que, de pronto, has hablado como Olga. —No importa. —El Tenebroso se ha levantado y se dirige no sabemos adónde —observó Svetlana, mirando por encima de mi hombro—. Seguramente irá a chupar energías ajenas y a urdir intrigas malignas. Pero nosotros no movemos ni un dedo. Me volví disimuladamente y vi alejarse al Tenebroso. No aparentaba más de treinta años. Vestía con gusto. Su joven esposa y dos niños —un varón de unos siete años y una niña algo menor— permanecieron sentados a la mesa. —Va a evacuar líquidos, Svetlana. A orinar. Por cierto, su mujer y sus hijos son de lo más corriente. Nada de aptitudes mágicas. ¿Propondrías eliminarlos también a los tres? —De tal palo, tal astilla... —Ve y cuéntaselo a Garik. Su padre es un Mago de las

Tinieblas. Y todavía vive, por cierto. —Hay excepciones. —La vida está hecha de excepciones. Svetlana no replicó. —Conozco esa comezón, Sveta. Hacer el Bien y perseguir al Mal, ahora y siempre. Yo también la padezco, créeme. Pero si no eres capaz de comprender que ese prurito solo conduce a un callejón sin salida, terminarás en el Crepúsculo. Y alguno de nosotros se verá obligado a poner fin a tu existencia terrenal. —Al menos me dará tiempo a librarnos de unos cuantos... —¿Sabes qué impresión generarás en los que presencien tus actos? Te tomarán por una psicópata que va por ahí asesinando a personas corrientes. En los diarios aparecerán escalofriantes descripciones de tus actividades. Te buscarán un mote sonoro. La Lucrecia Borgia de Moscú, por ejemplo. Y conseguirás sembrar tanto odio en el corazón de mucha gente, que ni una brigada de Magos de las Tinieblas conseguiría emularte trabajando un año entero a destajo. —¿Cómo es posible que tengáis respuesta para todo? —Porque hemos aprendido. Y logramos sobrevivir al aprendizaje. La mayoría de nosotros ha conseguido sobrevivir. Llamé al camarero y le pedí la carta. —¿Qué tal si nos bebemos un cóctel y nos marchamos? —propuse—. Elige uno. Svetlana asintió y se puso a estudiar la carta. El camarero, un joven extranjero alto y enjuto, esperó pacientemente. Había visto de todo, así que no se iba a sorprender ante dos jóvenes, de las que una se comportaba como un hombre. —Un Álter Ego —pidió Svetlana. Hice ver que no aprobaba la elección de uno de los cócteles más cargados de alcohol. Pero no quise discutir. —Tráiganos dos y la cuenta —pedí. Permanecimos compartiendo un tenso silencio, mientras el barman

preparaba los cócteles y el camarero se las arreglaba con la cuenta. Svetlana lo rompió para preguntar: —Lo de los poetas se entiende. Son Otros potenciales. Pero ¿qué pasa con los malvados? Con Calígula, con Hitler, con los asesinos en serie. —Son personas ordinarias. —¿Y eso es todo? —Más bien, sí. También entre nosotros hay malvados. Sus nombres no significan nada para la gente. Pronto los conocerás, cuando comience el curso de Historia. El Álter Ego resultó ser una magnífica elección. Dos densas capas, una de color negro, otra de color blanco, que correspondían a un licor de ciruela y a una amarga cerveza, se reunían, sin mezclarse, en la copa. Pagué en efectivo, porque no me gusta dejar huellas electrónicas, y levanté la copa. —Por la Guardia —propuse. —Por la Guardia —dijo Sveta—. Y por ti, Antón. Porque consigas salir ileso de toda esta historia. Tuve deseos de pedirle que diera unos golpecitos sobre la superficie de madera de la mesa, pero conseguí contenerme. Me bebí el cóctel de dos tragos, uno para la dulce ambrosía, el otro para el ligeramente amargo lúpulo. —¡Qué bien! —dijo Sveta—. Se está muy bien aquí. ¿Qué tal si nos quedamos un rato más? —Moscú está lleno de sitios agradables. Mejor busquemos alguno en el que no haya Magos de las Tinieblas pasando un rato de ocio. Sveta asintió y dijo: —Por cierto, todavía no ha vuelto a la mesa. Eche un rápido vistazo al reloj. Había transcurrido suficiente tiempo para evacuar un par de cubos de orina. Lo más sorprendente era que su familia continuaba sentada a la mesa. La inquietud de su esposa se apreciaba claramente. —Vuelvo enseguida, Sveta. —No te olvides de quién eres —me susurró. Tenía

razón. El cuerpo en el que me alojaba no era precisamente idóneo para irrumpir en un lavabo de caballeros persiguiendo a un Mago de las Tinieblas. Sin embargo, ese, digamos, detalle no bastó para detenerme. Mientras cruzaba el salón, me asomé por un instante al Crepúsculo. Lo lógico habría sido que percibiera con claridad el aura del mago, pero, en cambio, me encontré con un vacío gris y apenas coloreado aquí o allá por las auras más variopintas: satisfechas, preocupadas, lascivas, borrachas, gozosas. ¿Dónde podía haberse metido? ¿Se habría ido por el desagüe? En el exterior del edificio, junto a la contigua embajada de Bielorrusia, brilló de pronto una débil lucecita que se correspondía con el aura de un Otro. Sin embargo, no era la de un Mago de las Tinieblas, como atestiguaba su palidez y su brillo mortecino. ¿Dónde se habría metido? El estrecho pasillo que terminaba en las dos puertas de los lavabos estaba desierto. Dudé todavía un instante: tal vez, me dije, no nos percatamos de que se había adentrado en el Crepúsculo, o quizá poseía una fuerza que le permitía teletransportarse. Abrí la puerta del lavabo de caballeros. Un fuerte olor a fragancia de flores inundaba la estrecha, pulcra y apenas iluminada estancia. En el suelo, junto a la puerta, estaba el Mago de las Tinieblas. Uno de sus brazos impedía abrir aquella por completo. Una mueca de sorpresa había quedado congelada en su rostro. En una mano entreabierta se apreciaba el leve fulgor de un fino bastoncillo de cristal. Había tenido tiempo de sacar el arma, pero demasiado tarde. No vi rastros de sangre. De hecho, no había rastro alguno, ni siquiera de los efectos de la magia, como advertí al

asomarme a la escena a través del Crepúsculo. Daba la impresión de que había muerto de un banal infarto, como si fuera posible que un mago muriese de algo así. Solo había un detalle, minúsculo, que desmontaba la posibilidad de esa versión: un pequeño corte en la pechera de la camisa, tan fino que parecía hecho con una cuchilla de afeitar. Como si le hubieran clavado limpiamente un cuchillo en la garganta y, por el camino, la hoja hubiera topado inesperadamente con la tela. En la piel, sin embargo, no se advertía herida alguna. —¡Cabrones! —susurré sin saber muy bien a quiénes iba dirigido el insulto—. ¡Cabrones! Era difícil imaginar que yo pudiese verme envuelto, precisamente esa noche, en una situación peor que la que me había encontrado en aquel lavabo. Haber cambiado de cuerpo y acudir «con mi testigo» a un restaurante rebosante de clientes para acabar a solas con el cadáver de un Mago de las Tinieblas asesinado por el Bárbaro. —Ven, Pavlik —dijo una voz femenina a mis espaldas. Me volví y me encontré con la mujer que compartía mesa con el Mago de las Tinieblas. Había entrado en el pasillo y arrastraba a su hijo de la mano. —¡No quiero! —se resistía el niño. —Entra un momento y dile a tu padre que nos estamos aburriendo—. Insistió la mujer antes de levantar la vista y percatarse de mi presencia. —¡Llame a alguien! —grité desesperadamente—. ¡Rápido! ¡Aquí hay un hombre que se encuentra mal! ¡Llévese al niño y llame a alguien! Era evidente que mis gritos, emitidos con la aguda voz de Olga, habían llegado hasta el salón del restaurante. El ininteligible rumor de docenas de voces se acalló momentáneamente, y solo la letanía de la música pop del grupo

que animaba la cena rompía el silencio. La mujer no me obedeció, como era lógico, y se abalanzó hacia el lavabo, echándome con fuerza a un lado. Al llegar hasta el cuerpo de su marido, cayó sobre él y comenzó a aullar, delatando con sus gritos que ya tenía plena conciencia de lo ocurrido, aunque sus manos se aprestaron a desabotonar el cuello de la camisa del yaciente y a golpear su cuerpo inmóvil. Comenzó a abofetearlo, como si creyese que se trataba de una simulación o que, sencillamente, se había desmayado. —Mamá, ¿por qué le pegas a papá? —preguntó Pavlik. No parecía asustado, sino sorprendido, como si fuera la primera vez que asistía a una escena como esa entre sus padres. Evidentemente, se trataba de una familia bien avenida. Aparté al niño tomándolo suavemente de los hombros. La gente ya corría hacia nosotros, llenando el pasillo. Vi por un instante a Sveta, que abrió los ojos significativamente, como si hubiera comprendido de pronto lo que sucedía. —Llévese al niño —rogué a un camarero—. Parece que hay un hombre muerto.

—¿Quién encontró el cuerpo? —me preguntó el camarero con total serenidad y sin el menor acento extranjero, al contrario que minutos antes, mientras nos servía. —Yo. El camarero asintió. A continuación, cedió hábilmente al niño a una de las empleadas del restaurante. Las lágrimas ya inundaban los ojos de Pavlik, que parecía haber cobrado conciencia de que su cómodo mundo acababa de ser asaltado por una emergencia que lo iba a hacer pedazos. —¿Qué hacía usted en el lavabo de caballeros? —me preguntó el camarero. —La puerta estaba entreabierta y vi el cuerpo en el suelo —mentí rápidamente. El

camarero volvió a asentir, admitiendo la veracidad de mi explicación. No obstante, me cogió con fuerza del brazo. —Tendrá que esperar a la policía, señora. Svetlana, que había conseguido abrirse paso hasta nosotros, frunció el entrecejo al oír esas últimas palabras. Lo único que nos faltaba era que le diese por comenzar a borrar la memoria a todos los testigos. —Sí, claro —dije y eché a andar hacia Svetlana, lo que obligó al camarero a soltarme el brazo y seguirme—. ¡Ay, Sveta, qué horror! ¡Hay un cadáver! —¡Olga! ¡Olga! —Svetlana reaccionó con rapidez. Me abrazó, lanzó una mirada furibunda al camarero y me arrastró hacia fuera. En ese instante, el niño pasó entre ella y yo como una exhalación, tras conseguir atravesar el grupo de curiosos que se agolpaba ante la puerta que daba acceso al pasillo, y se abalanzó llorando sobre su madre, a la que trataban de apartar del cadáver. Aprovechando el desconcierto, la mujer se había lanzado nuevamente sobre el cuerpo de su marido y lo sacudía, gritándole: —¡Levántate, Guena! ¡Levántate de una vez! ¡Levántate! Percibí el estremecimiento de Svetlana ante aquella escena. —¿Qué? —susurré—. ¿Sigues pensando que hay que eliminar a sangre y fuego a todos los Tenebrosos? —¿Por qué lo has hecho, Antón? ¡No era necesario someterme a esto para que lo comprendiera! —repuso airada. —¿Qué? Nos miramos a los ojos. —¿No has sido tú? —preguntó con tono vacilante—. Perdóname. Te creo. Fue entonces cuando comprendí que me había metido, de verdad, en un lío muy gordo. El detective no demostró demasiado interés en mí. En sus ojos se leía con claridad que se había formado la opinión concluyente de que se

trataba de una muerte natural. Un corazón debilitado por el consumo de drogas, o algo de ese tenor. No sentía, ni podía sentir, la menor compasión hacia alguien que frecuentaba restaurantes caros.
—Cuando encontró el cuerpo, ¿estaba en esa posición?
—Sí—confirmé—. ¡Es horrible! El detective se encogió de hombros. No veía nada horrible en aquel cadáver del que ni siquiera manaba sangre. Pero me apoyó con generosidad: —La comprendo. Es un espectáculo impresionante. ¿Había alguien junto al cuerpo? —Nadie. Pero enseguida apareció la esposa del cadáver acompañada de un niño. La absurda expresión que había utilizado adrede fue premiada con una sonrisa. —Pues muchas gracias, Olga. Es posible que necesitemos volver a citarla. ¿Tiene pensado abandonar la ciudad? Negué con un enérgico movimiento de la cabeza. La policía no me intimidaba en lo más mínimo. Quien sí me intimidaba, y mucho, era el jefe, que había ocupado una mesa en un rincón. Tras dejarme en paz, el detective se fue a hablar con la «esposa del cadáver». Boris Ignátievich se acercó rápidamente a nosotros. Estaba protegido por algún conjuro que evitaba que repararan en su presencia. —Buena la habéis hecho, ¿eh? —comentó. —¿Lo dice por nosotros? —quise asegurarme, por si acaso. —Por vosotros, sí. Claro. Y, más precisamente, por ti. —He cumplido todas las instrucciones que recibí —intenté justificarme—. ¡Y a ese mago no le he puesto ni un dedo encima! El jefe suspiró. —Eso no lo pongo en duda, Antón. Pero dime qué pudo darle a un agente de la Guardia Nocturna para que se encerrara a solas con un Tenebroso, cuando sabe perfectamente lo

que nos estamos jugando. —¿Quién podía prever lo que iba a encontrarme? —protesté. —Tú deberías haberlo previsto. Habíamos tomado medidas extraordinarias, te proveímos de un enmascaramiento sin precedentes. ¿Cuáles eran tus instrucciones? ¡No quedarte solo ni un instante! Que comieras y durmieras con Svetlana. ¡Que os ducharais juntos! ¡Que hasta al lavabo fuerais juntos! Que no pasaras ni un instante, pero ni un solo... —El jefe suspiró nuevamente y guardó silencio. —Boris Ignátievich —intervino Svetlana inesperadamente—. Ahora ya no tiene sentido enojarse. Lo que tenemos que hacer es buscar una salida. El jefe la miró algo sorprendido y asintió. —La muchacha tiene razón. Hay que pensar. Comencemos por aceptar que la situación se nos ha complicado hasta niveles catastróficos. Si antes se trataba de una mera sospecha, ahora han pillado a Antón in fraganti. ¡Ni se te ocurra negarlo, Antón! Te han visto de pie junto a un cadáver todavía caliente. El cadáver de un Mago de las Tinieblas, cuyo asesinato coincide al detalle con los anteriores. No podremos defenderte de la acusación. La Guardia Diurna se presentará ante el tribunal y exigirá que te lean la memoria. —Eso es peligrosísimo, ¿no? —preguntó Svetlana—. Aunque servirá para demostrar la inocencia de Antón. —Sí, se demostrará que es inocente, pero los Tenebrosos se harán con la totalidad de la información a la que Antón ha accedido. ¿Alcanzas a imaginar, Svetlana, todo lo que sabe el programador jefe de la Guardia Nocturna? Información de la que ni él mismo es consciente, datos a los que quizá solo echó un vistazo, pero que un especialista de la Guardia

Diurna podrá recuperar de su memoria. Cuando Antón salga de la sala del tribunal con su veredicto de inocencia (eso, claro, si es que consigue superar la intervención que harán en su conciencia), la Guardia Diurna estará al corriente de cada una de nuestras operaciones. —¿Sabes qué significa eso? Que conocerán la metodología de búsqueda e instrucción de nuevos Otros, el análisis de las operaciones de combate, nuestras redes de informantes humanos, las estadísticas de muertes entre nuestros agentes, los datos personales de nuestros empleados, los proyectos financieros y un largo etcétera. Estaban hablando de mí, pero yo asistía a su charla como si fuera ajeno a sus disquisiciones. No era que me hubiera dado un ataque de cinismo. Simplemente, asistía a lo que era un hecho: el jefe había decidido estudiar la situación con Svetlana, una principiante, en lugar de hacerlo conmigo, un mago cuyo potencial no superaba la tercera categoría de la escala. La situación, comparada con una partida de ajedrez, era de lo más sencilla: yo era un peón que había alcanzado, paso a paso, una posición avanzada, pero jamás pasaría de ser un peón. Svetlana, en cambio, también era un peón, pero uno que terminaría acosando al rey en la jugada del mate. Y era por eso por lo que, por muy grande que fuera la desgracia que se abatiese sobre mí, el jefe prefería aprovechar la coyuntura para impartirle una breve clase práctica a Svetlana. —Boris Ignátievich, usted sabe muy bien que no permitiré que se adentren en mi memoria —dije. —Si te niegas, te condenarán. —Lo sé. Y le juro que no tengo nada que ver con la muerte de todos esos Tenebrosos, aunque no

pueda probarlo. —¿Y si aceptáramos que expongan la memoria de Antón, pero solo la que recoge el día de hoy? —propuso Svetlana, con la alegría súbita de quien ha dado con una solución inesperada—. Que examinen lo que quieran y verán que... —No, Svetlana. La memoria no se puede cortar a trozos. Cuando se accede a ella, se accede a la vez a todo lo que guarda desde el primer instante de la vida. El sabor del líquido amniótico, el olor del calostro... —La voz del jefe había adquirido un tono extraordinariamente severo—. He ahí el problema. Aunque Antón no conociera ningún secreto de la Guardia, ¡imagínate lo que significa recordar y revivir de nuevo toda una vida! La estancia en un oscuro espacio meciéndose en un viscoso líquido, las estrechas paredes que tiene que superar, el golpe de luz, el dolor, la sensación de ahogo, la urgencia para sobrevivir al propio nacimiento. Y así, cada instante de la vida. ¿Has oído alguna vez que antes de morir uno ve pasar toda su vida como si se tratara de una película? Pues eso es lo que sucede cuando te someten a una exposición de la memoria. Y, además, después conservas, en lo más profundo de tu mente, el recuerdo de esa proyección. ¿Comprendes lo que eso significa? Créeme, Svetlana, es muy difícil pasar por algo así y conservar la cordura. —Usted lo cuenta como si... —comenzó a decir Svetlana. —He pasado por eso. No fue en un interrogatorio. Hace cosa de un siglo, la Guardia estaba estudiando los efectos de la exposición de la memoria y pidieron un voluntario. Pasó más de un año antes de que consiguieran devolverme la razón. —¿Cómo lo consiguieron? —inquirió, curiosa, Svetlana. —Inoculándome nuevos recuerdos.

Escenas que no había visto antes. Países desconocidos, manjares exóticos, citas inesperadas, problemas ajenos. Y aun así —el jefe esbozó una extraña sonrisa—, todavía a veces me descubro preguntándome dónde estoy. ¿Son mis recuerdos, me digo, o es la realidad? ¿Estoy vivo, o me han encerrado en un expositor de cristal en la oficina de la Guardia Nocturna, mientras despliegan mi memoria como si fuera un muelle? El jefe guardó silencio. Los camareros pululaban alrededor de nosotros entre las mesas llenas de gente. Los policías se habían marchado, llevándose consigo el cadáver del Mago de las Tinieblas. Un hombre había venido a buscar a la viuda y los niños, probablemente algún pariente. Los clientes no se mostraban muy preocupados por el incidente. Más bien pareció avivarles el apetito y las ganas de divertirse. Nadie reparaba en nosotros, porque el conjuro que protegía al jefe se había extendido a los tres y obligaba a apartar los ojos a cualquier curioso potencial. ¿No había vivido todo eso ya alguna vez? ¿No sería que yo, Antón Gorodetski, administrador de sistema de la empresa Nix y, al mismo tiempo, mago de la Guardia Nocturna, reposaba en un frasco de vidrio, grabado con una caligrafía antigua? ¿Y que alguien, vaya a saber quién, si los Magos de las Tinieblas o un tribunal formado por ambas Guardias, se entretenía en desenrollar mi memoria, escrutar en sus recovecos, moldearla? ¡No y mil veces no! Era imposible, porque no experimentaba las sensaciones que el jefe había descrito. Ni tenía la impresión de haber vivido ya todo aquello. Jamás había estado en un cuerpo de mujer ni había encontrado cadáveres en unos lavabos públicos. —Creo que ya hemos

tenido suficiente con la paliza que os he propinado —dijo el jefe mientras extraía un largo y finísimo cigarrillo de un bolsillo—. ¿Está clara la situación? ¿Qué hacemos ahora? —Estoy dispuesto a cumplir con mi deber —respondí. —Tranquilo, Antón. No necesitamos bravatas. —No es una bravata. No se trata únicamente de los secretos de la Guardia. Sé que no soportaré el interrogatorio. Prefiero morir. —Has de pensar que nosotros no morimos como la gente común. —Sé que sufrimos mucho más, pero estoy dispuesto a hacerlo. El jefe suspiró. —A ver, chicas, volvamos atrás. Dejemos a un lado las consecuencias y repasemos las premisas. A veces resulta útil echar un vistazo al pasado. —Adelante —dije sin demasiado convencimiento. —El Bárbaro lleva varios años haciendo de las suyas por toda la ciudad. Según los últimos datos procesados por el departamento de análisis, el primer asesinato se produjo hace tres años y medio. Una buena parte de los muertos son Tenebrosos sobre cuya pertenencia a las huestes del Mal no había ninguna duda. El resto parece tratarse de Tenebrosos potenciales. Ninguno de ellos superaba la cuarta categoría. Tampoco hubo víctimas entre los agentes de la Guardia Diurna. Da la casualidad de que casi todas las víctimas eran Tenebrosos moderados, si es que esa expresión es aplicable a los adeptos de las Tinieblas. Mataban y ejercían su influencia sobre las personas corrientes, pero en una medida muy inferior a la que les permitían sus posibilidades. —Estaban sacrificándolos, ¿no? —aventuró Svetlana. —Es lo más probable. La Guardia Diurna no ha hecho nada por detener a ese psicópata, e incluso le ha estado

sirviendo en bandeja a los suyos, siempre peones de escaso valor. ¿Con qué objetivo? Esa es la pregunta a la que debemos responder. ¿Qué buscaban? —Acusarnos de incompetencia —propuse. —Ese fin no justifica los medios. —Para acabar con alguno de nosotros —propuse otra vez. —De entre todos los agentes de la Guardia Nocturna eres tú, Antón, el único que no tiene coartadas. ¿Por qué iba a perseguirte precisamente a ti la Guardia Diurna? Me encogí de hombros. —La venganza de Zavulón... —El jefe sacudió la cabeza, dudando—. No creo. No hace mucho que tuviste aquel enfrentamiento con él. Y el golpe que nos concierne ahora fue planificado hace tres años y medio. La pregunta, por lo tanto, sigue en pie: ¿qué buscaban? —¿No será que Antón es un mago potencialmente muy fuerte? —preguntó tímidamente Svetlana—. Los Tenebrosos se han dado cuenta y, como ya es tarde para inclinarlo hacia el Mal, han decidido acabar con él. —Antón es más fuerte de lo que cree —replicó el jefe—, pero jamás superará el segundo grado. —¿Y qué pasa si nuestros enemigos son capaces de ver variantes de la realidad inaccesibles para nosotros? —intervine mirando al jefe fijamente a los ojos. —¿Qué quieres decir? —Da igual que yo sea un mago de categoría alta, media o baja, si soy capaz de realizar una acción que pueda cambiar el equilibrio de fuerzas. Algo sencillo, tal vez ni siquiera relacionado con la magia. ¡Recuerde lo que sucedió con Svetlana, Boris Ignátievich! ¡Recuerde cómo los Tenebrosos intentaron apartarme! Eso significa que vieron una variante de la realidad en la que yo era capaz de ayudarla. ¿No será que ahora sucede otro tanto? ¿No será que han detectado algo

que haré en el futuro? ¿Qué tal si hace ya tiempo que lo saben y llevan desde entonces tendiéndome esta trampa? Tal vez la lucha por Sveta sea una mera anécdota al lado de lo que se está cociendo. Al principio, el jefe me escuchó con atención. Después, frunció el entrecejo y negó con la cabeza. —Lo que me parece, Antón, es que tienes delirios de grandeza. Y perdóname que sea tan franco. Estoy al corriente de las líneas de desarrollo que afectan a todos los empleados de la Guardia, desde los agentes más relevantes hasta tío Shura, el fontanero. Y ya te digo que en lo que a ti respecta, ninguna de las líneas de realidad que parten de tu presente contiene grandes logros en el futuro. —¿Está totalmente seguro de no haberse equivocado, Boris Ignátievich? Esta vez sí me había enfadado de verdad. —No. No lo estoy. De hecho, no hay nada de lo que esté absolutamente seguro. Y eso también me atañe a mí. Pero créeme que las posibilidades de que tengas razón son prácticamente nulas. Le creí. Porque mis aptitudes, comparadas con las suyas, eran, también, prácticamente nulas. —Entonces, seguimos sin saber lo principal: las causas... —Exacto. De lo que ya no tenemos dudas es de que el golpe va dirigido contra ti. Están manejando al Bárbaro con una precisión extraordinaria. Él cree que está luchando contra el Mal, cuando, en realidad, hace mucho tiempo que es una marioneta en sus manos. Esta noche lo han hecho venir al restaurante que tú has elegido. Y le colocaron una víctima para pillarte in fraganti. —Entonces, ¿qué podemos hacer? —Encontrar al Bárbaro. Esa, Antón, es nuestra única posibilidad. —Pero eso significaría matarlo. —No lo mataremos. Nos limitaremos a encontrarlo. —Da

igual. Por muy equivocado que esté, por muy desastrosa que sea su actuación, ¡es uno de los nuestros! Se está enfrentando al Mal a su manera. Hay que encontrarlo e ilustrarlo. Nada más. —Ya es tarde para eso, Antón. No fuimos capaces de detectar su aparición y ahora ha dejado un inmenso rastro. ¿Te acuerdas de cómo acabó aquella vampira? —Fue sacrificada —admití. —Piensa que a los ojos de los Tenebrosos sus delitos eran mucho menores que los del Bárbaro. Y la situación era parecida, porque tampoco ella tenía conciencia de lo que hacía. Sin embargo, la Guardia Diurna reconoció su culpabilidad. —Tal vez ese reconocimiento no fue casual. ¿No estarían sentando un precedente? —preguntó Svetlana. —Es probable. Tienes que encontrar al Bárbaro, Antón. Has de dar con él y entregárselo a los Tenebrosos —me ordenó el jefe. —¿Y por qué yo? —Porque eres el único de nosotros que está moralmente capacitado para hacerlo. Es a ti a quien persiguen, de modo que será un acto de autodefensa. Para cualquiera de nosotros, capturar a un Luminoso, por muy espontáneo y autodidacta que sea, y entregarlo a las fuerzas de las Tinieblas será algo insoportable. Tú, en cambio, conseguirás superar esa barrera moral. —No estoy tan seguro de eso. —Lo conseguirás, Antón. Solo tienes esta noche para capturarlo. Mañana a primera hora la Guardia Diurna presentará una acusación formal contra ti. No tienen por qué seguir esperando. —¡Es imposible! —Intenta recordar quién estaba en el restaurante. ¿Quién pudo haber seguido al mago a los lavabos? —Nadie —intervino Svetlana—. Estoy segura de ello, porque vigilé atentamente a la espera de que volviese a la mesa. —Entonces, el

Bárbaro debió de esperarlo dentro. Pero tiene que haber salido después. ¡Intentad recordarlo! ¿Qué decís? ¿Sveta? ¿Antón? Permanecimos en silencio. Yo había evitado mirar al Mago de las Tinieblas, así que poco podía recordar. —Hubo un hombre que salió del lavabo —dijo Svetlana—. Era como... Svetlana cerró los ojos con fuerza, intentando recordar. —Como cualquier otro. Un rostro indistinto, como si hubieran fundido un millón de rostros para forjar uno nuevo que los contuviera a todos. Lo vi pasar y al instante lo olvidé. —Intenta recordar —la urgió el jefe. —No puedo, Boris Ignátievich. Ya le digo que era un rostro de lo más común. Un hombre ni joven ni viejo. Tampoco detecté que fuera uno de los Otros. —Porque es un Otro en bruto. Ni siquiera debe de saber acceder al Crepúsculo. Se mantiene en el límite entre los mundos. ¡Tienes que recordar algo, Sveta! Algún detalle de su rostro, alguna seña particular... Svetlana se rascó la nariz con fuerza. —Recuerdo que al salir del lavabo se dirigió a una mesa donde lo esperaba una mujer. Una mujer bella, rubia. Se estaba maquillando y alcancé a ver que usaba maquillaje de la marca Lumene. Yo misma lo utilizo a veces, porque es bueno y no demasiado caro. A pesar de la gravedad de la situación, no pude evitar sonreír. —Y parecía molesta —añadió Svetlana—. Sonreía, pero sin ganas, como si quisiera quedarse un rato más en el restaurante y él la obligara a marcharse. Svetlana calló un instante, concentrada en reunir sus recuerdos. —¡Su aura! —gritó súbitamente el jefe—. ¿Recuerdas el aura de esa mujer? ¡Déjame ver el negativo! El tono de su voz había cambiado, y aunque el conjuro

impedía a los demás oír sus gritos, los rostros de los clientes se contrajeron en unas muecas espasmódicas y un camarero, cargado con una bandeja, tropezó, dejando caer al suelo una botella de vino y dos copas de cristal. Svetlana sacudió la cabeza, que quedó en una postura nada habitual. El jefe la había hecho entrar en trance con la misma facilidad que a un humano corriente. Se le dilataron las pupilas y un tenue halo de luz se extendió entre su rostro y el del jefe. —Gracias, Sveta —dijo Boris Ignátievich. —¿Lo he conseguido? —preguntó sorprendida. —Sí. Puedes considerar que has alcanzado la séptima categoría. Informaré que te he tomado el examen personalmente. ¡Antón, mírame! Hice lo que me pedía. Sentí una conmoción. Seguidamente, se tendieron los imperceptibles hilos de energía y me llegó la imagen. No se trataba de la cara de la acompañante del Bárbaro. Lo que veía era su aura, que constituye una información mucho más valiosa. Capas en tonos azulados y verdosos que se fundían como el helado en una copa de cristal, una minúscula mancha de color marrón y una franja de color blanco. Era un aura bastante complicada, pero que se recordaba fácilmente y denotaba una existencia agradable. Sin embargo, algo en ella hizo que me sintiese incómodo: la constatación de que la mujer lo amaba. Se trataba de un amor no exento de dolor, porque creía que él había dejado de amarla, pero aun así ella aguantaba y estaba dispuesta a seguir haciéndolo. Siguiendo la huella de esa mujer, yo sería capaz de encontrar al Bárbaro y entregarlo al tribunal, es decir, a una muerte segura. —No puedo —dije. El jefe me miró compasivo. —¡Ella no tiene

ninguna culpa! —añadí—. ¡Y, además, lo ama! ¡Véalo usted mismo! Una música melancólica me hería los oídos, acompañando la indiferencia con que eran recibidos mis gritos. Podía ponerme a dar saltos, revolearme en el suelo, meterme bajo las mesas contiguas que nadie atendería mis protestas. Todos continuarían hartándose con sus platos de comida india, como si nada. Svetlana nos miraba. Había recordado el aura, pero era incapaz de descifrar su significado. Para ello tendría que alcanzar la sexta categoría. —Entonces, serás tú quien muera —dijo el jefe. —Al menos sabré en aras de qué muero. —¿No te has parado a pensar en aquellos que te aman, Antón? —Carezco de ese derecho. Boris Ignátievich esbozó una sonrisa burlona. —¡Qué ganas de hacernos los héroes! ¡Héroes de pacotilla! Como si tuviéramos las manitas limpias, los corazones hechos de oro puro y jamás hubiéramos pisado mierda. ¿Acaso ya se te ha olvidado el rostro de la mujer a la que acaban de llevarse de aquí a rastras? Y el llanto de sus hijos, ¿también lo has olvidado? Ellos no eran Tenebrosos, ¿me oyes? Eran gente común, de esa que hemos prometido proteger. ¿Es que no sabes cuántos cálculos hacemos antes de embarcarnos en una operación? ¿Te has preguntado por qué nuestros analistas, por mucho que me pase la vida quejándome de ellos, llegan a los cincuenta años con la cabeza cubierta de canas? Ahora me tocaba a mí, que un rato antes había estado dándole lecciones a Svetlana, recibir aquella andanada. —¡La Guardia te necesita, Antón! ¡Como necesita a Svetlana! Y ese psicópata, por muy bienintencionado que sea, no nos hace ninguna falta. Es muy sencillo

hacerse con un puñal y andar por los lavabos de la ciudad clavándoselo en el cuello a los Tenebrosos. Pero, te pregunto, Antón, nuestro frente de batalla, ¿dónde está? —Entre los humanos —respondí, bajando los ojos. —¿A quiénes defendemos? —A los humanos. —El Mal no existe en abstracto, ¡y ya va siendo hora de que lo comprendas! Sus raíces están aquí, entre nosotros, en este rebaño que pasta y se divierte indolentemente en este restaurante, apenas una hora después de asistir a un asesinato. Es por ellos por quienes tienes que luchar. ¡Por los humanos! El Mal es una hidra, y cuantas más cabezas le cortes, más le crecerán. A la hidra solo se le da muerte por extenuación. ¿Entiendes? Si matas a cien Tenebrosos, surgirán otros mil que los sustituirán. ¡He ahí la razón de la culpabilidad del Bárbaro! Y es por eso por lo que lo encontrarás, Antón. Y lo obligarás a presentarse ante el tribunal, por las buenas o por las malas. El jefe se calló de golpe y se puso en pie. —Andando, chicas. Es hora de irnos. Llegados a este punto, ya no reparaba en el tratamiento que me dispensaba. Me levanté y cogí el bolso con naturalidad. Esas repentinas prisas del jefe siempre tenían su razón de ser. —¡Rápido! Pensé, en ese mismo instante, que debía darme otra vuelta por el lugar donde había encontrado la muerte el desafortunado Mago de las Tinieblas, pero no quise correr el riesgo de sugerirlo. Nos encaminamos a tal velocidad hacia la salida que no tuve duda de que si no hubiéramos estado protegidos por el conjuro los guardias de seguridad nos habrían detenido. —Ya es tarde —dijo el jefe en voz muy baja en cuanto se disponía a salir—. Nos hemos dormido en los

laureles con tanta charla. Tres jóvenes nos cerraron el paso. Eran dos fornidos muchachos y una joven. A ella ya la conocía. Era Alisa Donnikova, la bruja de la Guardia Diurna. Cuando se percató de la presencia del jefe, abrió los ojos como platos. Detrás de ellos, avanzando por el Crepúsculo, se movían dos siluetas inapresables, casi invisibles. —Les ruego que se detengan —dijo Alisa con voz ronca, como si se le hubiera secado súbitamente la garganta. —Apártate —le ordenó el jefe e hizo un gesto con la mano que obligó a los Tenebrosos a hacerse a un lado y pegar la espalda a la pared. Alisa tensó los músculos, intentando escapar de la presión, pero pronto comprendió que las fuerzas eran muy desiguales. —¡Zavulón, yo te invoco! —chilló. ¡Vaya! ¡Eso sí era una noticia! La brujita debía de ser una de las amantes de Zavulón, si tenía derecho a invocarlo. Los otros dos Tenebrosos salieron del Crepúsculo. Una mirada me bastó para establecer que se trataba de magos de tercera o cuarta categoría. Eran muy poca cosa para Boris Ignátievich, a quien yo bien podía echarle una mano, pero servirían para ganar tiempo. El jefe también se percató de esa novedad. —¿Qué queréis? —preguntó con autoridad—. Este horario corresponde a la Guardia Nocturna. —Se ha cometido un asesinato —dijo Alisa con los ojos como ascuas—. Ha sido en este lugar y hace muy poco. Han asesinado a un hermano nuestro. Y lo ha hecho uno de... —¿Uno de...? —la interrumpió el jefe confiando en que la empujaría al error. Pero la bruja no cedió a la provocación, consciente de que si se atrevía a lanzar esa acusación a Boris Ignátievich, con la diferencia de rango que había entre ambos, este la

aplastaría contra la pared sin importarle las consecuencias. —¡Uno de los Luminosos! —La Guardia Nocturna desconoce la identidad del asesino. —Os hacemos una petición oficial de colaboración. Eso nos cortaba cualquier vía de escape. Una negativa a la petición de colaboración de la otra Guardia equivale a una declaración de guerra. —¡Zavulón, yo te invoco! —volvió a llamar la bruja. Por un instante alimenté la esperanza de que el jefe de la Guardia Diurna no la oyese o estuviera ocupado en algún otro asunto. —Tenemos total disposición a colaborar —dijo el jefe con voz gélida. Eché un vistazo a la sala del restaurante por encima de los hombros de los agentes de la Guardia Diurna, que nos habían rodeado con la evidente intención de que permaneciéramos junto a las puertas del local. La gente comía a dos carrillos, generando un ruido propio de una porqueriza. Con las miradas vacías, congeladas en los platos, y los cubiertos asidos con fuerza, se lanzaban la comida sobre las ropas, se atragantaban, bufaban y escupían. Un hombre elegante y maduro, que cenaba en compañía de sus guardaespaldas y una hermosa joven, bebía el vino directamente de la botella. Un joven no menos elegante y con pinta de yuppy metía las manos en el plato de su bella acompañante, que imitaba su gesto con entusiasmo mientras saltaba una salsa amarilla y les manchaba los brazos. Los camareros corrían de mesa en mesa llevando a los comensales más bandejas, platos, botellas, copas, tazas... Los Tenebrosos tienen sus propios métodos para distraer a la gente. —¿Alguno de ustedes estaba presente en el restaurante cuando se cometió el asesinato? —inquirió la bruja, segura de que la

pregunta nos comprometía. —Sí —se limitó a responder el jefe. —¿Quién? —Mis acompañantes. —Olga y Svetlana —precisó la bruja estudiándonos con la mirada—. ¿Y no estaba presente un Otro, agente de la Guardia Nocturna, que responde al nombre de Antón Gorodetski? —¡No había más agentes de la Guardia que nosotras! —exclamó Svetlana. Era la respuesta correcta, pero se había apresurado demasiado en darla. Alisa frunció el entrecejo, delatando su molestia por haber formulado la pregunta en términos algo imprecisos. —Qué noche más apacible, ¿verdad? —dijo una voz detrás de nosotros. Zavulón había acudido a la llamada. Me supe condenado, porque mi disfraz era incapaz de confundir a un mago de categoría suprema. Es cierto que en aquella ocasión no supo detectar al jefe en Ilia, pero no iba a caer dos veces en la misma trampa. Zavulón era un perro viejo. Muy viejo. Su aspecto, sin embargo, hacía pensar que el tiempo se había detenido, como si la cálida, aunque tardía, primavera no hubiera llegado para sustituir al frío invierno. Vestía traje, corbata, camisa gris y unos anticuados zapatos terminados en punta. Las mejillas hundidas, la mirada torva y el cabello cortado a cepillo completaban su peculiar estampa. —No tan apacible que digamos, Zavulón —respondió el jefe—. Aparta ahora mismo a tus cachorros o me veré obligado a hacerlo yo mismo. En lugar de contestar, Zavulón me miró fijamente y dijo: —Sabía que volveríamos a encontrarnos. —Hizo una pausa y añadió—: ¡Vaya tontería! ¿Qué necesidad tenías de meterte en esto? Avanzó un paso, y Alisa se apartó velozmente de su camino. —Un trabajo limpio propio de un hombre afortunado, y

vanidoso. Podría pensarse que lo tenías todo bien amarrado, salvo por un detalle: ¿cómo saber, esta vez, dónde está el Bien? Aun así, no pensaste en las consecuencias. Francamente, Antón, no te comprendo. —Soy yo quien no te comprende, Zavulón —intervino el jefe, cerrándole el paso. El Mago de las Tinieblas no ocultó su incomodidad. —Será que te estás haciendo viejo. Aquí, en el cuerpo de tu amante —dijo con una sonrisa irónica—, está Antón Gorodetski, de quien sospechamos que es el autor de una serie de asesinatos cometidos contra nuestra gente. Me pregunto si lleva mucho tiempo oculto en ese cuerpo. Y, sobre todo, me gustaría saber si no te habías dado cuenta de lo que había dentro de tu amante. Zavulón soltó otra risita burlona y yo aproveché para echar un vistazo a los rostros de sus acólitos. Todavía no habían comprendido de qué se trataba. Lo harían en un segundo, tal vez menos. Y en ese instante me percaté de que Svetlana levantaba el brazo y vi la llama amarilla que ardía en la palma de su mano. Una cosa era que acabase de ejecutar la prueba del examen para acceder a la quinta categoría y otra muy distinta que ganáramos la escaramuza que se avecinaba. Éramos tres contra seis. Y si Svetlana decidía golpear, lo que no haría para salvarse ella, sino para salvarme a mí, que ya estaba hundido hasta el cuello en la mierda, se iba a armar una buena. Di un salto hacia delante. Era una suerte que Olga estuviese bien entrenada y tuviese aquel cuerpo musculoso. Como era una suerte también que tanto los Luminosos como los Tenebrosos hubiéramos dejado de recurrir a las piernas y los brazos, al burdo intercambio de puñetazos, a la hora de pelear, y que Olga, desprovista

de una buena parte de sus aptitudes para la magia, fuese ducha en esos menesteres barriobajeros. Cuando mi puño —o, más bien, el de Olga— se le hundió en el estómago, Zavulón se dobló y dejó escapar un gemido ronco. Un instante después, le propiné una patada en las rodillas y eché a correr hacia la calle. —¡Alto! —gritó Alisa. En su voz se mezclaban, a partes iguales, la exaltación, el odio y el amor. Había empezado la cacería. A toda velocidad, corrí por la calle Pokrovka en dirección a Zemliani Val. El bolso de Olga me golpeaba rítmicamente la espalda. Era una suerte que no llevase tacones. De lo que se trataba era de huir y conseguir que me perdieran de vista. Durante el período de instrucción, habíamos hecho un cursillo de supervivencia en entornos urbanos, con el que disfruté enormemente. Por desgracia, no habían sido más que unas pocas clases, porque a quién se le iba a ocurrir que un agente de la Guardia Nocturna, cuyo trabajo consistía precisamente en dar alcance y sacar de sus escondrijos a los que escapan, iba a verse alguna vez en la situación inversa. Un impresionante aullido resonó a mis espaldas. Aun sin saber qué lo provocaba, salté instintivamente a un lado. Una fulgurante lengua de fuego serpeó a lo largo de la calle y al llegar al edificio que la cerraba intentó detenerse y girar, pero la inercia no se lo permitió y se estrelló contra la mole de hormigón, destrozándose en mil pedazos. ¡Se habían vuelto locos! Caí al suelo y me apreté contra el asfalto. Zavulón volvía a hacer molinetes con el bastón de mando, pero sus movimientos eran lentos, como si alguien lo retuviera y frenase. ¡Iba a disparar a matar! Si el Látigo de Shaab me alcanzaba, no quedarían ni mis cenizas.

Estaba claro que el jefe se había equivocado. A la Guardia Diurna no le interesaba la información que yo pudiera darle. Lo que quería era eliminarme. Los Tenebrosos me perseguían. Zavulón apuntaba con su bastón, mientras el jefe sujetaba a Svetlana, que estaba ansiosa por sumarse a la batalla. Me puse en pie de un salto y eché a correr de nuevo, consciente de que no conseguiría escapar. El único motivo de alegría fue constatar que no había ni una sola persona alrededor. Un terror instintivo e inconsciente había despejado las aceras y la calle. Por lo tanto, no habría víctimas inocentes. De pronto oí el chirrido de unos frenos. Sin detenerme, me volví y vi que los agentes de la Guardia Diurna se apartaban para abrir paso a un Toyota plateado que irrumpía a toda velocidad en la calle solitaria. Su conductor seguramente creyó que había caído en medio de una pelea entre bandas mafiosas y, tras un momentáneo frenazo, pisó a fondo el acelerador. Pensé en obligarlo a detenerse, pero deseché la idea. Habría sido incorrecto. En lugar de eso, me aparté para dejarlo pasar y me oculté de la mirada de Zavulón tras un Volga aparcado junto a la acera. Pero el conductor del Toyota clavó los frenos, a continuación se abrió la puerta trasera del lado del conductor y alguien me hizo señas de que subiera. ¡Era inaudito! Que yo supiese —y tuve tiempo de pensar en ello mientras saltaba al interior del coche—, salvo en las películas baratas jamás un conductor se detenía a echar una mano al héroe en apuros. —¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritaba la mujer que ocupaba el asiento trasero. Una petición inútil, porque ya salíamos a toda velocidad. Oímos otro estruendo y el conductor dio un volantazo

para evitar la furia del látigo de Zavulón. La mujer se desgañitaba. ¿Qué apariencia tendría para ellos el combate? ¿Se imaginarían que eran disparos de una ametralladora, de un lanzacohetes? ¿Proyectiles de mortero, tal vez? —¿Por qué te has parado? ¿Por qué? —gritaba la mujer. Después intentó inclinarse para propinarle un puñetazo en la espalda al conductor. No fue necesario que yo se lo impidiera, porque el coche tomó una curva haciéndola caer hacia un lado. —No lo haga —atiné a decirle, y me gané que me fulminase con la mirada. Su actitud era comprensible. ¿A qué mujer puede hacerle gracia que su marido recoja a una joven, aunque desaliñada, desconocida a la que persigue una horda de mafiosos, si con ello, además, se expone a caer bajo una lluvia de balas? Entretanto, el peligro ya había pasado. Habíamos tomado Zemliani Val y el coche se había sumado a una compacta caravana de vehículos. Amigos y enemigos habían quedado atrás. —Gracias —musité en dirección a la rapada cabeza del conductor. —¿La han herido? —preguntó sin volverse. —No. Créame que le estoy muy agradecida. Pero ¿por qué se detuvo a recogerme? —¡Porque es un imbécil! —volvió a chillar la mujer. Se apartó de mí como si yo fuera una apestada. —Más bien, porque no lo soy —replicó el hombre con serenidad—. Dígame, ¿qué tienen esos tipos contra usted? O si lo prefiere no me lo diga. Ya sé que no es asunto mío. —Intentaban violarme —mentí. Una versión, por cierto, bastante tonta, porque nadie se iba a creer que en medio de un restaurante moscovita, por muchos mafiosos que hubiera, iban a intentar violar a una joven como si se tratara del Oeste más salvaje. —¿Adonde quiere

que la llevemos? —Déjeme aquí mismo —respondí, fijándome en el letrero luminoso que indicaba la entrada a una estación de metro—. Seguiré sola. —Podemos llevarla a casa, si quiere. —No es necesario. Ya han hecho bastante. Gracias. —De acuerdo. El hombre no quiso discutir ni intentar convencerme. Detuvo el coche junto a la estación y me bajé. —Muchas gracias —dije dirigiéndome a la mujer—. Han sido ustedes muy amables. Respondió con un mohín de contrariedad y cerró con fuerza la puerta. No obstante, no pude dejar de pensar que precisamente situaciones como aquella daban un sentido a nuestro trabajo. Me alisé el pelo y los téjanos con un movimiento mecánico. Los transeúntes me miraban con curiosidad, aunque no excesiva, por lo que deduje que mi aspecto no debía de ser tan desastroso. ¿De cuánto tiempo disponía? ¿Cuánto tardaría la manada de lobos en seguirme la pista? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Conseguiría el jefe retenerlos durante más tiempo? Ojalá lo consiguiera, porque por fin comenzaba a comprender qué se traían entre manos. Y sabía que me quedaba una posibilidad. Una muy remota, pero que tal vez lograse aprovechar. Me encaminé hacia el metro. Saqué el teléfono móvil del bolso de Olga y comencé a marcar su número. Antes de llegar a la última cifra, solté una maldición y marqué mi propio número. Olga respondió al instante: —¿Diga? —preguntó una voz ronca y desconocida. Mi propia voz. —Soy yo. Antón —grité. Un joven que pasaba por mi lado me miró sorprendido. —¡Idiota! Era lo que esperaba de Olga. —¿Dónde estás, Antón? —A punto de meterme bajo tierra. —Ya tendrás tiempo para eso. ¿Qué puedo hacer por ti? —¿Estás al corriente de la situación?

—Sí. Tengo abierta una línea paralela con Boris. —Necesito que me devuelvas mi cuerpo. —¿Dónde podemos vernos? Pensé un instante. —Tras intentar librar a Svetlana del vórtice, me bajé en una estación... —Lo sé. Boris me lo contó. A esa le sumamos tres más de la línea circular, subiendo a la izquierda. Olga estaba trazando la ruta como si me indicara con el dedo sobre el plano del metro. —De acuerdo. —En el centro del vestíbulo. Estaré allí en veinte minutos. —Muy bien. —¿Qué quieres que te lleve? —Tráeme a mí mismo. Y si se te ocurre algo más, será bienvenido. Guardé el teléfono, me aseguré de que nadie me seguía y eché a andar a toda prisa hacia la estación de metro. 4

Me situé en el centro del vestíbulo de la estación Novoslobodskaia. El ambiente era el propio de cualquier noche a esas horas, todavía no demasiado tardías. A mi lado, una joven esperaba a alguien. Tal vez a un joven. O a una amiga. En mi caso se daban, simultáneamente, ambas circunstancias. Era más difícil que me encontrasen bajo tierra que en la superficie. Ni siquiera los mejores Magos de las Tinieblas iban a conseguir detectar mi aura bajo las toneladas de hormigón de los túneles del metro moscovita y las antiguas tumbas que abundan en el subsuelo de la urbe. Menos aún, en medio de las multitudes que atestan los andenes en un ir y venir incesante. Por supuesto que

podían peinar las estaciones sin dejar ni una repartiéndoselas entre todos los Tenebrosos, pero confiaba en que disponía de una hora, o al menos de media, hasta que la Guardia Diurna optara por esa estrategia. Qué sencillo me parecía todo ahora. Qué increíble el modo en que iban encajando las piezas del rompecabezas. La solución que ya adivinaba me hizo sonreír, y de inmediato advertí la mirada insinuante de un joven con pinta de punki. Te equivocas, tío; este cuerpo atractivo no te sonríe a ti, sino que se entretiene con sus propios pensamientos. Después de todo, las claves estuvieron a mi alcance desde el instante mismo en que la intriga comenzó a envolverme con sus hilos. El jefe tenía razón cuando aseguraba que yo no representaba un peligro tan importante como para que durante años urdieran una enrevesada y peligrosa combinación con el solo objeto de acabar conmigo. El objetivo real era otro y bien distinto. Lo que pretendían era que cayéramos víctimas de nuestras propias debilidades: la bondad y el amor. Y ya nos tenían, o casi. De pronto, sentí unas incontenibles ganas de fumar. Tantas, que la boca se me llenó de saliva. Seguramente se trataba de un reclamo del cuerpo de Olga, porque yo no fumo demasiado. Me la imaginé por un instante, unos cien años atrás: una encantadora dama con un fino cigarrillo en el extremo de una elegante boquilla, fumando en algún salón literario junto a Alexander Blok o Gumiliov. La visualicé sonriendo con elegancia, mientras asistía a una discusión sobre la masonería, la emancipación del pueblo o la necesidad de una regeneración espiritual. ¡Qué diablos! —¿No tendrás, por casualidad, un cigarrillo?

—le pregunté a un joven que pasaba por mi lado, vestido con la suficiente elegancia para descartar que fumara tabaco barato, como Zolotaia Java. La sorpresa que le produjo mi pregunta no impidió que me tendiera inmediatamente un paquete de Parliament. Cogí un cigarrillo, se lo agradecí con una sonrisa y pronuncié un conjuro que me envolvió en una película que alejaba de mí las miradas de la gente. La sensación de invisibilidad me produjo un alivio instantáneo. Aspiré con ganas el humo del cigarrillo, mientras elevaba hasta los doscientos grados la temperatura de su extremo ardiente. No me quedaba más que esperar, y prefería hacerlo violando una de las estrictas normas del metro. La multitud fluía alrededor de mí, sin acercarse a menos de un metro de distancia. Sorprendidos, olían el humo de tabaco, incapaces de detectar de dónde procedía. Mientras, yo continuaba fumando tranquilamente, observando al policía situado a apenas cinco pasos y dejando caer la ceniza junto a mis zapatos. Intenté calcular mis posibilidades de salir ileso de aquel enredo. En realidad, las cosas no pintaban tan mal. De hecho, era todo lo contrario. Y, paradójicamente, esa certeza me producía un enorme desasosiego. Porque si era cierto que llevaban tres años preparando aquella compleja partida, tenían que haber previsto también mi capacidad de desentrañarla. Y, por lo tanto, dispondrían de alguna respuesta lista para enfrentarla. ¿Cuál sería? No capté de inmediato la mirada de sorpresa que se había clavado en mí. Cuando me di cuenta de quién me miraba, me estremecí. Era Iegor. Aquel niño, un Otro debilucho, que había provocado, medio año atrás, una batalla campal

entre las Guardias. Situado entre los dos jugadores, Iegor continuaba siendo una carta que aún no había sido adjudicada a ninguna de las partes. Y una carta abierta, por la que no valía la pena pelearse demasiado. Sus aptitudes le habían bastado para superar la descuidada protección con que yo contaba. Por otra parte, tampoco me sorprendió encontrármelo. El mundo está lleno de casualidades, a las que acompañan, abundantes y solícitas, las predestinaciones.

—Hola, Iegor —dije sin pensármelo mucho. Relajé el conjuro para permitirle entrar en el círculo de invisibilidad. Iegor dio un respingo y miró alrededor, antes de volver a clavarme los ojos. Por supuesto, jamás había visto la apariencia humana de Olga, a quien había conocido cuando ocupaba el cuerpo de una lechuza polar. —¿Quién es usted y de qué me conoce? No había dudas de que había madurado. Apenas lo había hecho exteriormente, pero en su interior sí se había producido un gran cambio. No entendía cómo había conseguido permanecer al margen del Bien y las Tinieblas, cómo se las ingeniaba para no acabar de hacer su elección. Sobre todo, cuando ya era capaz de internarse en el Crepúsculo y, además, lo había hecho en unas circunstancias que le permitían elegir a placer. No obstante, su aura continuaba emanando pureza y neutralidad. Era dueño de su destino, lo que sin duda constituía una suerte. —Soy Antón Gorodetski, agente de la Guardia Nocturna —me limité a responder—. ¿Te acuerdas de mí? Claro que me recordaba. —Pero… —No hagas caso de mi aspecto. No es más que un disfraz. Podemos intercambiarnos los cuerpos. Por un instante pensé que tal vez valiese la pena recordar el curso de

ilusionismo y devolverme mi apariencia, aunque fuera por un rato. Pero no fue necesario, porque Iegor me había creído. Tal vez, porque recordaba la transformación del jefe aquella noche en la azotea. —¿Qué es lo que quiere de mí? —Nada. Estoy esperando a otro agente, una joven a la que pertenece este cuerpo. Que tú y yo nos hayamos encontrado es totalmente casual. —¡Odio vuestras Guardias! —Como quieras. Pero te aseguro que no he estado siguiéndote ni nada parecido. Si quieres, márchate. Por extraño que parezca, le resultaba más difícil creer que iba a dejar que se marchase que aceptar la posibilidad de intercambiar los cuerpos. Era evidente que irse no le resultaría fácil. Iegor había rozado el misterio y conocido las fuerzas que se debaten por encima del mundo ordinario, y aunque había conseguido apartarse por un tiempo de esas fuerzas, no lograría permanecer ajeno a ellas para siempre. Podía imaginar la comezón que le producían las ganas de aprender algo más, aunque fueran aspectos insignificantes del mundo de la Luz y las Tinieblas: trucos de magia con piroquinesia o telequinesia, hipnosis, técnicas curativas, conjuros... cualquier cosa. Y no solo saber de ellas, sino dominarlas. —¿Seguro que no ha estado siguiéndome? —me preguntó por fin. —Seguro. Nosotros no sabemos mentir, al menos abiertamente. —Tal vez eso sea otra mentira. ¿Cómo puedo saberlo? —farfulló apartando la mirada. Admití que su reparo era lógico. —No tienes modo de saberlo —respondí—. Si quieres, créeme. Es todo lo que puedo decirte. —Me gustaría creerle —repuso sin levantar la vista del suelo—. Pero recuerdo muy bien lo que ocurrió en la azotea. A veces, sueño con

aquella noche. —Ya no hay razón para que temas a la vampira —dije—. Fue ajusticiada. El tribunal la condenó. —Lo sé. —¿Quién te lo dijo? —pregunté sorprendido. —Su jefe. Aquel que cambiaba de cuerpo. —¿Se comunicó contigo? —Me llamó un día, cuando no había nadie más en casa. Me dijo que habían ejecutado a la vampira, y también que habían excluido mi nombre de la lista de los humanos desde que se había detectado que yo era un Otro, aunque aún no hubiera tomado partido. Por lo tanto, que ya no volvería a ser seleccionado para que me atacaran y que podía estar tranquilo. —Así es —confirmé. —Entonces le pregunté si mis padres aún seguían en la lista. ¡Caray con el niño! Yo sabía muy bien qué había respondido el jefe. —Bueno... ya me voy. —Iegor se apartó un paso—. Se le ha consumido el cigarrillo. Tiré al suelo la colilla y le agradecí con un gesto la advertencia. —¿Qué haces fuera de casa a estas horas? —He ido a entrenar. Practico natación. Dígame una cosa, ¿usted... es usted de verdad? —¿Te acuerdas del truco de la taza rota? Iegor esbozó una sonrisa. Los trucos más sencillos son los que causan mayor impresión en la gente. —Me acuerdo. Pero... —Se calló de pronto, con la vista fija en algún punto detrás de mí. Me volví. La sensación de verme desde fuera era, francamente, curiosa. Se acercaba a nosotros un hombre con mi rostro, mi manera de andar, mis téjanos y mi jersey, un discman sujeto al cinturón y una pequeña mochila. La sonrisa, apenas perceptible, era también la mía. Hasta los ojos, falsos espejos, me pertenecían. —Hola, Antón —dijo Olga—. Buenas noches, Iegor. La presencia del niño no la sorprendió. De hecho, se la veía muy

tranquila. —Buenas noches —dijo Iegor, mirándonos alternativamente—. ¿Es cierto que Antón está ahora en su cuerpo? —Rigurosamente cierto. —¡Qué hermosa es usted! Por cierto, ¿de qué me conoce? —Te vi una vez, cuando yo ocupaba un cuerpo mucho menos bello. Y ahora tendrás que perdonarnos, porque Antón está metido en un problema muy grave y hemos de resolverlo. —¿Tengo que marcharme? —Iegor pareció haber olvidado que apenas un instante antes era precisamente lo que quería hacer. —Sí. Y no te sientas ofendido. Créeme que aquí las cosas se van a poner muy pero que muy feas en un instante. El niño me miró. —La Guardia Diurna me está persiguiendo —le expliqué—. Tengo detrás a todos los Tenebrosos de Moscú. —¿Por qué? —Es una historia muy larga. Vamos, vete ya a casa. Lo que quiso ser un ruego sonó, en realidad, a orden terminante. Iegor frunció el ceño, asintió y miró de reojo hacia el andén. Llegaba un tren. —Al menos vendrán a ayudarles, ¿no? —atinó a preguntarnos a ambos, como si no acabara de comprender quién era Olga y quién yo—. Quiero decir, los de la Guardia de ustedes. —Lo intentarán —respondió Olga con dulzura—. Y ahora, por favor, márchate. Cada vez nos queda menos tiempo. —Adiós —dijo Iegor, y echó a correr hacia el tren. Cuando daba el tercer paso topó con la tenue barrera del círculo de invisibilidad y a punto estuvo de caer al suelo. —Si se hubiera quedado —comentó Olga, mirándolo alejarse—, creo que se habría pasado a nuestro lado. Habrá que analizar las líneas causales para ver por qué os habéis encontrado precisamente ahora y aquí. —Fue una casualidad. —Las casualidades no existen. Ay,

Antón, y pensar que hasta no hace mucho yo era capaz de leer las líneas causales como en un libro abierto... —Tampoco yo le haría ascos a unas buenas dotes premonitorias. —Las verdaderas premoniciones no se hacen por encargo. Bueno, vayamos a lo nuestro. ¿Quieres que te devuelva tu cuerpo? —Sí y aquí mismo. —Como quieras. —Olga extendió los brazos, mis brazos, y me tomó de los hombros. La sensación de estar mirándome en un espejo era absolutamente desquiciante. Evidentemente, a ella le sucedía otro tanto—. ¡Qué lástima que hayas caído tan rápido, Antón! —exclamó con una sonrisa—. ¡Con los planes extravagantes que yo tenía para esta noche! —Pues le daré las gracias al Bárbaro por habértelos estropeado. Olga se concentró y la sonrisa desapareció de su rostro. —Bien. Comencemos. Juntamos las espaldas y abrimos los brazos en cruz. Entrelacé los dedos de Olga entre los míos. O al revés. —Devuélveme lo que es mío —dijo Olga. —Devuélveme lo que es mío —repetí. —Hesser, te devolvemos tu don. Me estremecí al comprender que había llamado al jefe por su verdadero nombre. ¡Y qué nombre! —Hesser, ¡te devolvemos tu don! —repitió con fuerza. —Hesser, ¡te devolvemos tu don! Seguidamente, Olga comenzó a hablar en una lengua antigua. Su voz, suave y cantarina, era la de alguien que hablaba en su lengua materna. No obstante, me dolió constatar la dificultad que entrañaba para ella operar en el segundo nivel de fuerza, aunque no se tratara de una prueba demasiado grande. El proceso de cambiar de cuerpo se asemeja mucho al de tensar un muelle. Nuestras conciencias permanecían encerradas en otro cuerpo

gracias a la energía que Boris Ignátievich Hesser había derrochado. Bastaba con que renunciáramos a la fuerza que había ejercido sobre Olga y sobre mí para que todo volviera a su sitio. Por otra parte, si alguno de nosotros dos hubiese sido un mago de primera categoría, no habríamos necesitado establecer un contacto físico y el intercambio se habría producido a distancia. La voz de Olga alcanzó una nota intensamente aguda. Acababa de pronunciar la última frase del conjuro de renuncia. Por un instante, no sucedió nada. Después sentí un escalofrío, me estremecí y el paisaje vaciló ante mis ojos y se tiñó de color gris. Estaba entrando en el Crepúsculo. Tuve una momentánea visión que contenía la estación entera, las polvorientas vidrieras que la adornaban con sus cenefas de flores, el sucio pavimento, los lentos movimientos de la gente, nuestras auras, como dos arco iris, nuestros cuerpos, que estaban el uno junto al otro como si se tratara de dos crucificados. Un instante después, me sentí proyectado y aplastado contra el envoltorio de piel de mi propio cuerpo. Aullé de dolor y me desplomé, librándome del topetazo contra el suelo de la estación gracias a un gesto instintivo que me hizo extender los brazos. Sentí unos espasmos furiosos en los músculos. Un ruido ensordecedor me aturdió por un instante. Sin embargo, el viaje de regreso a mi cuerpo resultó ser mucho más agradable que el de ida, tal vez porque este se había producido bajo la tutela del jefe. —¿Todo bien? —me preguntó Olga sin demasiado interés. De pronto exclamó—: ¡Pero qué cabrón! —¿Qué quieres decir? —pregunté. Olga se estaba poniendo de pie y su rostro reflejaba la rabia que

anunciaban aquellas palabras. —¿Es que no podías ir de vez en cuando al lavabo de señoras? —No podía. Necesitaba la autorización de Zavulón. —De acuerdo. Dejémoslo. Disponemos de un cuarto de hora, Antón. Cuéntamelo todo. —¿Qué quieres que te cuente? —Las conclusiones a las que has llegado. Por lo que intuí, no solo querías recuperar tu cuerpo. También tienes un plan, ¿no? Asentí, me puse de pie, me sacudí el polvo de las manos y me alisé los téjanos. Me molestaba la funda de la pistola demasiado ajustada a la axila. Tendría que liberar la hebilla. El flujo de pasajeros había disminuido y quedaba poca gente en la estación. Lo malo era que esos pocos, ya liberados del arrastre de la multitud, se tomaban su tiempo para pensar. Sus auras brillaban y me llegaban los sonidos opacos de sus emociones. Reparé de inmediato en la brutal reducción a la que estaban sometidas las aptitudes de Olga. Mientras ocupaba su cuerpo tenía que hacer enormes esfuerzos para acceder a los misterios de los sentimientos humanos, cuando se trata de un ejercicio endemoniadamente sencillo. Tanto, que ni siquiera es algo de lo que un Otro pueda ufanarse. —La Guardia Diurna no va detrás de mí, Olga. No soy más que un mago del montón, un mago de cuarta categoría. Asintió. —Pero sí que me están dando caza. Eso salta a la vista. Por lo tanto, podemos concluir que si no soy la presa, soy el cebo. De la misma manera que lo fue Iegor, cuando la verdadera presa era Svetlana. —¿Y solo ahora te das cuenta? —Olga sacudió la cabeza—. Por supuesto, no eres más que el cebo. —Para capturar a Svetlana, ¿no es cierto? Olga volvió a asentir. —Solo esta noche me he dado

cuenta —admití—. Hace una hora, al disponerse a luchar contra la Guardia Diurna, Svetlana subió de golpe a la categoría cinco. Si el combate se hubiera producido, la habrían matado. ¿Sabes qué pasa, Olga? Que es muy fácil manejarnos. A los humanos puedes manipularlos y conseguir que se inclinen hacia el Bien o el Mal; los Tenebrosos tienen su talón de Aquiles en su impenitente tendencia a la maldad, su egoísmo y la sed de poder y gloria. Pero también nosotros padecemos de una flaqueza que nos pierde: el amor. Cuando se trata del amor, somos débiles como criaturas. —Es cierto. —¿El jefe es consciente de esto, Olga? —Sí. Le costó admitirlo y lo supe, porque la afirmación se le atragantó. ¡No me lo podía creer! Los magos milenarios habían superado cualquier atisbo de vergüenza. Habían salvado el mundo tantas veces que disponen de un amplio arsenal de coartadas morales. Las Grandes Magas jamás se avergonzaban, aunque estuviesen sometidas, como Olga en ese momento, a una disminución temporal de sus aptitudes. Tal vez fuese un rédito del que gozaran tras haber sido traicionadas una y mil veces. —El jefe y tú lo sabíais desde el principio, ¿verdad? Cuando los Tenebrosos presentaron la protesta, sabíais que me cazaban a mí, aunque el verdadero objetivo era acabar con Svetlana. ¿Es así, Olga? —Sí. —¿Y cómo es que no nos lo advertisteis, si lo teníais todo tan claro? —Porque Sveta debe madurar. Y ha de hacerlo paso a paso, subiendo los peldaños uno a uno. —Sus ojos se iluminaron, antes de continuar—: Te considero un amigo, Antón, por eso te seré franca: estamos en una situación desesperada y no hay tiempo para dedicarlo

a la formación de una Gran Maga. Pero sucede que la necesitamos con urgencia, con mucha mayor urgencia que la que puedas concebir. Svetlana posee la fuerza necesaria para convertirse en la maga que nos falta. Templará su carácter, aprenderá a acumular y administrar la fuerza y, sobre todo, aprenderá a controlarla. —Ya veo. Y si entretanto yo muero, mi muerte no hará más que aumentar el odio de Svetlana hacia los Tenebrosos y su voluntad de vencerlos. —Así es, aunque estoy segura de que no morirás. La Guardia busca al Bárbaro. Todos estamos en eso. Conseguiremos conducirlo ante los Tenebrosos y tendrán que retirar los cargos contra ti. —Pero morirá ese Mago de la Luz aún no iniciado, ese infeliz e impetuoso que cree estar luchando en solitario contra las fuerzas de las Tinieblas, acabará por morir. —Sí. —Veo que hoy me dices a todo que sí. —No había rabia en mi voz. Simplemente, constataba una evidencia—. ¿No habéis pensado ni por un instante que vuestros cálculos son ruines? —No lo son —respondió con un aplomo que solo podía significar que nos estábamos jugando cosas de la máxima importancia. —Dime, Luminosa, ¿cuánto tiempo tengo que aguantar? Olga se estremeció. En el pasado, en el más remoto pasado, esa era la forma habitual de interpelarnos en la Guardia. Entonces nos llamábamos como lo que éramos: Luminosos y Luminosas. ¿Qué había provocado que esas palabras perdieran su significado originario y sonaran ahora como el «caballero» lanzado por un mendigo a otro mientras se empujan ante un quiosco de venta de licor? —Al menos, hasta que amanezca. —Pero la noche ha dejado de ser nuestro coto privado. Hoy todos los Tenebrosos de Moscú

saldrán a la calle, y estarán en su derecho. —Lo estarán hasta que demos con el Bárbaro. Tendrás que aguantar. Me acerqué a ella y le acaricié la mejilla, olvidándome por un instante de la diferencia de edad que nos separaba —¿qué importaba un milenio, cuando ante nosotros se abría una noche eterna?—, la diferencia de fuerza, de conocimientos, y le pregunté: —Olga, ¿tú de verdad crees que sobreviviré a esta noche? No respondió. Y yo no insistí, porque ya no había nada más que decir. Ay, qué bueno sería perderse en el alba. Y llamar a las puertas de cristal sabiendo que nadie abrirá. Pulsé el botón de reproducción aleatoria. No porque esa canción no respondiera a mi estado de ánimo en ese momento. Más bien, todo lo contrario. Me gusta viajar en el metro a esas horas de la noche, aunque no sabría explicar por qué. Descansar la vista sobre los vulgares anuncios o las cansadas y monótonas auras de los últimos pasajeros. El rugido del motor, las corrientes de aire que se cuelan por las ventanillas entreabiertas, el ruido de las ruedas sobre los raíles. Y el cerebro abotargado, una y otra vez, a la espera de la siguiente estación. Pero adoro esas sensaciones, qué se le va a hacer. ¡Es tan fácil pillarnos a cuenta de nuestros amores! De pronto, me estremecí, me puse en pie y me acerqué a la puerta. Hasta el momento tenía el firme propósito de llegar a la última estación de la línea. Desde los altavoces, una voz metálica anunció: —Estación Rízhskaia. Próxima parada: Alexéevskaia. Ha vuelto el tenso silencio, con su tema tenaz. Hoy abre la temporada el club de los leprosos. Me sentí compelido a ponerme en marcha. En cuanto empecé a subir por la escalera

mecánica, me llegó el leve hálito de la fuerza que venía a mi encuentro. Me bastó una rápida ojeada a la escalera que bajaba para detectar al Tenebroso. Sus maneras no eran las de un agente de la Guardia Diurna. Más bien parecía un modesto mago de cuarta o quinta categoría —seguramente, de quinta—, por el esfuerzo de concentración que le requería examinar las auras de los pasajeros. Era muy joven, de unos veintitantos años, y llevaba el cabello largo y rubio, y una chaqueta arrugada y abierta. Su rostro era agradable, a pesar de lo concentrado que iba. ¿Qué te habrá atraído hacia las Tinieblas, muchacho? ¿Qué ocurrió antes de tu primera incursión en el Crepúsculo? ¿Te peleaste con tu chica? ¿Con tus padres? ¿Te echaron de una clase en el instituto o te suspendieron en un examen? ¿Te dieron un empujón de más en el tranvía? Lo peor, lo más horrible, es que esa decisión no produjo ningún cambio perceptible en tu apariencia. Incluso, puede que te haya mejorado. Tus amigos descubrieron con sorpresa lo divertido que era irse de copas en tu compañía y que la suerte les sonreía cada vez que emprendían una empresa contigo. Tu chica descubrió un buen puñado de cualidades que, supuso, habías mantenido ocultas. Tus padres se mostraron encantados de la madurez y la inteligencia que manifestaste de pronto. Tus maestros no daban crédito a tus repentinos éxitos estudiantiles. Ninguno de ellos era consciente de la cuota de energía que succionabas de quienes te rodeaban, como tampoco del precio de tu generosidad, tus bromas, tu compasión. Entorné los ojos y me acodé en el pasamano. Quería dar la impresión de alguien cansado,

ligeramente ebrio y ausente. Un tipo que escuchaba música y nada más. El Tenebroso paseó sobre mí su mirada escrutadora y siguió hacia abajo estudiando al resto de los viajeros. Pero, de pronto, vaciló y se detuvo. No tenía tiempo de prepararme para el encuentro con él. Lo cierto es que no me había esperado que la búsqueda en el metro fuera a comenzar tan pronto, y ya era tarde para adoptar otra imagen o disimular mi aura. Sentí el contacto gélido y penetrante de sus ojos, como si se tratara de un golpe de viento invernal. Estaba comparando mi aura con el patrón que con seguridad habían distribuido a todos los Tenebrosos de Moscú. Evidentemente, no era muy ducho en esos menesteres, por lo que no se protegió, permitiendo así que mi conciencia tomara un sendero abierto en el Crepúsculo y se internara en la suya para escrutar el orden de sus pensamientos. Alegría. Júbilo. Éxtasis. La encontré. La presa. Como premio, me darán parte de la fuerza de esta. Me valorarán. Me ascenderán. Obtendré la gloria. ¡Demostraré lo que valgo! ¡Me habían menospreciado! Ahora comprenderán. Seré recompensado. Tuve la esperanza de que afloraran otros pensamientos, aunque fuera en lo más recóndito de su conciencia. Que pensara, por ejemplo, que había dado con un enemigo que luchaba contra los Tenebrosos. Que estaba a punto de capturar al que se dedicaba a asesinar a los suyos. Nada de eso. En lo único que pensaba era en sí mismo. Yo llevaba ventaja. Antes de que el inexperto mago hubiese tendido sus tentáculos, los míos ya habían penetrado en su mente y habían sabido detectar la pobreza de sus aptitudes, con lo que le resultaría imposible contactar con la Guardia Diurna desde la

estación de metro. Probablemente, tampoco querría hacerlo, porque me tomaba por una fiera ya cazada, una presa que no ofrecería demasiada resistencia: una liebre, en lugar de un lobo. ¡Allá tú, si te lo crees, tío! Salí de la estación, me aparté rápidamente a un lado y busqué mi sombra. La difusa silueta vacilaba sobre el suelo. Me interné en ella, adentrándome en el Crepúsculo. Los transeúntes se difuminaron, los coches continuaron su marcha, lentos como tortugas, la luz de las farolas se atenuó y se convirtió en una sombra pesada, agobiante. Se hizo el silencio. Ese silencio crepuscular que ahoga los sonidos en un rumor sordo, apenas perceptible. Mientras me apresuraba para estar listo cuando el mago llegara a la cima de la escalera mecánica, me percaté de que disponía de un exceso de fuerza. Seguramente se lo debía a Olga. Durante su corta estancia en mi cuerpo había conseguido recuperar sus antiguas aptitudes, que utilizó para cargarme de energía, sin derrochar ella misma ni una gota. Tampoco habría podido hacerlo, por grande que fuera la tentación. Unas horas antes, yo le advertía a Svetlana de que cada uno sabe por dónde pasa la línea que no se puede traspasar. Olga sí que conocía esa línea, y mucho mejor que yo. La había descubierto hacía mucho, en la noche de los tiempos. Me asomé a la estación a través de la pared de hormigón y busqué el plano inclinado de la escalera mecánica. La mancha oscura subía a toda prisa: el mago corría, saltándose los escalones, pero aún no había abandonado el mundo corriente. Seguramente ahorraba energías. ¡Más te vale, muchacho! De pronto, percibí una sombra que fluía hacia mí desde debajo del suelo. No era

más que un poco de niebla que se había espesado adquiriendo una forma vagamente antropomórfica. Era un Otro. O, más bien, un extinto Otro. Tal vez fuera de los nuestros. Tal vez, no. También los Tenebrosos se marchan a algún lugar cuando mueren. Pero todavía me resultaba imposible distinguirlo, porque no pasaba de ser una nube difusa, un eterno peregrino del Crepúsculo. —Que la paz sea contigo, difunto, seas quien seas —dije. La tambaleante silueta se detuvo ante mí. Del cúmulo de niebla surgió una lengua que se proyectó hacia mi rostro. ¿Qué intenciones tendría? Se pueden contar con los dedos de una mano las veces en que los inquilinos del Crepúsculo han intentado establecer contacto con los vivos. El brazo —si es que podía denominarse brazo a aquellos jirones de niebla— le temblaba. De él se despegaban blancos hilillos de neblina que se iban disolviendo en el Crepúsculo antes de caer al suelo. —Dispongo de muy poco tiempo —agregué. E insistí—: La paz sea contigo, difunto, quien sea que hayas sido en vida, Tenebroso o Luminoso, ¿qué quieres de mí? Las blancas volutas de niebla se dispersaron como arrastradas por el viento. El fantasma se volvió y su brazo extendido —ahora era evidente que se trataba, en efecto, de un brazo— señaló en dirección al noroeste. Miré hacia allí y no tuve dudas de que indicaba la difusa silueta de una fina aguja que iba a clavarse en el ciclo. —¡La torre de televisión! ¿Es eso? ¿Qué significa? La niebla comenzó a dispersarse. En un instante el Crepúsculo recuperó la apariencia de vacío propia de él. Me puse a temblar sin poder evitarlo. Un difunto había intentado comunicarse conmigo. ¿Quién era? ¿Amigo o enemigo? ¿Qué se

proponía? ¿Avisarme de un peligro? ¿Darme un consejo? ¿Cómo saberlo? Volví a escrutar el interior de la estación, atravesando con la vista las paredes. El Tenebroso seguía subiendo por la escalera mecánica, pero estaba a punto de llegar arriba. Podía tomarme un instante más para desentrañar el mensaje que el fantasma había intentado transmitirme. No había pensado ir a la torre de televisión. Tenía listo otro plan más arriesgado, que me llevaría por una ruta muy distinta. Por lo tanto, carecía de sentido que el difunto me advirtiese de que no fuera hasta la torre. ¿Me había dado una indicación? ¿Quién podía haberle sugerido que lo hiciera? Amigo o enemigo: he ahí la cuestión. Salvo que admitiera que más allá de la vida y la muerte se borra la línea que separa a amigos de enemigos. Confiaba en que nuestros muertos no nos abandonaran en la lucha. Tenía que tomar una decisión. Pero, antes, me esperaban otros asuntos más acuciantes. Corrí hacia la salida del metro y, sobre la marcha, saqué la pistola de la funda. Lo había hecho a tiempo, porque en cuanto llegué a las puertas de la estación apareció el mago y de inmediato se hundió en el Crepúsculo con extraordinaria facilidad, cuyo precio pude atisbar: auras luminosas en derredor y oscuros chisporroteos que saltaron en todas las direcciones. De haberme encontrado en el mundo corriente, habría sido testigo de las súbitas arrugas que surcaron los rostros de los transeúntes, cuya energía succionaba el Tenebroso: dolores súbitos en el corazón o, lo que es peor, penas del corazón, que suelen ser todavía más dolorosas. El mago aguzaba la vista intentando encontrar mi rastro.

Evidentemente, se le daba mucho mejor succionar la energía ajena que actuar como perro de presa. —Quieto —le dije y le clavé en la espalda el cañón de la pistola—. No hagas ningún movimiento. Me buscabas, ¿no? Pues ya me has encontrado. Ahora tendrás que preguntarte si de verdad estás contento de haberlo conseguido. Le sujeté el hombro con la otra mano para impedir que se volviera. Estos magos jóvenes y sinvergüenzas suelen apelar a una variedad de conjuros no demasiado complicados pero, en ocasiones, muy potentes. Por eso hay que tenerlos bien sujetos con las dos manos. Advertí la ola de sudor que le humedecía el brazo. —Vamos —dije—. Tenemos que charlar de un par de cosas. —Eres, eres... —repitió, como si todavía no se acabara de creer lo que le estaba pasando—. ¡Eres Antón! ¡Y estás fuera de la ley! —Supongamos que es así. Pero esa constatación no va a ayudarte. Volvió la cabeza y vi la crispación en su rostro, que en el Crepúsculo había perdido toda traza de bondad y su antiguo atractivo. Aún no había adquirido esa tez crepuscular que tenía, por ejemplo, Zavulón, pero había algo inhumano en él: la barbilla colgando, la boca ancha, como de batracio, los ojillos pequeños y achinados. —¡Mira que eres feo, tío! —exclamé, sin poder contenerme, mientras le clavaba la pistola con más fuerza—. Está cargada con balas de plata —añadí—, aunque bastaría que fuesen balas de plomo. Aquí, en el Crepúsculo, funcionará igual que en el mundo ordinario, y aunque el proyectil avance con mayor lentitud, eso no te salvará. Más bien todo lo contrario: podrás sentir cómo la bala te rasga la piel, desgarra el músculo, astilla los huesos y te destroza los nervios. —¡No

lo harás! —¿No me digas? Y eso ¿por qué? —Porque entonces sí que no conseguirás librarte de esta. —Ah, ¿sí? ¿Quieres decir que todavía tengo alguna posibilidad? ¿Sabes qué? Cada vez tengo más ganas de apretar el gatillo. Así que muévete, escoria. Ayudándome de un par de eficaces puntapiés, empujé al joven mago hasta el estrecho espacio entre dos quioscos. El musgo azul que crecía en abundancia por allí se agitó ante nuestra llegada. La flora crepuscular ansiaba alimentarse de nuestras emociones. De mi rabia y de su terror. No obstante, se cuidaron de hacerlo, porque hasta unos organismos tan primitivos como aquellos conservaban cierto instinto de conservación. Instinto, por cierto, del que nuestro joven mago estaba sobradamente provisto. —¿Qué quieres de mí? —chilló—. ¡Solo obedezco las órdenes que me dieron! ¡Buscarte! ¡Nada más! ¡Respeto el pacto, agente de la Guardia Nocturna! —Ya no soy agente de la Guardia —repliqué, empujándolo contra la pared para que se hundiera en los abrazos del musgo y este succionara un poco de su miedo. De lo contrario, sería imposible hablar con él—. ¿Quién está al mando de la cacería? —La Guardia Diurna. —¿Quién exactamente? —El jefe. No conozco su nombre. Era muy probable que esto último fuese cierto. Pero daba igual, porque yo sí que lo conocía. —¿Te enviaron a esta estación de metro en particular? Dudó un instante. —Habla —lo insté, hundiéndole el cañón de la pistola en el estómago. —Sí. —¿A ti solo? —Sí. —Mientes. Pero no importa. ¿Qué te ordenaron hacer cuando me encontraras? —Seguirte. —Mientes otra vez. Y esta pregunta sí que es importante, de modo que piénsatelo mejor. El mago permaneció en silencio. El

musgo había succionado demasiado miedo. Apreté el gatillo. La bala salvó con un siseo el metro escaso que nos separaba. El mago alcanzó a verla desplazarse por el aire crepuscular y abrió los ojos, que se tornaron casi humanos. Intentó esquivarla, pero fue inútil. —Esto no es más que una herida —dije—. Por el momento, es solo eso. Y ni siquiera es mortal. Se retorció en el suelo, sujetándose la herida con las manos. En el Crepúsculo, la sangre adquirió cierta transparencia. Tal vez se tratara de una mera ilusión óptica o una circunstancia que solo valía para este mago en particular. —¡Responde a mi pregunta! Agite el brazo y prendí fuego al musgo azulado. Ya estaba bien de contemplaciones. Ahora íbamos a avanzar a través del miedo, el dolor y la desesperación. Ya estaba bien de piedad, consideración, cháchara estéril. Había llegado la hora de jugar sucio. La hora de las Tinieblas. —La orden era que comunicara tu paradero y, si se daba la ocasión, te eliminase. —¿Nada de detenerme? Eliminarme, ¿esa era la orden? —Sí. —Se acepta la respuesta. ¿Cuál era el medio indicado para comunicar el hallazgo? —El teléfono. Llamar por teléfono. —¿Dónde lo tienes? —En el bolsillo. —Dámelo. A duras penas consiguió hurgar en el bolsillo y empujar el teléfono hacia mí. La herida no era mortal y su resistencia todavía era alta, pero estaba sufriendo un dolor atroz. Se lo merecía. —¿A qué número tenías que llamar? —pregunté tras recoger el teléfono móvil. —Aprieta el botón de llamada de emergencia. Las primeras cifras indicaban que se trataba de otro móvil. El destinatario de la llamada podía estar en cualquier lugar de la ciudad. —¿Adónde va esta llamada? ¿Al centro operativo? —Eso no

lo... —Calló cuando vio que volvía a apuntarle. —Haz memoria. —Me dijeron que estarían aquí en cinco minutos. ¡Bien! ¡Eso ya era algo! Me volví y observé la aguja de la torre de televisión que brillaba contra el cielo. ¡Claro que podía ser allí! ¡Ya lo creía! El mago se movió. Nadie hubiera podido afirmar que, al darle la espalda, yo lo había provocado, pero sentí un alivio enorme cuando vi que sacaba un amuleto del bolsillo. Era una pieza tosca, minúscula, seguramente comprada a precio de ganga y que no se había ocupado de preparar. Se puso rígido, consciente de mi ventaja. —¡Vamos! —lo animé—. ¡Atrévete! No se movió. Sabía que si intentaba atacarme le metería el cargador entero entre las costillas. Y ese sería su fin. Pero seguramente le habían enseñado cómo comportarse en situaciones de combate con los Luminosos. Y sabía que no me resultaría fácil matar a un Otro desarmado y herido. —¡Defiéndete! —le grité—. ¡Lucha! ¡Venga, hijo de puta! ¡Compórtate con la misma fiereza con que has destrozado a tantas personas sin importarte si estaban indefensas! ¡Arriba! ¡Vamos! El mago se pasó la lengua por los labios. Una lengua alargada y levemente bífida. Imaginé el aspecto que tendría cuando se internara para siempre en el Crepúsculo y sentí asco. —Me rindo ante ti, agente de la Guardia Nocturna. Exijo condescendencia y ser conducido ante el tribunal. —Sé perfectamente que en cuanto me aleje de aquí sabrás encontrar la manera de comunicarte con los tuyos —dije—. O extraerás fuerza de la gente para reanimarte y llegar hasta un teléfono. ¿No es cierto? Los dos sabemos que lo es. Esbozó una sonrisa e insistió: —Agente de la Guardia Nocturna: exijo

condescendencia y ser conducido ante el tribunal. Moví la pistola en la mano mientras miraba aquel rostro burlón. Esa era la naturaleza de los Tenebrosos: siempre dispuestos a exigir y jamás a entregar. —Si supieras lo que me ha costado siempre comprender la doble moral de la Guardia Nocturna —dije—. Lo difícil y lo repugnante que me resulta pensar en ella. Supongo que con el tiempo uno llega a acostumbrarse, pero tiempo, precisamente, es algo que jamás me ha sobrado. Inventarse justificaciones. No poder defender a todo el mundo. Saber que hay un departamento especial, cuyos funcionarios firman a diario licencias que sirven para entregar humanos a las huestes de las Tinieblas. Es muy jodido, ¿sabes? La sonrisa se le borró del rostro. Solo atinó a repetir, como si de un conjuro se tratara: —Agente de la Guardia Nocturna: exijo condescendencia y ser conducido ante el tribunal. —En este momento, no soy un agente de la Guardia Nocturna. La pistola se sacudió y el martillo golpeó los casquillos que la recámara fue escupiendo uno a uno. Las balas surcaron el aire como un fiero enjambre de avispas. Solo gritó una vez, antes de que dos proyectiles le hicieran pedazos el cráneo. Cuando se vació el cargador, volví a llenarlo despacio, con frialdad. El cuerpo destrozado y desfigurado del joven quedó tendido a mis pies. A medida que salía del Crepúsculo, el monstruoso maquillaje de las Tinieblas se borraba de su rostro, y palpando lentamente el aire conseguí asir la imponderable capa que contenía un calco de su imagen. Al amanecer del día siguiente darían con su cadáver. El cuerpo sin vida de aquel joven querido por todos, entrañable, dulce, al que alguien había

infligido una muerte atroz. ¿Cuánto Mal había hecho matándolo? ¿Cuántas lágrimas se iban a derramar, cuánta rabia a acumular, cuánto odio? ¿Que secuencia de acontecimientos habría desatado? Sin embargo, también debía preguntarme qué porción del Mal acababa de desterrar de la faz de la tierra. ¿Cuántas personas conseguirían vivir más y mejor? ¿Cuántas lágrimas había ahorrado, cuánta rabia contenido, cuánto odio abortado? Tal vez acababa de atravesar la línea que jamás se debe traspasar, o, quizá, había entrevisto la barrera que estaba llamado a superar. Guardé la pistola en la sobaquera y salí del Crepúsculo. La aguja de la torre Ostankino iluminaba el ciclo con un vivo fulgor. —Ahora vamos a aparcar las reglas —me dije—. Vamos a olvidarnos por completo de ellas. Conseguí un coche de inmediato, sin necesidad de provocar un ataque de altruismo en el conductor. ¿Sería que el nuevo rostro que llevaba, el del Mago de las Tinieblas que acababa de matar, predisponía en mi favor? —Rápido, a la torre de televisión —pedí al conductor al subirme a su destartalado automóvil—. ¡A ver si llegamos antes del cierre! —¿Qué? ¿Vas en busca de un poco de diversión? —dijo con una sonrisa afable el conductor, un tipo enjuto, con gafas, parecido a Shurik, el personaje de dibujos animados, aunque con unos años más. —A divertirme, sí—respondí—. ¡No te imaginas lo que me voy a divertir esta noche! 5

Aún no habían cerrado el acceso a la torre de televisión. Compre el billete para subir al mirador, abone el suplemento especial que permitía acceder al restaurante y atravesé el césped que rodeaba la mole. Los últimos cincuenta metros del sendero discurrían bajo una endeble marquesina. ¿Cuál sería su función? ¿Acaso solían desprenderse trozos de hormigón de la arcaica estructura de la torre? El sendero conducía a una pequeña garita donde se identificaba a los visitantes. Mostré el pasaporte y pasé por debajo del arco detector de metales, que, por cierto, estaba estropeado. Ahí terminaban las formalidades. Esas eran todas las medidas de seguridad con que contaba aquel emplazamiento estratégico. Mientras entraba en la torre, no pude evitar que me asaltaran las dudas. Por una parte, la idea de ir a ese lugar era, como mínimo, rara. Por otra, no conseguía percibir en torno a mí una concentración de Tenebrosos importante. Y si de verdad estaban ahí, lo disimulaban muy bien, lo que significaba que tendría que vérmelas con magos de tercera y hasta de segunda categoría. Enfrentarme a ellos sería, sencillamente, un suicidio. Se trataba del centro operativo de la Guardia Diurna establecido para coordinar la cacería de un hombre: yo. Claro que era ahí adonde el inexperto mago tenía que notificar su hallazgo en cuanto este se produjera. Otra cosa muy distinta era que yo entrase por mi propio pie, que cayera en medio de un operativo y me viese rodeado por al menos una docena de Tenebrosos y, tal vez, otros tantos agentes encargados de la seguridad del recinto. Meter la cabeza en las fauces

del León no iba a ser un acto heroico ni mucho menos. Sería una estupidez, sobre todo si aún me quedaba alguna posibilidad de salir con vida de todo aquello. Y yo ansiaba creer que sí, que era posible salvarme. Mirada desde abajo, junto a los pétalos de hormigón que la sostenían, la torre impresionaba mucho más que vista desde lejos. La gran mayoría de los moscovitas seguro que jamás ha subido al mirador y se limita a considerar que la torre es una marca insustituible del panorama de la ciudad, un objeto a medias simbólico, a medias útil, pero en ningún caso un emplazamiento destinado al ocio. El aire soplaba con fuerza en la base de la torre, como si atravesara el tubo aerodinámico de alguna construcción compleja, y producía un rumor sordo, apenas audible: la voz de la torre. Me quedé allí un instante, mirando hacia arriba, hacia las rejas, los parapetos y las volutas de hormigón, absorto ante la grácil y flexible estructura de la torre, hecha de anillos sujetos por cuerdas de acero. Solo en la flexibilidad reside la fuerza. Solo en ella. Bajé la vista y abrí las puertas de vidrio. Lo primero que advertí fue que me había equivocado al pensar que habría mucha gente deseosa de echar un vistazo a la ciudad de Moscú desde una altura de trescientos treinta y siete metros. Craso error. De hecho, al llegar el ascensor solo subimos una empleada y yo. —Pensé que habría mucha gente —dije, acompañando el comentario con una sonrisa amistosa—. ¿Siempre es así por las noches? —Qué va. Normalmente, a estas horas la torre está a rebosar —respondió. No aprecié que la sorprendiera demasiado el vacío anormal, aunque sí percibí en su voz una leve nota de

incomprensión. Apenas rozó uno de los botones, las puertas del ascensor se cerraron y este se lanzó hacia arriba veloz, aunque con una suavidad increíble. Sentí que se me taponaban los oídos, mientras los pies se me clavaban en el suelo—. Hará unas dos horas que las visitas disminuyeron de pronto. Dos horas. Eso significaba inmediatamente después de que yo huyera del restaurante. No debía sorprenderme de que, cuando en ese momento se instaló un centro operativo en la torre, los cientos de personas que se disponían a pasar esa cálida noche de primavera en el mirador, cambiaran bruscamente de planes. Los humanos son incapaces de ver la trama crepuscular, pero la presienten con extraordinaria claridad. Y por mucho que ignorasen cuanto ocurría, tenían el suficiente sentido común para mantenerse bien alejados de los Tenebrosos. En cuanto a mí, me preguntaba si el rostro del Mago de las Tinieblas con que ocultaba el mío sería un disfraz fiable. El guardia de seguridad encargado de permitir el acceso se limitaría a compararlo con los rostros que le habían grabado en la memoria, advertiría la coincidencia y presentiría la fuerza. El problema podía surgir si decidía analizarme con mayor detalle, verificar el perfil de mi fuerza, establecer si pertenecía a los Tenebrosos o a los Luminosos, determinar mi categoría... Mis probabilidades de éxito, por lo tanto, eran del cincuenta por ciento, y se repartían, a partes iguales, entre la obligatoriedad de hacer todas esas verificaciones y la desidiosa práctica de la mayoría de los guardias de seguridad, que solían saltarse el protocolo, a menos que se aburrieran soberanamente o que

acabaran de entrar en el servicio y todavía estuvieran imbuidos del celo de los primerizos. En cualquier caso, un cincuenta por ciento de probabilidades era mucho más que las que tendría huyendo por las calles de Moscú con toda la legión de las Tinieblas pisándome los talones. El ascensor se detuvo. No había tardado ni veinte segundos en llegar y me encontré con que aún no había preparado un plan. Ojalá los instalaran así de veloces en los edificios de viviendas. —Hemos llegado —dijo la empleada. En su voz percibí una nota de alivio; tal vez pensara que yo sería el último visitante de la torre Ostankino aquella noche y que su jornada tocaba a su fin. Salí al mirador. Normalmente estaba atestado de visitantes y no resultaba nada difícil distinguir a los que acababan de subir de los que ya llevaban un rato paseándose. Los movimientos inseguros de los primeros, el cómico cuidado que ponían al acercarse a los ventanales panorámicos, la torpe manera con que tanteaban con la punta del pie los paneles de vidrio irrompible que sirven de suelo, como si con esos gestos quisieran asegurarse de su resistencia, los delataban. Calculé que el número de visitantes no pasaba de la veintena. No había ni un solo niño y por un instante imaginé sus gritos histéricos en cuanto comenzara la ascensión a la torre y a sus padres temerosos e incapaces de contenerlos. Los niños son mucho más sensibles a la presencia de los Tenebrosos. Todos parecían alicaídos pero, a la vez, tensos, incapaces de disfrutar de la ciudad que se extendía a sus pies, plena de luces, brillante y con ese aire festivo que jamás la abandona, por mucho que se trate de un banquete (un banquete fabuloso, digan

lo que digan) en medio de una epidemia de peste. Ni a uno solo de ellos le alegraba la visión de aquel espectáculo. El aliento de las Tinieblas, invisible incluso para mí, lo ocupaba todo, y se podía sentir el ahogo que producía, como si se tratara de un gas inodoro, insípido, inapreciable. Bajé la vista buscando mi sombra y me adentré en ella. El guardián estaba a solo dos pasos, junto a una trampilla de vidrio abierta en el suelo. Sorprendido ante mi aparición, se mostró amistoso. Sus maneras, en el Crepúsculo, no parecían demasiado seguras, de lo que deduje que no habían convocado precisamente a los mejores para custodiar la entrada del centro operativo. Joven y corpulento, el mago vestía traje gris, camisa blanca y una corbata estampada de tonos opacos. Más que un servidor de las Tinieblas, parecía un empleado de banca. —Hola, Antón —me saludó. El estupor me cortó la respiración. ¿Cómo había sido tan estúpido, tan endemoniadamente ingenuo? Estaban esperándome. Me habían arrojado una carnaza, sacrificando a otro de sus peones, y en la operación hasta habían incluido a un difunto que llevaba años vagando por el Crepúsculo. —¿Que has venido a hacer aquí? Ante esa pregunta, mi corazón recuperó su ritmo normal. Resultaba que todo era mucho más sencillo de lo que parecía. El mago al que acababa de matar también se llamaba Antón. —He visto algo. Y necesito instrucciones. El guardián pareció contrariado. Tal vez mi tono no había sido el correcto. Estaba confuso. —Aclárate, Antón. Si no, ya sabes que no te dejaré pasar. —No puedes impedírmelo —probé a retarlo. En nuestra Guardia al menos, cualquiera que tuviese

conocimiento del emplazamiento de un centro operativo tenía derecho a acceder a él. —¡Con que me sales con esas! —replicó sonriente. Pero ya bajaba el brazo, buscando el arma. Llevaba un amuleto en el cinto cargado de energía a rebosar. Era un amuleto de hueso —una tibia primorosamente tallada— con un pequeño rubí engastado en la punta. Por mucho que intentara esconderme o huir, un golpe de energía de ese calibre pondría a todos los Tenebrosos sobre aviso. Levanté mi sombra del suelo y me adentré en la segunda capa del Crepúsculo. Hacía frío. Una espesa niebla, o, más bien, una nube, lo cubría todo. Poco a poco, del suelo emergieron otras, húmedas y pesadas, que flotaban plácidamente. La torre de Ostankino desapareció y el mundo perdió todo atisbo de realidad. Eché a andar por aquella madeja algodonosa, buscando un camino invisible entre el rocío. El tiempo pareció detenerse. En realidad, más que andar lo que hacía era caer, pero el descenso era tan prodigiosamente lento que no lo parecía. En lo alto, contra el fondo del cielo, tres manchas difusas lanzaban una luz que intentaba abrirse paso entre las cortinas de niebla. Eran tres lunas, una blanca, otra amarilla y la tercera rojo sangre. Ante mí, entre las nubes, percibí que crecía y se erizaba, fulgurante, un rayo que amenazaba con convertir en cenizas el suelo que pisaba. Me acerqué a la difusa sombra, y también, lenta y dolorosamente, al cinturón y al amuleto. Sujeté el brazo. Era rígido, irreductible, frío como el hielo. No podría doblegarlo. Tendría que regresar a la primera capa del Crepúsculo y presentar batalla, por muy escasas que fueran mis posibilidades de vencer. Pero ¿cómo

conseguirlo si, en realidad, no soy un agente operativo? ¡Decídmelo, Luz y Tinieblas! ¡Jamás he pretendido estar en primera línea! ¿Por qué diablos no dejaban que me ocupase tranquilamente de mi trabajo? ¡Que me ocupase de lo que sé hacer, de lo que me gusta! La Luz y las Tinieblas callaban. Siempre lo hacen cuando las invocas. Solo me llegó la voz burlona que todos llevamos dentro, para recordarme lo que ya sabía: «Nadie te prometió un trabajo tranquilo». Bajé la vista al suelo. Mis pies ya se encontraban unos diez centímetros por debajo de los del mago. Estaba cayendo. En aquella realidad desprovista de torres de televisión o cualquier artefacto análogo, carecía por completo de apoyo: ni escaleras estrechas, ni árboles que se elevaran en busca del cielo. Necesitaba tener las manos limpias, un corazón ardiente y la cabeza fría. Pero resulta que esos tres factores no suelen coincidir. ¿Qué barquero está lo bastante loco para juntar en su barca a un lobo, una cabra y una col? ¿Acaso hay lobos tan cuerdos como para no querer probar la carne del barquero después de catar la sangre de la cabra? —Que sea lo que Dios quiera —dije, y mi voz quedó flotando entre las nubes. Estiré el brazo y cogí la sombra del Mago de las Tinieblas, un trapo viscoso diluido en el espacio. Tiré de ella, la cargué sobre mis hombros y atraje al mago hacia la segunda capa del Crepúsculo. Cuando el mundo perdió en torno a él toda apariencia de estabilidad, soltó un grito. Probablemente fuese la primera vez que se internaba más allá de la primera capa. Era yo quien me ocupaba del derroche de energía necesario para la inmersión, pero las sensaciones que estaba experimentando el mago bastaban para acobardarlo.

Grité y conseguí ponerme detrás de él, sujetarlo por los hombros y empujarlo hacia abajo con todas mis fuerzas. Acto seguido, me subí sobre su espalda y le fui propinando patadas para impulsarlo todavía más. Recordé una frase oída mucho antes: «Los Grandes Magos siempre ascienden pisando sobre los hombros de los demás».
—¡Cabrón! ¡Eres un cabrón, Antón! Aún no sabía quién era yo. Y no lo supo hasta que se volvió y, con la espalda contra el suelo y mis pies sobre su pecho, vio mi rostro. Por supuesto, la máscara que me había colocado torpemente no servía de nada en la segunda capa del Crepúsculo. Abrió los ojos como platos e intentó zafarse soltando soplidos broncos y agarrándose con fuerza a mis tobillos. No obstante, aún no lo sabía todo. Desconocía lo que me había propuesto hacer allí, la razón de mi presencia. Le pateé sin piedad los dedos y la cara. Son golpes relativamente inocuos para un Otro, pero mi propósito no era lesionarlo, sino hundirlo cada vez más en las capas profundas de la realidad, empujarlo a través del mundo ordinario y el crepuscular, del viscoso tejido de los espacios superpuestos, hasta que se fundiera con ellos. No tenía tiempo ni fuerzas para librar un duelo de igual a igual con él, según las reglas que rigen los enfrentamientos entre las Guardias, ideadas para los jóvenes Luminosos, imbuidos de su fe en la distinción entre el Bien y el Mal, en la solidez de los dogmas y en la inevitable expiación de las culpas. Cuando me convencí de que lo había sepultado en un estrato bien profundo, me aparté de él, di un salto a través de la húmeda niebla y salí del Crepúsculo. Aparecí de pronto en el mundo corriente, en medio de la explanada del mirador de la torre

Ostankino. Estaba acuclillado sobre uno de los paneles de vidrio del suelo, ahogándome, conteniendo a duras penas un violento acceso de tos y mojado de la cabeza a los pies. La lluvia del otro mundo olía a amoníaco y chamusquina. Mi aparición provocó un revuelo en el mirador. Los visitantes se apartaron de mí aterrados. —¡No pasa nada! —dije con voz ronca—. ¿Me oís? Todo está bien. Sin embargo, lo que veían contradecía mi aseveración. Uno de los guardias de seguridad me miró atónito, pero aun así llevó la mano a la pistola. —Lo que hago es por vuestro bien —insistí tras otro ataque de tos—. ¿Me entendéis? Permití que la fuerza se manifestara y así acceder a sus mentes. Sus rostros se relajaron rápidamente. La tensión los abandonó. Más serenos, se fueron volviendo hacia los ventanales del mirador y continuaron admirando la ciudad iluminada. El guardia de seguridad quedó inmóvil, con la mano todavía pegada a la funda abierta. Solo cuando hube controlado la situación, tuve tiempo de mirar hacia abajo. No pude creer lo que vi. El Tenebroso seguía allí y gritaba desaforadamente. El dolor y el terror habían convertido sus ojos en dos grandes círculos oscuros. Colgaba del vidrio, sujeto únicamente por las yemas de los dedos, que se habían adherido a aquel igual que ventosas. Oscilaba como un péndulo a merced de las ráfagas de viento y una de las blancas mangas de su camisa estaba manchada de sangre. El amuleto continuaba firmemente sujeto por el cinturón. Pero se había olvidado de él. Ahora, solo yo ocupaba sus pensamientos: le atormentaba saber que me encontraba al otro lado del triple cristal blindado, bien protegido dentro de la cáscara seca,

cálida y luminosa del mirador, situado más allá del Bien y del Mal. Que un Mago de la Luz, acuclillado sobre él, observara tranquilamente la expresión de miedo y dolor de sus ojos. —¿Qué, creíste que siempre peleamos limpio? —pregunté. No sabría decir por qué, pero en aquel momento pensaba que él podía escucharme, pese al grueso cristal que nos separaba y al endemoniado ulular del viento. Me incorporé y di un taconazo contra el cristal. Y otro. Y otro más. No me importaba que el cristal me impidiera golpearlo. El mago se agitó y despegó una mano para eludir el tacón. Fue un gesto inconsciente, que se debió más a los instintos que a la razón. No logró soportar el peso de su cuerpo. Una mancha de sangre coloreó el cristal por un instante, antes de que el viento la borrara, y la silueta del Mago de las Tinieblas se alejó, empequeñecida y espasmódica, perdiéndose en el aire. La caída lo llevaba irremisiblemente hacia Los Tres Cerditos, un local de moda instalado a los pies de la torre. Un reloj invisible, cuyo tictac sonaba en mi mente, me indicó que mi tiempo se había reducido a la mitad. Me aparté del cristal y caminé en círculo por el mirador. No miraba a la gente. Me había asomado al Crepúsculo. No había más guardianes. Por lo tanto, era el momento de averiguar dónde tenían instalado el cuartel general. ¿Tal vez arriba, en las oficinas técnicas de la torre? Seguramente no; habrían buscado algo más cómodo. Había otro guardia de seguridad junto a la escalera que bajaba hacia el restaurante de la torre. Me bastó echar un vistazo para darme cuenta de que ya habían intervenido en su mente. Y, además, que acababan de hacerlo. Era una suerte que se hubieran limitado a una

intervención muy superficial, como lo era también que lo hubieran hecho, ahorrándome el trabajo. Ya se sabe que toda intervención en un humano lo convierte en un arma de doble filo. En cuanto me vio, el guardia de seguridad abrió la boca para gritar. —¡Calladito! —le advertí—. ¡Sígueme! Obedeció sin pronunciar palabra. Entramos en los lavabos, una minúscula atracción gratuita que ofrece la torre: el urinario y los dos inodoros más elevados de todo Moscú, por si a algún visitante le apetecía, de pronto, dejar su huella a la altura de las nubes. Extendí la palma de la mano y escruté con ella el espacio: un adolescente con el rostro marcado por el acné salió a trompicones de una de las cabinas, abrochándose los pantalones. Un hombre que se aliviaba ante el urinario dio un grito y se marchó a toda prisa.

—Quítate la ropa —le ordené al guardia mientras me sacaba el jersey mojado. La funda para la pistola no me cerraba bien, porque el Desert Eagle era una antigualla hasta comparado con una Makarov. No obstante, no me preocupé por ese detalle, porque el uniforme me quedaba que ni pintado. —Si oyes disparos —le dije al guardia de seguridad—, bajas de inmediato y cumples con tu deber. ¿Me has comprendido? Asintió. —Ve hacia la Luz —dije, pronunciando la fórmula de reclutamiento—. Rechaza las Tinieblas y entrégate a la defensa de la Luz. Te otorgo la facultad de distinguir entre el Bien y el Mal. Te otorgo la fe en la Luz. Te otorgo la valentía necesaria para luchar contra las Tinieblas. Antes creía que jamás podría ejercer el derecho a reclutar voluntarios. En definitiva, ¿qué libertad de elección hay cuando se trata de las Tinieblas? Además, ¿qué derecho tenemos a

implicar a los humanos en nuestros asuntos, si la razón misma de la creación de las Guardias radica en oponerse a esa posibilidad? Sin embargo, en ese momento me comportaba con total aplomo. Al haberle encargado al guardia de seguridad que custodiara el acceso al centro operativo, los Tenebrosos habían dejado abierta una puerta que pude utilizar a mi antojo. No se habían aplicado demasiado, pensando, con razón, que no hacían nada diferente de quien se compra un perrito para que cuide un apartamento. Un animal incapaz de morder, pero dispuesto a soltar un par de estentóreos ladridos. No obstante, con el mero hecho de haber intervenido en su conciencia me daban la posibilidad de hacerlo a mi vez, poniéndolo de nuestro lado. Tarca nada difícil, porque aquel guardia no era ni bueno ni malo, sino un hombre de lo más común, con una esposa a la que amaba con moderación, unos padres ancianos a los que ayudaba con celo, una hija pequeña y un hijo ya casi adulto —habido en su primer matrimonio—, una endeble fe en Dios, confusos principios morales y algunos sueños de lo más corrientes. En suma, un buen tipo. Un trocito de carne de cañón para ser devorada en medio del enfrentamiento entre los ejércitos de la Luz y las Tinieblas. —Que la Luz sea contigo —dije, y el hombrecito asintió feliz, mientras se le iluminaba el rostro. Me miró con expresión de arrobo. La misma con que había mirado, unas horas antes, al Mago de las Tinieblas que le mostró mi fotografía y le impartió unas pocas órdenes. Apenas un instante después, el guardia, vestido con mi húmeda y hedionda ropa, ocupaba su puesto junto a la escalera. Mientras, yo bajaba los escalones preguntándome

qué haría si me encontraba con Zavulón u otro mago de su mismo nivel. Si se daba el caso, no tendría fuerzas para procurarme otro disfraz. Entré en la Sala de Bronce, una suerte de disparatado vagón restaurante circular. Las mesas, dispuestas en círculo, giraban muy lentamente. Supuse que los Tenebrosos habrían preferido instalar su centro operativo en la Sala de Oro, o al menos en la de Plata, de manera que mi sorpresa fue mayúscula ante el panorama que se abrió ante mí. Los camareros parecían nadar, como peces drogados, repartiendo copas por las mesas, pese a que las bebidas alcohólicas estaban prohibidas allí. Frente a mí, había dos mesas sobre las que habían instalado sendos monitores conectados a teléfonos móviles. No se habían tomado el trabajo de tirar cables para conectarse a las innumerables antenas de que estaba provista la torre, lo que significaba que no tenían previsto quedarse allí mucho tiempo. Había tres jóvenes melenudos aporreando los teclados. Las líneas de texto se sucedían en las pantallas de los monitores y los cigarrillos despedían nubes de humo desde los ceniceros. Era la primera vez que veía trabajar a Tenebrosos programadores, pero enseguida me percaté de que no eran administradores de sistemas sino simples operadores. Por cierto, no se diferenciaban en absoluto de cualquiera de los nuestros encerrado en un despacho delante de su ordenador portátil. Aunque tal vez, a simple vista, parecieran más habilidosos. —El barrio de Sokolniki está completamente despejado —dijo uno de los jóvenes en voz baja, aunque sus palabras se expandieron por todo el anillo del restaurante, estremeciendo y haciendo tropezar a los camareros. —La

línea Tagansko-Krasnoprésnenskaia está bajo control —dijo otro. Intercambiaron una mirada de complicidad y sonrieron. Seguramente competían a ver cuál lo hacía mejor con el sector que le habían encomendado. ¡Muy bien, chicos, seguid buscando! Crucé el restaurante en dirección al bar. «No reparéis en mi presencia», quería decirles con mi andar y mi actitud. Que pensaran que no era más que un desvalido guardia de seguridad convertido, sin ningún esfuerzo, en perro guardián. Y que ahora, de pronto, al custodio le apetecía tomarse una cerveza, bien por una súbita pérdida de su sentido de la responsabilidad, bien porque quería asegurarse de que sus nuevos amos estaban pasando una velada agradable y segura mientras enviaban sus pelotones a combatir contra la Guardia enemiga, al son de los tambores de guerra. Detrás de la barra, una mujer entrada en años lavaba las copas con gesto mecánico. Llegué ante ella y, sin mediar palabra, comenzó a llenarme una copa de cerveza. Tenía unos ojos oscuros, de mirada vacua. La habían convertido en una marioneta, apagando la chispa de ira propia de las empleadas de su clase. En su función actual, no había lugar para las emociones. Como yo, también ella era un autómata sin sentimientos. Al volverme hacia el salón, el corazón me dio un vuelco ante la visión de una joven sentada en un taburete alto. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Cada vez que se establece un centro operativo, hay que ponerlo en conocimiento del enemigo e invitar a un observador. Está estipulado en el pacto, es una de las reglas del juego, y aparentemente beneficiosa para ambas partes. También en los cuarteles generales de

la Guardia Nocturna suele haber un observador de la Guardia enemiga. Y a este habían invitado a Tigrecito, que de inmediato reparó en la presencia del guardia de seguridad. Su mirada resbaló sobre mí sin asomo de curiosidad, pero cuando yo ya me estaba felicitando de la eficacia de mi disfraz, volvió a observarme. Veía, en primer lugar, al guardia de seguridad que yo encarnaba. Pero algo llamaba su atención, acaso porque mi rostro no coincidía con los rastros del guardia que guardaba en la memoria y eso le producía cierta alarma. Apenas un instante después, se asomó al Crepúsculo y me miró desde allí. No me moví del sitio donde estaba ni intenté ocultarme. Tigrecito apartó la mirada de mí y la fijó de nuevo en el interlocutor sentado frente a ella, un mago que debía de rondar los cien años y dotado de un nivel de fuerza de tercera categoría como mínimo. No era un mago nada débil, pero parecía demasiado satisfecho de sí mismo. —Digas lo que digas, vuestras acciones constituyen una provocación —le dijo Tigrecito con voz firme—. La Guardia Nocturna está convencida de que el Bárbaro y Antón no son el mismo Otro. —¿Quién es el Bárbaro entonces? —Un Mago de la Luz no iniciado cuya identidad desconocemos. Un Luminoso controlado por los Tenebrosos. —¿Por qué haríamos nosotros algo así? —le preguntó el mago sinceramente sorprendido—. Te ruego que me expliques por qué habríamos de estar detrás de las muertes de Tenebrosos, aunque no sean de los más valiosos. —He ahí la clave: los que mueren no son «de los más valiosos». —Lo que defiendes tendría algún sentido si se tratara de eliminar al jefe de los Luminosos de Moscú, por ejemplo.

Pero no es el caso, porque él, como es habitual, está fuera de toda sospecha. Además, ¿por qué íbamos a sacrificar a dos docenas de los nuestros solo para capturar a un mago de segunda? No tiene lógica, a menos que nos tomes por tontos. —Os tomo, más bien, por muy listos. Al menos, más listos que yo —dijo Tigrecito dedicándole una torva sonrisa—. Pero yo no soy más que un agente operativo. Les corresponde a otros sacar las conclusiones. Y no tengáis la menor duda de que sabrán hacerlo. —¡Pero si no estamos exigiendo una ejecución inmediata! —afirmó el Tenebroso, devolviéndole la sonrisa—. Como tampoco descartamos la posibilidad de un error. Todo lo que queremos es una investigación cualificada y neutral. ¡Justicia es lo que pedimos! ¡Y llevarlo ante el tribunal! —Lo que es un poco raro es que Zavulón no haya conseguido dar alcance a Antón con el Látigo de Shaab. —Tigrecito deslizó el dedo por el borde de la jarra de cerveza—. Es sorprendente. Su arma predilecta, que domina a la perfección desde hace siglos. Como si a la Guardia Diurna no le interesara capturar a Antón... El mago se inclinó hacia ella por encima de la mesilla y dijo: —Querida mía, usted está siendo inconsecuente. ¿Cómo nos puede acusar a la vez de perseguir a un Luminoso inocente y obediente del pacto y de que no queremos capturarlo? —Y ¿por qué no? —Qué placer hablar con usted. —El mago rió—. ¿Acaso nos considera una pandilla de sanguinarios y descerebrados psicópatas? —No. Os consideramos una pandilla de rufianes muy habilidosos. —Qué tal si comparamos nuestros métodos. —Daba la impresión de que era un tema que apasionaba al mago—. Comparemos el daño que

producen las acciones de las Guardias en los humanos, que son, en definitiva, quienes alimentan nuestras filas. —Sois vosotros quienes consideráis que los humanos no son más que un alimento. —¿Acaso vosotros no? ¿O es que ahora los Luminosos proceden únicamente de otros Luminosos y no de la abigarrada muchedumbre de humanos? —Para nosotros los humanos constituyen nuestras raíces. De ellas crecemos. —Pues llamémosles raíces. No vamos a ponernos a discutir por una palabra. Pero tenga en cuenta que entonces son también nuestras raíces, y no es ningún secreto que no dejan de alimentarnos con cantidades cada vez más abundantes de savia. —Tampoco nosotros decrecemos en número. Eso tampoco es ningún secreto. —Ya lo sé. Corren tiempos difíciles, hay mucho estrés, muchas tensiones, la gente vive al límite y eso la hace vulnerable. ¡Al menos en este punto estamos de acuerdo! —exclamó el mago, y se echó a reír. —Es cierto —admitió Tigrecito. No había vuelto a mirarme y la conversación entraba en el eterno e insoluble tema sobre el que los filósofos de ambos bandos, y todos los Otros que se aburrían como ellos en ese momento, llevaban siglos devanándose los sesos. Imaginé que Tigrecito ya había dicho todo aquello de lo que quería tenerme informado o, al menos, todo lo que consideraba que podía decirme. Me bebí a sorbos la cerveza que me había servido la camarera. Tenía muchas ganas de beber y fui paladeando cada trago sin prisa pero sin pausa. ¿Que la cacería no era más que una simulación? Cierto. Y hacía mucho que me había dado cuenta de ello. Tigrecito había querido que supiese que los nuestros compartían mi opinión. Y esa era una

información muy valiosa. ¿Que todavía no habían capturado al Bárbaro? Pues claro que no. Si lo hubieran hecho ya me habrían localizado. Me habrían llamado por teléfono o el jefe se habría comunicado conmigo mentalmente, un ejercicio que no le costaba nada. Si el Bárbaro ya estuviera en nuestras manos, lo habrían entregado al tribunal, Svetlana habría dejado de debatirse entre su deseo de ayudarme y la orden de no implicarse en el combate, y yo estaría riéndome en la cara de Zavulón. Pero ¿cómo diablos íbamos a encontrar en aquella ciudad inmensa a un hombre cuyas aptitudes para la magia solo se manifestaban episódicamente? Estallaban de pronto, y, con la misma rapidez, se apagaban. De un asesinato a otro, de una inútil victoria sobre el Mal a la siguiente. ¿Conocían su identidad los Tenebrosos? Ese era un secreto solo asequible a los más altos estratos de la jefatura, del que nada sabrían esos pobres diablos que se entretenían jugando a los soldaditos. Miré alrededor sin poder disimular el asco que me producían. ¡Aquello era un circo! El guardián al que había dado muerte con tanta facilidad. El mago de tercera categoría arrastrado a una discusión cualquiera con la observadora de la Guardia Nocturna e incapaz de detectar mi presencia allí. Los ganapanes frente a los monitores gritando a pleno pulmón: —¡El Bulevar Tsvetnoi está limpio! —¡Controlada la calle Polezháevskaia! Menudo centro operativo, tan absurdo y falto de talento como los Tenebrosos que me buscaban por toda la ciudad. Habían lanzado la red, pero a nadie parecía preocuparle que estuviera rota. Cuantas más veces yo burlara el cerco, cuanto mayor éxito tuviera

escurriéndome entre las manos de mis perseguidores, mejor para las Tinieblas, porque aumentaban las posibilidades de que Svetlana no aguantase y su resistencia acabara por quebrarse. En ese instante, sentiría nacer en su interior la verdadera fuerza y vendría en mi ayuda con tal ímpetu que ninguno de los nuestros conseguiría contenerla. Ese era el momento que los Tenebrosos aprovecharían para acabar con ella. —Avenida de Volgogrado. ¡Podía acabar con ellos en ese mismo instante! Cortarles el cuello, cocerlos a balazos. No eran más que despojos de las Tinieblas, una caterva de perdedores que carecían de perspectivas o tenían demasiados defectos. Los Tenebrosos no moverían un dedo por salvarlos. De hecho, su sola existencia los incomodaba, porque eran de los que entorpecen el trabajo principal. La Guardia Diurna dista de ser la casa de beneficencia que la Nocturna parece en ocasiones. La Guardia Diurna se deshace de los Otros que le sobran y, generalmente, recurre a nosotros para ello, con lo que, por añadidura, consigue ganar nuevas cartas para su juego en forma de licencias con las que responder a nuestras acciones, en aras del mantenimiento del equilibrio. El fantasma crepuscular que me había señalado la torre Ostankino era una creación de las Tinieblas. Lo habían enviado para asegurarse de que yo siguiera la ruta que habían previsto para mí. El juego estaba en manos de un solo Otro: Zavulón. Por supuesto, no me guardaba ningún rencor. ¿Qué sentido tenía implicar emociones tan complejas y estériles en una partida tan importante? Sobre todo cuando él se desayunaba cada mañana con unos cuantos como yo. Le bastaba un

mero gesto de su mano para sacarlos del tablero y sustituirlos con peones de refresco. La gran pregunta era cuándo decidiría Zavulón que la partida estaba ganada. Cuándo comenzaría la jugada final.

—¿Tiene fuego? —pregunté, apartando la jarra de cerveza y cogiendo un paquete de cigarrillos que alguien se había dejado olvidado sobre la barra, tal vez un comensal que había huido a toda prisa ante la aparición de los Tenebrosos, o quizá uno de estos. Un fulgor que no auguraba nada bueno iluminó los ojos de Tigrecito. Comprendí que en un instante comenzaría a transformarse y a disponerse para el combate. Seguramente ya habría calculado las fuerzas del enemigo y decidido que nuestras probabilidades de éxito no eran pocas. Sin embargo, su disposición fue inútil. El Mago de las Tinieblas, un viejo mago de tercera categoría, me acercó un mechero Ronson. Al encenderlo, el mecanismo emitió un agradable clic, que precedió a la aparición de la lengua de fuego. Mientras tanto, el Tenebroso continuó: —Vuestras continuas acusaciones a las Tinieblas de llevar a cabo un malicioso doble juego y orquestar provocaciones tienen un único objetivo: disimular vuestro propio fracaso. Disimular vuestra incapacidad para comprender el mundo y las leyes que lo rigen. ¿Sabes cuál es la clave de todo esto? ¡Que sois incapaces de comprender a los humanos! Eso es lo que os pasa. Porque el día que aceptéis que el análisis de la realidad que hemos hecho desde las Tinieblas es mucho más acertado, en tanto afirma que en la esencia del alma humana está el pasarse a nuestro lado... ese día, ¿qué será de toda vuestra moral y de vuestra filosofía de la vida? ¿Me lo puedes

decir? Encendí el cigarrillo, di las gracias con un gesto y me dirigí hacia la escalera. Tigrecito me siguió con la vista, incapaz de comprender por qué me marchaba. Tienes que comprenderlo por ti misma. Yo ya había averiguado allí todo lo que podía. O, para ser más preciso, casi todo. Al pasar junto a uno de los jóvenes absortos ante la pantalla de sus ordenadores portátiles, le pregunté con aire profesional: —¿Qué barrios hemos dejado para el final? —Los alrededores del Jardín Botánico y la VDNJ —respondió sin apartar la vista de la pantalla por la que se paseaba la saeta del cursor. El joven Tenebroso impartía órdenes y movía unos puntos brillantes de un sitio a otro sobre un plano de Moscú. Habría sido más difícil apartarlo de aquella pantalla que del cuerpo desnudo de su novia. Porque también saben amar los Tenebrosos. —Gracias —dije y apagué el cigarrillo en el cenicero lleno a rebosar—. Te agradezco la gran ayuda que me has prestado. —No es nada —repuso sin dejar de mirar la pantalla. Se mordía la punta de la lengua mientras se esforzaba en recolocar otro punto, que correspondía a alguno de los Tenebrosos que intervenían en la operación. De qué diablos te alegras, idiota. Quienes de verdad orquestan todo esto jamás aparecerán en tu pantalla. Más te vale ponerte a jugar con soldaditos de plomo y dar rienda suelta a tus ínfulas de poder. Descendí por la escalera de caracol. La rabia que sentía cuando había llegado a la torre, las incontenibles ganas de matar y, probablemente, morir, se habían desvanecido. Seguramente me embargaba esa gélida serenidad que a veces se apodera de los combatientes en medio de una batalla. O la

que asalta al cirujano cuando un paciente se le mucre en la mesa de operaciones y a él no le tiemblan las manos. ¿Qué variantes has previsto Zavulón? ¿Acaso suponías que iba a verme encerrado en la red de un cerco que se iría estrechando cada vez más, que mis inútiles quejas convocarían a Luminosos y Tenebrosos y, entre ellos, acudiría Svetlana? Si era eso, erraste. ¿O que me entregaría o me capturarían y que me llevarías ante el tribunal, donde comenzaría un lento y enrevesado proceso que terminaría con una explosión de rabia de Svetlana, incapaz de soportar mi sufrimiento? Erraste también. ¿O que me enfrentaría al atajo de perdedores que componían el centro operativo, acabaría con ellos, pero me vería aislado en la cúspide de aquella torre de más de trescientos metros de altura y Svetlana acudiría a socorrerme? Tercer error. ¿O acaso, ya por último, previste que yo iría al centro operativo y, tras conocer que no había noticias del Bárbaro, intentaría ganar tiempo? Ahí quizá hayas acertado, al menos en parte. Era consciente de que el cerco se estaba cerrando en torno a mí. Primero, habían limpiado la carretera de circunvalación de Moscú. Después, dividieron la ciudad en zonas y pusieron puestos de control en todas las vías de acceso. Aún tenía posibilidades de ocultarme en las inmediaciones de la torre, buscar un escondrijo e intentar pasar inadvertido. En definitiva, seguir el único consejo que me había dado el jefe: ganar tiempo, al menos hasta que la Guardia Nocturna, íntegramente empleada en la misión, localizara al Bárbaro. Sabía que si Zavulón estaba empujándome hacia el mismo barrio en el que había tenido lugar nuestro combate invernal, para acorralarme

allí, era porque sabía que yo no había conseguido olvidarlo y terminaría actuando guiado por su recuerdo. ¿Sería eso? El mirador estaba desierto. Los últimos visitantes habían escapado a toda prisa y los empleados de la torre se habían marchado, con la excepción del guardia de seguridad que yo había reclutado, que continuaba custodiando el acceso a la escalera. En una mano empuñaba la pistola. Sus ojos brillaban con un ardor febril. —Cambiémonos otra vez de ropa —le ordené—. Te doy las gracias en nombre de la Luz. Olvidarás todas las palabras que hemos cruzado esta noche. Ahora, te irás a casa y pensaras que el día de hoy ha sido idéntico al de ayer. Un día como cualquier otro. Sin incidentes. —¡Sin incidentes! —repitió el guardia de seguridad mientras se despojaba de mi ropa. Es muy fácil inclinar a las personas hacia la Luz o las Tinieblas, pero jamás son tan felices como cuando les permitimos ser ellas mismas. **6**

Antes de abandonar la torre, permanecí un instante de pie en la garita de acceso, mirando al cielo surcado por las luces de los proyectores. Había dos aspectos que aún no comprendía de aquel juego que se traían entre manos las Guardias o, más exactamente, los jefes de estas. ¿Quién era el difunto que había intentado establecer contacto conmigo desde el Crepúsculo? ¿De qué lado estaba? ¿Había querido avisarme de algo? ¿Asustarme? Y el encuentro con Iegor:

¿había sido fruto del azar? Si no lo era, ¿a qué debía achacarlo? ¿Habría sido el destino quien cruzó nuestros pasos o se trataba, más bien, de otra jugarreta de Zavulón? Yo sabía muy poco de los inquilinos del Crepúsculo, y no creía que Hesser supiera mucho más. En cambio, con Iegor sí que podría analizar el encuentro. En aquel juego, el niño era una carta todavía oculta. Tal vez no fuese más que un seis, pero un seis del palo ganador, y esos también cuentan. Iegor se había internado dos veces en el Crepúsculo. La primera, cuando intentó verme; la segunda, cuando estableció contacto con la vampira. Se trataba, en verdad, de una iniciación nada halagüeña, porque en ambos casos había actuado impulsado por el miedo, así que, digan lo que digan, su destino ya estaba prácticamente escrito. Tal vez permaneciera unos años más en el límite entre los hombres y los Otros, pero su camino conducía irremisiblemente hacia las Tinieblas. Había que aceptar la verdad y mirarla directamente a los ojos. Lo más probable era que Iegor acabase siendo un adepto de las Tinieblas. Por lo tanto, el que en ese momento se pascara con el aspecto de un niño inocente tenía muy poca importancia, porque si yo conseguía sobrevivir, algún día me llegaría el momento de detenerlo y pedirle que me mostrara su documentación, o viceversa. Había muchas probabilidades de que Zavulón ya fuera capaz de controlar sus movimientos y lo hubiera enviado a mi encuentro. Eso me hizo pensar que Zavulón podía establecer mi paradero sin mayor esfuerzo, aunque se trataba de algo con lo que yo ya contaba. La pregunta que continuaba requiriendo una respuesta era si existía algún sentido

oculto tras nuestro encuentro «casual». El melenudo entregado al juego con sus soldaditos me había dicho que todavía faltaba por peinar el barrio de la VDNJ. Al menos, cuando me lo dijo. Tal vez contaran con que me dejase seducir por la delirante idea de utilizar a Iegor, esconderme en su casa o enviarlo en busca de ayuda. Porque bien podía irme a su casa. ¿O no? Pues no. Sería demasiado complicado, una exposición innecesaria. Dar conmigo ya era fácil como para que encima me entregara de esa forma. Sin duda, algo se me escapaba. Quizá lo más importante. Eché a andar, alejándome de la torre, que había alojado aquella suerte de cuartel general de pega, olvidándome incluso del cadáver destrozado del agente de las Tinieblas que habría caído por ahí. ¿Qué querían de mí? ¿Cómo demonios esperaban que me condujera? Esas eran las preguntas que tenía que responder en primer lugar. Que sirviera de cebo. Que cayera mansamente en manos de la Guardia Diurna. Cogerme con las manos en la masa, de manera que no quedara la menor duda sobre mi culpabilidad. Y prácticamente lo habían conseguido. A continuación, confiaban en que Svetlana perdiese los estribos, sabedores de que si bien podemos protegerla tanto a ella como a sus familiares, somos absolutamente incapaces de interferir en sus decisiones. Y si a Svetlana le daba por salvarme, poner patas arriba la Guardia Diurna y enfrentarse al tribunal, acabarían con ella. De un golpe y sin pensárselo dos veces. Todo el juego había sido concebido para provocar esa díscola jugada de Svetlana y urdido mucho tiempo atrás, el día en que Zavulón intuyó la futura aparición de una Gran Maga y el

papel que me tocaría desempeñar en su vida. Las trampas estaban listas desde entonces. La primera falló. La segunda estaba abierta y lista para cerrarse con su dentellada atroz. Tal vez Zavulón tuviese aún una tercera. Lo que no acababa de entender era el papel que desempeñaba Iegor en todo aquello, un niño cuyas aptitudes para la magia permanecían dormidas. De pronto, me detuve. ¿Cómo no había caído antes en la cuenta? ¡Iegor era uno de los Tenebrosos! Y ¿quién se dedicaba a matar a los Tenebrosos débiles, inexpertos y reticentes a desarrollar su potencial? Querían cargarme otro cadáver, pero ¿qué sentido tenía? No encontré la respuesta, pero estaba claro que el encuentro en el metro no había sido casual. No supe si se debía a una súbita iluminación o, sencillamente, a que otra pieza del rompecabezas había encajado en su sitio, pero comprendí, sin lugar a dudas, que Iegor estaba condenado a morir. Recordé el modo en que me miraba desde el andén, sombrío y deseoso de preguntarme algo, pero a la vez de reñirme, de increparme diciéndome la verdad sobre las Guardias. Una verdad que había conocido demasiado pronto. Y cómo después se dio la vuelta y corrió hacia el convoy. «Al menos, vendrán a ayudarles, ¿no?», había preguntado. «Lo intentarán», había respondido Olga. Claro que lo intentarán. Estarán buscando al Bárbaro hasta el final. ¡Ahí estaba la respuesta! Me detuve, me llevé las manos a la cabeza y apreté con fuerza. ¡Por la Luz y las Tinieblas! ¡Qué idiota había sido! ¡Qué incorregiblemente ingenuo! Mientras el Bárbaro continuara con vida, el cepo seguiría abierto. No iba a bastarles con hacerme pasar por un psicópata, un adepto de la Luz

convertido en cazador furtivo, sino que necesitaban eliminar al verdadero Bárbaro. Los Tenebrosos, o al menos Zavulón, conocían su identidad. Más aún: podían manejarlo a su antojo. Así le iban arrojando carnaza de entre los Tenebrosos que no interesaban a la Guardia Diurna. El Bárbaro se hallaba en una situación que era algo más que otro enfrentamiento heroico con las Tinieblas. Tenía que creer que los Tenebrosos salían a su paso de todas partes: primero, la teriántropo a la que había dado muerte, después, el Mago de las Tinieblas que se había encontrado en el restaurante y, por último, el niño. Probablemente creyera que el mundo se había vuelto loco, que nos encontrábamos a las puertas del Apocalipsis, que las fuerzas del Mal estaban a punto de apoderarse del planeta. No había nada que envidiarle, ciertamente. La teriántropo había servido para que presentaran ante nosotros una protesta formal y me señalaran como el objetivo. El mago del restaurante, para hundirme hasta el cuello en el fango y adquirir el derecho a formular una acusación y emitir la orden de arresto. El niño serviría para acabar con el Bárbaro, que ya habría hecho cuanto se esperaba de él. Intervendrían en el último instante, lo cogerían junto al cadáver, lo matarían cuando intentara huir o se resistiera, porque el Bárbaro desconocía que actuamos siguiendo reglas preestablecidas y no se iba a entregar ante la orden de cierta Guardia Diurna de la que no había oído hablar nunca. Muerto el Bárbaro, yo no tendría escapatoria. O aceptaba someterme a la exposición de la memoria o me internaba en el Crepúsculo para siempre. Cualquiera que fuese la decisión que tomara, Svetlana no se

resistiría a intervenir. Me estremecí. Me estaba helando de frío. Había creído que el invierno tocaba a su fin, pero no era así. Hacía frío. Extendí un brazo e hice señas al conductor del primer coche que pasaba. Cuando se detuvo, lo mire fijamente a los ojos y le ordene: —Vamos. La transferencia mental fue tan fuerte, que ni siquiera me preguntó adonde quería que me llevara. Evidentemente, el fin del mundo se aproximaba. Algo se removió, crujió, sacó de su letargo a las viejas sombras, hizo resonar sordas palabras que evocaban idiomas arcaicos. Un temblor sacudió la tierra. Las Tinieblas comenzaron a cubrir el mundo. Acodado en la barandilla del balcón, Maxim fumaba escuchando la música de fondo de las imprecaciones de Elena, que llevaba horas protestando. Había comenzado en el preciso instante en que la muchacha a la que habían salvado bajó del coche junto a la estación de metro. Maxim ya había tenido ocasión de oír todos los improperios imaginables y algunos que jamás pensó podían aplicársele. Que era un idiota y un mujeriego, capaz de meterse en medio de un tiroteo por culpa de una cara bonita y unas piernas largas, no lo afectó demasiado. Que era un sinvergüenza y un canalla, que no se privaba de coquetear con una prostituta ajada y fea en presencia de su mujer, le pareció algo más original. Sobre todo, teniendo en cuenta que apenas había intercambiado un par de frases con la inopinada pasajera. Desde hacía un buen rato, sin embargo, Elena simplemente deliraba. Recordaba los viajes de negocios inesperados, las dos ocasiones en que había llegado a casa borracho. De hecho, muy borracho. Calculaba el número de sus amantes,

denunciaba su estupidez y falta de agallas, que hacía responsables de que no prosperara en su carrera profesional y fuera incapaz de garantizarles una vida holgada. Maxim la miró por encima del hombro. Lo sorprendió constatar que no estaba especialmente exaltada. Sentada frente a un enorme televisor Panasonic, hablaba sin parar, y parecía creer en lo que decía. ¿Acaso podía decir todo aquello en serio? Que si disponía de todo un harén. Que si había acudido en ayuda de la muchacha porque tenía un cuerpo apetecible y no porque quisiera salvarla de las balas. Que vivían mal, poco menos que en la miseria. ¿Ellos, que habían comprado un precioso apartamento apenas tres años atrás y lo habían dejado que era un primor, y habían viajado a Francia en las pasadas navidades? La voz de la mujer sonaba segura y acusadora, pero era la de una persona que sufría. Maxim arrojó el cigarrillo a la calle de un papirotazo. Miró hacia la noche. Eran las Tinieblas. Las Tinieblas que avanzaban. Esa noche había matado al mago en los lavabos del restaurante, a una de las criaturas más despreciables del Mal universal. Alguien cargado de odio y miedo, que se dedicaba a succionar energía a quienes lo rodeaban, a aplastar el alma de todo aquel con quien se cruzaba, que convertía en negro lo blanco y en odio el amor. Y Maxim había actuado como siempre: enfrentándose a solas con el mundo de las Tinieblas. Sin embargo, algo había cambiado. Llevaba dos días topándose con aquellos diabólicos engendros. O habían decidido salir todos a la vez de sus hediondas madrigueras, o su agudeza visual estaba experimentando una mejoría. La visión que se abría ante él

testimoniaba esa brusca penetración visual. Desde la altura de una décima planta, Maxim no veía sencillamente la ciudad iluminada con las luces nocturnas. Esa visión quedaba para los hombres ciegos y desvalidos. Lo que él veía eran las Tinieblas espesándose sobre la tierra a poca altura, tal vez a la de, precisamente, una décima o duodécima planta. Maxim estaba asistiendo a otra aparición de las Tinieblas. Era como siempre, pero ¿por qué diablos ocurría tan seguido en esta ocasión? ¡La tercera vez en un día! ¡En un solo día! Las Tinieblas oscilaban, dudaban, se adelantaban. Tenían vida propia. Detrás de él, Elena continuaba enumerando sus pecados con voz de cansancio, de infelicidad, de ofensa. De pronto, se levantó y se acercó a la ventana del balcón, como si quisiera asegurarse de que Maxim la escuchaba. Buena idea. Así no despertaba a los niños que, por supuesto, ya dormían. Aunque se le ocurrió que tal vez esa noche no consiguieran pegar ojo. Sería estupendo que creyera de verdad en Dios. Pero de aquella fe que antes lo inundaba tras cada operación de limpieza, ya no quedaba casi nada. En un mundo en el que prosperaba el Mal, Dios no podía existir. Porque si Dios existiera, o si al menos Maxim conservara un minúsculo resto de fe en su existencia, en ese momento se prosternaría sobre el hormigón sucio y polvoriento, alzaría los brazos hacia el cielo crepuscular, ya casi nocturno, adornado por mustias estrellas sin brillo, y gritaría: «¿Por qué? ¿Por qué me haces esto, Dios mío? ¡Esta misión supera mis fuerzas! ¡Líbrame de este peso! ¡Te lo imploro! ¡Líbrame de él! ¡No es a mí a quien necesitas! Soy débil». Si se le antojaba gritar, podía

desgañitarse cuanto quisiera. Él no había elegido llevar esa carga. Tampoco sería él quien decidiría cuándo abandonarla. Ante sus ojos, brilló fugazmente una lucecita negra. Un nuevo tentáculo de las Tinieblas. —Perdóname, Elena —le dijo Maxim, apartándola, y se encaminó al dormitorio—. Ahora tengo que marcharme. Interrumpida en medio de su exposición, la rabia que hasta hacía un instante refulgía en los ojos de la mujer dio paso a una expresión de miedo. —Regresaré —añadió Maxim, y se dirigió raudo hacia la puerta, con la esperanza de poder evitar preguntas. —¡Maxim! ¡Maxim, espera! El tránsito de la furia al ruego fue súbito. Elena corrió tras su marido, lo retuvo, lo miró a la cara con ávida pena. —¡Perdóname! ¡Tienes que perdonarme, te lo ruego! ¡He dicho muchas tonterías! ¡Perdóname, Maxim! Maxim miró a su mujer, cuya agresividad había desaparecido de improviso. Decidida a capitular, estaba dispuesta a lo que fuera con tal de que él, que acababa de recibir colosales acusaciones de estupidez, corrupción moral y maldad, no abandonara el apartamento. ¿Habría aparecido algo en su rostro, alguna señal capaz de asustar a Elena más que la escaramuza entre las bandas a la que se habían visto arrastrados? —¡No dejaré que te vayas! ¡No dejaré que me abandones en plena noche! —No me va a pasar nada —dijo Maxim con voz dulce—. No grites tanto, que vas a despertar a los niños. Regresaré pronto. —¡Si no te preocupas por ti, hazlo al menos por los niños! ¡Hazlo por mí! —Elena había cambiado bruscamente de táctica—. ¡Imagínate que anotaron la matrícula del coche! ¡Imagínate que se presentan aquí en busca de aquella mala

pécora! ¿Qué haré yo sola? —Nadie vendrá —replicó Maxim, que, por alguna razón, sabía que estaba en lo cierto—. Y si vienen, tampoco pasará nada. La puerta es recia. Además, ya sabes a quién llamar si tienes una emergencia. Déjame pasar, Elena, te lo ruego. Pero Elena permaneció inmóvil delante de la puerta, con los brazos en cruz, la cabeza gacha y el rostro contraído en una mueca de dolor, como si esperara que él la golpease. Maxim la besó con delicadeza en la mejilla y la apartó. Al entrar en el recibidor, seguido por la mirada extraviada de Elena, le llegaron los estridentes acordes de música procedentes de la habitación de su hija. Eso significaba que no dormía y que había desatado aquella revolución de decibelios para ahogar las voces de sus padres. O, más bien, la de Elena. —¡No te vayas! —balbuceó implorante Elena. Maxim se puso la cazadora, no sin antes asegurarse de que llevaba todo lo necesario en el bolsillo interior. —¡No te importamos nada! —lo acusó Elena con un grito ahogado, como dejándose llevar por la inercia de las imploraciones, aunque ya sin esperanza de éxito. El volumen de la música subió de golpe. —Eso sí que no es cierto —dijo serenamente Maxim—. De hecho, me importáis tanto que todo lo que hago es cuidaros. Se dirigió rápidamente hacia la escalera, desdeñando el ascensor, no sin que antes lo alcanzara un inesperado grito de Elena, siempre tan amiga de guardar la ropa sucia en casa, que se escuchó en toda la escalera: —¡Harías mejor en amarnos que en cuidarnos! Maxim se encogió de hombros y apuró el paso. Había vuelto al mismo sitio donde había estado el invierno anterior. Nada había cambiado. El mismo patio

sórdido, el mismo ruido de los coches a mi espalda, la débil luz de las farolas. Solo que ahora hacía mucho más frío. Y la impresión era de sencillez y facilidad, como la que debe embargar a un joven policía norteamericano cuando sale a patrullar en su primer día de servicio y lleva tres objetivos grabados en la mente: defender la ley, perseguir el Mal, proteger a los inocentes. Qué bueno sería que todo siguiera siendo tan sencillo, como nos parece a los diecinueve o los veinte años. Si fuese cierto que solo existen dos colores en el mundo, el blanco y el negro; pero hasta el más honesto y bienintencionado de los policías, educado en los elevados ideales de la moral del cuerpo, acaba comprendiendo que en las calles hay algo más que Luz y Tinieblas. Hay también pactos, concesiones, acuerdos. Hay informadores, trampas y provocaciones, y más tarde o más temprano tendrá que entregar a alguno de los suyos, deslizar bolsitas de heroína en el bolsillo de algún detenido, patear riñones, aunque esto último con cuidado, para no dejar huellas. Y ello, en aras de aquellos mismos objetivos elementales. Defender la ley. Perseguir el Mal. Proteger a los inocentes. También a mí me tocó acostumbrarme. Seguí el sendero que bordeaba la pared de ladrillos. Un periódico se me enredó entre las piernas. En ese lugar había ardido el infeliz vampiro. Doblemente infeliz, porque su única culpa consistía en haberse enamorado. Y no de una vampira o de una humana, sino de una víctima, de una mera ración de alimento. Llegue al punto en que había arrojado un chorro de vodka a la cara de la mujer que nosotros mismos, la Guardia Nocturna, había entregado a los vampiros para que le succionaran la

sangre. El vodka le había quemado el rostro. Mira que les gusta a los Tenebrosos hablar de la libertad. Claman por ella: «¡Libertad! ¡Libertad!», chillan una y otra vez. Y cuántas veces tenemos que decirnos a nosotros mismos que la libertad ha de tener unos límites. Vale la pena recordarlo. Es imprescindible que tanto los Tenebrosos como los Luminosos lo hagamos, pues vivimos entre las personas y las superamos en aptitudes, aunque cuando se trata de los propósitos que perseguimos no nos diferenciamos en nada de ellas. Que necesario es que quienes hemos decidido vivir de acuerdo con unas reglas y no inmersos en la confrontación recordemos que la libertad tiene límites. Porque basta que se acceda a la frontera, la invisible frontera que ocupamos los agentes de las Guardias, la línea que separa las Tinieblas de la Luz, para que nos convenzamos de ello. Se trata de una guerra. Y la guerra siempre es criminal. En todos los tiempos, en ella ha habido espacio para el heroísmo y la entrega desinteresada, pero también para la traición, la maldad y las puñaladas por la espalda. ¿Acaso existe otra manera de combatir cuando sabes que si no lo haces así has perdido la batalla antes de comenzarla? ¡Qué sentido tiene todo esto, a fin de cuentas! ¿En aras de qué he de pelear y, sobre todo, qué derecho tengo a hacerlo, cuando mi lugar está en la frontera, en medio de la Luz y las Tinieblas? Mis vecinos, por ejemplo, son vampiros. Jamás han matado a nadie. Al menos, Kostia no lo ha hecho. Desde la óptica de la gente, son personas decentes. Y si los juzgamos por sus obras, lo son mucho más que el jefe u Olga. ¿Dónde está el límite? ¿Dónde la justificación? ¿Dónde el perdón? Si alguien

me formulara esas preguntas, no sabría responderlas. De hecho, ni siquiera tengo respuestas para mí mismo. No hago más que dejarme llevar por la inercia de las viejas creencias y dogmas. ¿Cómo consiguen mis colegas de la Guardia Nocturna vivir en un perpetuo combate? ¿Qué explicación dan a sus actos? Tampoco lo sé. Pero de poco me servirían sus respuestas. En esto, cada uno tiene que decidir por sí mismo, como reza la propaganda de los Tenebrosos. Lo peor de todo era la sensación de que si no conseguía comprender, si no alcanzaba a tocar ese límite con mis propias manos, estaba condenado. Y no solamente yo. También moriría Svetlana. Y el jefe se implicaría en una desesperada carrera por salvarla que terminaría con el derrumbe de toda la estructura de la Guardia Nocturna moscovita. Y todo «porque resultó que la recámara estaba vacía», como dice la canción. Permanecí un instante inmóvil, apoyado contra la sucia pared. Mordiéndome el labio inferior, intentaba recordar, encontrar una respuesta. Pero no la encontraba. Tendría que ser así. Tal era mi destino. Dejé atrás el patio y llegué al edificio. Aquel rascacielos soviético generaba una insondable melancolía, que no por injustificada resultaba menos palpable. Era el mismo sentimiento que solía asaltarme cuando pasaba junto a aldeas abandonadas o grúas en ruinas. Probablemente, se trataba de que inspiraban la sensación de que estaban fuera de lugar, y que las pretensiones que las animaban habían acabado por ser un gesto vacío en medio del viento. —Zavulón —dije—. ¿Puedes oírme...? El silencio fue la única respuesta, ese silencio propio de las noches moscovitas: una mezcla de

ruidos de tráfico, música que suena en algún balcón y soledad. —No pudiste calcularlo todo —añadí dirigiéndome al vacío—. Es imposible que lo hicieras, porque la realidad siempre tiene proyecciones indeterminables. El futuro no está preestablecido. Lo sabes bien. Tan bien como yo. Crucé la calle sin detenerme a mirar a los lados, sin reparar en los coches. Estaba de servicio, ¿o no? De pronto, percibí la emergencia de una esfera de exclusión. Las ruedas de un tranvía chirriaron sacando chispas de los raíles. Los coches aminoraron la marcha y rodearon el vacío en cuyo centro me encontraba. Todo dejó de existir, con la excepción del edificio, en cuya azotea habíamos combatido tres meses atrás, la oscuridad y los destellos de energía, todos ellos invisibles al ojo humano. La fuerza que solo unos pocos podían ver crecía por momentos. Era el vórtice del tifón. No me había equivocado. ¿Acaso me habían arrastrado hasta allí deliberadamente? Pues muy bien. Ya había llegado. Era evidente que Zavulón recordaba a la perfección aquella batallita penosa. No podía olvidarse de la bofetada que había recibido en presencia de sus propios esclavos. Más allá de todos sus elevados propósitos —y entiendo que Zavulón los tenga por elevados—, existe un deseo que bulle dentro de él, algo que antes no era más que una simple debilidad humana pero que el Crepúsculo ha hecho crecer hasta dimensiones gigantescas. Vengarse. Hacerme pagar la ofensa. Comenzar el juego desde cero y, después de la pelea, mostrarme sus puños vencedores, agitarlos con bravuconería delante de mi rostro. Es algo que está en todos ellos, los Grandes Magos, sean adeptos de la Luz o de las

Tinieblas: ahítos de peleas comunes, lo que quieren es vencer con elegancia. Humillar al contrario. Les aburren las victorias sencillas, que estiman cosa del pasado. La gran confrontación ha acabado por convertirse en una partida de ajedrez interminable, la misma en la que Hesser, Gran Mago de la Luz, disfrutó burlando a Zavulón bajo la apariencia de uno de sus subordinados. Yo, en cambio, aún no percibía la confrontación como un juego. Y, tal vez, en ello radicara mi única oportunidad. Saque la pistola de la funda y quité el seguro. Me llené los pulmones de aire con tanta fuerza como si me dispusiera a bucear. Había llegado la hora. Maxim presintió que esta vez todo acabaría muy rápido. No sería preciso esperar durante toda la noche. Tampoco necesitaría seguir a la víctima horas y horas. En esta ocasión, la iluminación le había llegado con una nitidez prístina, y no solo le había indicado una presencia enemiga y ajena, sino también la ruta precisa que debía seguir para alcanzar la presa. Condujo hasta el cruce de Galushkina y Yaroslavskaia y detuvo el coche en el patio de un edificio de varios pisos. Observó la pálida lucecita que se movía en el interior del edificio. El Mago de las Tinieblas estaba allí. Maxim lo percibía con claridad. Prácticamente, podía verlo. Era varón. De escasas aptitudes. No se trataba de un teriántropo ni de un vampiro ni de un súcubo, sino de un Mago de las Tinieblas, sin ninguna duda. Dada la modestia de su potencial, no sería un problema vencerlo. El problema era otro, y a Maxim no le quedaba más que confiar en que no volvería a repetirse. Aniquilar con tanta frecuencia a las criaturas de las Tinieblas representaba un esfuerzo que no era únicamente

físico. Debía tenerse en cuenta además, el instante, el más horrible, en que el puñal atravesaba el corazón del enemigo. El instante en que todo alrededor de él vacilaba, temblaba, palidecía, mientras los sonidos se apagaban y los movimientos se volvían más lentos. ¿Qué pasaría si en lugar de liquidar a un enemigo del género humano mataba a un hombre común? Era una pregunta para la que no encontraba respuesta. Lo que sí sabía era que no le quedaba otra salida. Era la única persona en el mundo capaz de distinguir a los Tenebrosos entre la muchedumbre, y en sus manos estaba el arma, no sabía muy bien si puesta allí por Dios, el destino o el azar. Maxim extrajo el puñal del bolsillo y lo miró con una mezcla de angustia y desasosiego. No había sido él quien lo había tallado en tiempos inmemoriales, ni quien le había dado nombre, Misericordia. Por aquel entonces, él y Petka, su único amigo de la infancia (y, ¿por qué engañarse?, su único amigo en toda la vida), tenían doce años. Jugaban a librar batallas medievales, aunque no por demasiado tiempo, porque en aquellos años, aun sin necesidad de videojuegos, los niños tenían suficientes cosas en las que entretenerse. Durante un verano, sin embargo, todos los chavales del patio se sumaron al juego y tallaron espadas y puñales con los que luchaban entre sí con fiereza, aunque también con cautela, porque eran lo bastante listos para saber que también con un trozo de madera podían sacarse un ojo o hacerse cortes. Curiosamente, a él y a Petka siempre les tocaba luchar en bandos contrarios. Tal vez porque Petka era algo menor que Maxim y este se avergonzaba de su amigo, que lo admiraba y seguía a

todos lados como un apéndice silencioso y enamorado. Por lo tanto, no parecía haber nada raro aquel día en que, en medio de una batalla, Maxim consiguió arrancar una espada de madera de las manos de su amigo, que, de hecho, apenas le ofrecía resistencia, y le gritó: «¡Eres mi prisionero!». Pero inmediatamente después sí que sucedió algo inesperado, cuando Petka le tendió aquel puñal y dijo que un caballero valeroso como Maxim estaba obligado a darle muerte con, aclaró, «misericordia», en lugar de humillarlo tomándolo prisionero. Se trataba de un juego, por supuesto, pero algo conmovió a Maxim en el instante en que simuló apuñalarlo. Y hubo también algo insoportablemente doloroso en la mirada que Petka dirigió al puñal, que se había detenido a apenas un palmo de su camiseta blanca, y en el modo en que después miró a Maxim a los ojos y le dijo: «Quédatelo. Será tu trofeo». Maxim aceptó complacido el regalo. No tuvo dudas de que se lo merecía, como trofeo y como regalo. Sin embargo, nunca lo llevaba consigo cuando salía a jugar. Lo guardaba en casa, intentaba olvidarse de su presencia, como si se avergonzara de aquel regalo inesperado y de su propia gazmoñería. Pero lo recordaba. Lo recordaba siempre. Y ni siquiera se olvidó de él cuando se hizo adulto, se casó y sus propios hijos comenzaron a crecer. El arma de juguete siempre estuvo allí, entre los álbumes de fotografías, los sobrecitos con mechones de pelo y otras tonterías sentimentales. Y así permaneció, hasta el día en que Maxim percibió por primera vez la presencia de las Tinieblas. Aquel día le pareció que el puñal lo llamaba, y demostró ser un arma genuina, implacable, inmisericorde,

invencible. El Petka de su infancia ya no existía. Primero, los había separado la adolescencia. Entre dos niños, una diferencia de edad de casi un año ya es grande, pero entre adolescentes se convierte en un verdadero abismo. Después, los fue alejando la vida. A veces se encontraban, intercambiaban sonrisas, se daban la mano y en alguna ocasión hasta tomaron unas copas y evocaron los años de infancia. Más adelante, Maxim se casó y se trasladó a otro barrio, y entonces el vínculo entre ellos se rompió casi por completo. No fue hasta el invierno, cuando, por casualidad, le llegó la noticia. Se la comunicó su madre, a quien llamaba regularmente por las noches, fiel a sus obligaciones filiales. «¿Te acuerdas de Petka? Con lo amigos que erais cuando niños, uña y carne...» Claro que recordaba a Petka. Y enseguida comprendió que el comentario de su madre no auguraba nada bueno. Se había matado. Había caído desde la azotea de un edificio. «¿Qué diablos habría ido a buscar allí arriba en plena noche? Puede que quisiera suicidarse o que estuviera borracho perdido, aunque dicen los médicos que no había rastros de alcohol. Tal vez lo mataron. Estaba trabajando en no sé qué empresa, ganaba un buen salario, ayudaba a sus padres, tenía un buen coche.» «Fueron las drogas. Estaría fumado —dijo Maxim con una contundencia que no dejó espacio a su madre para la discusión—. Siempre fue un poco raro ese Petka.» En aquel momento no sintió ningún pesar. Pero esa noche se emborrachó a solas. Y después mató a una mujer, cuya fuerza oscura obligaba a los hombres que habían abandonado a sus esposas por otras mujeres que amaban a romper con las últimas y regresar a

sus hogares; era una bruja ya entrada en años, dedicada a romper y unir parejas, a la que llevaba siguiendo la pista ya dos semanas sin éxito. El Petka de su infancia, su compañero de juegos, había desaparecido hacía ya muchos años. Y desde hacía tres meses tampoco existía Piotr Nesterov, con quien se veía una vez al año, a veces menos. Pero quedaba el puñal que le había regalado. Seguramente, aquella incómoda amistad que los unía hacía ya tantos años no había sido estéril. Maxim jugueteó con el puñal sobre la palma de la mano. ¿Por qué estaba solo? ¿Por qué era el único elegido? ¿Por qué no habían puesto a su lado a un amigo que le ayudara a cargar con aquel peso? ¿Por qué, cuando era tan abrumadora la presencia de las Tinieblas y tan escasa la Luz? De pronto, recordó la última frase de Elena: «¡Harías mejor en amarnos que en cuidarnos!». ¿Acaso no son la misma cosa?, pensó Maxim. No. Probablemente no lo fuera, pero ¿qué podía hacer alguien para quien el amor era una lucha, una lucha en contra y a favor de algo? Contra las Tinieblas, no a favor de la Luz. Maxim no luchaba por la Luz, sino contra las Tinieblas. —Soy un vigilante —se dijo en voz baja, como si le diese vergüenza reconocerlo. Los esquizofrénicos hablan solos. Pero él no padecía esquizofrenia. Era un hombre normal o, acaso, algo superior a la gente normal, porque era capaz de atisbar el avance del Mal —el antiguo Mal— sobre el mundo, si es que se trataba de un avance reciente y no de que siempre había permanecido entre los humanos. Imaginar aquello era una locura. No podía dudar. No tenía derecho a hacerlo. Si acababa perdiendo siquiera una parte de su fe y

se permitía relajarse o dedicarse a buscar aliados seguramente inexistentes, sería su fin. Por sí solo, el puñal no iba a convertirse en un arma que atrajera la Luz y ahuyentara las Tinieblas. Ya aparecería un mago que lo quemaría en el holocausto de un acto de magia, una bruja que lo inutilizara con un conjuro, un teriántropo que lo hiciera pedazos. ¡Vigilante y juez! No había lugar para la duda. Un jirón de Tinieblas, que hasta el momento había permanecido flotando a la altura de la novena planta, comenzó a descender. Maxim notó que se le aceleraba el pulso. El Mago de las Tinieblas se aproximaba a su destino. Maxim salió del coche y echó un rápido vistazo alrededor. No vio a nadie. Sucedía lo de siempre: algo que llevaba en su interior se ocupaba de ahuyentar a los testigos accidentales, dejando libre el campo de batalla. ¿Campo de batalla o cadalso? ¿Vigilante o juez? ¿Verdugo tal vez? ¡Qué importaba eso ahora! ¡Era un servidor de la Luz! Una fuerza que ya conocía inundó su cuerpo. Estaba excitado. Con la mano oculta bajo la chaqueta, Maxim se encaminó hacia el edificio, al encuentro del Mago de las Tinieblas, que en ese momento bajaba en el ascensor. Tenía que actuar con rapidez, porque aún no se había hecho completamente de noche. Alguien podía verlo. Y si contaba la verdad, jamás le creerían. En el mejor de los casos, le esperaría un psiquiátrico. Llamarlo. Dar su nombre. Sacar el arma. Esa era la secuencia. Misericordia. Él era el vigilante y el juez. El Caballero de la Luz. ¡No era un verdugo! ¡Y aquel patio no era un cadalso sino un campo de batalla! Maxim se detuvo ante la puerta del edificio. Oyó los pasos que se acercaban. El Mago de las Tinieblas descorrió el cerrojo y

la puerta se abrió. «¡Malditos sean el ciclo, el destino y mi don especial!», quiso gritar Maxim, lleno de rabia y de horror. Porque el mago resultó ser apenas un niño. Un niño delgaducho con el cabello rizado y negro. En apariencia, un niño como cualquier otro, pero Maxim, y solo él, estaba capacitado para ver la vacilante aureola de Tinieblas que lo envolvía. ¿Cómo podía ocurrir aquello? Era la primera vez que sucedía. Maxim había matado hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pero jamás le había tocado encontrarse con un niño que hubiera vendido su alma a las Tinieblas. Maxim nunca había pensado en esa posibilidad, quizá porque se resistía a admitirla, o tal vez porque no quería tomar una decisión al respecto. Si hubiese sabido que su siguiente víctima tenía apenas doce años, lo más probable era que se hubiese quedado en casa. El niño se detuvo mirando sorprendido a Maxim, quien por un instante pensó que el chaval giraría sobre sus talones y echaría a correr despavorido. ¡Corre, huye de aquí! El niño dio un paso adelante y sujetó la puerta para que no se cerrara de golpe. Miró a Maxim a los ojos, con un brillo de preocupación, pero sin miedo. Era inconcebible. No lo había tomado por un transeúnte ocasional. Sabía que había ido a verlo precisamente a él. Y había bajado a su encuentro. ¿Era posible que no sintiera ningún temor? ¿Tan seguro estaba de la fuerza que le insuflaban las Tinieblas? —Usted es Luminoso. Puedo verlo —dijo el chaval en voz baja, pero segura. —Lo soy —admitió Maxim. Le costaba hablar, y tuvo que desviar la vista. Seguidamente, maldiciendo su debilidad, tendió un brazo y colocó una mano sobre el hombro del niño—. Soy

juez. Tampoco esa declaración pareció asustar a su joven interlocutor. —Hoy he visto a Antón. ¿De qué Antón estaría hablando? Maxim no hizo ningún comentario, y el niño se mostró extrañado. —Usted ha venido por él, ¿no? —No. He venido por ti. —¿Para qué? El chico había adoptado una pose retadora, como si alguna vez hubiera tenido una larga discusión con Maxim, este fuera culpable de algo y se negara a reconocer su culpabilidad. —Soy juez —repitió Maxim. Tuvo ganas de volverse y escapar a toda prisa. ¡Algo no iba bien! Aquello no podía ser. El Mago de las Tinieblas no podía tener la edad de su propia hija. Además, debería ofrecer resistencia, atacarlo, correr o cualquier otra cosa menos permanecer allí de pie simulando estar molesto por algo, como si creyera que determinada circunstancia lo favorecía. —¿Cómo te llamas? —preguntó Maxim a continuación. —Iegor. —Lamento que nos veamos en esta situación, Iegor. —Maxim era sincero y no experimentaba ningún placer sádico en postergar el momento del asesinato—. ¡Diablos! ¡Tengo una hija de tu edad! ¿Lo entiendes? Eso era lo que más le dolía. —Pero, si no lo hago yo, ¿quién va a hacerlo? —¿A qué se refiere? —El niño intentó sacudirse del hombro la mano de Maxim con gesto decidido. Un niño o una niña. Un adulto o una criatura. ¿Qué diferencia había? La Luz y las Tinieblas: esa era la única distinción válida. —Tengo que salvarte —dijo Maxim mientras con la mano libre extraía el puñal del bolsillo—. Tengo que salvarte. Y te salvaré. 7

Lo primero que reconocí fue el coche. Después, cuando salió de él, reconocí al Bárbaro. Una angustia profunda e insoluble se abatió sobre mí. Era el mismo hombre que me había salvado cuando huía del Maharajá en el cuerpo de Olga. ¿Que podría haberlo adivinado entonces? Cierto. Lo habría conseguido, probablemente, de haber tenido más experiencia, tiempo y sangre fría. Me habría bastado, por ejemplo, con examinar el aura de la mujer que viajaba con él. Svetlana me la había descrito detalladamente. La habría reconocido y, por lo tanto, también al Bárbaro. Y toda esta historia habría terminado allí mismo. Aunque primero había que establecer cómo podía acabar de verdad. El Bárbaro miró alrededor y me sumergí rápidamente en el Crepúsculo para evitar que me viese. Pareció funcionar, porque siguió avanzando hacia el edificio, donde yo había estado, hacía un tiempo, sentado junto al colector de basura charlando con una lechuza polar. Mi cálculo había sido correcto. También el de Zavulón: el Bárbaro había decidido matar a Iegor. El cepo estaba abierto ante mí y el muelle a punto de disparar el cierre. Un paso más y la Guardia Diurna podría felicitarse por el éxito de la operación. ¿Dónde se habrá metido Zavulón? El Crepúsculo me permitía ganar algo de tiempo. El Bárbaro seguía avanzando sin prisas, mientras yo intentaba detectar la presencia de las Tinieblas, una huella siquiera, un hálito, una mera sombra... La concentración de magia era sencillamente monstruosa. En aquel patio confluían los hilos de la realidad antes de encaminarse hacia el futuro. Constituía el cruce de cien caminos; el punto donde al mundo le tocaba decidir cuál tomar. Y esa circunstancia poco tenía que ver conmigo, con el Bárbaro o con Iegor. Los tres no éramos más que dientes del cepo, actores a los que habían adjudicado papeles en la obra. Uno diría «la mesa está servida», el otro representaría la caída, el tercero, con la cabeza orgullosamente erguida, subiría al cadalso. Y el hecho de que aquel rincón

de Moscú amenazara con convertirse muy pronto en un campo de batalla era meramente secundario. Sin embargo, no veía a los Otros que había imaginado que estarían allí. No había Tenebrosos ni Luminosos. Solo estaba el Bárbaro, aunque en ese momento ni siquiera él parecía un Otro, salvo por la fulgurante concentración de fuerza que detecté en su pecho. En un primer momento pensé que el fulgor procedía de su corazón, pero después comprendí que su fuente era el arma. El arma que utilizaba para matar Tenebrosos. ¿Cuál es tu juego, Zavulón? De pronto, me sentí furioso al pensar que yo había acudido a la cita, había acudido al lugar donde habían instalado el cepo, entre cuyos dientes ya tenía casi un pie. ¿Y tú, Zavulón? ¿Dónde estás? Una de dos: o el Mago de las Tinieblas se había escondido con tal habilidad que yo era incapaz de detectar su presencia, o, sencillamente, no se había presentado. Me di cuenta de que estaba perdiendo la partida. Prácticamente, la había perdido aun antes de que se produjera el movimiento final, porque no alcanzaba a comprender las intenciones ocultas que movían a mi enemigo. Tenía que tratarse de una emboscada, ya que los Tenebrosos debían matar al Bárbaro en cuanto este atentara contra Iegor. Sin embargo, ¿cómo conseguirían darle muerte? ¿Cómo, cuando yo ya había llegado dispuesto a explicarle lo que estaba sucediendo, ilustrarlo sobre la existencia de las Guardias que se vigilan una a la otra, hablarle del pacto que nos obliga a mantener la neutralidad, de los humanos y los Otros, del mundo ordinario y el crepuscular? Todo se lo explicaría, como había hecho antes con Svetlana, y él lo aceptaría. ¿Lo aceptaría? ¿Podría aceptarlo, siendo, como era, incapaz de percibir la presencia de la Luz? Para Maxim, el mundo no era más que un gris rebaño de ovejas, y los Tenebrosos lobos que rodeaban el rebaño seleccionando a las más apetitosas para, a continuación, devorarlas. Se veía a sí mismo como una suerte de perro pastor incapaz de advertir, precisamente, la presencia de los pastores, e imbuido de una mezcla de rabia y miedo que lo hacía saltar de un lado a otro, solo ante el asedio de los depredadores. No me

creería. No se permitiría creerme. Eché a correr hacia el Bárbaro. La puerta del edificio estaba abierta y el Bárbaro hablaba con Iegor. ¿Cómo había podido salir de casa a esas horas ese niño estúpido, cuando ya conocía las fuerzas que gobernaban el mundo? ¿Sería que el Bárbaro tenía el poder de atraer a sus víctimas? No había espacio para entablar conversación. Tenía que atacarlo desde el Crepúsculo. Reducirlo. Solo después llegaría el momento de hablar. El Crepúsculo chilló igual que mil voces heridas cuando choqué, a toda carrera, contra la barrera invisible. A apenas tres pasos del Bárbaro, con el brazo listo para golpearlo, di contra la pared transparente y resbalé hacia el suelo, agitando la cabeza dolorida. Aquello no estaba nada bien. El Bárbaro no tenía ni idea de la esencia de la fuerza. No era más que un mago autodidacta, un psicópata del Bien. Sin embargo, cuando salía a cumplir una misión se protegía con una barrera mágica. Seguramente no era consciente de ello, pero su ignorancia no me facilitaba las cosas. El Bárbaro le dirigió unas palabras a Iegor y sacó la mano del bolsillo interior de la chaqueta. Empuñaba un puñal de madera. Yo había oído hablar de esos artilugios mágicos, potentes e ingenuos a la vez, pero no era el momento de hacer memoria. Salí de mi sombra, entre en el mundo ordinario y me arrojé sobre el Bárbaro. Maxim sintió que lo empujaban con violencia por detrás justo cuando sacaba el puñal. El mundo había adquirido la tonalidad gris que solía envolverlo cuando actuaba, los movimientos del niño se habían lentificado, y vio que entornaba los ojos antes de que el dolor lo obligara a abrirlos de golpe por última vez. La noche se había convertido en el podio crepuscular, en el que Maxim celebraba el juicio y dictaba una sentencia que ya nadie podría revocar. Sin embargo, algo se interpuso entre él y su víctima. Alguien le hizo perder pie de un empellón, y a punto estuvo de tirarlo al suelo. Pero en el último instante, Maxim consiguió apoyar una mano y evitar la caída. Un tercer personaje había aparecido en escena. ¿Cómo pudo no advertir su presencia? ¿Cómo había conseguido acercarse subrepticiamente mientras él se dedicaba a cumplir con su misión,

protegido de testigos y curiosos por la más luminosa de las fuerzas, la misma que lo empujaba a continuar su cruzada? Era un hombre joven. Quizá algo más joven que el propio Maxim. Iba vestido con téjanos y un jersey y llevaba un bolso cruzado sobre el pecho, del que se liberó con un hábil movimiento de hombros. ¡Y empuñaba una pistola! Aquello no pintaba bien. —¡Alto! —le ordenó el joven, como si pensara que Maxim se disponía a huir—. Escucha lo que tengo que decirte. ¿Quién podría ser aquel tipo? ¿Un transeúnte casual que lo había tomado por un vulgar asesino? ¿Qué pensar de la pistola y de la habilidad con que se había acercado sin ser visto? ¿Sería un policía del servicio secreto? No lo parecía, pues de serlo habría tirado a matar. O, en el mejor de los casos, lo habría inmovilizado en el suelo. Maxim escrutó el rostro del desconocido, intentando resolver el enigma sobre su identidad. Si se trataba de un Tenebroso, esa iba a ser la primera ocasión en que se enfrentaba a dos de ellos al mismo tiempo. Pero no vio señal alguna de las Tinieblas. No había nada, de eso estaba seguro. —¿Quién eres? —le preguntó, olvidándose por un momento del niño, que se acercó a su inesperado salvador. —Soy el agente de la Guardia Nocturna Antón Gorodetski. Tienes que escuchar lo que vengo a decirte. Antón cogió al niño con el brazo que le quedaba libre y lo colocó detrás de su cuerpo, protegiéndolo. Con ese gesto, sus intenciones quedaban perfectamente claras. —¿La Guardia Nocturna? —Maxim intentaba percibir la presencia de las Tinieblas en el desconocido, pero no lo conseguía, y eso lo asustaba todavía más—. ¿Vienes de las Tinieblas? Estaba en ascuas. Intentó sondearme. Advertí esa búsqueda tan encarnizada y feroz como torpe, la clase de búsqueda a la que no sabía si lograría sustraerme. En aquel hombre, o aquel Otro, pues en su caso podía ser ambas cosas, se apreciaba una suerte de fuerza originaria y un ímpetu fanático, desquiciado. En cualquier caso, no intenté cerrarme ante su búsqueda. —¿La Guardia Nocturna? ¿Vienes de las Tinieblas? —No. ¿Cómo te llamas? —Maxim. —El Bárbaro se acercó a mí. Me miraba con una intensa curiosidad, como si le pareciera que nos

habíamos visto antes, aunque yo tuviese, entonces, un aspecto diferente—. ¿Quién eres? —Trabajo en la Guardia Nocturna. Voy a explicártelo. Solo te ruego que me escuches atentamente. Tú eres un Mago de la Luz. Maxim dio un respingo y a continuación palideció. —Sé que te dedicas a matar a los Tenebrosos. Esta madrugada has liquidado a una teriántropo, y por la noche, en el restaurante, a un Mago de las Tinieblas. —¿Tú también eres un Mago de la Luz? No sé si fue una falsa impresión, pero creí percibir un deje de esperanza en su voz. Para facilitar aún más las cosas, me guardé la pistola. —Soy un Mago de la Luz; aunque, debo admitirlo, no muy poderoso. Soy uno más entre los varios cientos que hay en Moscú, Maxim. La expresión de sorpresa que iluminó su rostro me demostró que al fin había dado en la diana. No era un chiflado que se creía Supermán y se ufanaba de ello. Tal vez lo que más deseara en la vida fuese encontrar un compañero. —No te detectamos a tiempo, Maxim —dije, y me pregunté si era cierto que iba a conseguir un arreglo pacífico y evitar un derramamiento de sangre entre dos seguidores de la magia blanca—. Y ha sido por culpa nuestra. Has estado luchando solo y haciendo el tonto por ahí. Pero estamos a tiempo de enmendarlo, porque jamás habrás oído hablar del pacto, ¿no es cierto? Ya no me escuchaba. ¿Qué podía importarle un pacto cualquiera cuando acababa de saber que no estaba solo? Eso era lo más importante. —¿Lucháis contra las Tinieblas? —preguntó. —Sí. —¿Sois muchos? —¡Sí, muchos! Maxim volvió a mirarme fijamente y el penetrante aliento del Crepúsculo brilló una vez más en sus pupilas. Intentaba ver la mentira, las Tinieblas, la ira y el odio, todo aquello que estaba acostumbrado a descubrir en los Tenebrosos. —Tú no eres un Tenebroso, ¿verdad? —preguntó, como lamentándolo—. Veo que no, y jamás me he equivocado. —Trabajo en la Guardia Nocturna —repetí. Me volví. No había un alma a nuestro alrededor. Algo asustaba a la gente. Tal vez se tratara de una facultad que poseía el Bárbaro. —Y este niño... —Este niño es un Otro —respondí a toda prisa—. En su caso, aún no se ha definido si acabará siendo un adepto de la

Luz o... Maxim negó con la cabeza. —Es un Tenebroso —afirmó. Miré a Iegor, que levantó la vista lentamente. —No lo es —repliqué. El aura de Iegor se percibía claramente: un brillante y límpido arco iris en el que se entremezclaban los colores. La típica aura de los niños muy pequeños. Algo infrecuente en adolescentes. Tal era el perfil de su destino: un futuro en formación. —Es un Tenebroso —repitió Maxim, sin dejar de negar con la cabeza—. ¿Es que no lo ves? Nunca me he equivocado al hacer un diagnóstico. Te has interpuesto y has impedido que dé muerte a un enviado de las Tinieblas. Era probable que Maxim no mintiese. Sus dotes distaban de ser variadas, pero las que tenía se las habían concedido en abundancia. Poseía la facultad de ver las Tinieblas y detectar hasta las manchas más nimias que estas dejaban en las almas. Si algo era capaz de percibir con penetrante claridad era el germen de las Tinieblas, sus manifestaciones primarias. —No matamos a todos los Tenebrosos indiscriminadamente. —¿Por qué? —Porque tenemos un acuerdo de paz, Maxim. —¿Qué es eso de firmar la paz con las Tinieblas? Su voz no reflejaba duda alguna. Sentí un escalofrío. —Toda guerra es peor que la paz. —Todas menos esta. —Maxim levantó el brazo blandiendo el puñal—. ¿Ves este puñal? Me lo regaló un amigo. Y ese amigo probablemente haya muerto a manos de los que son como este niño. ¡Las crueles Tinieblas se lo llevaron! —¿Pretendes convencerme, precisamente a mí, de la maldad de las Tinieblas? —Pues sí. Mira, tal vez sí que seas un Luminoso. —Hizo una mueca burlona—. Pero ¿sabes qué te digo? Que vuestra Luz hace tiempo que se ha hecho oscura. Al Mal no se lo perdona. No hay acuerdo de paz posible con las Tinieblas. —¿Que al Mal no se lo perdona? —Era mi turno de enfadarme. Y mucho—. ¿Por qué no te quedaste unos diez minutos más en el lavabo donde mataste al Mago de las Tinieblas? ¿Por qué no esperaste a oír los chillidos de sus hijos, a ver las lágrimas de su mujer? ¡Ellos no son Tenebrosos, Maxim! ¡Son gente corriente, que no sabe nada de nuestros asuntos! Después, salvaste a una joven de las balas de sus perseguidores... Esa mención lo hizo estremecer,

aunque no alteró la pétrea gelidez de su rostro. —¡Fantástico! Pero ¿a que no sabes que iban a matarla precisamente por el crimen que habías cometido tú? —¡Esto es una guerra! —Una guerra que has generado tú mismo —dije, bajando la voz—. ¿Ves a este niño? Pues tú también pareces un niño jugando con ese puñal. ¿Quién te crees que eres? ¿Un leñador que va dando hachazos y sembrando el mundo de tocones? ¿O piensas que en la gran guerra a favor de la Luz todo vale? —Mi guerra no es a favor de la Luz —replicó Maxim, y también bajó la voz—. Mi guerra es contra las Tinieblas. Tengo un don, ¿lo comprendes? No te creas que es una cuestión de talar árboles y dejar tocones. No pedí que me concedieran este poder ni jamás soñé con tenerlo. Pero una vez que me fue dado, ya no puedo desentenderme de él. ¿Quién pudo haber ignorado a Maxim? ¿Quién cometió un error tan enorme? ¿Cómo era posible que no lo hubiésemos encontrado antes, en el instante mismo en que se convirtió en un Otro? Aunque nos hubiera costado muchas discusiones y no pocas explicaciones, Maxim habría sido un excelente agente operativo. Por supuesto que lo habríamos conseguido, tras años de adiestramiento, decepciones, errores, borracheras, intentos de suicidio... Habría acabado por comprender las reglas del enfrentamiento entre el Bien y el Mal, tal vez no con el corazón, porque era incapaz de eso, pero sí con su mente fría e independiente. Habría acabado por aceptar las leyes que rigen la sorda guerra entre la Luz y las Tinieblas, esas leyes que nos obligan a hacer la vista gorda cuando descubrimos a un teriántropo que se encamina hacia su víctima y matar a aquellos de los nuestros que no saben respetar la necesidad de esos compromisos. Y ahora lo tenía ante mí. Un Mago de la Luz que, en apenas unos años de actividad, había asesinado a más Tenebrosos que muchos agentes operativos de la Guardia con una experiencia centenaria. Un mago solitario y furioso. Un mago que sabía odiar pero era incapaz de amar. Me volví y atraje a Iegor hasta colocarlo ante nosotros. El niño había asistido a nuestra discusión en silencio, como si no tuviese que ver con él. —¿Crees que es

un Mago de las Tinieblas? —le pregunté a Maxim—. Tal vez tengas razón. De hecho, me temo que es así. Dentro de unos años, este niño tomará conciencia de sus fuerzas y pasará por la vida envuelto en las Tinieblas. Todo le resultará cada vez más sencillo, porque cada paso que dé estará abonado por el sufrimiento ajeno. ¿Recuerdas el cuento de la Sirenita? La hechicera le dio piernas a cambio de que sintiera unos dolores atroces con cada paso. ¡Es lo que nos pasa a nosotros, Maxim! Nuestra vida es atroz, cada paso que damos lo es, y somos incapaces de acostumbrarnos a soportar tanto sufrimiento. Claro que Andersen no fue más allá porque la hechicera pudo haber optado por otra solución y hacer que los pasos de la Sirenita provocaran dolores atroces en los demás y no en ella. Ese es el camino de las Tinieblas. —Yo llevo mi dolor a todas partes —dijo Maxim, devolviéndome la delirante esperanza de que acabara comprendiendo—. Pero eso no tiene por qué cambiar nada. —¿Estás dispuesto a matarlo? —pregunté señalando a Iegor—. ¡Responde, Maxim! Trabajo para la Guardia Nocturna y conozco la línea que separa el Bien y el Mal. Se puede generar Mal, incluso cuando uno mata a un Tenebroso. Ahora dime: ¿estás dispuesto a matarlo? No dudó. Me miró a los ojos y serena, casi alegremente, asintió. —Lo estoy. Jamás he dejado escapar a una criatura de las Tinieblas. Tampoco lo haré esta vez. El invisible cepo emitió un chasquido. No me habría sorprendido ver en ese momento a Zavulón asistiendo a la escena, verlo salir del Crepúsculo para darle unas palmadas en la espalda a Maxim, animándolo, o para dirigirme una mirada burlona. Pero de inmediato comprendí que Zavulón no estaba allí, ni tenía por qué estar. El cepo que había instalado no precisaba de su intervención, porque iba a cerrarse por sí solo. Yo ya estaba a punto de sufrir las consecuencias de esa dentellada, y todos los agentes de la Guardia Diurna tendrían una coartada irreprochable. Quedaban dos opciones. La primera, dejar que Maxim matara a aquel niño llamado a convertirse en Mago de las Tinieblas. Si decidía hacerlo, me convertiría en su cómplice y tendría que cargar con las consecuencias. La

segunda opción era intervenir y eliminar al Bárbaro. No me costaría demasiado acabar con él, porque nuestras fuerzas no podían compararse. A continuación, tras acabar con el Mago de la Luz, mataría al único testigo. Porque parecía claro que Maxim no estaba dispuesto a ceder. Se trataba de su guerra particular, del Gólgota al que llevaba ascendiendo desde hacía años. Vencería o moriría en el intento. En cuanto a Zavulón, ¿qué necesidad iba a tener de inmiscuirse en el combate? Ya había demostrado ser el listo de la clase. Había limpiado de escoria las filas de los Tenebrosos, me había puesto en evidencia, había generado una inmensa tensión entre las Guardias y, encima, había hecho un numerito cuando, supuestamente, falló el golpe con el Látigo de Shaab, obligándome a darme de bruces con el Bárbaro. En ese momento estaría lejos. Tal vez ni siquiera se encontrara en Moscú. Sin embargo, era muy probable que observara la escena que yo protagonizaba. Disponía de medios técnicos y mágicos de sobra. Estaría mirándome y partiéndose de risa. Porque yo me había hundido en el fango hasta las cejas. Hiciera lo que hiciese, me esperaba el Crepúsculo. El Mal no precisa de sus manos para aplastar el Bien. Para él es mucho más sencillo dejar que este se aniquile a sí mismo. De modo que solo me quedaba una minúscula posibilidad de salvarme. Minúscula y extraordinariamente cruel. No llegar a tiempo. Dejar que Maxim matara al niño. O, mejor, no impedir que lo hiciera. Eso lo apaciguaría y, entonces, me acompañaría al cuartel general de la Guardia Nocturna, atendería a mis explicaciones, discutiría brevemente, acabaría calmándose ante los férreos argumentos y la aplastante lógica del jefe, y comprendiendo que había provocado un frágil desequilibrio en la estabilidad de las fuerzas. Entonces se sometería al tribunal, lo que le dejaba una posibilidad de justificarse, por mínima que fuera. ¿Qué alternativa tenía, si yo no era un agente operativo? Al cabo, había hecho todo lo que estaba en mi mano. Y, además, había conseguido desentrañar la partida que jugaban las Tinieblas, una combinación de trucos ideada por alguien infinitamente más sabio que yo. No había podido

hacer más: me faltaron fuerzas, tiempo y capacidad de reacción. Maxim se preparó para golpear con el puñal. De pronto, el tiempo adquirió una consistencia espesa y un ritmo demorado, como si se hubiera adentrado en el Crepúsculo. Los colores, sin embargo, no se atenuaron, sino que, por el contrario, ganaron brillo, mientras yo me movía por aquella masa gelatinosa. El puñal de madera se dirigió lentamente hacia el pecho de Iegor; un fulgor metálico y un fuego grisáceo se alternaban en su superficie. El rostro de Maxim transmitía una extraña paz, que solo descubría su tensión interior por la violencia con que se mordía el labio inferior. Iegor no alcanzó a comprender la gravedad de lo que sucedía. Ni siquiera intentó apartarse. Empujé al niño a un lado a pesar de que los músculos no me obedecían, como si quisieran resistirse a participar de un movimiento tan insensato, tan suicida. El golpe del puñal significaba la muerte para Iegor, el pequeño mago. Para mí, en cambio, equivalía a la vida. Así había sido, era y sería por siempre. Aquello que para un Tenebroso es vida, representa la muerte para un Luminoso. Y viceversa. No me ha sido dado, precisamente a mí, cambiar el orden de las cosas... Llegué a tiempo. Iegor cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra la puerta. Fue una caída brutal, pero no se trataba de preocuparse por meras lesiones, cuando tenía que salvarlo. Por eso lo empujé con tanta fuerza. Un brillo de furia casi infantil cruzó la mirada de Maxim, que protestó: —¡Es nuestro enemigo! —¡No ha hecho nada! —Te has puesto de parte de las Tinieblas. A esas alturas, Maxim ya no discutía mi adscripción a la Luz o las Tinieblas; era una distinción que podía distinguir. El problema residía en que no toleraba las medias tintas. Para él no había alternativa posible a la hora de determinar a quiénes correspondía vivir y a quiénes morir. El puñal volvió a hendir el aire. Esta vez no iba dirigido a Iegor. El destinatario de su ímpetu era yo. Me hice a un lado, buscando mi sombra, tiré de ella y, obediente, vino hacia mí. El mundo se tiñó de gris, los sonidos se atenuaron, los movimientos se Identificaron. Iegor, que un instante antes se revolvía en el suelo, quedó súbitamente inmóvil. Se

ralentizó el ir y venir de los coches, cuyas ruedas recordaban el lento girar de las norias, las ramas de los árboles olvidaron que soplaba el viento. Solo Maxim se resistió a la modorra general. Me siguió, sin tener conciencia de lo que hacía. Entró en el Crepúsculo con la misma descuidada naturalidad con la que un transeúnte resbala sobre el hielo. No reparó en esfuerzos: extraía fuerzas de su tozudez, de su odio —un odio blanquecino— y de su rabia albina. No era un mero verdugo de los Tenebrosos, sino un inquisidor, y su afán superaba largamente a nuestra propia Inquisición. Adopté una posición de combate, proyectando los brazos hacia delante y haciendo el signo de la fuerza con los dedos. Convoqué la más sencilla e inapelable de las fuerzas y recordé el modo en que los jóvenes Otros reían cuando se les mostraba por primera vez esa posición de los dedos que llamamos «en abanico». Maxim no pareció demasiado afectado por mi respuesta. Apenas tropezó, inclinó levemente la cabeza, se repuso y volvió a cargar contra mí. Me di cuenta de que la cosa iba en serio, retrocedí e intenté recordar rápidamente todo el arsenal de la magia. El ágape, signo del amor. Pero Maxim no creía en el amor. La triple llave, que genera fe y comprensión. Maxim no creía en mí. El opio, símbolo de la sirena, el camino del sueño. Sentí que se me cerraban los párpados. De pronto entendí cómo hacía para vencer a los Tenebrosos. Su inagotable fe, unida a sus ocultas potencialidades como Otro, funcionaba como una suerte de espejo que devolvía los golpes que se le dirigían. Quien se enfrentaba a él acababa por morir de agotamiento. Su capacidad de percibir la presencia de las Tinieblas y aquel estúpido puñal de madera le conferían cierto aire de invulnerabilidad. ¡Era increíble! Por supuesto, había un límite. Era incapaz de devolver absolutamente todos los golpes. Además, su contraataque no se producía de inmediato, de manera que el signo de Tánatos o la espada nívea quizá funcionaran. Pero si lo mataba, yo también moriría. Me estaría enviando a mí mismo de cabeza al único camino que nos espera a todos: el Crepúsculo. Allí donde los sueños son borrosos, las alucinaciones carecen de

color y el frío es eterno. Por otra parte, yo no podría considerarlo mi enemigo con la misma ligereza con que él me había convertido en el suyo. Estuvimos girando el uno en torno al otro. Los ataques de Maxim resultaban torpes. De hecho, jamás había peleado, habituado como estaba a matar a sus víctimas de manera fácil y brusca. Desde lejos, desde muy lejos, me llegaba la risa burlona de Zavulón y su voz suave y enigmática: «Así que te ha dado por enfrentarte a las Tinieblas, ¿no? Adelante, entonces. Lo tienes todo de golpe: amigos, enemigos, odio y amor. Elige bien tu arma. Aunque da igual la que utilices, pues ya sabes cómo acabará todo. Ahora, al menos, ya lo sabes.» Tal vez estuviera imaginando aquella voz. O tal vez resonara de verdad. —¡Te estás dando muerte a ti mismo!, ¿es que no lo ves? —le grité. La funda de la pistola me azotaba el cuerpo, como invitándome a sacar el arma y descargar una ráfaga de pequeñas balas de plata sobre el cuerpo de Maxim. Habría sido tan fácil como antes, cuando disparé sobre aquel otro Antón. Maxim no me escuchaba. Ya todo le daba igual. Si hubieras estado allí, Sveta, tú que querías saber dónde se encontraban nuestros límites, nuestras barreras, esa línea que no podemos traspasar cuando nos enfrentamos a las Tinieblas. Era una lástima que no estuvieras allí, porque lo habrías comprendido todo de golpe. Pero no había nadie. Ni Tenebrosos, que habrían disfrutado enormemente asistiendo a aquel duelo, ni Luminosos, que habrían podido ayudarme, intervenir, distraer a Maxim, poner fin a aquella danza de la muerte. Solo me acompañaban el niño, el futuro Mago de las Tinieblas, que en ese momento se levantaba torpemente, y el implacable verdugo, espontáneo paladín de la Luz, cuyo rostro de piedra tenía ante mis ojos. Un verdugo que había hecho más por la causa del Mal que una docena de teriántropos y vampiros. Recogí unos jirones de la gélida bruma que se extendía entre mis dedos. Le permití que se adentrara en ellos. Seguidamente, insuflé un poco más de fuerza en la mano derecha. Una cuña de fuego blanco creció sobre la palma de mi mano. El Crepúsculo crepitó, mientras el fuego lo

consumía. Levanté la espada nívea, un arma sencilla e inapelable. Maxim quedó inmóvil. —El Bien y el Mal —dije, y una torva sonrisa se dibujó de pronto en mi rostro—. Acércate a mí. Acércate, y te mataré. Ya no me importa que pretendas ser el más Luminoso de todos los Luminosos. Cualquier otro habría reaccionado. Estoy seguro de ello, porque puedo imaginarme lo que significa ver por primera vez la temible espada elevarse amenazadora. Pero Maxim avanzó hacia mí. Salvó los cinco pasos que nos separaban. Avanzó en silencio, sin alterarse ni mirar la espada nívea. No me moví ni dejé de repetir para mis adentros lo que acababa de decirle tan sereno, tan seguro de mis intenciones. Un instante después, el puñal de madera se clavó en mi pecho. Allá muy lejos, Zavulón, el jefe de la Guardia Diurna, soltó una sonora carcajada. Primero, caí de rodillas; después, me desplomé. Me apreté el pecho con la mano. Dolía. Solo eso, por el momento. Al percibir la sangre fresca que se escurría entre mis dedos, el Crepúsculo comenzó a espesarse emitiendo un agudo silbido. ¡Vaya putada! ¿Era posible que morir fuese mi única salida? Ya no habría nadie para salvar a Svetlana. Andaría por el camino que le correspondía, largo y glorioso, hasta que también le llegara la hora de internarse en el Crepúsculo. ¿Sabías que esto iba a acabar así, Hesser? ¿Contabas con ello, quizá? El mundo volvió a adquirir sus colores, oscuros, vespertinos. El Crepúsculo me escupió con disgusto, rechazándome. Me encontré en el suelo, incorporándome a medias, apretando con fuerza la herida que no dejaba de sangrar. —¿Cómo es que no has muerto? —me preguntó Maxim. Volvía a parecer enfadado, aunque en esta ocasión no repitió el infantil gesto con los labios. Quise sonreír, pero el dolor me lo impidió. Maxim observó el puñal y se dispuso a clavarlo otra vez. Un instante más tarde, Iegor ya se había colocado entre nosotros, protegiéndome de Maxim. Ahora sí que ni siquiera el intenso dolor impidió que me riera: ¡un futuro Mago de las Tinieblas intervenía para salvar a un Luminoso de la agresión de otro Luminoso! —Si estoy vivo es porque tu arma solo sirve para aniquilar a las Tinieblas —dije.

Entretanto, no menguaba el dolor en el pecho. Aunque el puñal no había alcanzado el corazón, sí había producido un fuerte desgarrón en un pulmón—. No sé quién te lo habrá dado, pero te aseguro que está destinado a la lucha contra las Tinieblas. Cuando lo usas contra mí no es más que un cortaplumas, aunque me duela bastante. —Eres un Luminoso —dijo Maxim. —Lo soy. —Y él es un Tenebroso. —El puñal encaró lentamente a Iegor. Asentí e intenté apartar al niño, pero se resistió con tozudez, elevando el mentón, quieto en el sitio. —¿Cómo es posible que nos suceda esto? —preguntó Maxim—. ¿Por qué? Tú un Luminoso; él un Tenebroso... Por primera vez en toda la noche, Maxim sonrió, aunque su sonrisa no denotara la menor alegría. —¿Y yo? ¿Quién soy yo, entonces? Dímelo, Antón. —Creo que eres un futuro inquisidor —dijo de pronto una voz detrás de mí—. Estoy casi seguro de ello. Estás llamado a ser un inquisidor de talento, implacable e insobornable. Me volví y saludé al dueño de aquella voz: —Buenas noches, Hesser. El jefe me saludó con una inclinación de la cabeza. Detrás de él estaba Svetlana, cuyo rostro era blanco como la tiza. —¿Conseguirás aguantar unos cinco minutos? —me preguntó el jefe—. Ya me ocuparé entonces de ese rasguño. —Claro que conseguiré aguantar —respondí. Maxim miraba al jefe inmóvil y con los ojos como platos. —Creo que no tienes nada que temer —dijo el jefe dirigiéndose de nuevo a él—. Si fueras un cazador furtivo cualquiera, el tribunal te condenaría a muerte. Hay demasiada sangre en tus manos y la función del tribunal consiste en preservar el equilibrio de fuerzas. Pero eres formidable, Maxim. No se puede prescindir así como así de los que son como tú. Estás por encima de nosotros, de la Luz y de las Tinieblas, y no importará de qué lado te pusiste una vez. De todos modos, no creas que tienes motivos para alegrarte. No es el poder lo que te espera, sino trabajos forzados. ¡Tira ese puñal! Maxim dejó caer al suelo el arma, como si le quemara las manos. El jefe sí que era un mago de verdad, no como yo. —Tú, Svetlana, has sabido aguantarte —añadió Hesser, mirándola—. ¿Qué puedo decir? Has alcanzado el tercer nivel de

autocontrol y resistencia a influencias exteriores. No hay ninguna duda de ello. Intenté levantarme apoyándome en Iegor. Tenía unos deseos enormes de darle la mano al jefe. Había vuelto a dominar el juego, utilizándonos a todos. Y, una vez más, le había ganado la partida a Zavulón. ¡Qué lástima que este no estuviera presente! Me habría gustado ver el rostro demoníaco de quien había convertido mi primer día primaveral en una auténtica pesadilla. —Pero... —Maxim intentó decir algo, pero no lo consiguió. También para él había sido un día lleno de novedades. No me costaba demasiado comprender lo que estaría pasando por su cabeza. —No tuve la menor duda, Antón, de que tanto tú como Svetlana ibais a salir airosos de esta prueba —me dijo cordialmente el jefe—. Lo peor que puede pasarle a una maga como ella es, precisamente, que pierda el autocontrol. Que pierda los criterios justos en la lucha contra las Tinieblas, que demuestre una pasión excesiva o que, por el contrario, no sea lo bastante rápida a la hora de tomar decisiones. Esta etapa de su formación no podía postergarse por más tiempo. Svetlana se acercó a mí por fin y pasó con cuidado mi brazo por su cuello. Miró a Hesser y advertí una expresión de furia en su rostro. —Déjalo, Svetlana. Déjalo —dije—. El jefe tiene razón. Yo también he comprendido hoy por dónde pasa la frontera que no podemos cruzar por duro que sea el enfrentamiento. No vale la pena que te enfades. En definitiva —añadí separando la mano de la herida para que pudiera verla—, esto no es más que un rasguño. Somos Otros, no personas, ¿qué significa una herida así para nosotros? —Gracias, Antón —dijo el jefe, y mirando a Iegor, añadió—: También a ti hay que darte las gracias, muchachito. Lamento enormemente que termines eligiendo el otro lado de la barricada, pero aun así sabía que acabarías defendiendo a Antón. El niño hizo ademán de acercarse al jefe, pero lo retuve aguantándolo firmemente del hombro. No era momento para que le soltara alguna grosería. ¿Cómo iba a comprender la complejidad de aquel juego que llevábamos? ¿Cómo iba a comprender que Hesser no había hecho más que una jugada de respuesta a la trama urdida por

las Tinieblas? —Solo lamento una cosa, Hesser —dije—. Que Zavulón no haya aparecido por aquí. Lamento no haber podido mirarlo a la cara en el momento en que sus planes se venían abajo. El jefe se tomó un instante antes de responder. Probablemente le costaba pronunciar aquellas palabras. Tampoco a mí iba a resultarme fácil oírlas. —Zavulón no tiene nada que ver en todo esto, Antón. Lo siento, pero es así. Él es ajeno a cuanto ha ocurrido hoy aquí. Se trata de una operación de la Guardia Nocturna. Una operación exclusivamente nuestra.

TERCERA HISTORIA: SOLO PARA LOS SUYOS

Prólogo

El hombrecillo era moreno y de ojos rasgados, la clase de presa que habría apetecido a cualquier policía de la capital. En su sonrisa confusa y en su mirada perdida e ingenua se apreciaba una sensación de desconcierto. A pesar del horrible calor, vestía un traje oscuro y pasado de moda, aunque apenas usado, y una antigua corbata del

período soviético. En una mano llevaba un maletín abultado y ajado, de esos con los que se pascaban agrónomos y presidentes de cooperativas agrícolas progresistas en las viejas películas propagandísticas; en la otra, un melón envuelto en una bolsa de malla. El hombrecillo se apeó del coche cama de tercera clase sin dejar de sonreír: a la azafata, a los compañeros de viaje, al mozo de carga con el que acababa de tropezar, al chico que vendía limonada y cigarrillos en un tenderete. Levantó la vista y contempló admirado el techo que cubre la estación de Kazan. Anduvo con lentitud por el andén, deteniéndose a ratos y agarrando el melón de la manera que le resultara más cómoda. Podía tener treinta años o cincuenta: a un europeo se le hacía difícil determinarlo a simple vista. En comparación, el joven que un minuto más tarde abandonó el coche cama de ese mismo tren, que cubría el trayecto Tashkent-Moscú, quizá uno de los más sucios y destartalados del mundo, parecía todo lo contrario. Su fisonomía era también de tipo oriental, aunque, en su caso, casi podía precisarse que se trataba de un uzbeco. No obstante, vestía a la manera moscovita: shorts, camiseta, gafas oscuras y en el cinturón una pequeña cartera de cuero y un teléfono móvil. No llevaba equipaje. Nada en él revelaba el mínimo aire provinciano. No miró alrededor buscando la ansiada letra «M» que señalara una boca de metro. Se despidió del revisor con un rápido movimiento de la cabeza y rehusó las proposiciones de los taxistas con ademán decidido. Le bastaron unos pocos pasos para sumarse a la multitud y escabullirse entre la agitación de los recién llegados, así como para que cierta

animadversión e incomodidad se instalaran en su rostro. En un instante se convirtió en un elemento orgánico y anónimo de la multitud. En el cuerpo de esta surgió una célula más, saludable y alegre, que no inquietaba ni a los fagocitos, es decir, los policías, ni a las pequeñas células vecinas. Entretanto, el hombrecillo, con el melón y el maletín a cuestas, se abría paso entre la multitud farfullando infinitas disculpas en un ruso deficiente, hundiendo la cabeza en el pecho, mirando alrededor. Dejó atrás un paso subterráneo y se dirigió hacia el siguiente. Se detuvo ante un cartel publicitario, junto al cual se estaba algo más cómodo, y sacó, apretando torpemente sus pertenencias contra el pecho, un arrugado papel que estudió con atención. Ni por asomo el rostro del oriental reflejaba la menor sombra de sospecha de que lo seguían. A los tres individuos que lo aguardaban apoyados contra la pared de la estación, esto les venía de perlas. Se trataba de una hermosa joven, vivaz, pelirroja, que llevaba un vestido de seda ceñido al cuerpo, un chaval con pinta de punki y unos ojos sorprendentemente avejentados y aburridos, y un hombre algo mayor, acicalado y amanerado. —No se le parece —dijo dubitativo el chaval con ojos de anciano—. Definitivamente, no se le parece. Yo lo vi hace tiempo y solo un rato, pero... —¿Tal vez prefieras precisarlo con Dzhora? —preguntó la chica en tono burlón—. Para mí está claro: es él. —¿Asumes tú la responsabilidad? —El chaval no dio muestras de sorpresa o de querer discutir. Se trataba de una simple precisión. —Sí —dijo la chica, que no apartaba la mirada del oriental—. Vamos. Le daremos alcance en el paso subterráneo. Se

pusieron en marcha y sus primeros pasos fueron lentos y sincronizados. Después se separaron, la chica siguió en dirección recta, los hombres hacia los lados. El hombrecillo se guardó el papel y siguió su camino con evidentes dudas sobre la ruta que debía seguir. A cualquier moscovita, o persona que frecuentara la capital, le habría sorprendido encontrar que a esa hora el paso subterráneo estuviera desierto. Era el camino más rápido y cómodo desde el metro hasta el andén de la estación de trenes. Pero el hombrecillo no reparó en ello. Fue incapaz de percibir que los transeúntes se apartaban como si toparan con una barrera invisible. Que lo mismo sucediera en la entrada al paso desde el interior de la estación de trenes, ya era algo que él no tenía modo de ver. Un señor sonriente y de aspecto melifluo le cortó el paso. Le seguían, algo más rezagados, una bella muchacha y un chico vestido de manera descuidada, con un pendiente en la oreja y unos téjanos ajados. El hombrecillo no se detuvo. —Un momento, padrecito —le dijo el hombre en tono amistoso. Su voz, como su aspecto, era fina y amanerada—. No vaya tan deprisa. El oriental, sonriendo, volvió la cabeza pero no se detuvo. El melifluo desconocido movió la mano como si trazara una línea entre él y el hombrecillo. El aire se estremeció, un viento frío barrió el paso de peatones. En algún lugar del andén unos críos comenzaron a llorar y aulló un perro. El hombrecillo se detuvo, mirando ante sí con aire pensativo. Apretó los labios, resopló y volvió a sonreír al hombre que tenía ante sí. Algo chirrió, como si un cristal invisible hubiera estallado. El desconocido retrocedió un paso, con una expresión de dolor en el rostro. —Bravo,

devoniano —dijo la chica situándose detrás del oriental—. Pero justo ahora no deberías darte prisa. —Es que llevo prisa, y mucha —dijo apresuradamente el hombrecillo, y se volvió—. ¿Te apetece un poco de melón, guapa? La chica sonrió. —¿Por qué no te vienes con nosotros? —propuso—. Nos sentaremos en una casa de té. Degustaremos tu melón y tomaremos té. Hace tiempo que te esperamos. No está bien que quieras darnos esquinazo. En el rostro del hombrecillo se reflejó por un instante la tensión de quien tiene que tomar una decisión fundamental. Después, asintió: —Muy bien, vamos. Su primer golpe derribó al hombre amanerado. Era como si por delante del recién llegado hubiese un escudo o pared invisible, inmaterial, una manga de viento que arrastró al hombre por los suelos. Mientras caía, sus largos cabellos ondularon, entornó los ojos y de su garganta se escapó un grito mudo. El punki agitó la mano y unos destellos de color escarlata golpearon al hombrecillo. Su brillo cegador se atenuó hasta convertirse en un fulgor pálido. —¡Vaya, vaya! —exclamó el hombrecillo. Siguió caminando y sacudió los hombros como si ahuyentase a una mosca inoportuna. —¡Alisa! —llamó el joven sin interrumpir su inútil maniobra. Movía los dedos como si estrujase el aire, extrayendo de este coágulos de color escarlata que arrojaba contra el hombrecillo—. ¡Alisa! La chica agachó la cabeza, atenta a la huida del oriental. Musitó unas palabras y se pasó la mano por el vestido. Un prisma transparente apareció en la palma de su mano. El hombrecillo echó a correr por el túnel agitando cómicamente la cabeza. El hombre con aspecto melifluo continuaba arrastrándose

ante él, pero ya no intentaba gritar. Tenía el rostro destrozado y cubierto de sangre, y las extremidades rotas e inertes, como si en lugar de haberse deslizado apenas tres metros sobre el liso pavimento del paso subterráneo, un furioso huracán o un caballo enloquecido lo hubiera arrastrado tres kilómetros por una estepa pedregosa. La chica miró al hombrecillo a través del prisma. El oriental aminoró el paso. Luego comenzó a gemir, abriendo los brazos: el melón cayó sobre el suelo de mármol y se partió en dos. Lo siguió, suave y pesadamente, el maletín. —¡Ay! —exclamó el hombre a quien la chica había llamado «devoniano»—. ¡Ay, ay! Mientras caía, el hombrecillo se fue encogiendo. Sus mejillas se hundieron, sus pómulos se afilaron, sus manos se volvieron delgadas como las de un anciano. Sus cabellos negros no encanecieron, pero se cubrieron de un polvo gris y enralecieron. El aire vibró y una corriente invisible de calor fluyó hacia Alisa. —Lo que no me pertenecía, es mío desde ahora —musitó la chica—. Todo lo tuyo es mío. Una ola de rubor cubrió su rostro al mismo tiempo que el hombrecillo se consumía. Chasqueó los labios y pronunció unas palabras sordas e ininteligibles. El punki frunció el entrecejo y dejó caer la mano; el último rayo escarlata golpeó el suelo oscureciendo la piedra. —Demasiado fácil —dijo—. Demasiado fácil. —El jefe estaba muy enojado. —La joven ocultó el prisma en un pliegue del vestido. Sonrió. Su rostro transmitía esa fuerza y energía que suele iluminar los rostros de las mujeres después de hacer el amor frenéticamente—. Ha sido fácil, pero nuestro Kolenka no tuvo suerte. El punki asintió, mirando el cuerpo inmóvil de su compañero.

Sus ojos opacos no denotaban compasión ni, por otra parte, animadversión alguna. —De eso no cabe duda —dijo. Se acercó con paso seguro al cadáver reseco. Pasó la palma de la mano sobre él y el cuerpo se deshizo en cenizas. Otro movimiento similar convirtió el melón destrozado en una papilla viscosa. —El maletín —dijo la chica—. Revisa el maletín. El punki hizo otro movimiento con la mano, la raída piel sintética se quebró y el maletín se abrió como una ostra ante el cuchillo de un experto buceador. Solo que, a juzgar por la mirada del joven, la ansiada perla no se encontraba allí. Dos mudas de ropa interior limpia, unos pantalones de algodón, una camisa blanca, unas sandalias de plástico dentro de una bolsa de polietileno, un recipiente cerrado con unos tallarines coreanos resecos y unas gafas guardadas en su funda. El muchacho efectuó unos pases más que provocaron que se abriera la funda de las gafas, se quebrara el recipiente y se dispersara la ropa. Soltó una maldición. —¡Está vacío, Alisa! Aquí no hay nada. —Pero se trata de un devoniano, un correo, Stasik. ¡No pudo delegar en nadie su misión! —Pues lo hizo —dijo el punki removiendo con el pie las cenizas del oriental—. ¿Acaso no te previne, Alisa? De los Luminosos se puede esperar cualquier cosa. Tú cargas con la responsabilidad. Es posible que yo sea un mago débil, pero al menos tengo medio siglo de experiencia más que tú. —Sí —convino ella—. Tienes razón, Stasik. Pero dentro de medio siglo nuestra experiencia se habrá igualado. El punki rió, se sentó junto a su compañero muerto y comenzó a rebuscar en los bolsillos. —¿Tú crees? —Estoy segura. De nada vale que insistas en tener razón,

Stasik. También propuse comprobar el resto del pasaje. El muchacho se volvió demasiado tarde, cuando la vida comenzaba a abandonar su cuerpo en una docena de hilos ardientes e invisibles. **1**

Era un Oldsmobile antiguo y por eso me gustaba. Solo que las ventanillas abiertas no me salvaban del calor infernal que la carretera incandescente despedía durante el día. Se echaba de menos un equipo de aire acondicionado. Ilia debía de pensar lo mismo. Conducía sujetando el volante con una mano y no dejaba de hablar y mirar a los lados. Yo sabía que un mago de su nivel veía las distintas probabilidades con diez minutos de antelación y que no chocaríamos, pero de todos modos no podía evitar sentirme inquieto ante su comportamiento. —Estuve pensando en instalar el aire acondicionado —le dijo a Iulia como disculpándose. La chica sufría más que nadie a causa del calor: tenía el rostro cubierto de feas manchas rojas y la mirada perdida, como si fuera a vomitar—. Pero por qué estropear todo el coche, si no se hizo para esto. Ni para equipos de aire acondicionado, ni para teléfonos móviles u ordenadores a bordo. —Claro, claro —dijo Iulia, y sonrió sin demasiado entusiasmo. El día anterior había habido faena, nadie durmió, estuvimos reunidos hasta las cinco de la mañana y después pasamos el resto de la jornada en la oficina. Por supuesto que era una marranada hacer que una chica de

trece años tuviese que doblar el espinazo al mismo nivel que los adultos, pero era ella la que se había ofrecido, nadie la obligaba. Svetlana, sentada en el asiento delantero, miró con preocupación a Iulia. Luego, con extrema desaprobación, a Semión. Ante su mirada, el impasible mago a punto estuvo de atragantarse con el Java. Tuvo que inhalar aire con fuerza y el humo de tabaco que flotaba en el coche entró en sus pulmones. Arrojó la colilla por la ventanilla. Con todo, los Java que fumaba eran una concesión a la opinión pública, porque hasta no hacía mucho Semión prefería los Poliot y el resto de las peores marcas de cigarrillos. —Cerrad las ventanillas —pidió Semión. Un minuto más tarde en el coche comenzó a hacer frío. Olía a mar: un leve aroma a sal. Supe que se trataba del olor de la noche a orillas del mar, de un mar no demasiado lejano: la conocida costa de Crimea. El yodo, las algas, el leve perfume del ajenjo. El mar Negro. Koktebel. —¿Koktebel? —pregunté. —Yalta —puntualizó Semión—. Septiembre, día diez, año mil novecientos setenta y dos, hacia las tres de la mañana. Después de una suave tormenta. Ilia chasqueó la lengua con expresión de envidia. —¡Vaya! ¿Y hasta hoy no habías utilizado ese aroma? Iulia miró a Semión con aire de culpabilidad. Conservar perfiles climáticos era algo que no estaba al alcance de cualquier mago, y el aroma que Semión acababa de gastar habría embellecido cualquier velada. —Gracias, Semión Pávlovich —dijo Iulia. Semión la intimidaba sin quererlo y ella lo llamaba siempre por el nombre y el patronímico. —No es nada—respondió Semión—. En mi colección cuento con una lluvia en la taiga del año mil novecientos trece, un

tifón del cuarenta, una mañana primaveral del cincuenta y seis en Yurmalá, y creo que también con una tarde de invierno en Gagry. Ilia se rió: —Una tarde de invierno en Gagry es poca cosa. Pero una lluvia en la taiga... —No voy a canjearla por nada —advirtió Semión al instante—. Conozco tu colección y no tienes nada que se le compare. —¿Y por dos... no, mejor por tres...? —Puedo regalártela —propuso Semión. —Vete al diablo —dijo ofendido Ilia—. ¿Qué podría ofrecerte yo a cambio de algo así? —Entonces acudiré a la desconservación. —Gracias también por eso. Era evidente que estaba enfadado. A mi modo de ver, Ilia y Semión se encontraban casi al mismo nivel en cuanto a capacidades, puede incluso que el primero fuese superior. Pero Semión tenía un olfato especial para elegir el instante más valioso y reproducirlo después. Y, además, no desperdiciaba su colección en naderías. Claro que alguien podría pensar que lo que acababa de hacer era un derroche innecesario: embellecer la última hora del caluroso trayecto con una colección tan preciosa de sensaciones. —¡Quién pudiera una tarde, en torno a una barbacoa, aspirar el aroma de un néctar como ese! —exclamó Ilia. A veces se distinguía por una insensibilidad absoluta. Iulia aguzó el oído. —Recuerdo una vez que estaba en Oriente Próximo —dijo de pronto Semión—. Nuestro helicóptero... total, que nos fuimos caminando. Los aparatos de comunicación habían quedado inservibles y, en aquellas circunstancias, recurrir a la magia equivalía a pasearse por Harlem con un cartel en el que se leyera «Machaquemos a los negros» o algo así. Anduvimos a pie por el desierto de Hadramaut. Y todavía nos

quedaba por andar casi nada, cien kilómetros, mejor, ciento veinte, hasta llegar al poblado más cercano. Ya no teníamos fuerzas. Nos habíamos quedado sin agua. Entonces, Aliochka, un buen chico que ahora trabaja en el Primoric, va y me dice: «No puedo más, Semión Pávlovich. Tengo en casa mujer y dos hijos, y quiero llegar sano y salvo». Así que se tiende sobre la arena y desconserva una de sus reservas. ¡Una tormenta! Llovió a cántaros durante unos veinte minutos. Bebimos hasta saciarnos, llenamos las cantimploras y recuperamos fuerzas. Me dieron ganas de darle una buena tunda por habérselo callado hasta ese momento, pero sentí pena de él. Después de un discurso tan largo, se hizo el silencio en el coche. Semión no solía revelar sucesos de su turbulenta biografía con tanto detalle. El primero en hablar fue Ilia. —¿Y por qué no utilizaste tu lluvia de la taiga? —Pero ¿cómo vas a compararla? —dijo Semión—. Una maravillosa lluvia de colección del año trece y una tormenta de primavera cualquiera, recogida, además, en Moscú. ¡Si hasta olía a gasolina! —De acuerdo. —He ahí la cuestión. Todo tiene su momento y su lugar. La tarde que acabo de recordar era agradable, pero nada extraordinaria. Vamos, que le va muy bien a este cacharro. Svetlana rió por lo bajo. La ligera tensión que flotaba en el coche se disipó. La Guardia Nocturna había pasado toda la semana en ascuas. Daba la impresión de que en Moscú no sucedía nada fuera de lo normal, y el trabajo seguía la rutina habitual. Sobre la ciudad se cernía un calor inusual para el mes de junio, y los informes de sucesos habían alcanzado cotas mínimas. Ni los Luminosos ni los Tenebrosos se

sentían a gusto. Durante casi todo un día nuestros analistas trabajaron sobre la posibilidad de que el calor inesperado se debiera a una acción urdida por los Tenebrosos. Seguro que en ese mismo momento la Guardia Diurna investigaba si a los Magos de la Luz les habría dado por manipular el clima. Cuando ambas partes se convencieron de las causas naturales de las alteraciones climáticas, no hubo absolutamente nada de que ocuparse. Los Tenebrosos se apaciguaron, como moscas castigadas por la lluvia. En la ciudad, a pesar de todos los pronósticos de los médicos, la cifra de accidentes y muertes naturales descendió. Los Luminosos tampoco tenían ganas de trabajar, los magos se peleaban por cualquier cosa. Para recibir los documentos más intrascendentes solicitados a los archivos había que esperar hasta medio día. Ante la petición de que elaboraran un pronóstico del tiempo, los analistas replicaron con enfado: «Oscura es el agua en las nubes». Boris Ignátievich deambulaba por la oficina totalmente aturdido. Incluso él, con todo su rico pasado y su procedencia oriental, se sentía abatido por la ola de calor que asolaba la ciudad. En la mañana del jueves convocó a todo el personal, designó a dos «voluntarios» para que le ayudaran y ordenó al resto que desaparecieran de la capital. Podían marchar a donde quisieran: a las islas Maldivas, a Grecia o a una casa de campo en las afueras de la ciudad. O al infierno, donde se estaría mejor que en la tórrida capital. Su orden fue terminante: que nadie apareciera por la oficina antes del lunes a la hora de la comida. Tras esperar exactamente un minuto, hasta que las anchas sonrisas se borraran de los rostros de todos, el

jefe añadió que tan inesperada felicidad requería un buen esfuerzo previo a fin de librarse de la vergüenza del ocio. No por nada los clásicos decían aquello de que «el lunes comienza el sábado», así que, como nos concedían tres días de descanso, estábamos obligados a terminar todo el trabajo rutinario antes de las inesperadas vacaciones. De modo pues que tuvimos que arrimar el hombro. Y a algunos los sorprendió el alba trabajando. Nos dedicamos a verificar el comportamiento de los Tenebrosos que se habían quedado en la ciudad y estaban sujetos a un seguimiento especial: vampiros, hechiceros, íncubos y súcubos, brujas en activo y demás monstruos de menor entidad. Todo parecía en orden. Tal como estaban las cosas, los vampiros preferían apostar por una buena jarra de cerveza helada que por un sorbo de sangre. Las brujas, por su parte, ensayaban conjuros para convocar la llovizna en lugar de entretenerse con sus acostumbrados maleficios. Nos tocaba descansar, aunque no en las Maldivas. Por lo visto, el jefe había sobreestimado la generosidad del contable. Pero dos o tres días en las afueras de la ciudad no estaban nada mal. ¡Pobres de los voluntarios que se quedaron con el jefe en la capital, a cargo de tareas de vigilancia y protección! —Necesito llamar a casa —dijo Iulia, más animada desde que Semión había cambiado el calor que imperaba en el coche por la frescura de la brisa marina—. Sveta, pásame el teléfono. También a mí me alivió el fresco. Miré los coches a los que adelantábamos: la mayor parte iba con los cristales bajados y sus ocupantes nos miraban con envidia, sospechando sin razón que se trataba de un viejo automóvil dotado de

un potente equipo de aire acondicionado. —Pronto habrá que girar —dije a Ilia. —Ya lo sé. Estuve aquí en una ocasión. —¡Silencio! —exigió Iulia, y se puso a parlotear por teléfono—. ¡Mamita, soy yo! Sí, ya llegamos. ¡Claro que bien! Hay un lago. No, no, es pequeño. Mamita, te he llamado solo un minuto. Sveta me ha dejado el móvil de su padre. No, no hay nadie más. ¿Con Sveta? Te la paso. Svetlana suspiró y cogió el teléfono móvil de manos de Iulia. Me dirigió una mirada sombría e intenté componer una expresión seria. —Hola, tía Natasha —dijo Svetlana con fina voz infantil—. Sí, muy contentas. Sí. No, con adultos. Mamá no está aquí ahora mismo, ¿quieres que la llame? Sí, ya se lo diré. Adiós. Desconectó el teléfono y dijo a nadie en particular: —¿Qué va a pasar cuando tu madre le pregunte a la verdadera Sveta cómo pasasteis el fin de semana? —Sveta responderá que lo pasamos bien. Svetlana suspiró y buscó la mirada de Semión en demanda de apoyo. —La utilización de la magia en provecho propio acarrea consecuencias impredecibles —sentenció Semión en tono formal—. Recuerdo que en cierta ocasión... —¿Qué tiene que ver la magia con esto? —lo interrumpió Iulia, sinceramente sorprendida—. Le dije a Sveta que me iba de juerga con unos amigos y le pedí que me cubriera. Se quejó un poco, pero, por supuesto, acabó aceptando. Ilia sonrió con picardía. —Ni falta que me hace esa juerga —dijo Iulia enfadada, sin comprender qué le había hecho tanta gracia a Ilia—. Que se diviertan a su manera los humanos; pero ¿qué os hace tanta gracia? No se la veo por ningún lado. Los agentes de la Guardia pasamos la mayor parte de nuestra vida trabajando. No porque seamos unos entusiastas

adictos al trabajo, al fin y al cabo, ¿quién en sus cabales no prefiere descansar a trabajar? Tampoco porque nuestro trabajo sea la mar de interesante: casi toda nuestra actividad se reduce a un aburrido patrullar o a gastar los pantalones contra los asientos de la oficina. Pero sucede que somos pocos. La Guardia Diurna se nutre de agentes con mayor facilidad, porque cualquier Tenebroso se muere por adquirir poder. Nuestra situación es totalmente distinta. Aun así, y más allá del trabajo, cada uno de nosotros tiene una parcela de vida que no está dispuesto a ceder: ni a la Luz ni a las Tinieblas. Es nuestra y no nos interesa hacer ostentación de ella, aunque tampoco la escondemos. Se trata del remanente que nos queda de nuestra anterior condición humana. Hay quien se va de viaje a la menor posibilidad. Ilia, por ejemplo, es de los que prefieren hacer turismo, sin reparar demasiado en los gastos. Semión, por el contrario, prefiere el banal autoestop. En otra época viajó, sin tener donde caerse muerto, de Moscú a Vladivostok en tiempo récord, pero no registró su logro en la Liga de los Trashumantes, pues durante el trayecto recurrió a la magia en dos ocasiones. Ignat no concibe el ocio más que como aventura sexual. No es el único. Casi todos los Otros pasan por esa etapa, gracias a que la vida nos ofrece posibilidades inasequibles a los humanos. Es un hecho establecido que las personas, incluso sin desearlo, sienten una atracción inconsciente, pero intensa, hacia los Otros. Entre nosotros hay muchos coleccionistas. Desde los inofensivos coleccionistas de cortaplumas, colgantes, sellos de correo y mecheros, hasta los que atesoran perfiles climáticos, olores, auras y viejos

hechizos. Hubo un tiempo en que yo coleccionaba automóviles en miniatura e invertía grandes sumas de dinero en ejemplares raros, que solo constituían un valor para unos cuantos miles de idiotas. Ahora esa colección está amontonada en dos cajas de cartón. Tendría que dejarla en el parque para darles una alegría a los niños del vecindario. El número de cazadores y pescadores también es notable. A Igor y a Garik les gusta saltar en paracaídas en condicionen extremas. La encantadora Galia, nuestra innecesaria programadora, se dedica al cultivo de bonsáis. En general, la vasta reserva de aficiones que la humanidad ha acumulado encuentra fieles adeptos entre nosotros. Pero no tenía ni idea de qué le gustaba a Tigrecito, a cuya casa nos dirigíamos en ese momento. Y tenía casi tantos deseos de saberlo como de librarme del bochorno de la ciudad. Con frecuencia, basta ir a la casa de alguien para detectar en qué consiste su «rareza». —¿Falta mucho para llegar? —inquirió Iulia, que evidentemente comenzaba a hartarse del viaje. Ya habíamos dejado la carretera y recorrido cinco kilómetros por un terraplén que bordeaba un pueblo de casas de campo y un pequeño riachuelo. —Ya casi hemos llegado —respondí comprobando el plano que nos había dejado Tigrecito. —¡De casi, nada! —me corrigió Ilia, y lanzó el coche hacia un lado, directamente contra los árboles. Iulia lanzó un ¡ay! y se cubrió el rostro con las manos. Svetlana reaccionó con más temple, pero extendió los brazos hacia delante en espera del impacto. El coche pasó como un bólido a través de un arbusto seco y de un montón de árboles derribados y arremetió contra un seto. Por supuesto, no

chocamos, sino que atravesamos la penumbra y salimos a una carretera bien asfaltada. Ante nosotros refulgió el espejo de un pequeño lago, junto al que se alzaba una casa de ladrillos de dos plantas rodeada por una tapia elevada. —Lo que me sorprende de los hechiceros es su propensión al ocultamiento —dijo Svetlana—. No le bastaba con sumir la casa en la penumbra, sino que tuvo que mandar levantar también esa tapia. —¡Tigrecito no es una hechicera! —replicó Iulia—. Es una maga y, además, teriántropo. —Es lo mismo —dijo Sveta dulcemente. Iulia miró a Semión, evidentemente esperando apoyo. El mago suspiró. —En realidad, Sveta tiene razón. Los magos que se especializan exclusivamente en dominar técnicas de combate son hechiceros. Solo que con otro signo. Si Tigrecito hubiese tenido otro estado de ánimo cuando se adentró por primera vez en el Crepúsculo, se habría sumado a las huestes de los Tenebrosos y habría acabado siendo una hechicera. Son muy pocas las personas para las que todo está predeterminado. Por lo general, se produce una lucha, un preámbulo a la iniciación. —¿Y conmigo cómo fue? —preguntó Iulia. —Ya te lo he contado —rezongó Semión—. Lo tuyo fue muy fácil. —Se sometió a tus padres y maestros a una ligera remoralización —dijo Ilia riendo para sus adentros y deteniendo el coche junto al porche—, y la pequeña niña quedó embargada al instante por sentimientos de amor y bondad hacia el mundo que la rodeaba. —¡Basta ya, Ilia! —le reconvino Semión, quien estaba encargado de la instrucción de Iulia, si bien asumía la tarea con cierta desgana y apenas se entrometía en los progresos de la chica. Aun así, era

evidente que el superfluo sarcasmo de Ilia no le había hecho ninguna gracia. No cabía duda de que Iulia era una niña con talento, y la Guardia tenía grandes esperanzas depositadas en ella. Pero no tantas como para hacerla recorrer la laberíntica sucesión de rompecabezas morales con la rapidez que se imponía a una futura Gran Maga de la talla de Svetlana. Sveta y yo nos miramos. Habíamos pensado lo mismo al mismo tiempo. Una pared pesada e invisible nos separaba. Yo jamás pasaría de ser un mago de tercer nivel. Svetlana me sobrepasaría en cualquier momento, muy pronto, convirtiéndose en una maga que superaría todas las categorías. La Guardia así lo necesitaba. Cuando llegara ese momento, no habría entre nosotros más que fríos apretones de mano y, acaso, el fiel intercambio de postales por los cumpleaños y la Navidad. —¿Se han olvidado de que esperan visita, o qué? —dijo indignado Ilia, a quien no atormentaban esos problemas. Se asomó por la ventanilla y una brisa cálida inundó el coche. Saludó en dirección a la cámara instalada sobre el portón e hizo sonar el claxon. La doble puerta comenzó a abrirse lentamente. —Así está mejor —rezongó el mago, y condujo el coche hacia el interior del patio. La casa ocupaba una parcela amplia y densamente poblada de árboles. Era un milagro que hubiesen logrado construirla sin dañar tantos pinos y abetos gigantes. Aparte de un pequeño arriate en torno a una fuentecilla que no funcionaba, no había rastros de huerta. Ante la casa, en una especie de plazoleta asfaltada, había cinco coches aparcados. Reconocí el viejo Niva que Danil utilizaba movido por un exceso de patriotismo, y el coche deportivo de Olga, que

no alcance a imaginar cómo había conseguido llegar por el terraplén. Además, estaban la vieja furgoneta de Tolik y dos coches que había visto cerca de la oficina, aunque no sabía quiénes eran sus dueños. —No nos han esperado —se enfadó Ilia—. Ya están en plena juerga, mientras los mejores agentes de la Guardia todavía van dando tumbos por intransitables caminos rurales. En cuanto Ilia hubo apagado el motor, Iulia exclamó: —¡Tigrecito! Pasó por encima de mí, abrió la portezuela y saltó del coche. Semión soltó un taco y corrió tras ella. Fue una suerte que lo hiciera. Ignoro dónde estaban escondidos aquellos perros. Lo cierto es que no aparecieron hasta que Iulia salió del coche. Pero tan pronto como sus pies tocaron tierra, unas sombras de color pajizo comenzaron a surgir de la oscuridad. Iulia pegó un grito. Sus facultades le habrían bastado para vérselas con una manada de lobos, así que cinco o seis perros no significaban nada para ella. Sin embargo, nunca había participado en una lucha real, y aquello la desconcertó. A decir verdad, no esperaba un ataque precisamente allí, y mucho menos de esas características. Los perros jamás atacan a los Otros. Temen a los Tenebrosos y aman a los Luminosos. Hace falta trabajar muy duro con los animales para ahogar en ellos el terror natural que les produce la presencia personificada de la magia. Svetlana, Ilia y yo nos apeamos a toda prisa, pero Semión ya se nos había adelantado. Cogió a la chica con una mano y con la otra trazó una línea en el aire. Supuse que utilizaría la magia para espantar a los perros, que desaparecería en el Crepúsculo o que los reduciría a cenizas. Por lo general, cuando se

actúa «por reflejos» se ejecutan los hechizos más simples. Pero Semión optó por lo que llamamos una «congelación temporal». A dos de los perros la congelación los sorprendió en el aire: sus cuerpos, iluminados por un resplandor azul, parecían pender sobre la tierra, con las fauces abiertas. Las gotas de saliva que se habían desprendido de sus colmillos semejaban una granizada de azul resplandeciente. Los tres perros congelados en tierra presentaban un aspecto menos efectista. Tigrecito, pálida y con el rostro demudado, echó a correr hacia nosotros. Se detuvo por un instante junto a Iulia, que ya comenzaba a calmarse, aunque seguía chillando por inercia. —¿Todos enteros? —preguntó finalmente. —Vete al diablo —dijo Ilia bajando su bastón mágico—. ¿Qué clase de fieras crías? —¡No os hubieran hecho nada! —dijo Tigrecito con aire de culpabilidad. —¿Estás segura? —Semión depositó a Iulia en el suelo. A continuación pasó un dedo por el colmillo descubierto de uno de los perros suspendidos en el aire. Una película viscosa cedió bajo la presión. —¡Os lo juro! —Tigrecito se llevó la mano al pecho—. Chicos, Sveta, Iulenka, perdonadme. No pude sujetarlos a tiempo. Están adiestrados para tirar al suelo a los desconocidos e impedirles cualquier movimiento. —¿También a los Otros? —Sí. —¿También a los Luminosos? —En la voz de Semión se notó una admiración sincera. Tigrecito bajó la vista y asintió. Iulia se acercó a ella, la abrazó y le dijo, recuperada ya la calma: —Yo no me asusté. Solo me sentí desconcertada. —¡Y yo! —acotó Ilia en tono sombrío, guardando el arma—. Por suerte, los perros exóticos no me tientan; jamás comería uno asado, por ejemplo.

¡Pero si tus perros me conocen! —A ti no te habrían tocado. La tensión se fue disipando. Naturalmente, no nos habría ocurrido nada grave, porque sabemos cómo curar nuestras heridas, pero el incidente quizá hubiese dado al traste con nuestra salida al campo. —Perdonadme —repitió Tigrecito, dirigiéndonos una mirada suplicante. —¿Qué necesidad tienes de criar estos perros? —le preguntó Sveta—. Tú sola te bastas para defenderte de un destacamento de boinas verdes, ¿para qué estos rottweiler? —No son rottweiler. Son terrier staffordshire. —¿Cuál es la diferencia? —Una vez intentaron robar y los perros lo impidieron. Yo solo vengo uno o dos días a la semana. Alguien tiene que cuidar de la casa. La explicación no era demasiado convincente. Con un simple conjuro bastaba para generar tal sensación de miedo que a nadie se le habría pasado por la cabeza acercarse a la casa. Tigrecito no nos dio tiempo para señalar esa obvia circunstancia. —Es que yo soy así —dijo. —¿Dejaremos a los perros congelados mucho rato? —preguntó Iulia—. Quiero hacerme amiga de ellos. De lo contrario, podría quedarme un complejo latente que acabaría por reflejarse en mi carácter y mis preferencias sexuales. Semión se echó a reír. Con su réplica, espontánea o premeditada, Iulia había puesto fin al enojoso recibimiento. —Volverán en sí al atardecer. Ahora, señora, ¿nos invita a pasar? Dejamos a los perros allí donde los había sorprendido la congelación y nos dirigimos hacia la casa. —¡Qué bien que ya estemos aquí! —exclamó Iulia, que se había olvidado de nosotros y solo tenía ojos para Tigrecito. La maga era su ídolo, y estaba dispuesta a perdonarle lo que fuera, incluidos aquellos perros

excesivamente feroces. Es curioso que las facultades inasequibles sean siempre las que convertimos en fetiches. Iulia era una analista maravillosa, capaz de deshilvanar los hilos de la realidad, de descubrir ocultas causas mágicas detrás de acontecimientos aparentemente ordinarios. Era inteligente, en el departamento la adoraban, y no solo debido a su corta edad, sino también por ser una compañera valiente y una colaboradora valiosa cuando no insustituible. Pero su ídolo, Tigrecito, era una teriántropo, una maga guerrera. Tal vez Iulia hiciera mejor en imitar a la buena viejecita Polina Vasílievna, que hacía horas extras en el departamento de análisis para sacarse un sobresueldo, o enamorarse del jefe de departamento, el imponente, maduro y seductor Edik. Pues no. Su ídolo era Tigrecito. Me había rezagado, y comencé a silbar. Advertí que Svetlana me miraba y le hice una señal con la cabeza. Todo iba bien. Nos esperaban días enteros de descanso: sin Tenebrosos ni Luminosos, sin intrigas ni conflictos. Nos limitaríamos a bañarnos en el lago, tomar el sol y comer pinchos de cordero acompañados de vino tinto. Por las tardes, iríamos a la sauna, que en esas casas de campo solían ser buenas. Después, en compañía de Semión, cogería una botella de vodka, un pote de setas saladas, nos iríamos a algún sitio alejado del resto del grupo y beberíamos hasta emborracharnos, contemplando las estrellas mientras manteníamos conversaciones filosóficas sobre temas sublimes. Las perspectivas, por lo tanto, no podían ser mejores. Todo lo que quería era comportarme como un hombre común y corriente. Aunque fuese por unos días. Semión se

detuvo y me propuso: —Cojamos dos botellas. O tres. Puede que venga alguien más. No valía la pena asombrarse, y mucho menos enfadarse. Semión no había leído mis pensamientos. Su experiencia vital avalaba esa capacidad de penetración, sencillamente. —De acuerdo —asentí. Svetlana me miró de reojo con desconfianza, pero no dijo nada. —A ti te resulta más fácil —añadió Semión—. Y no tengo demasiadas oportunidades de comportarme como un hombre. —¿Acaso vale la pena? —preguntó Tigrecito, ya junto a la puerta. Semión se encogió de hombros y concluyó, cuando ya entrábamos en la casa: —Claro que no. Pero a veces apetece. Puede que veinte huéspedes fuesen muchos incluso para una casa como aquella. Si se hubiera tratado de personas ordinarias todo habría sido diferente. Pero nosotros hacíamos demasiado ruido. Inténtese reunir a dos docenas de niños a los que, hasta ese mismo momento, se les hubiera obligado a estudiar durante algunos meses, póngase en sus manos todo el surtido de una tienda de juguetes, permítaseles hacer lo que quieran, y obsérvese el resultado. El jolgorio que teníamos organizado se parecía bastante al que unos niños así hubieran producido. Tal vez, solo Sveta y yo quedáramos un poco al margen de esos juegos ruidosos. Cogimos de la mesa sendas copas de vino y nos sentamos en un pequeño sofá de cuero que había en un rincón de la sala. Semión e Ilia se habían enzarzado en un duelo de magia. Una justa cordial, pacífica e incluso divertida. Al parecer, en el coche Semión había herido el amor propio de su amigo; ahora se dedicaban a cambiar por turnos el clima de la estancia. Ya habíamos sentido el invierno en los bosques de los alrededores de Moscú, la

niebla de otoño y el verano de España. Tigrecito prohibió categóricamente las lluvias y las tormentas, pero el propósito de los magos no era desencadenar los elementos. Al parecer, habían establecido algunas limitaciones y no competían tanto por la rareza del fenómeno producido como por su adecuación al momento. Garik, Farid y Danil jugaban a las cartas. Utilizaban cartas ordinarias, pero el aire que soplaba sobre la mesa brillaba a causa de la magia. Habían recurrido a todos los métodos disponibles para hacer trampas y defenderse de ellas, de modo que ya no tenía importancia qué cartas se repartieran o cuáles les tocaran en las rondas sucesivas. Junto a la puerta abierta, Ignat estaba rodeado de las chicas del departamento científico y nuestras penosas programadoras. Al parecer, nuestro sexófilo se las había ingeniado para sufrir una derrota en el frente amoroso y en ese momento se lamía las heridas en un círculo íntimo. —Antón —me dijo Sveta a media voz—. ¿Crees que todo esto es real? —¿A qué te refieres? —A esta alegría. ¿Recuerdas lo que dijo Semión? Me encogí de hombros. —¿Volveremos a hacernos esta pregunta cuando tengamos cien años? Ahora me siento a gusto. Me encuentro bien, sin más. No hay que correr a ninguna parte, no hay que calcular nada, porque a los agentes de la Guardia les ha dado por hablar y echarse a la sombra. —También yo me siento a gusto —convino Svetlana—, pero piensa que aquí solo hay cuatro jóvenes o casi jóvenes: Iulia, Tigrecito, tú y yo. ¿Qué será de nosotros dentro de cien años o dentro de trescientos? —Ya lo veremos. —Compréndeme, Antón —dijo Sveta, y rozó ligeramente mi mano—, me siento muy orgullosa

de haber ingresado en la Guardia. Me siento feliz de que mi madre haya recuperado su salud. Mi nivel de vida también ha mejorado. Sería ridículo negarlo. Hasta puedo entender por qué el jefe te sometió a una prueba así... —Dejémoslo, Sveta. —Tomé su mano—. También yo lo entendía, pese a que me tocó lo más difícil. No hablemos más de eso. —No era mi intención. —Sveta bebió del vino hasta vaciar su copa—. Lo que quería decir es que no veo alegría. —¿Dónde? —A veces soy increíblemente torpe. —Aquí. En la Guardia Nocturna. En esta misma velada. Y es que para nosotros no hay día en el que no haya alguna batalla, sea un enfrentamiento en toda regla o una pequeña escaramuza. Contra algún hechicero que ha perdido el control de sí, contra algún Tenebroso, contra todas las fuerzas de las Tinieblas coaligadas. La tensión, el acopio de fuerzas, la mirada fija, dispuestos a arrojarnos con el pecho desnudo sobre una tronera o con el culo desnudo sobre un puerco espín. Solté una carcajada. —Sveta, pero ¿qué hay de malo en ello? Sí, somos soldados. Todos, hasta el último, desde Iulia hasta Hesser. La guerra no es muy alegre, por supuesto. Pero si retrocedemos... —¿Qué? —me interrumpió Sveta—. ¿Vendrá el Apocalipsis? Durante miles de años las fuerzas del Bien y del Mal han combatido entre sí. Sus miembros se cortaron el cuello los unos a los otros, azuzaron a ejércitos de hombres, y todo en aras de metas sublimes. Pero dime, Antón, ¿acaso la humanidad no ha mejorado desde entonces? —En efecto. —¿Y desde la época en que comenzó el trabajo de las Guardias? Antón, querido, tú me has contado tantas cosas sobre todo esto... Otros también me han explicado que el

combate principal se libra por el alma de los hombres y que nuestro propósito es evitar matanzas en masa, pero ¿acaso son tantas las muertes que impedimos? Los hombres se matan entre ellos. Mucho más que hace doscientos años. —¿Quieres decir que nuestro trabajo es perjudicial? —No. —Sveta negó con la cabeza—. No es eso. Al respecto no tengo ninguna duda. Solo quiero decir una cosa: puede que nosotros realmente seamos la Luz, pero ¿sabes?, en la ciudad estuvieron vendiendo adornos falsos para los árboles navideños. A simple vista eran como los verdaderos, solo que no transmitían ninguna alegría. Relató esta pequeña anécdota con absoluta seriedad y sin cambiar de tono. Me miró a los ojos. —¿Comprendes lo que quiero decir? —Lo comprendo. —Tal vez sea cierto que los Tenebrosos ya no ocasionan tantos males —continuó Svetlana—. Creo que se pueden justificar nuestras concesiones mutuas. Me refiero a eso de intercambiar una acción buena por cada acción mala, las licencias para matar y curar. Los Tenebrosos ocasionan menos males que antes y nosotros, por definición, no traemos el Mal. Pero ¿qué hay de los humanos? —¿Qué pintan aquí los humanos? —¡Es que se trata justamente de ellos! Los defendemos abnegada e incansablemente, pero ¿por qué entonces no mejoran? ¿Por qué se las arreglan para hacer ellos solos el trabajo de las Tinieblas? ¿Por qué? Tal vez hayamos perdido algo, Antón. No sé si aquella fe con la que los Magos de la Luz enviaban ejércitos a la muerte, pero marchando ellos mismos en primera fila, o quizá la capacidad de repartir alegría, además de defender. ¿De qué sirve que los muros sean sólidos, si son

los muros de una cárcel? La gente ha olvidado en qué consiste la verdadera magia, la gente no cree en las Tinieblas, ¡pero tampoco en la Luz! Somos soldados, Antón, ¡sí!, pero al ejército solo lo quieren en tiempos de guerra. —Estamos en guerra. —¿Quién lo sabe? —Probablemente no seamos del todo soldados —admití. Renunciar a la propia posición establecida nunca es agradable, pero no había otra salida—. Tal vez más bien seamos húsares que marchan al redoble de los tambores. —Los húsares sabían sonreír, pero nosotros ya casi somos incapaces de hacerlo. —Entonces dime qué hay que hacer. —Comprendí de pronto que el día que prometía ser maravilloso se deslizaba rápidamente por una pendiente que conducía a un barranco oscuro y fétido repleto de antiguos desechos—. ¡Dímelo tú, que eres una Gran Maga, o pronto lo serás, un general de nuestra guerra! Yo soy un simple teniente. Dame una orden y asegúrate de que sea la correcta. Venga, dime, ¿qué debo hacer? Entonces reparé en que el silencio se había apoderado de la sala, que todos nos escuchaban a nosotros. Pero ya me daba lo mismo. —Si me ordenas que salga a la calle a matar a los Tenebrosos, voy y lo hago. No se me da muy bien, ¡pero me voy a esforzar, y mucho! Si me ordenas que sonría y reparta el Bien entre los humanos, lo haré. Solo que, ¿quién responderá al Mal, al que yo le allano el camino? Sí, el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, son palabras que repetimos olvidando su sentido, las enarbolamos como banderas y dejamos que el viento y la lluvia las pudran. Entonces, ¡danos una palabra nueva! ¡Danos nuevas banderas! ¡Dinos adonde tenemos que ir y qué tenemos que hacer! Vi que empezaban a

temblarle los labios. Me callé, pero ya era tarde. Svetlana lloraba cubriéndose el rostro con las manos. Pero ¿qué estaba haciendo yo? ¿Acaso ya no somos capaces de sonreímos incluso el uno al otro? Tal vez tenga cien veces razón, pero... ¿De qué sirve mi verdad si puedo defender a todo el mundo pero no a quienes están a mi lado? ¿He de resignarme a odiar, a ser incapaz de amar? Me levanté bruscamente, abracé a Svetlana y la saqué de la sala. Los magos permanecían de pie desviando la vista. Quizá no fuese la primera vez que veían una escena como esa. Quizá lo entendieran todo. Tigrecito apareció a nuestro lado, abrió una puerta y me indicó que entrara. Me miró con una mezcla de reproche e inesperada comprensión. Y nos dejó a los dos a solas. Por un minuto permanecimos inmóviles. Svetlana lloraba en silencio, apretándose contra mi pecho. Esperé. Ya no había nada que decir. Ya lo había dicho todo. —Lo intentaré —musitó. Aquello me tomó por sorpresa. Hubiera aceptado cualquier cosa, una ofensa, un contraataque, una queja, pero no eso. Svetlana separó las manos del rostro bañado en lágrimas. Sacudió la cabeza y sonrió. —Tienes razón, Antoshka. Toda la razón. No hago más que protestar y quejarme. Gimo como una niña y no entiendo nada. Me arrastran por la nariz a que coma la papilla, me permiten que toque el fuego y esperan. Esperan a que crezca. Quiero decir, que es necesario. Yo lo intentaré, yo os daré banderas nuevas. —Sveta... —Tienes razón —continuó—. Pero yo también, al menos en parte. No, por supuesto, en haber perdido la compostura ante los colegas. Ellos se divierten como pueden. Luchan como pueden. Hoy tenemos un día de fiesta y no

hay razón para que lo echemos a perder. ¿De acuerdo? Otra vez volví a sentir la pared. La invisible pared que siempre se interpondría entre Hesser y yo, entre los jerarcas de la Guardia y yo. Esa pared que el tiempo construye separándonos. Acababa de colocar en ella, con mis propias manos, unas hileras más de ladrillos de frío cristal. —Perdóname, Sveta —murmuré—. Perdóname. —Olvidémoslo —dijo ella con firmeza—. Por ahora aún podemos permitirnos olvidar. Miramos alrededor. —¿Estamos en el despacho? —preguntó Sveta. Había armarios de roble llenos de volúmenes cuidadosamente ordenados tras un cristal oscuro, un sólido escritorio y, encima de él, un ordenador. —Sí —respondí. —¿Tigrecito vive sola? —No lo sé. Ya sabes que no tenemos por costumbre hacer ese tipo de preguntas. —Al parecer, vive sola. Por lo menos, ahora. —Svetlana sacó un pañuelo y se secó las lágrimas—. Tiene una casa muy bonita. Regresemos, Antón, no sea que los demás se sientan incómodos. Negué con la cabeza, desechando esa posibilidad: —Seguro que sintieron que no nos peleábamos. —No, imposible. Hay barreras de insensibilización instaladas en todas las habitaciones. Miré a través del Crepúsculo y percibí un centelleo oculto en las paredes. —Ahora lo veo. Cada día te haces más fuerte —dije. Svetlana sonrió orgullosa. —Es extraño. ¿Para qué construir barreras si vives sola? —¿Y para qué colocarlas cuando no estás sola? —pregunté a media voz para que no hubiese necesidad de responder. Y Svetlana no respondió. Salimos del despacho y regresamos a la sala. El ambiente no era del todo fúnebre, pero poco faltaba. Fuese Semión o Ilia, el caso es que alguno se había

esforzado: en la habitación reinaba una atmósfera húmeda, que evocaba un pantano. Ignat, de pie y abrazado a Lena, contemplaba con tristeza a los demás. Ignat prefería la alegría en todas sus manifestaciones: cualquier altercado o tensión le sentaban como una puñalada en el corazón. Los jugadores tenían la vista fija en una sola carta, que se movía, se retorcía y cambiaba de palo y valor. Iulia, enfadada, interrogaba en voz muy baja a Olga. —¿Me sirves algo de beber? —preguntó Sveta tomándome de la mano—. ¿O no sabes que no hay mejor medicina para una mujer histérica que una buena copa de coñac? Tigrecito, que permanecía junto a la ventana con aspecto desdichado, se apresuró a ir al bar. ¿Acaso habría anotado nuestra discusión en su cuenta? Sveta y yo tomamos unas copas de coñac, brindamos y nos besamos con ostentación. Capté la mirada de Olga sobre nosotros. Una mirada que no denotaba alegría ni tristeza, sino, sencillamente, curiosidad. Simplemente curiosidad. Y celos, tal vez. Con todo, los celos no parecían tener nada que ver con que nos besáramos. De pronto me sentí mal, como si hubiera salido de un laberinto por el que llevaba días, meses, arrastrándome solo para atisbar la entrada a las catacumbas que me esperaban. 2

Hasta dos horas más tarde no tuve ocasión de hablar con Olga a solas. La algarabía, no importa cuán forzada le pareciera a Svetlana,

se había trasladado al jardín. Semión mandaba en la barbacoa, repartiendo pinchos de cordero, cuya velocidad de cocción no dejaba dudas sobre la intervención de la magia. Cerca, a la sombra, esperaban dos cajas de vino tinto. Olga conversaba animadamente con Ilia. Ambos tenían ocupadas las manos con pinchos de cordero y vasos de vino. Daba pena interrumpir aquel idilio, pero tenía que hacerlo. —Olga, necesito hablar contigo —dije acercándome a ellos. Svetlana, entretanto, estaba inmersa en una acalorada discusión con Tigrecito acerca del tradicional carnaval de Año Nuevo de la Guardia, tema al que habían pasado, en virtud de alguna caprichosa lógica femenina, cuando discutían sobre el tórrido clima que sufríamos. Era el momento oportuno para intercambiar unas palabras con Olga. —Perdóname un segundo, Ilia —le dijo interrumpiendo bruscamente la charla—. Después seguimos discutiendo, ¿vale? Me interesa mucho tu opinión sobre las causas de la desintegración de la Unión Soviética, aunque creo que te equivocas. El mago esbozó una sonrisa triunfal y se alejó. —Te escucho, Antón —me animó Olga sin cambiar de tono. —¿Sabes qué voy a preguntarte? —Lo supongo. Miré alrededor. No había nadie cerca. Persistía ese breve momento del picnic en la casa de campo en que todavía hay deseos de comer y beber y aún no han aparecido la pesadez en el estómago, o en la cabeza. —¿Qué le espera a Svetlana? —Es difícil adivinar el futuro. Y el futuro de los Grandes Magos y Magas... —No te andes con rodeos, Olga. —La miré a los ojos—. No es necesario. ¿Acaso no hemos vivido juntos muchas cosas? ¿No hemos sido compañeros en aquella época en que estabas

castigada y despojada de todo, incluso de ese cuerpo? Y justamente, además. Olga palideció. —¿Qué sabes tú de mi culpabilidad? —Todo. —¿Cómo te has enterado? —A fin de cuentas, trabajo con datos. —A esos no tienes acceso. Nunca introdujeron mi historia en los archivos electrónicos. —Datos indirectos, Olga. ¿Has visto los círculos concéntricos que se forman en el agua al arrojar una piedra? Puede que esta yazca desde hace tiempo en el fondo, cubierta de musgo, pero los círculos continúan expandiéndose. Si la piedra era grande, las olas que generan erosionan los acantilados, arrojan a la orilla basura y espuma, hacen que la barca vuelque. Las que tú generaste, Olga, eran enormes. Ahora imagínate que desde lo alto de un acantilado pude ver cómo rompían contra la costa. —Es un farol. —No lo es. Dime, ¿qué va a suceder con Sveta? ¿Cuál será la próxima etapa de su instrucción? Olga me miraba fijamente. Había olvidado su pincho de cordero y el vaso ya medio vacío. Le propiné otro golpe. —¿Tú pasaste esa etapa? —Sí. —Al parecer, Olga había decidido hablar—. Pasé esa etapa, pero a mí me prepararon a un ritmo más lento. —¿Y por qué se dan tanta prisa con Sveta? —Nadie imaginaba que en este siglo nacería otra Gran Maga. Hesser ha tenido que improvisar y adaptarse sobre la marcha. —¿Fue esa la razón de que te restituyeran tu aspecto anterior? No se debió solo a tus éxitos, ¿no es cierto? —¡Pero si ya lo sabes todo! —protestó Olga, incómoda—. ¿Por qué me torturas? —¿Tú controlas su preparación? ¿Lo haces a partir de tu propia experiencia? —Sí. ¿Satisfecho? —Olga, tú y yo estamos a un mismo lado de la barricada —musité. —Entonces, deja de dar codazos a los

compañeros de armas. —¿Qué objetivo se pretende alcanzar con Sveta? ¿Qué no has podido hacer tú? ¿Qué se espera de ella? —¡No tienes ni idea de lo que nos estamos jugando! —estalló. Permanecí en silencio. —¡No sabes nada! Círculos en el agua, ¿no? ¡Tú no sabrías adonde mirar para verlos! —Supongamos que así sea. Pero acerté en lo principal, ¿o no? Olga se mordió el labio inferior. Después sacudió la cabeza. —Acertaste. Ahí tienes una respuesta directa a una pregunta directa. Pero no te explicaré nada más, porque no debes saberlo. Es algo que no te concierne. —Te equivocas, Olga. —Ninguno de nosotros le desea ningún mal a Sveta —dijo con aspereza—. ¿Queda claro? —Es que nosotros no sabemos desear el mal. Pero sucede que a veces nuestro Bien no se diferencia del Mal en nada. —Antón, acabemos con esta conversación. Yo no tengo derecho a contestarte. Y no hace falta estropear a los demás este descanso inesperado. —¿Hasta qué punto inesperado? —pregunté a modo de insinuación—. ¿Lo sabes? Ya había recuperado el control sobre sí misma, y su rostro permaneció impenetrable. Demasiado impenetrable para una pregunta como aquella. —Tú ya sabes demasiado. —Olga alzó la voz, que recuperó el anterior tono autoritario. —Olga, nunca nos habían enviado a descansar a todos juntos. Ni siquiera por un día. ¿Qué movió a Hesser a sacarnos a todos de la ciudad? —A todos no. —Polina Vasílievna y Andréi no cuentan. Sabes perfectamente que son trabajadores de despacho. Moscú se ha quedado sin un solo agente de la Guardia. —Los Tenebrosos también se han calmado. —¿Y qué? —Ya basta, Antón. Comprendí que no le sacaría ni una palabra más. —De

acuerdo, Olga. Hace medio año, el azar nos igualó por un tiempo. Ahora, por lo que parece, ya no es así. Probablemente tengas razón. Esto no es asunto mío y no debo inmiscuirme. Olga asintió. Fue algo tan inesperado que no acabé de creérmelo. —Muy bien, parece que al fin lo has comprendido. ¿Se estaba burlando, o realmente creía que yo había decidido hacer caso omiso de lo que estaba sucediendo? —Soy un chico listo, como sabes —dije. Busqué a Svetlana con la mirada. Conversaba animadamente con Tolik. —¿Te has enfadado conmigo? —preguntó Olga. Le acaricié una mano, sonreí y me encaminé hacia la casa. Me sentía pictórico, como un genio al que hubieran liberado de la botella después de mil años de encierro. Podía hacer cualquier cosa: construir palacios, destruir ciudades, programar en Basic o bordar con punto de cruz. Abrí la puerta sin tocarla: la empuje a través del Crepúsculo. No sé por qué lo hice. Es algo que me sucede en contadas ocasiones, cuando bebo mucho o estoy muy enfadado. En este caso, la primera causa no venía de ningún modo a cuento. En la sala no había nadie. Y, en realidad, para qué permanecer encerrado allí, cuando en el jardín se podía disfrutar de pinchos de cordero calientes, cerveza fría, vino tinto y suficientes tumbonas colocadas a la sombra. Me desplome sobre una butaca. Encontré una copa llena de coñac que no supe si era mía o de Svetlana. La vacié de un trago, como si no fuera un Prázdnichni de quince años, sino un vodka barato. Llené otra vez la copa. En ese instante, entró Tigrecito. —¿Puedo acompañarte? —preguntó. —Claro que sí. Se sentó a mi lado e inquirió: —¿Te encuentras bien? —Estoy bien —respondí—. No te preocupes. —¿Has

reñido con Sveta? Negué con la cabeza. —Ese no es el problema —dije. —Antón, ¿he hecho algo mal? ¿No os sentís a gusto aquí? La miré a los ojos con asombro sincero. —Todo va de maravilla, Tigrecito. Y la gente se lo está pasando muy bien. —¿Y tú? Nunca había visto a la teriántropo vacilar como en ese momento. Que si estábamos a gusto, que si no lo estábamos. De todos modos, no se puede complacer a todos. —Siguen preparando a Svetlana —dije. —¿Para qué? —Tigrecito frunció ligeramente el entrecejo. —No lo sé. Para algo que Olga no pudo hacer. Para algo muy peligroso y, al mismo tiempo, muy importante. —Eso es bueno. —Cogió una copa y bebió un sorbo de coñac. —¿Bueno? —Sí. Que la preparen, que la orienten... —Tigrecito buscó algo con la mirada. Luego se volvió hacia el equipo de música—. Nunca encuentro el mando. El equipo de música se encendió. Comenzó a sonar Kind of Magic, de Queen. Aprecié la soltura de su gesto. Manipular un circuito electrónico a distancia no es lo mismo que abrir huecos en la pared con la vista o espantar mosquitos con fuegos artificiales. —¿Cuánto duró tu período de instrucción antes de trabajar en la Guardia? —pregunté. —Comenzó a los siete años. A los dieciséis ya participaba en operaciones de cierta magnitud. —¡Nueve años! Te resultaría más fácil que a la mayoría, porque tu magia es natural. ¡De Svetlana quieren hacer una Gran Maga en medio año, o en uno a lo sumo! —Es duro —convino—. ¿Crees que el jefe se equivoca? Me encogí de hombros. Afirmar que el jefe se equivoca habría sido tan estúpido como negar que el sol sale por el este. Hesser había tenido cientos, y hasta miles de años para aprender a no

equivocarse. Podía actuar con severidad, incluso con crueldad, provocar a los Tenebrosos y enfrentarlos a los Luminosos. Lo podía todo. Menos equivocarse. —Me parece que sobrevalora a Sveta. —¡Es imposible! El jefe lo calcula todo. —Lo sé. Se le da muy bien el antiguo juego. —Y quiere lo mejor para Sveta —apuntó Tigrecito con obstinación—. ¿Comprendes? Puede que a su manera. Tú actuarías de otro modo, y también yo, y Semión, y Olga. Cualquiera de nosotros lo habría hecho de otro modo. Pero él dirige la Guardia, y está en todo su derecho. —¿Crees que lo ve más claro que nosotros? —Sí. —¿Y dónde queda la libertad? —Volví a llenar la copa, a pesar de que empezaba a dolerme la cabeza—. ¿Qué hay de la libertad? —Hablas como un Tenebroso —refunfuñó Tigrecito. —Prefiero pensar que son ellos los que hablan como yo. —Todo es muy simple, Antón. —Tigrecito se inclinó hacia mí y me miró a los ojos. Olía a coñac y a un leve aroma de flores, que difícilmente fuera perfume: a las hechiceras no les gusta perfumarse—. Tú la amas. —La amo, sí. ¿Hay aún alguien que no esté enterado? —Sabes que su nivel de fuerza pronto superará al tuyo. —Si es que no lo ha superado ya. —Recordé con qué facilidad Sveta había percibido la protección instalada en las paredes. —Lo superará con creces. No habrá comparación posible entre vuestras fuerzas. Sus problemas te resultarán incomprensibles e incluso extraños. Quedándote a su lado, te sentirás una carga constante, un gigoló, y comenzarás a aferrarte al pasado. —Así es. —Asentí y descubrí asombrado que la copa ya estaba vacía. La llené ante la atenta mirada de Tigrecito—. Por lo tanto, lo mejor que puedo hacer es olvidarme de

todo este asunto. No tengo nada que ganar. —No hay opción. No sospechaba que Tigrecito fuera capaz de tanta crueldad. Una cosa era que nuestra reacción ante su hospitalidad la alterase, y otra bien distinta que me enfrentara de este modo con la cruda verdad. —Lo sé. —Si lo sabes, entonces solo existe una razón para que te escandalices ante la rapidez con que el jefe está promoviendo a Svetlana. —Se me acaba el tiempo, Tigrecito —dije—. Se me escurre como la arena entre los dedos. Desaparece como la lluvia que cae del cielo. —¿Tu tiempo? Di mejor vuestro tiempo, Antón. —Nunca fue nuestro. —¿Por qué? Era una buena pregunta. Me encogí de hombros. —Porque hay animales que no se reproducen en cautividad. —¡Y dale con lo mismo! —exclamó enfadada—. Pero ¿de qué cautividad me hablas? Debes alegrarte por ella. Svetlana será el orgullo de los Luminosos. Fuiste el primero en descubrirla. Precisamente tú fuiste capaz de salvarla. —¿Para qué? ¿Para que esté lista para librar la próxima batalla contra las Tinieblas? ¿Para empujarla a ese enfrentamiento innecesario? —Ahora vuelves a hablar como los Tenebrosos. ¡Tú la amas! ¡Pues no le pidas nada a cambio! ¡Así es el camino de la Luz! —La Luz y las Tinieblas terminan donde nace el amor. La indignación le impedía hablar. Meneó la cabeza con evidente disgusto. —Al menos prométeme una cosa… —dijo. —Depende de qué se trate. —Que serás razonable y confiarás en los compañeros que te superan en experiencia. —Digamos que te lo prometo a medias. Suspiró y continuó de mala gana: —Escúchame bien, Antón. Probablemente creas que soy ajena a lo que estás atravesando. No es así. Yo tampoco

quería ser una teriántropo. Tenía aptitudes para la curación, y bastante buenas. —¿De veras? —La miré asombrado. Nunca se me habría pasado por la cabeza que Tigrecito podría haber acabado de curandera. —Las tuve, ¡vaya si las tuve! Pero en el momento de elegir en qué dirección desarrollar mis potencialidades, me llamó el jefe. Tuvimos una larga charla frente a una tetera y una bandeja de dulces. Hablamos como adultos, aunque yo era solo una niña, menor incluso que Iulia. Comentamos las necesidades de la Luz, las carencias de la Guardia, lo que yo podía lograr. Y decidimos que tenía que desarrollar las aptitudes para la transformación y el combate, aunque ello fuera en perjuicio de todo lo demás. Al principio no estaba muy convencida. ¿Tienes idea de lo doloroso que resulta transformarse? —¿En tigre? —No, transformarse en tigre no cuesta nada. Lo difícil es el camino de vuelta. Pero lo soporté. Porque creí en el jefe, porque comprendí que era lo correcto. —¿Y ahora? —Ahora soy feliz —respondió con fervor—. Y sé muy bien de lo que me he privado: del trasiego con hierbas, exorcismos, psicoauras deformes, vórtices y hechizos. —Sangre, dolor, terror, muerte —dije en el mismo tono—. Combatir en dos o tres niveles de realidad al mismo tiempo. Eludir el fuego, beber sangre, abrirse paso por rutas intrincadas. —Así es la guerra. —Quizá, pero ¿por qué tienes que estar precisamente en la primera línea de fuego? —¿No debe alguien hacerlo? A fin de cuentas, no tendría una casa como esta. —Tigrecito abarcó el salón con un gesto—. Ya sabes que una curandera no es que gane demasiado. Si te empeñas en curar al máximo de tu capacidad, alguien comenzará a

matar sin parar. —Sí, aquí se está bien —convine—. ¿Vienes con frecuencia? —Depende. —Supongo que no mucho. Empalmas una guardia con otra, bajas al mismísimo infierno. —Es el camino que elegí. Asentí, mientras me preguntaba qué demonios hacía yo allí. —Sí, tienes razón. Debes de estar cansada. No paro de decir disparates. Tigrecito me miró con suspicacia, asombrada de que capitulase tan fácilmente. —Me quedaré un rato aquí sentado, bebiendo —añadí—. Es un placer emborracharse a solas, quedarse dormido bajo la mesa y despertarse con dolor de cabeza. Enseguida te sientes aliviado. —Adelante —me invitó, aunque percibí en su voz un deje de alarma—. ¿A qué hemos venido si no? El bar está abierto. Elige lo que te apetezca. ¿Quieres que nos reunamos con los demás o prefieres que me quede contigo? —No. Prefiero estar solo —respondí, mientras le daba unas palmadas a la panzuda botella—. Como un vagabundo, sin nada que comer ni nadie con quien compartir la bebida. Avísame cuando os vayáis a bañar al lago. Tal vez todavía me queden fuerzas y os acompañe. —De acuerdo. Tigrecito sonrió dulcemente y salió de la habitación. Me quedé solo, si exceptuamos, claro está, la botella de coñac armenio, que suele ser un buen compañero. O al menos a uno le gusta creer que lo es. Tigrecito era una muchacha adorable. Todos ellos, mis amigos y camaradas de la Guardia, lo eran. Y sus voces, que me llegaban entre los acordes de la música de Queen, me producían una sensación placentera. Con algunos me llevaba mejor que con otros, pero allí no tenía ni tendré enemigos. Habíamos andado y andaríamos juntos y solo había una

cosa capaz de separarnos. ¿Por qué, entonces, no me satisfacía lo que ocurría? Se trataba de una insatisfacción que solo me afectaba a mí, pues Olga y Tigrecito aprobaban los actos del jefe, y el resto, si se les preguntara directamente, darían su aprobación sin dudar un instante. ¿Será que no puedo abordar este asunto con objetividad? Tal vez sea eso. Me bebí el coñac y miré a través del Crepúsculo, intentando descubrir las débiles palpitaciones de otras vidas, carentes de razón. De inmediato detecté la presencia en la sala de tres mosquitos, dos moscas y una araña que colgaba del techo, en un rincón del artesonado. Con los dedos, modelé una diminuta esfera de fuego de unos dos milímetros de diámetro. Apunté a la araña —para entrenarse lo mejor es escoger un blanco inmóvil— y le disparé la minúscula bola de fuego. Mi conducta no tenía nada de inmoral. Al fin y al cabo, la mayoría de los Otros en Rusia no éramos budistas. Comíamos carne, matábamos moscas y mosquitos, envenenábamos cucarachas. Y se trataba, por cierto, de un trabajo continuo: si cada mes no inventabas nuevos hechizos, los insectos se volvían inmunes a la magia. Nada inmoral. Tenía gracia hablar de moralidad, cuando lo de «disparar al mosquito con la bola de fuego» se había convertido en una frase hecha. Era el entretenimiento favorito de los chicos de todas las edades que estudiaban en los cursos de la Guardia. Seguramente, también los Tenebrosos se divertían así, solo que ellos no distinguían entre una mosca y un gorrión, o un mosquito y un perro. Incineré la araña al instante. Los mosquitos semidormidos tampoco representaron un problema. Celebré cada victoria con una copa de

coñac, brindando con la servicial botella. Después me dispuse a batir a las moscas, pero o bien yo tenía mucho alcohol en la sangre o bien las moscas intuían mucho mejor que se aproximaba un proyectil de fuego. Empleé cuatro descargas para fulminar a la primera, pero al menos los tiros fallidos sirvieron para dispersarlas. A la segunda, la maté con la sexta bola de fuego, no sin antes haber impactado dos veces en la estantería acristalada de la pared. —No está bien —admití mientras terminaba de beber el coñac. Cuando me levanté, la cabeza me daba vueltas. Me acerqué a la estantería, tapizada con terciopelo negro. Descubrí unas espadas. A primera vista parecían fabricadas en Alemania, en los siglos XV o XVI. La bombilla que iluminaba el interior de la estantería estaba desconectada y no me atreví a determinar su antigüedad con mayor exactitud. Percibí las marcas dejadas en el cristal por las bolas de fuego. Por suerte no lo habían atravesado, de modo que las armas se habían librado de los impactos. Estuve un rato pensando en cómo corregir mi falta y no se me ocurrió nada mejor que devolver a su sitio el cristal que se había astillado y esparcido por la habitación. Ello me exigió un gasto de fuerzas mucho mayor que si hubiera deshecho y rehecho totalmente el cristal. Después me fui hasta el bar. Por alguna razón, ya no me apetecía beber coñac. En cambio, una botella de un licor de café mexicano me pareció un buen término medio entre el deseo de emborracharme y el de reanimarme. Café y alcohol en la misma botella. Me volví y encontré a Semión sentado en mi butaca. —Todos se han ido al lago —me comunicó el mago. —Ahora... —prometí acercándome—. Ahora me voy con ellos.

—Mejor sería que dejaras la botella —me aconsejó Semión. —¿Para qué? —pregunté, aunque obedecí. Semión me miró a los ojos. Las barreras no funcionaron, y comencé a sospechar del fallo demasiado tarde. Intenté desviar la vista, pero no pude. —¡Joder! —exclamé mientras me retorcía. —¡Por el pasillo y a la derecha! —me llegó el grito de Semión. Su mirada continuaba taladrándome la espalda, como si nos uniera un hilo invisible. Entré en el cuarto de baño a la carrera. Cinco minutos después llegó mi verdugo. —¿Qué tal? ¿Estás mejor? —Sí—respondí respirando con dificultad. Sosteniéndome a duras penas, hundí la cabeza en el lavabo. Semión abrió el grifo sin pronunciar palabra y me dio unas palmadas en la espalda. —Relájate. Hemos empezado con remedios tradicionales, y ahora... Una oleada de calor recorrió mi cuerpo. Solté un gemido, pero sin protestar. De pronto sentí que el sopor producido por el alcohol me abandonaba y se disipaba hasta el último rastro de borrachera. —¿Qué haces? —atiné a preguntar. —Le echo una mano a tu hígado. Bebe un poco de agua. Te sentirás mejor. Ciertamente, resultó. Al cabo de cinco minutos salí del cuarto de baño sudando, con el rostro enrojecido, pero totalmente sobrio. Me sentía con fuerzas para reclamar mis derechos. —Pero ¿por qué te has entrometido? Quería emborracharme y me emborraché. —Así son los jóvenes. —Semión meneó la cabeza con gesto de reprobación—. ¡Quería emborracharse! ¿Quién no se emborracha con coñac? Sobre todo después de haber estado bebiendo vino, y a esa velocidad: medio litro en media hora. Recuerdo que una vez, estando con Sasha Kuprin, decidimos

emborracharnos... —¿A qué Sasha te refieres? —A ese mismo, al escritor. Solo que por entonces todavía no escribía. Nos emborrachamos de manera civilizada, educada, hasta más no poder, con bailes sobre la mesa, disparos al techo y chicas incluidos. —¿Kuprin era uno de los Otros? —¿Sasha? No, pero era un buen hombre. Nos bebimos un cuarto, y a las colegialas las emborrachamos con champán. Me desplomé sobre el sofá. Tragué saliva con dificultad, miré la botella vacía y volví a sentir náuseas. —¿Y os emborrachasteis solo con un cuarto de litro? —Con un cuarto de barril, ¿cómo no íbamos a emborracharnos? —dijo Semión asombrado—. Antón, uno puede emborracharse, pero solo si es imprescindible. Y otra cosa: para emborracharse hay que hacerlo con vodka. El coñac y el vino son para el corazón. —¿Y el vodka para qué es? —Para el alma. Para los males del alma. Los verdaderamente graves. El pequeño y gracioso mago de rostro astuto, cargado de recuerdos sobre grandes hombres y batallas feroces, me miró con cierto aire de reproche. —Me he equivocado —reconocí—. Gracias por el consejo. —No es nada, viejo. En cierta ocasión le quité la borrachera a un tocayo tuyo tres veces en una tarde. Pero en ese caso había que beber sin emborracharse, porque así lo exigía la misión. —¿Qué tocayo? ¿Chéjov? —pregunté. —No, qué dices. Se trata de otro Antón, uno de los nuestros. Murió en el Lejano Oriente, cuando los samuráis... —Semión hizo un movimiento con la mano y se calló. Luego dijo casi con cariño—: No te des tanta prisa. Por la tarde, beberemos de manera civilizada, pero ahora hay que dar alcance a nuestros colegas. Vamos, Antón. Obedecí y salí de la casa

detrás de Semión. Sveta estaba echada en una tumbona. Se había cambiado de ropa y llevaba un bañador y una especie de pareo de colores que se había anudado a la cintura. —¿Estás bien? —me preguntó algo sorprendida. —Perfectamente. Parece que los pinchos de cordero me sentaron mal. Svetlana me miró fijamente, pero, por lo visto, aparte del color amarillento del rostro y los cabellos mojados, nada revelaba mi súbita borrachera. —Deberías hacerte ver el páncreas. —No es nada —intervino Semión—. Créeme, yo también me he dedicado a sanar. El calor, el vino agrio y los pinchos de cordero grasientos son las únicas causas. Lo que necesita ahora es un baño, y después, cuando anochezca, daremos cuenta de una botellita. Ese es el mejor tratamiento. Sveta se levantó, vino hacia nosotros y me miró compasivamente. —¿Qué tal si te sientas un rato aquí? Prepararé un té bien cargado. Sí, tal vez estuviera bien sentarnos juntos un rato. Simplemente eso. Juntos los dos. Tomar té. Hablar o callar, ¿qué más daba? Mirarla a ratos, o incluso no mirarla. Oír su respiración o taponarme los oídos. Bastaba con saber que estábamos el uno al lado del otro. Solo los dos, sin la jovial compañía de la Guardia Nocturna. Y, además, seguros de que era así, porque así lo deseábamos, no porque lo impusiera el programa ideado por Hesser. ¿Es posible que sea incapaz de sonreír? Asentí con la cabeza y le dediqué una tímida y desganada sonrisa. —No, mejor vayamos con los demás. Todavía no me he convertido en un veterano de las guerras mágicas. Semión ya había echado a andar, y aunque nos daba la espalda de algún modo supe que me había dedicado un guiño de aprobación. La noche no

trajo el fresco, pero al menos se llevó el bochorno. Hacia las seis o las siete de la tarde, nuestra sociedad se dispersó en pequeños grupos. El inagotable Ignat, acompañado de Lena y, por extraño que pareciera, de Olga, se quedó junto al lago. Iulia y Tigrecito se fueron a pasear por el bosque. Los demás nos repartimos entre la casa y el césped que la rodeaba. Semión y yo ocupamos la gran terraza de la segunda planta. Allí se estaba cómodo, soplaba un poco más de brisa y había un mueble de rejilla, cuyo valor se multiplicaba en aquellos álgidos momentos del verano. —Aquí va la primera —dijo Semión, y extrajo una botella de Smirnovka de una bolsa de plástico con el logotipo del yogur Danone. —¿Me la recomiendas? —pregunté indeciso. No me consideraba un especialista en vodka. —Llevo dos siglos bebiendo Smirnovka, y créeme si te digo que ha ido mejorando. A la aparición de la botella siguió la de dos vasos de cristal finamente tallado, un frasco de dos litros lleno de pepinillos hasta los bordes y un gran pote de col marinada. —¿Y con qué lo mezclamos? —El vodka no se mezcla con nada, muchacho —respondió Semión negando con la cabeza—. Solo esos mejunjes baratos que venden por ahí requieren alguna mezcla. —Mientras se vive... —... se aprende. Y respecto a la calidad de este vodka, no tengas dudas. Viene directamente de Chernogolovka, un territorio bajo mi control. Hay una fábrica allí en la que trabaja un brujillo repugnante que se ocupa de suministrarme los mejores caldos. —¿Se lo cambias por baratijas o qué? —me aventuré a preguntar. —Nada de eso. Se lo pago, y a buen precio. Es una relación privada, ajena al trasiego de las Guardias. Con un hábil ademán,

Semión abrió la botella y sirvió dos vasos hasta la mitad. La bolsa había permanecido todo el día en la terraza, pero el vodka, curiosamente, seguía frío. —¿A la salud...? —propuse. —Aún es temprano para eso. Comencemos brindando por nosotros. Semión había hecho un buen trabajo quitándome la borrachera. Era probable incluso que hubiese limpiado mi metabolismo de cualquier desecho. Me bebí medio vaso sin que me temblara la mano y descubrí, sorprendido, que el vodka puede ser tan agradable en medio de una helada invernal como bajo el tórrido calor del verano. —¡Excelente! —exclamó Semión mientras se arrellanaba en la butaca—. Habría que sugerirle a Tigrecito que instale aquí unas mecedoras. Sacó un espantoso Java y lo encendió. Al advertir mi mirada de disgusto, me advirtió: —Me lo fumaré de todos modos. Soy un patriota de mi país. —Y yo soy un patriota de mi salud —gruñí. Semión se burló. —Te contaré una historia. En una ocasión, un extranjero con quien tenía cierta relación me invitó a su casa... —¿Hace mucho de eso? —pregunté, imitando involuntariamente su estilo. —No, el año pasado. Quería que le enseñara a beber al modo ruso. Se alojaba en el Pent, y allá me fui con una amiguita y el hermano de esta, un joven que acababa de salir de la cárcel y no tenía dónde meterse. El caso es que nos fuimos los tres al Pent. Me imaginé la pinta que tendrían y sacudí la cabeza. —¿Y os dejaron entrar? —Sí. —¿Recurriste a la magia? —No, el amigo extranjero sobornó a los porteros. Había hecho una buena provisión de vodka y encurtidos. El caso es que nos encerramos a beber el treinta de abril y concluimos el dos de mayo. No

permitimos que entrara el personal de servicio ni encendimos la tele. Mirando a Semión, con su arrugada camisa a cuadros de fabricación nacional, sus viejos téjanos turcos y sus gastadas sandalias checas, uno podía imaginárselo bebiendo cerveza a granel de un cubo de hojalata de tres litros. Pero era difícil concebirlo en el exclusivo ambiente del Pent. —¡Qué brutos! —exclamé. —¿Porqué brutos? Mi amigo quedó encantado. Al final, me dijo que había comprendido en qué consistía una verdadera borrachera rusa. —¿En qué, precisamente? —En que te despiertas por la mañana y todo alrededor de ti es gris. El cielo, el sol, la gente, los pensamientos. Y la única salida que te queda pasa por continuar bebiendo. Solo entonces vuelven los colores. —¡Vaya si era curioso el extranjero! —No te lo puedes imaginar. Semión volvió a llenar los vasos, ahora por debajo de la mitad. Pero pareció pensárselo mejor y los llenó hasta el borde. —Bebamos, viejo. Bebamos porque no nos veamos obligados a beber, por que veamos el cielo azul, el sol amarillo y la ciudad como una amplia paleta de colores. Bebamos por eso. Tú y yo penetramos en el Crepúsculo y sabemos que, desde la otra parte, el mundo no es como lo ven los demás. Pero tiene que existir algo más. ¡Así que brindemos por los colores vivos! Totalmente atontado, me bebí medio vaso. —¡Eh! ¡Sin trampas! —protestó Semión. Apuré el vaso hasta el final. Me comí un puñado de la crujiente col agridulce y pregunté: —Semión, ¿por qué te comportas así? ¿Qué necesidad tienes de toda esa pose, de proyectar esa imagen? —No comprendo qué quieres decir. —No obstante... —Así es más fácil, Antoshka. Cada uno se defiende como

puede. Esa es mi manera de hacerlo. —¿Qué puedo hacer, Semión? —pregunté. —Haz lo que debes. —¿Y si no quiero hacer lo que debo? ¿Si nuestra luminosa verdad, nuestra honesta palabra de agentes de la Guardia y nuestras admirables buenas intenciones se tuercen por el camino? —Tienes que entender una cosa, Antón. —Se llevó un pepinillo a la boca—. Hace tiempo que deberías saberlo, pero has preferido mantenerte en tus trece. Nuestra verdad, por grande y luminosa que sea, no es más que la suma de muchas pequeñas verdades. —Hizo una pausa—. Pongamos que la sabiduría y la experiencia de Hesser superan incluso las expectativas de Dios. Pero a eso habría que añadir que tiene unas hemorroides curadas mediante magia, complejo de Edipo y la costumbre de darle la vuelta de manera novedosa a esquemas tan viejos como probados. Eso para que te hagas una idea, y no es que yo quiera encontrarle defectos, porque por algo es el jefe. Sacó otro cigarrillo, pero esta vez no me atreví a protestar. —Pero, vayamos al meollo del asunto. Tú eres un hombre joven, llegaste a la Guardia y te alegraste de ello. ¡Por fin el mundo se dividía en blanco y negro! Se habían cumplido los sueños de la humanidad: poder distinguir entre el Bien y el Mal. Sin embargo, tienes que comprender que las cosas no son tan sencillas. Hubo una época en la que todos éramos uno, los Tenebrosos y los Luminosos. Juntos nos sentábamos sobre el suelo cubierto de paja de las cuevas que habitábamos y escrutábamos a través del Crepúsculo en busca de los mamuts. Después, nos entregábamos a nuestros bailes, nuestros cánticos y elaborábamos las bolas de fuego que arrojaríamos contra

las tribus enemigas. Y entonces sucedió lo de aquella pareja de hermanos, Otros los dos. El primero que penetró en el Crepúsculo puede que ya estuviera saciado o que fuese el primero en conocer mujer. Y el segundo, lo contrario. Le dolía el estómago porque había comido demasiado bambú verde, y su mujer lo había rechazado con la excusa de un dolor de cabeza o el cansancio que le había producido toda una tarde desollando bestias. Y ahí comenzó todo. Uno sale en busca del mamut y con eso le basta. El otro exige un pedazo de la trompa y, además, la hija del jefe. Así fue como nos dividimos en Tenebrosos y Luminosos, en buenos y malos. ¿Acaso no es esta la leyenda que contamos a los niños en quienes descubrimos que pertenecen a los Otros? Solo que, viejo, ¿quién te ha dicho que todo acabó ahí? Semión se inclinó bruscamente hacia mí. La butaca crujió bajo su peso. —Así fue, es y será, siempre, Antoshka. Y no acabará jamás. ¿Qué hacemos, actualmente, con alguien que se distingue entre la masa anónima y decide imponer el Bien por su cuenta? Lo castigamos. Lo tildamos de psicópata, de histérico, lo acusamos de romper el equilibrio y lo enviamos al Crepúsculo de cabeza. ¿Y qué pasará mañana? ¿Dentro de cien años? ¿Dentro de mil? ¿Quién vigilará? ¿Tú? ¿Yo? ¿Hesser? —¿Qué nos queda, entonces? —¿Te consideras dueño de alguna verdad, Antón? ¿De una verdad que te parezca irrefutable? Si es así, cree en ella y no en la mía, o en la de Hesser. Cree en tu verdad y lucha por ella, hasta donde te lo permitan tus fuerzas. La libertad que reivindican los Tenebrosos no es mala porque implique ser libres de los demás. Eso es lo que solemos decirles

a nuestros niños, pero en verdad el problema de su libertad es que presupone, ante todo, librarse, es decir, despojarse, de uno mismo, de la propia conciencia, de la propia alma. Si un día descubres que tu pecho ya no se enciende de rabia, habrá llegado el momento de dar la voz de alarma. Aunque lo cierto es que para entonces ya será tarde. Calló y abrió otra botella de vodka. Suspiró. —La segunda. Presiento que hoy no vamos a emborracharnos. No resultará. Y respecto a lo que te dijo Olga... ¿Cómo se las arreglaba para escucharlo siempre todo? —Olga no está celosa porque Svetlana pueda realizar lo que ella dejó sin hacer. Tampoco porque Sveta lo tenga todo por delante, mientras que ella, si somos sinceros, ya es historia. Si está celosa es porque tú estás a su lado, porque la amas y te resistes a perderla. Incluso si no puedes hacer nada. Hesser pudo, pero no quiso. Tú no puedes, pero quieres. Al final, quizá no exista ninguna diferencia. Hay cosas que dejan poso en lo más profundo del alma, que la desgarran, por muchos años que hayan pasado. —¿Tú sabes para qué preparan a Svetlana? —Lo sé. —Semión volvió a llenar los vasos. —¿Me lo dirás? —No puedo. Me he comprometido. No puedo decirte nada más. —Semión... —Te he dicho que me he comprometido, Antón. ¿Me quito la camisa para que veas las marcas que me ha dejado en la espalda el fuego de otros castigos? Si te digo una palabra más, arderé junto con esta butaca y la ceniza cabrá en un paquete de cigarrillos. Así que perdóname, Antón. No insistas. —Gracias —dije—. Mejor bebamos. Tal vez consigamos emborracharnos después de todo. Me vendría muy

bien. —Ya lo veo —asintió Semión—. Manos a la obra. 3

Desperté muy temprano. Todo estaba en silencio, ese silencio vivo de las casas de campo en el que se oye el susurro de la brisa. Por suerte, había refrescado, aunque esa circunstancia no me aliviaba. Las sábanas estaban húmedas de sudor, y mi cabeza parecía a punto de estallar. Desde la cama contigua —nos habían asignado una habitación para tres— me llegaba el monótono ronquido de Semión. Tolik dormía en el suelo envuelto en una manta: se negó a dormir en la hamaca que se le ofreció, argumentando que le había vuelto a doler la espalda, lastrada por una lesión sufrida en no sé qué lío en 1976, y que prefería dormir sobre una superficie dura. Con la nuca sujeta entre las manos para evitar que se me rompiera a causa de un movimiento brusco, me senté en la cama. Miré la mesilla de noche y para mi sorpresa descubrí dos aspirinas y una botella de agua mineral. ¿Quién habría sido el alma caritativa? Semión y yo nos habíamos bebido dos botellas de vodka. Después vinieron Tolik y algunos más y trajeron vino, pero gracias a la poca lucidez que me quedaba no hice caso de este. Me tomé una aspirina con media botella de agua y me quedé un rato sentado con la mente en blanco, mientras esperaba a que la pastilla surtiera efecto. El dolor no se iba. Por lo visto, no podría soportarlo. —Semión —llamé con voz ronca—. ¡Semión! El mago abrió un ojo. Tenía muy buen aspecto, como si no hubiera bebido más que yo. He ahí las virtudes de una experiencia centenaria. —La cabeza... Quítame... —No tengo el hacha a mano —gruñó. —Vete al diablo —dije con un gemido—. ¿Me quitarás el dolor? —Antón, ¿acaso no bebimos voluntariamente? Nadie nos obligó, ¿verdad? ¿No nos quedamos a gusto? Se volvió y

continuó durmiendo. Comprendí que Semión no me ayudaría. Y, en cierta forma, tenía razón, solo que el dolor resultaba insoportable. Me calcé las zapatillas, pasé sobre el cuerpo de Tolik y salí de la habitación. Había dos cuartos para invitados, pero la puerta del segundo estaba cerrada con llave. Por el contrario, al final del pasillo, la puerta del dormitorio de nuestra anfitriona se encontraba abierta. Recordando lo que Tigrecito me había dicho sobre sus cualidades sanatorias, no dudé en entrar. Al parecer, ese día todo se había vuelto en mi contra. Tigrecito no estaba, como tampoco Ignat y Lena. Tigrecito había pasado la noche con Iulia. La chica dormía a la manera de los niños, con las manos y los pies fuera de la cama. A esas alturas me daba igual a quién pedir ayuda. Me acerqué con cuidado, me senté a su lado en la amplia cama y la llamé susurrando: —Iulia, Iulenka... La niña abrió los ojos, pestañeó y me preguntó con simpatía: —¿Resaca? —Sí. —No me atreví a asentir con la cabeza, porque en ese instante me pareció que dentro de mi cráneo acababa de estallar una granada. —¡Ya lo veo! Iulia cerró los ojos, como si volviera a adormecerse, y me echó los brazos al cuello. Durante algunos segundos no sucedió nada. Luego el dolor comenzó a desaparecer rápidamente. Era como si me hubiesen abierto un grifo en el cuello y por él saliera todo el veneno que había ingerido. —Gracias —fue lo único que atiné a musitar—. Gracias, Iulenka. —No bebas tanto, si no sabes beber —farfulló la niña, y se quedó absolutamente dormida, como si en un instante hubiera pasado del régimen de trabajo al de sueño. Es algo que solo los niños y los ordenadores saben hacer. Me levanté, percibiendo con sorpresa que el mundo recuperaba sus colores. Por supuesto que Semión tenía razón. Había que ser responsable. Pero en ocasiones a uno no le alcanzaban las fuerzas para serlo. Eché un vistazo al dormitorio. La luz que entraba por la ventana entreabierta lo teñía todo de tonos ocres. El equipo de música estaba envuelto en tonos dorados y, en el suelo, la alfombra emanaba un leve color marrón. Me recriminé mi presencia en una habitación a la que nadie me había llamado. Me acerqué en silencio

a la puerta y, cuando me disponía a salir, oí la voz de Iulia: —¿Me comprarás una tableta de Snickers? —Te compraré dos —prometí. Habría podido seguir durmiendo, pero las asociaciones que me produciría la almohada no me animaban a acostarme de nuevo. Miré alrededor, cogí mis téjanos y la camisa y me vestí de pie en el umbral. ¿Cómo era posible que todos durmieran todavía? A excepción de Tigrecito, que seguramente andaría merodeando por algún lado, y tal vez algunos otros que habrían continuado conversando y bebiendo hasta el amanecer. En la segunda planta había, además, una pequeña sala, en la que descubrí a Danil y a Nastia, empleada del departamento científico, durmiendo apaciblemente en el sofá. Me retiré a toda prisa. Danil estaba casado con una mujer dulce y hermosa, mientras que Nastia tenía un marido que la superaba largamente en edad y estaba perdidamente enamorado de ella. Ambos, sin embargo, no eran más que personas corrientes. Nosotros, en cambio, éramos voluntarios de la Luz, dotados de un código moral muy distinto, como en el frente, donde las enfermeras consuelan a oficiales y soldados, a veces más allá de sus funciones específicas. Es propio de la guerra sentir con toda intensidad el gusto de la vida. Me asomé a la biblioteca. Garik y Farid parecían haber pasado toda la noche charlando y bebiendo una botella tras otra. Evidentemente, no hacía mucho que se habían quedado dormidos en sus butacas. De hecho, la pipa de Farid todavía humeaba. El suelo estaba cubierto de libros sacados de las estanterías. Habían pasado la noche discutiendo y convocando en su ayuda a escritores y poetas, filósofos e historiadores. Llegué hasta la escalera de caracol, tallada en madera, y descendí a la planta baja. ¿Conseguiría encontrar por fin a alguien con quien compartir aquella apacible mañana? En la sala todos dormían. Me asomé a la cocina, pero tampoco allí encontré a nadie, a excepción de un perro, olvidado en un rincón. —¿Resucitaste? —le pregunté. El terrier enseñó los colmillos y gimió. —¿Quién te mandó ayer pelearte? —Me senté frente a él y cogí un trozo de salchichón de la mesa, pero el perro, bien adiestrado, no se

animó a acercarse—. Toma —lo invité. Su boca chasqueó sobre mi mano mientras se zampaba el salchichón. —Pórtate bien, contigo mismo y con los demás, ¿de acuerdo? —añadí—. Y no seas tan tímido. Me resultaba inaudito que ni uno solo de los invitados hubiera pasado la noche en vela. Cogí un trozo de salchichón para mí. Masticando, crucé la sala y me asomé al estudio. También allí dormían. El sofá cama dispuesto junto a una de las paredes estaba desplegado, pero aun así se veía estrecho. Por eso, los tres dormían apretujados. En el medio estaba Ignat, con los musculosos brazos abiertos y una sonrisa dibujada en el rostro. Lena, a su izquierda, se apretaba contra él, con una mano asida a sus espesos cabellos rubios y la otra cruzando su pecho en dirección a la segunda compañera de nuestro donjuán. Svetlana ocultaba el rostro debajo de la barbilla afeitada de Ignat, y tenía los brazos extendidos bajo la manta ligeramente apartada. Cerré la puerta despacio. El restaurante era acogedor. El Lobo Marino, como su nombre insinuaba, era famoso por sus platos de pescado y por su agradable interior en forma de barco. Además, estaba situado junto a una estación de metro, y para los sufridos miembros de la clase media, dispuestos a ir a cenar a un restaurante, pero ahorrándose el taxi, se trataba de un factor a tener en cuenta. El comensal que nos ocupa, sin embargo, había llegado en automóvil, un antiguo Shesterka bastante bien conservado. Para la atenta mirada de los camareros, no obstante, parecía ser más acaudalado de lo que su coche indicaba. La tranquilidad con que se bebía un caro vodka danés, en cuyo precio no había reparado, como así tampoco en los posibles problemas que su ingesta podía crearle con la policía de tráfico, ayudaba a acentuar esa impresión. Cuando el camarero se presentó con el esturión que nuestro hombre había pedido, este levantó por un instante su vista hacia él. Hasta ese momento había permanecido sentado haciendo rodar un palillo de dientes sobre el mantel y contemplando la vacilante llama de la lámpara de aceite. Pero ahora lo miraba fijamente. El camarero no contó a nadie la impresión que tuvo. Le pareció que al observar aquellos ojos se

asomaba a dos pozos resplandecientes, en el fondo de los cuales brillaba una luz tan intensa y cegadora que uno creía estar ante las Tinieblas. —Gracias —dijo el comensal. El camarero se alejó luchando contra el deseo de acelerar el paso. Se decía a sí mismo que seguramente solo se había tratado del efecto producido por el resplandor de la lámpara en la agradable penumbra del restaurante. Solo que esa clase de resplandor en la oscuridad apenas si se refleja en la mirada. Boris Ignátievich continuaba sentado rompiendo palillos de dientes. El esturión se enfrió, el vodka se calentó en el vaso de cristal. Tras el tabique adornado con maromas, falsos timones e imitaciones de lonas, se celebraba un cumpleaños. Llovían las felicitaciones y se maldecía el calor, los impuestos y a ciertos mafiosos «incorrectos». Hesser, el jefe del departamento moscovita de la Guardia Nocturna, esperaba. Los perros que habían quedado en el patio huyeron en cuanto me vieron. El pase de magia a que los habían sometido les sentó muy mal. Los músculos dejaban de obedecerles, apenas podían respirar o ladrar, la saliva se les congelaba en la boca, el aire los azotaba con fuerza. Entretanto, sus almas seguían vivas. Tenían que pasarlo mal los pobres perros. Salí por el portón entreabierto y me detuve sin saber hacia dónde dirigirme. ¿Acaso no daba igual? No me sentía ofendido ni dolorido. Svetlana y yo nunca habíamos mantenido una relación íntima. De hecho, había sido yo quien se había esforzado en establecer barreras. No soy de los que viven al día. Cuando quiero algo, lo quiero de una vez y para siempre. Puse en marcha el discman y elegí una canción al azar. Siempre acierto al hacerlo. ¿Será que, como Tigrecito, soy capaz de manipular, sin saberlo, los poco inteligentes dispositivos electrónicos?

¿Quién tiene la culpa de tu agotamiento?

¿Qué era aquello que tanto esperabas y no encontraste?

Perdiste lo que buscabas.

¿Te elevaste al cielo y caíste?

¿Quién tiene la culpa de que, día a día,

se extravíe la vida por un camino extraño?

Tu casa quedó vacía.

El vacío está tras tu ventana.

Parpadea la luz, y los sonidos se apagan.

Las manos buscan nuevos padecimientos.

Y si tu dolor se aplaca

es que acecha una nueva desgracia.

Lo había querido. Yo mismo había estado buscándolo. Así que no podía quejarme. La noche anterior, en lugar de quedarme filosofando con Semión sobre las complejidades de la confrontación mundial entre el Bien y el Mal, habría tenido que quedarme con Sveta. En vez de enrabiarme con Hesser y Olga por su siniestra verdad, debería haberme dedicado a defender la mía. Y, sobre todo, jamás tendría que haberme rendido. El día que renuncies a tu verdad, estarás perdido.

¿Quien es el culpable, hermano?

Uno está casado y otro se ha hecho rico.

Uno es simpático y el otro está enamorado.

Uno es estúpido, el otro es tu enemigo.

Y ¿de quién es la culpa, de que allí y acá

unos a otros se esperen y por eso vivan?

Pero aburrido es el día y vacía la noche,

olvidados han quedado los lugares cálidos.

Parpadea la luz, y los sonidos se apagan.

Las manos buscan un nuevo sufrimiento

y si tú dolor se aplaca

es que acecha una nueva desgracia.

¿Quién es el culpable y cuál es el secreto

de que no haya tristeza ni fidelidad?

Sin derrotas no hay victorias,

e igualado está el cómputo de éxitos y fracasos.

Y ¿quién tiene la culpa de que estés solo?

Una sola es la vida, y tan larga,

y tan aburrida, y tú has de esperar,

ese día, el de tu muerte.

—Pues no me da la gana —musité, quitándome los auriculares—. Os vais a joder. Durante mucho tiempo nos enseñaron a dar sin recibir nada a cambio. A sacrificarnos por los demás. Cada paso debía de ser como el de quien va a la guerra; cada mirada, noble y sabia, sin permitirnos ni un pensamiento en vano, ni una idea pecaminosa. Porque nosotros éramos los Otros. Estábamos por encima de los demás, desplegábamos nuestras banderas impecablemente puras, le sacábamos brillo a nuestras botas de cuero, nos enfundábamos los guantes blancos. Y en nuestro pequeño mundillo nos permitíamos cualquier cosa. A cualquier acto le encontrábamos una justificación honesta y sublime. Habíamos creado un espectáculo único: por primera vez salíamos a la arena vestidos de blanco y alrededor de nosotros todos los demás se hundían en la inmundicia. ¡Estoy harto! El corazón ardiente, las manos limpias, la cabeza fría... ¿Acaso había sido casual que durante la revolución y la guerra civil los Luminosos se incorporaran en masa a la policía secreta bolchevique? Y la mayoría de los que no se incorporaron, desaparecieron. Algunos a manos de los Tenebrosos. Otros, casi todos, fueron aniquilados por los mismos a quienes pretendían defender. Murieron a manos de los hombres. A manos de la estupidez, la bajeza, la cobardía, la hipocresía

y la envidia humanas. El corazón ardiente y las manos limpias. Era mejor que la cabeza permaneciera fría. Pero no. No podía aceptarlo. Era mejor que el corazón fuese puro, y las manos ardientes. ¡Así me gustaba más! —No quiero defenderos —dije en medio del silencio del bosque—. ¡No quiero! Ni a niños ni a mujeres ni a ancianos ni a alienados. Que vivan como mejor les parezca. ¡Recibid lo que os merecéis! ¡Huid de los vampiros, someteos a los Magos de las Tinieblas, besadle el culo al diablo! ¡Tendréis lo que os habéis ganado! ¡Si he de sacrificar mi amor en aras de vuestra felicidad, no os deseo felicidad ninguna! Ellos pueden y deben superarse. Son nuestras raíces, nuestro futuro, están bajo nuestra tutela. Grandes y chicos, barrenderos y presidentes, criminales y policías. En todos ellos yace un destello de la Luz, que puede arder como llama creadora o fuego aniquilador. ¡Ya no me lo creo! Os he visto a todos. Barrenderos y presidentes, mafiosos y policías. He visto el modo en que las madres apalean a sus hijos y los padres violan a sus hijas. He visto a los hijos echar de casa a sus madres, y a las hijas envenenar a sus padres con arsénico. He visto cómo, un segundo después de haber despedido en la puerta a los invitados, sin tiempo aún para borrar del rostro la última sonrisa, el marido golpea a su mujer embarazada. He visto cómo, un segundo después de cerrar la puerta tras el marido borracho, que se ha ido corriendo a comprar otra botella, su mujer besa al mejor amigo de este. Todo es muy simple, basta con mirar. Solo hay que saber mirar. Por eso a nosotros nos enseñan, antes que a asomarnos al Crepúsculo, a no mirar. Pero, aun así, miramos. Y los vemos, a los

humanos. Gente débil, llamados a vivir sus breves existencias sumidos en el miedo. No debemos despreciarlos, y odiarlos es un crimen. Solo se les puede amar, compadecer y proteger. Ese es nuestro trabajo y nuestro deber, el de los agentes de la Guardia Nocturna. ¡Pero ya no me lo creo! No puedes obligar a nadie a que sea un infame, ni arrojarlo a la inmundicia. Lo hacen por sí mismos. Cualquiera que sea la vida que nos rodea, no hay ni puede haber justificación. Pero buscan y encuentran justificaciones. Así han enseñado a los hombres y ellos han demostrado ser estudiantes aplicados. Y nosotros probablemente solo seamos los mejores entre los mejores. Sí, es probable, por supuesto, que hayan existido y existan, ahora y siempre, personas que, sin convertirse en Otros, se las ingenian para seguir siendo humanas. Solo que son pocas, muy pocas. ¿Será que tememos mirarlas a la cara? ¿Acaso tememos ver lo que puedan descubrirnos?

—¿Debemos dar la vida por vosotros? —pregunté en voz alta. El bosque callaba, dispuesto desde siempre a concederme la razón. ¿Por qué debemos sacrificarlo todo, a nosotros mismos y a quienes amamos? ¿Por qué hemos de sacrificarnos por quienes nunca lo sabrán ni lo apreciarán? Y si llegan a saberlo, lo único que nos merecemos es que sacudan la cabeza con asombro y exclamen: «¡Vaya idiotas!». ¿Es posible que valga la pena mostrarle por una vez a la humanidad lo que son los Otros? ¿Qué puede hacer un único Otro que, sin estar sometido al pacto, escapa al control de las Guardias? Sonreí imaginándome la escena. La escena en sí misma, no a mí dentro de ella: me detendrían pronto, como a cualquier Gran Mago o hechicera

que intentase violar el pacto y descubriera ante todos el mundo de los Otros. ¡La que se armaría! Un desembarco simultáneo de extraterrestres en la Casa Blanca y el Kremlin no armaría un revuelo tan grande. Por supuesto que no. Ese no era mi camino. En primer lugar, porque yo no necesitaba el poder sobre el mundo, ni armar un barullo universal. Yo solo quería una cosa: que no obligaran a sacrificarse a la mujer que amaba. Y era eso lo que le exigían, porque el camino de los Grandes Magos era, precisamente, el del sacrificio. Las milagrosas fuerzas que adquirían los cambian por completo. Si bien es cierto que no somos del todo personas, al menos recordamos que alguna vez lo fuimos. Y todavía somos capaces de alegrarnos y entristecernos, de amar y odiar. Los Grandes Magos, sin embargo, han de dejar atrás las emociones humanas. Tal vez tengan emociones propias de las que solo ellos puedan gozar, pero jamás lo sabremos con certeza. Hesser, un mago extraordinario, no llegó a la categoría de Gran Mago. Como tampoco Olga, a pesar de todos sus logros. Alguna flaqueza mostrarían. Por alguna razón, no estuvieron a la altura de la grandiosa campaña contra las Tinieblas. Y ahora están dispuestos a lanzar al ruedo a la primera candidata que tienen a mano. Exponerla en aras de los hombres, a quienes les importan un bledo la Luz y las Tinieblas. La obligan a superar a la carrera todas las etapas que un Otro debe recorrer. Ya la ascendieron hasta el tercer nivel de la fuerza; ahora quieren que también su conciencia alcance esa cota, imponiéndole un ritmo demencial. Puede que en esta carrera desaforada hacia un objetivo misterioso se me haya destinado un

papel. Hesser utiliza todo lo que tiene a mano, incluyéndome a mí. Lo ha hecho siempre: me envió tras el vampiro, me mandó a cazar al Bárbaro, me hizo transformarme en Olga. Y cada vez el destino de Svetlana ha estado en juego, y Hesser se ha aprovechado de mí. Todo jugaba a favor del jefe. Seguramente, también habrá previsto cualquier cosa que yo haga ahora. Solo me queda una esperanza: confiar en que ni siquiera Hesser es capaz de preverlo todo. Y solo una meta: descubrir qué puedo hacer para desbaratar su plan. El plan trazado por las fuerzas de la Luz. Además, buscar una salida que no trajera el Mal, o de lo contrario me esperaba el Crepúsculo. En cuanto a Svetlana, no tenía dudas de que estaba dispuesta a prestar el gran servicio que se esperaba de ella. Me di cuenta de que había permanecido allí de pie, apretando el rostro contra el frágil tronco de un pequeño pino, golpeándolo con el puño, con furia y dolor. Dejé de golpear. La mano me sangraba. Pero el sonido no cesaba. Llegaba del bosque, desde el límite mismo de la barrera mágica. Eran golpes rítmicos, un redoble nervioso. Encorvado, eché a correr entre los árboles. No me costó adivinar con qué iba a encontrarme. En un pequeño claro saltó un tigre. Una tigresa, para ser exacto. Su pelambre, a rayas negras y naranjas, brillaba bajo los rayos del amanecer. Incapaz de reparar en nada ni en nadie, la tigresa no me veía. Corría entre los árboles y sus garras afiladas arrancaban la corteza. Blancas cicatrices laceraban los pinos. A ratos, la tigresa se detenía, se paraba sobre las patas traseras y arañaba los troncos con las garras. Retrocedí despacio. Cada uno de nosotros descansa como

puede. Cada uno de nosotros libra una guerra no solo contra las Tinieblas sino también contra la Luz. Porque a veces esta ciega. Solo que no hace falta que nos compadezcan: estamos orgullosos de lo que somos. Muy orgullosos. Somos soldados de la guerra universal entre el Bien y el Mal. Somos los eternos voluntarios de la cruzada. **4**

El joven entró en el restaurante con tanta confianza como si todos los días desayunara allí. Pero no era el caso. Enseguida se dirigió a la mesa que ocupaba un hombre moreno de baja estatura, como si se conocieran de siempre. Por lo demás, este tampoco era el caso. Al dar el último paso, se arrodilló suavemente. No se desplomó, no se arrojó de bruces, sino que se limitó a arrodillarse virilmente, sin perder la dignidad y sin doblar la espalda. El camarero, que pasaba por allí, tragó saliva y se volvió. Había visto de todo, incluso a bandas de mafiosos humillarse obscenamente ante sus jefes, pero ni el joven parecía un mafioso, ni el hombre un importante capo. Sin embargo, los problemas que podían emanar de aquella pareja, que presintió claramente, amenazaban con ser más serios que los de una pelea de mafiosos. No sabía con exactitud qué sucedería, pero lo percibía, porque también él era un Otro, aunque no iniciado. Por lo demás, la escena que había presenciado se borró inmediatamente de su memoria. El corazón le dio un vuelco y cualquier presentimiento se desvaneció. —Levántate, Alisher —dijo Hesser en voz baja—. Levántate. No es nuestra costumbre. El joven se incorporó y tomó asiento frente al jefe de la Guardia Nocturna. —La nuestra tampoco —repuso—. Ahora no está bien visto, pero mi padre me pidió que me

arrodillara ante ti, Hesser. Él seguía la tradición antigua. Él se habría arrodillado. Pero ya no podrá hacerlo. —¿Sabes cómo murió? —Sí. Yo veía por sus ojos, escuchaba por sus oídos, sufría por su dolor. —Su dolor también es el mío, Alisher, hijo de un devoniano y de una mujer humana. —Haré lo que pidas, Hesser, vencedor del Mal, par de los dioses que no existen. Se miraron a los ojos. Luego Hesser dijo: —Conozco a los asesinos. Tu padre será vengado. —Debo hacerlo yo. —No. Tú no podrás, no tienes el derecho a hacerlo. Habéis viajado a Moscú de manera ilegal. —Incorpórame a tu Guardia, Hesser. El jefe de la Guardia Nocturna negó con la cabeza. —Yo era el mejor en Samarcanda, Hesser —añadió el joven, mirándolo a los ojos—. No te rías. Sé que aquí seré el último. Incorpórame a la Guardia. Como a un alumno de los alumnos. Como un perro de presa. Te lo ruego por la memoria de mi padre, déjame formar parte de la Guardia. —Me pides demasiado, Alisher. Me pides que te regale tu propia muerte. —Yo ya he muerto, Hesser. Cuando a mi padre le succionaron el alma, morí con él. Me alejaba sonriente, mientras él distraía a los Tenebrosos. Entraba en el metro y en ese instante pateaban sus restos. Hesser, te lo pido de corazón. Hesser asintió por fin. —Que así sea. Considérate, Alisher, un agente más de mi Guardia. El joven, cuyo rostro no reflejó emoción alguna, asintió y, acto seguido, se llevó la mano al pecho. —¿Qué se hizo de lo que traíais, Alisher? —preguntó Hesser. —Lo llevo conmigo, señor. Hesser tendió la mano sin pronunciar palabra. Alisher desabrochó la bolsita que llevaba sujeta al cinturón. Con sumo cuidado, extrajo un pequeño paquete cuadrado forrado en una tela basta. —Aquí lo tienes, Hesser. Libérame de esta carga. Hesser cubrió la mano del joven con la suya. Sus dedos se rozaron por un instante y cuando retiró su mano ya no había nada. —Tu misión ha concluido, Alisher. Ahora podemos descansar. Cenaremos, beberemos y recordaremos a tu padre. Te contaré todo lo que recuerdo de él. Alisher asintió. Era imposible saber si le habían agradado las palabras de Hesser, o si sencillamente se sometía a cualquier deseo de este. —Contamos con media hora

—agregó Hesser—. Luego vendrán los Tenebrosos. Para entonces ya habrán conseguido dar con tu rastro, por mucho que les haya costado. —¿Tendremos que combatir? —No lo sé. —Hesser se encogió de hombros—. ¿Qué más da? Zavulón está lejos. Los otros no me asustan. —Habrá pelea —dijo Alisher ensimismado, y miró alrededor. —Haz que todos se marchen —recomendó Hesser—. Con delicadeza. Sin importunarlos. Quiero ver tu técnica. Después descansaremos, mientras esperamos a nuestros invitados. Hacia las once de la mañana, la gente comenzó a despertar. Yo me había instalado en la terraza, echado en una tumbona, con las piernas extendidas y sorbiendo a ratos un gin-tonic servido en un vaso de tubo. Me sentía a gusto: era el dulce dolor del masoquista. Cuando alguien asomaba por la puerta, lo saludaba agitando los brazos amistosamente y produciendo un pequeño arco iris que se alzaba al cielo desde mis dedos abiertos. Era un juego de niños y todos sonreían. Iulia, al ver mi saludo, soltó un chillido y me respondió con otro. Competimos durante unos minutos y después reunimos los dos arcos iris en uno más grande, que se elevó sobre el bosque. Iulia prometió ir en busca de un tesoro, y se encaminó muy oronda bajo el palio multicolor. Uno de los terrier la siguió enredándose entre sus piernas. Continué esperando. De las tres personas a las que aguardaba, Lena fue la primera en salir. Feliz y en bañador. Al verme, pareció desconcertada por un instante, pero enseguida me saludó con la cabeza y se fue corriendo hacia la puerta. Era agradable ver cómo se movía: erguida, flexible, llena de vida. A continuación se zambulliría en el agua helada, retozaría durante un rato y más tarde, cuando empezara a sentir hambre, vendría a desayunar. El segundo en aparecer fue Ignat. Llevaba puesto un bañador y calzaba unas chanclas de goma. —¡Buenos días, Antón! —exclamó alegremente. Se acercó, desplegó la tumbona vecina y se dejó caer estrepitosamente sobre ella—. ¿Qué tal de ánimo? —¡Guerrero! —dije alzando el vaso. —Bravo. —Ignat buscó con la vista la botella y al no encontrarla acercó los labios a la pajita y bebió de mi vaso como si se

tratara del suyo—. Muy poco cargado este gin-tonic, ¿no? —Anoche bebí demasiado. —Es verdad. Tienes que ir con cuidado —me aconsejó Ignat—. Nosotros nos bebimos ríos de champán. Más tarde, ya de madrugada, nos pasamos al coñac. Pensé que me dolería la cabeza, pero nada. Me entró perfectamente. Era imposible enfadarse con él. —Ignat, ¿qué querías ser de niño? —pregunté. —Enfermero. —¿Enfermero? —Me dijeron que no era un trabajo para chicos, pero yo quería curar a la gente. Y decidí que cuando creciera sería enfermero. —¡Vaya! —exclamé asombrado—. ¿Y por qué no médico? —Es una responsabilidad demasiado grande —reconoció Ignat con modestia—. Y hay que estudiar demasiado. —¿Lo conseguiste? —Sí. Trabajé en ambulancias, en la brigada de psiquiatría. A todos los médicos les gustaba trabajar conmigo. —¿Por qué? —En primer lugar, porque soy encantador —explicó Ignat, adulándose a sí mismo con total naturalidad—. Puedo hablar con hombres y mujeres de un modo que los tranquiliza y acaban por aceptar de buen grado ir al hospital. En segundo lugar, porque intuía cuándo la persona estaba realmente enferma y cuándo, en realidad, estaba asomándose a lo invisible. A veces conseguía conversar, explicarle en voz baja que no pasaba nada y que no había necesidad de ninguna inyección. —Ha sido una gran pérdida para la medicina. —Sí. —Ignat suspiró—. Pero el jefe me convenció de que en la Guardia sería más útil. ¿Acaso no es así? —Seguramente. —Me aburro —dijo de pronto Ignat—. ¿Tú no te aburres? No veo la hora de volver al trabajo. —Yo también, por supuesto. Oye, Ignat, ¿tienes alguna afición? Quiero decir, aparte del trabajo. —¿A qué viene este interrogatorio? —preguntó asombrado. —Simple curiosidad. ¿O se trata de algún secreto? —¿Qué secretos puede haber entre nosotros? —Ignat se encogió de hombros—. Colecciono mariposas. Tengo una de las mejores colecciones del mundo. Ocupa dos habitaciones. —¡Qué maravilla! —exclamé. —Ven a casa cuando quieras y te la enseño —me invitó—. Tráete a Sveta, que a ella también le gustan las mariposas. El ataque de risa me duró tanto que hasta Ignat se contagió.

Después se levantó y, con una sonrisa vacilante, murmuró: —Iré a ayudar a preparar el desayuno. —Suerte —le dije. Pero aun así no me contuve, y cuando nuestro picaflor ya estaba junto a la puerta, volví a llamarle—: Escucha, he estado pensando que tal vez el jefe tenga razón al estar tan preocupado por Sveta. Ignat se alisó los cabellos y repuso: —Pues sí, la tiene. Sveta está muy tensa y no consigue relajarse. Supongo que será porque es consciente de que le esperan misiones mucho más importantes que las que nos adjudican a ti o a mí. —Pero tú te habrás esforzado en relajarla, ¿no? —¡Vaya pregunta! —se ofendió Ignat—. Venid a verme. Me alegrará veros, créeme. El gin-tonic estaba caliente: el hielo se había derretido en el vaso. En la pajita había quedado una leve huella de carmín. Aparté el vaso, molesto. No puedes preverlo todo, Hesser. Pero para luchar contigo, y no digo en un torneo de magia —esa posibilidad sería ridícula—, sino en el único campo posible, el de las palabras y los actos, debo saber qué te propones. Debo saber cómo están dispuestas las cartas en la baraja. Y qué cartas tienes en la mano. ¿Quiénes juegan? Hesser es el organizador y el inspirador. Olga, su amante, es una hechicera que ha cometido una falta y que se ocupa de darle consejos. Svetlana, una esforzada ejecutante. Yo, uno de los instrumentos de su educación. A Ignat, Tigrecito, Semión y el resto puedo no tomarlos en cuenta. También son instrumentos, pero se encuentran en un plano secundario. No puedo contar con ellos. ¿Los Tenebrosos? Por supuesto que participan, pero no de forma visible. A Zavulón y sus cofrades les preocupa el que Svetlana se haya incorporado a nuestras filas, pero no pueden hacer nada al respecto, al menos directamente. Solo les queda urdir una jugada sucia a escondidas, o preparar un golpe definitivo que coloque a las Guardias al borde de la guerra. ¿Quién más? ¿La Inquisición? La Inquisición es una instancia que supervisa el trabajo de las Guardias. Estudia los casos conflictivos y castiga a quienes retroceden, del flanco que sean. Vigila. Recopila información sobre cada uno de nosotros. Pero solo en muy raras ocasiones interviene, y su fuerza radica más en el

secretismo que en su capacidad de combate. Cuando la Inquisición investiga a un mago muy poderoso, requiere la ayuda de combatientes de ambas Guardias. De todos modos, la Inquisición está implicada. Conozco bien a Hesser. Siempre saca algún beneficio de cualquier enredo en el que estemos implicados. Y la reciente historia de Maxim, un Otro salvaje, un Luminoso que se pasó hace poco a la Inquisición, es un ejemplo de ello. Hesser involucró en aquel asunto a Svetlana y aprovechó para impartirle lecciones de autocontrol, pero al mismo tiempo fue capaz de detectar a un nuevo inquisidor. ¡Si hubiese sabido para qué preparaban a Svetlana! Por el momento andaba a oscuras. Y lo más terrible: estaba alejándome de la Luz. Me puse los auriculares y cerré los ojos.

Esta noche el helecho despliega su admirable color.

Esta noche los duendes vuelven al hogar,

se acercan nubarrones por el norte

y el viento sopla desde el oeste.

Pronto vendrá la hechicera a saludarme.

Vivo a la espera del milagro,

como un máuser enfundado,

como una araña en su red,

como un árbol en el desierto,

como un zorro plateado en una noria.

Me arriesgaba. Arriesgaba mucho.

Las Grandes Magas iban a su aire,

pero ni siquiera ellas se atrevían a ir contra los suyos.

No sobrevivían en solitario.

Huí por el catalejo,

que son los ojos asustados de los niños.

Quise pasar la noche con una sirena,

pero no sabía dónde buscarla.

Quise volver en el tranvía

y entrar en él por tu ventana.

El viento sopla de lejos,

pero a nosotros todo nos da igual.

El viento sopla de lejos,

pero a nosotros todo nos da igual.

Quiero que seas mi sombra,

la nota alta del violín,

el domingo multicolor,

la lluvia que trae las setas.

Quiero que seas mi dios,

la savia del abedul,

el fluido eléctrico,

el cañón torcido de mi fusil.

He sido testigo de que eres el viento,

soplas en mi rostro y yo me río.

No quiero separarme de ti sin luchar,

mientras sueño contigo.

Quiero que seas mi sombra...

Una mano se posó en mi hombro. —Buenos días, Sveta —dije, y abrí los ojos. Iba en shorts y bañador y llevaba los cabellos húmedos y cuidadosamente arreglados. Seguro que se había dado una ducha. A mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza. La verdad es que soy un cerdo. —¿Cómo estás, después de lo de anoche? —se interesó. —Bien, ¿y tú? —También. —Se volvió. Esperé. En los auriculares

continuaba sonando la música de Spleen. —¿Qué esperabas de mí? —me preguntó bruscamente—. Soy una mujer normal, saludable y joven. No he estado con ningún hombre desde el invierno pasado. Tú te has metido en la cabeza que Hesser nos ha juntado como a caballos para que nos apareáramos y te has empecinado, Antón. Eso es lo que te pasa. —No esperaba nada de ti. —¡Pues lo has disimulado muy bien! —¿Percibiste mi rastro en la habitación al despertar? —Sí. —Svetlana sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de los shorts y encendió uno—. Estoy cansada. Por mucho que me hayan apartado del trabajo y solo me dedique a estudiar, estoy cansada. Y si vine aquí fue a descansar. —Pero tú misma hablabas de la falsa alegría... —¡Y tú cogiste la idea al vuelo! —Cierto —convine. —Y después te fuiste a beber vodka y a conspirar. —¿De qué conspiración hablas? —Contra Hesser. Y, de paso, contra mí. ¡Es ridículo! ¡Hasta yo lo sentí! No te creas un Gran Mago, que... No terminó la frase. Pero ya era demasiado tarde. —No soy un Gran Mago —dije—. Solo un mago de tercera categoría. Tal vez, de segunda. Cada uno tiene sus límites, que no puede sobrepasar aunque viva mil años. —Perdóname, no quería ofenderte —se disculpó Sveta, desconcertada. Bajó la mano que sostenía el cigarrillo. —No te preocupes. No veo motivo para sentirme ofendido. ¿Sabes por qué los Tenebrosos forman familias con tanta frecuencia, mientras nosotros preferimos buscarnos parejas entre los humanos? Porque ellos soportan mejor la desigualdad y la competencia constante. —La desigualdad entre un humano y un Otro es aún mayor. —Esa desigualdad no cuenta, porque se produce entre

seres diferentes. —Quiero que sepas que yo no esperaba que las cosas llegaran tan lejos. —Svetlana dio una profunda calada al cigarrillo—. Simplemente, que bajaras, lo vieras y sintieras celos. —Tendrás que perdonarme, pero no sabía que debía sentir celos —confesé con sinceridad. —Después todo comenzó a torcerse y ya no pude parar. —Si yo lo entiendo todo, Sveta. Da igual. Me miró desconcertada. —¿Cómo que da igual? —Pues claro, puede sucederle a cualquiera. La Guardia es una gran familia, y eso entraña ciertas consecuencias. —¡Qué bestia eres! —Svetlana resopló—. Deberías verte ahora desde fuera. ¡No sé cómo has llegado a estar en nuestro lado! —Pero ¿no habías venido a reconciliarte? —pregunté—. Pues yo me reconcilio contigo. No me ofendo. No lo tomo en cuenta. Es la vida, y en ella sucede de todo. Svetlana se levantó de un salto. Por un instante me fulminó con una gélida mirada. Me sentí desconcertado. —Idiota —me espetó, y entró en la casa. Pero ¿qué esperaba de mí? ¿Furia, reproches, dolor? ¿Qué importaba, en definitiva, lo que Svetlana esperase? Lo importante era desentrañar las expectativas de Hesser. ¿Qué cambiaría si yo abandonaba el papel de desafortunado enamorado de Sveta? ¿Ocuparía algún otro mi lugar? ¿O ya había llegado el momento de que Svetlana volara sola y asumiese el gran destino que la esperaba? El propósito que perseguía Hesser: ese era el enigma que tenía que desentrañar. Me levanté de un salto y entré en la casa. Me di de bruces con Olga, que estaba sola en el salón, ante las vitrinas que guardaban las espadas. Había abierto una de ellas y había extraído una espada de hoja larga y fina, que admiraba como

quien contempla un juguete antiguo. Seguramente también Tigrecito contempla sus espadas con parecido embeleso. Sin embargo, para ella el amor hacia las armas antiguas era una cosa abstracta. Para Olga no, porque en la época en que Hesser se trasladó a Rusia, entre otras cosas por causa de ella, quizá esas espadas todavía se utilizaran. Hacía ochenta años, cuando habían privado a Olga de todos sus derechos, ya se combatía de otro modo. La antigua Gran Maga. El antiguo Gran Objetivo. Ochenta años atrás. —Ahora comprendo el tinglado que teníais montado —dije. Olga se estremeció y se volvió hacia mí. —Éramos incapaces de vencer a las Tinieblas sin la ayuda de los hombres. Había que conseguir que la gente se instruyera, que los hombres se tornaran generosos y amables, esforzados y sabios. Que cada Otro no viera más que la Luz. Un objetivo al que os fuisteis acercando lentamente, mientras la onda expansiva crecía hasta que, de pronto, se ahogó en sangre. —Por fin conseguiste armar el rompecabezas —dijo Olga. ¿O sencillamente lo adivinaste? —Lo adiviné. —Muy bien. ¿Te queda alguna pregunta sin respuesta? —¿Cuál fue tu error, Olga? —Hice un trato. Un pequeño trato con las Tinieblas. Y, al final, perdimos nosotros. —¿Nosotros? Nosotros siempre salimos ilesos. Nos adaptamos, mutamos, nos aclimatamos y seguimos librando la misma batalla. Quien pierde es la humanidad. —Los retrocesos son inevitables. —Olga asió fácilmente una espada y la agitó sobre su cabeza—. ¿Parezco un helicóptero que vuela en el vacío? —No. Pareces una mujer que blande una espada. Olga, ¿acaso no aprendemos nada? —Aprendemos, claro que aprendemos. Esta vez

todo será distinto, Antón. —¿Una nueva revolución? —Tampoco queríamos aquella. Todo debería haber ocurrido de modo casi incruento. Sabes muy bien que dependemos de los hombres para vencer. De su inteligencia, de su espíritu elevado. Desde esa perspectiva, el comunismo era un sistema maravillosamente calculado, y si no llegó a realizarse fue solo por mi culpa. —¡Anda! ¿Y cómo es que no te enviaron de cabeza al Crepúsculo, si fue culpa tuya? —Porque todo había sido acordado. Cada paso contaba con el visto bueno general, incluso aquel pacto desafortunado parecía aceptable. —¿Y ahora emprendéis un nuevo intento de cambiar a las personas? —Uno más. —¿Por qué aquí? —pregunté—. ¿Por qué vuelve a tocarnos a nosotros? —¿Cómo que a nosotros? —¡A Rusia! ¿Cuánto más tiene que soportar este país? —Lo que haga falta. —Pero ¿por qué otra vez en nuestra tierra? Olga suspiró. Con un hábil movimiento enfundó la espada y la devolvió a su sitio. —Porque, querido muchacho, en esta tierra aún hay margen para conseguir algo. Europa y Norteamérica ya se han agotado. Lo han probado todo y todavía no se aclaran. Están exhaustos, marchitos. Un orondo pensionista con pantalones cortos floreados que manipula una cámara de vídeo: he ahí todo lo que han conseguido crear los prósperos países occidentales. Ahora toca experimentar con los países jóvenes. Rusia, Asia y el mundo árabe son los campos de batalla del presente. Y no pongas esa cara de asombro: yo quiero a mi patria tanto como tú. He derramado por ella más sangre que la que corre por tus venas. Tienes que entender, Antón, que el campo de batalla se ha

ampliado a escala planetaria. Lo sabes tan bien como yo. —¡Nuestra lucha es contra las Tinieblas, no contra las personas! —Claro que es contra las Tinieblas, pero solo conseguiremos triunfar si instauramos una sociedad ideal. Un mundo en el que reinen el amor, la bondad, la justicia. El trabajo de las Guardias no se limita a cazar magos psicópatas en las calles ni a conceder licencias a los vampiros. Todas esas menudencias ocupan tiempo y fuerzas, pero son secundarias, como el calor que generan las bombillas eléctricas. Las lámparas deben alumbrar, no calentar. Nosotros debemos cambiar el mundo, no entretenernos en coartar las pequeñas irrupciones de las Tinieblas. Ese es el objetivo. ¡Ese es el camino hacia la victoria! —Eso lo entiendo, Olga. —Pues muy bien. Entonces, también has de comprender el subtexto. Nuestra lucha es milenaria, y durante todo ese tiempo no hemos hecho más que intentar cambiar el curso de la historia. Crear un mundo nuevo. —Un mundo nuevo y feliz. —No seas irónico. Algo hemos conseguido, a pesar de todo. Toda la sangre que se ha derramado, todo el dolor que los hombres se han infligido mutuamente, han acabado por hacer a estos más humanos. El mundo, a fin de cuentas, se hace más humano. Pero es necesario que se produzca un cambio genuino y radical. —¿El comunismo fue idea nuestra? —No exactamente nuestra, pero la apoyamos. Parecía bastante atractiva. —Y ahora, ¿qué os proponéis? —Ya lo verás. —Olga sonrió de modo afectuoso y sincero—. Todo va a salir bien, Antón. Créeme. —Quiero saberlo de inmediato. —No. Eso es imposible. Despreocúpate, no hay ninguna revolución programada. No habrá

campos de concentración ni fusilamientos ni juicios sumarios. No repetiremos los antiguos errores. —En cambio, cometeremos otros nuevos. —¡Antón! —exclamó—. ¿Cómo te atreves? Tenemos excelentes oportunidades de vencer. La paz, la tranquilidad y la prosperidad dependen de nosotros. Debemos liderar a la humanidad. Vencer a las Tinieblas. Llevamos doce años preparándonos. Y no solo Hesser ha trabajado en ello. Todos los altos mandos están implicados. —¿Qué dices? —Sí. ¿O pensabas que todo se deja librado al azar? Estaba aturdido. —¿Lleváis doce años siguiendo a Svetlana? —¡Claro que no! Lo que hicimos fue elaborar un nuevo modelo de sociedad. Se sometieron a prueba algunos elementos del plan. Hasta yo desconozco todos los detalles. Desde entonces, Hesser aguardaba a que todos los que participaban en el plan coincidieran en el tiempo y en el espacio. —¿A quiénes te refieres? ¿A Svetlana y el inquisidor? Sus pupilas se contrajeron un instante y supe que había acertado. Al menos en parte. —¿Quién más forma parte del plan? —pregunté—. ¿Qué papel me habéis reservado? Y tú, ¿qué harás? —Lo sabrás a su debido tiempo. —Olga, la interferencia de la magia en la vida humana jamás ha traído el Bien. —No me vengas con axiomas escolares. —Estaba verdaderamente enfadada—. No te creas más inteligente que los demás. No tenemos intención de utilizar la magia. Relájate, Antón, por favor. Asentí. —Bien; tú has expuesto tu opinión, yo no estoy de acuerdo con ella. —¿Oficialmente? —No. En privado. Y es como individuo que estoy en el derecho de oponerme. —¿A quién? ¿A Hesser? —Sus ojos se dilataron, y sonrió—. ¡Antón! Me volví y me aleje de Olga.

Aquello era ridículo. Sencillamente absurdo. No solo resultaba descabellado el confuso proceder de Hesser y Olga y el intento de repetir el fracasado experimento social, sino también la acción diseñada y planificada desde hacía tiempo en la que, para mi desgracia, estaba involucrado. Una acción aprobada por la jefatura superior. Aprobada por la Luz. ¿Por qué me rebelaba contra el plan? No tenía ningún derecho a ello. Como tampoco ninguna posibilidad de salirme con la mía. A veces uno puede consolarse creyendo que forma parte del mecanismo de un reloj y que eso le permite dominar el tiempo, pero lo cierto es que yo no era más que un grano de arena entre las muelas de un molino. Y lo peor era que las muelas de marras serían solícitas y afectuosas conmigo. Nadie iba a perseguirme. Nadie se enfrentaría a mí. Se limitarían a impedirme que cometiera estupideces, que igualmente no traerían nada bueno. ¿Por qué sentía ese dolor lacerante en el pecho? Alguien me tocó el hombro. —Al parecer, Antón, ya comienzas a comprender de qué se trata. Era Semión. Asentí. —Está siendo duro para ti, ¿no? —añadió. —Sí —reconocí. —Solo te ruego que no olvides una cosa: no eres un grano de arena. Ningún hombre es solo un grano de arena. Y mucho menos si se trata de un Otro. —¿Cuánto tiempo lleva llegar a adivinar así los pensamientos ajenos? —pregunté. —Unos cien años —respondió. —Entonces Hesser puede leer los de cada uno de nosotros como si se tratara de un libro abierto. —Por supuesto. —Por lo tanto, lo mejor que puedo hacer es dejar de pensar —dije. —Es algo que tienes que aprender. ¿Sabías que ha habido jaleo en la ciudad? —¿Cuándo?

—Hace un cuarto de hora. Todo ha terminado. —¿Qué ha pasado? —Un correo vino a ver al jefe desde algún lugar de Oriente. Los Tenebrosos intentaron perseguirlo y aniquilarlo, en presencia del mismísimo jefe. —Semión esbozó una sonrisa maliciosa. —¡Eso es una declaración de guerra! —No, están en su derecho. El correo vino a Moscú ilegalmente. Miré alrededor. Nadie corría. Nadie ponía en marcha los coches ni recogía sus pertenencias. Ignat e Ilia volvían a calentar la barbacoa. —¿No convendría que regresáramos? —No. El jefe se las apañó solo. Fue una pequeña refriega, sin víctimas. Al correo lo han admitido en nuestra Guardia, y los Tenebrosos tuvieron que marcharse con las manos vacías. Solo que el restaurante sufrió algunos daños. —¿De qué restaurante hablas? —Del restaurante donde el jefe se citó con el correo —contestó Semión—. Nos han autorizado a continuar con el descanso. Levanté la vista al cielo. Era de un azul deslumbrante y comenzaba a despedir un calor que se hacía insoportable. —¿Sabes? —dije—, no tengo muchas ganas de descansar. Regresaré a Moscú ahora mismo. Espero que nadie se enfade. —Claro que no. Semión encendió un cigarrillo y soltó, como si nada: —En tu lugar, yo intentaría saber qué vino a hacer ese correo llegado de Oriente. Tal vez esa sea tu única oportunidad. Me eché a reír con amargura. —Los Tenebrosos no pudieron saberlo. ¿O piensas que puedo hurgar tranquilamente en la caja fuerte del jefe? —Los Tenebrosos no pudieron apoderarse del envío. Tú tampoco tienes derecho a hacerlo. Quizá ni siquiera a tocarlo. Pero sí puedes averiguar de qué se trata... —Gracias. Te agradezco de veras el

consejo. Semión asintió, aceptando el agradecimiento sin falsas modestias. —Ya saldaremos cuentas en el Crepúsculo. ¿Sabes?, también yo estoy harto de este descanso forzado. Después de comer, cogeré la moto de Tigrecito e iré a la ciudad. ¿Te llevo? —se ofreció. —De acuerdo —respondí. Sentí vergüenza. Una vergüenza que seguramente solo los Otros podemos experimentar en toda su dimensión, porque solo nosotros entendemos cuándo alguien nos ayuda de verdad, cuándo nos hace un regalo inmerecido que no debemos rechazar. No podía quedarme allí por más tiempo. Ver a Svetlana, a Olga, a Ignat, y oírles decir sus verdades. Me era insoportable. Necesitaba quedarme a solas con mi verdad. —¿Sabes conducir motos? —pregunté, desviando torpemente la conversación hacia otro tema. —Participé en el primer rally París-Dakar. Ven, vamos a echar una mano con la barbacoa. Miré sobriamente a Ignat. Estaba cortando leña. Manejaba el hacha como un virtuoso. Después de cada golpe, hacía una pausa, echaba un vistazo alrededor y mostraba los bíceps. Se quería mucho a sí mismo. Al resto del mundo también lo quería, pero sentía una clara preferencia por sí mismo. —Ayudémosle —convine, y lancé el signo del triple filo a través del Crepúsculo. Algunos troncos salieron disparados, convertidos en leños cuidadosamente cortados. Ignat, que en ese momento se disponía a asestar el siguiente golpe, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, aunque consiguió evitarlo. Mi golpe había dejado una diáfana huella en el espacio. El Crepúsculo resonó, absorbiendo ávidamente la energía. —Pero ¿qué haces, Antón? —preguntó Ignat, ofendido—. ¡Eso

no es jugar limpio! —Al menos ha sido efectivo, ¿no? —dije mientras descendía de la terraza—. ¿Quieres que vuelva a hacerlo? —¡Qué pesado eres! —exclamó Ignat mientras recogía los leños—. De seguir así, acabaremos asando los pinchos de cordero con bolas de fuego. No me sentía culpable, pero de todos modos decidí ayudarlo. Los leños estaban serrados limpiamente y despedían resplandecientes tonos ambarinos. Daba pena arrojar al fuego tanta belleza. Miré en dirección a la casa. Olga me observaba desde la ventana de la primera planta. No parecía haberle sentado nada bien mi comportamiento. La saludé con la mano. **5**

Tigrecito tenía una buena moto, si es que este calificativo genérico puede aplicarse a una Harley. Aunque se trate del modelo más elemental, existen la Harley-Davidson y el resto de las motos. No podía evitar preguntarme para qué la querría, ya que solo la utilizaba en contadas ocasiones. Probablemente, la había adquirido por la misma razón que la motivó a comprar la enorme villa en la que pasaba sus días libres. En cualquier caso, a nosotros nos vino de perillas. Llegamos a la ciudad cuando aún no eran las dos de la tarde. Semión conducía con virtuosismo la pesada máquina de dos ruedas. Yo jamás lo habría hecho con tanta destreza, aunque activara las «funciones extremas» que me habían insertado en la memoria y me transfiriera

más allá de la realidad. Tal vez sí que consiguiera alcanzar una velocidad ligeramente inferior, pero ello me exigiría recurrir a las reservas de fuerza. Semión, en cambio, se limitaba a conducir, y su superioridad sobre cualquier conductor humano tal vez solo radicara en su experiencia. El aire quemaba, aun cuando íbamos a cien kilómetros por hora. El viento nos azotaba las mejillas. Era como si nos desplazáramos por el interior de una larga caldera repleta de coches que hirviesen bajo el sol y avanzaran a duras penas sobre el asfalto. En tres ocasiones creí que chocaríamos contra algún automóvil o uno de los postes que flanqueaban la carretera. Era poco probable que un coche nos produjese la muerte, pues nuestros colegas alcanzarían a percibirlo, acudirían a recoger nuestros trozos dispersos y los recompondrían. Pero no sería nada agradable, aunque sobreviviéramos. Llegamos sin incidencias. Cuando abandonamos la carretera de circunvalación, Semión se valió de la magia hasta en cinco ocasiones, pero solo para hacer que la policía de tráfico mirara hacia otra parte. Semión no me preguntó la dirección, aunque nunca había estado en mi casa. Se detuvo ante el portal y apagó el motor. Los adolescentes que bebían cerveza barata en los bancos que rodeaban la zona de juegos callaron por un instante y clavaron los ojos en la moto. Después de todo no está mal tener en la vida sueños tan simples y diáfanos: la cerveza, el éxtasis en la discoteca, una chica complaciente y una Harley-Davidson. —¿Hace mucho que no tienes visiones? —preguntó Semión. Me estremecí. Había puesto mucho cuidado en que nadie supiera que a veces tenía visiones. —Bastante

tiempo. Semión asintió sin comentar por qué había hecho aquella pregunta. Levantó la mirada hacia las ventanas de mi piso. —¿Quieres que te acompañe? —Oye, Semión, no soy una chica a la que haya que acompañar hasta la puerta. Soltó una carcajada. —No me confundas con Ignat. De acuerdo, sube tú solo. El piso está limpio. Ten cuidado. —¿De qué? —Pues, de todo. El motor de la moto rugió. Semión sacudió la cabeza: —Algo va a suceder, Antón —dijo—. Y pronto, así que ten cuidado. Salió disparado, despertando exclamaciones de aprobación entre los jóvenes. Se coló fácilmente por el estrecho paso que se abría entre un Volga aparcado y un Zhiguli que avanzaba lentamente. Lo seguí con la mirada y adiviné, sin necesidad de la presciencia, que Semión deambularía por Moscú todo el día, toparía con algún grupo de fanáticos del rock, se los metería en el bolsillo en un cuarto de hora y acabaría la noche contándoles mil leyendas sobre el viejo motorista que en realidad era. Me había advertido que fuese con cuidado. ¿Cuidado de qué? Y, lo más importante, ¿por qué estaba bajo amenaza? Entré en el portal, marqué el código en la cerradura electrónica y llamé el ascensor. Apenas unas horas antes había estado rodeado de mis amigos y el mundo parecía seguir su curso. Ahora, aparentemente todo seguía como antes, solo que yo ya no estaba allí. Dicen que cuando un Mago de la Luz estalla de ira, el hecho siempre va precedido de «anuncios», como sucede con los enfermos de epilepsia antes de que sufran un ataque. El mago, en esos casos, se entrega a absurdos derroches de fuerza. Por ejemplo, se dedica a matar moscas o a cortar leños recurriendo a conjuros destinados, en realidad, al

combate. O riñe a la gente que ama, tiene súbitas desavenencias con algunos de sus amigos y entabla relaciones inesperadamente cálidas con otros. Nos conocemos ese guión al dedillo, y también cómo terminan los estallidos de rabia de los Luminosos. Que fuera con cuidado... Llegué ante la puerta y, cuando me disponía a hurgar en el bolsillo en busca de las llaves, me percaté de que estaba abierta. Mis padres tenían una copia, pero nunca llegaban sin avisar desde el lejano Saratov donde vivían. En cualquier caso, si se hubiese tratado de ellos lo habría presentido. Tampoco podía tratarse de un delincuente ordinario, porque un simple signo instalado en el dintel lo habría detenido. Para los Otros también existen barreras; pero, por supuesto, superarlas era solo cuestión de fuerza. ¡Si al menos los sistemas de alarma hubieran funcionado! Permanecí inmóvil un instante, mirando por el hueco abierto entre la puerta y la jamba, un hueco que no debería existir. Me asomé al Crepúsculo, pero tampoco vi nada. No llevaba ningún arma conmigo. La pistola estaba, precisamente, en el piso. Los amuletos de combate, también. Podría haber actuado siguiendo el protocolo: un miembro de la Guardia Nocturna que descubriera una incursión en su vivienda, protegida por la magia, estaba obligado a comunicarlo al vigilante de guardia y a su supervisor. Me bastó imaginarme llamando a Hesser, que hacía apenas dos horas se había enfrentado a toda la Guardia Diurna, para que se esfumara cualquier intención de seguir el protocolo. Extendí los dedos e hice el conjuro del congelamiento, recordando el éxito que Semión había tenido con él. Que fuera con cuidado. Esa había sido su

recomendación. Empujé la puerta y entré en mi apartamento, que de pronto se había vuelto ajeno a mí. Una vez dentro, creí descubrir quién podía haber tenido el coraje, las facultades y el vulgar descaro necesarios para visitarme sin que lo hubiese invitado. —¡Buenas tardes, jefe! —exclamé y me asomé al despacho. No me había equivocado del todo. Zavulón, cómodamente instalado en la butaca, enarcó las cejas con expresión de asombro. Dejó a un lado el ejemplar de Argumenti Fakti que estaba leyendo y se quitó las finas gafas de montura de oro. —Buenas tardes, Antón. Por cierto que me habría gustado ser tu jefe. Sonrió. Ahí estaba Zavulón: un mago que rebasaba todas las categorías al uso, el jefe de la Guardia Diurna de Moscú. Como de costumbre, vestía un traje negro que le sentaba a la perfección y una camisa de un gris claro. Era un Otro enjuto, de cabellos cortos y de edad imprecisa. —Me equivoqué —dije—. ¿Qué haces aquí? Zavulón se encogió de hombros. —Coge el amuleto —señaló—. Está en el escritorio. Lo presiento. Me acerqué al escritorio, abrí el cajón y saqué el medallón de hueso con su cadena de cobre. Lo apreté en el puño y noté de inmediato el calor que desprendía. —No tienes poder sobre mí, Zavulón. El mago asintió. —Muy bien —dijo—. No quiero que albergues dudas sobre tu propia seguridad. —¿Que haces en casa de un Luminoso? Estoy en mi derecho de denunciarte ante el tribunal. —Lo sé. —Zavulón abrió los brazos—. Infrinjo las normas. Es una tontería por mi parte. Me expongo y hago otro tanto con la Guardia Diurna. Pero no he venido a verte como enemigo. Guardé silencio. —En lo que respecta a los dispositivos de

alarma, no tienes que preocuparte —añadió—, y eso vale tanto para los vuestros como para los de la Inquisición. Digamos que me permití adormecerlos. Todo lo que nos digamos ahora quedará para siempre entre nosotros. —A un hombre hay que creerle la mitad; a un Luminoso, un cuarto; a un Tenebroso, nada —farfullé. —Por supuesto. Estás en tu derecho de no creerme. Es más, ¡es tu deber! Pero te ruego que me escuches. —Zavulón me miró con una sonrisa asombrosamente franca y conciliadora—. Eres un Luminoso, Antón. Estás obligado a ayudar a cualquiera que te lo pida, incluso tratándose de mí. Es todo lo que te pido. Tambaleándome, llegué hasta el pequeño sofá y me senté. Sin descalzarme, sin retirar el conjuro del congelamiento, por más que resultara ridículo imaginarme luchando contra Zavulón. Sentirme extraño en mi propio apartamento... en mi casa, que en los años que llevaba trabajando en la Guardia había llegado a considerar mi fortaleza. —Comencemos por el principio. ¿Cómo has entrado? —pregunté. —Recurrí apelando a un conjuro de lo más común, pero... —Sabes a qué me refiero, Zavulón. Las barreras de alarma pueden inutilizarse, pero no hay modo de engañarlas. Tenían que haber funcionado ante la intrusión de un extraño. Al fin, se rindió: —Kostia me ayudó a entrar —reconoció—. Tú mismo le habías dado acceso. —Tenía la esperanza de que fuera mi amigo. Aunque se trate de un vampiro. —Lo es. —Zavulón sonrió—. Y quiere ayudarte. —A su manera. —A nuestra manera —puntualizó—. Antón, he entrado en tu casa pero no tengo intención de hacerte daño. Ni siquiera he hurgado en la documentación de la Guardia Nocturna que

guardas aquí. Tampoco he instalado artefactos de seguimiento. He venido a hablar. —Habla. —Ambos tenemos un problema, Antón. El mismo. Y hoy ese problema alcanzó dimensiones críticas. Supe, nada más ver a Zavulón, hacia dónde conduciría la conversación. Fue por ello por lo que me limité a asentir con la cabeza. —Bien, veo que lo entiendes. —Se acercó y suspiró—. Antón, no me hago ilusiones. Vemos el mundo de diferente manera y no comprendemos nuestro deber del mismo modo, pero incluso en situaciones así se producen puntos de encuentro. A nosotros, los Tenebrosos, se nos puede reprochar algo desde vuestro punto de vista, a saber, el que a veces actuamos de forma muy ambigua. Y también que somos algo, digamos, bruscos en nuestro trato con los hombres, si bien esto último se debe a nuestra propia naturaleza. Sí, eso es cierto. Sin embargo, nadie ha podido reprocharnos jamás que hayamos intentado intervenir en los destinos de la humanidad. Tras la firma del pacto, nos liemos limitado a ocuparnos de nuestros asuntos. Nos gustaría que vosotros hicierais lo mismo. —Nadie ha tenido que reprocharoslo —convine—, porque el tiempo, no importa qué vueltas dé, trabaja siempre a vuestro favor. Zavulón asintió. —¿Y qué significa eso? —dijo—. ¿Que estamos más cerca de los hombres, tal vez? ¿Que la verdad nos asiste? Sin embargo, dejemos a un lado estas discusiones, que son interminables. Te lo repito: nosotros respetamos el pacto. Y a menudo nos atenemos a él mucho más escrupulosamente que las fuerzas de la Luz. Se trataba de una práctica habitual en las discusiones. Al principio se aludía a una culpa compartida por ambos

interlocutores. A continuación, se compartía el pesar por participar de una iniquidad común. Regañar y pasar la mano al mismo tiempo, como diciendo: dejémoslo estar. Y solo después se iba al grano. —No obstante, vayamos al grano. —Zavulón se puso más serio—. Para qué andarnos con rodeos. Durante los últimos cien años, las fuerzas de la Luz han emprendido tres experimentos globales. La Revolución rusa, la Segunda Guerra Mundial y ahora... volvéis a la carga. Y siempre en el mismo escenario. —No comprendo a qué te refieres —dije, al tiempo que comenzaba a sentir una tristeza insoportable. —¿Me comprendes o no? Te lo explico. Se están elaborando modelos sociales que pretenden, mediante convulsiones extremas y atroces derramamientos de sangre, conducir a la humanidad, o a una parte significativa de ella, a la sociedad ideal. Ideal desde vuestro punto de vista, ¡pero no lo discuto! Cada cual tiene derecho a soñar. Pero sucede que el camino que habéis elegido es demasiado cruel... —De nuevo esbozó una sonrisa triste—. Nos reprocháis nuestra crueldad y, ciertamente, no os falta razón, pero ¿qué significa arrastrar a un niño a una misa negra, si se lo compara con un campo de concentración fascista para alojar, precisamente, a niños? Porque el fascismo, Antón, también es una creación vuestra que, como tantas otras, se os fue de las manos. Primero, ensayasteis el comunismo y el internacionalismo. No resultó. Luego, el nacionalsocialismo. ¿También otro error? Acabaron colisionando y los resultados están a la vista. Después, os habéis tomado un respiro, hicisteis borrón y cuenta nueva, y vuelta a comenzar con los experimentos. —Bastante que hicisteis para

propiciar los errores que ahora denuncias. —¡Faltaría más! ¿Acaso pretendéis que renunciemos a nuestro instinto de supervivencia? Nosotros no construimos modelos sociales partiendo de nuestra ética, así que no veo por qué liemos de consentir vuestros proyectos. Guardé silencio. Zavulón se mostró complacido. —Y bien, Antón. Podemos ser enemigos. De hecho, lo somos. El pasado invierno, por ejemplo, nos estorbaste de manera bastante significativa. En la primavera, volviste a interponerte en mi camino. Aniquilaste a dos colaboradores de la Guardia Diurna. Ya sé que la Inquisición consideró que habías actuado en defensa propia y por extrema necesidad, pero créeme que para mí fue desagradable. ¿De qué sirve el jefe de una organización que no puede defender a sus miembros? Somos enemigos, sí. Pero ahora se ha producido una situación única. Se avecina un nuevo experimento. Y tú estás indirectamente implicado en él. —No entiendo a qué te refieres. Zavulón soltó una carcajada y levantó los brazos. —No he venido a sacarte información, Antón. No te haré preguntas. Solo quiero que me escuches, ya te lo he dicho. Después, me iré. De pronto recordé que el invierno último Alisa había recurrido a su derecho de intervención. Una intervención mínima. Apenas se animó a decir la verdad. Y esa verdad hizo que el joven Iegor se pasara al bando de los Tenebrosos. ¿Por qué son así las cosas? ¿Por qué la Luz actúa a través de la mentira y las Tinieblas a través de la verdad? ¿Por qué resulta impotente nuestra verdad y la mentira es eficaz? ¿Y, sobre todo, por qué las Tinieblas se valen de la verdad para provocar el Mal? ¿Se trata de algo que está en nuestra propia naturaleza? ¿O son los

hombres quienes lo promueven? ¿Son ellos? —Svetlana es una hechicera estupenda —continuó Zavulón—, pero lo suyo no es dirigir la Guardia Nocturna. Se proponen utilizarla para un único objetivo. Para llevar a cabo la misión en la que Olga fracasó. ¿Sabes que esta mañana llegó a la ciudad un correo procedente de Samarcanda? —Lo sé —admití, sin saber por qué. —Y puedo decirte qué traía. ¿No es eso lo que quieres saber? Apreté los dientes. —Sé que te urge saberlo. —Zavulón asintió con la cabeza—. Trajo un trozo de tiza. Existe una regla según la cual nunca hay que creer a los Tenebrosos. Pero algo me decía que Zavulón no estaba mintiendo. —Un pequeño trozo de tiza. —Zavulón sonrió—. Con él podría escribirse en una pizarra escolar. O dibujar rayuelas sobre el asfalto. O frotar un taco de billar. Todo eso puede hacerse con la misma facilidad con la que se parten nueces bajo una gran prensa industrial. Pero ¡ay de nosotros si esa tiza cae en manos de una Gran Maga! Porque una maga, digamos, común no tendría la fuerza necesaria para utilizarla. Y mujer porque en manos masculinas la tiza no pasará de ser un simple trozo de tiza. Además, la maga deberá pertenecer a los Luminosos. Para las Tinieblas se trata de un artefacto inútil. ¿Era impresión mía o Zavulón había suspirado profundamente? Permanecí en silencio. —Un pequeño trozo de tiza —prosiguió Zavulón arrellanándose en la butaca—, gastado por el uso en más de una ocasión. Ese trozo de tiza ha estado en las delicadas manos de hermosas muchachas, en cuyos ojos brillaba un fuego luminoso. Y ellas la utilizaron, haciendo que la tierra se estremeciera, se borraran las fronteras entre los estados y se

levantaran los imperios. Hubo pastores que se convirtieron en profetas, carpinteros que subieron a los altares, expósitos que fueron proclamados reyes, sargentos que se convirtieron en emperadores, y lerdos seminaristas y pintores sin talento que acabaron convertidos en tiranos. Un pequeño trozo de tiza, Antón. Con uno solo fue suficiente. Zavulón se levantó y abrió los brazos. —Eso es todo lo que quería contarte, querido enemigo. El resto lo entenderás por ti mismo, si te lo propones. —Eres un engendro de las Tinieblas, Zavulón —dije mirando el amuleto. —Por supuesto. Pero solo de las Tinieblas que estaban en mí. Las que elegí voluntariamente. —Tu verdad es portadora del Mal. —Pero ¿a quién afecta ese Mal? ¿A la Guardia Nocturna? Por supuesto. ¿Crees que también a la humanidad? Porque si es así, tendríamos que discutirlo. Echó a andar hacia la puerta. —Zavulón —lo llamé—. He visto tu verdadero rostro. Sé quién y qué eres. El Mago de las Tinieblas se detuvo. Después, se volvió lentamente y se pasó la mano por la cara. Su rostro se descompuso por un instante. En lugar de piel, lo cubrían unas pálidas escamas. Entornó los ojos. La visión se desvaneció. —Sí, por supuesto. Tú ya me has visto. —Zavulón recuperó su rostro humano—. Pero también yo te he visto. Y déjame que te diga que no eras precisamente un ángel blandiendo una espada flamígera. Todo depende del punto de vista. Adiós, Antón. Ya tendré ocasión de eliminarte de un modo u otro, pero ahora te deseo suerte. Te la deseo de corazón, el corazón del que, de todos modos, carezco. Se marchó dando un portazo. Y en ese mismo momento la alarma aulló como si se hubiera despertado de pronto. La

máscara de la dinastía Joseon torció el gesto. La furia iluminó por un instante los ojos de madera. La boca se abrió enseñando los dientes. Ay, mis pequeños guardianes... ¡Cuánto celo! Acallé la alarma con dos pases y envié un conjuro de congelamiento a la máscara. El efecto fue súbito. —Conque un trozo de tiza —dije. Un sonido me llegaba desde muy lejos. Apenas si era un rumor en el que creí entender algunas pocas frases, pronunciadas por un profesor desde la cátedra, durante una especie de charla en la que se cruzaban varias voces, incluidas las bromas que intercambiaban unos estudiantes. Bromas cuyo tema era, precisamente, un pequeño trozo de tiza... Me levante del sofá y tiré el amuleto al suelo. —¡Hesser! —grité a través del Crepúsculo—. ¡Hesser, responde! Una sombra se alzó del suelo, se adhirió a mi cuerpo y me poseyó. La luz se hizo más tenue, la habitación giró vertiginosamente, los contornos de los muebles se borraron. El silencio era insoportable. El calor desapareció como por ensalmo. De pie, con los brazos abiertos en cruz, el Crepúsculo sediento absorbía mis fuerzas. —¡Hesser, te invoco! Jirones de niebla gris flotaban en la habitación. Me importaba un bledo que alguien me oyera gritar. —¡Hesser, maestro mío, yo te invoco! ¿Puedes escucharme? Lejos, muy lejos, se oyó el suspiro de una sombra invisible. —Te escucho, Antón. —¡Quiero una respuesta! ¿Zavulón me ha mentido? —No. —¡Hesser, tienes que poner freno a esta operación! —Ya es tarde, Antón. Todo marcha como estaba previsto. Confía en mí. —¡Hesser, debes parar todo esto de inmediato! —No tienes derecho a exigir nada. —¡Sí que lo tengo! Si es cierto que formamos parte de la Luz y que nuestro

propósito es hacer el Bien, entonces ¡tengo ese derecho! El jefe no respondió. Incluso llegué a pensar que había decidido retirarme la palabra para siempre. —De acuerdo. Te espero dentro de una hora en el Paraban —¿Dónde? —En el bar del paracaidista. Estación de metro Turguénievskaia, pasado el antiguo edificio de Correos. Se hizo el silencio. Retrocedí un paso y salí del Crepúsculo. Me había citado en un lugar francamente curioso. ¿Habría sido allí donde el jefe ajustó cuentas con los de la Guardia Diurna? No, al parecer había sucedido en algún restaurante. En definitiva, me era indiferente que fuese en el Parabar, el Rosi o el Chance. ¿Qué más daba que nos rodearan paracaidistas, yuppies o gays? No obstante, antes de acudir a la entrevista con Hesser necesitaba averiguar algo. Busque el móvil y marqué el número de Svetlana. Respondió enseguida. —Hola —la saludé—. ¿Sigues en la casa de campo? —No —respondió. Me dio la impresión de que mi tono perentorio la había desconcertado—. Estoy de camino a la ciudad. —¿Con quién vienes? —Con Ignat —respondió tras una pausa. —Muy bien —dije con sinceridad—. Dime una cosa, Svetlana, ¿sabes ya lo de la tiza? —¿De qué hablas? Su desconcierto era evidente. —De las cualidades mágicas de la tiza. ¿Ya te han enseñado a utilizarla? —No. Antón, ¿te encuentras bien? —Mejor que nunca. —¿Te ha sucedido algo? Un eterno truco femenino: formular la misma pregunta de dos o tres formas diferentes. —Nada en particular. —¿Quieres...? —Se interrumpió un instante—. ¿Quieres que le pregunte a Olga? —¿Va también con vosotros? —Sí, los tres regresamos a la ciudad juntos. —Por favor, no lo hagas. Gracias.

—Antón... —¿Qué, Sveta? Me acerqué al escritorio y abrí el cajón donde guardaba varios chismes mágicos. Contemplé los cristales opacos, el bastón mágico toscamente tallado por mí mismo, cuando aún soñaba en convertirme en un mago guerrero. —Perdóname. —No tienes por qué pedirme perdón. —¿Puedo pasar a verte? —¿Dónde estáis? —A medio camino. Negué con la cabeza y respondí: —No vale la pena. Tengo una cita importante. Te llamaré más tarde. Corté la comunicación y sonreí. La verdad también puede ser malévola y engañosa en muchos casos. Por ejemplo, cuando solo se dice una verdad a medias, como en ese momento, que me negaba a hablar con Sveta pero le ocultaba la razón. Dejadme hacer el Bien, aunque para ello necesite transitar por los caminos del Mal. No me queda otra alternativa. Por si acaso, recorrí el apartamento: el dormitorio, el cuarto de baño, la cocina. Hasta donde era capaz de percibir, Zavulón no me había dejado ningún «regalito». Cuando regresé al despacho, encendí el ordenador portátil, inserté el disco que contenía la base de datos sobre la magia, introduje la contraseña y escribí la palabra «tiza». No esperaba ningún resultado en particular. Lo que buscaba estaría oculto en un nivel tan inaccesible que nunca hubiera sido introducido en la base de datos. Había tres entradas que incluían la palabra «tiza». El primer caso aludía a una cantera de arcilla en la que en el siglo XV se produjo un duelo entre dos magos de primera categoría, uno Luminoso y otro Tenebroso. Ambos perecieron tras quedarse sin fuerzas y ser incapaces de salir del Crepúsculo. Durante los siguientes quinientos años, casi tres mil personas perecieron en la

zona. El segundo caso concernía a la utilización de la tiza para el trazado de señales mágicas y círculos defensivos. Al respecto había mucha más información y la leí a toda prisa. No hallé nada en particular. La utilización de la tiza no presentaba ninguna ventaja específica en comparación con el carbón, un lápiz, la sangre o la pintura al aceite, salvo que las marcas que se hacían con ella resultaban más fáciles de borrar. La tercera mención, encuadrada en la sección «Mitos y sucesos no confirmados», sí parecía interesante. Como cabía esperar, había toda clase de disparates, entre ellos el uso de la plata y el ajo para enfrentarse a los vampiros o la descripción de ceremonias y rituales inexistentes. Sin embargo, ya antes había tenido ocasión de encontrarme, en relación con muchos mitos, con hechos absolutamente veraces, aunque olvidados. La tiza aparecía mencionada en un artículo titulado «Los Libros del Destino». Me bastó leerlo hasta la mitad para comprender que había dado en el clavo. La información era totalmente transparente y el meollo de la cuestión saltaba a la vista. Cualquier mago, aunque fuese principiante, podía establecer fácilmente la conexión. Tal vez incluso se tratara de una leyenda accesible también a los humanos. Los Libros del Destino y la tiza. La coincidencia era obvia. Cerré el documento y apagué el ordenador. Todavía permanecí sentado un rato, mordiéndome el labio inferior y con la vista fija en el reloj. Ya era hora de partir al encuentro de Hesser. Me duché y me cambié de ropa. Rebusqué entre los amuletos y cogí el medallón de Zavulón, el sello de la Guardia Nocturna y un disco de combate que me había regalado Ilia: una vieja

pieza de bronce algo mayor que una moneda de cinco rublos. Nunca había utilizado el disco. Ilia me había advertido que solo contenía carga para uno o dos golpes como máximo. Saqué la pistola de su escondrijo. Comprobé el cargador. Contenía balas explosivas de plata. Iban bien contra los teriántropos, no eran muy fiables contra los vampiros y resultaban totalmente eficaces contra los Magos de las Tinieblas. Parecía que me estuviera preparando para un combate y no para una conversación con el jefe. Cuando ya me disponía a salir, sonó el móvil. —¿Antón? —¿Sveta? —Olga quiere hablar contigo. Te la paso. —De acuerdo —repuse. —Te quiero mucho, Antón. Te ruego que no hagas tonterías. No supe qué responder. Olga se puso al teléfono. —Antón, quiero que sepas que todo ya está decidido y ocurrirá muy pronto. —Esta misma noche —precisé. —¿Quién te lo ha dicho? —Lo presiento. ¿Acaso no es por eso por lo que han enviado lejos a los agentes de la Guardia? ¿No es esa también la razón de que se encargaran de inducir en Svetlana un estado de ánimo propicio? —¿Qué es lo que sabes? —El Libro del Destino. La tiza. Ya lo he entendido todo. —No te servirá de nada —replicó Olga con sequedad—. Antón, debes... —No debo nada. Ni a nadie. Mi deber solo es con la Luz que está en mí. Corté la comunicación y apagué el móvil. Ya no lo necesitaba. Hesser podía comunicarse conmigo sin necesidad de artilugios técnicos. En cuanto a Olga, continuaría intentando convencerme, y Svetlana, de todos modos, no iba a entender el porqué de mi comportamiento. Cuando uno ha tomado la decisión de llegar hasta el final, tiene que ir solo. No ha de cargar con nadie. —Siéntate,

Antón —me invitó Hesser. El bar donde me había citado resultó ser extremadamente pequeño. Había una barra y seis o siete mesas minúsculas separadas por endebles paneles. El ambiente estaba cargado de humo. Un televisor encendido mostraba insonoros y lentos saltos en paracaídas. Las paredes estaban cubiertas de fotografías con la misma temática: cuerpos que parecían flotar en el aire, formando diversas figuras. Estaba poco concurrido, tal vez porque ya había pasado la hora de la comida y todavía faltaban unas horas para el cierre de las oficinas. Eche un vistazo a las mesas. Boris Ignátievich ocupaba una en un extremo del salón. El jefe no estaba solo. Sentado ante un plato de frutas, se entretenía en arrancar uvas, que se llevaba a la boca. A su lado, con los brazos cruzados, había un joven alto y delgado. Nuestras miradas se cruzaron y percibí una suave presión. Era un Otro. Permanecimos mirándonos por unos segundos. Ambos éramos conscientes de que la presión aumentaba. El joven poseía unas aptitudes considerables, pero carecía de experiencia. Por un instante reduje la confrontación, evité que me sondeara y, antes de que pudiera ponerse en guardia, lo examiné. Era un Otro. Luminoso. De cuarto nivel. El joven se retorció, como si algo le doliera. Miró a Hesser con la expresión de un perro apaleado. —Permitidme que os presente —dijo Hesser—. Antón Gorodetski, un Otro, agente de la Guardia Nocturna de Moscú. Alisher Ganiev, también Otro, agente de la Guardia Nocturna de Moscú desde hace apenas unas horas. El correo. Le tendí la mano y depuse mis defensas. —Un Luminoso, de segundo nivel —dijo Alisher mirándome a los ojos y haciendo una reverencia.

Negando con la cabeza, puntualicé: —De tercer nivel. El joven volvió a mirar a Hesser, pero no con sentimiento de culpabilidad, sino de asombro. —De segundo nivel —confirmó el jefe—. Ya has alcanzado tu máximo nivel, Antón. Me alegro por ti. Siéntate y hablemos. Alisher, estate atento. Me senté frente al jefe. —¿Sabes por qué quise que nos viéramos precisamente aquí? —me preguntó Hesser—. Por cierto, prueba las uvas. Son excelentes. —¿Cómo voy a saberlo? Tal vez porque sirven las mejores uvas de todo Moscú. Hesser soltó una carcajada. —¡Bravo! Aunque no sea cierto, porque las hemos comprado en el mercado de abastos. —Pues porque es un sitio agradable, sencillamente. ¿Es eso? El jefe se encogió de hombros. —No especialmente. Es pequeño, hay una sala de billar, un par de mesitas detrás de esa puerta y poco más. —Entonces será porque usted es aficionado a saltar en paracaídas. —Hace veinte años que no salto —repuso Hesser, imperturbable—. Antón, querido, he venido aquí a comer patatas con carne a la Stroganoff y a degustar uvas con el solo objetivo de enseñarte cómo funcionan los ambientes cerrados. Las sociedades minúsculas. Toma asiento y ponte cómodo. Alisher, ¡tráele una jarra de cerveza a Antón! Mira a tu alrededor, Antón. Mira bien esos rostros. Escucha las conversaciones. Respira el ambiente. Di la espalda al jefe y me deslicé hasta el extremo del banco de madera para echar un vistazo a los parroquianos del Paraban Alisher esperaba junto a la barra a que le dieran la jarra de cerveza para mí. Los asiduos del Parabar tenían rostros peculiares. Había algo indescifrable que era común a todos ellos. Unos ojos, unos gestos

singulares. Era imposible precisar de qué se trataba, pero estaba claro que todos habían sido marcados por un mismo hierro. —Un colectivo —dijo el jefe—. Un ambiente cerrado. Pude tener esta conversación contigo en el club gay Chance, en un restaurante exclusivo, o en una humilde fonda al lado de cualquier fábrica. Da igual. Lo importante es que allí se reúna un colectivo pequeño y cerrado, aislado de un modo u otro de la sociedad. No un McDonald's ni un restaurante elegante, sino un club, sea abierto o camuflado. ¿Sabes por qué? Porque eso es lo que nosotros somos. Ese es el modelo de nuestra Guardia. Guardé silencio. Contemplé a un joven con muletas que se acercaba a la mesa contigua, rehusaba la invitación a sentarse y relataba las circunstancias de su accidente. Aunque la música ahogaba sus palabras, alcance a oír, gracias a que me interne en el Crepúsculo, que no se le había abierto el paracaídas por no sé qué defecto de fabricación. Obligado a recurrir al paracaídas de reserva, había sufrido una fractura que lo alejaba de los saltos durante todo un semestre. —La sociedad que se reúne aquí es muy ilustrativa —continuó el jefe—. Los une el riesgo, las emociones fuertes, la incapacidad de comprender a quienes no participan de sus intereses, la jerga. Sus problemas resultan incomprensibles para las personas normales. A propósito, también padecen frecuentes accidentes y la muerte los acecha cotidianamente. ¿Te sientes bien aquí? Tras reflexionar un instante, respondí: —No. Nadie se puede sentir bien en este lugar, salvo que sea uno de ellos. No hay sitio aquí para los demás. —Exacto. Es interesante asomarse, siquiera una vez, a

un ambiente cerrado como este. Después, o aceptas sus leyes y entras a formar parte de su pequeña sociedad, o te marchas para siempre. Así es nuestra Guardia Nocturna. Cada Otro, al descubrir y tomar conciencia de su ser, debe elegir. O ingresa en la Guardia que le corresponde y se convierte en un soldado, en un guerrero dispuesto a dar su vida en cualquier momento, o continúa llevando una existencia medianamente humana, se abstiene de desarrollar su potencial para la magia y comparte las ventajas de ser un Otro con las carencias propias de las estériles vidas propias de los hombres. El problema surge cuando uno se equivoca en su elección. Entonces, suele resistirse a acatar las leyes de la Guardia. Y, como bien sabes, abandonar nuestra organización es prácticamente imposible. Dime, Antón, ¿tú podrías vivir fuera de la Guardia? El jefe no era amigo de las abstracciones. —Probablemente no —admití—. Para mí sería difícil, por no decir imposible, mantenerme en los límites que se imponen a los magos que no ingresan en la Guardia Nocturna. —Y al no ingresar en la Guardia, no podrías justificar tus intervenciones mágicas como parte de la cruzada contra las Tinieblas, ¿no es cierto? —Así es, en efecto. —He ahí el motivo por el que todo es tan complicado, Antoshka. He ahí la desgracia. —El jefe suspiró—. Alisher, no te quedes ahí parado. Acércate. Trataba al joven agente como a un chico de los recados. No me costó imaginar cómo se había ganado ese trato: habría implorado que lo enrolaran en la Guardia de Moscú y ahora pagaba las inevitables consecuencias. —Su cerveza, Luminoso Antón. —Alisher hizo una leve inclinación de la cabeza y colocó ante mí la

jarra de cerveza. Le agradecí también con un gesto. Aquel mago joven y con talento no tenía la culpa de la situación que atravesábamos. Quizá llegáramos a ser amigos, pero en ese momento mi enfado lo alcanzaba también a él: Alisher había llevado a Moscú aquello que me separaría para siempre de Svetlana. —¿Qué vamos a hacer contigo, Antón? —preguntó el jefe. —¿Y cuál es, propiamente hablando, el problema? —respondí dirigiéndole la fiel mirada de un viejo San Bernardo. —Tú y Svetlana sois el problema. En concreto, tu resistencia a que ella lleve a cabo su misión. —Es cierto, me opongo. —Olvidas un par de verdades elementales, Antón. Un par de axiomas. En primer lugar, que no tienes derecho a obstruir la política de la Guardia, a partir de tus propios intereses personales. —¿Qué tienen que ver aquí mis intereses personales? —pregunté sinceramente sorprendido—. En mi opinión, la operación que se está preparando es inmoral. No redundará en beneficio de los humanos. De un modo u otro, todos los intentos que se han hecho de producir un cambio radical en la sociedad humana han fracasado. —Tarde o temprano, lo conseguiremos. Observa que no afirmo que esta vez sí tendremos éxito. Pero lo cierto es que las posibilidades son mayores que nunca. —No lo creo. —Puedes presentar una apelación ante la jefatura superior. —¿Tendrán tiempo de decidir sobre ella antes ele que Svetlana coja la tiza y abra el Libro del Destino? El jefe cerró los ojos. Suspiró. —No. No lo tendrán. Todo sucederá hoy por la noche, en el momento preciso. ¿Satisfecho, ahora que ya sabes cuándo será? —Escúcheme, Boris Ignátievich, se lo ruego —dije, llamándolo adrede

por el nombre con el que le había conocido—. Hace muchos años, usted dejó su patria para venir a Rusia. No lo hizo porque así lo requirieran los intereses de la Luz, ni por hacer carrera. Lo hizo por Olga. Conozco algo de esa historia, de su pasado, y sé que hubo un poco de todo: odio, amor, traición, bondad. Tiene que comprenderme, Boris Ignátievich. Usted puede hacerlo. No sé qué pretendía con esa apelación a su pasado. No sé si imaginé por un instante que el jefe bajaría la vista y me prometería acabar con todo aquello. —Te entiendo perfectamente, Antón. No imaginas cuánto te entiendo. Pero es precisamente por eso por lo que la acción va a continuar. —¿Por qué? —Sencillamente, hijo mío, porque existe algo que se llama destino, y no hay nada capaz de superarlo. Nadie puede obstaculizar el camino de quien está predestinado a cambiar el mundo. Hay quien está predestinado a derrocar gobiernos y hay quien lo está a permanecer tras las bambalinas moviendo los hilos de las marionetas con las manos manchadas de tiza. Sé lo que hago, Antón. Créeme. —No le creo. Me levanté dejando intacta la cerveza con su abundante cúpula de espuma. Alisher miró al jefe inquisitivamente, como si se dispusiera a impedir que me marchara. —Estás en tu derecho de hacer lo que quieras —dijo el jefe—. La Luz está en ti, como también la amenaza del Crepúsculo. Conoces las consecuencias que podría acarrear cualquier paso en falso, y sabes que estoy preparado para acudir en tu ayuda y que tengo la obligación de hacerlo. —Hesser, maestro mío, gracias por todo lo que me has enseñado. —Me incline ante él suscitando las miradas de curiosidad de los paracaidistas—.

No me creo en el derecho de solicitar tu ayuda en adelante. Acepta mi agradecimiento. —Quedas liberado de todas tus obligaciones para conmigo —me dijo Hesser—. Actúa según lo que te dicte el destino. Eso fue todo. Acababa de repudiar a su antiguo discípulo sin inmutarse. Por cierto, ¿cuántos discípulos incapaces de aceptar los sublimes objetivos y los ideales sagrados le habrían tocado en suerte? ¿Cientos? ¿Miles? —Adiós, Hesser —le dije. Miré a Alisher—. Te deseo lo mejor, novato. El muchacho me lanzó una mirada de reproche. —Si se me permite decirle algo... —Habla —le autoricé. —Yo en su lugar no me daría tanta prisa, Luminoso Antón. —Ya he esperado demasiado, Luminoso Alisher. —Sonreí. Me había acostumbrado a considerarme uno de los magos más jóvenes de la Guardia, pero, de pronto, aquel novato me tomaba por toda una autoridad y me trataba como tal—. Llegará el día en que oigas el susurro del tiempo, que se escapa como la arena entre tus dedos. Ese día, acuérdate de mí. Te deseo suerte. **6**

Hacía un calor espantoso. Eche a andar por el viejo Arbat, entre los pintores ocupados en sus retratos triviales, los músicos que tocaban música estereotipada, los comerciantes que vendían souvenirs en serie, los extranjeros que buscaban todos lo mismo y los moscovitas, siempre irritados, que pasaban deprisa por delante de tanta baratija. ¿Queréis que os enseñe el lado oculto de la realidad? ¿Os interesa

asistir a una pequeña representación? ¿Queréis ver cómo hago malabares con rayos de verdad? ¿Qué tal si me trago un fuego de verdad? ¿O preferís que aparte un adoquín y aparezca una fuente de agua mineral? ¡No os perdáis cómo puedo sanar a decenas de mutilados indigentes! ¿Queréis ver cómo le lleno la panza con exquisitos dulces a toda esta pandilla de huérfanos? Podía hacerlo, sí; pero ¿para qué? Por las bolas de fuego que mataban al demonio me ofrecerían calderilla. La fuente mineral les parecería una tubería de agua rota. Esos mutilados indigentes tenían más salud y dinero que la mayoría de la gente que pasaba por ahí. Los niños vagabundos se irían a toda prisa, porque hacía mucho que sabían que nadie regalaba dulces sin esperar algo a cambio. Desde luego, podía entender a Hesser y a todos los magos que habían dedicado miles de años a luchar contra las Tinieblas. No era posible vivir permanentemente con ese sentimiento de impotencia. No era posible vivir siempre en la trinchera, porque hacerlo aniquilaba al ejército más fiel como no lo conseguirían las balas enemigas. Y yo, ¿qué tenía que ver con todo aquello? ¿Acaso las banderas de la victoria habían de tejerse con el estambre de mi amor? Y toda esa gente, ¿qué pintaba en el magno plan que Hesser preparaba? Uno podía descoyuntar el mundo, ponerlo patas arriba, pero ¿quién impediría que esas personas fuesen arrastradas en la caída? ¿Sería cierto que somos incapaces de aprender la lección? Sabía lo que se proponía Hesser. Mejor dicho, lo que haría Svetlana siguiendo sus órdenes. Era consciente de todo lo que su plan acarrearía, e incluso me imaginaba qué términos del

pacto servirían para justificar la interferencia en el Libro del Destino. También sabía cuándo se produciría la acción. Lo único que ignoraba era el lugar donde ocurriría. Y eso era algo fatal. Ahora tocaba ir a saludar a Zavulón. Y, después, directamente al Crepúsculo. Había desandado la mitad de la calle Arbat cuando capté un movimiento de la fuerza. Se sintió apenas, pero supe que a mi lado acababa de producirse una intervención mágica. No había sido violenta, aunque... ¡Las Tinieblas! Con independencia de la opinión que me mereciera Hesser, más allá de todas nuestras discusiones, yo seguía siendo un soldado de la Guardia Nocturna. Metí una mano en el bolsillo, apreté el amuleto y, convocando a mi sombra, me adentré en el Crepúsculo. ¡Qué abandonado estaba todo! Hacía tiempo que no recorría el centro de Moscú moviéndome por el Crepúsculo. Un musgo azul lo cubría todo como una compacta moqueta. Sus hilillos, que se movían lentamente, producían la ilusión de que todo se hallaba bajo un agua en movimiento. A medida que avanzaba, generaba círculos concéntricos: el musgo se alimentaba de mis emociones y, a la vez, intentaba alejarse de mí. Pero no eran los entresijos del Crepúsculo lo que me interesaba en ese momento. No estaba solo en aquella extensa penumbra cubierta por un ciclo sin sol. Contemplé por un instante a la muchacha que me daba la espalda. Una sonrisa malévola se dibujó en mi rostro. Una sonrisa indigna de un Mago de la Luz. La «leve intervención» no parecía, precisamente, leve. ¿Era posible que se tratara de una interferencia mágica de tercer orden? ¡Aquello prometía ser más serio de lo que pensaba! Tan serio como que,

seguramente, aquella bruja había perdido el juicio. El tercer orden superaba sus fuerzas. Por tanto, debía de estar utilizando un amuleto que no le pertenecía. Decidí intentar resolver el asunto con mis propias fuerzas. Me acerqué a ella. La mullida alfombra azul ahogó mis pasos. Las vagas sombras de las personas que se movían alrededor de ella le impidieron presentir la inminencia del contacto. —Antón Gorodetski, de la Guardia Nocturna —dije—. Alisa Donnikova, quedas detenida. La brujilla soltó un chillido y se volvió. Llevaba un amuleto en la mano, un prisma de cristal, a través del cual había estado observando a los transeúntes, hasta que aparecí. Su primer gesto instintivo fue intentar ocultar el amuleto; el siguiente, mirarme a través del prisma. Se lo impedí, sujetándola del brazo. Por un instante permanecimos el uno al lado del otro, forcejeando, hasta que aumenté la presión y le torcí el brazo. Una escena como esa protagonizada por un hombre y una mujer es, como quiera que se mire, vergonzosa. Entre nosotros, sin embargo, la fuerza física no tenía que ver con la pertenencia a un determinado sexo ni con el volumen de la musculatura. La fuerza nos rodeaba, estaba en el Crepúsculo y en las personas que pasaban por nuestro lado. No sabía de cuánta disponía Alisa. Tal vez, fuese mucha. Quizá incluso superara la mía. Pero la había sorprendido in fraganti y existía la posibilidad de que hubiera otros agentes de la Guardia por allí. Ofrecer resistencia a un agente de la Guardia contraria que se proponía realizar una detención justificada era motivo suficiente para ser aniquilado en el acto. —No ofrezco resistencia —dijo Alisa, y abrió la

mano. El prisma cayó suavemente sobre el musgo, que ardió y crepitó en torno al amuleto de cristal. —¿Un prisma de la fuerza? —pregunté retóricamente—. Alisa Donnikova, acabas de practicar una intervención de tercer nivel. —De cuarto nivel —me corrigió rápidamente. Me encogí de hombros. —De tercero o de cuarto, qué más da. De todos modos te espera el tribunal, Alisa. Has caído. —No he hecho nada. —Intentaba parecer tranquila—. Tengo una autorización personal para portar prismas. La interrumpí. —Alisa, cualquier mago de las altas categorías podrá extraer de este chisme toda la información necesaria. Bajé el brazo, aparté el musgo azul y atraje el prisma, que saltó a mi mano. Estaba frío, muy frío. —Hasta yo puedo leer la historia que guarda —dije, y adoptando un tono oficial, añadí—: Alisa Donnikova, Otra, Tenebrosa, agente de la Guardia Diurna, bruja dueña del cuarto nivel de fuerza, te acuso oficialmente de haber violado el pacto. Si intentas resistirte, me veré obligado a aniquilarte. Pon las manos a la espalda. Obedeció. Y comenzó a hablar, rápido, en tono convincente y enfático: —Antón, espera. Te ruego que me escuches. Es cierto que puse a prueba el prisma, pero tienes que entenderme, ¡es la primera vez que me confían un amuleto de tanta fuerza! Antón, no soy tonta, ¿cómo voy a atacar a la gente en el mismísimo centro de Moscú? ¡Antón, ambos somos Otros! ¿Por qué no llegamos a un arreglo? ¡Te lo ruego! —¿De qué acuerdo hablas? —pregunté, guardándome el prisma en el bolsillo—. Vamos, ¡andando! —¡Antón, te ofrezco una intervención de cuarto nivel! ¡De tercero, incluso! ¡Una intervención de tercer nivel, en favor de la Luz!

No te hablo de una tontería como la mía con el prisma, sino de una intervención muy valiosa. ¡Eso te ofrezco! No me costaba entender su pánico. El asunto apestaba. Una agente de la Guardia Diurna, que succionaba energía de las personas en beneficio propio... ¡Vaya escándalo! La condenarían sin contemplaciones. —No tienes poderes para proponer esa clase de transacciones —dije—. La jefatura de la Guardia Diurna te desautorizará. —¡Zavulón la ratificará! —¿Estás segura? —Me desconcertó la seguridad de su tono. ¿Sería cierto que era la amante de Zavulón? Aun así resultaba sorprendente—. Alisa, en una ocasión llegué a un acuerdo contigo... —Yo misma propuse perdonar tu intervención, ¿lo recuerdas? —¿Y cómo acabó todo? —Sonreí—. ¿Lo recuerdas tú? —Ahora la situación es distinta, porque he sido yo quien ha violado la ley. —Alisa bajó la vista—. Tendrás derecho a contraatacar. ¿Acaso vas a desaprovechar una autorización para una intervención de tercer nivel a favor de la Luz? ¡O para lo que quieras! ¡Podrás remoralizar a dos docenas de canallas y hasta convertirlos en santos! ¡Aniquilar a docenas de asesinos! ¡Impedir una catástrofe, revertir el orden del tiempo! Antón, ¿no vale más la pena aprovechar la posibilidad que te ofrezco, antes que castigar mi estúpido arrebato? Nadie ha sufrido por mi culpa. No tuve tiempo de hacer nada, apenas comenzaba a... —Todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra. —Lo sé. Unas lágrimas asomaron a sus ojos. Y probablemente no estuviese simulando. Debajo de aquella bruja aún latía el corazón de una muchacha temerosa. ¿Acaso había tenido ella la culpa de que su camino la condujera a las Tinieblas? Sentí que mi

escudo emocional amenazaba con ceder. —No insistas —dije. —Antón, te lo ruego, intentemos llegar a un acuerdo pacífico. ¿Vas a renunciar a una autorización para realizar una intervención de tercer nivel? ¡Vaya si la quería! ¡Cualquier Luminoso sueña con poseer semejante llave maestra! Sentirse por un instante un soldado bien equipado y no un piojoso que contempla con tristeza desde la trinchera la bandera blanca de la tregua. —No tienes derecho a hacerme esas proposiciones —dije con firmeza. —¡Lo tendré! —Alisa sacudió la cabeza, respiró profundamente y llamó—: ¡Zavulón! Apretando en la mano el amuleto de combate, esperé. —¡Zavulón, te invoco! —Su voz se transformó en un grito. Reparé en que las sombras comenzaban a moverse con mayor celeridad: los humanos percibían un peligro incomprensible y aceleraban el paso. ¿Conseguiría Alisa que el jefe de los Tenebrosos acudiera también en ese momento a su invocación como aquella vez, en el restaurante Maharajá, cuando Zavulón casi me mata con el Látigo de Shaab? No lo hizo, por cierto, falló el blanco. Aun cuando se trataba de una provocación organizada por Hesser y Zavulón parecía creer sinceramente que yo era el culpable de las muertes de los suyos. ¿Significaba eso que tenía otros planes para mí? ¿O tal vez había salido con vida gracias a la intervención de Hesser? No tenía modo de saberlo. Tampoco esta vez contaba con la suficiente información para el análisis. Podía imaginar treinta y tres versiones, y todas acabarían contradiciéndose entre sí. Francamente, prefería incluso que Zavulón no respondiera y limitarme a sacar a Alisa del Crepúsculo, llamar al jefe o a algún agente operativo, entregar a

aquella torpe bruja y sentarme a esperar la prima que me abonarían a final de mes. Aunque, bien pensado, no era el momento para calcular gratificaciones. —¡Zavulón! —volvió a llamar Alisa con tono de súplica—. ¡Zavulón! Lloraba y el maquillaje le corría por las mejillas. —Es inútil —dije—. Venga, nos vamos. En ese instante, sin embargo, a solo dos metros de nosotros, se abrió un portal de las Tinieblas. Primero, sentimos un frío que nos caló hasta los huesos. Era tan intenso que nos hizo echar de menos la ola de calor que asolaba la ciudad. El musgo comenzó a arder a todo lo largo de la calle. Evidentemente, no era obra de Zavulón, pero la fuerza liberada al abrirse el portal había generado una reacción devastadora. —Zavulón —musitó Alisa. Unos cinco metros más allá un rayo violeta brotó con fuerza del suelo adoquinado y se elevó hasta el cielo. El fogonazo me cegó, obligándome a entornar los ojos. Cuando volví a mirar, vi una burbuja de color negro veteada de azul flotar en la niebla gris. Un ser hirsuto, vagamente antropomórfico, surgió de la burbuja. Zavulón, cuyo cuerpo fue cubriéndose de escamas, había respondido a la invocación acudiendo desde la segunda o la tercera capa del Crepúsculo. En ellas, el tiempo transcurría más lentamente que en la primera, donde nos encontrábamos Alisa y yo. Una diferencia similar a la que experimentábamos nosotros en relación con el tiempo ordinario. La sensación de impotencia que creía haber superado mucho tiempo atrás volvió a abatirse sobre mí. Las posibilidades de las que con tanta facilidad hacían gala Zavulón o Hesser eran inalcanzables para mí. Más aún, eran inconcebibles.

—¡Zavulón! —Alisa se abalanzó hacia el monstruo con los brazos todavía sujetos a la espalda. Se pegó a él y ocultó el rostro en las punzantes escamas—. ¡Ayúdame, ayúdame! —imploró. Sabía que Zavulón no había aparecido encarnado en el demonio con el mero propósito de impresionarme. De haber adoptado una apariencia humana no habría sobrevivido ni un minuto en las capas profundas del Crepúsculo. Y, probablemente, habría tenido que andar durante horas, o tal vez días. El monstruo me miró con sus pequeños ojos. Una larga lengua bífida salió de su boca y se deslizó por la cabeza de Alisa, dejando unas gotas de flema blanca en sus cabellos. Una garra afilada asió a la muchacha por el mentón y la obligó a levantar la cabeza. Sus miradas se cruzaron. El intercambio de información fue instantáneo. —¡Estúpida! —bramó el demonio. La lengua volvió a su boca, escurriéndose entre los colmillos chasqueantes que estuvieron a punto de morderla—. ¡Estúpida y, además, codiciosa! Mi intervención de tercer nivel se estaba yendo claramente al diablo, y nunca mejor dicho. La cola del demonio azotó las piernas de Alisa, rasgando su vestido de seda y tirándola al suelo. Un fulgor emanó de los ojos del monstruo. La bruja, petrificada, quedó envuelta en un resplandor azul. Alisa tendría que apañárselas sin la ayuda que esperaba. —Zavulón, ¿me permites llevarme a la detenida? —pregunté. El monstruo se balanceó ligeramente sobre sus patas torcidas. Abriendo y cerrando las garras de uñas afiladas, avanzó un paso y se colocó entre Alisa y yo. —Te ruego que ratifiques la legalidad de la detención —pedí—. De lo contrario, me veré obligado a solicitar ayuda. El

demonio empezó a transformarse. Su expresión se suavizó, las escamas dejaron paso a la piel, la cola se perdió en el cóccix y su pene dejó de recordar una porra tachonada de clavos. Como por ensalmo, las ropas lo cubrieron. —Espera un instante, Antón. —¿Qué tengo que esperar? Su rostro recuperó la gravedad acostumbrada. Probablemente, transformado en demonio era capaz de experimentar emociones más intensas. O tal vez no se molestaba en ocultarlas. —Confirmo la oferta que te ha hecho Alisa. —¿Qué? —Si este caso no sigue su curso oficial, la Guardia Diurna se abstendrá de interferir en cualquier intervención tuya, hasta el tercer nivel incluido. Parecía estar hablando totalmente en serio. Tragué saliva con dificultad. Recibir una promesa así del jefe de la Guardia Diurna colmaba los deseos más delirantes de un Mago de la Luz. —Jamás hay que creer en la palabra de un Tenebroso. —Cualquier intervención, hasta el segundo nivel incluido. —¿Tanto miedo tienes a un escándalo? —pregunté—. ¿O es que la necesitas para algo? Un estremecimiento recorrió el rostro de Zavulón. —La necesito, porque la amo. —No te creo. —Como jefe de la Guardia Diurna de Moscú, te ruego, Antón, que solucionemos este asunto en términos cordiales. Podemos hacerlo. Mi protegida, Alisa Donnikova, no llegó a ocasionar ningún daño real a los humanos. Como compensación por su intento —Zavulón puso un énfasis particular en esa última palabra— de practicar una intervención mágica de tercer nivel, la Guardia Diurna aceptará cualquier intervención que realices hasta el segundo grado incluido. No exijo que este acuerdo se mantenga secreto. No pongo ningún

límite a tus acciones. Me comprometo a que la agente Alisa recibirá un castigo severo por su comportamiento. Que las Tinieblas sean testigo de mis palabras. Se produjo un leve temblor de tierra, una suerte de estremecimiento telúrico o el bramido de un huracán que se acercaba. En la palma de la mano de Zavulón surgió una diminuta bola negra que comenzó a girar. —La prueba de que tienes mi palabra está detrás de ti —dijo Zavulón. Me humedecí los labios con la lengua antes de volverme. Alisa había quedado inmovilizada por la maldición. Era un ser vil, qué duda cabía, y yo tenía una pequeña cuenta pendiente con ella. ¿Tal vez fuera esa la razón de que no quisiera saldar el incidente con un acuerdo privado y no estuviese dispuesto a afrontar el peligro que entrañaba llegar a un acuerdo con las Tinieblas? Alisa se había valido del prisma de la fuerza para intentar succionar parte de la energía vital de alguna persona. Eso era magia de tercer o cuarto nivel. En cambio, a mí se me ofrecía realizar una intervención de segundo nivel. Y eso era mucho. Demasiado. Prácticamente, se trataba de una intervención a escala global. Una ciudad en la que durante días no se produjera ni un solo crimen, por ejemplo. O un invento genial y unívocamente beneficioso. ¡Cuántas veces en la historia de la Guardia Nocturna necesitamos un derecho de intervención de ese tipo, y, por carecer de él, tuvimos que actuar a la ventura, esperando siempre con horror el golpe de respuesta! Y de pronto se me concedía el derecho a una intervención de segundo nivel prácticamente a cambio de nada. —Que la Luz sea testigo de tus palabras —dije, y tendí la mano hacia Zavulón. Nunca había

necesitado convocar a las fuerzas originarias en calidad de testigos. Solo sabía que era algo que no exigía pronunciar ningún conjuro especial. Sin embargo, había pocas garantías de que la Luz prestara atención a nuestros asuntos. Un pétalo de fuego blanco se encendió en mi mano. Zavulón frunció el entrecejo, pero no retiró la suya. Cuando ratificamos el acuerdo con aquel gesto, las Tinieblas y la Luz toparon por un instante entre las palmas de nuestras manos. Sentí un dolor punzante, como si me clavaran una aguja al rojo. —El acuerdo está suscrito —dijo el Mago de las Tinieblas, quien también daba muestras de que le había dolido. —¿Esperas recibir algún beneficio de esto? —pregunté. —Por supuesto. Siempre confío en recibir un beneficio. Y, por lo general, lo obtengo. No obstante, Zavulón no se mostraba contento por haber alcanzado el acuerdo. Cualesquiera que fuesen sus expectativas sobre el resultado de nuestro pacto, no mostraba una seguridad absoluta en que serían colmadas. —Averigüe qué trajo el correo de Oriente y con qué propósito —dije. Zavulón esbozó una sonrisa. —Magnífico. Esa situación me preocupa, y estoy encantado de saber que hay otros que comparten mi inquietud. —Dime una cosa, Zavulón: ¿alguna vez Se ha producido una genuina colaboración entre la Guardia Diurna y la Nocturna? No me refiero a la captura de renegados y psicópatas, sino a una colaboración franca. —Jamás. Cualquier colaboración significaría una derrota para una de las partes. —Lo tendré en cuenta. —No lo olvides. Intercambiamos corteses reverencias, como si no fuéramos dos magos de fuerzas enfrentadas, un adepto de la Luz y un esclavo de las Tinieblas, sino dos

conocidos que se tratan con absoluta cordialidad. A continuación Zavulón se acercó al cuerpo inmóvil de Alisa, lo levantó sin esfuerzo y se lo echó al hombro. Esperaba que abandonaran el Crepúsculo, pero en lugar de ello el jefe de los Tenebrosos me dirigió una sonrisa despectiva y entró en el portal, que un instante después comenzó a desvanecerse en la bruma. Solo cuando hubo desaparecido, comprendí lo agotado que estaba. El Crepúsculo se complace cuando entran en él y más aún cuando, al hacerlo, se produce una conmoción. El Crepúsculo es una furcia insaciable a la que todo da placer. Elegí un sitio en el que no hubiera tantas personas y abandoné mi sombra. Como de costumbre, los transeúntes desviaron la mirada. ¡Cuántas veces al día os encontráis con nosotros, humanos! Luminosos y Tenebrosos, magos y teriántropos, brujas y curanderos. No miráis, pero de todos modos no podéis vernos. Ojalá sea así también en el futuro. Podemos vivir cientos e incluso miles de años. Matarnos resulta muy difícil. Y para nosotros la suma de problemas que constituye la existencia humana no es más que, digamos, la decepción de un niño de párvulos cuando observa que los palitos dibujados en el cuaderno le han salido torcidos. Sin embargo, cada moneda tiene un reverso. Yo cambiaría mi suerte por la vuestra. Os cedería la facultad de ver la propia sombra e internarse en el Crepúsculo. Quedaos con la responsabilidad de velar por la Guardia y con la facultad de modificar la conciencia de la gente. ¡Pero concededme a cambio la paz que he perdido para siempre! Me dieron un empujón que me hizo trastabillar. Un joven musculoso y rapado, con un teléfono móvil

sujeto al cinturón y una cadena de oro colgada al cuello, me estudió con desconfianza, mascculló algo y siguió su camino. La muchacha que lo acompañaba, colgada de su brazo, imitó sin mucho éxito esa mirada que reservan a los memos los delincuentes de poca monta. Solté una carcajada. Sí, probablemente, eso mismo debía de parecer. Un tipo parado en medio de la calle mirando fijamente un escaparate en el que se exhibían unas penosas estatuillas de bronce y matrioshkas con rostros de políticos famosos. En ese mismo momento contaba con el poder necesario para poner toda aquella calle patas arriba. Podía practicar una remoralización global y al rapado le tocaría irse a trabajar de enfermero en un hospital psiquiátrico, mientras su amiga marchaba a toda prisa hacia la estación de trenes más cercana y partía a ver a su olvidada y anciana madre que vegetaba en alguna ciudad de provincias. Tenía tantas ganas de hacer el Bien, que me escocían las manos. Pero no podía ceder al impulso. Por muy puro que fuese mi corazón, por mucho que me ardieran las manos, mi cabeza tenía que permanecer fría. Soy un Otro común, un soldado raso. No albergo, ni albergaré jamás, la fuerza que le ha sido dada a Hesser o a Zavulón. Tal vez fuera por eso por lo que tenía mi propia opinión sobre lo que estaba ocurriendo. Y ni siquiera podía utilizar el don que inesperadamente se me había concedido: el derecho a practicar una intervención mágica en beneficio de la Luz. Tenía que guardármelo para salir del atolladero en que me había metido. Mi única oportunidad radicaba en escapar de aquella partida. Y llevarme a Svetlana conmigo. ¡Ese tenía que ser el cometido de mi

intervención! ¡Abortar la operación que la Guardia Nocturna llevaba preparando desde hacía tiempo! ¡Dejaría de ser un agente operativo y me convertiría en un mago más, al que solo se le permitiría hacer uso de migajas minúsculas de su fuerza! Y eso en el mejor de los casos. En el peor, me esperaba el Crepúsculo eterno. Iba a ser ese mismo día, a medianoche. ¿Dónde iba a ser? ¿Quiénes participarían? ¿Qué Libro del Destino debía abrir Svetlana? Olga me había confiado que llevaban doce años preparando la operación. Doce años enteros habían empleado en buscar a la Gran Maga capaz de tomar en sus manos la tiza reservada para esa noche... ¡Alto! ¡Era como para decirle a gritos a todos los transeúntes de Arbat lo estúpido que yo era! Pero mi cara resultaba ya lo bastante ilustrativa. ¿Para qué traducir a sonidos lo que ya estaba escrito en mi fisonomía? Los magos de la estatura de Hesser o Zavulón calculaban cada movimiento con mucha antelación, sin dejar espacio a la casualidad. En esa partida teníamos a la reina y a los peones, ¡pero no podía haber piezas superfluas! ¡Iegor! ¡Esa era la pieza clave! Iegor, que había estado a punto de perecer víctima de una cacería para la que no se había concedido la licencia. Que había entrado en el Crepúsculo en tal estado de ánimo que se había visto inclinado hacia las Tinieblas. Iegor, cuyo destino no estaba decidido, cuya aura aún conservaba toda la frescura de la infancia. Un caso único, que llegó a producirme una gran sorpresa cuando lo vi por primera vez. Pero después lo olvidé, tan pronto supe que el jefe había sobrevalorado artificialmente las capacidades potenciales del chico: para distraer a los Tenebrosos y para que Iegor pudiera resistirse,

siquiera un poco, a los vampiros. Así había quedado Iegor en mi recuerdo: como un fracaso personal, porque fui yo quien descubrió el Otro que moraba en el, como un buen chico que aún no se ha apartado de la humanidad, y como un futuro enemigo en la eterna batalla entre el Bien y el Mal. No obstante, la particular circunstancia de que su destino permanecía indeterminado había quedado grabada en algún remoto rincón de mi memoria. Iegor todavía podía convertirse en lo que se propusiera. Su potencial de futuro era impreciso. Era un libro abierto. El Libro del Destino. El sería quien estaría ante Svetlana cuando esta tomase la tiza en las manos. Y lo estaría de buen grado, solo con que Hesser le explicase de manera razonada y seria lo que sucedía. Y Hesser sabría explicárselo. ¿Quién iba a hacerlo mejor que él, jefe de la Guardia Nocturna, jefe de los Luminosos de Moscú, Gran Mago desde siempre? Hesser le hablaría sobre la posibilidad de rectificar ciertos errores. Y sería verdad. Le hablaría sobre el gran futuro que esperaba a Europa. Y eso, por cierto, ¡también sería verdad! Los Tenebrosos podrían protestar todo lo que quisieran. No conseguirían nada, porque la Inquisición tomaría en consideración que habían sido precisamente ellos quienes atacaron al niño. A Svetlana seguramente le dirían que el fracaso con Iegor se había convertido en una carga insoportable para mí. Y también le contarían lo mucho que había sufrido Iegor debido a que la Guardia había estado ocupada en salvarla a ella, en detrimento de él. Y ella no vacilaría. Escucharía en silencio las instrucciones. Y empuñaría la tiza, una tiza corriente con la que se podría dibujar una rayuela sobre

el asfalto o escribir «2 + 2 = 4» en una pizarra, y con ella dibujaría los perfiles de ese destino aún inexistente. ¿Qué se propondrían hacer con Iegor? ¿En quién iban a convertirlo? ¿En un jerifalte? ¿En un líder? ¿En un caudillo de nuevos partidos y revoluciones? ¿En un profeta de una nueva religión? ¿En un pensador que crearía una nueva doctrina social? ¿En un músico, un poeta, un escritor, cuya obra cambiaría la conciencia de millones de personas? ¿Cuánto tardaría en consumarse el lento plan urdido por las fuerzas de la Luz? Ciertamente, era imposible cambiar el potencial que la naturaleza había otorgado a un Otro. Por lo tanto, Iegor sería un mago extremadamente débil, por mucho que gracias a la intervención de la Guardia se convirtiera en un Mago de la Luz. No obstante, para cambiar el destino del mundo no era imprescindible ser un Otro. De hecho, ser un Otro podía resultar un inconveniente. Era mucho mejor valerse del apoyo de la Guardia y arrastrar a las masas, tan necesitadas de la felicidad que habíamos inventado. Iegor lo hará. No sé cómo, no sé adónde, pero conducirá a las masas. Solo que también los Tenebrosos participarán del juego. Por cada presidente siempre habrá un asesino dispuesto a matarlo. Por cada profeta, habrá millares de charlatanes que pervertirán la esencia de la religión y sustituirán el fuego luminoso por las brasas de las hogueras inquisitoriales. Todo libro será arrojado alguna vez a una hoguera, toda sinfonía acabará convertida en una melodía banal para escuchar en los ascensores. Cualquier tontería será elevada a la categoría de verdad metafísica. Francamente, no hemos aprendido nada. Tal vez sea porque no queremos aprender. Pero al menos

dispongo de algún tiempo. Y de mi derecho a hacer un movimiento en la partida. Un único movimiento. Ojalá supiera cuál. ¿Tal vez pedirle a Svetlana que desobedezca a Hesser, que rechace implicarse en extrañas aventuras con la magia, que no se preste a manipular un destino ajeno? Aunque, bien pensado, ¿por qué estropearlo todo? No había nada que reprocharle al plan. Se iban a corregir los errores cometidos, se crearía un futuro feliz para una persona concreta y, de paso, para toda la humanidad. Entretanto, a mí me liberarían de la carga de aquel error que había cometido. Svetlana dejaría de sufrir pensando que la consecuencia de su éxito había sido la desgracia de otro, y acabaría convirtiéndose en una Gran Maga. ¿A qué venían mis dudas? Y, sobre todo, ¿qué parte de ellas se debía a una preocupación sincera y cuál a un interés egoísta? ¿Qué me importaban a mí la Luz y las Tinieblas? —¡Eh, amigo! —me interpeló el vendedor del tenderete junto al que me había detenido—. ¿Me compras algo? —¿Es que tengo cara de idiota? —pregunté. —De idiota y medio. O compras o te largas. Tenía razón y yo no estaba con ánimos de discutir. —¿Es que no te das cuenta de que atraigo a los compradores? —dije. El vendedor era un hombre pintoresco. Robusto, de rostro colorado, con unas manos gruesas, a la vez musculosas y grasientas. Me estudió un instante y al percatarse de que yo era inofensivo, se dispuso a soltarme algún insulto. Pero, de pronto, sonrió. —Pues muy bien. ¡Atrae a la gente, vamos! Pero, anímate. Haz como si compraras. Puedes simular que estás pagando. Sonreí. —Si quieres te compro algo de verdad —propuse. —¡Venga ya! Esto es basura para turistas.

—El vendedor dejó de sonreír, pero ya no se mostraba agresivo—. ¡Olvídalo! Hace un calor de mil demonios y me enfado con todo el mundo. Si al menos lloviera... Miré al ciclo y me encogí de hombros. Al parecer algo estaba cambiando. Algo se movía en la bóveda transparente y azul. —Creo que lloverá —dije. —Ojalá. Nos despedimos con un movimiento de la cabeza y me uní a la multitud. Aunque todavía no supiera qué hacer, al menos ya sabía adónde ir. Y no era poca cosa. **7**

Nuestras fuerzas son, en buena medida, prestadas. Los Tenebrosos las extraen del sufrimiento ajeno. A ellos les resulta mucho más fácil. Ni siquiera tienen necesidad de perjudicar a las personas. Les basta con mirar atentamente alrededor y absorber el dolor ajeno, como quien se bebe un cóctel con una pajita. Nosotros también podemos hacerlo, si bien de un modo algo diferente. Acopiamos fuerzas cuando las personas se encuentran a gusto, cuando son felices. Solo un pequeño detalle hace que ese proceso esté al alcance de los Tenebrosos y, en cambio, a nosotros nos esté prácticamente prohibido. Y es que la felicidad y la tristeza no constituyen dos polos opuestos en la escala de las emociones humanas. Si así fuera, no existirían la tristeza luminosa y la alegría malévola. Se trata de dos procesos paralelos, de dos flujos parejos de fuerza que a los Otros les ha sido dado percibir y utilizar. Cuando un Mago de las Tinieblas absorbe el dolor ajeno, este aumenta. Cuando un Mago de la Luz asimila la alegría ajena, esta se esfuma. Por lo tanto, aunque podemos absorber la fuerza en cualquier momento, en muy pocas ocasiones nos

permitimos hacerlo. Decidí que, por una vez, me estaba permitido. Me alimenté con un poco de fuerza de una pareja que se abrazaba junto a la boca del metro. En ese momento eran felices, muy felices. Y aun así sentí que se separarían, por mucho tiempo, y que la tristeza inevitablemente se abatiría sobre ellos. Decidí, sin embargo, que tenía el derecho a hacerlo. Su alegría era viva y exuberante, como un ramo de rosas rojas, frescas y altivas. También cogí la fuerza de un niño pequeño que pasó corriendo por mi lado. Era feliz, no sentía el calor pesado y sofocante, e iba a comprar un helado. Se detuvo. Su fuerza era límpida y sencilla como las flores silvestres. Un ramo de margaritas, que corté con mano firme. Vi a una anciana asomada a la ventana. En cierto modo, ya se abatía sobre ella la sombra de la muerte. Era probable incluso que lo sintiese. Pero, a pesar de eso, la anciana sonreía. Su nieto la había visitado, probablemente para averiguar si seguía viva y todavía no le dejaba en herencia el caro apartamento en el centro de Moscú. Eso ella también lo comprendía, y no obstante se sentía feliz. Experimenté una vergüenza insoportable, pero me acerqué a ella y absorbí un poco de su fuerza. Un anaranjado ramillete de ásteres y marchitas hojas de otoño. Andaba, como en mis noches de juergas nocturnas, repartiendo felicidad por todas partes. A todos, para que nadie se sintiera ofendido. Solo que ahora dejaba a mi paso una huella por completo distinta. Sonrisas que se desvanecían, arrugas en las comisuras de los labios, labios que se mordían un instante. A decir verdad, no me ocultaba en lo más mínimo. Si topaba con agentes de la Guardia Diurna, estos no se atreverían a detenerme. Y también los Luminosos consentirían mi comportamiento. Hacía lo que creía necesario, lo que tenía derecho a hacer: tomar prestado, robar. Y el modo en que utilizara la fuerza de que me estaba apropiando iba a determinar mi propio destino. Tenía dos opciones: devolverla centuplicada o ir de cabeza al Crepúsculo. Cuando un Mago de la Luz absorbe la fuerza de las personas, se juega el todo por el todo. Y en tales casos no se trata de equilibrar la balanza de pagos que rige las relaciones entre las

Guardias. La cantidad de Bien que se haga no solo debe ser superior al Mal que se haya causado, sino que tampoco puede quedar la menor sombra de duda de que se ha reintegrado tanto Bien como se haya extraído de la gente. Amantes, niños, ancianos. Un grupo de muchachos que bebían cerveza ante un monumento. Temí que su alegría fuera artificial, pero resultó auténtica, y cogí sus fuerzas confiando en que supieran perdonarme. Podía disculparme tres veces ante cada uno de ellos. Asegurarles que los compensaría por cuanto les estaba robando. Solo que todo eso sería mentira. Porque mi lucha era por mi amor. Eso en primer lugar. Y solo después por la humanidad, para la que se estaba urdiendo una nueva e inaudita felicidad. Aunque, quizá, ambas luchas resultaran compatibles. Tal vez, todo aquel que lucha por su amor lo hace, al mismo tiempo, por la totalidad del mundo y no en contra de este. ¡Fuerza! Fuerza. ¿Dónde había más? Recogí sus granos, unas veces con cuidado y cautela, otras de manera brusca y tosca. Entorné los ojos para que no me temblara la mano y no tener que arrancármelos de vergüenza. ¿Era posible que para ese joven la felicidad fuese, con todo, un huésped poco frecuente? No lo sabía. ¡Fuerza! ¿Era posible que, despojada de su sonrisa, esa mujer perdiera el amor de alguien? Fuerza. ¿Era posible que al día siguiente ese hombre fuerte, de sonrisa irónica, muriera? Fuerza. De nada iban a servirme los amuletos que llevaba en el bolsillo. No habría combates. Ni me ayudaría ese «máximo nivel» del que el jefe había hablado. Nada de eso iba a bastar, como tampoco el derecho a una intervención de segundo nivel, tan generosamente concedido por Zavulón, cuando, en realidad, se trataba de una trampa. No me cabía la menor duda de ello. Zavulón había colocado a Alisa en mi camino, había manipulado la línea de probabilidades de modo tal que nos cruzáramos y, después, con rostro afligido, me había hecho un regalo mortal. Lamentablemente, yo no podía ver el futuro con tanta anticipación como para que mi Bien nunca se convierta en Mal. Pero si no tenemos armas, arrebatémoselos al enemigo. ¡Fuerza! Fuerza. ¡Fuerza! Si aún mantuviera con Hesser ese

débil hilo de comunicación que une a un joven mago con su maestro, hacía rato que él habría sido consciente de lo que sucedía. Habría sentido el modo en que yo rebosaba de energía milagrosa, absorbida al azar y para un fin desconocido. Me pregunté qué habría hecho. Probablemente, nada, porque no tenía sentido detener a un mago que había tomado el camino que yo estaba transitando. Me encaminé hacia la VDNJ. Sabía dónde ocurriría todo. No existían las casualidades cuando estas eran manipuladas por los Grandes Magos. La horrible «casa sobre patas», aquella suerte de caja de cerillas: fue allí donde Zavulón perdió su combate por Svetlana y Hesser introdujo en la Inquisición a su protegido, adiestrando, de paso, a Svetlana. Ese era el vórtice de toda la partida. En realidad, volvía a serlo, por tercera vez. Había perdido las ganas de beber y de comer. Aun así, me detuve a comprar un vaso de café, que no me supo a nada, como si hubiese sido descafeinado. La gente se apartaba a mi paso, y eso que me movía por el mundo ordinario. La tensión de la magia aumentaba por momentos. No podía ocultar que estaba aproximándome. Y, francamente, tampoco quería aproximarme con una cautela que hiciera pensar en una emboscada. Una joven embarazada pasó por mi lado con cuidado. Su sonrisa me produjo un estremecimiento. Estuve a punto de echarme atrás, cuando comprendí que el nonato que llevaba en el vientre también sonreía en su diminuto y seguro mundo. Su fuerza era como la de una peonía rosa pálido, una gran flor y un botón redondo que aún no se había abierto. Sin embargo, mi obligación era recoger todo lo que encontrase por el camino. Sin dudar, sin apiadarme. Algo estaba sucediendo alrededor. Parecía hacer cada vez más calor. Además, se trataba de un cambio brusco. No en balde, probablemente, tanto los Magos de las Tinieblas como los Magos de la Luz habían intentado que la temperatura descendiese. Presentían que algo iba a ocurrir. Me detuve un instante y contemplé el cielo a través del Crepúsculo. Vi finos círculos que se entrelazaban formando anillos. Chispas en el horizonte. Bruma en el sureste. Una aureola que circundaba la

aguja de la torre de Ostankino. Esa iba a ser una noche extraña. Rocé a una chiquilla que pasaba corriendo y absorbí su ingenua alegría, motivada porque su padre había llegado a casa sobrio. Semejaba una rama de escaramujo, espinoso y frágil. Me disculpé en silencio. Cuando llegué al edificio de Iegor, eran casi las once de la noche. Al último que toqué para succionar su fuerza fue a un borracho recostado contra una pared del traspatio. El mismo traspatio donde había matado al vampiro, mi primera víctima. El borrachín estaba casi inconsciente, pero feliz. Absorbí también su fuerza, semejante a una flor polvorienta y desvaída de llantén, o a un cirio sucio y pardusco. Pero también en ella había fuerza. Al cruzar la calle, me percate de que no estaba solo. Convoqué mi sombra y me adentré en el Crepúsculo. En torno al edificio habían desplegado un cordón de seguridad en toda regla. Era el más raro que había visto en mi vida, con su inaudita mezcolanza de Tenebrosos y Luminosos. Reparé en Semión, lo saludé con un movimiento de la cabeza y recibí como respuesta un guiño que denotaba un ligero reproche. Allí estaban Tigrecito, Oso, Ilia, Ignat... ¿Cuándo los habrían convocado? ¿Quizá mientras yo vagaba por la ciudad absorbiendo fuerza? ¡Os han fastidiado el descanso, colegas! Los Tenebrosos también estaban al completo, incluida Alisa. Daba miedo mirarla: su rostro parecía una máscara de papel arrugada y colocada con descuido. Al parecer, Zavulón se había tomado el castigo en serio. Alisher se hallaba de pie junto a ella. Me bastó ver las miradas que se cruzaban para saber que aquellos dos acabarían entablando un duelo a muerte. Tal vez no sucediera ese día, pero, sin duda, lo entablarían. Intenté superar el cordón de seguridad. —Zona cerrada —dijo Alisher. —Zona cerrada —repitió Alisa como un eco. —Estoy autorizado. Había acumulado fuerza suficiente para pasar sin necesidad de permiso. Solo los Grandes Magos habrían podido detenerme, pero no había ninguno cerca. No obstante, nadie intentó impedirme el paso, lo que indicaba que Hesser o Zavulón, o tal vez ambos, habían ordenado que solo se me advirtiera. —Suerte —oí que musitaba alguien detrás de mí. Me volví y

capté la mirada de Tigrecito. La saludé con una inclinación de la cabeza. La entrada del edificio se encontraba desierta y sumida en un silencio que me recordó aquel día en que el torbellino infernal se había cernido sobre Svetlana. Un vórtice que ella misma había atraído, maldiciéndose. Avancé a través de una niebla gris. Noté un estremecimiento sordo bajo los pies: en el mundo crepuscular hasta el suelo respondía a la magia, como así también la sombra del edificio. La trampilla de acceso a la azotea estaba abierta. Por lo visto, nadie quería ponerme obstáculos. Lo malo era que no sabía si esa circunstancia debía alegrarme o entristecerme. Salí del Crepúsculo. Era posible que ya no sirviese de nada. Comencé a ascender por la escalerilla. Al primero que vi fue a Maxim. Ya no era el de antes, aquel Mago de la Luz espontáneo, salvaje, que se había pasado años asesinando a los seguidores de las Tinieblas. Tal vez hubieran hecho algo con él. O quizá hubiese cambiado él solo. Había personas capaces de convertirse en perfectos verdugos. Maxim había tenido suerte. Se convirtió en verdugo, en inquisidor, en alguien que estaba por encima de la Luz y de las Tinieblas, que servía a todos y a nadie. En ese momento estaba allí con los brazos cruzados y la cabeza gacha. Había algo en él de Zavulón, tal y como lo vi la primera vez. También tenía algo de Hesser. Al sentirme llegar, levantó ligeramente la cabeza. Me estudió con desconfianza y volvió a bajar los ojos. Ahora sí que no tuve ninguna duda de que estaba autorizado a presenciar lo que iba a suceder. Zavulón permanecía inmóvil en un rincón. Iba cubierto con una fina capa y no me prestó la menor atención. De todos modos, sabía que yo iba a presentarme. Hesser, Svetlana e Iegor estaban juntos a un lado. Reaccionaron a mi llegada de forma mucho más viva. —Veo que has decidido venir, a pesar de todo —me dijo el jefe. Asentí. Miré a Svetlana. Llevaba un largo vestido blanco y el cabello suelto. En la mano tenía un estuche que despedía un fulgor fantasmagórico. Era un estuche pequeño de cordobán blanco, como para guardar un broche o un medallón. —¿Te has enterado ya, Antón? —gritó Iegor. A él sí que se le veía contento, enormemente feliz. —Lo sé todo

—respondí. Me acerqué a él y le acaricié el pelo, desordenándoselo. Su fuerza era como la de la flor amarillenta del diente de león. Ya había acumulado toda la fuerza que podía. —¿Está todo en orden? —preguntó Hesser—. Antón, ¿qué te propones hacer? No contesté. Me sentía inquieto. Algo no iba como debía. De pronto advertí que, por alguna razón, Olga no estaba allí. ¿Habría culminado ya el adiestramiento? ¿Sabría ya Svetlana qué era lo que le tocaba hacer? —Una tiza —dije—. Un pequeño trozo de tiza, gastado por ambas partes. Con él se puede escribir donde sea. Por ejemplo, en el Libro del Destino. Borrar los renglones antiguos y reescribirlos. —No estás diciendo nada nuevo, Antón —repuso tranquilamente el jefe. —¿Ya se ha concedido la autorización? —pregunté. Hesser miró a Maxim, que levantó la cabeza y dijo sordamente: —Sí, se ha concedido. —Objeción por parte de la Guardia Diurna —manifestó Zavulón en tono de tedio. —Rechazada—respondió indiferente Maxim, y bajó nuevamente la cabeza. —La Gran Maga puede tomar la tiza en sus manos —dije—. Cada renglón que escriba en el Libro del Destino se llevará un fragmento de su alma y lo devolverá alterado. Solo es posible cambiar el destino de la humanidad entregando el alma de quien se atreve a hacerlo. —Lo sé —dijo Sveta. Sonrió y añadió—: Perdóname, Antón, pero estoy segura de que se trata de lo correcto. Beneficiará a todos. Detecté un brillo de alarma en los ojos de Iegor. Evidentemente, algo no iba bien. —Antón, eres un soldado de la Guardia —dijo Hesser—. Si tienes alguna objeción, eres libre de manifestarla. ¿Una objeción? ¿Que podía objetar? ¿Que Iegor se convirtiera en un Mago de la Luz y no en un Mago de las Tinieblas? ¿Que se volviese a intentar conducir a las personas al Bien, aunque se hubiera fracasado mil veces en ello? ¿Que Svetlana se transformara en una Gran Maga a costa de sacrificar todo lo que de humano había en ella? —No tengo nada que decir —repuse. ¿Era una impresión mía o los ojos de Hesser brillaron de asombro? Es muy difícil saber lo que piensa realmente un Gran Mago. —Comencemos —dijo—. Svetlana, sabes lo que debes hacer. —Lo sé. —Svetlana me miró. Me

aparté de ella unos cuantos pasos. Hesser también se apartó. Ahora, Svetlana e Iegor se habían quedado a solas, ambos desconcertados, tensos. Miré a Zavulón. También él esperaba. Svetlana abrió el estuche, cuyo cierre resonó como un disparo. Extrajo la tiza lentamente, como si le fallaran las fuerzas. Un diminuto trozo de tiza. ¿Era posible que se hubiese consumido tanta tiza a lo largo de los milenios que llevaba la Luz intentando cambiar el mundo? Hesser suspiró. Svetlana se acuclilló y comenzó a trazar un círculo alrededor de ella y el chico. Yo no tenía nada que decir. Nada que hacer. Había absorbido tanta fuerza que esta me desbordaba. Tenía el derecho a hacer el Bien. Pero carecía de algo tan elemental como saber qué era exactamente el Bien. El viento se aplacó de pronto, entre tímido y avergonzado. Levanté la vista al ciclo y me estremecí. Algo había cambiado. En el mundo ordinario, unos nubarrones oscuros y enormes surcaban el ciclo. Ni siquiera me di cuenta del momento en que llegaron. Svetlana terminó de dibujar el círculo y se levantó. Me volví de inmediato y traté de verla a través del Crepúsculo. En su mano ardía algo parecido a un carbón incandescente. ¿Le dolería? —Se avecina una tormenta —anunció Zavulón—. Una verdadera tormenta, como no ha habido en mucho tiempo —añadió, y soltó una carcajada. Nadie prestó atención a sus palabras, excepto, tal vez, el viento, que comenzó a soplar de manera más uniforme y violenta. Miré hacia la calle. Por el momento, allí todo estaba tranquilo. Svetlana movió la tiza en el aire, como si dibujara algo que solo ella era capaz de ver. Primero, trazó un cuadrado y, después, unos arabescos en el interior de este. Iegor comenzó a gemir y a agitar la cabeza. Hice ademán de adelantarme pero me detuve. No podría superar la barrera. Además, hacerlo no serviría de nada. No se trataba de eso, sino de que cuando no sabes cómo actuar no puedes creer en nada: ni en la cabeza fría ni en el corazón puro ni en las manos ardientes. —¡Antón! Miré a Hesser. Parecía preocupado por algo. —Es más que una tormenta, Antón. Es un huracán. Habrá víctimas. —¿Es cosa de los Tenebrosos? —No. Son los elementos.

—Puede que se estén recomponiendo un poco ante tanta concentración de fuerza —observé. El jefe no reaccionó a mi comentario irónico. —Antón, ¿qué grado de intervención te está permitido? —preguntó. Estaba claro que conocía el trato con Zavulón. —El segundo. —Puedes detener el huracán —dijo Hesser, constatando lo que yo ya sabía—. Basta con que lo decidas y todo acabará en una fuerte lluvia. Has acumulado suficiente fuerza. El viento se desencadenó de nuevo, sin intenciones ya de remitir. Soplaba con violencia, como si estuviera decidido a sacarnos de la azotea. Venía acompañado de intensas ráfagas de lluvia. —Tal vez esta sea la última oportunidad —me instó el jefe—. No obstante, solo tú puedes tomar la decisión. De pronto, se oyó un sonido como de vidrios rotos y un escudo de fuerza rodeó a Hesser, como si lo hubiera envuelto en celofán. Nunca había visto a un mago tomar esas medidas de protección contra la furia de los elementos. Svetlana seguía sumando trazos al Libro del Destino. Su vestido ondeaba al viento. Iegor permanecía inmóvil, como si lo hubieran crucificado en una cruz invisible. Tal vez ya no sintiera nada. ¿Qué le sucedía a un hombre cuando se le despojaba de su antiguo destino y aún no había adquirido uno nuevo? —¡Hesser, esta tormenta no es nada en comparación con el tifón que te dispones a desencadenar! El viento se tragaba nuestras palabras. —Es inevitable —repuso Hesser. Parecía susurrar, pero cada palabra suya sonaba con claridad—. Ya nada podrá detenerlo. El Libro del Destino era visible también desde el mundo ordinario. Claro está que Svetlana no dibujaba en él en sentido literal, sino que extraía signos de las capas más profundas del Crepúsculo y dibujaba en copias del libro. Cada uno de esos trazos iba reflejándose en el original. El Libro del Destino semejaba más bien un molde, una maqueta de ardientes hilos de fuego suspendidos en el aire. Las gotas de lluvia refulgían al rozarlo. Svetlana se disponía a cambiar el destino de Iegor. Y, más adelante, al cabo de algunos decenios, Iegor cambiaría el destino del mundo. Como siempre, procurando el Bien. Como de costumbre, sin éxito. Me tambaleé. En un instante, de forma

totalmente inesperada, el viento se había convertido en huracán. Alrededor sucedía algo indescriptible. Vi que en la avenida se detenían los coches y se arrimaban a los bordillos, lo más lejos posible de los árboles. Una enorme valla publicitaria cayó sin producir ruido sobre un cruce de calles. El rugido del viento acalló el estrépito. Algunas personas rezagadas corrían hacia los edificios con la esperanza de encontrar refugio entre sus paredes. Svetlana se detuvo. En su mano ardía un punto incandescente. —¡Antón! Su voz me llegaba a duras penas. —¿Qué debo hacer? ¡Dímelo! ¿Es esto lo que debo hacer, Antón? El círculo de tiza la protegía —probablemente no del todo, pues daba la impresión de que en cualquier momento el viento le arrancaría la ropa—, o al menos le permitía tenerse en pie. De pronto, fue como si todo hubiera desaparecido. Miré a Svetlana, al ardiente trozo de tiza, que ya se aprestaba a cambiar el destino del mundo. Svetlana esperaba una respuesta, solo que yo no tenía nada que decir. Absolutamente nada, porque desconocía por completo la respuesta. Levanté los brazos hacia el ciclo enfurecido y, en ese instante, admiré las flores fantasmagóricas de la fuerza dibujadas en mis manos. —¿Crees que podrás hacer algo? —me preguntó Zavulón—. La tormenta se ha desencadenado. Su voz, en medio del estruendo, se oía tan diáfana como la del jefe. Abrí las manos y proyecté las palmas hacia el cielo. Hacia un ciclo en el que ya no había estrellas sino nubarrones, ráfagas de lluvia, rayos. Opté por uno de los conjuros más simples, uno de los primeros que nos enseñan. Una remoralización. Sin precisar a quién se dirigía. —¡No lo hagas! —gritó Hesser—. ¡No te atrevas! De un salto, se interpuso entre Svetlana, Iegor y yo, como si con ello pudiera abortar el conjuro. Pero ya era tarde. Nada lo detendría. Un rayo de luz, invisible para las personas, brotó de las palmas de mis manos. Allí estaba concentrada toda la fuerza que yo les había robado sin piedad, sin escrúpulos. La llama escarlata de las rosas, la rosada peonía, el amarillo de los ásteres, las margaritas blancas, las negras orquídeas. Zavulón reía calladamente a mis espaldas. Svetlana

permanecía ante el Libro del Destino sosteniendo la tiza en las manos. Iegor, con los brazos abiertos, estaba inmóvil ante ella. De un lado, el trazo de unas figuras en una pizarra; del otro, la fuerza que surgía de mis manos. Nunca antes había dispuesto yo de tanta fuerza descontrolada, desbordante, lista para abatirse sobre cualquiera. Mire a Svetlana con una sonrisa. Y muy lentamente llevé las manos, de las que brotaba una luz multicolor, hasta mi rostro. —¡No! El aullido de Zavulón no solo se propagó a través del huracán, sino que acalló su rugido. Un rayo surcó el ciclo. El jefe de los Tenebrosos se abalanzó sobre mí, pero Hesser le salió al paso y el Mago de las Tinieblas se detuvo. Yo no lo vi, sino que lo sentí. Un resplandor multicolor bañó mi rostro. La cabeza me daba vueltas. Dejé de sentir el viento. Solo había un arco iris, un arco iris infinito, en el cual me sumergí. El viento soplaba en torno a mí sin rozarme. Miré a Svetlana y oí que la pared invisible que siempre se había interpuesto entre nosotros se rompía. Ahora estábamos del mismo lado. El cabello de Svetlana comenzó a caer sobre su rostro en suaves ondas. —¿Has gastado toda la fuerza en ti mismo? —preguntó. —Sí —respondí. —¿Toda la que absorbiste? No acababa de creérselo. Svetlana sabía muy bien cuál era el precio que se pagaba por tomar fuerza en préstamo. —¡Hasta la última gota! —confirmé. Me sentía ligero, asombrosamente ligero. —Pero ¿por qué? —La maga abrió los brazos—. ¿Por qué, Antón? Habrías podido apaciguar la tempestad, hacer felices a miles de personas. ¿Cómo has sido capaz de gastarla toda en ti mismo? —Para no equivocarme —respondí. Me resultaba hasta incómodo que ella, una futura Gran Maga, no entendiera algo tan simple. Svetlana se calló un instante. Después miró la tiza que ardía en su mano. —¿Qué debo hacer, Antón? —Ya has abierto el Libro del Destino. —¿Quién tiene razón? ¿Hesser o tú? —preguntó. Sacudí la cabeza. —Eso has de decidirlo por ti misma. —¿Y esto es todo lo que has hecho? —dijo Svetlana, furiosa—. ¿Para qué recogiste tanta Luz ajena? ¿Por qué has derrochado la intervención de segundo nivel que te concedieron? —Hay algo que debes

comprender. —No sabía cuánta fe había en mi voz. Me faltaba fe, incluso en un momento como aquel—. A veces, lo principal no es la acción. En ocasiones, no hacer nada es aún más importante. Hay algo que debes decidir por ti misma. Sin consejos. Ni los míos ni los de Hesser ni los de Zavulón ni los de la Luz ni los de las Tinieblas. Has de decidir por ti misma —insistí. Negó con la cabeza. —¡No! —Sí, has de hacerlo. Nadie podrá librarte de esa responsabilidad. Da igual lo que hagas, porque terminarás lamentando lo que dejes de hacer. —¡Antón, yo te amo! —Lo sé. Y yo también te amo a ti. Por eso no te diré nada. —¿Y a eso llamas amor? —Solo así puede ser el amor verdadero. —¡Necesito un consejo! —imploró—. ¡Antón, necesito tu consejo! —Cada uno crea su propio destino —dije. Era incluso un poco más de lo que podía expresar—. Tú decides. Cuando se volvió hacia el Libro del Destino, la pequeña tiza resplandeció en su mano como una pequeña aguja de fuego. Hizo un movimiento con el brazo y oí que las páginas crujían bajo la cegadora goma de borrar. La Luz y las Tinieblas no eran más que manchas en las páginas del destino. Svetlana hizo otro movimiento con el brazo. Un borrón. ¡Con qué rapidez corrían los ardientes renglones! Svetlana abrió la mano y la tiza cayó a sus pies como una bala de plomo. El huracán la arrastró unos palmos, pero tuve tiempo de inclinarme un instante y guardármela sin que me viesen. El Libro del Destino comenzó a desvanecerse. Iegor vaciló, se encorvó y se echó a un lado apretando las rodillas contra el pecho. Acurrucado, formaba un pequeño y triste ovillo. La lluvia había borrado el círculo blanco que Svetlana había trazado en torno a ella y a Iegor y pude acercarme. Me senté en el suelo y sujeté al niño por los hombros. —¡No has escrito nada! —gritó de pronto Hesser—. ¡Lo único que has hecho es borrar! Svetlana se encogió de hombros. Me miró de arriba abajo una y otra vez. La lluvia había roto todas las barreras y empapado su vestido blanco, que ahora no era más que una fina muselina que transparentaba su cuerpo. Hacía apenas un rato que Svetlana era una maga que llevaba un vestido de blancura deslumbrante como la

nieve. Ahora se había convertido en una muchacha calada hasta los huesos que permanecía en medio de la tormenta con los brazos caídos. —Este era tu examen —dijo Hesser—. Perdiste tu oportunidad. —Luminoso Hesser, no quiero servir en la Guardia —contestó Svetlana—. Perdón, Luminoso Hesser, pero este no es mi camino. No es mi destino. Hesser sacudió la cabeza con expresión de tristeza. Había dejado de mirar a Zavulón, que dio unos pasos y se situó a nuestro lado. —¿Ha acabado todo? —preguntó el Mago de las Tinieblas, dirigiéndose a Sveta, a Iegor y a mí—. No conseguisteis nada, ¿verdad? Miró al inquisidor, que levantó la cabeza y asintió. Nadie más respondió. Zavulón esbozó una torva sonrisa y dijo: —Cuántos esfuerzos para que todo acabara en una farsa, y solo porque una muchacha histérica no haya querido abandonar a su indeciso amante. Hesser —se volvió hacia el jefe—, te felicito por contar con semejantes colaboradores. Detrás de Zavulón se abrió el portal. Riendo en silencio, el mago desapareció tras la oscura nube. Un sordo clamor nos llegó desde la calle. No podía ver lo que estaba sucediendo, pero sabía perfectamente de qué se trataba. Uno tras otro, los agentes de la Guardia Diurna salían del Crepúsculo y corrían hacia los coches aparcados en los aledaños del edificio para alejarlos a toda prisa de los árboles. Tras ellos, también los Magos de la Luz desmontaron el cordón de seguridad. Algunos volvieron al mundo ordinario, a entregarse a actividades sencillas e intrascendentes. Pero la mayoría, lo sabía, no se movía del lugar y miraba hacia la azotea. Tigrecito lo hacía con cara de culpabilidad. Semión, con la sonrisa sombría de quien ha presenciado cosas mucho peores que aquella tormenta. Ignat, con su sempiterna compasión, invariablemente sincera. —No podía hacerlo —dijo Svetlana—. Perdóneme, Hesser. Sencillamente, no podía. —No podías ni debías... —apunté. Abrí la palma de la mano y miré el trozo de tiza. No era más que eso: un trozo de tiza mojada y pegajosa, aguzado por uno de sus extremos y roto por el otro, como si la tiza original se hubiera partido en dos. —Hace mucho que lo has comprendido, ¿no? —preguntó

Hesser. Se acercó y se sentó a mi lado. El escudo se extendió sobre nosotros silenciando el rugido del huracán. —No. En realidad, acabo de comprenderlo. —¿Qué sucede? —preguntó Svetlana—. Dime, Antón, ¿de qué habláis? Hesser fue quien respondió: —Querida mía, cada uno tiene su destino. Algunos están destinados a regir las vidas ajenas o a destruir imperios. Otros, simplemente a vivir. —Mientras la Guardia Diurna esperaba a que actuaras —le expliqué a Svetlana—, Olga cogió el segundo trozo de tiza y escribió el destino de alguien, tal y como quería la Luz. Hesser suspiró. Tendió el brazo y tocó a Iegor que se desperezó e intentó levantarse. —Déjame que te ayude —le dijo el jefe con dulzura—. Ya todo ha terminado. Ya está acabando. Abracé al chico, lo atraje hacia mí y coloqué su cabeza sobre mis rodillas. Volvió a calmarse. —Dime, Hesser, ¿para qué has organizado esto, si ya todo estaba previsto? —pregunté. —Ni siquiera yo puedo preverlo todo, Antón. —Pero ¿por qué toda esta pantomima? —Pues porque todo tenía que parecer absolutamente real —respondió Hesser, ligeramente irritado—. Solo así Zavulón se lo creería. Solo así daría por verdaderos nuestros planes y nuestra derrota. —Esa no es toda la respuesta. —Lo miré a los ojos—. Sé que hay algo más. El jefe suspiró. —De acuerdo —dijo—. Es cierto que podría haber optado por otra solución. Svetlana se habría convertido en una Gran Maga, en contra de sus deseos. Iegor se habría convertido en nuestro instrumento, más allá de todo lo que la Guardia ya le debe. Yo esperaba. Ansiaba descubrir si Hesser iba a decir toda la verdad, al menos por una vez en su vida. —Sí, podría haberlo hecho de ese modo. —Hesser suspiró—. Pero te diré una cosa, muchacho... Aparte de librar la gran batalla entre la Luz y las Tinieblas, todo lo que he hecho a lo largo del siglo XX ha estado subordinado a un solo asunto, claro está que sin perjuicio... De pronto sentí mucha pena por él. Una pena insoportable. Era probable que por primera vez en mil años, el Gran Mago, el preclaro Hesser, el aniquilador de monstruos y guardián de los estados, se viese obligado a decir toda la verdad. Una verdad no tan

sublime como aquella que solía proclamar. —¡No necesito ninguna explicación! ¡Ya lo entiendo todo! —le grite. El Gran Mago negó con la cabeza y prosiguió: —Todo lo que he hecho —repitió— ha estado subordinado a un solo objetivo: obligar a la jefatura a levantarle el castigo a Olga, a devolverle todas sus fuerzas y a permitirle tomar otra vez en sus manos la tiza del destino. Olga tenía que ser mi igual. De lo contrario, nuestro amor estaba condenado. Y yo la amo, Antón. Svetlana se echó a reír por lo bajo. Pensé que le daría una bofetada al jefe, pero al parecer aún no la conocía bien. Lo que hizo fue arrodillarse ante él y besar su mano derecha. El mago se estremeció. Parecía haber agotado sus infinitas fuerzas: la cúpula protectora vaciló y se disipó lentamente. El rugido del huracán se tornó de nuevo ensordecedor. —¿Volveremos a cambiar alguna vez el destino del mundo con independencia de nuestros pequeños asuntos privados? —pregunté. Asintió. Y me preguntó a su vez: —¿Acaso no lo apruebas? —No —respondí. —¿Qué le vamos a hacer, Antón? No se puede ganar siempre. Ni yo he podido salirme siempre con la mía, ni tú lo conseguirás. —Lo sé —dije—. Claro que lo sé, Hesser. Pero, de todos modos, ya me gustaría.

Moscú, enero-agosto de 1998